Geoffrey Parker

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

CRÍTICA

GEOFFREY PARKER

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Traducción castellana de
JUAN FACI

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA

COAUTORES

Simon Adams	*Lecturer* de historia University of Strathclyde
Gerhard Benecke	*Lecturer* de historia University of Kent
Richard Bonney	*Professor* de historia University of Leicester
John H. Elliott	*Professor* de historia Institute for Advanced Study, Princeton
R. J. W. Evans	*Fellow* y *University Lecturer* Brasenose College, Oxford
Christopher R. Friedrichs	*Associate Professor* de historia University of British Columbia, Vancouver
Bodo Nischan	*Associate Professor* de historia East Carolina University
Geoffrey Parker	*Professor* de historia University of Illinois
E. Ladewig Petersen	*Professor* de historia University of Odense
Michael Roberts	Institute of Social and Economic Research, Rhodes University

COLABORADORES

André W. Carus	University of Bielefeld
Sheilagh C. Ogilvie	Trinity College, Cambridge

Título original:
THE THIRTY YEARS' WAR
Routledge & Kegan Paul, Londres y Nueva York

Cubierta: Enric Satué
© 1984, 1987: Geoffrey Parker
© 1984, 1987: Simon Adams (Apartado I.III); Geoffrey Parker y Simon Adams (Apartado II.II); E. Ladewig Petersen (Apartado II.III); R. J. W. Evans (Apartado III.I); Gerhard Benecke (Apartado III.III); John H. Elliott (Apartado III.IV); Bodo Nischan (Apartado IV.I); R. J. Bonney (Apartado IV.IV); Michael Roberts (Apartado V.I); C. R. Friedrichs (Apartado VI.II)
© 1988 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S. A., Aragó, 385, 08013 Barcelona
ISBN: 84-7423-338-0
Depósito legal: B. 126-1988
Impreso en España
1988. — HUROPE, S. A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

—Bien, ya que no estás pensando en nada, puedes decirme la fecha en que se firmó la paz de Westfalia.

Antoine no se movió ni respondió. Su padre objetó con voz aguda:

—¿Os dais cuenta? No sabe la fecha de la paz de Westfalia. Debería sentir vergüenza.

Se hizo un pesado silencio en el coche. Para ayudar a su hermano, Lucienne recitó mentalmente una oración que le había recomendado la señorita Hermeline como ayuda para recordar las grandes fechas de la Historia. Frédéric dibujó las cifras en el aire con el dedo y Mme Haudoin intentó captar la mirada de su hijo para reconfortarle con una sonrisa cariñosa. Pero Antoine miraba fijamente a sus botas y se negaba a ver nada...

Finalmente, el pecho de Antoine se agitó con un sollozo... Tragó saliva y musitó con voz quebrada:

—1648.

Marcel Aymé, *The Green Mare,*
Nueva York, 1963, pp. 100-101
(acción situada en el año 1885).

RECONOCIMIENTOS

Este libro es el resultado del trabajo de diez historiadores. En 1977, cuando Andrew Wheatcroft, de Routledge & Kegan Paul, me invitó a escribir un nuevo estudio de la Guerra de los Treinta Años, no tardó en resultar evidente que la cantidad de obras publicadas importantes, así como el número y variedad de los documentos que se conservan, excedían la capacidad de un solo especialista. En consecuencia, invitamos a otros especialistas para que se ocuparan de aquellos aspectos de la guerra en los que mayor era el volumen de material desconocido y que aún no había sido sintetizado —Escandinavia, Brandemburgo y Sajonia, los corolarios de la guerra, etc.— y sus contribuciones constituyen una parte fundamental del texto, ya que narran, analizan y explican en el lugar adecuado los acontecimientos y procesos que en conjunto constituyeron el conflicto. Pero este sistema no tardó en plantear una seria dificultad práctica. Dado que todos los autores escribieron el texto al mismo tiempo, hubo que hacer un importante trabajo de revisión y fue necesario reescribir algunas partes para que los diferentes capítulos encajaran perfectamente unos con otros. Así pues, mi primera y mayor deuda de gratitud es para con los otros autores del texto, que aceptaron de buen grado una mayor interferencia editorial de la que se pide a cualquier especialista y que prestaron una ayuda inapreciable en demasiadas formas como para que sea posible mencionarlas todas.

Otra deuda importante, que reconozco con placer, es la que deriva de la munificencia de la British Academy y la Newberry Library. En 1981 me concedieron una beca de tres meses para trabajar en Chicago y fue allí, en la «segunda ciudad» de América, donde, con el apoyo de varias magníficas bibliotecas y rodeado de muchos cualificados especialistas, redacté casi todos mis capítulos de este libro. Posterior-

mente, Andrew Wheatcroft me ha ofrecido un amable apoyo y útil consejo en todo momento, por lo cual le estoy sumamente agradecido. De igual forma, el profesor Robert Bireley, SJ, Bruce Lenman, el profesor Konrad Repgen, el doctor Hamish Scott, el doctor Lesley M. Smith, el profesor Hugh Trevor-Roper, la desaparecida Frances Yates (que iba a colaborar en la obra) y, sobre todc, el doctor Simon Adams me han ofrecido sugerencias, referencias de trabajos desconocidos (y no tan desconocidos) y ayuda.

Al preparar esta segunda edición, los autores hemos tenido la oportunidad de corregir una serie de errores que se deslizaron en el texto y en las notas. Hemos de manifestar nuestro profundo agradecimiento a los profesores Dieter Albrecht y Konrad Repgen por indicárnoslos. Una serie de nuevos trabajos publicados sobre el tema se mencionan en la página 401.

Sin embargo, uno de los autores no pudo revisar su texto, pues Gerhard Benecke murió en agosto de 1985. Su pérdida ha sido sentida por los especialistas de todo el mundo, no sólo en St. Andrews, donde fue alumno y alumno investigador, y en Canterbury y Vancouver, donde ejerció la docencia, sino por todos los historiadores de la Edad Moderna en general. Como es natural, su ausencia la notan especialmente sus colegas autores de este libro.

PRÓLOGO

Con frecuencia, se afirma que fue Samuel Pufendorf, el eminente jurista e historiador del siglo XVII, quien acuñó la expresión «la Guerra de los Treinta Años» para describir la serie de conflictos que asolaron Europa entre 1618 y 1648. En efecto, esa expresión aparece en su libro *La situación del Imperio germánico*, publicado en 1667, pero lo cierto es que no era una formulación nueva. En mayo de 1648, antes incluso de que terminara el conflicto, uno de los delegados del congreso de paz de Westfalia habló de «La Guerra de los Treinta Años» que había devastado su país; y en 1649 la publicación semanal inglesa *The Moderate Intelligencer* comenzó a publicar una serie de artículos titulados «Epítome de la Guerra de los Treinta Años en Alemania». El número 203, de 8 de febrero de 1649, resumía la «guerra bohemia», 1618-1623; el número 204 seguía con la fase holandesa de la guerra; el número 205 cubría la fase danesa, y así sucesivamente. Tres meses después de la firma de la paz de Westfalia, que puso término a la guerra en octubre de 1648, los lectores ingleses contaban, pues, con un marco moderno para interpretar el conflicto. Al mismo tiempo, se prestó idéntico servicio a los lectores alemanes en un panfleto publicado en alemán con el título «Una breve crónica de la Guerra de los Treinta Años», que no sólo daba las fechas y lugares de las principales acciones militares, sino que ofrecía también un cálculo aproximado de las pérdidas en vidas y propiedades causadas por el conflicto.[1]

1. Véase el detallado estudio de K. Repgen, «Seit wann gibt es den Begriff "Dreissigjähriger Krieg"?», en H. Dollinger *et al.*, eds., *Weltpolitik, Europagedanke, Regionalismus: Festschrift für Heinz Gollwitzer*, Münster, 1982, pp. 59-70. Al parecer, este término fue utilizado por primera vez el 6 de mayo de 1648 por los representantes del obispado de Bamberg en la conferencia de paz de West-

Pero en el siglo XVII, los historiadores no eran tan objetivos como afirman serlo sus descendientes modernos. Todas las publicaciones a las que hemos hecho referencia habían sido escritas por protestantes interesados en hacer hincapié en el hecho de que las diferentes guerras que sacudieron a Europa en los decenios posteriores a 1618 quedaron reducidas a una sola en defensa de la libertad religiosa y constitucional. Trataban de justificar retrospectivamente la rebelión de Bohemia en 1618-1621 contra el emperador Fernando II, sobre la base de su comportamiento posterior. Para muchos observadores contemporáneos, la causa de Bohemia no era justa en absoluto, razón por la cual fueron tantos los príncipes protestantes que se negaron a apoyarla. Sólo después, cuando se incrementó la fuerza imperial y se olvidaron los principios constitucionales, se arrepintieron de su neutralidad y se opusieron a los Habsburgo. Así pues, al reescribir la historia de la guerra intentaban salvar su conciencia. Cuando Gustavo Adolfo, rey de Suecia, afirmó en 1628 que «todas las guerras que tienen lugar en Europa se han unido y se han convertido en una sola guerra», en parte expresaba el deseo de que eso fuera así, ya que contribuía a justificar el traslado de sus ejércitos desde Polonia y Livonia a Alemania.[2]

Sin embargo, la Europa católica veía las cosas de una forma distinta. Uno de los historiadores oficiales de los Habsburgo, Eberhard Wassenberg, publicó un relato de la guerra en 1639, que consideraba cada una de las campañas como un ataque injustificado contra el emperador: su título era: «Comentario sobre las guerras entre Fernando II y III y sus enemigos». El relato de Wassenberg de la «guerra danesa» de 1625-1629 estaba acompañado de descripciones de la «otra guerra austriaca» (es decir, la revuelta campesina de 1626), «la tercera guerra de Transilvania», «la guerra de Holanda», «la guerra de Mantua», etc. Tal vez ésta era una visión extrema, pero incluso los católicos que no sustentaban la visión compartimentada de Wassen-

falia (p. 62). Posteriormente, el profesor Repgen ha descubierto alguna información adicional. Véase «Noch einmal zum Begriff "Dreissigjähriger Krieg"», *Zeitschrift für historische Forschung*, IX (1982), pp. 347-352. *Von dem Dreyssigjährigen Teutschen Krieg Kurtze Chronica* (1650) fue la tercera edición de un panfleto publicado anteriormente con el título de *Von dem Dreissig-Jährigen Deutschen Kriege* (1648) y también con el de *Summarischer Ausszug des dreyssig-Jährigen Deutschen Krigs* (1649). La primera edición también fue traducida al holandés.

2. Citado en *The Cambridge Modern History*, Cambridge, 1906, IV, v.

berg veían una gran diferencia entre las campañas desarrolladas hasta 1629, en las que los enemigos del emperador eran fundamentalmente sus propios súbditos con alguna ayuda extranjera, y la lucha a partir de 1630, en la que el emperador se había enfrentado fundamentalmente con potencias extranjeras cuyos aliados alemanes eran, la mayor parte de las veces, poco numerosos y con escasos recursos. El obispo Gepeckh de Freising (1618-1651), en el corazón de Baviera, distinguía siempre en su correspondencia entre «los conflictos bohemios» del decenio de 1620 (no muy diferentes de la serie de alarmas y escaramuzas que habían perturbado la paz del Imperio desde la paz de Augsburgo de 1555) y «esta guerra» (que comenzó con la invasión sueca en 1630 y le obligó a huir de su capital ocho veces antes de que se firmara la paz en 1648). Para el obispo, la guerra no había durado treinta años sino dieciocho.[3]

Naturalmente, éstas son sólo las opiniones de media docena de individuos. Ahora que todos los archivos públicos del período están abiertos a los historiadores, contamos con las opiniones de miles de personas. Sólo en Checoslovaquia existen 27 depósitos con importantes colecciones documentales que han dejado los participantes en el conflicto; 20 volúmenes acerca del Edicto de Restitución, publicado en 1629, pueden consultarse en los archivos de Sajonia, y así sucesivamente. No hay duda de que se han realizado enormes esfuerzos para publicar algunas de las fuentes más importantes. Existe el proyecto de publicar no menos de 45 volúmenes para recoger toda la correspondencia y las negociaciones generadas por la paz de Westfalia; 13 volúmenes serán necesarios para publicar la correspondencia entre Maximiliano de Baviera y sus aliados entre 1618 y 1635; muchos otros volúmenes harían falta para recoger los documentos pertinentes de la Public Record Office de Londres. Y esto representa tan sólo una parte del material no publicado. En todas partes, la guerra hizo que se multiplicaran los documentos. En el Bremen protestante hubo que duplicar el secretariado del arzobispo-administrador en 1632 para hacer frente a las exigencias de los ejércitos de la zona; y cuando en el decenio de 1650 se reclasificaron los archivos de la diócesis católica de Wurzburgo fueron necesarias dos series: una de «pre-guerra», que se remon-

3. Repgen, «Dreissigjähriger Krieg», p. 63: citas del doctor Isaac Volmar y de la delegación de Salzburgo; y L. Weber, *Veit Adam von Gepeckh, Fürstbischof von Freising, 1618 bis 1651*, Munich, 1972, pp. 88-90.

taba en las profundidades del tiempo; la otra «desde que comenzó la guerra», que tenía casi el mismo volumen.[4]

Tal como en una ocasión predijo lord Acton, vivimos en la «era de la documentación, que tenderá a hacer que la historia sea independiente de los historiadores, a desarrollar la cultura a expensas de la escritura». Ciertamente, los miles de documentos producidos por un continente en guerra constituyen un desafío a la resistencia.[5] Pero incluso la dedicación sobrehumana a la investigación archivística no será suficiente, pues los registros documentales de la Guerra de los Treinta Años están escritos en demasiadas lenguas distintas. La monarquía Habsburgo incluía una cancillería alemana, checa y húngara; la corte de España tenía secretarios para mantener correspondencia en francés, holandés, alemán, latín, italiano, aragonés, portugués y castellano y hay documentos que se refieren a la guerra en cada una de esas lenguas. Es cierto que, por parte protestante, la *lingua franca* tendía a ser un pomposo alemán sazonado con abundantes latinismos, pero también es numerosa la correspondencia y los documentos oficiales redactados en latín, danés, sueco, inglés y holandés. En la lejana corte de Bethlen Gabor, príncipe de Transilvania, los documentos referentes a la guerra se escribían en alemán, húngaro, rumano, latín y (cuando se trataba de la Puerta) en persa.

A pesar de los problemas que esa tarea planteaba, se han hecho una serie de intentos homéricos de ofrecer una síntesis aceptable de ese material. En la Europa occidental, dos de los más celebrados se realizaron en vísperas de la segunda guerra mundial: C. V. Wedgwood (en 1938) consideraba la guerra como un conflicto fundamentalmente alemán en el que influyeron de vez en cuando las potencias septentrionales y occidentales, mientras que G. Pagès (en 1939) parecía obsesionado por la importancia de Francia como árbitro de los destinos de Europa durante toda la guerra, con exclusión de prácticamente

4. K. H. Schleif, *Regierung und Verwaltung des Erzstifts Bremen am Beginn der Neuzeit (1500-1645). Eine Studie zum Wesen der modernen Staatlichkeit*, Hamburgo, 1972, p. 172; H. Jäger, «Der dreissigjährige Krieg und die deutsche Kulturlandschaft», en H. Haushofer y W. A. Boelcke, eds., *Wege und Forschungen der Agrargeschichte: Festschrift zum 65. Geburststag von Günther Franz*, Frankfurt, 1967, p. 131.

5. Lord Acton, «The Study of History» [conferencia inaugural, 1895], en Acton, *Renaissance to Revolution: the rise of the free state. Lectures on Modern History*, Londres, 1906; reeditado, Nueva York, 1961, p. 9 (con una nota a pie de página donde se hace referencia a las ideas similares de Ranke).

todas las demás consideraciones. En la Europa oriental se han expuesto puntos de vista igualmente restringidos por parte del historiador checo J. V. Polichenski (1971), que argumentaba que en todo momento fueron fundamentales los acontecimientos de su nativa Bohemia, y del ruso B. F. Porshnev (1976), según el cual el clímax de la guerra en 1630-1641, cuando los ejércitos suecos dominaron el Imperio, sólo podía explicarse a la luz de la política rusa respecto a Polonia.[6] Los historiadores alemanes se han mostrado todavía más provincianos: en especial, los autores de Baviera y Brandemburgo tienden a estudiar la guerra en términos casi exclusivamente regionales. No hay ninguna obra que pueda competir con la síntesis en tres volúmenes del alemán Moritz Ritter, *Historia de Alemania durante la época de la Contrarreforma y de la Guerra de los Treinta Años, 1555-1648*, publicada en 1889 y que nunca ha sido traducida. Desde entonces, aunque se han hecho centenares de estudios del conflicto —la mayor parte de ellos titulados (como éste) *La Guerra de los Treinta Años*— el estudioso del tema ha buscado en vano un estudio moderno que no se centre exclusivamente en Alemania, Escandinavia, Inglaterra y Francia, sino que preste también atención a España, Italia, Transilvania, Polonia y los Países Bajos.

6. El doctor Paul Dukes de la Universidad de Aberdeen, que ha publicado un resumen en inglés de uno de los libros de Porshnev [véase *European Studies Review*, IV, 1974, pp. 81-88], ha señalado que, después de centrarse en el estudio de Francia antes de la Fronda, B. F. Porshnev decidió escribir una trilogía que contenía un análisis sincrónico del desarrollo social, económico y de las relaciones internacionales en Europa durante la época de la Guerra de los Treinta Años, que consideraba que había sido el primer conflicto que afectó a todo el continente y, como tal, uno de los acontecimientos fundamentales que separaron la Edad Media de los tiempos modernos. Después de una serie de artículos relacionados con este ambicioso proyecto, en 1970 dio a la luz su último volumen, *France, the English Revolution and European Politics at the Middle of the Seventeenth Century*. La segunda parte, todavía no publicada, pero bosquejada en una nueva serie de artículos, tenía que analizar el cambio en las relaciones entre el oeste y el este de Europa, que ocurrió a mediados del decenio de 1630. La primera parte de la trilogía, *The Thirty Years' War, the Entry of Sweden, and the Moscow State*, apareció en 1976 después de la muerte de su autor. El punto central de la obra era la guerra de Smolensko de 1632-1634, que apenas ha recibido alguna atención en las obras inglesas sobre el conflicto más general. Porshnev argumentaba que, incluso antes del comienzo de la Guerra de los Treinta Años, las interconexiones de Europa eran mayores de lo que se ha pensado recientemente, situando la conclusión del período de tumultos de Muscovy en un contexto más amplio. Agradezco profundamente al Dr. Dukes esta información.

La única excepción en este sentido es el trabajo publicado recientemente por un historiador de la Alemania Oriental. *The Thirty Years' War* (Poole, 1981), de Herbert Langer, es una historia cultural de Alemania durante la guerra basada en datos poco conocidos recopilados en toda la Europa continental, con ilustraciones agradablemente integradas en el texto. Pero no es una historia de la guerra. El libro de Langer nos permite dejar de estudiar en este libro el impacto cultural de la guerra, pero su estudio ha de considerarse como un complemento y no como una alternativa de nuestra obra, que intenta presentar un análisis estructurado del conflicto.

No todos los períodos se estudian aquí con el mismo detalle, porque algunos de ellos —en especial el decenio de 1620— son más complejos que otros.[7] Además, el texto no se centra exclusivamente en Alemania y no abarca tan sólo un período de treinta años: incluimos la guerra de Mantua y las campañas suecas en Polonia porque tuvieron una importancia crucial para el Imperio y el relato se remonta al «Incidente de Donauwörth» de 1607, que aceleró la polarización de Alemania en bandos confesionales hostiles, y se alarga hasta el acuerdo final en 1650, en Nuremberg, sobre la desmovilización de los ejércitos en la Alemania todavía ocupada. Desde Donauwörth a Nuremberg: sobre el terreno, apenas 150 km las separan, pero en la historia se extienden entre ambas poblaciones más de 40 años de guerra y rumores de guerra. En ocasiones, el conflicto parecía tan intenso y parecía implicar a tantos estados que se le ha llamado, con justicia, «la guerra civil europea».[8] Es harto difícil hacer justicia a ese torbellino en el marco de un solo volumen, sin caer en la simplificación o la distorsión.

7. Tradicionalmente, los historiadores han concedido mucha mayor atención a la primera mitad de la guerra: Moritz Ritter dedicó 596 de las 648 páginas de su libro sobre la guerra al período 1618-1635, mientras que Pagès dedicaba 178 páginas de un total de 235, Wedgwood 394 páginas de un total de 515 y Polichenski 200 páginas de un total de 256.

8. Éste es el título de un excelente, aunque breve, estudio sobre la guerra de H. G. Koenigsberger, publicado en H. R. Trevor-Roper, ed., *The Age of Expansion*, Londres, 1968, capítulo 5, y en Koenigsberger, *The Habsburgs and Europe 1516-1660*, Ithaca, Nueva York y Londres, 1971, capítulo 3.

Capítulo I

EUROPA ENTRE LA GUERRA Y LA PAZ, 1607-1618

La *Historia de los viajes de Escarmentado*, cuya acción se sitúa en los años 1615-1620, no es una de las mejores obras de Voltaire. La visión que el autor tiene del siglo XVII como un período de la historia extremadamente violento y perturbado está mejor desarrollada y documentada en su *Ensayo sobre las costumbres*. En la historia de Escarmentado, la ironía del autor, tan poderosa en otros escritos, no tiene apenas fuerza. Sin embargo, este corto relato merece cierta atención por parte de los historiadores. Su héroe y narrador, nacido en Creta y enviado a Roma por sus padres cuando no es más que un adolescente, se embarca en un gran viaje alrededor de Europa en búsqueda de la verdad, pero lo cierto es que sólo encuentra la violencia provocada por la discordia religiosa y política. En París le invitan a cenar y le sirven un trozo de carne procedente del favorito caído de Luis XIII; en Londres observa que «los santos católicos, por el bienestar de la Iglesia» habían intentado recientemente hacer saltar al rey, a la familia real y a todo el Parlamento (el Gunpowder Plot). A continuación, visita La Haya, donde ve cómo un anciano venerable va a ser ejecutado públicamente. Se trata de Johan van Oldenbarnevelt, primer ministro de la República de Holanda durante cuarenta años. Sorprendido, el narrador pregunta a uno de los asistentes al acto si el anciano es culpable de traición. «Mucho peor que eso —le responden—, es un hombre que cree que podemos conseguir la salvación mediante la fe y las buenas obras. Hay que comprender que si llegaran a aceptarse esas opiniones el Estado no perduraría y hacen falta leyes severas para suprimir tan terribles horrores.» Nuestro héroe, que se siente profundamente disgustado, se traslada a Sevilla, donde es conducido a prisión y multa-

do por la Inquisición por escuchar unas palabras inconvenientes en el momento en que cuarenta pecadores son quemados en la hoguera acusados de herejía. Finalmente, el narrador se considera afortunado por haber conseguido escapar hacia la paz y armonía relativas del imperio otomano.

Es curioso que Escarmentado no visitara Alemania. Algunos críticos han apuntado que tal vez Voltaire eliminó el pasaje que se refería (de forma igualmente ofensiva) a ese país, para evitar la reacción de su antiguo patrón Federico de Prusia. No obstante, es posible también que la situación de Alemania en los años 1615-1620 fuera demasiado compleja para poder ser explicada en un corto relato.[1] Sea cual fuere la razón, de ningún modo puede criticarse la decisión de Voltaire de concentrarse en la periferia de Europa, pues las pasiones religiosas y políticas que iban a producir la Guerra de los Treinta Años no se originaron en Alemania sino en los territorios que la rodeaban y, sobre todo, en los estados gobernados por la principal dinastía europea, la de los Habsburgo españoles y austriacos.

I. Los Habsburgo y Europa

Felipe III, que sucedió a su padre como rey de España en 1598, gobernaba un imperio en el que el sol no se ponía nunca. Tenía súbditos en las fortalezas y puertos en torno a las costas de África y el sur de Asia, en las Filipinas, México y Perú, en España y Portugal (unidas desde 1580), en Lombardía, Nápoles y Sicilia. Pero no en los Países Bajos, aunque esos territorios habían constituido una parte importante del imperio de su padre, Felipe II. A su muerte, los Países Bajos del sur pasaron a la hermana de Felipe III, Isabel, y a su marido Alberto, a los que se conoció en todas partes como «los archiduques» (véase cuadro 1). En su Estado satélite, los archiduques eran soberanos en los asuntos internos, mientras que estaban sometidos a España por lo que respecta a la política exterior y de defensa. Esa distinción era importante, porque Felipe III parecía decidido a continuar la guerra

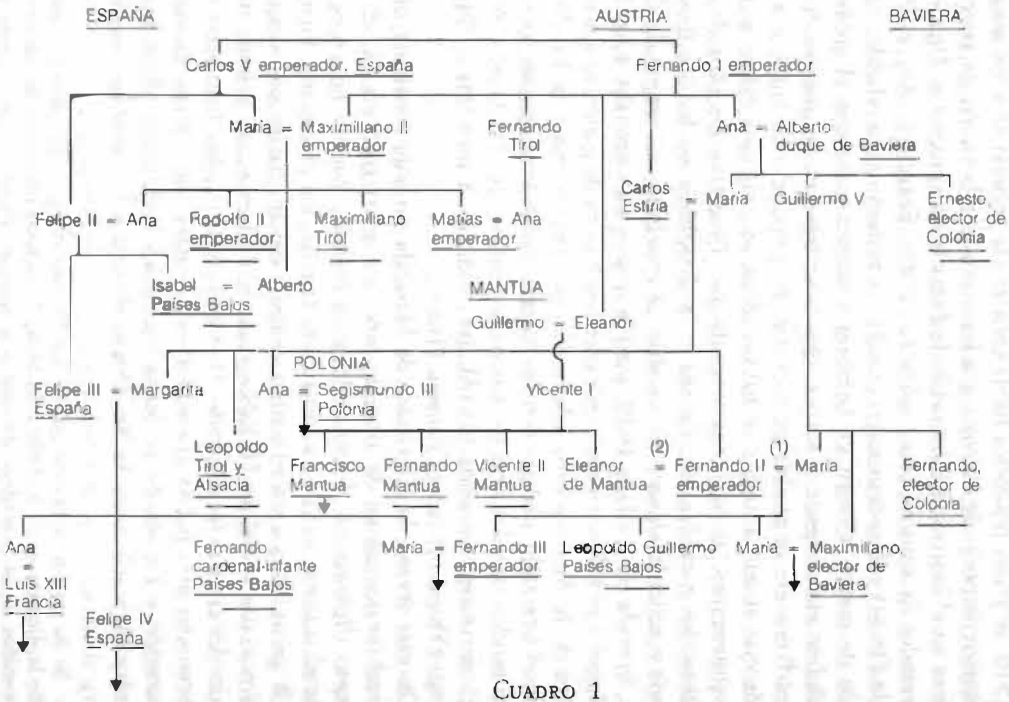
1. F. Deloffre y J. van den Heuvel, eds., *Voltaire: romans et contes*, París, 1979, pp. 136-137. Voltaire escribió la obra en 1753-1754, cuando estaba terminando *Essai sur les Moeurs*. Escribió con cierta incomodidad, «entre deux rois» (pues se había enemistado con los gobernantes de Francia y Prusia) y «le cul à terre», en su exilio en Alsacia.

de su padre contra el vecino de los archiduques en el norte, la República de Holanda.

Nacida como consecuencia de la rebelión de las provincias septentrionales de los Países Bajos contra el gobierno español en el decenio de 1570, la joven república había conseguido sobrevivir a los ataques del mayor imperio de Europa gracias a una combinación de enérgica defensa en el interior e incansable diplomacia en el exterior. Una serie de tratados de amistad con Inglaterra (1585), Francia (1589), el Palatinado (1604) y Brandemburgo (1605) permitieron a los rebeldes hacer acopio de mayor número de hombres y dinero hasta que el gobierno español se vio obligado a aceptar que la victoria en las guerras de los Países Bajos era imposible de alcanzar. A comienzos de 1607, y a pesar de que el año anterior se habían alcanzado algunos éxitos militares, comenzaron las conversaciones de paz. Pero tras dos años de discusiones, los archiduques, España y la República no habían llegado todavía a acuerdo alguno. En cambio, se concluyó una tregua de doce años, firmada en abril de 1609, pero la tregua sólo afectaba a los Países Bajos. Los holandeses no retirarían sus barcos de guerra ni sus mercaderes de la América española ni del Asia portuguesa y la República continuó buscando alianzas con las fuerzas anti-habsburguesas, concertando sendos tratados con los turcos otomanos (1611), Argel (1612), los protestantes alemanes (1613), las ciudades hanseáticas y Suecia (1614), Saboya (1616) y Venecia (1619).

De esta forma, la República de Holanda no sólo consiguió crear una red impresionante de alianzas, sino que se aseguró además el aislamiento diplomático de su enemigo acérrimo. España no encontró ayuda ni siquiera en la otra rama de la familia, los Habsburgo austriacos. A pesar de que entre ambos reinos existían numerosos vínculos matrimoniales —Felipe II había sido simultáneamente primo, tío y cuñado del emperador Rodolfo II, y Felipe III había contraído matrimonio con otra prima Habsburgo—, Austria sólo ofreció ayuda en una ocasión a España en su lucha contra los holandeses.[2] Este hecho fue muy favorable para la República, debido a los enormes recursos

2. Se ha puesto de relieve que de los 57 matrimonios celebrados por miembros de la dinastía entre h. 1450 y h. 1650, 51 esposas procedían de las mismas siete familias, y 24 procedían de sólo tres familias. Felipe IV de España sólo tenía cuatro bisabuelos en lugar de ocho. Tal vez el repetido incesto que se practicaba en la Casa de Habsburgo explica la infertilidad de tantos de sus miembros durante este período. Véase P. S. Fichtner, «Dynastic marriage in sixteenth-



CUADRO 1

La dinastía Habsburgo

de los Habsburgo austriacos. En palabras de un viajero del siglo XVII, sus territorios eran «más extensos de lo que habitualmente se cree».[3] Por el oeste, se extendía la «Austria Exterior», gobernada desde Innsbruck y que comprendía el Tirol, algunos territorios aislados en el curso medio del Rin y parte de Alsacia; en el sudeste, se hallaba la «Austria Interior», como se denominaba a los ducados de Estiria, Carintia y Carniola, con capital en Graz y unos 2 millones de habitantes. Además, estaban los ducados austriacos originales, los ducados «altos», gobernados desde Linz, y los «bajos» desde Viena, menos poblados que la Austria Interior (la población no superaba en conjunto los 600.000 habitantes) pero mucho más prósperos, con muchas ciudades y una poderosa aristocracia cuyos poderes feudales sobre sus vasallos eran envidiados por los nobles de otros países. Eran éstas las llamadas *Erbländer*, las provincias patrimoniales de la Casa de Habsburgo. A ellas se habían añadido, desde 1526, los reinos electivos de Bohemia (que incluía, además de Bohemia, los territorios de Moravia, Silesia y Lusacia, y tenía unos 4 millones de habitantes) y Hungría (o, más bien, la zona noroccidental del reino medieval, pues el resto se hallaba bajo el dominio del sultán turco o de su vasallo cristiano, el príncipe de Transilvania) con aproximadamente un millón de habitantes (véase mapa 1).

El punto de inflexión en el desarrollo de este extenso patrimonio Habsburgo fue la muerte de Fernando I en 1564. Fernando había sido elegido rey de Bohemia y de Hungría en 1526 en gran medida porque los súbditos de esos estados, cuyo rey acababa de morir en el curso de la batalla de Mohács (que constituyó una gran victoria para los turcos sobre las tropas cristianas), esperaban conseguir, a través de él, la protección alemana y austriaca contra el, al parecer, irresistible avance de los turcos hacia el Danubio. Durante su reinado, Fernando supo explotar las necesidades defensivas para fortalecer su autoridad en esos nuevos reinos y en las *Erbländer* (donde gobernaba en calidad de regente de su hermano, el emperador Carlos V, desde 1521). Supo enemistar a las ciudades contra los nobles, a los no católicos aceptables (husitas y, posteriormente, luteranos) contra los no aceptables (ana-

---

century Habsburg diplomacy and statecraft: an interdisciplinary approach», *American Historical Review*, LXXXI (1976), pp. 243-265.

3. Edward Brown, *A brief account of some travels in Hungaria, Servia, etc.*, Londres, 1673, *passim* (por ej., pp. 114-115, 123, 133, 140).

baptistas, hermanos bohemios y, finalmente, calvinistas) y a un Estado contra otro (los líderes de la rebelión bohemia de 1547 fueron juzgados por jueces de Moravia y Silesia). Pero esta situación favorable cambió a partir de 1564. En primer lugar, Fernando dividió sus territorios a su muerte: la Austria Interior fue a parar a manos de su hijo menor, Carlos; la Austria Exterior quedó para su segundo hijo, Fernando; sólo la Alta y la Baja Austria, con Bohemia y Hungría, quedaron para el primogénito, el emperador Maximiliano II. Desde entonces no sería posible continuar la política de Fernando de «divide y gobierna».[4]

De cualquier forma, dos acontecimientos habrían minado probablemente esa política: la creación de asambleas representativas en todos los ducados austriacos, dominadas en todos los casos por la aristocracia, a partir de 1564, y el desarrollo del protestantismo, especialmente entre los nobles y caballeros. Hacia 1580, el 90 por 100 de los nobles de la Baja Austria eran protestantes (casi todos ellos luteranos) y la situación era similar en la Alta Austria (pero aquí algunos nobles se hicieron calvinistas). La Iglesia católica se hallaba moribunda en ambos ducados: las parroquias permanecían vacantes de forma casi permanente, las congregaciones estaban abandonadas y los establecimientos sobrevivientes languidecían en una condición nada edificante. En 1563, en la Baja Austria existían 122 monasterios, con un total de sólo 463 monjes y 160 monjas, pero 199 concubinas, 55 esposas y 443 hijos.[5] Nada pudieron hacer para detener la marea protestante. En 1568 y 1571, Maximiliano II concedió a todos los nobles y a sus vasallos (aunque no a las ciudades) de la Baja Austria la posibilidad de practicar el culto protestante a cambio de un fuerte impuesto para financiar la defensa frente a los turcos. En 1578, la Dieta de la Alta Austria, dominada por los protestantes, formó un ejército

4. La política de Fernando ha sido bien analizada por K. J. Dillon, *King and Estates in the Bohemian Lands, 1526-64*, Bruselas, 1976.

5. Las cifras sobre la fuerza de los protestantes proceden de G. Mecenseffy, *Geschichte des Protestantismus in Österreich*, Graz y Colonia, 1956; G. Reingrabner, *Adel und Reformation. Beiträge zur Geschichte des protestantischen Adels im Lande unter der Enns während die 16. und 17. Jahrhunderts*, Viena, 1976: Forschungen zur Landeskunde von Niederösterreich, XXI; e *idem, Protestantismus in Niederösterreich*, XXVII. Respecto de la fuerza y debilidad monásticas, véase Evans, *Making of the Habsburg Monarchy*, p. 4. Hay que señalar, sin embargo, que en 1580 los protestantes sólo tenían 78 pastores en la Baja Austria, Chesler, «Crown, lords and God», p. 63.

de 1.500 hombres para obtener las mismas concesiones para su nuevo gobernante, Rodolfo II, hijo de Maximiliano. En ese mismo año, la Dieta de la Austria Interior consiguió amplias concesiones religiosas de su soberano, el archiduque Carlos, a cambio del voto de los impuestos para financiar una defensa permanente en la frontera húngara. Eran, pues, los vasallos, y no los gobernantes, quienes explotaban la presencia otomana en el extranjero para obtener importantes concesiones en el interior. Como observó amargamente el predicador de la corte al archiduque Carlos: «la amenaza turca es una bendición para los protestantes: si no fuera por ella, podríamos tratar con ellos de una forma muy diferente».[6] Las Dietas victoriosas continuaron obteniendo ventajas, creando escuelas en las ciudades más importantes y una comisión permanente para supervisar los temas religiosos. Los austriacos parecían decididos a crear una Iglesia territorial en la línea de los estados del norte de Alemania como Mecklemburgo o Sajonia.

Pero había una diferencia fundamental entre los estados del norte de Alemania y Austria, pues en ésta el príncipe no era protestante. Todo el proceso de conseguir garantías y construir una *Landeskirche* era, en realidad, artificial. En efecto, perdía toda su fuerza ante un principio fundamental en el gobierno de los estados modernos, según el cual cada soberano secular determinaba por completo el credo de sus súbditos; en consecuencia, sólo podía desembocar en un conflicto. En 1579, los archiduques del Tirol y Estiria celebraron una reunión secreta en Munich con el duque de Baviera en la que se decidió no hacer más concesiones a los credos reformados, sino restablecer el monopolio del catolicismo, «no con ruido y con furia, sino de forma lenta y subrepticia; ... no con palabras sino con hechos».[7] Esto fue más fácil en los remotos ducados Habsburgo, pues la Reforma había penetrado en ellos menos profundamente y no todos los nobles eran protestantes.[8] Este primer empuje de la Contrarreforma se vio inte-

6. Citado por Schulze, *Landesdefension und Staatsbildung*, p. 70, n. 119. Franzl, *Ferdinand II*, p. 17, da una versión ligeramente distinta. Tal vez, el predicador exageraba; de hecho, la imposición permanente del *Türkensteuer* en el siglo XVI permitió a muchos otros príncipes conseguir una cierta independencia económica respecto a sus estados.

7. Citado por Schulze, *op. cit.*, p. 82.

8. Información procedente de A. Posch, «Aus dem kirchlichen Visitationsbericht 1617», en Novotny y Sutter, eds., *Inneröesterreich, 1564-1619*, pp. 197-232, en p. 229; y Reingrabner, *Geschichte des Protestantismus*, p. 3. No hubo imprenta

rrumpido por la muerte del archiduque Carlos de Estiria en 1590, y la del archiduque del Tirol poco después, pero todo el mundo comprendió que se trataba tan sólo de una tregua. Cuando el hijo de Carlos, Fernando II, que contaba a la sazón 17 años, regresó a Estiria en 1595, después de ser educado durante cinco años por los jesuitas en la Universidad de Ingolstadt en Baviera, sus consejeros le entregaron un documento que llevaba por título «Una consideración sobre la forma en que puede ser restaurado el catolicismo». En 1598, visitó Italia de incógnito y fue recibido en audiencia por el papa, a quien, sin duda, explicó su plan, ya que en cuanto regresó a Estiria ordenó que salieran de sus territorios todo el clero y los maestros protestantes. En 1599 una «Comisión de Reforma» especial comenzó a clausurar los establecimientos luteranos en el ducado (casi 70 fueron clausurados en el plazo de 9 meses) y a destruir todos los libros prohibidos (sólo en Graz fueron quemados 10.000 volúmenes en una gran hoguera). En 1600, destacados protestantes, junto con sus familias, entre ellos el matemático y maestro de Graz Johannes Kepler, fueron obligados a marcharse. Tal vez unas 2.500 personas fueron exiliadas. Tras este éxito, el archiduque y su Comisión de Reforma dirigieron su atención a Carintia y Carniola. Aunque un obispo temeroso predijo que estallaría una rebelión «a escala holandesa», el archiduque sabía que el miedo a que permitiera la entrada de los turcos (que acababan de capturar Canissa, situada tan sólo a 250 km de Graz) y la renuencia de los luteranos a oponerse a un príncipe legítimo, le daban una ventaja decisiva. Así, Fernando II había proseguido con extraordinario éxito la política de su abuelo de divide y gobierna.[9]

También en la Baja Austria se tomaron algunas medidas similares. En 1578, Rodolfo II, que vivía a la sazón en Viena, ordenó la clausura de todas las instituciones protestantes de la capital, entre ellas una notable escuela dirigida por la propia Dieta. Hubo quejas por parte de los nobles protestantes cuando las iglesias y escuelas tuvieron que trasladarse de Viena hasta la cercana ciudad de Horn, pero no hubo mayores problemas. Tampoco se produjo un movimiento de resistencia por parte de los nobles cuando en el decenio de 1590 el go-

---

en Innsbruck hasta 1558 y en Graz hasta 1559, lo cual impidió la difusión del protestantismo. En cambio, en 1521 ya se habían impreso en Viena 17 tratados luteranos.

9. Véase Evans, *Making of the Habsburg Monarchy*, p. 45.

bierno, a petición del obispo Khlesl de Passau (y posteriormente de Viena) comenzó a imponer magistrados católicos en las ciudades del ducado. En parte, esta pasividad fue consecuencia de la revuelta campesina que paralizó gran parte de la Baja Austria en 1595 y 1596 y que sólo gracias a la intervención imperial pudo ser sofocada: la revuelta antiaristocrática había puesto en evidencia hasta qué punto los terratenientes dependían del apoyo del gobierno. La impotencia de los pastores luteranos para poner coto a las agitaciones había demostrado también que el protestantismo no podía garantizar el orden público y, terminada la rebelión, varios grandes terratenientes —entre ellos Karl von Liechtenstein, cabeza visible de una de las familias más antiguas del ducado— abandonaron la religión reformada y se convirtieron al catolicismo.

En muchos otros lugares ocurrió algo parecido: a partir de la década de 1590, una serie de miembros de las grandes familias de todos los territorios Habsburgo comenzaron a abandonar las Iglesias reformadas en favor del catolicismo. Citemos, entre otros, los nombres de Wallenstein y Slavata en Bohemia, Eggenberg y Trauttmannsdorf en Estiria y muchos otros personajes que más tarde alcanzarían relevancia en la Guerra de los Treinta Años. La punta de lanza de la ofensiva católica estaba constituida por los colegios dirigidos por los jesuitas, de los cuales había cuatro en los territorios habsburgueses en 1561 y alrededor de 50 hacia 1650, con 870 hermanos de la Compañía. Guillermo Lamormaini, jesuita y confesor del emperador Fernando II, no hacía gala de un excesivo celo patriótico cuando más tarde afirmó que «si no hubieran existido escuelas de la Compañía, que se fundaron gracias al prudente designio de los emperadores y archiduques en Viena, Praga, Graz, Olomouc y en otros lugares en Alemania, apenas habría quedado vestigio alguno de la religión católica». En verdad, a partir de 1580 el catolicismo de los territorios Habsburgo llevó el sello de la fe firme, intransigente y legalista de los jesuitas.[10] A medida que la muerte fue haciendo desaparecer a los representantes de la generación anterior, más tolerantes, las posturas religiosas se hicieron cada vez más agresivas. Tal vez, la síntesis manierista-humanística, con su defensa de la vieja unidad de la cristiandad, tenía todavía seguidores, pero muchos de ellos eran individuos de escasa entidad, fugitivos del fanatismo que reinaba en otras partes. Los territorios Habsburgo de

10. Citado por Bireley, *Religion and Politics*, pp. 133-134.

la Europa central les habían parecido su único refugio; pero ahora también éstos estaban amenazados.[11]

Estos acontecimientos, aparentes para todo el mundo, deberían haber alarmado a los súbditos protestantes de los Habsburgo, pero no fue así. Los protestantes de Bohemia y Hungría se sentían especialmente seguros, pues ambos reinos poseían sólidas garantías constitucionales contra el absolutismo real —la Bula de Oro (1222) concedía amplios derechos a los súbditos— y ambos reinos tenían una larga tradición de resistencia triunfante a los abusos monárquicos (la rebelión husita de 1418-1436 había puesto fin a todos los intentos de represión del emperador y el papado). Además, en ambos reinos sus gobernantes eran elegidos, y habitualmente se arrancaban concesiones de los candidatos antes de la coronación. Pero la difusión de la Reforma en la Europa central debilitó las defensas de esos vasallos bien protegidos. Es cierto que en las tres Iglesias no católicas más importantes de Bohemia —luteranos, husitas y hermanos bohemios (el ala radical del movimiento husita)— adoptaron un credo común en 1565, la *Confessio Bohemica*, y obligaron a Rodolfo III a garantizarles la tolerancia oficial a cambio de su elección como rey; pero sus promesas fueron tan sólo verbales y tibias. Casi de forma inmediata, Rodolfo rompió el compromiso ordenando la expulsión de los hermanos bohemios (aunque no pudo llevarse a efecto hasta 1602 por falta de recursos). En Hungría, la situación era todavía más incierta, pues los credos más importantes —calvinistas, luteranos y socinianos— no consiguieron ponerse de acuerdo para realizar una declaración común de fe.

La precaria posición del protestantismo en ambos reinos bajo el dominio Habsburgo quedó de manifiesto durante la «larga guerra turca» (1593-1606) entre Rodolfo II y el sultán. Aunque los turcos obtuvieron diversas victorias en los primeros años de la guerra, los vasallos cristianos del sultán en los Balcanes —los príncipes de Transilvania, Valaquia y Moldavia— se rebelaron contra él en 1597 haciendo causa común con el emperador. Los Balcanes podrían haber sido liberados si Rodolfo no hubiera decidido aprovechar la oportunidad para anexionarse Transilvania y explotar la presencia de sus ejércitos en ese territorio y en Hungría para restaurar la supremacía de la Iglesia católica. A partir de 1602, una serie de tribunales especiales comple-

11. Véase Evans, *Rudolf II*, pp. 41-42, y *Habsburg Monarchy*, pp. 39-40, para un análisis más exhaustivo de estos aspectos.

mentaron la acción de las tropas, confiscando las tierras de los nobles protestantes (y procesando a varios de ellos por traición), expulsando a los vasallos protestantes y dedicando las iglesias protestantes a la práctica del culto católico. En 1604, el gobierno Habsburgo declaró que las Dietas locales no podrían discutir en adelante asuntos religiosos y ordenó la imposición de medidas rigurosas contra la herejía.

Estas iniciativas eran realmente disparatadas pues, a diferencia de lo que ocurría en Estiria, apenas quedaban católicos en Hungría y Transilvania. En 1606, los agentes papales sólo pudieron encontrar 300 eclesiásticos católicos en Hungría, la mayor parte de ellos en la provincia meridional de Croacia, en la frontera con la Austria Interior; en Transilvania había menos de 30 y ni un solo prelado húngaro había visitado Roma desde 1553.[12] Los católicos apenas controlaban alguna ciudad y prácticamente no existían nobles católicos. Así pues, cuando en 1605 el ejército imperial fue obligado a avanzar hacia el sur para hacer frente a un gran ataque turco, no quedó nadie que pudiera evitar la rebelión de los protestantes de Hungría y Transilvania, conducidos por los calvinistas Esteban Bocskay y Bethlen Gabor. Cuando la Dieta húngara hubo aprobado su revuelta, las fuerzas de Bocskay invadieron Moravia.

Comenzó a parecer evidente que la casa de Habsburgo estaba a punto de perder su dominio sobre los reinos adquiridos en 1526. Sin embargo, el jefe de la familia, Rodolfo, cuya imprudente política había desatado la tormenta, se mostró impertérrito ante el peligro y se recluyó en sí mismo más que nunca. Raras veces abandonaba el Hradschin, el gran palacio situado sobre la «ciudad nueva» de Praga, en el que vivía desde 1581. Los parientes más próximos de Rodolfo, temerosos de que no pudiera superar por más tiempo los peligros que se cernían sobre el Imperio y la dinastía, celebraron una reunión secreta en Linz en abril de 1605 para decidir las medidas a tomar. Pidieron al hermano mayor del emperador, el archiduque Matías, que se hiciera cargo de todos los asuntos y le instaron para que firmara la paz con Bocskay y los turcos; a cambio, le prometieron apoyar su candidatura para suceder a Rodolfo como rey de Bohemia y Hungría.[13] Todo

12. Evans, *Habsburg Monarchy*, p. 18; K. Benda, «Hungary in turmoil, 1580-1620», *European Studies Review*, VIII (1978), pp. 281-304, en p. 295.

13. Para más detalle, véase Sturmberger, «Bruderzwist». Los archiduques se habían reunido ya en 1600, en Schottwein, para discutir la alarmante incompetencia de Rodolfo: véase K. Vocelka, *Die Politische Propaganda Kaiser Rudolfs II*

fue bien en un principio: un ejército leal, rápidamente reclutado y del que formaban parte personajes tan importantes para los acontecimientos futuros como el conde Thurn y el joven Wallenstein, consiguió rechazar a Bocskay y permitió a Matías concluir un alto el fuego en enero de 1606. En el mes de junio, el archiduque reconoció a Bocskay como príncipe de Transilvania por la paz de Viena, le cedió ocho condados de la Hungría real y prometió la libertad religiosa total a los protestantes del reino (aunque también ofreció protección a la Iglesia católica). En noviembre, gracias en parte a los buenos oficios de Bocskay, Matías concluyó también un tratado bastante favorable con los turcos en Zsitva Torok, lo que llevó la paz a la frontera turca durante muchos decenios, gracias a la renovación frecuente del tratado.[14]

Sin embargo, Rodolfo no se mostró satisfecho con la marcha de los acontecimientos. Indeciso e incierto, el emperador aceptó las sugerencias de algunos católicos en el sentido de que los males que devastaban Bohemia, hasta el punto de expulsarle a él mismo de su amado Hradschin, eran un castigo de Dios por la tolerancia otorgada a los protestantes. Aunque firmó la paz de Viena, afirmó que había dado su consentimiento bajo extorsión y luchó para impedir que se realizaran las concesiones. En 1607 hizo pública una «lista de agravios», criticando la administración de su hermano en Austria y Hungría, su dirección de la guerra y sus concesiones tanto a los turcos como a los rebeldes.[15]

Como consecuencia, la Dieta húngara y el archiduque se vieron casi obligados, para su propia defensa, a concluir una embarazosa alianza: la primera podía ofrecer el reconocimiento de Matías como rey a cambio de una sólida garantía de que se mantendría la paz de Viena; por su parte, el segundo podía explotar el deseo de los húnga-

---

(1576-1612), Viena, 1981, pp. 311-316. Se ha dicho que el emperador intentó suicidarse en 1600; desde luego, su comportamiento se hizo más extraño a partir de ese año (véase Evans, *Rudolf II*, p. 63; y, sobre la personalidad de Rodolfo en general, todo el capítulo 2).

14. El tratado fue renovado en cinco ocasiones entre 1615 y 1628. Véase K. Teply, *Die Kaiserliche Grossbotschaft an Sultan Murad IV. 1628. Des Freiherrn Hans Ludwig von Kuefsteins Fahrt zur hohen Pforte*, Viena, s.a. Véase también Heinisch, «Habsburg, die Pforte und der Böhmische Aufstand, 1618-20», *passim*.

15. Vocelka, *Politische Propaganda*, pp. 311-312 y 314, cita y analiza la *Liste von Gravamina*. El original se halla en Viena, Haus-, Hofund Staatsarchiv, *Familienakten*, fasc. 1.

ros de alcanzar una seguridad constitucional para conseguir el reconocimiento de sus pretensiones al trono. El pacto fue sellado en una reunión de la Dieta húngara en Bratislava a comienzos de 1608 y Matías trató, entonces, de conseguir un reconocimiento similar de los otros territorios Habsburgo. No encontró dificultad alguna en sus provincias de la Alta y la Baja Austria, pues una delegación de su Dieta se hallaba ya en Bratislava, encabezada por Jorge Erasmo Tschernembl, un noble calvinista que había recibido parte de su educación en Occidente (y cuya biblioteca de casi 1.900 volúmenes incluía muchas obras protestantes y un tratado manuscrito escrito por él mismo referente a los derechos del súbdito a resistirse a su soberano).[16] En febrero, los líderes austriacos, la Dieta húngara y el archiduque firmaron una alianza para asegurar el cumplimiento del tratado de Viena. Moravia no tardó en unirse a este pacto y en el mes de mayo Matías se dirigió hacia Praga al frente de un pequeño ejército reclutado por los confederados. Sin embargo, Rodolfo siguió negándose a reconocer los nuevos títulos de su hermano. Sólo en junio de 1608 capituló el emperador cuando Matías y su ejército se hallaban a escasos kilómetros de Praga.

Ahora bien, la Dieta había saboreado los dulces frutos del chantaje e incrementó cínicamente sus exigencias. La Dieta de la Alta Austria, encabezada por Tschernembl, exigió de pronto a Matías la libertad religiosa total para las ciudades y para los nobles y la igualdad de trato con los católicos, a cambio de la coronación. Ante la negativa del archiduque, los miembros protestantes de la Dieta concertaron una alianza con sus correligionarios de la Baja Austria, comprometiéndose a movilizar tropas para asegurarse la obtención de estas nuevas concesiones. En marzo de 1609, y dado que Rodolfo se mantenía en una postura intransigente, Matías se vio obligado a aceptar las condi-

16. Hay una biografía bastante floja, pero muy completa, de este personaje crucial, de H. Sturmberger, *Georg Erasmus Tschernembl: Religion, Libertät und Widerstand. Ein Beitrag zur Geschichte der Gegenreformation und des Landes ob der Enns*, Linz, 1953. Desde entonces no se han publicado muchos trabajos sobre la figura de Tschernembl, pero hay una interesante descripción de su biblioteca en *Der oberösterreichische Bauernkrieg 1626*, pp. 137-143. La lista de sus libros, realizada por los jesuitas de Linz que los consiguieron, incluía 1.897 títulos (248 de ellos duplicados). Había obras de Calvino, Duplessis-Mornay, François Hotman, Lutero, Maquiavelo y Peter Ramus. Su tratado sobre la resistencia fue escrito aproximadamente en 1600. Tschernembl poseía también una edición de 1612 del Atlas de Mercator.

ciones y a confirmar los privilegios religiosos de los austriacos para ser reconocido como archiduque reinante.

Sólo Bohemia, Silesia y Lusacia permanecían todavía bajo el control directo de Rodolfo. Los acontecimientos de 1597-1604 habían puesto de relieve la conveniencia de confirmar sus privilegios religiosos y en enero de 1609 la Dieta del reino se reunió en Praga para conseguirlo. Pero la respuesta de Rodolfo fue una rotunda negativa. En mayo, la Dieta creó un organismo ejecutivo formado por treinta «Directores» y autorizó el reclutamiento de 4.500 soldados, obligando al emperador a firmar, el 9 de julio de 1609, la famosa «Carta de Majestad» que daba fuerza oficial y legal al derecho de todos los bohemios a elegir la fe católica o cualquier otra de las que estaban comprendidas en la Confesión de 1575. Los nobles y las ciudades podían construir escuelas e iglesias protestantes e incluso podían contar con una iglesia o cementerio en los territorios del dominio real, si aún no existían. Se mantenía todavía una ambigüedad, probablemente no percibida por los contemporáneos: no se mencionaban los derechos legales de los protestantes que vivían en los territorios eclesiásticos. Probablemente, la Dieta asumió que serían incluidos en las provisiones para el dominio real, aunque posteriormente el gobierno negaría este extremo. Pero era sólo una cuestión secundaria si se tenían en cuenta las grandes ventajas obtenidas. Rodolfo aceptó incluso la existencia de una comisión permanente de la Dieta, cuyos miembros recibirían el nombre de «defensores», y que se responsabilizaría del cumplimiento de los acuerdos. En 1611, estos hombres se prepararon para actuar cuando Rodolfo permitió inexplicablemente que su primo Leopoldo (hermano de Fernando de Estiria) invadiera Bohemia con unos 7.000 soldados. Si creía que podría amedrentar a la Dieta estaba totalmente equivocado, pues un importante ejército bohemio rechazó a los hombres de Leopoldo en las afueras de Praga y los defensores acudieron a Matías para que se hiciera cargo del gobierno de su reino. Rodolfo, encerrado en su palacio, solo y probablemente loco, fue depuesto; y en el mes de mayo de 1611 Matías fue coronado como rey de Bohemia después de confirmar la Carta de Majestad. Nunca había parecido tan grande el poder de la Dieta en las tierras de los Habsburgo. Y, sin embargo, habría de ser un poder inestable: los defensores sólo esperaban la oportunidad de conseguir nuevas ventajas, mientras, por su parte, Matías (según admitió él mismo) estaba igualmente decidido a revocar lo que había concedido.

No resulta fácil para el historiador situar estos acontecimientos tumultuosos en su auténtica perspectiva. Las ventajas obtenidas por la Dieta a raíz de la rebelión bohemia de 1618 parecen haber estado amenazadas desde el principio; pero no ocurrió otra cosa con la mayor parte de las grandes concesiones políticas de la historia europea, cuando se contemplan tan sólo algunos años después. Incluso la Carta Magna inglesa, que en el siglo XVII era reconocida por todos como la piedra angular de la Constitución, se había visto sometida a violaciones e intentos de revocación durante un siglo después que los barones la obtuvieran del rey Juan en Runnymede, en 1215. Conseguir que la Carta de Majestad de Bohemia fuera de igual forma inmutable y respetable era tan sólo cuestión de tiempo. Pero, como todo el mundo aceptaba, el tiempo se acababa rápidamente.

II. ALEMANIA ANTES DEL ESTALLIDO DE LA GUERRA

> Grande es mi temor de que los estados del Imperio, al luchar entre sí en un terrible enfrentamiento, puedan iniciar una conflagración fatal que afecte no sólo a ellos ... sino a todos los países que de una u otra forma están relacionados con Alemania. Sin duda, esto tendrá unas consecuencias sumamente peligrosas, produciendo el colapso total y la inevitable alteración de la situación actual de Alemania. Posiblemente, afectará también a otros estados.[17]

Este pronóstico pesimista que Mauricio, landgrave de Hesse-Kassel, comunicó al gobierno francés en 1615, habría parecido ajustado a la mayor parte de sus contemporáneos. Existía la convicción generalizada, tanto dentro como fuera de los territorios del Sacro Imperio, de que era inminente una nueva guerra europea. Por toda Alemania, los gobiernos habían comenzado a hacer fuertes gastos en materia de defensa. Los viajeros procedentes de la República de Holanda durante el segundo decenio del siglo observaban el contraste entre los Países Ba-

17. Mauricio de Hesse-Kassel a Luis XIII, 23 de marzo de 1615, citado por A. D. Lublinskaya, *Frantsiya v nachale XVII veka*, Leningrado, 1959, p. 186. Lamentablemente, no hay otra edición de esta importante obra. Aunque hace años se hizo una traducción inglesa de esta obra a cargo de Brian Pierce, todavía no ha sido publicada.

jos, donde las tropas raramente se veían, y el Imperio, donde cada potentado parecía jactarse de poseer un ejército privado, ostentoso en su indumentaria y omnipresente. Incluso el landgrave Mauricio, mecenas de intelectuales (muchos de ellos establecidos anteriormente en la corte de Rodolfo II en Praga), músicos (entre ellos el joven Heinrich Schütz) y del teatro, creó en 1600 una nueva milicia de unos 9.000 hombres. Al año siguiente, redactó de su propia mano unas instrucciones de 288 páginas sobre la forma en que debería ser utilizado en caso de urgencia, y a no tardar lo utilizó para invadir y anexionarse Hesse-Marburgo (véase *infra*, p. 46). En 1618 creó una «academia militar» especial para entrenar oficiales para sus regimientos.[18]

Algunos gobernantes intentaron mejorar las defensas por otros procedimientos. Así, aunque el gobierno de la Prusia ducal no consiguió persuadir a la Dieta local de que financiara un ejército, en 1601 se votaron impuestos para erigir nuevas fortificaciones en los puertos de Pillau y Memel y para destinar dos barcos de guerra a patrullar las aguas del Báltico. Los electores de Sajonia crearon un arsenal en Dresde que, además de ser una maravilla arquitectónica, contenía suficientes pertrechos militares para equipar un ejército de 10.000 hombres (cuando menos eso se decía).[19] A partir del año 1600 se aceleró el ritmo en los gastos de defensa. El elector palatino ordenó la construc-

18. Sobre Mauricio y su mundo, véase E. van den Boogaart, ed., *Johan Maurits van Nassau-Siegen, 1604-1679. A humanist prince in Europe and Brazil*, La Haya, 1979, pp. 17-38. Sobre la milicia de Mauricio, véase: G. Thies, *Territorialstaat und Landesverteidigung. Das Landesdefensionswerk in Hessen-Kassel unter Landgraf Moritz, 1592-1627*, Darmstadt, 1973: Quellen und Forschungen zur hessischen Geschichte, XXV.

19. Los detalles proceden de J. Petersohn, «Die Landesdefension in Herzogtum Preussen zu Beginn des 17. Jahrhunderts», *Zeitschrift für Ostforschung*, X (1961), pp. 226-237; G. Oestreich, *Geist und Gestalt des frühmodernen Staates*, Berlín, 1969, notable colección de ensayos, pp. 1-79 y 300-355; y R. Naumann, *Das Kursächsiche Defensionswerk (1613-1709)*, Leipzig, 1917. Había dos arsenales en Dresde, capital de la Sajonia Electoral: uno para el ejército, en el Albertinum, cuyo contenido se ha dispersado; el segundo, en el Johanneum, contenía objetos de gran valor para el elector y sus cortesanos. El inventario del segundo, fechado en 1606 y con 1.500 páginas manuscritas, indica la importancia de la colección incluso en ese momento; en la actualidad incluye unos 10.000 objetos de la primera Edad Moderna: 1.400 pistolas, 1.600 armas largas y 2.200 espadas y dagas, así como armaduras para los caballos y los soldados y todos los arreos. La principal aportación de Juan Jorge I a la colección durante su largo reinado (1611-1656) fue, como no podía ser de otra forma en el caso del principal cazador imperial, una gran colección de equipo de caza.

ción de unas costosas murallas, con bastiones y fosos, en torno a Frankental y Heidelberg y en 1606 creó en Mannheim una ciudad-fortaleza que, con su ciudadela y su conjunto de murallas en forma de estrella, pretendía ser inexpugnable.[20] Entre 1603 y 1618, la ciudad de Hanau, aliada del Palatinado y gobernada por un conde calvinista, se dotó también de una red defensiva totalmente nueva. Las potencias católicas de Renania, que se sentían amenazadas, no tardaron en realizar también sus preparativos defensivos. El elector de Tréveris fortificó Ehrenbreitstein, que dominaba la ciudad de Coblenza en la confluencia del Rin y el Mosela; Felipe Cristóbal von Sötern, obispo de Speyer, construyó la gran fortaleza de Philippsburg en Udenheim, sobre el Rin, al sur del Palatinado (1615-1623). Entre 1598 y 1618, los señores de Alsacia construyeron nuevas murallas en Benfeld, Breisach y Hagenau, mientras que el duque de Baviera añadió nuevas fortificaciones en torno a Munich, Ingolstadt, Rain y algunas ciudades fronterizas, con un coste total de casi un millón de táleros.[21] No hay que subestimar la importancia de estas empresas: se utilizaban millones de ladrillos para construir muros de hasta 13 metros de ancho, 10 de altura y varios kilómetros de longitud. Cuando el poeta, humorista y viajero inglés John Taylor visitó Hamburgo en 1617 se sorprendió al ver el enorme

20. P. Charpentrat, «Les villes, le mécénat princier et l'image de la ville idéale dans l'Allemagne de la fin du XVIe et du XVIIe siècles: l'exemple du Palatinat-Heidelberg et Mannheim», en P. Francastel, ed., *L'urbanisme de Paris et l'Europe 1600-1680*, París, 1969, pp. 267-274 y lám. 146. Véase también K. Wolf, «Von der Einführung der allgemeinen Wehrpflicht in Kurpfalz um 1600», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, LXXXIX (1936-1937), pp. 638-704.

21. En la actualidad, no se conserva ninguna de estas obras maestras de la arquitectura barroca militar: Hanau es prácticamente un barrio de Frankfurt; Ehrenbreitstein, completamente reconstruida en el siglo XIX por el gobierno prusiano, es hoy en día el Monumento Nacional al ejército alemán. Philippsburg, cuyas fortificaciones han sido destruidas, ha sido abandonada incluso por el Rin, que fluye a un kilómetro y medio de distancia hacia el oeste. Todo lo que queda de la gran fortaleza es el nombre de algunas calles, el foso que defendía un bastión, la espada ceremonial utilizada por el obispo Sötern para remover el primer césped de su orgullosa ciudadela (en el museo de la ciudad) y algunas páginas de la novela de Grimmelshausen, *Simplicissimus* (por cuanto el héroe estuvo alojado allí durante algún tiempo en el decenio de 1630). Sólo Breisach, gracias a su extraordinaria situación natural en un saliente rocoso sobre el Rin, conserva la misma apariencia que en el siglo XVII, aunque la mayor parte de las defensas que se pueden contemplar en la actualidad datan del período de la ocupación francesa en los reinados de Luis XIV y Luis XV.

ejército de artesanos que trabajaba en las murallas. «Y cuando vi esas fortificaciones quedé atónito, pues es casi increíble el número de hombres y caballos que trabajaba en ellas cada día; además, la obra en sí es tan impresionante que supera cuanto se pueda contar.»[22] Ciertamente, en el verano de 1617 se vivía en una atmósfera de guerra.

Por otra parte, no hay que exagerar el ambiente de pesimismo y destrucción inminente. El año 1617 contempló el cese de las hostilidades en Francia, Rusia e Italia. El embajador inglés en Turín, doctor Isaac Wake, se vio impulsado a resaltar que se habían cerrado «las puertas de Jano», con la promesa de «días tranquilos y felices no sólo para los habitantes de esta provincia de Italia, sino para la mayor parte de la Cristiandad».[23] Aunque la fortificación y militarización de Alemania fue causa de que la guerra se prolongara durante más tiempo una vez que hubo comenzado, no fue el motivo de su estallido. Cuando Thomas Coryat, otro humorista itinerante inglés, viajó a Venecia en 1608, caminó solo la mayor parte del camino desde Basilea hasta Maguncia y sólo en una ocasión encontró tropas en el camino; tampoco tuvo ningún encuentro desagradable con ladrones o bandoleros. Por contra, en sus escritos alaba con frecuencia el orden, la prosperidad y la paz que reinaban en el valle del alto Rin, donde el pan y las verduras eran tan baratas que se podía consumir una comida alimenticia por un cuarto de penique y comprar el trigo necesario para todo un año por dos libras. Sin embargo, Coryat consideró prudente navegar por el Rin a partir de Maguncia en una barcaza de pasajeros porque los caminos de esa zona tenían fama de estar infestados de proscritos. Fue ésta una sabia decisión, pues otro viajero inglés de este período, Fynes Morison, se vio obligado a viajar disfrazado a través de Westfalia (en una ocasión oculto en un carro que transportaba mercancías) para escapar de los ladrones.[24] Alemania era el país más

22. John Taylor, *Three weekes, three daies and three houres observations and travel from London to Hamburgh*, Londres, 1617, p. 6. Taylor (1580-1653) escribió ésta y muchas otras obras para mofarse de los relatos de viajes, más serios, de Thomas Coryat y de otros autores. No obstante, realizó estos viajes personalmente. Ese mismo año, efectuó un viaje a pie, patrocinado, desde Londres a las Highlands de Escocia (que narra en su *Penniless Pilgrimage*) y en 1619 hizo andando el camino de ida y vuelta hasta Bohemia (véase *An Englishman's love to Bohemia*).

23. Citado por H. G. R. Reade, *Sidelights on the Thirty Years' War*, I, Londres, 1924, p. 183.

24. Thomas Coryat, *Coryat's Crudities, hastily gobled up in five moneths*

extenso de Europa y no en todas sus partes reinaban las mismas condiciones.

El viejo y amado Imperio,
¿cómo se mantiene unido?

preguntan los bebedores de la taberna en el *Fausto* de Goethe. No es más fácil encontrar hoy la respuesta que a finales del siglo XVIII o a comienzos del siglo XVII. Lo cierto es que Alemania, o «el Sacro Imperio Romano de la nación alemana», si hemos de darle su título de la época, era un territorio con numerosos estados y muchas economías diferentes. Las tierras prósperas del sur —el Palatinado, Alsacia, Baviera, etc.— siempre habían contrastado con los yermos del noroeste, presa habitual de los ejércitos que luchaban en los Países Bajos desgarrados por la guerra. En 1599, toda la infantería española invadió la vecina Westfalia en busca de cuarteles de invierno. Los príncipes locales intentaron organizar su propio ejército para expulsar a los españoles, pero fracasaron totalmente; y, para mayor escarnio, las tropas se amotinaron reclamando su soldada. El coste de ese fracaso fue superior a los 400.000 táleros. Fue ese desastre, más que ninguna otra cosa, lo que originó la creación de ejércitos territoriales separados en los comienzos del siglo XVII, pues para entonces las instituciones supraterritoriales del Imperio habían perdido toda su eficacia.[25]

Los «Círculos» (*Kreise*), responsables desde los albores del siglo XVI de la defensa local, no eran capaces ya de movilizar fuerzas

travells... newly digested... and now dispersed to the nourishment of the travelling members of this kingdom, Londres, 1611, pp. 443-628, cubre «mis observaciones de algunas partes de la Alta Alemania». John Taylor, en su viaje a través del noroeste de Alemania en 1617, advirtió el número de cruces de madera que en los caminos de Westfalia señalaban los lugares donde los viajeros habían sido asesinados por bandoleros (véase *Three weekes*, pp. 36-37). Fynes Morison, *An itinerary*, Londres, 1617, no da tantos detalles sobre lo que vio el viajero, pero en cambio ofrece mucha más información sobre precios, distancias y consejos útiles para los turistas. Los datos que facilita han sido recopilados y confirmados por A. Maczak, *Zhycie codzienne w podrózhach po Europie w XVI i XVII wieku*, Varsovia, 1978, pp. 81-89, y por W. von Hippel, «Bevölkerung und Wirtschaft im Zeitalter des dreissigjährigen Krieges. Das Beispiel Wurttembergs», *Zeitschrift für historische Forschung*, V, 1978, pp. 413-448.

25. Véase Thies, *Territorialstaat*, pp. 18-19; F. Boersma, «De diplomatieke reis van Daniel van der Meulen en Nicholas Bruyninck naar het Duitse Leger bij Emmerik, Augustus 1599», *Bijdragen en mededelingen betreffende de Geschiedenis van de Nederlanden*, LXXXIV (1969), pp. 24-26.

suficientes para garantizar la seguridad de sus miembros. En este sentido, las tropas que se amotinaron en 1599 fueron reclutadas por el Círculo renano y westfaliano. Los intentos de cooperación entre diversos círculos fueron escasos: las regulaciones de la industria textil, la creación de una moneda común y los controles de cereales acordados en 1564-1572 entre los círculos bávaro, suabo y de Franconia fueron excepcionales y poco duraderos. El principal obstáculo para la cooperación era la extraordinaria fragmentación religiosa y política del sur y oeste de Alemania. Suabia, con una extensión aproximadamente igual a la de la Suiza moderna, tenía 68 señores seculares y 40 señores espirituales y, así mismo, 32 ciudades imperiales libres. Todos ellos estaban representados en la Asamblea del Círculo (*Kreistag*), que se reunía regularmente (64 veces entre 1555 y 1599) y cada uno de ellos era vasallo directo del emperador. Pero su importancia era muy variable, desde el sólido ducado de Württemberg, con una extensión de 9.200 km², hasta las tierras de numerosos «caballeros imperiales», que en muchos casos poseían tan sólo una parte de una aldea. Más de la mitad de los miembros del Círculo, y casi exactamente la mitad de su población, eran católicos; el resto eran luteranos o calvinistas. Era ésta la fórmula perfecta para la parálisis y la mayor parte de los círculos del sur y oeste de Alemania se hallaban divididos de igual forma por sus diferencias confesionales y políticas. En el conjunto del Imperio, con una población que hacia 1600 rondaba los 20 millones de habitantes, había alrededor de mil unidades políticas semiautónomas, muchas de ellas muy reducidas. Sin embargo, incluso las más insignificantes defendían tenazmente sus derechos. Los aproximadamente 400 caballeros imperiales estaban organizados en 14 «cantones», cada uno de ellos con un director, un Tesoro y una cancillería; sus asambleas se reunían cuatro o cinco veces al año y a partir de 1590 su autonomía estaba garantizada por una ordenanza imperial especial. En un nivel ligeramente inferior, los 50 o más «condes imperiales» poseían también sus propias organizaciones: tal vez la más importante de éstas, en la región de Wetterau al norte de Frankfurt, estaba dirigida desde 1565 por los condes calvinistas de Nassau (lo que ayuda a explicar su importancia en la política del Imperio). Los condes imperiales tenían garantizados incluso dos escaños en la Dieta imperial.[26]

26. Sobre los Círculos, véase J. A. Vann, *The Swabian Kreis. Institutional*

Pero estos potentados menores, aunque insistían en ejercer plenamente sus poderes religiosos, económicos y feudales, tenían un peso específico muy limitado en comparación con los ochos grandes estados del Imperio. A la cabeza se hallaban los electorados de Sajonia, Brandemburgo y Baviera, cada uno de ellos con más de un millón de súbditos; el Palatinado con unos 600.000; y Hesse, Tréveris y Württemberg con 400.000 habitantes cada uno de ellos. Sin embargo, estos grandes estados, algunos de ellos con una extensión y población similares a las de los reinos de Escocia y Suecia, tenían dos grandes desventajas que les impedían alcanzar una situación de predominio en el Imperio. En primer lugar, no todos ellos aceptaban el principio de primogenitura. Hesse, por ejemplo, fue repartido en 1567 entre los cuatro hijos del landgrave Felipe el Magnánimo, protector de Lutero, con la consiguiente pérdida de influencia en los asuntos del Imperio; en segundo lugar, muchos de ellos estaban fragmentados desde el punto de vista geográfico. El Palatinado estaba dividido en cuatro grandes unidades bien diferenciadas: el Alto Palatinado, luterano, que en otro tiempo había formado parte de Baviera, se extendía hasta los límites de Bohemia y aportaba el 40 por 100 de los ingresos del electorado, mientras que el Bajo Palatinado, calvinista, cuyo centro era Heidelberg, se extendía a ambos lados del Rin. Además, otras pequeñas partes del Palatinado, como Zweibrücken y Neoburgo, estaban gobernadas por otras ramas de la dinastía. Dado que los principados más pequeños del Imperio estaban, si cabe, más fragmentados todavía, en ocasiones era difícil para quien viajaba por Alemania saber exactamente dónde estaba. Sólo las fronteras de algunos territorios (como los confines de Lorena, el Palatinado, Hanau y Zweibrücken) estaban señalados por una serie de mojones de delimitación especiales. Más frecuentemente, las fronteras estaban constituidas por puestos aduaneros, tanto en tierra como en los ríos. Por

---

growth in the Holy Roman Empire 1648-1715, Bruselas, 1975; F. Magen, «Die Reichskriese in der Epoche des dreissigjährigen Krieges», *Zeitschrift für historische Forschung*, IX (1982), pp. 409-460; y R. Endres, «Zur Geschichte des fränkischen Reichskreises», *Würzburger Diözesangeschichtsblätter*, XXIX (1968), pp. 168-183. Sobre los caballeros, véase M. J. Le Gates, «The Knights and the problems of political organization in sixteenth-century Germany», *Central European History*, VII (1974), pp. 99-136; y T. J. Glas-Hochstettler, «The Imperial Knights in post-Westphalian Mainz: a case study of corporatism in the Old Reich», *ibid.*, XI (1978), pp. 131-149.

ejemplo, había 30 estaciones de aduanas en el Elba entre Hamburgo y Praga y 11 en el Rin entre Maguncia y Colonia, cada una de ellas equipada con un pequeño cañón para hundir aquellos barcos que intentaban atravesarlos sin pagar los impuestos.[27]

Por todas estas razones, ningún territorio de Alemania podía hacer frente al poder de los Habsburgo austriacos, que habían monopolizado el título imperial desde 1438. Sin embargo, su base territorial y demográfica era insuficiente para permitir un control absoluto de los destinos de Alemania. A partir de 1601, muchos gobernantes territoriales dejaron de aceptar las decisiones del Tribunal Supremo Imperial (el *Reichskammergericht*) y en 1620 los súbditos de Sajonia, Brandemburgo y Baviera vieron cómo se les prohibía apelar a ese tribunal sin el consentimiento previo de su príncipe. Más grave todavía fue la negativa protagonizada, a partir de 1608, por un grupo importante de príncipes a atender la Dieta imperial. Esta asamblea de todos los gobernantes territoriales de Alemania, o de sus representantes, se había reunido tan sólo seis veces entre 1555 y 1603. Sus miembros, divididos en tres estamentos —electores, príncipes y ciudades— deliberaban por separado las proposiciones que les sometía el emperador, luego deliberaban conjuntamente y, por último, ofrecían una respuesta. En una Dieta de duración prolongada, podía haber más de cien sesiones y unas veinte conferencias conjuntas. El elevado número de participantes semiautónomos producía considerables demoras: aunque había tan sólo siete electores (incluido el propio emperador como rey de Bohemia), unos 150 territorios estaban representados en el estamento de los príncipes y 52 miembros en el de las ciudades. En último extremo, todas las decisiones se basaban en el consenso, y por tanto, en el compromiso. Fue debido a la imposibilidad de alcanzar esos compromisos en determinadas cuestiones clave, sobre todo respecto a la igualdad religiosa para los protestantes

27. H. Hiegel, *Le baillage d'Allemagne de 1600 à 1632. L'administration, la justice, les finances et l'organisation militaire*, Saarguemines, 1961, pp. 148-150: entre 1605 y 1608 se levantaron más de 200 mojones, cada uno de ellos de un metro y medio de altura y con las armas de Lorena; otros mojones se habían erigido en 1602-1604 por orden de Federico del Palatinado. Los derechos de aduana que se cobraban en el Elba en el decenio de 1670 figuran en el mapa de K. Blaschke, «Elbschiffahrt und Elbzölle im 17. Jahrhundert», *Hansische Geschichtsblätter*, LXXXII (1964), pp. 42-54, en p. 48. Sobre los peajes del Rin, véase Coryat, *Coryat's crudities*, pp. 569 ss.

y católicos en el seno de las instituciones imperiales, por lo que en 1608 la Dieta cesó en sus funciones. Sólo se reunió una vez más entre esa fecha y 1640 —en agosto de 1613 en Ratisbona— y muchos protestantes boicotearon incluso esa convocatoria.[28]

La parálisis de las instituciones imperiales fundamentales —los Círculos, el Tribunal Supremo y la Dieta— en esa época fue especialmente desafortunada porque el Imperio se veía enfrentado a una serie de graves problemas. Tal vez el más importante de todos fue la guerra que Rodolfo II tuvo que librar con los turcos entre 1593 y 1606: sin la reunión de la Dieta no podía conseguir los impuestos necesarios para pagar sus ejércitos en Hungría. La dependencia de Rodolfo de las contribuciones alemanas se hace patente cuando contrastamos sus peticiones de *römermonate* (el impuesto básico votado por la Dieta) con las de su tío abuelo, Carlos V (emperador de 1519 a 1558): mientras que Carlos sólo había solicitado 73,5 *römermonate,* Rodolfo solicitó 409 únicamente para luchar contra los turcos. Fue imposible encontrar el dinero y todavía en 1619 los atrasos impagados de esos impuestos de guerra ascendían a casi 4 millones de táleros.[29]

Pero el impago de los impuestos no era consecuencia únicamente de un conflicto institucional: muchas zonas de Alemania sufrían los efectos de una grave recesión económica. El rápido y prolongado crecimiento demográfico que experimentó Alemania (junto con el resto de Europa) durante el siglo XVI provocó numerosas dificultades. Por una parte, se había destinado para el cultivo toda la tierra disponi-

28. Una excelente descripción de la composición de la Dieta en esta época se encontrará en Bierther, *Der Regensburger Reichstag von 1640/1641*, pp. 48-57. Véanse también los estudios, más generales, de H. Weber, «Empereur, Electeurs et Diète de 1500 à 1650», *Revue d'Histoire Diplomatique*, LXXXIX (1975), pp. 281-297; G. Buchda, «Reichsstände und Landstände in Deutschland im 16. und 17. Jahrhundert», *Standen en Landen,* XXXVI (1965), pp. 193-226; y K. O. Freiherr von Aretin, *Heiliges Römisches Reich 1776-1806. Reichsverfassung und Staatssouveränität, I*, Wiesbaden, 1967, pp. 1-110 (que examina las instituciones del Imperio durante los siglos XVII y XVIII).

29. W. Schulze ha puesto de relieve en dos artículos recientes que los problemas financieros de los príncipes alemanes eran más graves de lo que se pensaba anteriormente: «Reichstage und Reichssteuern im späten 16. Jahrhundert», *Zeitschrift für historische Forschung*, II (1975), pp. 43-58; y «Die Erträge der Reichssteuern zwischen 1576 und 1606», *Jahrbuch für die Geschichte Mittel- und Ostdeutschlands*, XXVII (1978), pp. 169-185: Véase también Petersen, «From domain state to tax state».

ble, disminuyendo así las tierras destinadas a la ganadería y a los cultivos industriales; por otra parte, la extraordinaria elevación de los precios de los productos alimenticios durante el decenio de 1590 provocó el hundimiento del mercado de los productos manufacturados, dado que muchos consumidores no tenían dinero para comprar otra cosa que no fuera pan. Después de esta crisis, la recuperación fue extraordinariamente lenta. Muchas ciudades, especialmente en el sudoeste de Alemania, experimentaron una caída en la producción industrial (los empresarios se dedicaron cada vez más a buscar la mano de obra rural, más barata). Muchas otras ciudades arrastraban pesadas deudas, ya fuera por la reducción de los ingresos como consecuencia de la crisis económica o por el incremento de los gastos debido a la construcción de nuevas defensas o nuevos servicios ciudadanos. Por otra parte, prácticamente todas las ciudades —tanto las imperiales como las territoriales— sufrieron una creciente interferencia de los príncipes vecinos en los aspectos sociales, políticos y religiosos.[30] Lo que los estados territoriales buscaban en las ciudades era sobre todo dinero. Muy pocos gobernantes alemanes eran solventes en los años del cambio de siglo. El emperador Matías debía casi 30 millones de táleros en el momento de su acceso al trono en 1612, mientras que el elector de Brandemburgo tenía una deuda de 18 millones, el elector de Sajonia de más de 3 millones y el elector del Palatinado de más de 2 millones. No fue una simple coincidencia el hecho de que durante este período se generalizaran los libros de «economía doméstica», en los que se aconsejaba a los príncipes sobre la mejor manera de ajustar los gastos a sus posibilidades.[31]

Las dificultades económicas fueron causa de que los gobernantes tuvieran conflictos con sus Dietas, cuyo consentimiento (prácticamente en todos los territorios) era necesario para la recaudación de

30. Véanse estimaciones de la población de Alemania antes de la guerra, en el capítulo de H. Kellenbenz en C. H. Wilson y G. Parker, eds., *Introduction to the Sources of European Economic History 1500-1800*, Londres, 1977, especialmente las pp. 191-196. Un brillante análisis de la crisis de preguerra en Alemania, por H. Schilling, se encontrará en P. Clark, ed., *The European Crisis of the 1590s*, Londres, 1984, pp. 135-156. Debo mostrar mi más sincero agradecimiento al profesor Schilling por permitirme examinar su trabajo antes de ser publicado.

31. E. Klein, *Geschichte der öffentlichen Finanzen in Deutschland 1500-1870*, Wiesbaden, 1974, pp. 8-26. Véase también el capítulo de C. P. Clasen en Trevor-Roper, *Age of Expansion*.

impuestos. La composición de estas asambleas representativas difería de un territorio a otro. Algunas de ellas, sobre todo en el sur de Alemania, incluían a la nobleza, el clero, las ciudades y los campesinos; otras sólo estaban formadas por las ciudades y campesinos, y las de los territorios más pequeños tan sólo por los campesinos. Todas ellas tenían derecho a discutir los problemas legislativos, los impuestos y las declaraciones de guerra. Pero en los territorios más amplios, donde vivía la mayor parte de la población, no existía ese funcionamiento «democrático». En 1598, el duque Maximiliano de Baviera escribió estas palabras en una carta dirigida a su padre, que acababa de abdicar en su favor: «creo que los príncipes sólo son valorados por los poderes espirituales y seculares de acuerdo con la "razón de Estado"; y considero que sólo se respeta a quienes tienen muchas tierras o mucho dinero».[32] Durante su largo reinado, Maximiliano actuó en consecuencia, ayudado de forma sorprendente por su Dieta. El *Landschaft* de Baviera se reunió en 33 ocasiones entre 1514 y 1579, seis veces entre esa fecha y 1612 y no volvió a reunirse de nuevo hasta 1669. En la asamblea de 1612, Maximiliano persuadió a los «representantes del pueblo» para que le concedieran un importante subsidio anual durante siete años (ascendía al doble de los ingresos del elector de Sajonia), le otorgaran el poder de declarar la guerra y firmar la paz a su voluntad y le permitieran recaudar todos los impuestos necesarios en caso de guerra. Este tipo de relaciones entre el príncipe y el Parlamento era muy diferente a las que existían en Inglaterra, Francia o las tierras de los Habsburgo.[33]

Sin duda, la razón fundamental de esa cooperación fue la demostrada habilidad económica de Maximiliano. En 1612 había conseguido reducir a la mitad las deudas heredadas de su padre y posteriormente acumuló con todo cuidado un excedente, de forma que incluso en período de guerra podía financiar su ejército sin recurrir a la

32. De Maximiliano al duque Guillermo, 21 de junio de 1598, citado por H. Dollinger, «Kurfürst Maximilian I. von Bayern und Justus Lipsius. Eine Studie zur Staatstheorie eines frühabsolutistischen Fürsten», *Archiv für Kulturgeschichte*, XLVI (1964), pp. 227-308.

33. Sobre las asambleas representativas de Baviera, véase Carsten, *Princes and Parliaments*, cap. 5; y K. Bosl, *Die Geschichte der Repräsentation in Bayern. Landständische Bewegung, Ländstandische Verfassung, Landesausschuss und altständische Gesellschaft*, Munich, 1974.

asamblea. Creó también un fondo especial (el *aerarium*) para la defensa activa del catolicismo en el Imperio, cuando quiera que surgiera la necesidad. Estas medidas fueron posibles porque Maximiliano y sus predecesores inmediatos habían eliminado el protestantismo de sus dominios. En el decenio de 1550, los protestantes bávaros intentaron obtener promesas de tolerancia por parte del gobierno, amenazando con que, sin tales garantías, no votarían los impuestos. Se produjo una confrontación sobre este tema en 1563, tras la cual los duques no regatearon esfuerzos para expulsar a todos los protestantes de sus dominios. Una vez que lo hubieron conseguido, las asambleas se mostraron mucho más sumisas.

Idénticos acontecimientos tenían lugar en otros territorios católicos bajo los términos de la «paz religiosa de Augsburgo» (1555), que puso fin de manera temporal a la guerra confesional abierta en Alemania. La paz de Augsburgo creó una estructura de seguridades legales a varios niveles para los habitantes del Imperio. En la cima estaba el derecho de cada gobernante secular territorial, desde los electores hasta los caballeros imperiales, para determinar si la religión de sus súbditos había de ser el catolicismo o el luteranismo (los únicos credos permitidos oficialmente, pues el calvinismo y todos los demás estaban prohibidos). Este principio se conocería más tarde como *cuius regio, eius religio*: que la religión de los súbditos debía ser la misma que la del gobernante territorial y que había que permitir que los súbditos que lo desearan emigraran. Las únicas excepciones a esta regla eran las ciudades imperiales libres y los estados eclesiásticos católicos. En las primeras, la paz garantizaba que en donde existieran grupos luteranos y católicos ambos gozarían de la libertad de culto (de hecho, esto sólo afectaba a 8 de las 60 ciudades libres, porque prácticamente todas las demás eran totalmente luteranas o totalmente católicas). La segunda excepción era mucho más importante, pues se refería a los grandes principados eclesiásticos. Por una parte, decretaba que «las tierras eclesiásticas territoriales» (las que se hallaban bajo la autoridad política de un príncipe o una ciudad territorial) en manos protestantes en 1552 permanecerían en esa condición, pero que no se producirían más secularizaciones. Muy diferente era el destino de las «tierras eclesiásticas imperiales» (las que se hallaban bajo un gobernante eclesiástico —un príncipe-obispo o un príncipe-abad— subordinados políticamente tan sólo al emperador), pues si el principio *cuius regio* se aplicaba en ellas, la elección de un obis-

po o abad protestante produciría la «protestantización» de todo el territorio. En consecuencia, se acordó que si un príncipe-obispo o un príncipe-abad abrazaban la Reforma deberían dimitir, sustituyéndoles un prelado católico. Lógicamente, los protestantes presentes en Augsburgo no aceptaron esta medida, conocida como el *reservatum ecclesiasticum*, y fue incluida en la paz sólo en virtud de la autoridad imperial, pero no por votación de la Dieta.[34] En consecuencia, podía ser rechazada, como ocurrió, de hecho, en 1583 cuando el arzobispo elector de Colonia abrazó el protestantismo: inmediatamente estalló una guerra, que había de durar cinco años, entre quienes le apoyaban (la joven República de Holanda y el Palatinado entre otros) y su sustituto católico, Ernesto de Baviera (apoyado por Felipe II de España y por el hermano de Ernesto, el duque Guillermo, que contrajo deudas por más de 500.000 táleros en su intento —saldado con éxito— de mantener el principio del *reservatum ecclesiasticum*).[35] Ahora bien, lo cierto es que hubo muy pocos intentos de este tipo de desafiar los términos de la paz de Augsburgo.[36] Más numerosos fueron los conflictos entre gobernantes y súbditos en las tierras eclesiásticas imperiales porque, durante las encendidas discusiones que

34. Sobre la paz de Augsburgo, véase H. Tüchle, «The peace of Augsburg: New Order or lull in the fighting?», en H. J. Cohn, ed., *Government in Reformation Europe 1520-1560*, Londres, 1971, pp. 145-165; T. Klein, «Minorities in Central Europe in the sixteenth and early seventeenth centuries», en A. C. Hepburn, ed., *Minorities in History*, Historical Studies, XII, Londres, 1979, pp. 31-50; Holborn, *A History of Modern Germany*, pp. 243-246 y los caps. 10 y 11; y Bireley, *Religion and Politics*, pp. 25-26. Agradezco a Fr. Bireley las conversaciones que me permitieron superar algunos de mis errores acerca de la paz.

35. Sobre la guerra de Colonia, véase M. Lossen, *Der Kölnische Krieg*, 2 vols., Munich, 1897; G. von Lojewski, *Bayerns Weg nach Köln. Geschichte der bayerischen Bistumspolitik in der zweiten Hälfte des 16. Jahrhunderts*, Bonner Historische Forschungen, XXI, Bonn, 1962, y D. Albrecht, «Das konfessionelle Zeitalter», en M. Spindler, ed., *Handbuch der bayerischen Geschichte*, II, Munich, 1969, pp. 358-361.

36. La mayor parte de las excepciones afectaban a las ciudades libres imperiales, algunas de las cuales defendieron el *ius reformandi* hasta 1593 y protestantizaron su jerarquía eclesiástica: véase K. von Greyerz, *The Late City Reformation in Germany. The case of Colmar 1522-1628*, Wiesbaden, 1980, y H. Schilling, «Burgerkämpfe in Aachen zu Beginn des 17. Jahrhunderts. Konflikte im Rahmen der alteuropäischen Stadtgesellschaft oder im Umkreis der frühbürgerlichen Revolution», *Zeitschrift für historische Forschung*, I, 1974, pp. 175-231. Aparte de Colmar (1575) y Aquisgrán (1581), también Essen (1563), Hagenau (1565) y Aalen (1575) implantaron la Reforma después de la paz de Augsburgo.

precedieron a la paz de Augsburgo, los negociadores Habsburgo habían establecido el principio (la *Declaratio Ferdinandei*) de que si las ciudades o caballeros de un príncipe eclesiástico habían practicado el luteranismo durante algún tiempo, deberían poder seguir practicándolo. Pero esa concesión no se incluyó entre las cláusulas de la paz y permaneció secreta durante casi dos decenios. Cuando finalmente se hizo pública, muchos prelados afirmaron que era falsa y provocaron diversos conflictos con sus asambleas.

No obstante, en un principio los gobernantes católicos parecieron no poder o no querer imponer la uniformidad religiosa en sus dominios e impedir la rápida difusión del calvinismo en el Imperio (a este tema haremos referencia más adelante). Fue sólo a partir de 1580, y contando con el apoyo de Austria y Baviera, cuando los príncipes eclesiásticos, especialmente el abad de Fulda y los obispos de Wurzburgo, Bamberg y Eichstätt, hicieron un esfuerzo serio para poner fin al culto protestante en sus territorios, a pesar de la *Declaratio Ferdinandei*. El progreso fue especialmente rápido tras la guerra de Colonia (1583-1588), que puede ser considerada como un hito decisivo en la lucha entre el protestantismo y el catolicismo en Alemania. Esta guerra constituyó el primer intento con éxito para detener la protestantización de un territorio eclesiástico e hizo salir de la prensa un importante tratado en el que se argumentaba que la causa católica se estaba perdiendo en Alemania por dejadez de los gobernantes y que había que salvarla antes de que fuera demasiado tarde: el anónimo *De autonomia,* escrito en 1580 y publicado (a expensas del duque de Baviera) en 1586.[37] El éxodo de luteranos del *Pfaffengasse* (la avenida de los sacerdotes, como se conocían los territorios eclesiásticos a lo largo del Rin y el Main) se convirtió en una auténtica inundación. En su mayor parte, los exiliados buscaron refugio en un lugar lo más próximo posible a sus lugares de procedencia, donde constituyeron una comunidad de exiliados militante e inquieta: se habían marchado contra su voluntad y soñaban constantemente con vengarse de quienes les habían expulsado. Muchos de ellos, como

37. [Andreas Erstenberger], *De Autonomia, das ist, von Freystellung mehrerlay Religion und Glauben* (escrito hacia 1580; impreso en Munich, en 1586). Véase la erudita discusión de esta obra y su significado en M. Heckel, «*Autonomia und Pacis Compositio*: Der Augsburger Religionsfriede in der Deutung der Gegenreformation», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Kanonistische Abteilung*, XLV (1959), pp. 141-248.

los exiliados luteranos de Wurzburgo, refugiados en la vecina Ansbach en 1588, cantaban el salmo de amargura «junto a las aguas de Babilonia nos sentamos y lloramos» mientras se dirigían a su nueva casa y suspiraban por regresar a su lugar de origen. Sin embargo, esto no había de resultar fácil, pues Julius Echter von Mespelbrunn, obispo de Wurzburgo de 1573 a 1617, convirtió su territorio en el más claro exponente del triunfo de la Contrarreforma. Su capital fue embellecida y enriquecida con una nueva universidad, un palacio magníficamente restaurado y con numerosas iglesias reconstruidas. Se exhortó a los sacerdotes que poseían concubinas a que las abandonaran y se creó un fondo especial para renovar las iglesias católicas recuperadas a los protestantes (más de 300 iglesias en la diócesis fueron reconstruidas según el «estilo Julius»), para mejorar el nivel del clero y para incrementar sus salarios.[38]

El ímpetu de la Contrarreforma parecía irresistible. La ofensiva católica obtenía su fuerza de la Congregatio Germanica (consejo para los asuntos alemanes) creada en Roma en 1568, y de los seminarios, sínodos y escuelas diocesanas de toda Europa. Igualmente, gracias a la presencia de nuncios vigilantes en el tribunal imperial y en Colonia, y al trabajo de las órdenes religiosas, la ortodoxia tridentina se definía cada vez con mayor claridad y se imponía con creciente rigor. Una gran parte del clero católico más activo era preparado en Roma en el Collegium Germanicum, fundado en 1552.[39]

38. Referencias tomadas de Heiss, «Konfession, Politik und Erziehung»; E. Schubert, «Gegenreformation in Franken», *Jahrbuch für fränkische Landesforschung*, XXVIII (1968), pp. 275-307, y J. Meier, «Die katholische Erneuerung des Würzburger Landskapitels Karlstadt im Spiegel der Landskapitelsversammlungen und Pfarreivisitationen, 1579-1624», *Würzburger Diözesangeschichtsblätter*, XXXIII (1971), pp. 51-125. Los esfuerzos del obispo Julius por acabar con el concubinato no se vieron coronados por el éxito de forma inmediata porque, como afirmó ante su capítulo en 1581, «los campesinos acuden espontáneamente ante los sacerdotes jóvenes y les ofrecen a sus hijas junto con una dote» (p. 80). No ha de sorprender que 26 de los 29 sacerdotes a los que afectó la visita episcopal de 1579 tuvieran una concubina, como ocurría con el 50 por 100 de los que fueron visitados en 1588. Esa práctica del concubinato no se erradicó completamente hasta 1619. Véase también la admirable colección de ensayos, F. Merzbacher, ed., *Julius Echter und seine Zeit*, Wurzburgo, 1973.

39. J. Köhler, *Das Ringen und die tridentische Erneuerung im Bistum Breslau: vom Abschluss des Konzils bis zur Schlacht am Weissen Berg, 1564-1620*, Viena y Colonia, 1973, pp. 155-156. Entre 1564 y 1620, 64 jóvenes del «colegio alemán» fueron a la diócesis de Wroclaw (Breslau), en Silesia.

En su mayor parte, los avances de los católicos se produjeron a expensas de la Iglesia luterana, que desde hacía algún tiempo se veía desgarrada por las diferentes teologías surgidas entre aquellos que deseaban mantener las enseñanzas de Lutero en todos sus aspectos (los «gnesio-luteranos») y los «melanchtonianos», así llamados por el principal representante de este grupo, Felipe Melanchthon, que trataban de imponer algunos cambios. Entre 1537 y 1577 se produjeron diez conflictos importantes entre las dos facciones a propósito de cuestiones doctrinales y una constante disputa sobre aspectos pedagógicos y políticos, pero finalmente los gnesio-luteranos consiguieron que sus opiniones fueran incluidas en la llamada «fórmula de concordancia», elaborada entre 1577 y 1580 por una comisión de clérigos luteranos de la corte que actuaban siguiendo las instrucciones de sus gobernantes. Esta fórmula aglutinó a las dos terceras partes del mundo luterano con respecto a las cuestiones doctrinales, pero no dejó otra opción a los melanchtonianos que la de integrarse en la Iglesia calvinista. En consecuencia, las deserciones del luteranismo fueron frecuentes e importantes. Entre quienes abrazaron el calvinismo se hallaban diversos príncipes seculares, como el elector Federico III del Palatinado en 1559-1560, el conde Juan de Nassau en 1578 y el landgrave Mauricio de Hesse-Kassel en 1603. Esta última conversión provocó el estallido de una guerra, por cuanto la extinción de la rama Hesse-Marburgo de la familia al año siguiente fue aprovechada por el nuevo landgrave calvinista: ocupó la sucesión vacante y en especial la famosa Universidad de Marburgo, que se había convertido en un importante seminario para la preparación de los pastores luteranos. Los estudiantes se rebelaron, pero las tropas de Mauricio aplastaron su resistencia. Los luteranos se vieron obligados a emigrar a la academia de Giessen (en el Estado luterano de Hesse-Darmstadt, convertido en una universidad en 1607), desde donde protagonizaron un duro debate con sus expropiadores calvinistas de Marburgo.[40] Sin embargo, el golpe más duro que asestaron los calvinistas a los luteranos fue, tal vez, la conversión de

40. La calvinización del Palatinado ha sido estudiada por O. Chadwick, «The making of a Reforming Prince: Frederick III Elector Palatine», en R. B. Knox, ed., *Reformation, Conformity and Dissent. Essays in honour of Dr. Geoffrey Nuttall*, Londres, 1977, pp. 44-69, y B. Vogler, *Le clergé protestant rhénan au siècle de la Réforme 1555-1619*, Estrasburgo, 1967. Las polémicas entre los luteranos y calvinistas en Hesse y otros lugares han sido analizadas por H. Gross,

otros dos electores protestantes. Cristián I de Sajonia (1586-1591) mantenía estrechas relaciones con el Palatinado y comenzó a designar calvinistas para ocupar los puestos de mayor responsabilidad en sus escuelas y universidades y en la corte. En 1590 ofreció ayuda militar a Enrique IV, el rey calvinista de Francia, para hacer frente a sus enemigos católicos y en 1591 firmó una alianza militar con el gobernante calvinista del Palatinado. En ese mismo año, introdujo una serie de cambios en la Iglesia de Sajonia que la aproximaron más al calvinismo. Sólo la súbita muerte de Cristián, cuando contaba 31 años de edad, salvó la causa luterana en Sajonia. En 1613, un proceso similar pareció amenazar con imponer cambios religiosos sustanciales en Brandemburgo: el nuevo elector, Juan Segismundo, abrazó abiertamente el calvinismo e intentó cambiar el credo oficial de sus territorios según el principio *cuius regio*. Pero hubo revueltas en las calles de Berlín y agitación en la asamblea hasta que se alcanzó un compromiso que toleraba ambas formas del culto protestante. Se publicó una oleada de panfletos —se conocen 200 únicamente para el período 1614-1617— sobre el cambio de religión en Brandemburgo.[41]

No ha de sorprender, por tanto, que el clero luterano odiara a los calvinistas más aún que a los católicos. La voz más estentórea en la campaña calvinista fue la de Matthias Hoë von Hoënegg, de origen austriaco que fue nombrado capellán de la corte del elector de Sajonia en 1602 y capellán en jefe en 1613. Hoë era un individuo belicoso. En el prólogo de su *Prodomus* (1621) escribió: «estoy decidido a luchar por el Señor y doy gracias a mi Dios de que haya enseñado a mis manos a luchar». Incluso los títulos de sus numerosos libros están llenos de agresividad, desde *Un sólido, justo y ortodoxo aborrecimiento de los papistas y calvinistas* (1601) a *Una discusión*

Empire and Sovereignty: a history of the Public Law Literature in the Holy Roman Empire 1559-1804, Chicago, 1975², pp. 105 ss.

41. Sobre el breve pero tempestuoso reinado de Cristián I, padre de Juan Jorge, véase T. Klein, *Der Kampf um die zweite Reformation in Kursachsen, 1586-91*, Colonia y Graz, 1962. Sobre los cambios religiosos en Brandemburgo, cuya importancia se olvida muchas veces, véase E. Faden, *Berlin im dreissigjährigen Krieg*, Berlín, 1927, pp. 136 ss., y O. Hintze, «Calvinism and Raison d'État in early seventeenth-century Brandenburg», en F. Gilbert, ed., *The Historical Essays of Otto Hintze*, Oxford, 1975, pp. 88-154. Para la «segunda Reforma» en tierras del noroeste de Alemania y para un agudo examen general del fenómeno, véase Schilling, *Konfessionskonflikt und Staatsbildung*.

de peso (muy necesaria en estos tiempos peligrosos) sobre si es mejor, y por qué, estar de acuerdo con los católicos que con los calvinistas (1620). Otras obras comparaban la religión reformada con el Islam en detrimento de aquélla.[42]

Pero no todos los luteranos estaban tan obsesionados con el calvinismo como para olvidarse de su enemigo más antiguo. La mayor parte de los 46 sermones publicados para celebrar el jubileo luterano de 1617 pedían una cruzada inmediata contra Roma, centro de idolatría, sodomía y otros vicios y sede de «la bestia del Apocalipsis». Las tensiones entre los luteranos y los católicos eran especialmente fuertes en las ciudades-estado de Alemania, donde a la división religiosa se añadían enfrentamientos sociales. Entre 1595 y 1618 hubo revueltas en veinte ciudades del Imperio (véase mapa 1). La más grave de ellas fue la de Donauwörth en 1606-1607.[43] Aunque Donauwörth era una de las ocho ciudades imperiales libres donde se toleraba oficialmente el luteranismo y el catolicismo, lo cierto es que hasta 1605 el clero católico apenas había osado celebrar procesiones públicas, no atreviéndose a mostrar sus imágenes cuando peregrinaban en los días de Semana Santa y manteniéndose en las calles secundarias de la ciudad. No les faltaban razones para ello, pues cuando, el día de san Marcos de 1606, el clero intentó celebrar una procesión abiertamente, fueron golpeados y sus reliquias y banderas fueron ridiculizadas y confiscadas. Dos meses después, el padre Lorenzo de Brindisi, importante capuchino (más tarde canonizado), llegó a la ciudad de camino a la corte imperial y sufrió los escarnios de una multitud luterana que cantaba «capuchino, capuchino, canalla, canalla». Recogió las quejas del clero local y prometió pedir al emperador que pusiera término a esa situación.

Encontró Praga asolada por la peste, hasta tal punto que en el mes de septiembre el propio Rodolfo II tuvo que abandonar su capital para escapar a un posible contagio. Lorenzo se apresuró a predicar en un sermón que la causa de la peste eran las concesiones hechas a los protestantes en Donauwörth y en otros lugares. Su sermón fue

42. Véase Neveux, *Vie spirituelle*, pp. 8-12.

43. Sobre las revueltas urbanas, véase C. R. Friedrichs, «Subjects or citizens? Urban conflict in early modern Germany», en M. U. Chrisman y O. Grundler, eds., *Social Groups and Religious Ideas in the Sixteenth Century*, Kalamazoo, 1978: Studies in Medieval Culture, XIII, cap. 6; e *idem*, «German town revolts and the 17th-century crisis», *Renaissance and Modern Studies*, XXVII (1983).

considerado como una grave ofensa y sólo se salvó de un serio disgusto gracias a las urgentes llamadas de Maximiliano de Baviera, que deseaba que Lorenzo exorcizara a la duquesa, al parecer trastornada. El éxito del tratamiento, que exigió varias sesiones, permitió al capuchino obtener la simpatía de Maximiliano hacia la causa de los católicos de Donauwörth, de forma que cuando regresó a Praga en el mes de febrero siguiente, Lorenzo aseguró al emperador que Baviera estaba dispuesta a imponer el acuerdo de Augsburgo en la ciudad. Así pues, Rodolfo aceptó enviar a un comisionado imperial para asegurar que los católicos pudieran celebrar su procesión del día de san Marcos en abril de 1607 y Maximiliano envió también a dos representantes. Pero de nada sirvió: los sacerdotes, el comisionado y los representantes se vieron virtualmente sitiados por una muchedumbre luterana y no pudieron salir del monasterio donde se habían reunido. Los magistrados, todos ellos protestantes, no hicieron nada para impedir los desórdenes.

La autoridad del emperador había sido desafiada abiertamente y en agosto Rodolfo ordenó a la ciudad de Donauwörth que concediera a los católicos la libertad de culto, pues de lo contrario sería declarada rebelde; Maximiliano fue autorizado a utilizar la fuerza si era necesario para asegurar la obediencia. Esas exigencias no fueron atendidas y el duque organizó un ejército y, pese a la movilización de algunos vecinos protestantes, sus fuerzas penetraron en la ciudad el 17 de diciembre de 1607 y restablecieron el culto católico. Esa acción fue abiertamente ilegal, pues Donauwörth pertenecía al Círculo suabo y no al bávaro, y en consecuencia tenía que haber sido el director suabo (el duque luterano de Württemberg) quien asegurara el cumplimiento de la orden imperial. A continuación, se sucedieron nuevas ilegalidades. En junio de 1609, en una decisión que se repetiría posteriormente en 1620 a mayor escala, el emperador entregó a Maximiliano la ciudad como recompensa por los gastos en que había incurrido para hacer cumplir el mandato del emperador. El duque decretó inmediatamente la prohibición del culto protestante según el principio *cuius regio* y expulsó de la ciudad a quienes opusieron resistencia. Comenzó entonces una nueva guerra de panfletos, en esta ocasión entre los refugiados luteranos (en su mayor parte en Württemberg) y los apologetas de Maximiliano.[44]

44. El mejor estudio de las revueltas de Donauwörth es el de A. de Carmig-

Al enterarse de la ocupación de Donauwörth, el duque Felipe Luis de Neoburgo, consciente de lo que había de pasar en el futuro, se lamentó diciendo: «Maximiliano, Maximiliano, no comprendes las consecuencias de lo que estás haciendo».[45] Al igual que otros, no tardó en comprender que la acción de Maximiliano torpedeaba toda posible cooperación entre protestantes y católicos en la Dieta Imperial convocada para reunirse en Ratisbona en enero de 1608. Las circunstancias favorecían ya una confrontación entre el emperador, cuyo principal deseo era obtener dinero para liquidar las deudas en que había incurrido durante la guerra con los turcos, y los protestantes militantes, a cuyo frente se hallaba el elector palatino, que exigía cambios religiosos favorables al protestantismo en general y al calvinismo en particular. La ocupación de Donauwörth, situada apenas a 100 km de Ratisbona, impulsó a una serie de gobernantes luteranos moderados, como el duque de Neoburgo y el elector de Sajonia, a alinearse junto al Palatinado. Pidieron que se incrementara, al menos, la representación protestante en el Tribunal Supremo Imperial. Pero el representante del emperador, el archiduque Fernando, se mostró inflexible: los católicos poseían todavía la mayoría en dos de los tres estamentos de la Dieta (4 contra 3 entre los electores y 33 contra 15 entre los príncipes; sólo las ciudades, cuyo voto, por otra parte, no obligaba, eran predominantemente protestantes). Se rumoreó incluso que el archiduque conspiraba con Maximiliano de Baviera para realizar un golpe de fuerza contra la Dieta, si no conseguía imponer sus criterios. Aunque esa amenaza no llegó a materializarse, en febrero de 1608 los católicos del estamento de los príncipes presentaron una moción en la que solicitaban la restitución de todas las tierras eclesiásticas secularizadas desde 1552. De esta forma, pretendían obligar a los protestantes a otorgar concesiones en otras materias para luego retirar su demanda, pero de hecho hicieron que la posición de éstos fuera insostenible. En abril, la delegación del Pala-

---

nano, «La part de S. Laurent de Brindes dans le Ban de Donauwörth, 1607», *Revue d'histoire ecclésiastique*, LVIII, 1963, pp. 460-486. Pero véase también F. Stieve, *Der Ursprung des dreissigjährigen Krieges. I. Der Kampf um Donauwörth*, Munich, 1875, y R. Breitling, «Der Streit um Donauwörth 1605/1611. Eine Ergänzung», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, II (1929), pp. 275-298.

45. Citado por Kossol, *Die Reichspolitik des Pfalzgrafen Philipp Ludwig*, p. 167.

tinado, después de presentar una protesta formal a Fernando, abandonó la Dieta. Inmediatamente hicieron lo mismo los representantes de Brandemburgo, Ansbach, Kulmbach, Baden-Durlach, Hesse-Kassel y Württemberg. Aunque permanecieron los representantes de Sajonia y algunos otros, el 3 de mayo el archiduque Fernando se decidió, no sin renuencia, a disolver la Dieta.

Nueve días después, seis importantes príncipes protestantes (los electores palatino, de Neoburgo, Württemberg, Ansbach, Kulmbach y Baden-Durlach) se reunieron en la sala capitular del monasterio secularizado de Auhausen (cerca de Nördlingen) y firmaron una alianza, conocida como la Unión protestante, que habría de durar diez años, y en la que se prometían ayuda mutua en caso de ser atacados. En gran medida, estaban trazadas ya las líneas que habían de dividir a Alemania en el decenio de 1620. La mayor parte de los que desafiaron a Fernando en 1608 habrían de hacerlo nuevamente; quienes dudaron en Ratisbona también actuarían así después y los que apoyaron al archiduque volverían a hacerlo posteriormente. Resulta incomprensible, tanto para los historiadores como para los contemporáneos, que no estallara un conflicto generalizado entre las dos facciones enfrentadas en Alemania durante todo un decenio después del «incidente de Donauwörth», pese a que se produjeron varios enfrentamientos de gravedad. La explicación hay que buscarla en los designios de determinados estados ajenos al Imperio.

III. La Unión, la Liga y la política europea

La creación de la Unión protestante dio comienzo a una nueva fase en la política del Imperio: pese a los esfuerzos constantes de muchos príncipes para conseguir que siguieran funcionando las antiguas instituciones imperiales, las alianzas confesionales eran ahora las fuerzas dominantes. Cuando los dos bandos enfrentados solicitaron ayuda a sus correligionarios del exterior, la tradicional oposición a la implicación de las potencias extranjeras en el Imperio fue perdiendo fuerza gradualmente y la política imperial y el equilibrio internacional de poder se vieron cada vez más imbricados. Sin embargo, la revolución no fue nunca total: mientras algunos príncipes consideraban inevitable una guerra de religión total y otros abrazaron las alianzas confesionales llevados por el curso de los acontecimientos, algunos per-

sonajes fundamentales (tanto en el seno del Imperio como fuera de él) intentaban todavía impedir el desastre. En consecuencia, el decenio transcurrido entre el incidente de Donauwörth y el estallido de la revolución bohemia se caracterizó por una mezcla complicada y confusa de avance hacia el abismo y precavida posición defensiva.

La necesidad de la política confesional era más abiertamente aceptada en el Palatinado renano. La conversión al calvinismo del elector Federico III (1559-1576), y la continuación de su política por su hijo menor, Juan Casimiro (regente, 1583-1592), había convertido a Heidelberg en uno de los centros más importantes de la religión reformada. Un grupo notable de calvinistas independientes y antiguos luteranos melanchtonianos habían sido atraídos a la corte palatina. Sin duda, el más ambicioso y el más notorio de todos ellos era el príncipe Cristián de Anhalt-Bernburg. Anhalt fue nombrado gobernador del Alto Palatinado en 1595 y el alcoholismo y enfermedad del elector Federico IV (1592-1610) no tardaron en permitirle obtener un control prácticamente total de la política exterior del Palatinado. Sus protegidos inmigrantes —como Ludwig Camerarius, los hermanos Christoph y Achatius von Dohna, Vollrad von Plessen e Hippolytus von Colli— adquirieron cada vez mayor notoriedad como agentes de la diplomacia del Palatinado y se hizo más y más difícil distinguir entre la política del Palatinado y la del propio Anhalt.

Estos activistas del Palatinado compartían un rígido enfoque ideológico de la política europea. Desde finales del decenio de 1560, en Heidelberg existía la convicción de que se había establecido una alianza católica internacional encabezada por los Habsburgo y el papado que, conforme fuera adquiriendo fuerza, pondría en marcha una campaña para extirpar la herejía de toda Europa. A los ojos de los dirigentes del Palatinado, un gran conflicto religioso parecía inevitable: para defender la causa protestante, había que combatir el renacimiento católico en todas partes, no sólo en el seno del Imperio sino también mediante la creación de una alianza protestante internacional.[46] Durante las últimas décadas del siglo XVI, el Palatinado había intentado insistentemente establecer alianzas con Inglaterra, los rebeldes holandeses y los hugonotes franceses, pero a finales de siglo sus esfuerzos diplomáticos se habían saldado con el fracaso.

Era con la República de Holanda con la que mantenían relaciones

46. Schubert, *Camerarius*, pp. 46, 52.

más estrechas. En esta última, al lazo confesional se veía fortalecido por conexiones personales y dinásticas y por un interés estratégico común en Renania. En 1593, Federico IV había contraído matrimonio con Luisa-Juliana, hermanastra de Mauricio de Nassau, dirigente de la República de Holanda. Su tío, el conde Juan VI de Nassau-Dillenburg, fue miembro destacado del Consejo Palatino hasta su muerte en 1606. El cuñado de Juan, Juan Alberto, conde de Solms-Brauenfels, se convirtió en chambelán de la corte en 1602. El vínculo dinástico con la casa de Nassau, que situó al Palatinado en la órbita de los principales príncipes calvinistas europeos, se veía completado por el servicio de una serie de oficiales palatinos en el ejército holandés.[47] El interés compartido en Renania había surgido en el curso de la guerra de Colonia y la invasión española de Westfalia (véase p. 35, *supra*); a comienzos del siglo XVII encontró un nuevo centro de atención en la sucesión del católico Juan Guillermo, duque de Cleves-Juliers y Berg, conde de Ravensburgo y Mark, que había muerto sin hijos.

Los territorios se dividieron según la religión (Juliers era abiertamente católico, mientras que en Cleves, Ravensburgo y Mark predominaban los calvinistas y luteranos), pero los dos pretendientes principales, el elector Juan Segismundo de Brandemburgo y Felipe Luis, duque de Pfalz-Neoburgo, eran luteranos. La duquesa, Antoinette de Lorraine, y el Parlamento de Juliers estaban decididos a impedir el acceso de un protestante y habían recibido promesas de apoyo por parte del elector de Colonia y (en el decenio de 1580) de Felipe II de España.[48] Por su parte, los holandeses y los palatinos estaban igualmente decididos a impedir la ocupación española de los ducados. Como consecuencia de las difíciles relaciones entre Neoburgo y el Palatinado, el candidato favorecido por este último y por los holandeses era Brandemburgo. Sin embargo, el elector no podía establecer

47. Van Deursen, *Honni Soit*, pp. 45-46.

48. La disputa sobre la sucesión de Cleves-Juliers derivó del hecho de que sólo las cuatro hermanas de Juan Guillermo habían dejado herederos y no estaba claro si los ducados podían ser heredados indivisos por línea femenina. Brandemburgo estaba casado con la única hija de la hermana mayor; Neoburgo lo estaba con la segunda hermana y afirmaba que su hijo Wolfgang Guillermo tenía más derecho que una hija. En 1593, Neoburgo estaba dispuesto a aceptar una división, pero no así Brandemburgo. Véase Kossol, *Neuburg*, y Hans Schmidt, «Pfalz-Neuburgs Sprung zum Niederrhein. Wolfgang Wilhelm von Pfalz-Neuburg und der Jülich-Klevische Erbfolgetreit», en Glaser, ed., *Um Glauben und Reich*, II/i, pp. 77-89.

una alianza formal porque le ligaba, desde hacía mucho tiempo, un pacto con las familias gobernantes de Sajonia y Hesse (el *Erbverein*), que no permitía los tratados con terceros.[49] Todo lo que fue posible conseguir fue un acuerdo privado entre los tres en abril de 1605, por el cual los holandeses, a cambio de un préstamo de 100.000 táleros por parte de Brandemburgo y el Palatinado, prometieron ocupar Cleves-Juliers en nombre de Juan Segismundo a la muerte del duque.

Las iniciativas diplomáticas de Anhalt no se limitaron de ninguna forma a Alemania, aunque las relaciones del elector palatino con Inglaterra y Francia eran menos satisfactorias. En el momento de su advenimiento al trono en 1603, Jacobo I fue invitado a situarse al frente de una alianza protestante. El monarca inglés rechazó amablemente el ofrecimiento y demostró muy poco interés por los asuntos alemanes.[50] Las relaciones con Enrique IV se habían visto complicadas por su conversión al catolicismo (en 1593) y por la tensión existente entre la corona francesa y los hugonotes. En 1591, Anhalt había dirigido personalmente una expedición militar en ayuda de Enrique —y todavía le debían 1,3 millones de táleros por los gastos de la expedición—, pero el rey miraba ahora con recelo las conexiones internacionales protestantes.[51] El principal objetivo de su política exterior era el de impedir una nueva guerra religiosa en Europa que haría peligrar la paz civil en Francia, tan difícilmente conseguida y todavía frágil. Si bien estaba dispuesto a apoyar a los príncipes alemanes contra el emperador, le gustaba menos el sesgo confesional de la política del Palatinado. Sus sospechas se vieron confirmadas por

49. Como agnado más próximo, Neoburgo podía esperar, según los términos de la Bula de Oro, ser nombrado administrador del Palatinado durante la minoridad de Federico V si, como se esperaba, Federico IV moría en un futuro inmediato. Sin embargo, su ferviente luteranismo le convertía en un candidato inaceptable y, en diciembre de 1602, Federico IV revisó su testamento nombrando heredero al hermano calvinista de Neoburgo, duque Juan de Pfalz-Zweibrücken. Al morir Zweibrücken en 1604, el testamento fue revisado de nuevo en favor del hijo de Federico, Juan II, que finalmente fue nombrado a la muerte de Federico IV en octubre de 1610. Neoburgo experimentó un amargo resentimiento por haber sido excluido del testamento.

50. PRO, S.P. 81/9/6, Jacobo I a Federico IV, 8/18 de junio de 1603 (es decir, 8 de junio según el calendario antiguo, 18 de junio según el calendario nuevo, el gregoriano).

51. ¡Los descendientes de Anhalt reclamaban todavía la devolución de ese dinero en 1818! Véase Bonney, *The King's debts*, p. 273.

la protección que el elector palatino ofreció al duque hugonote de Bouillon, viejo amigo de Anhalt y esposo de otra princesa Nassau, que había huido a Heidelberg en 1602 a raíz de su implicación en una conspiración contra la corona. Cuando regresó a su lugar de origen, Sedan, en 1606, Bouillon fue acompañado por el futuro Federico V, que completó su educación allí. Como respuesta a tan abierto apoyo a un rebelde, Enrique rechazó la invitación de Anhalt para participar en el acuerdo de 1605 a propósito de Cleves-Juliers.

Abortadas sus ambiciosas iniciativas diplomáticas, Anhalt se concentró en la creación de una alianza específicamente alemana. En 1607 concluyó un tratado entre el Palatinado, sus sobrinos los margraves de Ansbach y Kulmbach, y la ciudad de Nuremberg, sin duda para la protección del Alto Palatinado ante un posible ataque de Baviera. La ocupación de Donauwörth seis meses después le ofreció la oportunidad de ampliar su alianza. Anteriormente, los príncipes luteranos se habían sentido tan alarmados por el activismo del Palatinado como por la Contrarreforma, pero el elector Cristián II de Sajonia (1591-1611) se había negado a patrocinar una alianza confesional luterana. En ausencia del liderazgo de Sajonia, el príncipe luterano más activo era el de Pfalz-Neoburgo, cuya incómoda proximidad a Baviera, así como su pretensión de obtener la sucesión de Cleves-Juliers y su enemistad con el Palatinado, le hacían desear ardientemente que se diera un primer paso adelante. Para contrarrestar el acuerdo de 1605 entre el Palatinado, los Países Bajos y Brandemburgo, firmó su propia alianza con el duque de Württemberg y el margrave de Baden-Durlach, para garantizar la defensa mutua y la protección de sus intereses en Cleves-Juliers. Esa alianza iba dirigida tanto contra Heidelberg como contra Munich, pero la ocupación de Donauwörth convenció a Felipe Luis de que Maximiliano era su mayor amenaza. Tras la disolución de la Dieta de Ratisbona en abril de 1608 aceptó la proposición de Ansbach para convertir su alianza en una unión más amplia. El tratado de Neoburgo de 1605 constituyó la base de la alianza Auhausen (véase p. 50, *supra*). Las principales diferencias entre ambos eran la exclusión de cualquier compromiso de apoyar a los pretendientes a la sucesión de Cleves-Juliers y la adición de cláusulas que desalentaban la controversia teológica entre luteranos y calvinistas y que limitaban la duración de la alianza a diez años.

Con todo, el futuro de la Unión Protestante no estaba claro en absoluto. La alianza contenía un compromiso implícito de defensa

mutua contra Baviera, pero no un programa político común. De los ocho miembros fundadores, sólo Ansbach y (con menos firmeza) Württemberg y Baden compartían la convicción del elector palatino respecto a la inevitabilidad de un gran conflicto religioso. Desde Auhausen se había dirigido una invitación general a todos los estados protestantes del Imperio, pero en la primavera de 1609 sólo los condes de Oettingen y las ciudades de Estrasburgo, Ulm y Nuremberg habían solicitado su adhesión. Tampoco tuvo mucho más éxito la maniobra simultánea de Anhalt para ampliar la Unión hasta convertirla en una alianza internacional. La asamblea de la Unión celebrada en Rothenburg en agosto de 1608 rechazó su propuesta de incluir a Enrique IV, demorándose asimismo el envío de invitaciones a Jacobo I, a la República de Holanda y a Cristián IV de Dinamarca.[52] Por consiguiente, Anhalt inició lo que habría de ser una tendencia constante y desastrosa, en último extremo, en la política de la Unión, decidiendo actuar independientemente. En el otoño de 1608, el Consejo del Palatinado decidió intentar la concertación de un matrimonio entre el príncipe Federico y la hija de Jacobo I, Isabel, mientras que Anhalt incitaba a su amigo Tschernembl, líder de los estados protestantes de Austria, a buscar apoyo en la Unión contra su señor Habsburgo, si era necesario.

La tan esperada desaparición de Juan Guillermo de Cleves-Juliers el 25 de marzo de 1609, quince días antes de que la Tregua de los Doce Años interrumpiera temporalmente la guerra entre España y la República de Holanda, constituyó la primera prueba para la alianza. Neoburgo y Brandemburgo enviaron inmediatamente representantes a la sede del ducado en Düsseldorf para reclamar la posesión de los ducados. La duquesa rechazó sus pretensiones, apoyada por el Parlamento de Juliers, y el 2 de abril Rodolfo II le ordenó que actuara como regente hasta que hubiera resuelto la disputa sucesoria. Pero Neoburgo y Brandemburgo (conocidos ahora como los «príncipes pretendientes») habían perdido su confianza en la imparcialidad del emperador a raíz del incidente de Donauwörth y en junio acordaron solicitar el arbitraje de una figura independiente y gobernar conjuntamente mientras tanto. Rodolfo declaró la invalidez de este acuerdo y encargó a su primo, el archiduque Leopoldo, obispo de Estrasburgo y Passau,

52. *Briefe und Akten*, II, pp. 55-56: Protocolo, asamblea de Rothenburg, 7-14 de agosto de 1608.

que ayudara a la duquesa, autorizándole a reclamar ayuda militar de los Países Bajos españoles, si eso era necesario. Leopoldo se puso al frente de la guarnición católica de la fortaleza de Juliers el 23 de julio, pero se encontró bloqueado por las tropas reclutadas por los pretendientes.

Ninguno de los dos bandos deseaba iniciar las hostilidades, pero el hecho de que Leopoldo movilizara refuerzos en la diócesis de Passau y visitara después Bruselas, en el mes de octubre, y la fundación de la Liga católica (véase *infra*) convencieron a los príncipes de la Unión de que sus miedos de que se produjera un segundo incidente Donauwörth estaban justificados. En mayo de 1609, la Unión había acordado que si bien no estaba comprometida a apoyar a los pretendientes, sus miembros les proporcionarían ayuda individualmente si ésta era requerida. En el mes de noviembre, los príncipes más importantes se reunieron y acordaron recomendar en la siguiente asamblea general que la Unión apoyara, como institución, a los príncipes pretendientes enviando un cuerpo expedicionario de 5.000 hombres. El consejero palatino Miguel Loefenius justificó así la intervención:

> Aunque la cuestión de Juliers no afecte a la Unión directamente, sus miembros deben hacer algo inmediatamente para asegurarse de que esos territorios vayan a parar a manos de los príncipes protestantes. Si los territorios estuvieran en poder de esos príncipes, una buena parte de Renania se integraría en la Unión y, por otra parte, se produciría un gran peligro si cayeran en manos de los españoles. Si se dejara indefensos a los príncipes, la reputación de la Unión sufriría un gran daño. Cuando vemos que estados protestantes como Donauwörth, a los que la Unión no está obligada a ayudar, se ven amenazados por prácticas peligrosas, lo cierto es que todos los estados protestantes son miembros de un solo cuerpo sagrado y que la enfermedad de uno de ellos afectará a los otros. En consecuencia, la ayuda a Juliers beneficiará a los habitantes de Donauwörth y a otros en situación similar.[53]

Previamente, durante el otoño, Brandemburgo y Hesse-Kassel habían intentado convencer a Cristián II de Sajonia para que apoyara a los pretendientes. Cuando aquél se negó, denunciaron el *Erbverein* y solicitaron ingresar en la Unión. En diciembre, el propio Anhalt se

53. Citado por Kossol, *Neuburg*, pp. 218-219.

trasladó a París para discutir la intervención francesa con Enrique IV; simultáneamente, se hicieron otras gestiones ante Jacobo I y los Estados Generales de Holanda.

La intervención de la Unión fue confirmada por la asamblea celebrada en Schwäbisch Hall en enero y febrero de 1610, aunque hubo una cierta controversia. Ansbach apoyó de buen grado la intervención afirmando con optimismo que «en el caso de Donauwörth, toda la carga recayó sobre nosotros; pero en la cuestión de Juliers, haremos participar a Francia, los Estados Generales de Holanda, Inglaterra y otras potencias». Pero sólo él y Baden apoyaron la propuesta de Anhalt de que la Unión se comprometiera públicamente a favor de la causa de los príncipes.[54] Hesse-Kassel, Württemberg y Neoburgo, preocupados ante la perspectiva de que pudiera provocarse un conflicto a gran escala, deseaban concluir tan sólo un acuerdo informal para proporcionar ayuda militar. El 4 de febrero, Anhalt reveló la oferta de Enrique IV de enviar tropas para poner sitio a Juliers y de organizar importantes campañas de diversión en los Países Bajos y en el norte de Italia a fin de impedir la intervención española. Como esperaba, esta oferta pacificó temporalmente a quienes temían un conflicto abierto con España y la asamblea aceptó finalmente la propuesta de reclutar 5.000 hombres. Los gastos derivados del reclutamiento serían considerados como un préstamo a Brandemburgo y Neoburgo.

La intervención de Enrique IV hizo que la cuestión de Cleves-Juliers dejara de ser un asunto imperial para convertirse en una crisis internacional. El diplomático inglés sir Ralph Winwood consideró que la decisión del rey era «un misterio más profundo de lo que puede concebir la capacidad humana y un proyecto más extraño de lo que (me parece) puede aceptar fácilmente cualquier hombre».[55] Los motivos que impulsaron la decisión de Enrique IV han sido objeto de numerosas controversias, pero las hipótesis más habituales —la realización de un gran designio o la huida de Charlotte de Montmorency a Bruselas en noviembre de 1909— constituyen una explicación menos convincente que los constantes dilemas de la política exterior francesa. La crisis de Cleves-Juliers amenazaba con provocar la guerra religiosa europea que tanto temía Enrique IV. Con la intervención arma-

54. Citado por Herold, *Ansbach*, p. 134.

55. E. Sawyer, ed., *Memorials of Affairs of State during the Reigns of Queen Elizabeth and King James I*, Londres, 1725, III, p. 83: Winwood al conde de Salisbury, 2/12 de noviembre de 1609.

da, podría recuperar el control de la Unión antes de que fuera imposible controlar la situación. A este respecto, son reveladoras las condiciones de su oferta de apoyo militar, entre las que se incluía la exigencia de que la Unión interrumpiera sus contactos con los hugonotes. Después de todo, no estalló un conflicto a gran escala. España decidió no poner en peligro la Tregua de los Doce Años interviniendo en Alemania, mientras que el asesinato de Enrique IV el 14 de mayo de 1610 interrumpió las maniobras francesas, más ambiciosas. Las operaciones militares se limitaron a un corto asedio de Juliers por un ejército formado por tropas francesas, holandesas, inglesas y de la Unión; el archiduque Leopoldo se rindió el 1 de septiembre. Sin embargo, el impacto de la crisis fue considerable tanto sobre la Unión como sobre el Imperio en su conjunto.

La disposición de la Unión a recurrir a la fuerza en 1609-1610 persuadió finalmente a los más importantes príncipes eclesiásticos (que anteriormente se habían resistido a los llamamientos del obispo de Wurzburgo y del agente papal en Alemania, el *émigré* palatino Caspar Scioppius, para constituir una alianza católica) de que debían tomar medidas para su propia defensa. Durante el siglo XVI, los duques de Baviera habían apoyado varias asociaciones confesionales, pero la última de ellas, la Liga de Landsberg, se había disuelto en 1599 como consecuencia de la situación de Baviera, próxima a la bancarrota, tras la guerra de Colonia. Maximiliano, alertado por la experiencia de su padre, sólo aceptaría una nueva alianza si recibía las garantías de que la carga económica sería compartida por todos. En el tratado de Munich, firmado el 10 de julio de 1609, los miembros de la nueva Liga católica dieron a Maximiliano el control de una caja de guerra centralizada y el mando sobre todas las tropas que pudieran reclutarse. Todos los miembros originales de la Liga —el archiduque Leopoldo, los obispos de Wurzburgo, Augsburgo, Ratisbona y Constanza, el abad de Kempten y el prior de Ellwangen— eran casi vecinos de Baviera; pero en el otoño, el miedo a una guerra en Renania hizo ingresar en la Liga a los obispos de Speyer, Worms y Bamberg y, lo que es más significativo, a los tres electores eclesiásticos. En ese momento, los electores de Colonia y Maguncia cambiaron el subsidio de Francia por el de España.[56]

56. Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, pp. 59, 66. Respecto a las razones de los obispos, véase el capítulo de Baumgart en Merzbacher, *Echter*.

Pero la Liga titubeaba respecto a la intervención en la crisis de Cleves-Juliers. Pese a los llamamientos del archiduque Leopoldo para la intervención y los deseos de Maximiliano de apoyarle, la mayoría de los príncipes-obispos consideraban la alianza como una organización defensiva y no deseaban entrar en guerra a menos que se vieran directamente amenazados. Por otra parte, los subsidios que Maximiliano había pedido a Felipe III y al papado no llegaron hasta agosto de 1610. En septiembre, el miedo de que la guerra pudiera extenderse tras la caída de Juliers llevó a la Liga a movilizar un ejército de 19.000 hombres, pero el 24 de octubre, cuando se hizo evidente que la Unión no tenía nuevas ambiciones militares, Maximiliano aceptó una tregua. Por otra parte, la fundación de la Liga provocó un importantísimo incremento de la afiliación a la Unión. Durante la asamblea de enero de 1610 se produjo la incorporación de Brandemburgo, Hesse-Kassel, los hermanos de Cristián de Anhalt, el duque de Pfalz-Zweibrücken y trece ciudades libres del sur y el sudoeste. El contingente urbano, que ahora era superior numéricamente, supuso un importante refuerzo de la posición de los príncipes más prudentes, pues las ciudades eran predominantemente luteranas y habían ingresado en la Unión llevadas fundamentalmente por el miedo a Baviera y a la Liga. En efecto, no les agradaba la política arriesgada de Anhalt y eran plenamente conscientes de su vulnerabilidad a una posible represalia. La constitución aprobada en la asamblea derivada de la nueva composición de la Unión —que les daba tan sólo 8 votos frente a los 12 de los príncipes— no sirvió ciertamente para apaciguar sus temores.[57]

Esos temores no carecían de justificación, pues su aparente éxito en la cuestión de Cleves-Juliers llevó a Anhalt a cometer algunos errores de cálculo importantes. A diferencia de las gestiones realizadas ante Enrique IV, la aproximación de la Unión a Jacobo I y a la República de Holanda obtuvo una respuesta cautelosa. Los holandeses (al igual que España) no deseaban poner en peligro la Tregua de los Doce Años mediante una costosa intervención unilateral, pese al acuerdo de 1605, y no enviaron tropas hasta después de que Enrique IV de-

57. La negativa de los príncipes a que las ciudades tuvieran los mismos derechos de voto que ellos llevó también a las ligas de los condes de Wetterau y Franconia a rechazar la invitación para que se agregaran a la Unión. Véase F. Magen, *Reichsgräfliche Politik in Franken. Zur Reichspolitik der Grafen von Hohenlohe am Vorabend und zu Beginn des dreissigjährigen Krieges*, Forschungen aus Württembergisch Franken, X, Schwäbisch Hall, 1975, pp. 114-115, 119.

cretó la movilización.[58] Jacobo I pensó inicialmente en ofrecer sus servicios como mediador; sólo después de conocer la decisión francesa ofreció la inclusión de tropas inglesas en el ejército holandés. Sin embargo, Anhalt había estado en contacto con Winwood y otros diplomáticos ingleses que veían la crisis en los mismos términos que él. El 17 de octubre de 1609 Winwood había escrito al conde de Salisbury que

> Todo este asunto, si se considera superficialmente, puede parecer trivial y ordinario, pero si se examina debidamente con todas las consecuencias que necesariamente seguirán (si puedo expresar libremente mi pobre juicio) fortalecerá o pondrá fin a la grandeza de la Casa de Austria y de la Iglesia de Roma en estos lugares.[59]

Convencidos de la posibilidad de conseguir una alianza internacional protestante, rechazaron las condiciones de Enrique IV en febrero de 1610 y decidieron ofrecer la presidencia de la Unión, junto con una alianza matrimonial con el Palatinado, a Jacobo I.[60]

En la primavera de 1610 se envió una primera misión a Inglaterra que recibió una fría respuesta; no tuvo más éxito la intervención personal de Anhalt en octubre. Lo que llevó a Jacobo a cambiar de opinión y revisar sus conclusiones respecto a la utilidad de la alianza con el Palatinado fueron los acontecimientos que se produjeron en Francia a raíz de la muerte de Enrique IV, y en especial la alianza matrimonial franco-española de marzo de 1611. Durante un breve período, en 1611-1612, consideró seriamente la posibilidad de que estuviera en marcha una conspiración católica internacional y decidió contrarrestarla. La alianza matrimonial anglo-palatina fue concluida por el duque de Bouillon en la primavera de 1611, y en el otoño Jacobo se avino a concluir con la Unión una alianza defensiva por un período de 6 años. Aunque rechazó la presidencia, animó a la Unión a realizar otras alianzas similares con las Provincias Unidas y con Cristián IV de Di-

58. Van Deursen, *Honni Soit*, p. 60.

59. Sawyer, *Memorials*, III, p. 78: 7/17 de octubre de 1609. Sir Henry Wotton pensaba de la misma forma que Winwood; véase «A few humble remembrances upon the proposition of my employment to some of the German princes on my return» (?june 1609), Historical Manuscripts Comission, *Calendar of the Manuscripts of the Marquess of Salisbury*, XXI, Londres, 1970, pp. 75-77.

60. Estudiado de forma más exhaustiva en Adams, «Protestant Cause», pp. 168-169.

namarca. El tratado entre Inglaterra y la Unión fue firmado en Wesel en abril de 1612, mientras que el que vinculó a los Países Bajos con la Unión se concluyó en La Haya en mayo de 1613.[61]

Estas alianzas internacionales fueron la piedra angular de la futura diplomacia de Anhalt, pero sólo se consiguieron a costa de un incremento de la tensión en el seno de la Unión. La difícil situación de 1610 había aterrorizado a las ciudades y el tratado con Holanda (que temían que pudiera implicarles en una nueva guerra hispano-holandesa) fue ratificado por los príncipes en 1614 a pesar de que expusieron objeciones. También les desagradaba la tendencia de Anhalt y de sus aliados a conducir la diplomacia de la Unión de forma secreta e informal.[62] Sus temores eran compartidos por otros príncipes luteranos menos importantes, especialmente Oettingen, Kulmbach y Neoburgo. En 1613, este último consideraba seriamente su retirada de la Unión. El descontento de Neoburgo se vio reforzado por el rechazo categórico de sus pretensiones de dirigir la regencia del Palatinado a la muerte de Federico IV, el 8 de septiembre de 1610. Las suspicacias con que veía la asociación entre Brandemburgo y el Palatinado, le aproximaron cada vez más a Sajonia, Baviera y el emperador para proteger sus derechos en Cleves-Juliers. Finalmente, en 1613 rompió con la Unión, permaneciendo en la interrumpida Dieta de Ratisbona tras la partida de otros representantes de la Unión. Su hijo Wolfgang Guillermo fue aún más lejos y se convirtió al catolicismo el 19 de julio de 1613, contrayendo matrimonio el año siguiente con la hermana de Maximiliano (véase lámina 3). Según un relato contemporáneo, Felipe Luis «la-

61. Véase *ibid.*, pp. 183-221 *passim*. Sobre el impacto de estos acontecimientos en las Provincias Unidas y especialmente en Mauricio de Nassau, véase Van Deursen, *Honni Soit*, pp. 76, 91-101. Cristián IV permaneció neutral en ese momento, como consecuencia de la falta de dinero que sufría desde la guerra de Kalmar. El profesor E. L. Petersen me ha mencionado amablemente una carta del rey, escrita a comienzos de 1614, en la que se quejaba de que «ich fuhr meine Person [bin] mit gelde itzo nicht versehen ... dan ich mit allerhandt wmkosten ihn vergangendem Kriige seindt gewessen» (RAC, Tyske kancelli, undenlandske afdeling II. Brandenburg A.I.8: cartas a la electora de Brandemburgo, 12 de febrero-18 de abril de 1614). Véase también J. Skovgaard, ed., *Kong Christian den Fjerdes egenhaendige Breve*, VIII, Copenhague (1947), nos 22, 24-25. Al no tener dinero, el rey tuvo que escuchar el cauto «consejo» de su Consejo de Asuntos Exteriores.

62. En 1612, Nuremberg se quejó de que los príncipes trataban los asuntos de la Unión en las bodas, las partidas de caza y las reuniones privadas: véase Herold, *Ansbach*, p. 152.

mentó y repudió la apostasía de su hijo, pero, considerando que se había arrojado en brazos de los papistas para obtener sus derechos y sus pretensiones, lo aceptó todo, como si hubiera obrado bien».[63] La crisis de Cleves-Juliers había convertido también a Cristián II de Sajonia (que fue nombrado árbitro imperial en julio de 1610) y a su hijo Juan Jorge en enemigos declarados de la Unión. La hostilidad de los electores impidió a la Unión contar con el apoyo de los estados clientes de Sajonia del norte y nordeste. Sólo Brandemburgo se aproximó; la conversión de Juan Segismundo al calvinismo en 1613 fue seguida tres años después por el matrimonio de su hijo Jorge Guillermo con Isabel, hermana de Federico V (véase cuadro 2).

Pese a las disensiones cada vez más fuertes en las filas de la Unión, Anhalt esperaba todavía poder utilizarla para explotar las debilidades de la autoridad imperial. Para Anhalt, la larga lucha entre Rodolfo II y su hermano Matías por el control de los territorios Habsburgo era la oportunidad de impedir la elección del otro hermano de Rodolfo, el archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos españoles, como su sucesor —Alberto era una auténtica *bête noire* para Anhalt— y de provocar un interregno imperial, en el que el elector palatino, como príncipe más antiguo del Imperio, desempeñaría el papel fundamental en los asuntos imperiales.[64] Pero Anhalt no estaba seguro de si resultaría más beneficioso ofrecer el apoyo de la Unión al debilitado Rodolfo o al más acomodaticio Matías. Vacilaba entre ambos y la súbita muerte de Rodolfo el 20 de enero de 1612 y el acceso incontestado de Matías le tomaron por sorpresa.

La elección de Matías dio la oportunidad a su nuevo canciller, Melchior Khlesl, obispo de Viena, de intentar detener la tendencia a la confrontación confesional reviviendo la tradicional alianza imperial con Maguncia y Sajonia. Khlesl pretendía la disolución de ambas alianzas religiosas para convertir después a la Liga en un organismo no confesional más amplio, bajo la presidencia imperial, que incluiría a los luteranos y, así lo esperaba, aislaría al Palatinado. Intentó ganarse a determinados miembros descontentos de la Unión como Neoburgo y Kulmbach e incluso ofreció a Ansbach el mando del ejército imperial en Hungría. Sin embargo, la Unión se mantuvo firme. La asamblea de

63. BGSA, Kasten Schwarz 16688, f. 150, «PAD» a William Trumbull, 22 de julio de 1614.

64. Schubert, *Camerarius*, pp. 50-51; Herold, *Ansbach*, pp. 171, 184.

Rothenburg de marzo de 1613 decidió la no disolución mientras siguiera existiendo la Liga y la rectificación de una serie de agravios seculares. Entre ellos se incluía la abolición del *reservatum ecclesiasticum* (véase p. 43, *supra*), la restitución de la independencia de Donauwörth y el reconocimiento de la libertad religiosa de Aquisgrán, donde en 1612, después de varios años de agitación apoyada por la Unión, había sido derrocado un magistrado católico introducido por las tropas españolas en 1598.[65] Los representantes de la Unión abandonaron la Dieta en Ratisbona en agosto de 1613, inmediatamente después de que se iniciara, cuando comprendieron que, si bien podían conseguir algunas reformas judiciales, sus principales exigencias no serían atendidas.

Las propuestas de Khlesl tuvieron un impacto más inmediato en la Liga. El número de afiliados a la Liga había aumentado tras la elección de prelados pro-bávaros en Salzburgo y Eichstätt en 1612, pero al mismo tiempo la presidencia de Maximiliano despertaba cada vez mayor oposición. Los electores eclesiásticos eran perfectamente conscientes de su posición constitucional, especialmente Johann Schweikart von Kronberg de Maguncia, archicanciller imperial, y, bajo su influencia, los otros electores exigieron la descentralización de la Liga en un directorio altoalemán encabezado por Baviera y en un directorio renano dirigido por Maguncia. Maximiliano veía con cierta prevención la descentralización, pero sin duda se oponía con más fuerza a las nuevas peticiones de Maguncia de una mayor participación habsburguesa, condición que había puesto también Felipe III de España para otorgar un subsidio. Maximiliano consideraba que la participación de los Habsburgo convertiría la Liga en un instrumento de la política imperial y la comprometería a apoyar otros intereses más amplios de los Habsburgo.[66] En la asamblea de la Liga celebrada de forma simultánea con la Dieta de Ratisbona en 1613, Khlesl y Maguncia consiguieron convencer a una mayoría de sus miembros para que aceptaran la descentralización y la participación imperial: fue admitido el archiduque Maximiliano, hermano del emperador, creándose para él un tercer directorio, el austriaco. Maximiliano de Baviera se opuso firmemente a esta medida, pues consideraba que la participación de los Habsburgo

65. Para la política de Aquisgrán, véase Schilling, «Burgerkampre in Aachen».

66. Albrecht, *Auswärtige Politik*, p. 34; Altmann, *Reichspolitik*, p. 24.

era un medio para que Khlesl consiguiera su ambición de ampliar la Liga a los luteranos.[67] Para fortalecer su posición, en marzo de 1614 constituyó una alianza privada con sus seguidores: los ricos —y compactos desde el punto de vista geográfico— principados eclesiásticos de Wurzburgo, Bamberg, Eichstätt y Ellwangen.

La descentralización convirtió a la Liga en un instrumento ineficaz. Durante la segunda crisis de Cleves-Juliers de 1614 respondió de forma desorganizada y dubitativa. Además, se produjeron serios enfrentamientos entre los dos Maximilianos acerca de la composición del nuevo directorio austriaco, sobre todo acerca de los ricos obispados de Suabia, que Maximiliano de Baviera deseaba conservar en su propio directorio. Como consecuencia de éste y otros problemas, abandonó la Liga a comienzos de 1616. Su marcha privó a la Liga de la figura que la guiaba y cuando Matías solicitó formalmente la disolución de ambas alianzas, en abril de 1617, Maguncia y el archiduque Maximiliano disolvieron la Liga con la anuencia de sus miembros. El mes siguiente, Maximiliano de Baviera creó, a petición de sus aliados de 1614, un pacto local y privado de protección mutua contra la Unión.[68]

Sin embargo, para entonces la debilidad de la Unión había quedado también de manifiesto al recrudecerse las tensiones sobre la resolución de la crisis de Cleves-Juliers. En mayo de 1614, el deterioro de las relaciones entre Brandemburgo y Neoburgo llevó al coronel Pithan, comandante de la guarnición de Juliers, guarnición conjunta de Neoburgo y Brandemburgo, a solicitar refuerzos holandeses. Wolfgang Guillermo, temeroso de que elementos holandeses y de Brandemburgo organizaran una conspiración, se hizo con el control de Düsseldorf y Pithan expulsó a Neoburgo de Juliers. Los Estados Generales intentaron mediar, pero en el mes de agosto, a petición de Wolfgang Guillermo, 15.000 soldados españoles entraron en los ducados para asegurar el control de Neoburgo sobre las otras ciudades.[69] Como había ocurrido en 1609, los holandeses no deseaban intervenir personalmente, pero en esta ocasión ni Inglaterra ni Francia estaban dispuestas a llevar a cabo una acción militar. Tanto Jacobo I (cada vez más influido por el nuevo embajador español en Londres, don Diego

67. Altmann, *op. cit.*, p. 13.
68. *Ibid.*, pp. 76, 84, 113-114.
69. Respecto a la actuación de Holanda durante la crisis, véase A. Th. van Deursen, *De Val van Wezel*, Kampen, 1967.

Sarmiento de Acuña, futuro conde de Gondomar) como María de Médicis (que no quería poner en peligro el acuerdo matrimonial franco-español) intentaron mediar en el conflicto. Sólo después de que los españoles capturaran el importante paso del Rin en Wesel decidió Holanda la movilización. Sin embargo, ninguno de los dos bandos deseaba la guerra y rápidamente se firmó una tregua en Xanten, tregua que gracias a la intervención de diplomáticos ingleses y franceses se convirtió en un tratado en el mes de noviembre. Hasta tanto se llegaba a una solución definitiva, el gobierno de los ducados quedó dividido: Brandemburgo recibió Cleves y Mark, y Neoburgo, Juliers y Berg. Más difícil resultó concretar la evacuación de los ejércitos español y holandés y, pese a los repetidos intentos de Jacobo I en 1615 y 1616, los holandeses permanecieron en Juliers y los españoles en Wesel.

La segunda crisis de Cleves-Juliers tuvo una serie de ramificaciones. Por lo que respecta a Jacobo I, fue la solución relativamente satisfactoria de un problema potencialmente peligroso, que solventó actuando en concierto con Francia y España. El monarca inglés tendió a verse más como mediador de una crisis que como líder de un bloque confesional. Hubo quienes en Inglaterra, las Provincias Unidas y Alemania consideraron que el precio de la mediación había sido la renuncia de los intereses protestantes. Federico V recordó a Jacobo I que la ocupación de los ducados por parte de España creaba una barrera a la cooperación entre las Provincias Unidas y el Palatinado, cooperación en la que descansaba, en último extremo, la seguridad de la Unión.[70]

En el seno de la alianza, la crisis hizo salir a la superficie el enfrentamiento entre las ciudades y los príncipes. En 1615, las ciudades se negaron de plano a apoyar a Brandemburgo en su lucha por obtener Cleves-Juliers. Se aconsejó al elector que en el futuro intentara conseguir la ayuda militar de Holanda. Sin embargo, sólo dos años después se dejaron sentir plenamente los efectos de la crisis. En abril de 1617, la Unión celebró una importante asamblea en Heilbronn para concretar los términos de la renovación del tratado original, que expiraba al año siguiente. Desde 1610 se había estabilizado la composición de la alianza: sólo se habían incorporado dos ciudades; Neoburgo y una ciudad la habían abandonado y se había firmado un tratado limitado

70. BGSA, Kasten Schwarz 16734, f. 141. Federico a Winwood, 19 de enero de 1615.

con los príncipes del Círculo de la Baja Sajonia, a quienes preocupaba cada vez más la seguridad de sus propiedades eclesiásticas secularizadas. Más importante era el hecho de que muchos de los príncipes, sobre todo los de Brandemburgo, Ansbach, Württemberg y Baden, estaban muy atrasados en el pago de sus contribuciones, por lo cual la alianza dependía económicamente de las aportaciones de las ciudades. Los representantes urbanos, encabezados por Nuremberg, Ulm y Estrasburgo, no dudaron en utilizar su poder financiero para imponer los términos del nuevo tratado. Las ciudades consiguieron que se les reconociera el derecho de veto de cualquier actividad militar de la alianza; la Unión sólo apoyaría las reivindicaciones de los territorios que pertenecían a sus miembros en ese momento y, para impedir expresamente verse implicada en la posible reanudación del conflicto entre España y Holanda, la alianza duraría solamente hasta el 14 de mayo de 1621, y no hasta 1625, como deseaban los príncipes.[71] Así pues, los intereses de Brandemburgo en Cleves-Juliers no fueron tenidos en cuenta y el elector abandonó la alianza poco después.

La pérdida de uno de los dos príncipes más importantes y el poder cada vez mayor de las ciudades fueron causa de que la Unión perdiera gran parte de su fuerza. Pero, para Anhalt, su debilidad se veía contrarrestada por la de la Liga. De cualquier forma, su atención se centró, una vez más, en la amenaza Habsburgo. Durante la invasión de Juliers, el emperador encomendó al comandante español Ambrosio Spínola la misión de restablecer el dominio católico en Aquisgrán, acción que confirmó al elector palatino que ningún emperador Habsburgo dudaría en utilizar tropas españolas en el Imperio y le convenció de que había que encontrar un sucesor para Matías que no perteneciera a la familia Habsburgo.[72] Su convicción se vio reforzada en 1617 cuando descubrió el compromiso de los Habsburgo de apoyar la candidatura del archiduque Fernando de Estiria (véase p. 73, *infra*): Anhalt comentó más tarde que antes habría preferido que se eligiera a un turco o al mismo diablo.[73] Es posible que en determinado momento pensara en la posibilidad de ver coronado a Federico V; Jacobo I

71. Sobre las actividades de las ciudades en la asamblea de Heilbronn, véase J. Müller, «Reichsstädtische Politik in den letzten Zeiten der Union», *Mitteilungen des Instituts für Oesterreichischen Geschichtsforschung*, XXXIII (1912), pp. 484-485.

72. Herold *Ansbach*, pp. 206, 209, 217; Schubert, *Camerarius*, pp. 50-51.

73. Herold, *Ansbach*, p. 229.

afirmó más tarde que en octubre de 1610 le habían presentado un plan para conseguir la elección de Federico.[74] Pero era imposible conseguir la mayoría de votos para Federico en el colegio electoral y, en consecuencia, con la esperanza de dividir a los electores católicos, el Palatinado se decidió a apoyar la candidatura de Maximiliano de Baviera. Entre 1616 y 1618 se desarrollaron largas conversaciones entre Heidelberg y Munich. No obstante, fue imposible convencer a Maximiliano para que se decantara por los protestantes y, por otra parte, tanto Jacobo I como Luis XIII manifestaron su negativa a interferir en la elección de un miembro de la familia Hasburgo.[75]

Fracasadas las negociaciones con Baviera, Anhalt retornó a su estrategia anterior de golpear en el mismo corazón del poder imperial, apoyando a las Dietas protestantes de Austria y Bohemia. Durante el invierno de 1616-1617, Camerarius y Christoph von Dohna fueron enviados a Praga para intensificar los contactos entre Heidelberg y los protestantes bohemios.[76] Al mismo tiempo, Anhalt demostraba cada vez mayor interés en la formación de un frente anti-Habsburgo con Venecia y Saboya en el norte de Italia. Sus agentes se habían mantenido activos en Venecia desde que esta república se enfrentara con el papado en 1605-1608 y, por lo que respecta a Saboya, aunque Carlos Manuel había perdido la confianza de los círculos calvinistas a

74. BL, Adicional MS. 34324, f. 119, Diario de sir Julius Caesar: notas sobre la reunión del consejo privado del 29 de septiembre/9 de octubre de 1620. Véase también NLS, Advocates Library, MS, 33.1.12, art. 35, Zweibrücken a Jacobo I, 19 de marzo de 1612.

75. Sobre la aproximación del Palatinado a Maximiliano, véase Schubert, *Camerarius*, p. 82, y Albrecht, *Auswärtige Politik*, pp. 35-36. El informe privado de Maximiliano sobre este tema está publicado en Altmann, *Reichspolitik*, pp. 480-485. (Pero véase también pp. 199-226, donde Altmann estudia las implicaciones de este documento.) Respecto al intento de Federico de conseguir el apoyo de Jacobo I para este plan y sobre la todavía misteriosa reunión mantenida entre él mismo, Bouillon y el embajador inglés en Francia (sir Thomas Edmondes) en Sedán, en julio de 1617, véase BL, Stowe MS. 176, f. 144, Federico a Edmondes, 21 de agosto de 1617; A. Ballesteros y Beretta, ed., *Correspondencia Oficial de Don Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar*, Documentos Inéditos para la Historia de España, I, Madrid, 1936, pp. 150-151: Gondomar al archiduque Alberto, 16 de diciembre de 1617; y S. R. Gardiner, ed., *Letters and Documents illustrating the Relations between England and Germany... 1618-1620*, I, Camden Society, XC, Londres, 1865, pp. 27-28: consulta de Gondomar, 19 de enero de 1619.

76. Altmann, *Reichspolitik*, p. 199.

raíz de la «Escalada» (su intento de ocupar Ginebra en 1602), los conflictos entre España y Saboya desde 1613 a 1617 a propósito de Monferrato le hicieron pensar que tal vez estaría dispuesto a incorporarse a una alianza anti-Habsburgo. Además, Jacobo I había instado al Palatinado para que cultivara la amistad de Saboya y, por otra parte, la tentación de cerrar los pasos alpinos a España era difícil de resistir.[77] En 1617, se permitió en un gesto de buena voluntad que un antiguo asociado de Ansbach, Ernesto, conde de Mansfeld, reclutara un regimiento para Carlos Manuel de Saboya en territorios de la Unión.

Por tanto, en 1618, Anhalt estaba poniendo en práctica la misma política de 1609-1610, aunque en esta ocasión lo que estaba en juego no eran dos pequeños —aunque importantes desde el punto de vista estratégico— ducados sino el futuro del Imperio. No obstante, desde su perspectiva, el desafío al Imperio no era una misión imposible. Si los recientes acontecimientos habían puesto de relieve la debilidad de la Unión, también le satisfacía el hundimiento de la Liga en medio de la discordia interna. Y si sus aliados extranjeros, sobre todo Inglaterra y Francia, habían resultado menos confiables de lo esperado, el peligro de actuar aislado había que relativizarlo, teniendo en cuenta que en los Países Bajos se produciría de nuevo un conflicto importante cuando expirara la Tregua de los Doce Años en 1621. Inglaterra, y quizá también Francia, se vería obligada a alinearse en el bando anti-Habsburgo. Lo que Anhalt ignoraba era que sus planes se verían alterados en el tiempo cuando en mayo de 1618 llegara la noticia de que en Praga se habían producido acontecimientos inesperados y dramáticos.

IV. La tormenta se avecina...

Rodolfo II quedó profundamente quebrantado por su destitución en mayo de 1611. En enero de 1612 moría, cuando apenas contaba 60 años. Más tarde durante ese mismo año, su hermano y heredero, Matías, fue elegido emperador, reuniendo bajo su cetro todas las tierras y títulos de Rodolfo. Pero sus credenciales para desempeñar tan

77. BGSA, Kasten Schwarz 16688, f. 171, Jacobo I a Federico, 12/22 de marzo de 1616.

alto cargo no eran buenas. En 1577, pese a la prohibición expresa de su familia, había viajado en secreto desde Viena hasta Bruselas para convertirse en cabeza visible de la rebelión de los holandeses contra Felipe II. Pero en palabras de un estrecho colaborador, su posición le pareció «como un laberinto en el que no cree que sus acciones susciten agradecimiento». No se equivocaba: en 1581 sus propios súbditos le obligaron a dimitir. Entonces, Matías se trasladó a Linz para ejercer el cargo de gobernador de la Alta Austria en nombre de su hermano. Para disgusto de Rodolfo, se rodeó de consejeros calvinistas y en 1586-1587 partió en una gira por el norte de Europa que incluía la visita de la protestante Dinamarca. En 1590 estableció su residencia en Viena, donde bajo la influencia de Melchior Khlesl, obispo de Viena, se fueron apagando gradualmente sus simpatías hacia los reformados. Sin embargo, todavía le faltaba carisma a los ojos de los católicos más recalcitrantes. Su conducta de 1608, cuando enfrentó al emperador con las Dietas locales para conseguir apoyo para su causa, impresionó muy desfavorablemente al archiduque Fernando de Estiria: «todos los católicos lo lamentan profundamente —escribió—, pero los protestantes se sienten felices».[78]

Ciertamente, Fernando estaba interesado en mantener el prestigio imperial, pues se consideraba el siguiente en la línea sucesoria después de Matías (que no tenía heredero), tanto para la corona imperial como para las de Austria, Bohemia y Hungría. Pero no todos pensaban así, ni siquiera todos los miembros de la Casa de Habsburgo. Sus parientes y sus consejeros consideraban que dependía demasiado estrechamente de los jesuitas. El rector de la Universidad de Ingolstadt, adonde Fernando había sido enviado por su madre bávara, afirmó con satisfacción acerca del joven príncipe que «nada de lo que se siembra en este fértil suelo parece perecer» y en 1616, un exasperado Khlesl, que intentaba negociar la sucesión con Fernando, se quejó ante Matías de que «la corte de Graz está gobernada tanto por la opinión de los jesuitas como por la de sus consejeros; están con el archiduque y en torno a él durante todo el día y la noche».[79] Si esta piedad ejemplar

78. Citas de Sturmberger, «Die Anfänge des Bruderzwistes in Habsburg», p. 164; y Franzl, *Ferdinand II*, p. 116.

79. Citado en Novotny y Sutter, *Inneröesterreich*, p. 110. Más tarde, cuando los jesuitas podían jactarse de que a su orden pertenecían los confesores de Maximiliano de Baviera (Adam Contzen) y Fernando (Guillermo Lamormaini), el General de la Orden escribía un número de cartas diez veces mayor tanto a

irritaba a sus primos, aterrorizaba a los protestantes. Muchos de los que habían sido expulsados de la Austria Interior en 1599-1600 se habían refugiado en Bohemia y se apresuraron a advertir lo que podía suponer el gobierno de Fernando. Antes de que pasara mucho tiempo, la corte de Graz se había puesto en contacto con los católicos asediados de otras provincias Habsburgo, instándoles a mantenerse firmes y aceptando con entusiasmo a los conversos. Por ejemplo, en la Baja Austria el número de nobles católicos se incrementó desde un 10 por 100 del total a un 25 por 100, entre 1580 y 1610, y en este último año —con satisfacción de Fernando— sesenta de ellos crearon una asociación «para la defensa de la fe y la iglesia de Dios Todopoderoso».[80] En el obispado de Olomouc, que cubría gran parte de Moravia, el cardenal Franz von Dietrichstein consiguió elevar el nivel del clero, reformó diversos monasterios y fundó un seminario para fortalecer a la Iglesia católica. Por otra parte, intentó en todo momento incomodar a los protestantes. En su acción antirreformista, contó en todos los aspectos con la colaboración de la corte de Graz.[81] Pero a partir de 1612 el celo religioso de Fernando se vio atemperado por tres dificultades políticas relacionadas entre sí: la sucesión, las hostilidades en el norte de Italia y la amenaza de un nuevo conflicto en los Países Bajos.

En el centro de todos esos problemas estaba España. En cuanto Matías fue nombrado emperador, Felipe III comenzó las conversaciones sobre la sucesión con sus parientes austriacos. En octubre de 1612, el rey dio a conocer su pretensión de aspirar al título imperial en su condición de único nieto varón de Maximiliano II. Se declaró dispuesto a ceder sus derechos en favor de Fernando, pero si recibía a cambio Alsacia, el Tirol y algunas posesiones imperiales en Italia. El precio fue considerado demasiado alto por el archiduque y no se alcanzó acuerdo alguno, pero cuando se reanudaron las conversaciones sobre la sucesión cinco años después, la posición negociadora de Fernando respecto a España era mucho más débil. En 1615, un ejército veneciano con importantes refuerzos holandeses e ingleses había comen-

---

Viena como a Munich, tal era la frecuencia con que se aceptaban los consejos de Lamormaini.

80. Véase Mecenseffy, *Geschichte des Protestantismus in Oesterreich*, p. 136; y Reingrabner, *Adel und Reformation*, pp. 17-18.

81. Véase J. Köhler, «Franz Kardinal von Dietrichstein, Bischof von Olmütz (1599-1636) und die Prämonstratensen in Mähren», *Archiv für Kirchengeschichte von Böhmen-Mähren-Schlesien*, V (1977), pp. 256-270.

zado la «guerra contra los uscoques», sitiando la ciudad de Gradisca, y Fernando necesitaba desesperadamente la ayuda española.

La guerra contra los uscoques fue uno de los episodios más extraños de comienzos del siglo XVII, pero constituye un ejemplo alarmante de cómo un acontecimiento político secundario, ocurrido en un extremo remoto de Europa, podía amenazar con sumir en la guerra a todo el continente. La defensa de la frontera austriaca con Turquía estaba encomendada parcialmente a los refugiados procedentes de los Balcanes que habían huido a territorio Habsburgo. Se les llamaba «uscoques» (término que en lengua servia significa refugiados). Algunos de ellos se habían instalado en los pequeños puertos del Adriático oriental, especialmente en Zengg (Segna, capturada en 1537) y mantenían a los barcos turcos alejados de la zona. Lamentablemente para Fernando, sus vasallos tampoco permitían la navegación de barcos cristianos. Nadie se veía libre de sus ataques piráticos y los mercaderes venecianos eran frecuentemente uno de sus objetivos. En un principio, la República de Venecia invirtió grandes sumas en escoltas para sus barcos, en torres de vigilancia y en armamento, nombrando desde 1575 un *capitano contra gli uscocchi*, pero el coste de todas esas medidas pronto resultó prohibitivo (120.000 táleros anuales en el decenio de 1590, 200.000 en la década de 1600 y 360.000 en 1615). Además, a los uscoques se les unieron otros elementos, entre ellos corsarios españoles que operaban desde el vecino reino de Nápoles, hasta el punto de que, según un cronista contemporáneo, «parecía como si todos los que navegaban en el mar se hubieran unido en un complot para hundir la flota veneciana».[82]

De forma algo sorprendente, la República de Venecia llegó a la conclusión de que la mejor defensa era el ataque y en diciembre de 1615 sus fuerzas atravesaron el Isonzo para sitiar Gradisca. Al mismo tiempo, una serie de enviados venecianos al extranjero orquestaron una

82. Citas tomadas de A. Tenenti, *Piracy and the Decline of Venice, 1580-1615* (ed. ingl., Londres, 1967), VI, pp. 12, 15. No existe un buen estudio de la guerra contra los uscoques, pero puede obtenerse bastante información en las siguientes obras: P. Geyl, *Christofforo Suriano. Resident van de Serenissime Republiek van Venetië in den Haag, 1616-1623*, La Haya, 1913; S. Gigante, «Venezia e gli Uscocchi», *Fiume: revista semestrale della società di studi fiumani in Fiume*, IX (1931), pp. 3-87; y H. Valentinitsch, «Ferdinand II, die innerösterreichischen Länder, und der Gradiskanerkrieg (1615-18)», en P. Urban y B. Sutter, eds., *Johannes Kepler 1571-1971. Gedenkschrift der Universität Graz*, Graz, 1975, pp. 497-539. Véase también p. 402, *infra*.

gran campaña diplomática para buscar aliados en su lucha contra Fernando. En septiembre de 1616, el conde Juan Ernesto de Nassau-Siegen acordó reclutar 3.000 hombres en la República de Holanda para ayudar a Venecia en su enfrentamiento con el archiduque. Esas tropas llegaron al teatro de operaciones en mayo del año siguiente. Seis meses después llegaron otros 2.000 hombres, junto con un contingente de voluntarios ingleses. Mientras tanto, una flotilla formada por diez barcos de guerra ingleses y doce holandeses navegó por el Adriático para impedir que España enviara ayuda a Fernando desde Nápoles. España tampoco estaba en situación de mandar refuerzos desde Milán, debido al estallido de la «guerra de Mantua».

Mantua era una posesión imperial en la que la herencia había de recaer en un varón. Así, a la muerte del duque Francisco, ocurrida en 1612, que dejó una hija pero ningún hijo, el Estado pasó a manos de su hermano Fernando (véase cuadro 1). Pero Monferrato, gobernado por los duques Gonzaga de Mantua durante generaciones, no conocía las mismas restricciones que Mantua: estaba permitida la sucesión por línea femenina. En consecuencia, fue reclamado por la hija de Francisco, que solicitó ayuda al duque de Saboya (su abuelo).[83] El duque Fernando pidió ayuda a los Habsburgo, pero pese a contar con ella, en el verano de 1615, momento en que los diplomáticos franceses negociaron una tregua, no había conseguido todavía ocupar todo el Monferrato. Pero el año siguiente, el gobierno francés (a cuyo frente estaba temporalmente el obispo de Luçon, futuro cardenal-duque de Richelieu) y los venecianos ofrecieron ayuda a Saboya si invadía de nuevo el Monferrato, operación que mantendría ocupadas a las tropas españolas. El duque reclutó gran número de soldados y su ejército incluyó finalmente a 4.000 protestantes alemanes, reclutados con el

83. Sobre la primera guerra de sucesión de Mantua, véase A. Bombín Pérez, *La cuestión de Monferrato 1613-1617*, Vitoria, 1976. Hay que decir, sin embargo, que los mapas de las comunicaciones imperiales de España que se incluyen al final de su obra son muy incorrectos. Los itinerarios correctos se muestran en el mapa 2 de este libro. Sobre la cultura de los duques Gonzaga, véase el excelente catálogo de la exposición realizada en 1981 en el Victoria and Albert Museum: D. Chambers y J. Martineau, eds., *Splendours of the Gonzaga*, Londres, 1981, especialmente las páginas 203-247. También estuvo a punto de estallar la guerra en Italia en 1610, provocada, una vez más, por el ambicioso y voluble duque de Saboya, Carlos Manuel. Véase al respecto, A. Bombín Pérez, «La política antiespañola de Carlos Manuel I de Saboya, 1607-1610», *Cuadernos de investigación histórica*, II, 1978, pp. 153-173.

consentimiento de los líderes de la Unión por el conde Ernest Mansfeld, y a unos 10.000 voluntarios franceses. Aunque el gobernador de la Lombardía española consiguió hacer frente a este abigarrado ejército hasta que la mediación papal permitió la firma de la paz en octubre de 1617, no pudo ayudar al archiduque Fernando en su lucha con Venecia.

Así pues, el archiduque parecía condenado a una resonante derrota. Con sólo 4.000 hombres en armas, la sitiada Gradisca parecía condenada a menos que el archiduque pudiera encontrar dinero para reclutar nuevas tropas. De hecho, sólo España podía aportar los subsidios que permitirían evitar la rendición, y la cesión de Alsacia y de dos enclaves imperiales en Italia (Finale Liguria y Piombino) no parecía ahora un precio muy elevado a cambio del reconocimiento español de Fernando como heredero de Matías y de la entrega de casi un millón de táleros en efectivo.[84] Así, en marzo de 1617, Fernando y el embajador español ante la corte imperial, conde de Oñate, concluyeron un acuerdo en el que se formalizaron estas condiciones. Contando, pues, con el apoyo español, Fernando se unió al emperador Matías en Viena y ambos se trasladaron a Dresde para entrevistarse con Juan Jorge de Sajonia, «para discutir un asunto importante concerniente al bienestar del Imperio», es decir, la sucesión.[85] El elector se mostró complaciente y el séquito Habsburgo se dirigió primero a Praga y luego a Bratislava, donde Fernando fue aceptado por las Dietas de Bohemia y Hungría como «rey de romanos». Todo parecía marchar bien para el archiduque. Ante la presión militar y diplomática de España, los venecianos concluyeron un acuerdo con Fernando en 1618, gracias al cual muchos de los piratas uscoques fueron ejecutados o exiliados y se instaló una guarnición austriaca en Zengg. La Austria Interior estaba finalmente a salvo.

La guerra contra los uscoques, aunque aparentemente un episodio menor, fue importante porque hizo mucho más real la posibilidad de un conflicto general europeo. En el plano diplomático, cimentó o provocó la formación de alianzas que favorecían la agresión: la fácil

84. Cifras totales tomadas de AGS, Contaduría Mayor de Cuentas, 2.ª época, 706 y 2059. El tratado propuesto por el conde de Oñate se firmó el 20 de marzo de 1617 y fue ratificado en julio.

85. Franzl, *Ferdinand II*, p. 169. Heinrich Schütz compuso para la ocasión una versión (que se ha perdido) de *Apolo y las nueve musas*. Prácticamente, éste fue su primer trabajo como capellán principal del elector de Sajonia.

cooperación de la Unión protestante con Saboya y Venecia y la aparente disposición de Inglaterra y la República de Holanda a enviar ayuda militar a aliados distantes fortaleció la moral de los protestantes en todas partes, mientras que el impresionante y rápido apoyo que el rey de España prestó a Fernando puso fin a los varios decenios de desconfianza e incomprensión que habían mantenido apartadas a las dos ramas principales de la Casa de Habsburgo. Aunque Alsacia no pasó a poder de los españoles, el tratado negociado por el conde de Oñate creó un marco en el que Viena y Madrid podrían trabajar para asegurar sus intereses conjuntos tanto al norte como al sur de los Alpes. Se planteaba, sin embargo, un problema logístico: ¿cómo pasar de la intención a la acción? ¿Cómo llegarían a Lombardía las tropas de Austria y viceversa? Los pasos montañosos occidentales estaban controlados por el hostil duque de Saboya; los pasos del centro de los Alpes, por los poderosos pero neutrales cantones suizos: Sólo los pasos controlados por las Ligas grisonas protestantes (*Graubünden*), que no formaban parte todavía de la confederación suiza, parecían ofrecer la posibilidad de unir la Lombardía española y el Tirol Habsburgo, permitiendo el acceso (si era necesario) a Alsacia, Lorena y, finalmente, a los Países Bajos (véase mapa 2). Había, además, un punto débil en las Ligas grisonas: el corredor católico de la Valtelina, que comunicaba directamente el lago Como con el Inn. Ya en 1572 y 1607, los católicos de la Valtelina se habían rebelado contra sus dominadores protestantes, mientras que en 1603 el gobierno español había construido un gran reducto a la entrada del valle: el «fuerte Fuentes» (así llamado por su creador, el conde de Fuentes, que gobernó la Lombardía española con mano de hierro desde 1600 a 1610).[86] En 1618 se produjeron nuevas revueltas de los habitantes de la Valtelina contra los protestantes, pero fueron tan salvajemente reprimidas que muchos de los líderes católicos tuvieron que huir a Innsbruck y Milán. Entonces, intentaron convencer a los representantes de las dos ramas de la

86. Existe un bello soneto de Wordsworth sobre el fuerte Fuentes, y una descripción del mismo en los diarios de su esposa (1821-1822). Véase: W. Knight, ed., *The Poetical Works of William Wordsworth*, VI, Londres, 1896, pp. 328-332. Véase también A. Giussani, *Il forte di Fuentes. Episode e documenti di una lotta secolare per il dominio della Valtellina*, Como, 1905. Sobre la crisis de la Valtelina de 1618-1620, véase *The Cambridge Modern History*, IV, cap. 2: «The Valtelline», y A. Rotondò, «Esuli italiani in Valtellina nel '500», *Rivista Storica Italiana*, LXXXVIII (1976), pp. 756-791.

familia Habsburgo de que la restitución de la Valtelina a los católicos sería beneficiosa para ambas. Tuvieron éxito en su misión diplomática y en julio de 1620 las tropas de los Habsburgo bloquearon ambos extremos de la Valtelina, los protestantes fueron aplastados en una nueva rebelión y los españoles se hicieron con el control del valle, creando un corredor militar seguro que iba desde Lombardía hasta Austria y el norte de Europa.

Ese nuevo itinerario era muy necesario. La Tregua de los Doce Años firmada por Felipe III en 1609 no era vista con buenos ojos en España. Aunque la lucha se interrumpió en los Países Bajos, permitiendo la reducción del ejército de Flandes a una fuerza de 15.000 hombres, y aunque la piratería holandesa en el mar del Norte cesó casi por completo, no cedieron los ataques de la República contra las posesiones españolas de ultramar. Bajo la dirección general de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales se establecieron fuertes en la costa de Guyana en Sudamérica, en el río Hudson en Norteamérica y en la Costa de Oro en África. En 1615-1616, una flota formada por seis grandes buques de guerra navegó hacia el oeste hasta las Molucas, atacando diversas colonias españolas en América y destruyendo todos los barcos españoles y portugueses que se cruzaron en su camino. Apoyados en tan brutales tácticas, los holandeses no tardaron en exportar doble cantidad de pimienta de Asia —el producto más valioso en el comercio de las especias— que los portugueses. Si estos acontecimientos suscitaron la ira de Madrid, el apoyo de Holanda a los enemigos de España en Europa fue considerado como un ultraje. Ya en diciembre de 1616, el Consejo de Estado había decidido que si las tropas holandesas acudían en ayuda del duque de Saboya, España reanudaría la guerra en los Países Bajos.[87] Aunque esta amenaza no se materializó, en marzo de 1618 los ministros de Felipe III iniciaron un debate interno sobre la conveniencia de renovar la Tregua de los Doce Años, cuando expirara tres años después. Desde el principio, advirtieron que el progreso de Holanda había sido extraordinario y el sentimiento general era que la tregua no debía ser renovada a me-

87. AGS, Guerra Antigua, 808, sin folio, *consulta* de 26 de diciembre de 1616. De hecho, las tropas holandesas acudieron en ayuda de Venecia, por lo que se evitaron las hostilidades, pero la decisión ilustra la actitud beligerante del gobierno. Véase un espléndido relato de los acontecimientos durante la Tregua en Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, caps. 1 y 2, y Brightwell, «The Spanish system and the Twelve Years' Truce».

nos que fuera posible variar sus términos, en especial en lo referente al comercio ultramarino, consiguiendo unas condiciones más favorables para España. En palabras de don Carlos Coloma, general del ejército de Flandes, tantas veces citadas (por su veracidad): «Si en doce años de paz los holandeses han conseguido todo esto, no es difícil imaginar lo que harán si les damos más tiempo ... Si continúa la tregua, nos condenaremos a sufrir todos los males de la paz y todos los peligros de la guerra».[88] Era evidente, pues, que en la primavera de 1621 estallaría un gran conflicto en Europa y la mayor parte de los observadores políticos eran conscientes de ello. Los acontecimientos de Bohemia de 1618 simplemente anticiparon ese conflicto general, relacionando todas las crisis incipientes, pero separadas, que ya habían polarizado la opinión en el Imperio y en el territorio Habsburgo.

En el invierno de 1617-1618, una vez elegido Fernando (sin condiciones) como rey de romanos por las Dietas de Bohemia y Hungría, la corte imperial se desplazó hacia el sur, a Viena, dejando una comisión de diez regentes (siete de ellos católicos extremistas) al frente del gobierno de Praga. Siguiendo instrucciones de Fernando, los regentes decretaron una serie de medidas provocadoras: crearon la figura del censor en la capital para controlar la literatura impresa, prohibieron que se utilizaran los fondos católicos para pagar a los ministros protestantes y se negaron a admitir a individuos no católicos para desempeñar puestos en la administración civil. Lo que era más grave todavía, ordenaron que cesara el culto protestante en dos ciudades —Broumov (Braunau) y Hroby (Klostergrab)— que pertenecían a prelados católicos (los territorios eclesiásticos no estaban incluidos expresamente en la Carta de Majestad). Todas estas medidas incrementaron el riesgo de una confrontación. Polyxena Lobkovic, esposa del canciller de Bohemia, expresó los temores que sentían muchos cuando afirmó que «las cosas estaban llegando rápidamente al punto en que o los papistas acabarían con los protestantes o los protestantes con los papistas».[89]

El papel más importante en la crisis que estaba a punto de estallar correspondió a los miembros de la élite terrateniente de Bohemia: unos 200 nobles y alrededor de 1.000 caballeros. Pero esa élite no estaba unida ni era estable. Se ha calculado que de un total de 69 fa-

88. Citado en *The New Cambridge Modern History*, IV, Cambridge, 1970, p. 280.

89. Citado por Polichenski, *Thirty Years' War*, p. 94.

milias que detentaban tierras en 1557, 37 habían desaparecido completamente en 1615, apareciendo en su lugar una serie de hombres nuevos como el canciller Lobkovic, el cardenal Dietrichstein o el presidente del consejo de regencia de 1617-1618, Vilém Slavata. Se ha atribuido gran importancia a ese «fracaso biológico» de la aristocracia de Bohemia, pero mucho más importante fue el hecho de que las familias sobrevivientes y los nuevos aristócratas adquirieran progresivamente una mayor proporción de las tierras del reino. En 1529, los nobles poseían menos de la mitad de todas las tierras señoriales, mientras que en 1619 eran dueños de casi las tres cuartas partes.

Fue entre estos grandes terratenientes donde la Iglesia católica encontró la mayor parte de sus conversos en los años anteriores a la revuelta y en ellos hallaron también los Habsburgo su más firme apoyo.[90] Los que en 1618 defendían la religión protestante y la libertad constitucional procedían fundamentalmente de la pequeña nobleza y de la alta burguesía y eran plenamente conscientes de su declive político y económico. Comprendían también que el *status* que les adjudicaba la Carta de Majestad era provisional. Tal como afirmó Tschernembl, el líder de la Dieta de la Alta Austria: «lo que el príncipe puede hacer, también lo puede deshacer». Fue para superar esta inferioridad por lo que los líderes bohemios comenzaron a buscar aliados en el extranjero que pudieran prestarles apoyo moral y, si era necesario, político e incluso militar. La lista de los contribuyentes para la construcción de una nueva iglesia protestante en la vieja ciudad de Praga en 1610 —una de las tres que se construirían en la ciudad desde la promulgación de la Carta de Majestad— nos permite conocer dónde trataba de encontrar apoyo la Dieta. Jacobo I de Inglaterra encabezaba la lista con una donación de más de 3.000 táleros; a continuación figuraban los electores de Sajonia, Brandemburgo y el Palatinado, los príncipes de Brunswick, Hesse y Württemberg, y muchos otros. Esa lista es una relación de príncipes protestantes importantes, tanto luteranos como calvinistas.[91] No fue únicamente la religión lo que llevó a los súbditos protestantes de los Habsburgo a ponerse en contacto con sus simpatizantes extranjeros, sino también el interés por

90. Véase J. V. Polichenski y F. Snider, *War and Society in Europe, 1618-1648*, Cambridge, 1978, pp. 202-216.

91. Detalles tomados de R. Schreiber, *Das Spenderbuch für den Bau der protestantischen Salvatorkirche in Prag, 1610-1615*, Salzburgo, 1956.

la educación y la cultura. En 1622, Fernando responsabilizaba a las «subversivas escuelas calvinistas» de la revuelta de Bohemia, porque los nobles del reino «en su juventud se habían empapado del espíritu de rebelión y oposición a la autoridad legítima».[92] Ciertamente, más de 200 estudiantes de Bohemia y Moravia estudiaron en las universidades de Heidelberg, Ginebra y Basilea entre 1574 y 1620, «empapándose» de obras como *La defensa de la libertad contra los tiranos,* de Duplessis Mornay y *Los derechos de los gobernantes sobre sus súbditos,* de Beza. Fue un noble moravo quien en 1605 compró toda la biblioteca de Beza, llevándola a su casa. Fueron aún más los estudiantes bohemios —más de 300 en total— que durante ese mismo período asistieron a las universidades luteranas radicales de Jena (en Sajonia-Weimar) y Altdorf (en las inmediaciones de Nuremberg); una docena de ellos fueron, más tarde, miembros del gobierno rebelde. Los profesores de ambas instituciones expresaron su apoyo a la causa de los rebeldes en 1619-1620 y algunos llegaron incluso a criticar en público la posición pro-Habsburgo de las universidades de Leipzig y Wittenberg en la Sajonia electoral. Un diploma de Jena o Altdorf debía de ser considerado por Fernando como ¡un diploma en estudios revolucionarios! [93]

Sin embargo, los profesores radicales reflejaban simplemente la posición de sus poderosos patronos. Jena criticaba constantemente a Wittenberg porque los duques de Sajonia-Weimar eran enemigos implacables de los Habsburgo y de Sajonia.[94] Altdorf apoyaba la causa de Bohemia porque la mayor parte de sus alumnos procedían del Alto Palatinado, gobernado desde Amberg por Cristián de Anhalt, el más activo defensor de la causa anti-habsburguesa, que difundía sus con-

92. Citado por J. K. Zeman, «Responses to Calvin and Calvinism among the Czech brethren (1540-1605)», *American Society for Reformation Research Occasional Papers,* I (1977), pp. 41-52, en la p. 45.

93. Detalles tomados de J. Polichenski, «Die Universität Jena und der Aufstand der Böhmischen Stände in den Jahren 1618-1620», *Wissenschaftliche Zeitschrift der Friedrich-Schiller-Universität Jena,* VII (1957-1958), pp. 441-447; y A. Ernstberger, *Die Universität Nürnberg-Altdorf während des dreissigjährigen Krieges in ihrem Bestande bedroht,* Bayerische Akademie der Wissenschaften, philosophische-historische Klasse, Jahrgang 1966, parte II, Munich, 1966.

94. El odio tenía razón de ser. En 1547, la rama Ernestina fue desposeída por Carlos V del título electoral, y de la mayor parte de sus tierras, en beneficio de la rama Albertina de la familia. Los duques de Sajonia-Weimar descendían de la antigua familia electoral y nunca perdonaron a sus primos ni a los Habsburgo.

vicciones tanto por medios culturales como políticos. En 1617, se fundaron (por inspiración de su hermano) dos sociedades literarias de claro signo protestante: la *Fruchtbringende Gesellschaft* (para la defensa de la lengua alemana) en Weimar y la *Ordre de la Palme d'Or* (para los nobles calvinistas) en Amberg. A no tardar, se afiliaron a ambas la mayor parte de los defensores de las aspiraciones de Federico V a la corona de Bohemia, muchos de ellos procedentes del exterior del Imperio.[95]

Naturalmente, los líderes bohemios recibieron una fuerte influencia de Anhalt y de su red de poderosos y cultos amigos. Cuando en 1618 decidieron resistirse al emperador, sin duda esperaban que su causa encontraría una ayuda masiva en el extranjero, tal como había ocurrido en 1616 y 1617 en el caso de Venecia. Pero cometieron un fatal error de cálculo. Aunque visto desde Amberg o Praga, un individuo con gustos y creencias similares podía ser considerado como un aliado político en tiempo de paz, los acontecimientos demostrarían que había una gran distancia entre la intención y la acción cuando se trataba de la guerra. Asimismo, quedó de manifiesto que si el apoyo a un Estado independiente estaba permitido entre las naciones europeas, no sucedía lo mismo cuando se trataba de prestar apoyo a los rebeldes.

95. Véase R. J. W. Evans, «Learned societies in Germany in the seventeenth century», *European Studies Review*, VII (1977), pp. 129-151; y M. Bircher y F. van Ingen, eds., *Sprachgesellschaften, Sozietäten, Dichtergruppen*, Hamburgo, 1978: Wolfenbütteler Arbeiten zur Barockforschung, VII. En esta última obra se observa que, de las 23 sociedades eruditas fundadas en Alemania durante el siglo XVII, 7 se establecieron en 1620 o antes y 13 en 1649 o antes de ese año (p. 54). Irónicamente, había tantos extranjeros afiliados a la *Fruchtbringende Gesellschaft* que la mayoría de sus actividades se realizaron en francés.

Capítulo II

LA GUERRA INDECISA, 1618-1629

Los acontecimientos del decenio de 1620 constituyen el problema de más difícil solución para los historiadores de la Guerra de los Treinta Años. Por una parte, hay que explicar el éxito sin precedentes de las potencias católicas y, por otra, es necesario analizar el tortuoso curso de los protestantes hacia la derrota. Este último es el objetivo más difícil, como consecuencia de la fragmentación de los esfuerzos de los protestantes. Hasta 1621, la lucha tuvo como único foco la cuestión de Bohemia, pero en ese año se reanudó el conflicto entre España y la República de Holanda y los ejércitos protestantes suecos atacaron a la católica Polonia. Aunque el desarrollo de estos nuevos conflictos estaba íntimamente ligado a la evolución de la guerra en Alemania, en conjunto fueron conducidos por separado hasta el final del decenio. Además, Francia intervino por primera vez en 1624: participó en los dos conflictos existentes y comenzó una nueva guerra en el norte de Italia y en los valles alpinos. Pero su participación fue siempre intermitente e impredecible. Y ello por dos razones: en primer lugar, como consecuencia de los desórdenes internos provocados por los nobles disidentes y los protestantes militantes y, en segundo lugar, por las luchas de los diferentes grupos de poder por el control de la situación. Estos dos problemas hicieron casi imposible llevar a cabo una política exterior coherente.

Pero no sólo Francia actuaba de forma incoherente. La mayor parte de los estados que intervenían en la guerra en esa época también tenían dudas respecto a las razones que les impulsaban. Algunos líderes políticos creían que existía una conspiración internacional contra ellos, organizada según principios confesionales y cuyo objetivo era no

sólo acabar con su libertad sino con la religión que profesaban. Sin embargo, otros afirmaban que el único objetivo de la guerra era el beneficio de Federico del Palatinado, primero para conseguirle el título de «rey de Bohemia» y, después, para restituirle su condición de elector. Prácticamente en todas las cortes de Europa existían facciones que aceptaban estas dos motivaciones opuestas. En Francia, los católicos extremistas (conocidos como los *dévôts*) propugnaban la intervención en favor del emperador para detener la marea protestante, mientras que en Inglaterra, los líderes puritanos del Parlamento urgían a un rey renuente a que luchara con todas sus fuerzas por «la causa protestante».[1] Lo mismo ocurría en las demás naciones: en España, en los Países Bajos, en Suecia, en los principados alemanes (incluso en los de los principales antagonistas, Federico y Fernando) se enfrentaban intervencionistas y aislacionistas. Y dado que ambas interpretaciones eran justificables y, de hecho, se verían ocasionalmente justificadas por los acontecimientos, ninguna de las facciones podía monopolizar durante mucho tiempo la política exterior de su gobierno. Ésta es la razón por la que la diplomacia europea del decenio de 1620 (y en menor medida en la década de 1630) se ve ensombrecida por negociaciones interrumpidas y tratados sin ratificar. Y ésta es la razón, también, por la que resulta tan terriblemente complicada la historia del primer decenio de la Guerra de los Treinta Años, analizada en este capítulo fundamentalmente desde el punto de vista de los protestantes.

I. La guerra de Bohemia

Los Defensores nombrados en 1609 para mantener el precario equilibrio religioso en Bohemia convocaron a la Dieta del reino el 5 de marzo de 1618 para discutir la política antiprotestante de los regentes. Existía una especial preocupación sobre la concesión de tierras de la corona (protegidas por la Carta de Majestad) a prelados católicos (que, al parecer, no estaban vinculados por la Carta). Dado que desde 1611 se habían transferido sólo al arzobispo de Praga 132 parroquias

1. La importancia de las facciones en la determinación de la política exterior de los gobiernos en el decenio de 1620 ha sido muy bien estudiada por Simon Adams: véase «The Protestant cause» y «Spain or the Netherlands: the dilemmas of early Stuart foreign policy». He aprendido mucho de la lectura de estos dos trabajos, así como de las frecuentes discusiones con el Dr. Adams, sobre este tema tan complejo.

«reales», el *status* de esas tierras bajo la Carta de Majestad era una cuestión de una cierta importancia. En consecuencia, la asamblea de Praga envió una petición urgente al emperador solicitando un cambio de política. Matías rechazó esas exigencias y ordenó a los delegados que se dispersaran. Aunque lo hicieron, acordaron reunirse de nuevo en el plazo de dos meses para examinar los acontecimientos. El 23 de mayo, después de sólo dos días de debate, la asamblea recibió nuevamente la orden de disolverse de forma inmediata. Dado que la orden, que parecía ser inconstitucional (tales reuniones estaban permitidas por las concesiones reales de 1609 y 1611), procedía del Consejo de Regentes con sede en Hradschin, los furibundos delegados marcharon hacia palacio, entraron en la Cámara del Consejo y (rememorando conscientemente los acontecimientos que dieron comienzo a la revolución husita en 1418) arrojaron por la ventana a dos de los regentes católicos más destacados y a su secretario. A continuación, los delegados nombraron un gobierno provisional formado por 36 directores y autorizaron el reclutamiento de un pequeño ejército, tal como habían hecho en 1611. Los bohemios se rebelaban por tercera vez en diez años.

Las noticias de la «Defenestración de Praga» provocaron una gran conmoción en la mayor parte de las cortes europeas. Todos los diplomáticos adscritos a la corte imperial habían seguido a Matías desde Praga hasta Viena a finales de 1617 y, por tanto, sus despachos del invierno apenas mencionaban el empeoramiento de la crisis de Bohemia. Cuando conocieron la noticia, reaccionaron con un énfasis excesivo. El embajador español, conde de Oñate (que ocupaba el puesto solamente desde hacía un año), consideró al principio que «la gravedad de la ofensa y la facilidad con que han alcanzado su objetivo les impulsará a terminar lo que han comenzado». En sus cartas dirigidas a Madrid —donde las noticias de la defenestración no llegaron hasta el 6 de julio— se respira una atmósfera de pánico. En enero de 1619, Oñate pensaba que sólo el envío de un importante ejército español podía salvar Bohemia: «Parece necesario que Su Majestad considere qué le proporcionará mayor beneficio —reflexionaba—, la pérdida de estas provincias o el envío de un ejército de quince o veinte mil hombres para solucionar la cuestión».[2]

2. AGS, Estado 2503, f. 7, parecer del conde de Oñate del 30 de mayo de 1618; BNM, MS. 18434, s. f., conde de Oñate al rey, 10 de enero de 1619.

Parece improbable que ni siquiera tan desesperados llamamientos hubieran encontrado una respuesta favorable en Madrid si el círculo real no hubiera estado dominado, precisamente en esa época, por la figura formidable de don Baltasar de Zúñiga. Después de realizar un servicio distinguido en el ejército (incluyendo la campaña de la Armada Invencible) y tras un largo período como embajador en Bruselas, París, Roma y Viena, Zúñiga había regresado a Madrid en 1617, donde comenzó a hablar con irrefutable autoridad sobre los asuntos del norte de Europa. Aunque ese breve período de poder aparece en los libros de historia como un simple interludio entre los períodos de dominio de Lerma y Olivares, desde comienzos de 1618 hasta su muerte, en las postrimerías de 1622, Zúñiga utilizó su conocimiento de primera mano del terreno y las personalidades implicadas para justificar su política exterior innovadora y para derrotar la de sus rivales, encabezados por el duque de Lerma. Durante veinte años, el duque había manejado a Felipe III y a su gobierno, pero ahora su influencia estaba en declive. Primero había dejado en manos de su hijo el papel de favorito del rey; ahora, sus decisiones sobre la política exterior española comenzaban a ser cuestionadas. El hombre que había amasado una fortuna personal de 44 millones de táleros (el equivalente de todos los ingresos de Felipe III durante cinco años), que había construido dos palacios y fundado once monasterios, tres cátedras universitarias y dos colegiatas, se veía ahora atacado públicamente de corrupción. Uno de sus principales consejeros fue arrestado por asesinato y malversación de fondos públicos. Para protegerse de este tipo de desgracias, Lerma decidió ingresar en el estamento eclesiástico (asegurándose un cardenalato) en la primavera de 1618 y manifestó ardientes deseos de abandonar sus cargos seculares. Pero antes de ello, intentó llevar a cabo un proyecto que le era muy querido: el envío de una gran expedición naval a Argel.

El reino pirata de Argel había planteado grandes problemas a España durante casi un siglo, pero en los inicios del siglo XVII los ataques de sus piratas contra los barcos españoles y las razias contra los asentamientos costeros alcanzaron una ferocidad sin precedentes. Así, el gobierno de Madrid acordó enviar una gran expedición al norte de África en 1618; pero Zúñiga solicitó que las tropas fueran enviadas a Viena. Desde luego, España no podía afrontar ambas campañas, sobre todo si tenemos en cuenta que estaba enzarzada además en una costosa guerra a propósito de Mantua y los uscoques. En consecuencia,

se hacía inevitable establecer prioridades. En julio de 1618, Lerma y sus aliados intentaron impedir el envío de 200.000 táleros al emperador sobre la base (perfectamente plausible) de que ello le impulsaría a adoptar una actitud más firme que podría desembocar en una guerra prolongada. Pero Lerma fue derrotado y perdió la batalla una vez más en septiembre cuando, a pesar de su fuerte oposición, se enviaron a Viena otros 500.000 táleros. Su derrota definitiva ocurrió en enero de 1619 cuando el rey decidió, no sin renuencia, la necesidad de abandonar la campaña de Argel en favor de la ayuda a Viena:

> Aunque se han hecho muchas diligencias para allar medios con que acudir desta ocasión, de manera que no estorbase la execución de la Jornada de Arjel, está la hazienda de manera que se dificulta mucho, con imposibilidad de poderse acudir a lo uno y lo otro. Y assí por lo que se pudiera aventurar, prendado en todo, y lo que se dilatará el socorro de Bohemia ... parece casso forçosso mirar por aquello.[3]

Así pues, en mayo de 1619 un ejército de 7.000 veteranos del ejército español de Flandes atravesó el Imperio hacia Viena y a finales del reinado de Felipe (en marzo de 1621) unos 40.000 soldados españoles luchaban junto a los Habsburgo austriacos. Hubo también una constante aportación de dinero: 3,4 millones de táleros habían sido enviados en julio de 1619; 6 millones a finales de 1624.[4]

La firme posición de España, que fue plenamente apoyada por los archiduques en Bruselas, indujo a los católicos alemanes a superar sus diferencias y a reactivar la Liga bajo la única dirección de Maximiliano de Baviera. Algunos príncipes católicos se apresuraron a hacer públicas sus simpatías por la Liga. Por ejemplo, el arzobispo de Salzburgo deleitó al archiduque Fernando en julio de 1619, cuando se dirigía a la reunión electoral de Frankfurt, con una parada militar, una representación del *Orfeo* de Peri y, lo que es más importante de todo, un préstamo de 40.000 táleros.[5] Pero la mayor parte de los católicos duda-

3. AGS, Estado 1867, f. 256, nota de Felipe III sobre una consulta del 11 de enero de 1619.

4. Cifras tomadas de Kessel, *Spanien un die geistlichen Kurstaaten*, 53 n., p. 171.

5. Detalles tomados de R. R. Heinisch, *Salzburg im dreissigjährigen Krieg*, Viena, 1968, pp. 10-11. Sin embargo, Salzburgo no llegó a ser nunca miembro pleno de la Liga, con gran disgusto por parte de Maximiliano.

ban todavía en declarar su apoyo a Fernando en su lucha contra los rebeldes bohemios. Deseaban permanecer neutrales y sólo el renovado temor a la existencia de una «internacional protestante» les forzó a adoptar una postura sin ambages.

Las guerras contra los uscoques y contra Mantua, que estaban llegando a su fin en el momento de producirse la defenestración de Praga, habían creado lazos importantes entre varias potencias antihabsburguesas. Las noticias procedentes de Bohemia los mantuvieron vigentes. En cuanto se enteró de las noticias, el duque de Saboya escribió al elector palatino ofreciéndole los servicios del regimiento que Mansfeld había reclutado para él el año anterior, mediante los buenos oficios de la Unión protestante. En agosto de 1618, Federico aceptó agradecido y las tropas saboyanas se trasladaron a Alemania a esperar acontecimientos.[6] Durante un período de tiempo bastante largo, esperaron solas. Los líderes protestantes —Federico, Anhalt y Ansbach— se vieron tan sorprendidos como el que más por los acontecimientos de Bohemia. Aunque habían contemplado la posibilidad de que el elector palatino se convirtiera en rey de Bohemia después de Matías, la preelección de Fernando por la Dieta pareció solucionar el problema de la ocupación del trono de Praga durante al menos otra generación. Ahora, a mediados de junio, la Dieta bohemia escribió a la Unión protestante, solicitando ser admitida como miembro de pleno derecho y pidiendo ayuda militar. Insinuó que la recompensa por una ayuda oportuna sería la elección del líder de la Unión —Federico— como rey, en lugar de Fernando. Por desgracia, esa insinuación se hizo a más de un aspirante al trono —alimentando las esperanzas del duque de Saboya, de Bethlen Gabor de Transilvania, del elector de Sajonia y de Federico del Palatinado— y los Habsburgo, que al parecer interceptaban y descifraban todas las cartas que salían de Praga con destino al extranjero, se apresuraron a hacer pública la duplicidad de los bohemios. Pero durante algún tiempo la indiscreción no tuvo efecto alguno: la rebelión progresó. En el verano de 1618, Lusacia, Silesia y la Alta Austria se unieron a Bohemia; y en el verano de 1619 lo hicieron también Moravia y la Baja Austria. Sólo Hungría permaneció al mar-

6. Véase Reade, *Sidelights on the Thirty Years' War*, I, pp. 182-183. No obstante, la ayuda de Saboya tenía un precio. El duque solicitó el apoyo de la Unión en sus pretensiones de ser elegido rey de Bohemia y, si era posible, emperador.

gen, pero se esperaba que las fuerzas de Bethlen Gabor podrían derrotar a los elementos leales allí. En septiembre de 1618, Mansfeld y el regimiento del duque de Saboya capturaron el bastión de Pilsen. En mayo de 1619, el ejército de los confederados, conducido por Enrique Matías, conde de Thurn (que había desempeñado un papel de primera magnitud en la defenestración), avanzó sobre Viena y la sitió. Al mismo tiempo, Cristián de Anhalt visitó Turín y convenció al duque de Saboya para que incrementara su ayuda económica a la causa, mientras Holanda y Venecia mantenían conversaciones sobre un pacto de defensa mutua contra España. Pero estos éxitos alarmaron a los católicos y hacia junio de 1619 Fernando había conseguido el apoyo necesario como para permitir la invasión de Bohemia.

La conclusión de la guerra contra los uscoques permitió que las tropas del archiduque quedaran libres hacia el norte y a lo largo de 1618 diversas unidades avanzaron y establecieron guarniciones en las escasas ciudades que todavía permanecían leales. Pero sólo disponían todavía de 13.000 hombres, un tercio de ellos pagados por los españoles, y el comandante principal de Fernando, el conde Bucquoy, urgió a aquél a que reclutara tropas en el extranjero, en los Países Bajos españoles (donde Bucquoy había hecho sus primeras armas), en Lorena, en Italia y en Croacia. En el verano de 1619, y gracias a la ayuda de los subsidios provenientes de España y el papado, el ejército imperial contaba ya con unos 30.000 hombres, y Toscana, la Lombardía española y los Países Bajos españoles habían prometido enviar refuerzos. El 10 de junio, Bucquoy derrotó a Mansfeld y a su regimiento en Záblatí, en el sur de Bohemia, e interrumpió las comunicaciones entre Praga y el ejército de Thurn en torno a Viena. El asedio terminó casi inmediatamente. Pero casi tan grave para la causa rebelde como estos reveses estratégicos fue la pérdida de su principal valedor extranjero. La cancillería de campo de Mansfeld fue capturada por las tropas imperiales, revelando los detalles de las negociaciones del duque de Saboya con los bohemios, los holandeses, los venecianos y los ingleses. El duque —consciente ya de que no sería elegido rey de Bohemia— se vio en una difícil posición y se apresuró a interrumpir los subsidios (que ya le habían costado casi 40.000 táleros). Pero la rebelión continuó sin él. El 31 de julio de 1619, la Dieta de la corona de Bohemia firmó un pacto mutuo de cien artículos, que creó una unión federal; poco después firmó un tratado especial de alianza con las Dietas de la Alta y la Baja Austria. El 22 de agosto, los confederados derrocaron

solemnemente a Fernando y, pese al apoyo que en algunos lugares encontraron los gobernantes de Transilvania y Sajonia, el día 26 decidieron por una mayoría aplastante ofrecer la corona a Federico del Palatinado.

Fue ésta una elección extraña en muchos sentidos. Aunque una parte de la herencia de Federico —el Alto Palatinado— limitaba con Bohemia, era una zona que raramente visitaba. Además, Federico no era rico ni experimentado. En 1622, un observador hostil, bloqueado por la causa protestante en Frankenthal, cuestionó la conveniencia de elegir «un hombre que nunca había visto una batalla ni un cadáver, ... un príncipe que sabía más sobre jardinería que sobre la guerra».[7] Pero tres años antes eso parecía no tener importancia: Federico era uno de los príncipes mejor relacionados de la Europa protestante (véase cuadro 2). Si algún gobernante podía movilizar el apoyo confesional, ése era él.

De cualquier forma, en agosto y en septiembre de 1619, el joven elector se encontraba ante un dilema y sus consejeros le ofrecieron opiniones contradictorias respecto a la oferta de los bohemios. En conjunto, los consejeros originarios del Palatinado concluyeron que, aunque había varias razones en favor de la aceptación, eran más fuertes los motivos que se oponían a ella, entre otros la probabilidad de que «la aceptación iniciara una guerra religiosa general». Pero los restantes, encabezados por Anhalt y Camerarius, argumentaron que la guerra podría estallar en cualquier caso: parecía inevitable que se produjera una guerra general a la conclusión de la Tregua de los Doce Años en los Países Bajos, mientras que existía evidencia en todas partes de la existencia de una alianza católica militante, cuyo objetivo era la destrucción del protestantismo en toda la Europa central. Si la revuelta bohemia era sofocada, afirmaron Camerarius y sus amigos, el reino perdería la libertad religiosa. Si tal cosa ocurría, ¿durante cuánto tiempo más se sentirían a salvo los protestantes de Alemania? Era ésta una argumentación sólida que compartían muchos observadores extranjeros responsables. Dudley Carleton, embajador inglés en La Haya, afirmó en septiembre de 1619 que «este asunto de Bohemia es como poner en combustión a toda la cristiandad» y subrayó la deducción de los dirigentes holandeses de que «dado que es probable que la revo-

7. Cita tomada de Toegel, « «Prrichiny saského vpádu do Chech», 560 n., p. 16.

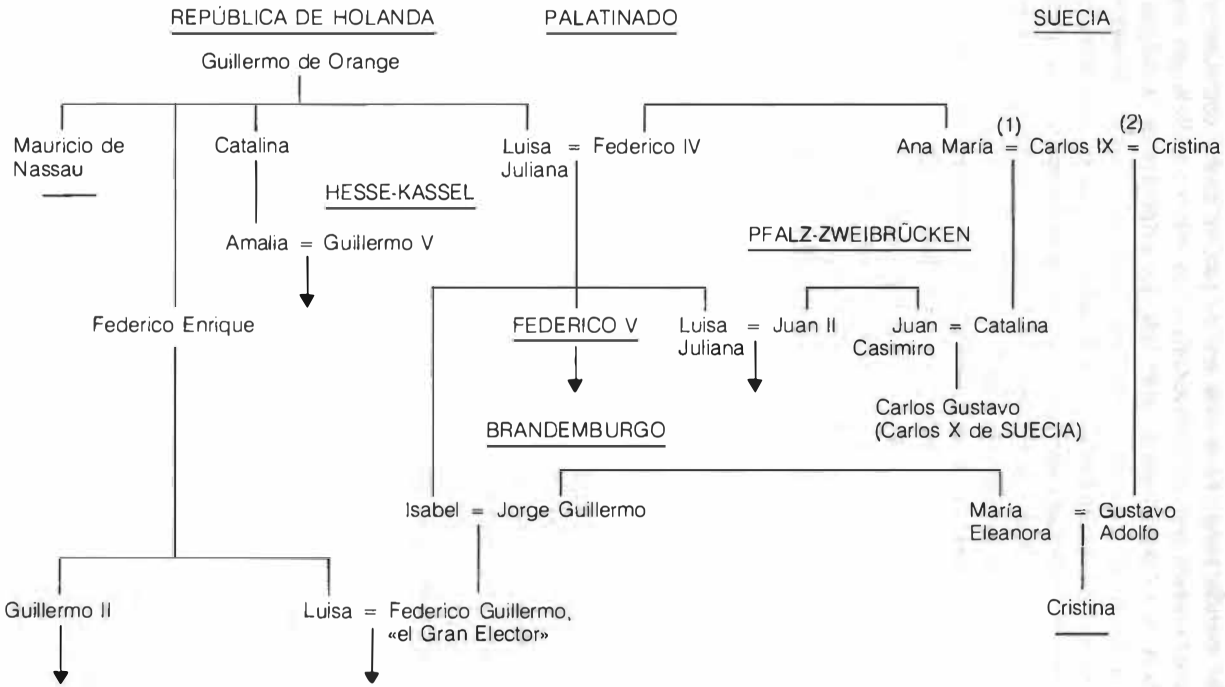
lución del mundo ponga fin a esta era de paz, es mejor comenzar el cambio con ventaja que con desventaja». En efecto, si Bohemia era «descuidada, y en consecuencia, sofocada, los príncipes de la religión contigua sufrirán la carga de un ejército victorioso ... Qué sucederá —añadía con tono pesimista— Dios lo sabe, ya que se verá acosada por los jesuitas y comandada por el nuevo emperador, que se jacta anunciando que extirpará la religión reformada y restablecerá la antigua grandeza de la Iglesia romana».[8]

Pero para entonces la causa de los rebeldes bohemios gozaba nuevamente de buena salud. A finales de agosto, Bethlen Gabor, superando su decepción por no haber sido elegido, comenzó la conquista de la Hungría habsburguesa. El 5 de septiembre ocupó Kosiche, la capital de la zona oriental del reino, y fue elegido «protector de Hungría» por la Dieta. Al parecer, la noticia de este éxito decidió a Federico. Aunque, como le confesó a su esposa, se sentía «atormentado por la duda respecto a lo que debía hacer», el 28 de septiembre aceptó la corona bohemia. La oportunidad, afirmó, «es una orden divina que no debo desobedecer. Mi único objetivo es servir a Dios y a su iglesia». Durante un tiempo pareció que el Señor había oído a su siervo. El 13 de octubre, Bethlen derrotó al último ejército Habsburgo en Hungría, comandado por el hermano de Fernando, Leopoldo, y poco después entró en la capital, Bratislava. Desde allí, los transilvanos subieron por el Danubio uniendo sus fuerzas con las de Thurn en noviembre para asediar Viena por segunda vez. No tardaron en llegar diversas ofertas de ayuda. En diciembre llegó a Bratislava un enviado del sultán turco, Osmán II, ofreciendo ayuda militar contra los Habsburgo y, por otra parte, después de largas discusiones sobre la libertad de comercio en el Adriático, los venecianos y la República de Holanda firmaron una alianza de 15 años. Ambas partes se comprometían a pagar a la otra 30.000 táleros al mes en caso de ataque.[9]

Nadie controlaba ya la situación política y muchos estadistas temían por el futuro. El 28 de agosto de 1619, los siete electores imperiales reunidos en Frankfurt decidieron apostar por la seguridad y eli-

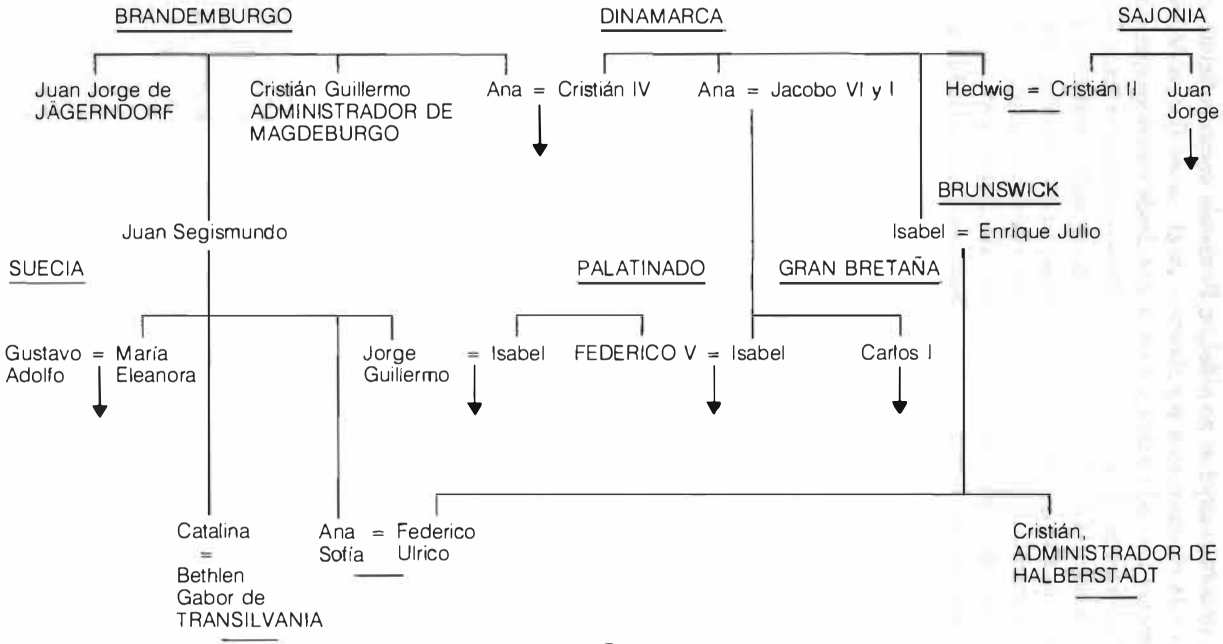
8. M. Lee, ed., *Dudley Carleton to John Chamberlain, 1603-1624*, New Brunswick, 1972, pp. 270-271: carta del 18 de septiembre de 1619.

9. Este tratado ha sido estudiado por Geyl, *Christofforo Suriano*, pp. 188-189; y A. van der Essen, «L'alliance défensive hollando-venétienne de 1619 et l'Espagne», en *Miscellanea historica in honorem Leonis van der Essen*, Lovaina, 1947, pp. 819-829.



CUADRO 2.1

Federico V del Palatinado y sus familiares, I



CUADRO 2.2

Federico V del Palatinado y sus familiares, II

gieron unánimemente al archiduque Fernando como próximo emperador. Fue la elección más significativa desde la de Carlos V, ocurrida exactamente un siglo antes, y la primera desde entonces que fue seriamente disputada. Juan Jorge de Sajonia, cuyas fronteras limitaban con Bohemia y el Alto Palatinado, sólo aceptó votar por Fernando cuando, una semana antes de la elección, recibió del gobierno de Bruselas la garantía de que «en caso que el dicho elector fuere molestado de los bohemios, será asistido y socorrido con la gente que su Magestad tiene en Alemania y, si fuere menester con parte deste exercito también».[10]

Algunos observadores experimentados confiaban en que la decisión tomada en Frankfurt pondría fin a la crisis del Imperio. En verdad, en el mes de septiembre el ejército de Flandes retiró las tropas que habían sido movilizadas a lo largo de la frontera alemana durante la elección. Pero la aceptación simultánea de la corona bohemia por parte de Federico recrudeció la tensión. Así, el emperador Fernando se trasladó desde Frankfurt hasta Munich, acompañado por el embajador español, conde de Oñate, y por un alto funcionario del elector de Colonia, para discutir con Maximiliano de Baviera la ayuda que la recientemente reconstituida Liga católica podía prestar a la causa de los Habsburgo. Dado que los católicos alemanes no estaban dispuestos a intervenir excepto si contaban con la ayuda española, la iniciativa correspondía casi por completo al conde de Oñate, que actuó con decisión. Sin esperar a recibir instrucciones de Madrid o Bruselas, el embajador prometió el envío inmediato de 1.000 soldados de caballería de los Países Bajos para unirse a la Liga, el traslado a Austria de importantes refuerzos desde los territorios españoles en Italia y la intervención en Renania de un gran ejército de los Países Bajos. Pero Maximiliano quería todavía más, a cambio de la promesa de comprometer plenamente las fuerzas de la Liga en la lucha contra Bohemia. De esta guisa, el hábil conde de Oñate convenció a Fernando para que ofreciera al duque no sólo una indemnización en efectivo y la garantía de que los Habsburgo no intervendrían en los asuntos de la Liga, sino también la posesión de cualquier parte del Palatinado que conquistara

10. AGS, Estado 2504, f. 110, Pedro de San Juan al conde de Oñate, 21 de agosto de 1619. En un principio, el Palatinado votó por Maximiliano de Baviera, pero los líderes de la Unión pidieron unanimidad en la votación final, por lo cual finalmente el Palatinado también votó por Fernando.

la Liga y la promesa de que la dignidad electoral pasaría de Federico del Palatinado a Baviera. Dado que ambos pertenecían a la familia Wittelsbach, argumentó Oñate, y puesto que Baviera tenía ciertos derechos a los territorios y al título, la transferencia se realizaría con relativa facilidad. Por otra parte, Oñate añadió que probablemente los ejércitos de Maximiliano no hostigarían lo suficiente a la alianza protestante como para reclamar todas esas recompensas. Así pues, el tratado de Munich fue firmado el 8 de octubre de 1619 y el 5 de diciembre los dirigentes de la Liga católica autorizaron el reclutamiento de 25.000 hombres que Maximiliano utilizaría en la forma que creyera más conveniente.

Mucho era lo que Oñate había prometido en nombre de España, en un momento en que los gobiernos de Madrid y Bruselas estaban cada vez más ocupados en la preparación de una nueva guerra con Holanda. Cuando menos, Zúñiga admitió que no sabía si la Tregua de los Doce Años debería ser o no renovada. «Convencernos de que podemos conquistar Holanda es buscar lo imposible, engañarnos a nosotros mismos», se lamentó en abril de 1619 mientras trataba de tomar la decisión adecuada.

> A quienes afirman que todos nuestros males se deben a la Tregua y prevén que su ruptura producirá grandes beneficios, podemos decirles con toda seguridad que ya sea que la rompamos o no siempre estaremos en desventaja. La situación puede llegar a tal punto que cualquier decisión que tomemos sea para peor, no por falta de buen consejo sino porque la situación llegue a ser tan desesperada que no sea posible encontrar remedio alguno.

No era mucho más optimista la posición del máximo responsable de la política española cuando analizaba la situación en Alemania:

> La situación exige [afirmaba] que realicemos los esfuerzos supremos necesarios cuando uno se halla ante el desastre total, intentando conseguir todos los recursos posibles para dar al archiduque lo que necesita y atendiendo todos los demás asuntos en la medida que sea humanamente posible.

Éstas y otras muchas expresiones de desilusión profunda y total en los últimos años del reinado de Felipe III parecen tomadas de una

tragedia de Calderón.[11] Zúñiga veía con toda claridad el dilema en el que se hallaba: a menos que España interviniera masivamente en apoyo de Fernando, los rebeldes saldrían victoriosos, otorgando a los protestantes el control del Imperio y socavando la posición de España en Italia y en los Países Bajos. Pero si España prestaba esa ayuda masiva, podría provocar otro conflicto que se prolongaría durante tanto tiempo como el de los Países Bajos, si es que (como afirmaban algunos) no duraba eternamente.[12]

Pero ya era demasiado tarde para que España se retirara de Alemania. A comienzos de 1620 llegó a Madrid un inquietante despacho de Oñate, sitiado en Viena por segunda vez por los ejércitos transilvano y confederado. El mensaje insistía nuevamente en que, para salvar a los Habsburgo austriacos, había que prestar a Fernando una ayuda sin precedentes. De nuevo, no podía ignorarse la voz inquieta del embajador y los consejeros de Felipe III consideraron que la forma más eficaz de aliviar la presión sobre Viena era realizar una maniobra de diversión atacando el Palatinado renano. Además, esto facilitaría el cumplimiento de los términos del «tratado Oñate» con Fernando, entregando Alsacia a España y, por otra parte, liberaría al ejército de la Liga para que pudiera intervenir en Bohemia sin temor a ser atacado por la retaguardia. Así pues, tras un cierto debate sobre la cuantía de las tropas y el momento adecuado para efectuar la operación, se decidió que en la primavera de 1620 avanzaría desde los Países Bajos hasta el Palatinado un ejército de 20.000 veteranos comandado personalmente por Ambrosio Spínola. Fue éste un paso decisivo para convertir la «vergüenza de Bohemia» en la «Guerra de los Treinta Años».

No deja de ser irónico que, como consecuencia de la lentitud del servicio postal entre Austria y España, la crucial decisión de Felipe III fuera tomada poco después de que se hubiera desvanecido la amenaza que pesaba sobre Viena. El 27 de noviembre de 1619, Bethlen Gabor recibió la noticia de que un gran ejército procedente de Polonia había penetrado en la Alta Hungría interrumpiendo sus comuni-

11. Citas tomadas de P. Brightwell, «The Spanish system and the Twelve Years' Truce», *English Historical Review*, LXXXIX (1974), p. 289; y AGS, Estado 1867, f. 375, documento del 10 de diciembre de 1619.

12. Straub, *Pax et Imperium*, p. 161, cita la predicción del Consejo de Estado español de que habría una «guerra eterna». Véanse otras predicciones citadas por G. Parker, *Europe in Crisis, 1598-1648*, Londres, 1979, p. 163.

caciones con Transilvania. De hecho, el informe exageraba la gravedad de la situación, pero fue suficiente como para poner fin al asedio de Viena. En efecto, Bethlen se apresuró a regresar a Hungría, por lo cual Thurn tuvo que retirarse a Bohemia. Aunque la Dieta húngara eligió al transilvano como «príncipe» en Bratislava, el 15 de enero de 1620, su situación siguió siendo desfavorable. Bethlen había mantenido un gran ejército durante cinco meses, aunque su principado era pobre (tan sólo exportaba ganado, sal y azogue, y una parte importante de su riqueza era entregada cada año al sultán en concepto de tributo). A los ojos de algunos, la campaña del príncipe había sido en todo momento «un torrente sin una fuente» que estaba condenado a secarse si no recibía una urgente ayuda financiera del gobierno rebelde de Praga.[13] Pero los recursos de los confederados estaban tan agotados como los de Bethlen y no pudieron pagar los 400.000 táleros que les pedía. Además, el principal activo del príncipe había sido siempre su alardeado papel de mediador de la ayuda turca a los enemigos de Fernando. Pero los diplomáticos de la Casa de Habsburgo habían convencido al sultán de que retirara su apoyo a la causa confederada, mientras que el estallido de las hostilidades entre los turcos y Polonia en 1619-1621 impidió cualquier campaña otomana en el Danubio. Así pues, cuando una delegación imperial ofreció una tregua de nueve meses que permitía a Bethlen conservar temporalmente sus conquistas húngaras, el príncipe se apresuró a aceptar (20 de enero de 1620).

La neutralización de Transilvania fue simplemente un aspecto de una campaña preparada con todo cuidado para aislar a los rebeldes. No sólo se había convencido al gobierno español para que aportara hombres y dinero al emperador a gran escala (y, a partir de abril de 1620, también a la Liga), sino que también se consiguió ayuda de varios príncipes italianos. El papa comenzó a enviar a Viena un subsidio mensual de 8.000 táleros desde julio de 1618 y, a finales de 1620, habían sido enviados ya 304.000. Durante ese mismo período, el ejército de la Liga recibió 204.000. También Génova realizó una aportación económica y Toscana envió tropas. Ciertamente, Saboya y Venecia seguían siendo hostiles, pero poco podían hacer por sí solas estas dos potencias. A los ojos de los Habsburgo, el único motivo de alarma era la promesa de ayuda holandesa a Bohemia.

13. Lord Digby, citado por Zaller, «Interest of State», p. 166.

En varias ocasiones a lo largo de 1618, los Estados Generales, órgano de gobierno de la República de Holanda, debatieron la posibilidad de acceder a la petición de ayuda de los confederados, decidiendo finalmente de forma negativa. Su prudencia no carecía de fundamento: durante todo el año, la República se vio paralizada por la lucha entre los Estados de Holanda, a cuyo frente se hallaba Johan van Oldenbarnevelt, y los Estados de las otras provincias, conducidos por Mauricio de Nassau, el capitán general. En los albores de 1619, arrestado Oldenbarnevelt y dispersados sus seguidores, los depurados Estados Generales decidieron contribuir con un subsidio mensual de 25.000 táleros, pero sólo durante tres meses y en tanto en cuanto los bohemios siguieran luchando y la República de Holanda permaneciera en paz. En definitiva, la entrega del subsidio continuó (con gran renuencia y frente a la oposición de algunas de las provincias del interior) hasta diciembre de 1620; pero los Estados Generales se negaron, hasta que ya era demasiado tarde, a enviar tropas a Alemania en ayuda de Federico del Palatinado o para proteger a la Unión. Peor aún, aunque los Estados acordaron que «avanzarán en esa dirección de forma que las tropas españolas de esas provincias bajo la autoridad del archiduque no queden disponibles ni puedan ser utilizadas en Alemania», de hecho no hicieron nada en absoluto. Prácticamente, hasta el último momento fueron engañados por Spínola, que les hizo creer que el destino de su ejército era Praga y no el Palatinado y cuando comprendieron la verdad, la falta de apoyo de Inglaterra y de la Unión protestante impidió una contraofensiva eficaz.[14]

Después de no pocas dudas, Jacobo I manifestó, en el otoño de 1609, su rechazo ante la aventura bohemia de su cuñado. Se negó a apoyar los intentos de recaudar fondos para la causa de Federico, intentó actuar como mediador entre los dos bandos enfrentados y urgió a la Unión a que se mantuviera al margen. Pero la situación de la Unión era ya muy difícil. En una reunión celebrada en junio de 1619, sus miembros decidieron organizar un ejército de 11.000 hombres, pero simplemente para defenderse de la Liga, «para proteger la libertad y la ley» y «para mantener nuestra religión como auténticos pa-

14. S. R. Gardiner, *Letters and Documents Illustrating the Relations between England and Germany*, II, Camden Society, XCVIII, 7, Londres, 1868; Carleton a Naunton, 13 de septiembre de 1619; Smit y Roelevink, eds., *Resolutiën der Staten-Generaal*, n.r. IV, resoluciones 332, 585, 759, 1548, 1779, 3911, 4119, 4178, 4486 y 4535.

triotas». Pero no fueron más allá, porque «no se puede uno enfrentar a la ligera con la Casa de Austria», especialmente «sin tropas ni dinero de Inglaterra».[15] En una nueva reunión de la Unión celebrada en el mes de noviembre, sólo los margraves de Ansbach y Baden apoyaron la decisión de Federico de aceptar la corona bohemia (aunque otros se mostraron dispuestos a defenderse contra la Liga). Otros príncipes protestantes adoptaron una postura igualmente prudente. Aparte de los duques de Sajonia-Weimar, sólo el elector calvinista de Brandemburgo ofreció su apoyo, y murió en la Navidad de 1619. Su joven sucesor, Jorge Guillermo, que estaba casado con la hermana de Federico, no consiguió convencer a los Estados luteranos para que continuaran la política desafiante de su padre. Dado que la deuda pública de Brandemburgo era una de las mayores de Alemania, si no era posible conseguir nuevos impuestos, la prudencia era la única política posible. No era mucho mejor la situación económica de Juan Jorge de Sajonia, hecho que los príncipes católicos supieron explotar plenamente. En una reunión electoral en Mühlhausen, convocada a comienzos de 1620 para impedir que «el fuego bohemio» se difundiera en Alemania, los electores católicos (entre ellos Fernando) prometieron que no intentarían recuperar por la fuerza las tierras secularizadas de la Iglesia en los Círculos de la Alta y Baja Sajonia hasta que los príncipes que las poseían hubieran sido escuchados ante la ley, siempre que esos príncipes apoyaran lealmente al emperador. Juan Jorge pareció sentirse seguro con la «garantía de Mühlhausen» (20 de marzo de 1620) y a continuación el emperador le ofreció Lusacia si el elector organizaba un ejército y la reconquistaba a los rebeldes. Juan Jorge aceptó inmediatamente esa propuesta.

Fue Francia la que asestó el golpe definitivo a la causa protestante. Luis XIII había sufrido la rebelión de sus súbditos protestantes y, en consecuencia, mostró sus simpatías por la causa de Fernando. En determinado momento se ofreció impetuosamente a encabezar un ejército en ayuda de su primo. Aunque no tardó en desistir de ese proyecto, envió una nutrida misión diplomática a Alemania a cuyo frente se hallaba el duque de Angulema. Éste se dirigió primero a Ulm, donde el ejército de la Liga, comandado por el propio Maximiliano de Baviera, maniobraba para conseguir una posición favorable frente a las tropas de la Unión conducidas por el margrave de Ansbach. El

15. Citas tomadas de Magen, *Reichsgräfliche Politik in Franken*, p. 190.

duque de Angulema convenció a los dos comandantes para que firmaran un acuerdo que asegurara la interrupción inmediata de las hostilidades, con la consiguiente retirada de sus fuerzas (el tratado de Ulm, 3 de julio de 1620). Esperaba poder negociar un acuerdo similar entre el emperador y Federico, por lo cual se dirigió a Viena, pero no tuvo éxito en su segunda misión. El alto el fuego acordado en Ulm había otorgado al emperador una ventaja decisiva, que intentó hacer valer: el ejército de la Unión se vio obligado a hacer frente a Spínola, que procedía de los Países Bajos; pero, en cambio, las fuerzas de la Liga se veían libres para prestar ayuda a Fernando en el este. Fue así como el 17 de julio, dos semanas después de la firma del tratado de Ulm, el conde Tilly se dirigió hacia la Alta Austria con un ejército de 30.000 hombres de la Liga (en el que se incluían muchos voluntarios notorios, como el filósofo Descartes). Antes de que transcurrieran quince días, el ducado había sido conquistado y Tilly unió sus fuerzas a las de los imperiales comandados por Bucquoy, que ahora ocupaban la Baja Austria. En el norte, los sajones ocuparon Lusacia apenas sin luchar (sólo se resistió Bautzen; véase lámina 4). Mientras tanto, Spínola avanzaba cómodamente hacia el Palatinado por el oeste. El ejército de la Unión era mucho menos numeroso y sólo se vio incrementado con pequeños contingentes procedentes de Inglaterra y los Países Bajos. No ha de extrañar que fracasaran los esfuerzos del duque de Angulema por conseguir que Fernando aceptara iniciar conversaciones de paz: no había «nada más que obtener de los tratados», le dijeron al duque, pues el emperador estaba «decidido a conseguir la obediencia total de sus súbditos y eso sólo podía conseguirse por medio de la espada».[16] En consecuencia, las tropas conducidas por Tilly y Bucquoy (manteniéndose a la expectativa el duque de Baviera) avanzaron de forma inexorable hacia Bohemia, buscando un enfrentamiento decisivo con el grueso del ejército enemigo, comandado por Anhalt, Mansfeld y Thurn. El 8 de noviembre de 1620, los rebeldes protagonizaron una resistencia desesperada en la Montaña Blanca, en la vecindad inmediata de los muros de Praga. Los católicos tardaron tan sólo una hora en conseguir una victoria total. La revuelta de Bohemia estaba sofocada.

16. Canciller Lobkovic a Angulema, citado por Pagès, *Thirty Years' War*, p. 71.

II. Europa y la guerra del Palatinado

> La pérdida de soldados no fue muy desigual, pero la pérdida de cañones, equipamiento y reputación constituye la victoria de los imperiales que, al parecer, ocupan ahora Bohemia por conquista, habiendo sido suprimidas todas las inmunidades y privilegios. Y si se establece un nuevo estatuto, éste será tan sólo la ley del conquistador, que ha exigido a los protestantes que den razón de cuanto tienen, y que ya lo ha puesto a buen recaudo, de forma que aquéllos han empezado ya a comprender cuál será su situación.[17]

Las profecías de sir Edward Conway sobre las consecuencias de la derrota de los bohemios en la Montaña Blanca se cumplieron al pie de la letra: la ley del conquistador fue impuesta en Bohemia de forma despiadada (véase capítulo III). Pero la campaña de 1620 no sólo sirvió para poner a Bohemia en manos de los vencedores. También Lusacia, Silesia, Moravia y Austria habían sido ocupadas, así como la mitad del Palatinado renano, al tiempo que el Alto Palatinado quedaba indefenso. Sin embargo, todos estos éxitos no sirvieron para poner fin a la guerra. Bien al contrario, no hicieron sino recrudecerla. Si la campaña hubiera terminado en una cierta igualdad militar, habría sido posible alcanzar un compromiso. Pero dada la magnitud de su derrota y el carácter implacable de la autoridad de los Habsburgo, Federico del Palatinado nada tenía que perder si seguía oponiendo resistencia.

En consecuencia, el emperador se vio enfrentado con el problema de erradicar todo apoyo a Federico en el seno del Imperio sin provocar una guerra general europea. En 1619 y 1620, sus éxitos militares habían sido asegurados mediante una cuidadosa campaña diplomática que quebrantó totalmente el modelo de alianzas creado por el Palatinado y que aisló a Federico de sus más poderosos aliados potenciales. Pero no estaba claro si sería posible continuar en el futuro tan brillantes gestiones diplomáticas. Una hábil propaganda podía despertar fácilmente el temor a la ilimitada ambición habsburguesa. Ya había ocurrido con anterioridad —tras la gran victoria de Carlos V sobre

17. Conway, enviado inglés en Praga, citado por Reade, *Sidelights on the Thirty Years' War*, I, p. 388. En Inglaterra muchos no lo creían; otros quedaron muy abatidos. Cf. Mr. Aylesbury a sir Henry Martin, 28 de noviembre de 1620: «Se confirma la noticia de la derrota de Bohemia, pero es demasiado triste para repetirla» (O. Ogle y W. Bliss, eds., *Calendar of the Clarendon State Papers preserved in the Bodleian Library*, I [Oxford, 1872], p. 19).

los protestantes alemanes en Mühlberg en 1547, las fuerzas imperiales perdieron todos los beneficios obtenidos en el plazo de cinco años—y no se consideraba imposible un cambio de fortuna parecido después de la Montaña Blanca.[18]

Sin embargo, en un principio no pareció que hubiera muchas posibilidades de que eso pudiera ocurrir. Federico nunca había tenido muchos aliados activos en Alemania y ahora algunos de ellos abandonaron su causa (Anhalt y Ansbach fueron los primeros en hacerlo, firmando la paz con el emperador en 1621).[19] Sólo un puñado de príncipes, los más importantes de los cuales eran los duques de Sajonia-Weimar y Cristián de Brunswick-Wolfenbüttel, administrador del obispado secularizado de Halberstadt, defendían todavía sin reservas la causa del Palatinado. El margrave Jorge de Baden permaneció neutral en 1621, temeroso de que un desafío abierto al emperador pudiera significar su derrocamiento en favor de la rama rival, católica, de la familia, y sólo se decidió a entrar en guerra en 1622 cuando se convenció de que, hiciera lo que hiciera, su derrocamiento sería inevitable tras la derrota de Federico. Parecidas consideraciones disuadieron a los gobernantes calvinistas de Hesse-Kassel y Brandemburgo de movilizar sus ejércitos en apoyo de la causa palatina: el primero temía ser derrocado en favor del gobernante fuertemente imperialista (y luterano) de Hesse-Darmstadt y el segundo tuvo que renunciar a intervenir a raíz de la posición de su Dieta, fuertemente luterana y neutralista. Juan Jorge de Sajonia, fortalecido con la posesión de Lusacia y la garantía de Mühlhausen, hizo cuanto pudo para impedir que todos los restantes gobernantes luteranos apoyaran la causa de Federico.

Esta permanente imposibilidad de conseguir un apoyo importante entre los protestantes alemanes obligó a Federico a depender de los mismos aliados extranjeros que le habían abandonado en 1619-1620. Su tío, Mauricio de Nassau, dedicó una espléndida bienvenida al elec-

18. Véanse las observaciones de Schubert, *Camerarius*, pp. 96, 194-195. Fernando II recurrió también a los precedentes de la guerra de la Liga de Esmalcalda para justificar la proscripción de Federico en enero de 1621 sin reunir a la Dieta y la transferencia a Baviera del electorado Palatino: Albrecht, *Auswärtige Politik*, p. 49.

19. A la muerte de Ansbach en 1625, Cristián de Dinamarca hizo este terrible comentario: «debería haber muerto hace siete años» (citado por Herold, *Ansbach*, pp. 257-258.)

tor cuando visitó La Haya en abril de 1621 y le permitió que estableciera allí su corte en el exilio. Pero en ese preciso momento expiró la Tregua de los Doce Años y hubo varios tibios intentos de renovarla, que terminaron en fracaso. En consecuencia, los Estados Generales acordaron continuar aportando su subsidio mensual a Federico con la condición de que consiguiera también ayuda de Inglaterra. Los Estados Generales no querían correr riesgo alguno en un momento en que Spínola regresaba victorioso con sus veteranos del Palatinado. En efecto, podían aportar oficiales para el ejército y adelantar dinero para la compra de armas, pero no estaban en condiciones de financiar la causa protestante.[20]

También Cristián de Dinamarca mantuvo una actitud prudente. Es cierto que en 1618-1619 había permitido que una serie de oficiales de su ejército sirvieran en las tropas de la Dieta bohemia, mientras que otros sirvieron más tarde con Mansfeld, y que en 1620 había prestado dinero a Federico y a sus aliados. Pero los miembros de su gobierno se opusieron a que realizara cualquier otra acción (véase pp. 113-117, *infra*) y además tenía serias dudas sobre el intento de su sobrino de «derrocar reyes y conquistar reinos». En la asamblea del Círculo de la Baja Sajonia reunida en Segeberg en febrero de 1621 afirmó que sólo intervendría si contaba con el apoyo de Inglaterra.[21]

Así pues, Inglaterra se convirtió en el punto de mira de la diplomacia del Palatinado y de todas las fuerzas protestantes. Eran muchos quienes en la corte y en el Parlamento compartían el argumento del Palatinado de que el destino del protestantismo dependía del éxito de la causa de Federico. En junio de 1621, los Comunes hicieron pública una declaración de apoyo a cualquier acción militar necesaria para defender «a quienes profesan auténticamente, en otras tierras, la mis-

20. Ten Raa y de Bas, *Het Staatsche Leger*, III, pp. 227-230, 243-244. ARA, Eerste Afdeling, Staten-Generaal, Lias Duitsland 6065, 1622, s.f., Isabel, reina de Bohemia, a los Estados Generales, 22 de marzo de 1622. Véanse también los comentarios de Schubert, *Camerarius*, pp. 219-222, e Israel, *The Dutch Republic*, pp. 99, 154-157, analizando la política de Mauricio de Nassau.

21. Magen, *Reichsgräfliche Politik*, pp. 228-229; Wertheim, *Braunschweig*, II, p. 210; Schubert, *Camerarius*, p. 146. Sobre la conferencia de Segeberg, véase Christiansen, *Christians IV*, pp. 43-57, y PRO, S.P. 75/5/235-237, 243-244, sir Robert Anstruther a sir George Calvert, 10/20 de marzo, 31 de marzo/10 de abril de 1621. Jacobo I avaló el préstamo de Cristián IV a Federico. En el momento de su muerte en 1625 estaban por pagar tanto el capital como los intereses (18.000 táleros anuales).

ma religión cristiana que la Iglesia de Inglaterra ... pues comparten sus dificultades como miembros del mismo cuerpo».[22] Los Comunes perseguían la creación de una coalición, basada en la alianza de Inglaterra y la República de Holanda, para salvar la causa. Sin embargo, Jacobo I deseaba evitar que la cuestión del Palatinado degenerara en una guerra general de religión y estaba convencido de que la mejor manera de preservar la paz era estableciendo una alianza estrecha con España, alianza cuya base sería el matrimonio de su hijo y heredero, el príncipe Carlos, con María, hermana de Felipe IV. Aunque Jacobo se había comprometido a restituir a Federico en el Palatinado, tras la invasión española del otoño de 1620, esperaba conseguir este objetivo como parte de un acuerdo diplomático más amplio. Así pues, Inglaterra insistía, paradójicamente, en considerar la cuestión del Palatinado como un *affair* puramente alemán, al tiempo que intentaba vincularlo con todo tipo de cuestiones con las que, en realidad, no tenía relación.

A comienzos de 1621, Jacobo I intentó negociar la suspensión general de toda acción armada en el Imperio como un primer paso hacia el deseado acuerdo global, en el que esperaba conseguir la restauración de Federico en el Palatinado a cambio de la renuncia a sus pretensiones en Bohemia. En abril, se firmó en Maguncia un efímero alto el fuego entre los ejércitos que luchaban en el Palatinado, acuerdo que duró hasta julio. Sin embargo, fue imposible convencer a Federico, alentado, al parecer, por Mauricio de Nassau, para que renunciara sin condiciones a sus pretensiones en Bohemia. También los Habsburgo se mostraron inflexibles. La muerte de Felipe III el 31 de marzo y la del archiduque Alberto el 15 de julio de 1621 provocaron un cierto vacío político que durante un breve período dejó la iniciativa en manos de la archiduquesa Isabel, viuda de Alberto, y de su fiel general Ambrosio Spínola. Ambos deseaban completar la conquista del Palatinado lo antes posible y en ese objetivo obtuvieron un apoyo incondicional del emperador y del duque de Baviera. Ciertamente, la guerra se desarrollaba de acuerdo con sus pretensiones. En el contex-

22. PRO, S.P. 14/164/11, obispo Carleton a su hermano, ¿mayo de 1624?; W. Notestein, F. H. Relf y H. Simpson, eds., *The Common Debates for 1621*, V, New Haven, 1935, pp. 203-204. Véase, también, en general, White, «Suspension of arms»; Straub, *Pax et Imperium*, cap. 5, y M. S. Junkelmann, «Feldherr Maximilians: Johan Tserclaes, Graf von Tilly», en Glaser, ed., *Um Glauben und Reich*, II/i, pp. 379-380 (con numerosas notas).

to del armisticio de Maguncia, la Unión aceptó desmovilizar sus fuerzas a cambio del compromiso de que sus territorios no serían atacados; y en el mes de mayo la propia Unión se disolvió. Esto permitió a Spínola retirar una parte importante de sus ejércitos a los Países Bajos para hacer frente a cualquier ataque holandés, aunque dejando unos 11.000 hombres al mando de don Gonzalo Fernández de Córdoba para que continuara la conquista del Palatinado. En el momento en que expiró el armisticio de Maguncia, pusieron sitio a Frankenthal, uno de los tres grandes bastiones (los otros eran Mannheim y Heidelberg) fundamentales para el control del Palatinado.

En esa época, había todavía algunas fuerzas leales al elector en el este, pero no sobrevivieron mucho tiempo. Al acabar el verano de 1621, Tilly avanzó con un ejército de la Liga hacia el Alto Palatinado, ocupándolo sin apenas luchar. Una parte de las tropas de Federico se desplazó hacia el este y se unió a Bethlen Gabor de Transilvania, pero en enero de 1622 el príncipe concluyó la paz con el emperador en Nikolsburg. El resto de las tropas de Federico, comandadas por el conde Mansfeld, se dirigieron a liberar Frankenthal, objetivo que consiguieron alcanzar. Pero Tilly les hostigaba sin cesar y en la primavera de 1622 los católicos tenían una superioridad abrumadora en Renania. Su ventajosa posición se vio consolidada cuando Spínola consiguió la rendición de la guarnición holandesa de Juliers, bloqueando la ruta a través de la cual podían llegar hasta el Palatinado los refuerzos de la República de Holanda o de Inglaterra. Pero esa ayuda no iba a ser enviada. En diciembre de 1621, Jacobo I rechazó la petición del Parlamento de que declarara la guerra a España y en lugar de ello organizó una compleja misión diplomática con el objetivo de reunir a todas las partes implicadas en el conflicto en una conferencia general de paz. Sin embargo, en un principio, Federico rechazó las peticiones de Jacobo para que interrumpiera la lucha so pena de perder el apoyo de Inglaterra.[23] Más aún, permitió que Mansfeld reclutara en Alsacia un ejército de 43.000 hombres constituido fundamentalmente por protestantes suizos y hugonotes franceses. En abril, se unieron a estas fuerzas otros 11.000 hombres reclutados por Jorge de Baden-Durlach. Pero los dos ejércitos no consiguieron actuar conjuntamente y el 6 de mayo Córdoba y Tilly, en una acción conjunta, infligieron gra-

23. PRO, S.P. 81/24/42, Jacobo a Federico, 22 de abril/2 de mayo de 1622.

ves pérdidas al ejército de Baden en Wimpfen, sobre el río Neckar. La situación podía haber cambiado totalmente, por cuanto Federico puso en pie de guerra un tercer ejército reclutado por Cristián de Brunswick en el norte de Alemania. Pero el 20 de junio, el terrible Tilly interceptó esta nueva fuerza en Höchst, en el Main, causando nuevamente gran número de bajas.

Finalmente, Federico se declaró dispuesto a negociar. Prescindió de Brunswick y Mansfeld el 13 de julio y se retiró para esperar el resultado de la conferencia general tan deseada por Inglaterra, que se había reunido en Bruselas.[24] Sin embargo, los católicos, ahora vencedores, habían perdido el interés en la negociación. Tilly, siguiendo instrucciones de Maximiliano, sacó provecho de su posición ventajosa: Heidelberg fue arrasada el 19 de septiembre y Mannheim se rindió el 2 de noviembre. La conferencia de Bruselas se suspendió. Frankenthal se salvó gracias a lo avanzado de la estación, pero en marzo de 1623 Jacobo I ordenó a la guarnición, formada fundamentalmente por tropas inglesas, que entregaran la ciudad a los oficiales de la archiduquesa Isabel, que la conservarían hasta que se reuniera nuevamente la conferencia de paz.

Jacobo I no comprendió que los españoles no tenían intención alguna de entregar sus bastiones en Renania, que constituían un nexo de extraordinario valor entre los Países Bajos y los Alpes. En tanto se prolongara la guerra con Holanda, los problemas logísticos de aprovisionar al ejército de Flandes de hombres, dinero y municiones hacían que fuera imperativo preservar cualquier corredor militar seguro entre Lombardía, España y los Países Bajos (véase mapa 2). Ese mismo tipo de consideraciones hicieron que el gobierno de Madrid se mostrara renuente a ceder el control de la Valtelina, que había sido ocupada por la fuerza en 1620 (véase pp. 75-76, *supra*). Pero las presiones diplomáticas, en esta ocasión de Francia, eran cada vez mayores para forzar la devolución. Desde un principio, Luis XIII había visto cómo los cantones protestantes suizos, Venecia y las Ligas grisonas (los señores de la Valtelina, de cuya protección se había hecho cargo Francia mediante un tratado en 1602) le instaban a que interviniera. Pero el monarca francés no estaba en condiciones de prestar su colaboración. Se había visto obligado a concentrarse en la revuelta de un grupo de

24. Véase PRO, S.P. 81/26/179-180, Federico a Isabel, 14 de agosto de 1622.

católicos extremistas, encabezados por la reina madre (abril-agosto de 1620). Posteriormente, en parte para aplacar a esos disidentes, inició la catolización forzosa del principado de Béarn en los Pirineos (agosto de 1620-octubre de 1622). Cuando recibió la noticia de la invasión de la Valtelina a cargo de las tropas de los Habsburgo, Luis XIII no pudo enviar allí una parte de sus tropas. En consecuencia, las Ligas grisonas decidieron pasar a la acción a finales de 1621, contando con algún apoyo de Berna, Zurich y Venecia. Su iniciativa se saldó con una derrota total y los vencedores ocuparon también parte de los territorios de las Ligas grisonas. Pero el prestigio de Francia estaba ahora en peligro y la «cuestión de la Valtelina» adquirió en París el mismo significado que había tenido para Londres la restitución del Palatinado. En otoño de 1622, tras concluir un acuerdo con los hugonotes, Luis XIII mantuvo una serie de reuniones —a las que se dio gran publicidad— con el duque de Saboya y una embajada veneciana, de las que surgió una triple alianza, conocida como la Liga de Lyon, con el propósito de expulsar a los Habsburgo de los territorios de las Ligas grisonas y de imponer las pretensiones de Saboya sobre Génova y Monferrato (7 de febrero de 1623). Apenas se había firmado el tratado, cuando España se retiró. Su control de los valles se había visto ya quebrantado por una nueva revuelta en el verano de 1622, y en octubre murió el experimentado don Baltasar de Zúñiga. Su sobrino y sucesor como primer ministro, el conde de Olivares, no estaba dispuesto a luchar con Francia por un remoto valle alpino. Así pues, el 14 de febrero de 1623 aceptó que las tropas papales se hicieran cargo de la Valtelina durante un período transicional de cuatro meses para permitir la retirada de las fuerzas españolas.[25]

Para entonces, la atención de Europa se había trasladado de los Alpes al Palatinado. En los tristes días de octubre de 1619, mientras se agitaba ante sus ojos la perspectiva de la derrota, el emperador había prometido grandes recompensas a Maximiliano de Baviera, en es-

25. Respecto a la política de Francia en la cuestión de la Valtelina, véanse los dos artículos de Pithon: «Les Débuts Difficiles du Ministère de Richelieu» y «La Suisse, Théâtre de la Guerre Froide». La postura de España se puede estudiar a través de la correspondencia y las consultas del Consejo de Estado en AGS, Estado K 1492, fols. 20-80. Véase especialmente f. 55 sobre la preocupación por la situación militar en agosto de 1622; fols. 67, 70, 72 y 73 para la decisión de aceptar guarniciones papales, y fols. 76 y 78 para la actitud de Olivares ante la crisis.

pecial la entrega del Alto Palatinado y del título electoral, a cambio de su ayuda militar contra Federico. La oferta había sido hecha de forma precipitada, sobre el supuesto de que Maximiliano no sería capaz de movilizar un ejército lo suficientemente fuerte como para sofocar por sí solo la rebelión. Pero después de la batalla de la Montaña Blanca, la deuda debía ser pagada antes o después. En agosto de 1621, Maximiliano comenzaba ya a sentirse molesto y, como afirmó un enviado inglés a Alemania, con Mansfeld luchando todavía en el oeste y Bethlen en el este «no cabe considerar que éste sea un momento adecuado para que el emperador dé al duque de Baviera una negativa total».[26] Así pues, Fernando prometió realizar la transferencia del título electoral en la siguiente Dieta Imperial, tras conseguir la aprobación de Sajonia y España. Pero uno de los correos que llevaba las noticias de esta decisión fue capturado por Mansfeld. Las cartas no tardaron en llegar a manos del principal consejero de Federico, Ludwig Camerarius, quien consiguió un gran golpe de efecto publicándolas en marzo de 1622, con un comentario cáustico, en un libro conocido por su título en latín, *Cancelleria Hispanica*.[27]

El escándalo popular que produjo la publicidad insospechada de sus planes convenció a Fernando de que la transferencia del título imperial debería ser retrasada y, entre tanto, el papado proveyó una notable fuerza de choque de «viajantes» diplomáticos, todos ellos capuchinos, para convencer al mundo católico, cuando menos, de que esa modificación resultaría beneficiosa. Valeriano Magno fue enviado a París, Alejandro de Hales acudió a Bruselas y Jacinto de Casale se embarcó en una serie de incesantes misiones diplomáticas entre Munich, Viena, Madrid y Renania, recorriendo más de 15.000 km a lo largo del año 1622. La importancia que se atribuía al trabajo de Jacinto se demuestra por el gran número de cartas que el capuchino recibió de la cancillería bávara: 9 entre el 25 de noviembre y el 22 de

26. Digby a Calvert, 12 de agosto de 1621, en *State Papers collected by Edward earl of Clarendon*, I, Oxford, 1767, p. XVII del apéndice.

27. La edición alemana, *Prodromus*, se publicó en Emden el 22 de marzo de 1622; la versión en latín apareció en Amsterdam. Ambas fueron obra del ministro del Palatinado, Ludwig Camerarius. Sus 173 páginas de documentos y comentarios causaron gran sensación, en gran medida porque los gobiernos del siglo XVII muy raras veces publicaban documentos oficiales, y la obra fue reeditada varias veces. Véase Schubert, *Camerarius*, pp. 108-143, y Nolden, *Reichspolitik Kaiser Ferdinands*, pp. 91-97.

diciembre, es decir, más de dos por semana. Finalmente, sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. El padre Jacinto encontró al gobierno español reluctante ante la transferencia del título imperial (pese a que la idea había sido sugerida originalmente por su embajador, el conde de Oñate), pero la muerte de don Baltasar de Zúñiga significó, como se apresuró a señalar un corresponsal bávaro en Madrid, que «aquí nadie entiende los asuntos alemanes».[28] Así, el emperador creyó poder ignorar la oposición española a la elevación de Maximiliano al electorado del Palatinado y en enero de 1623 una asamblea de príncipes escasamente concurrida (una *Deputationstag*) se reunió en Ratisbona para sancionar la transferencia Ahora bien, ante la constante oposición de Sajonia y Brandemburgo, después de seis semanas de acalorado debate, Fernando se atrevió únicamente a conceder públicamente a Maximiliano la dignidad de elector imperial de forma vitalicia, dejando sin resolver el futuro del Palatinado a largo plazo.[29]

Pero incluso esto era más de lo que la mayor parte de las potencias europeas estaban dispuestas a aceptar. Una vez depuesto, Federico encontró más apoyo del que nunca había tenido hasta entonces. Incluso pudo disponer de un ejército, comandado todavía por Mansfeld y Brunswick. Ambos comandantes, después de haber sido cesados de forma fulminante en el servicio del Palatinado en julio de 1622, habían sido contratados por los holandeses, resultando inmediatamente de gran utilidad, primero al derrotar a las fuerzas españolas de Gonzalo Fernández de Córdoba en la batalla de Fleurus (26 de agosto) y a continuación obligando a Spínola y al ejército de Flandes a levantar el sitio de Bergen-op-Zoom (4 de octubre). Estos éxitos convencieron a los Estados Generales de que debían mantener en pie al ejército alia-

28. Citado por Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, p. 90.

29. Se afirmó que, en 1329, las ramas palatina y bávara de la familia Wittelsbach habían acordado, en el tratado de Pavía, que el electorado se alternaría entre ambas, aunque, de hecho, ese acuerdo nunca se había puesto en práctica. Pero la defensa de Maximiliano puso de relieve la debilidad subyacente de la argumentación de los católicos, por cuanto la razón por la que no había funcionado el pacto de 1329 era la existencia de un documento posterior mucho más importante, la Bula de Oro de 1356, una de cuyas cláusulas otorgaba definitivamente el electorado Wittelsbach a la rama del Palatinado. Por otra parte, el tratado de Pavía decretó también que el Alto Palatinado se desgajara de Baviera. Véase K. F. Krieger, «Bayerische-Pfälzische Unionsbestrebungen von Hausvertrag von Pavia (1329) bis zur Wittelsbachischen Hausunion vom Jahre 1724», *Zeitschrift für historische Forschung*, IV (1977), pp. 385-413.

do: las tropas de Mansfeld fueron acantonadas en unos cuarteles de invierno al otro lado de la frontera holandesa en Frisia oriental, cuyo gobernante había coqueteado con los Habsburgo. La incómoda presencia de Mansfeld privó a Spínola de una base potencial en el nordeste desde la cual llevar a cabo la invasión de la República de Holanda. Mientras tanto, Federico planeó un nuevo asalto contra el emperador para recuperar sus tierras y sus títulos. Se acordó que Brunswick, con el apoyo de Mansfeld y de los holandeses, se aproximaría a Bohemia por el norte, mientras Bethlen Gabor, ayudado por un grupo de exiliados encabezados por el conde Thurn, atacaría desde el este. Sin embargo, la nueva campaña apenas tuvo ocasión de comenzar. En mayo de 1623, y con todo el Palatinado finalmente bajo el control de los Habsburgo, Tilly condujo su ejército hacia el norte hasta las fronteras de la Baja Sajonia, para impedir el avance de Brunswick hacia Bohemia. El «loco Halberstadter» (como lo llamaban los católicos) decidió, pues, conducir a sus 21.000 hombres, en su mayor parte reclutas mal armados, a la República de Holanda, como había hecho con éxito el año anterior. Sin embargo, en esta ocasión hubo de entrar en batalla en Stadtlohn el 6 de agosto, perdiendo a todo su ejército excepto 6.000 hombres. Tilly deseaba completar su victoria atacando a Mansfeld, pero el clima (junto con la fuerza de las defensas de Mansfeld) frustraron sus intenciones. Menos impenetrables eran, sin embargo, las finanzas de Mansfeld. Durante la mayor parte del año 1623, había sobrevivido gracias a las pequeñas pensiones que le pagaban los miembros de la Liga de Lyon para el caso de que sus tropas fueran requeridas para realizar una campaña en la Valtelina. Pero cuando se agotaron esos fondos, a comienzos de 1624, no tuvo otra alternativa que disolver su ejército. Al igual que había ocurrido en el caso de Brunswick el año anterior, la mayor parte de sus hombres entraron inmediatamente al servicio de Holanda.

Stadtlohn fue la más decisiva de todas las victorias de los católicos. Bethlen Gabor, abandonado por sus aliados, se vio obligado a firmar de nuevo la paz con el emperador; Federico, al recibir la noticia de la derrota de su ejército, olvidó todas sus aficiones militares y confió su causa, sin reservas, a la mediación de Jacobo I. Pero «el Salomón inglés» no estaba ya dispuesto a mediar. Desde hacia seis años trataba de conseguir un matrimonio español para su hijo Carlos y basaba todas sus esperanzas de solución del conflicto del Palatinado en esa alianza con España. Pero en 1623, Jacobo recibió un duro golpe

a sus ambiciones. Se produjo en forma del romántico viaje secreto que el joven príncipe, cansado del interminable preludio diplomático de su matrimonio, hizo a Madrid durante la primavera. Acompañado por el duque de Buckingham (primer ministro de su padre), Carlos llegó a la corte española sin ser anunciado, solicitando que se solucionaran de forma inmediata tanto la firma de su contrato matrimonial como la restitución del Palatinado. De esta forma, el gobierno español se vio obligado a plantear abiertamente sus condiciones: la conversión al catolicismo tanto del príncipe Carlos como del heredero de Federico. Fue éste un duro golpe para los diplomáticos ingleses, puesto que tales condiciones eran inaceptables. En consecuencia, Jacobo decidió, en 1624, aceptar la postura del Parlamento (y de su hijo) y rompió las negociaciones con España, iniciando conversaciones con el gobierno francés para organizar una fuerza expedicionaria conjunta, comandada por el conde Mansfeld, que reconquistaría el Palatinado renano para el elector depuesto.[30]

Sin embargo, Federico y sus consejeros creían que eso no era suficiente. De esta forma, Ludwig Camerarius fue enviado en una misión secreta a Estocolmo para averiguar si el gobierno sueco estaba dispuesto a luchar por la causa del Palatinado en Alemania. Nadie ignoraba que la postura del rey Gustavo Adolfo era favorable: ya en 1618 había comenzado a utilizar al clero sueco para advertir a la población del creciente peligro que corría la causa protestante en la Europa continental. Además, la posición del Palatinado estaba representada en la corte de Gustavo Adolfo por Juan Casimiro, duque de Pfalz-Zweibrücken, hermano del antiguo administrador del Palatinado y casado con una hermana del rey. Pero ese deseo de intervención no era compartido por el resto del consejo sueco, encabezado por Axel Oxenstierna. Para ellos, el principal peligro para Suecia no provenía de Alemania sino de Polonia.[31]

30. Existe un buen estudio de las negociaciones sobre la alianza matrimonial con España en R. Lockyer, *Buckingham. The life and political career of George Villiers, First Duke of Buckingham 1592-1628*, Londres, 1981, cap. 5, y de las consecuencias de su fracaso en el capítulo 6.

31. La campaña de propaganda de Gustavo Adolfo ha sido estudiada por S. Arnoldsson, *Krigspropagand i Sverige före Trettioariga Kriget*, Gotemburgo, 1941. Agradecemos profundamente al profesor E. L. Petersen la mención de esta obra. Respecto al dominio de Oxenstierna en el consejo sueco, véase N. Aagren, «Rise and decline of an aristocracy: the Swedish social and political elite in the seventeenth century», *Scandinavian Journal of History*, I, 1976, pp. 55-80. De

Segismundo III de Polonia, cuñado del emperador, había accedido al trono de Suecia en 1592. Pocos años después fue derrocado por una conspiración encabezada por su tío, el duque Carlos, quien adoptó el título de rey, que pasó luego a su hijo Gustavo Adolfo. Pero Segismundo, que representaba a la dinastía Vasa más antigua y legítima, nunca abandonó sus pretensiones a la corona sueca y provocó en sus primos, más jóvenes, la intranquilidad que un siglo después provocarían los pretendientes jacobitas al trono de Inglaterra en sus parientes Hanover. Sin embargo, mientras que Jorge I y su hijo esperarían a ser atacados, Gustavo Adolfo llevó la guerra a los territorios del pretendiente. Inmediatamente después de que Suecia firmara la paz con Rusia en 1617, su ejército fue conducido hacia la Livonia polaca. En el otoño de 1618 se concluyó una tregua, que sólo duró dos años. Así pues, a nadie sorprendió el nuevo ataque sueco que se produjo en la primavera de 1621. Sin embargo, la sofisticación de la campaña despertó el interés de la comunidad internacional. El rey cruzó el Báltico para dirigir personalmente el asedio de Riga e intentó varias nuevas técnicas militares: cortinas de fuego móvil, zonas de exclusión total, es decir, las técnicas más modernas de asedio. La ciudad tuvo que rendirse. Al parecer, Gustavo esperaba devolver Riga a cambio de la renuncia de Segismundo al trono de Suecia y, para facilitar las negociaciones, se acordó una tregua de un año en julio de 1622, que se prolongó hasta 1624.[32]

Fue durante ese intervalo cuando Camerarius llegó a Estocolmo (noviembre de 1623) sintiéndose vivamente impresionado por la personalidad del joven Gustavo Adolfo, al que dio el apelativo de «Gedeón» y sobre el que escribió: «no encuentro palabras para alabar las virtudes heroicas de este rey: piedad, prudencia y determinación. No tiene parangón en Europa».[33] Antes de abandonar la embriagadora compañía del rey, Camerarius creía haber sentado las bases de una

---

los 72 consejeros nombrados entre 1602 y 1647, 54 pertenecían a un grupo relacionado con el canciller y sus más estrechos aliados.

32. Sobre la guerra en Polonia, véase Roberts, *Swedish Imperial Experience*, pp. 33-35, que se basa (así como nuestro relato) en A. Norberg, *Polen i svensk politik 1617-1626*, Estocolmo, 1974, obra que Roberts (p. 33) ha calificado correctamente como tal vez «la contribución más importante, en los últimos cuarenta años, al debate sobre la política exterior del monarca».

33. Camerarius al barón Rusdorf, 24 de diciembre de 1623, citado por Schubert, «Die pfälzische Exilregierung», p. 672.

nueva alianza general de los protestantes bajo la dirección sueca, que restauraría a Federico en Bohemia y convertiría a Gustavo Adolfo en el nuevo emperador del Sacro Imperio.[34] Pero Suecia no podía alcanzar esos objetivos por sí sola, por lo cual los nuevos blancos de los diplomáticos de Federico eran la República de Holanda y Francia. Poco se podía esperar de la primera, pues en el verano de 1624 el ejército de Flandes comenzó el sitio de Breda en el norte de Brabante y durante todo un año los holandeses tuvieron que dedicar todos sus esfuerzos a liberarla. En consecuencia, la corte del Palatinado en el exilio centró cada vez más sus esperanzas en Francia, donde en febrero de 1624 fue nombrado para el cargo de ministro de Asuntos Exteriores el marqués de La Vieuville, declarado enemigo de los Habsburgo. Casi inmediatamente se iniciaron negociaciones entre Inglaterra y Francia, no sólo para concluir una alianza que restaurara a Federico en Bohemia, sino para acordar los esponsales del príncipe Carlos con Enriqueta María, hermana de Luis XIII. Poco después, la corte de París envió embajadores a los príncipes alemanes ofreciéndoles subsidios y promesa de ayuda en caso de que fuese necesario.[35] En el mes de junio, se dio un nuevo impulso a la alianza franco-holandesa, que había perdido fuerza desde la ejecución de Oldenbarnevelt en 1619: por el tratado de Compiègne, los holandeses aceptaron continuar la guerra contra España durante tres años más, a cambio de un préstamo inmediato de 480.000 táleros y la promesa de nuevas cantidades.[36] Finalmente, se revitalizó también la Liga de Lyon, con la adhesión de Venecia y Saboya.

No escapó a los extremistas católicos de la corte de Luis XIII el hecho de que la mayor parte de estos tratados se firmaron con elementos protestantes y ésta fue una de las razones por las que en agosto de 1624 La Vieuville fue sustituido por el cardenal Richelieu. Pero hacía falta algo más que un simple cambio de ministros para superar los dilemas de la política exterior francesa. Si bien el monarca francés

34. Schubert, *Camerarius*, pp. 252-254, 257.

35. Para las negociaciones que desembocaron en la alianza matrimonial con Francia, véase Adams, «Foreign policy», pp. 157-158. La recuperación de la influencia en el Rin y en las regiones situadas más allá por parte de Francia se describe de forma detallada en Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, parte III, y Weber, *Frankreich, Kurtrier, passim*.

36. Sobre las complicadas cláusulas del tratado, véase Bonney, *King's Debts*, p. 122.

podía aprovecharse de los problemas y las dificultades que la alianza protestante formada por Camerarius planteaba a los Habsburgo, sin embargo no podía ser un miembro más de esa alianza. Como Richelieu comentó muy enfadado a un confidente: «no podemos contribuir [a la restitución del Palatinado a Federico] por nuestra fe católica, ni negarnos a intervenir sin que nuestros aliados nos reprochen esta actitud».[37] De igual forma, Luis XIII se vio obligado a rechazar los intentos de Maximiliano de Baviera (a quien apoyaba el papado) para situarse bajo la protección francesa e independizarse de los Habsburgo, porque Francia no podía reconocer el nuevo título electoral de Maximiliano. Fue en parte para superar ese terrible dilema por lo que Richelieu decidió concentrar sus esfuerzos en Italia y no en Alemania. En el otoño de 1624, utilizando como pretexto que las tropas papales no habían sido retiradas de la Valtelina tal como se había acordado (véase p. 105, *supra*), tropas francesas y suizas invadieron los territorios de las Ligas grisonas. Obtuvieron un éxito sorprendente y así, en la primavera de 1625, una vez conseguido un firme control sobre los Alpes, Richelieu prometió enviar un ejército para colaborar con el duque de Saboya en el sitio de Génova. Por desgracia, ninguna de estas medidas sirvió de gran ayuda a quienes se oponían a la supremacía de los Habsburgo en Alemania y los políticos del Palatinado comenzaron a sentirse en una situación desesperada. Sin embargo, en tan crítica coyuntura, apareció una nueva potencia para salvarles: el rico y el ambicioso Cristián de Dinamarca.

III. El «intermezzo» danés

Desde la paz de Augsburgo de 1555, Alemania había dado paso a Suecia como principal preocupación de la política exterior danesa. Dinamarca había participado en dos grandes conflictos en 1563-1570 y 1611-1613 para preservar su hegemonía en Escandinavia y el *Do-*

37. D. L. M. Avenel, ed., *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'État du Cardinal de Richelieu*, I, París, 1853, p. 85, Richelieu al Sieur Eschieli [= padre José], ?mayo de 1625. Sobre los dilemas de la política exterior de Richelieu, véanse también los comentarios de Pithon, «Débuts Difficiles», pp. 316-318, y Albrecht, *Auswärtige Politik*, pp. 124, 127, 144.

minium maris Baltici, pero en el segundo decenio del siglo XVII, la expansión sueca parecía amenazar ambos supuestos. A partir de 1590, los gobernantes de ambos países abandonaron el intento de solucionar sus conflictos mediante la negociación o la mediación e incluso en tiempo de paz el gobierno danés destinaba gran cantidad de recursos a la defensa y a la flota. Durante los primeros 25 años de gobierno personal de Cristián IV (desde 1596) se invirtieron aproximadamente un millón de táleros en la fortificación de Copenhague y Malmoe y en las fortalezas situadas a lo largo de la frontera sueca. Las posibilidades de que se produjera un conflicto abierto parecían permanentes e inmediatas.

Sin embargo, desde el punto de vista constitucional, el rey compartía el poder con el Consejo de Estado (*rigsraad*), que en teoría representaba a todos los estamentos, pero que en la práctica estaba constituido exclusivamente por la élite aristocrática. Básicamente, el equilibrio de poder y las posibilidades de limitar la independencia de la monarquía residían en el derecho del Consejo a votar y rechazar impuestos extraordinarios, y en su derecho absoluto de veto sobre la guerra. La esencia del programa político del Consejo, que reflejaba en parte los intereses de los grandes terratenientes, era el mantenimiento de la paz con Suecia y la no intervención en los asuntos continentales europeos.

Ciertamente, al Consejo le preocupaba tanto la expansión de Suecia por el Báltico como las victorias católicas en Alemania a partir de 1619, pero se mostraba renuente a entrar en guerra. Aunque el Consejo votó nuevos impuestos en 1624 para reforzar las guarniciones situadas a lo largo de la frontera con Suecia, también forzó prudentemente a Cristián a que disolviera el pequeño ejército de mercenarios reclutado para salvaguardar la neutralidad danesa frente a los posibles ataques de los alemanes. Dadas las circunstancias, podía convertirse en un peligroso instrumento en manos del monarca. Pero el control aristocrático sobre la política exterior era ya únicamente una ilusión. Tras la muerte de Federico II en 1588, la regencia había conseguido equilibrar una vez más el presupuesto ordinario y las favorables condiciones financieras sentaron las bases de una importante capitalización de la Cámara Real durante los siguientes decenios. En 1608, el excedente presupuestario de Cristián IV era de 250.000 táleros anuales (tras haber hecho frente a todos los gastos); se obtenían otros ingresos de los derechos de aduana cobrados en Elsinore en concepto de

navegación comercial internacional (200.000 táleros anuales en torno a 1620), pero el ingreso más importante procedía de la indemnización de guerra de un millón de táleros impuesta a Suecia en 1613 y que se pagó en plazos al monarca hasta 1618.[38]

En 1618, Cristián valoraba sus posesiones en un millón de táleros e invertía sus beneficios prudentemente. Entre 1618 y 1624, años de crisis económica internacional, el rey prestó más de 400.000 táleros a terratenientes aristocráticos, lo que le permitió vincularse más estrechamente con el círculo aristocrático desde el punto de vista político. Los ingentes medios económicos de que disponía el monarca dieron al traste con el intento del Consejo aristocrático de controlar su política exterior y sus actividades militares, pues el Consejo sólo podría conservar su poder si Cristián tenía que depender de los impuestos. En 1625, su activo, incluyendo las inversiones en el continente, se aproximaba a 1,5 millones de táleros, lo suficiente como para iniciar una guerra de grandes proporciones. Si exceptuamos las inagotables riquezas de la reina madre (viuda), de las que también podía disponer su hijo, el único que podía hacer gala de una riqueza comparable era, irónicamente, Maximiliano de Baviera, quien en 1618 disponía de alrededor de 4 millones en efectivo. No deja de ser igualmente irónico que las reparaciones de guerra suecas contribuyeran de forma significativa a la formación de esta fortuna real (véase lámina 2).

Cristián se vio implicado en la Guerra de los Treinta Años por dos razones diferentes. En primer lugar, su fuerte posición en el interior le convertía en una figura internacional importante y valiosa. En un principio, este factor actuó en contra suya: Suecia, temerosa de una nueva agresión de los daneses, firmó en 1614 una alianza defensiva con la República de Holanda, cuyos barcos constituían más del 60 por 100 del tráfico total que cruzaba el Sund. Los intereses mercantiles holandeses, hábilmente defendidos por Johan van Oldenbarnevelt, buscaron debilitar el control danés del comercio en el Báltico (claramente demostrado durante la guerra de 1611-1613), fortaleciendo el poder de Suecia. Pero Oldenbarnevelt perdió el poder en 1618, año en el que comenzó también la lucha en el Imperio, y en 1621 expiró la tregua entre Holanda y España. La República de Holanda situó ahora la política por encima del comercio y llevó a cabo un esfuerzo decidido para conseguir que Cristián se uniera a la causa protestante, prestando apo-

38. Véase sobre este tema, Petersen, «Defence, war and finance».

yo tácito a sus ambiciones dinásticas en Alemania. En verdad, el monarca danés no necesitaba de esos estímulos, pues ya se hallaba profundamente implicado.

En su condición de duque de Holstein, Cristián ejercía una notable influencia en el Círculo de la Baja Sajonia y estaba decidido a ampliarla. Su ambición se centraba muy especialmente en los obispados secularizados de Bremen, Verden y Osnabrück (al sudoeste de Holstein), no sólo porque podría distribuirlos entre sus hijos menores, sino también como medio de establecer un control político y fiscal sobre los estuarios del Weser y del Elba. Además, servirían para contrarrestar la expansión sueca en el Báltico oriental, intensificada desde la paz de Stolbova (1617). En 1616, Cristián consiguió un primer éxito mediante la construcción del puerto de Glückstadt sobre Hamburgo; cinco años más tarde, Hamburgo se vio obligada a reconocer la soberanía de la corona danesa. A continuación, el monarca invirtió una suma no inferior a 135.000 táleros de su fortuna privada «para tratar de conseguir que mi hijo Federico acceda a la sede de Verden». Esto lo consiguió en 1623. El príncipe ya era coadjutor del arzobispado de Bremen.[39]

Parece pues, que hacia 1624 la política exterior danesa había alcanzado todos sus objetivos inmediatos. Se había roto la alianza entre Holanda y Suecia, el monarca ocupaba una fuerte posición en el norte de Alemania y, por otra parte, Dinamarca había evitado, al menos aparentemente, verse arrastrada por el remolino de los acontecimientos europeos. Sin embargo, en los comienzos de 1625 Dinamarca se vio envuelta en una guerra con el emperador y sus aliados, a pesar del rechazo total de las armas y de las hostilidades por parte del Consejo. ¿Cuáles fueron las causas de estos acontecimientos?

La explicación hay que buscarla, ante todo, en la política de los aliados de Federico del Palatinado, decididos a encontrar apoyo, que consiguieron explotar las rivalidades escandinavas y las ambiciones de Cristián en Alemania, hasta el punto de que el monarca danés se vio forzado a unirse a ellos para salvaguardar la estructura de su sistema político en Escandinavia y en el norte de Alemania. En un principio,

39. Sobre el gobierno de Bremen-Verden y sobre las relaciones de Cristián con Hamburgo, respectivamente, véase Schleif, *Regierung und Verwaltung des Erzstifts Bremen am Beginn der Neuzeit*, y H.-D. Loose, *Hamburg und Christian IV. von Dänemark während des dreissigjährigen Krieges*, Hamburgo, 1963, caps. I-III.

Cristián se negó, en una conferencia celebrada en Segeberg (febrero de 1621), a luchar en solitario contra el emperador. Él estaba decidido a luchar, pero no consiguió un número suficiente de aliados poderosos en el extranjero. En consecuencia, sólo contribuyó mediante el préstamo de dinero: 300.000 táleros a petición de Jacobo para apoyar a Federico en 1621-1622; un millón de táleros a otros destacados protestantes alemanes (como el elector de Brandemburgo y sus sobrinos, los duques de Brunswick).[40] Pero la mayor parte de estas transacciones quedaron en secreto: los compromisos económicos y políticos del monarca, que pusieron gravemente en peligro la política de no intervención deseada por el Consejo, sólo salieron claramente a la luz en 1623-1624. En un principio, el Consejo persistió tenazmente en su posición, estableciendo una clara línea de demarcación entre los «compromisos del reino» y los compromisos personales del monarca, pero la situación varió radicalmente en 1624, cuando la República de Holanda, Inglaterra, Brandemburgo y el Palatinado decidieron invitar a Gustavo Adolfo de Suecia a tomar el mando de un ejército aliado en Alemania.

En noviembre de 1623, Gustavo Adolfo acordó con Ludwig Camerarius (véase p. 110, *supra*) que Suecia, con el apoyo de una alianza protestante general, avanzaría por el Vístula para invadir Bohemia, derrocando a Fernando y situando en su lugar a Federico. Sin embargo, el elector de Brandemburgo (cuñado de Gustavo Adolfo) puso de relieve que un desafío directo al emperador encontraría más rechazos que apoyos. Propuso, entonces, que Suecia interviniera en el oeste y reconquistara el Palatinado. Gustavo Adolfo se mostró dispuesto a aceptar este cambio de estrategia, si se ponía a su disposición un ejército de 40.000 hombres (en el que Inglaterra, Suecia y los príncipes alemanes contribuirían con una tercera parte de las tropas) y se le concedían bases en el Círculo de la Baja Sajonia. Pero el monarca sueco se negó a aceptar a Francia como miembro de pleno derecho de su proyectada coalición protestante, a pesar de que Jacobo I ya había aceptado enviar al Palatinado un cuerpo expedicionario conjunto anglo-francés, dirigido por el conde Mansfeld. De igual forma, se negó

40. Christiansen, *Die Stellung König Christians IV*, p. 33; E. Ladewig Petersen, *Christian IV.s pengeudlaan til danske adelige. Kongelig foretagervirksomhed og adelig gaeldsstiftelse 1596-1625* [préstamos de Cristián IV a la nobleza danesa. La empresa real y las deudas de la nobleza, 1596-1625], Copenhague, 1974, pp. 46-58, 102 ss., 116-118, 169-171.

a participar en cualquier campaña en la que no tuviera el mando total de los ejércitos.

Estos acontecimientos alarmaron profundamente a Cristián, pues las relaciones de Dinamarca con Suecia atravesaban por un momento difícil como consecuencia de supuestas o reales violaciones de los suecos del tratado de 1613. En consecuencia, el rey danés temía que si su rival conseguía un gran ejército, tal vez apoyado por la flota holandesa, el Báltico se convertiría en un lago sueco. Fue así como en enero de 1625 Cristián se mostró dispuesto a intervenir, con la condición de que Inglaterra enviara 7.000 hombres a Dinamarca para formar parte del ejército de invasión, y organizara al mismo tiempo una maniobra de diversión en los Países Bajos (si era necesario, conducida por el «odioso y sospechoso» Mansfeld). Jacobo I esperaba todavía conseguir la participación de Suecia y Dinamarca y para solucionar sus diferencias —así como para asegurarse de que podría seguir contando con el apoyo francés— impulsó la reunión de una gran conferencia de los países aliados a celebrar en La Haya en abril de 1625. Pero la muerte de Mauricio de Nassau y de Jacobo I en ese mismo mes provocó el retraso de la conferencia hasta noviembre.[41] Sin embargo, esto no detuvo a Cristián, que continuó adelante, asumiendo el papel de defensor de la fe protestante. A principios de 1625, comenzó las hostilidades en su calidad de duque de Holstein, sin haber conseguido ninguna promesa firme de apoyo político y financiero.

Tradicionalmente, los historiadores daneses han afirmado que la intervención danesa fue producto de la temeridad o el infantilismo del monarca. Pero ni esta explicación ni las recientes valoraciones positivas de la iniciativa real, que sólo habría fracasado por la oposición sistemática del Consejo (basada en intereses económicos egoístas), pueden aceptarse sin reservas. Creemos, más bien, que la extraordinaria libertad económica de que gozaba el monarca le permitió desarrollar una intensa actividad, escapando al control constitucional; y que la combinación de la rivalidad escandinava por alcanzar la hegemonía en el Báltico y de la tortuosa diplomacia de Inglaterra, del elector palatino y de Holanda actuó sobre las convicciones confesionales de

41. Véase BL, MS. Stowe 176, f. 258, Anstruther a sir Thomas Edmondes, 10 de agosto de 1624; PRO, S.P. 84/120/169, Anstruther a sir Dudley Carleton, 3 de noviembre de 1624, y S.P. 75/6/30, extracto de las negociaciones realizadas con Dinamarca y Suecia, enero-febrero de 1625. (Referencias ofrecidas amablemente por el Dr. Simon Adams.)

Cristián y sobre su ambición personal de una forma que fue incapaz de resistir.

En defensa de su decisión de invadir Alemania, hay que decir que la situación militar parecía extraordinariamente clara en la primavera de 1625. Las fuerzas de la Liga católica y el emperador se hallaban en las fronteras del Círculo de la Baja Sajonia; sólo los franceses (la Valtelina), Mansfeld (en los Países Bajos), Bethlen Gabor de Transilvania y Carlos Manuel de Saboya parecían preparados para pasar a la acción. Cristián llegó a la conclusión de que tenía que actuar antes de que fuera demasiado tarde. Pese a la oposición de su Consejo, se aseguró la elección como *kreisoberst* de la Baja Sajonia en abril de 1625, comprometiéndose a defender al Círculo contra la agresión imperial o de la Liga. En junio avanzó al frente de 20.000 mercenarios —cuya paga era satisfecha, por el momento, con la fortuna personal del monarca—, cruzó el Elba y avanzó hacia el sur, hacia Hameln.

Sin embargo, por una extraña coincidencia que a menudo se olvida, Cristián había elegido el peor momento posible para realizar la invasión. Hasta entonces, el principal enemigo de los protestantes había sido el ejército de Tilly, financiado fundamentalmente por la Liga católica y acantonado en Westfalia y Hesse. Pero en la primavera de 1625, por sugerencia de los líderes de la Liga, el emperador decidió poner en pie de guerra su propio ejército, confiando el mando supremo a Wallenstein, un noble checo que había obtenido importantísimos beneficios de la venta de las propiedades confiscadas en Bohemia. Gracias a los recursos obtenidos en sus nuevos dominios, así como de los préstamos concedidos por el banquero de Amberes Hans de Witte y de las contribuciones exigidas por sus propias tropas, Wallenstein contaba ya en el verano con unos 30.000 hombres. Esta fuerza, cuya existencia ignoraban los daneses, avanzó hacia el norte penetrando en Magdeburgo y Halberstadt. Así pues, Cristián, que se hallaba lejos de su patria, tenía que enfrentarse a dos ejércitos en lugar de uno. No tuvo más remedio que organizar la retirada de sus tropas, y si consiguió evitar el desastre fue por la disputa que entablaron Tilly y Wallenstein sobre los límites de su respectiva autoridad.

Cristián necesitaba desesperadamente ayuda, pero no pudo conseguirla de sus aliados. En primer lugar, se produjo la ruptura de la alianza anglo-francesa. A finales de 1624, antes incluso de que se produjera la intervención de Cristián, Richelieu había retirado su apoyo a la expedición de Mansfeld. Cuando el conde llegó a los Países Bajos

con 12.000 soldados ingleses en 1625, no llevó consigo plan alguno de campaña, salvo las órdenes estrictas de Jacobo I de no implicarse en ninguna acción militar fuera del Palatinado. La disputa con Mansfeld coincidió con la revuelta del duque hugonote de Soubise en la región occidental de Francia. Richelieu solicitó ayuda naval a Inglaterra y a las Provincias Unidas a cambio de continuar apoyando la causa anti-Habsburgo, pero la cooperación en la represión de los protestantes causó una gran reacción pública en ambos países. Atrapado por los dilemas de la política confesional, Richelieu cambió de actitud y abandonó la guerra: se negó a hacer frente a sus compromisos de ayuda al duque de Saboya, que había invadido Génova (aliada de España y vínculo fundamental en sus comunicaciones imperiales), y aceptó abandonar la Valtelina a España, conservando tan sólo vagos derechos de tránsito para las tropas francesas (paz de Monzón, 5 de mayo de 1626). Unos meses después, el gobierno francés rechazó formalmente participar en la alianza antihabsburguesa y, lo que era aún peor, en marzo de 1627 concluyó una alianza con España para luchar contra Inglaterra (véase pp. 158-159, *infra*). Carlos I respondió apoyando a Soubise, el jefe hugonote, y en el mes de julio envió una expedición dirigida por el duque de Buckingham para fomentar la rebelión en La Rochelle. Durante más de un año, el asedio a esta ciudad centró la atención europea: Inglaterra apoyaba a los hugonotes; España (brevemente) y los holandeses (más brevemente todavía) apoyaron a Luis XIII y a Richelieu, quien dirigió las operaciones personalmente. Hasta que no se produjo la rendición de La Rochelle el 28 de octubre de 1628, Francia se vio imposibilitada a intervenir fuera de su territorio.

En el verano de 1625 Gustavo Adolfo abandonó también la coalición e inició su propia campaña contra el monarca de Polonia, ocupando primero el resto de Livonia, para atacar después la Prusia polaca. Ante la decisión de Gustavo Adolfo, Brandemburgo volvió a adoptar una postura de neutralidad. Más grave todavía fue el hecho de que el nuevo rey de Inglaterra, Carlos I, redujera la ayuda a sus aliados. Aunque en abril, inmediatamente después de acceder al trono, aceptó proporcionar a Cristián IV un subsidio mensual en lugar de un contingente de soldados ingleses, la disolución del Parlamento en 1625 debilitó gravemente su posición financiera. La mayor parte del dinero disponible fue utilizado para equipar la flota que se envió para atacar Cádiz en el mes de noviembre, operación que terminó en

un fracaso total. Las 90 naves holandesas e inglesas, que transportaban a unos 9.000 hombres, no consiguieron capturar el tesoro de la flota americana, no fueron capaces de destruir ningún barco español importante y tampoco ocuparon ninguna ciudad enemiga. El regreso a Inglaterra de la fracasada expedición en el mes de noviembre, con la pérdida de 30 buques y numerosos hombres, no sirvió ciertamente para incrementar el entusiasmo en el país por otra aventura en el exterior.

Así, en el otoño de 1625 fueron sólo algunos representantes de la Gran Alianza —Inglaterra, Dinamarca y las Provincias Unidas— los que enviaron delegados a La Haya a discutir la siguiente campaña contra los Habsburgo. En un primer momento, la delegación inglesa, encabezada por el duque de Buckingham, concentró sus esfuerzos en el intento de conseguir que una parte de la carga económica recayera en sus aliados.[42] Pero en octubre, Jacob Ulfeld, el principal negociador danés, afirmó rotundamente que la aparición del ejército de Wallenstein había cambiado por completo la naturaleza del problema, pues si el teatro de la guerra se trasladaba al norte de Alemania, los daneses podrían verse obligados a firmar una paz por separado con el emperador. El 9 de diciembre de 1625 se alcanzó un compromiso: la Convención de La Haya. Inglaterra y la República de Holanda prometieron a Dinamarca el pago de 144.000 táleros mensuales cada una, mientras que el ejército de Mansfeld se integraría en las fuerzas de Cristián.[43] Los firmantes de la Convención manifestaron, asimismo, su esperanza de que Bethlen Gabor —que hasta el momento no había entrado en contacto con Cristián IV— atacara de nuevo al emperador y Francia prometió que si lo hacía pagaría al príncipe un subsidio.

Aunque la coordinación y preparación de las operaciones transcontinentales eran un asunto difícil en el siglo XVII, los aliados decidieron lanzar una ambiciosa campaña en 1626. Mansfeld avanzaría por el Elba hacia Silesia, asolaría las posesiones de los Habsburgo y se uniría con Bethlen Gabor; sus dos ejércitos unidos atraerían a las fuerzas de

42. BL, MS. Harley 1584, fols. 29-30, instrucciones a Buckingham respecto a Dinamarca, 17/27 de octubre de 1625. Finalmente, el duque consiguió convencer a los aliados para que integraran las diezmadas fuerzas de Mansfeld en el ejército danés. (Mi agradecimiento, una vez más, al Dr. Adams.)

43. El texto de la «Convención de La Haya» se encontrará en L. Laursen, ed., *Danmark-Norges Traktater 1523-1750* (Tratados de Dinamarca y Noruega, 1523-1750), III, Copenhague, 1916, núm. 38; cf. la introducción, pp. 620-637.

Wallenstein y las derrotarían. La victoria imperial en el puente de Dessau, en abril de 1626, retrasó la marcha de Mansfeld, pero en junio reanudó su campaña y, según las informaciones que llegaron al cuartel general de Cristián, consiguió que Wallenstein fuera en su persecución. En julio, el monarca danés acogió con satisfacción la noticia de que había estallado una revuelta campesina generalizada en la Alta Austria (véase p. 141, *infra*), que exigió la intervención de unidades regulares de los ejércitos imperial y bávaro antes de que pudiera ser sofocada. Así pues, Cristián partió de Wolfenbüttel en agosto, confiado de que sólo el ejército de Tilly —comparable al suyo en calidad y fuerza— se interponía entre él y Viena. Sus fuerzas constituirían uno de los brazos de un gigantesco movimiento de tenaza hacia los territorios de los Habsburgo; Mansfeld y Bethlen constituirían el otro. Pero Cristián se hallaba en inferioridad de condiciones respecto al número de hombres y cuadros de mando. En efecto, Wallenstein había dejado una fuerza considerable en la Baja Sajonia y Tilly contaba con las ventajas de su reciente experiencia militar. Cuando el 16 de agosto de 1626, y tras varios días de constantes escaramuzas en medio de la lluvia, Cristián se enfrentó a Tilly en el campo de batalla de Lutter-am-Barenberg, en el diario del monarca figuraba una lacónica anotación: «hemos luchado con el enemigo, siendo derrotados. Ese mismo día me dirigí a Wolfenbüttel». Sin duda, este comentario habría parecido un tanto eufemístico a los soldados de su ejército, que se retiraban caóticamente bajo una presión constante del enemigo y abandonados por su comandante.[44]

La verdad de los hechos que ocurrieron en Lutter se ve oscurecida por la plétora de panfletos producidos inmediatamente después de la batalla por la cancillería de campo de Tilly, en los que se afirmaba la inevitabilidad de la derrota de los herejes que se oponían al emperador legítimo y a su leal ejército. Por contraste, la propaganda protestante explicaba la derrota, al parecer —por razones política internas—, como consecuencia de la defección de la caballería en un momento crucial y de las emboscadas realizadas tras las líneas del ejército de Cristián. Pero todo parece indicar que la victoria de Tilly fue debida no tanto a la superioridad de sus tropas como a los errores

44. Sobre esta batalla, véase la interesante reconstrucción de K. J. V. Jespersen, «Slaget ved Lutter am Barenberg, 1626», *Krigshistorisk tidsskrift*, IX, 1973, pp. 80-89.

tácticos del monarca. No obstante, lo que queda fuera de toda duda es la importancia de la batalla de Lutter: la frágil unidad del Círculo de la Baja Sajonia se rompió por completo y desaparecieron todos los obstáculos que pudieran existir para la invasión de Dinamarca por parte de las fuerzas católicas. Si la campaña decisiva se retrasó hasta 1627, fue tan sólo para permitir que Wallenstein y el nuevo ejército imperial cobraran también su parte de los despojos.

Mansfeld no tuvo más éxito que Cristián. Cuando se enteró de la derrota del monarca danés el 3 de septiembre de 1626 se hallaba en Silesia y Wallenstein le perseguía muy de cerca. Ante la imposibilidad de escapar hacia el norte, decidió unir sus fuerzas inmediatamente con las de Bethlen Gabor. Esa operación la llevó a cabo en el plazo de una semana. Poco después, llegaron algunos contingentes enviados por el gobierno otomano y el 30 de septiembre tan extraños aliados se dispusieron a hacer frente a las tropas imperiales. Pero finalmente no se produjo la batalla, porque Wallenstein (cuyas tropas habían sufrido severas privaciones en su rápida marcha hacia Hungría) no contaba con suficientes hombres y Bethlen Gabor (que apenas acababa de llegar) no tenía armas. Era la última oportunidad que se le presentaba al transilvano para obtener una gran victoria. Pocas semanas después, recibió la noticia de que los turcos habían sufrido una derrota total en el Próximo Oriente: el ejército otomano no consiguió reconquistar Bagdad, tomada por los persas en 1624, a pesar de que sometió a esa ciudad a un asedio que duró casi un año. Bethlen comprendió inmediatamente la importancia de ese revés para sus propios planes. «Veo que debo hacer la paz», fue su comentario. Ante la imposibilidad de conseguir ayuda desde el oeste a raíz de la batalla de Lutter y privado de apoyo desde el este tras lo sucedido en Bagdad, no podía enfrentarse en solitario a los ejércitos de los Habsburgo. La paz de Bratislava fue firmada a comienzos de 1627 y Wallenstein avanzó hacia el noroeste, penetrando en Mecklemburgo, Pomerania y, finalmente, Jutlandia.

El emperador hizo pagar un altísimo precio por la paz. Los duques de Mecklemburgo, que habían apoyado a Cristián, fueron desposeídos automáticamente de sus títulos y Wallenstein recibió el ducado confiscado. A Cristián se le exigió que cediera toda Jutlandia, que pagara gravosas reparaciones de guerra y que renunciara para siempre a sus territorios en el Imperio. Estas exigencias eran excesivas. Cristián se inclinaba a rechazarlas, pero sus aliados no podían permitirle que lo

hiciera. Inglaterra y Holanda, que contemplaban una paz por separado entre Dinamarca y el emperador como el preludio del hundimiento de su causa, enviaron nuevos (aunque limitados) contingentes de hombres y dinero. Gustavo Adolfo concluyó una alianza defensiva con su antiguo enemigo e incluso mantuvo con él una difícil entrevista personal en su frontera común en febrero de 1629, al parecer con la intención de atemorizar al enemigo. Pero en ese momento era indudable que la posición imperial, que parecía tan sólida a finales de 1627, había comenzado a debilitarse. Los esfuerzos de Wallenstein para crear una flota imperial en el Báltico, con ayuda española, fracasaron ante la falta de apoyo de Polonia y de los puertos hanseáticos. Su proyecto de excavar un canal entre el Báltico y el mar del Norte, que habría permitido a los barcos evitar el pago del peaje en el Sund, no pasó de ser un simple sueño. Lo que es más importante, el ejército imperial no consiguió ocupar las islas danesas, requisito necesario para una total rendición y, asimismo, fracasó en su intento de conquistar el puerto de Stralsund, donde existía una flota perfectamente preparada, a pesar de que lo sometió a un asedio prolongado (véase p. 151, *infra*).

Mientras Wallenstein trataba sin éxito de conseguir sus objetivos, el coste de su ejército comenzó a ser intolerable para los estados alemanes. Indudablemente, el Imperio necesitaba la paz en no menor medida que Dinamarca y en consecuencia se iniciaron intensas negociaciones en Lübeck. En esta ocasión, no se habló en absoluto de reparaciones de guerra ni de cesiones de territorios. Por el tratado de paz, concluido en mayo de 1629, Cristián recuperó todos los territorios que había perdido y vio confirmado su derecho a cobrar peaje en el río Elba. A cambio, el monarca prometió no volver a interferir en los asuntos internos del Imperio, compromiso puramente personal que no afectaba a los parámetros políticos en los que podía actuar —y actuó— en beneficio de sus sucesores.

Así terminó el *intermezzo* danés. No es fácil calcular cuál fue su coste exacto. Cristián IV, que no intentó que sus ejércitos se mantuvieran con los recursos de los territorios en los que luchaba, como ocurrió con los ejércitos de Wallenstein o Tilly, gastó, por tanto, una cantidad mayor de su fortuna personal y del tesoro del reino: 2,6 millones de táleros costaron los dos años de guerra continental. La mayor parte de ese dinero se recaudó en Dinamarca, pues los subsidios del extranjero sólo comenzaron a llegar en la primavera de 1625 y se satisfacieron parcialmente y con gran renuencia (sólo se llegaron a pagar

547.000 táleros del subsidio procedente de Inglaterra). Esta cifra no incluye el dinero que pagó el propio Cristián o las potencias occidentales a determinados aliados como Mansfeld. En 1628, el Consejo restableció su tutela financiera sobre el monarca: los impuestos para la guerra se votaban tan sólo a condición de que fueran administrados por una comisión especial elegida por el Consejo. Esto ocurrió con los aproximadamente 700.000 táleros que recaudaron para pagar los retrasos (o la licencia) de las unidades en Dinamarca. Una vez satisfechas todas las facturas, el gobierno se encontró con una deuda considerable tanto en Dinamarca como en el extranjero, lo cual induce a pensar que la aventura alemana de Cristián pudo haber costado a sus reinos entre 6 y 8 millones de táleros.[45]

Fue éste un duro golpe, pero no hay que exagerar las consecuencias a largo plazo. Es cierto que Jutlandia (y en especial sus bosques) había sido devastada y que su población tuvo que pagar 2 millones de táleros al ejército imperial de ocupación en tan sólo cuatro meses. Así pues, la guerra dejó tras de sí una gran pobreza y una fuerte intranquilidad social, cuyo blanco eran sobre todo los nobles que se habían protegido huyendo a las islas. Las malas cosechas, las enfermedades epidémicas y la dureza de los impuestos no hicieron sino empeorar una situación difícil. Pero la crisis de posguerra no duró mucho tiempo. La continuación de la guerra en Alemania creó un mercado importante para los productos agrícolas daneses, gracias al cual se enriquecieron los comerciantes y los grandes cultivadores, hasta que la política antisueca de Cristián provocó el ataque relámpago de Lennart Torstensson contra Dinamarca en 1643 (véase p. 251, *infra*).

Si la guerra no causó graves daños a Dinamarca a largo plazo, ¿cuáles fueron sus consecuencias sobre el monarca? Esta vez, la valoración ha de ser más negativa. En el plano internacional, las derrotas de Cristián le desacreditaron, mientras que la intervención victoriosa de Suecia a partir de 1630 (con el apoyo de Francia, Rusia y Holanda) aseguró a este país el *dominium maris Baltici* y le permitió aislar a Dinamarca, que era precisamente lo que Cristián había intentado evitar. La guerra había demostrado por primera vez la vulnerabilidad de la frontera meridional de Dinamarca. No pasaría mucho tiempo antes de que otros explotaran esta debilidad. Desde el punto de vista inter-

45. Petersen, «Defence, war and finance», basado en un estudio de los libros mayores de guerra reales, en *Rigsarkivet*, Copenhague.

no, el monarca y el Consejo reconocieron la necesidad de realizar mayores gastos en defensa, «pues ... el peligro se aproxima cada vez más a nuestras fronteras», pero no estaban de acuerdo sobre quién debía dirigir la política exterior y a quién debía corresponder el control de los impuestos.[46] En 1629, Cristián obligó al Consejo a aprobar impuestos por valor de un millón de táleros, «para recuperar los gastos que había hecho en beneficio del reino durante la guerra», con la amenaza de que, de lo contrario, no ratificaría la paz de Lübeck. Al parecer, el monarca intentó, mediante esta maniobra, recuperar la independencia financiera de que había gozado antes de la guerra, pero fracasó como consecuencia de la obstrucción sistemática del Consejo. En 1637 sus «diez toneles de oro» —como eran llamados por los contemporáneos— habían desaparecido y la necesidad de crear un ejército permanente por primera vez permitió a la Asamblea, resistiéndose al crecimiento explosivo de los impuestos, insistir con éxito en que debería supervisar la recaudación de impuestos para objetivos militares mediante una comisión de nobles elegidos.[47] En 1645, tras una segunda y desgraciada guerra, los comisionados consiguieron también el control del gasto militar. Fueron estos acontecimientos —junto con la depresión económica en que se vio sumido el país a partir de 1640—, más que las consecuencias inmediatas del *intermezzo* danés, los que iniciaron el período de decadencia del país.

¿Qué había conseguido, pues, el *intermezzo* danés? Cristián se vio desacreditado y derrotado; Carlos I, cuyas tropas, sin alimentos, se rindieron en abril de 1628, se retiró de la guerra; Mansfeld y Bethlen Gabor, aunque no habían sido derrotados, se habían visto obligados a abandonar la lucha y ambos habían muerto ya en 1629. En ese momento, la causa protestante tenía muy mala salud, pero cuando menos había sobrevivido. También se había transformado. Quienes identificaban la causa del Palatinado con la causa protestante vieron cómo su idea era reivindicada. Los líderes europeos, ya fueran protestantes

46. S. Heiberg, «De ti toender guld: Rigsraad kongemagt og statsfinanser i 1630'erne» [Los diez toneles de oro; el Consejo de Estado, la monarquía y las finanzas públicas en el decenio de 1630], *Historisk tidsskrift* [*Dansk*], LXXVI (1976), pp. 39 ss.

47. *Ibid.*, pp. 49-57; sobre las consecuencias sociales y económicas del período de posguerra, véase E. Ladewig Petersen, *Fra rangssamfund til standssamfund, 1550-1700: Dansk socialhistorie*, III, Copenhague, 1980, pp. 317-413. Véanse también pp. 400-403, *infra*.

o católicos, estaban convencidos ahora de que los conflictos del decenio de 1620 habían sido causados por algo más que la ambición y la obstinación de Federico V. Sin embargo, este cambio de opinión no se debió únicamente a la propaganda de los exiliados del Palatinado o de sus aliados. Fue consecuencia, en mucha mayor medida, de las acciones y afirmaciones de los Habsburgo victoriosos y de sus aliados, que pusieron claramente de relieve que estaban decididos a explotar al máximo sus éxitos. Después de una centuria de permanecer a la defensiva, los católicos de Alemania tenían muchas deudas que saldar.

Capítulo III

LOS HABSBURGO, VICTORIOSOS

Desde que triunfara la Reforma, los grandes estados católicos de Europa no habían desarrollado una acción conjunta eficaz para extirpar la herejía. Carlos V había encontrado la oposición sistemática de Francia y ocasional por parte del papado; Felipe II se había visto enfrentado casi con tanta frecuencia a los católicos como a los protestantes. Sin embargo, a partir de 1619, Fernando contó durante un tiempo con el apoyo activo de España, Francia, Polonia, los católicos alemanes y los principales estados de Italia en su lucha con los rebeldes y los herejes. Es cierto que estos aliados retiraron su apoyo gradualmente —Polonia y Francia en 1621; el papado y la mayor parte de los estados italianos en 1623—, pero el eje Viena-Bruselas-Madrid, contando con el único apoyo de la Liga católica alemana, continuó derrotando a sus enemigos protestantes. Finalmente, organizaron grandes operaciones conjuntas tanto en los Países Bajos como en Italia, aunque muchos de los consejeros de Fernando mantenían profundas reservas respecto a la conveniencia de prestar tal ayuda abierta a España.

Aunque al escribir la historia de la Guerra de los Treinta Años los acontecimientos del decenio de 1620 se suelen analizar desde el punto de vista de los protestantes derrotados, lo cierto es que ésa es una visión distorsionada y errónea. En efecto, no tiene en cuenta los esfuerzos de los vencedores por convertir su triunfo temporal en un logro permanente, primero en las tierras reconquistadas a los rebeldes y luego en el conjunto del Imperio. En consecuencia, tampoco explica cómo esas acciones desarrolladas a lo largo de todo un decenio, provocaron finalmente el aislamiento de los Habsburgo que permitiría

después su derrota total. Parece, pues, fundamental volver a analizar el primer decenio de la guerra desde el punto de vista católico, aunque eso signifique examinar de nuevo algunos acontecimientos, como los cruciales asedios de La Rochelle y Stralsund en 1628. Ciertamente, un mismo acontecimiento puede tener un significado completamente distinto cuando se examina a través de los ojos de los católicos y no desde el punto de vista protestante.

I. La visión imperial

El año 1620 constituye un punto de inflexión en la historia centroeuropea. Sin embargo, ello no fue consecuencia de la breve y confusa batalla de la Montaña Blanca ni tampoco de la vergonzosa retirada de Federico del Palatinado. Antes bien, hay que hacer hincapié en el hecho de que el emperador Fernando II tomó una serie de decisiones personales a raíz de su victoria, que alteraron notablemente la naturaleza de la soberanía de los Habsburgo en sus propios territorios y que favorecieron la probabilidad de una guerra prolongada en Alemania.

En Bohemia, sus lugartenientes pusieron en marcha un programa que combinaba la persecución con la reorganización. Aunque realizado en ocasiones de forma caótica, este proyecto tenía una indudable coherencia interna. Primero, subyugó a los participantes activos en la rebelión y, luego, expulsó a los más peligrosos enemigos ideológicos, los ministros calvinistas, a los que a no tardar siguieron los luteranos. A continuación, atacó a las ciudades protestantes y finalmente, en 1627-1628, toda la nobleza se vio obligada a elegir entre la conversión o el exilio. Entre tanto, una serie de consejeros imperiales de confianza elaboraron una constitución revisada para Bohemia y Moravia para consagrar y perpetuar los nuevos poderes reales: el gobierno hereditario de la dinastía Habsburgo, que veía incrementados sus derechos legislativos y judiciales; la abolición de la tolerancia religiosa; la decisión de que los funcionarios fueran responsables ante el soberano y no ante la Dieta; la concesión a la realeza, con exclusividad, de la prerrogativa de conceder el *status* de nobleza y, por tanto, de introducir extranjeros en la administración; la igualdad de la lengua alemana, lengua de la corte, con el checo, predominante entre la población. Y aunque fue Bohemia, como foco principal de la rebelión, la que recibió el trato más severo, se tomaron medidas en todos los territorios de los

Habsburgo para proscribir a los protestantes e imponer la adhesión a la nueva política. En la Alta Austria, la ocupación bávara, combinada con la Contrarreforma imperial, desencadenó en 1626 las revueltas campesinas más violentas de la Guerra de los Treinta Años.

El personaje inspirador de esta política siempre ha desconcertado a los historiadores. Ello no es sorprendente, pues sus propios contemporáneos emitían juicios muy diversos sobre el emperador Fernando. Unos destacaban su talante amistoso y sus maneras afables (en verdad era sociable y capaz de cautivar incluso a quienes no aprobaban sus acciones), mientras que para otros resultaba duro e inflexible. Unos destacaban su fuerte personalidad, mientras que otros hacían hincapié en el papel (positivo o negativo, según el punto de vista del que hablaba) de sus confidentes. Pero en algo se mostraban todos de acuerdo: las convicciones católicas del emperador constituían una auténtica pasión devoradora. Acudía a misa a cualquier hora del día y de la noche; veneraba a la Virgen y a las reliquias de los santos; mostraba siempre la disposición más favorable hacia el clero y las instituciones de la Iglesia, en especial los monasterios; participaba en peregrinaciones y realizaba penitencia y su vida privada era un modelo de piedad y virtud familiar. Esta devoción no era sólo del conocimiento común, sino que fue difundida públicamente, en especial en las postrimerías de la vida de Fernando en una celebrada homilía de su confesor jesuita Lamormaini. Hay que decir, en verdad, que la fe ascética se halla en la raíz de la actividad política del emperador. No fue meramente casual que tras la batalla de la Montaña Blanca restituyese al clero en el lugar preeminente de la jerarquía constitucional de Bohemia. Si bien pensaba que la herejía causaría siempre la insubordinación en sus dominios, la determinación de extirparla era previa a cualquier otra consideración.

Para comprender el drama que se desarrolló en el decenio de 1620 debemos considerar de nuevo los orígenes políticos de Fernando. En efecto, unos años antes, este señor de la guerra internacional, el rey-emperador unido por vínculos matrimoniales con España y Polonia, Baviera, Mantua y Toscana, era todavía un simple archiduque que gobernaba la provincia de Estiria siguiendo las directrices de la Casa de Habsburgo. Sin ningún género de dudas, esa experiencia influyó decisivamente en el emperador. Por otra parte, la capital de la Austria Interior, Graz, siguió ocupando un lugar de privilegio en su corazón: supervisó personalmente la construcción de un mausoleo en esa ciu-

dad, donde fueron enterrados sus restos en 1637. Durante su juventud, había sido testigo de la dura lucha de sus padres, en especial su enérgica madre bávara, contra los prepotentes líderes de la Dieta protestante estiria. Había observado cómo, en tales circunstancias, la consolidación de la monarquía podía correr pareja con la consolidación del catolicismo, dividiendo a la mal cohesionada oposición formada por nobles, burgueses y predicadores, persuadiendo a los más débiles con toda clase de argumentos de tipo espiritual y material y contando, sobre todo, con la recién fundada universidad jesuita. Al llegar a la mayoría de edad y fortalecido por la visita que realizó al santuario de Loreto y por el encuentro que mantuvo con el papa, Fernando se dedicó a perfeccionar los métodos de la Contrarreforma política. Entre 1599 y 1602, sus agentes, laicos y eclesiásticos, recorrieron aldeas y ciudades forzando la adhesión a la Iglesia católica. Los ciudadanos tenían que jurar la fe católica, presentar pruebas de absolución y abandonar todo tipo de libros y enseñanzas sectarias. Los que no se mostraron dispuestos a transigir fueron obligados a acompañar a sus ministros protestantes camino del exilio.

El emperador consiguió imponer con éxito sus medidas. Desde entonces, la provincia meridional de Austria permaneció obediente a la voluntad de los Habsburgo; la nobleza, aunque todavía predominantemente luterana, se vio aislada y permaneció tranquila. Ni los importantes acontecimientos de 1608-1609, ni la insurrección subsiguiente, la indujeron a manifestar ningún tipo de deslealtad. Por su parte, Fernando, convencido de estar realizando una misión al servicio de la Madre Iglesia, pasó a la acción e intrigó con la facción extremista hispano-bávara en las cortes de sus primos imperiales, Rodolfo y Matías. Al acceder al trono se trasladó a Viena, ansioso por imponer el mismo código de severa disciplina en un territorio más amplio. No deja de ser significativo el hecho de que muchos de sus colaboradores más estrechos alcanzaran también en Graz la madurez política: el canciller Werdenberg, el confesor Lamormaini y, sobre todo, el sagaz y dúctil primer ministro, Eggenberg. En el lapso de unos pocos años repitió el modelo ya conocido: el envío de agentes imperiales, la imposición de confesiones y juramentos, la política educativa dominada por los jesuitas, la imposición de la censura, las presiones para asegurarse el conformismo y la combinación de halagos a las clases altas y represión implacable contra los disidentes. Ahora, también los últimos herejes de Estiria, por noble que fuera su cuna, tuvieron que elegir.

Centenares de ellos obedecieron a su conciencia y emigraron a Alemania.

A este sistema se le ha dado con frecuencia el nombre de «absolutismo confesional». Esta expresión puede ser útil, pero debemos definirla en términos negativos, mostrando lo que *no* era. En primer lugar, no se trataba de un ideal político abstracto. Sin duda, las ideas de Fernando eran totalmente legalistas, una especie de conservadurismo radical, basado en el principio de que los estados protestantes de la Europa central nunca habían tenido derechos constitucionales, de los cuales, por tanto, podían ser desposeídos a voluntad de su soberano. Pero en vano buscaríamos entre las miles de páginas compiladas por el fiel diplomático y cronista del emperador, conde Khevenhüller, la afirmación teórica de ese principio, de la misma forma que en 1619 Viena no encontró quien pudiera refutar adecuadamente la razonada *Apología* de los rebeldes bohemios. La mente del emperador estaba vacía de principios filosóficos, más allá de algunas ideas de las grandes figuras jesuitas, adquiridas en el curso de su impecable educación ortodoxa en la universidad bávara de Ingolstadt. Era su decisión, unida a un evidente sentido práctico, la que le permitía salir triunfador.

En segundo lugar, absolutismo confesional no equivalía a teocracia. Por mucho que confiara en la intervención divina, el emperador mantenía un estrecho control sobre sus colaboradores eclesiásticos. En este sentido, eran muy exageradas las historias que hacían circular sus enemigos respecto a que estaba dominado por los jesuitas. Lo cierto es que cuando Fernando depositó en ellos algún poder lo hizo lúcidamente y con perfecto conocimiento de lo que hacía. Durante toda su vida fue consciente de la imposibilidad de separar la Iglesia y la política cuando estaban en juego asuntos tales como la soberanía sobre los territorios eclesiásticos. Sus primos bávaros gobernaban en toda una serie de sedes alemanas, mientras que sus hermanos más jóvenes, Leopoldo y Carlos, alcanzaron el obispado a temprana edad. La causa inmediata de la revuelta en Bohemia fue precisamente esa interpenetración de las esferas clerical y laica: si los protestantes podían (desde la Carta de Majestad) construir iglesias en territorios pertenecientes a la corona, ¿tenían también derecho a construir en las propiedades monásticas? Fernando, si bien apoyaba totalmente la idea de que las posesiones católicas eran inviolables a este respecto, no tenía duda, sin embargo, sobre el corolario práctico (por muy inconsecuente que fuera en teoría): que un soberano *católico* podía interferir en ellas. Cuando

Melchior Khlesl, consejero durante mucho tiempo de Matías y máxima figura de la Contrarreforma austriaca hasta esa época, intentó negociar un acuerdo con los insurgentes, Fernando le hizo detener y le retuvo por la fuerza en una remota abadía. Tampoco le importó enfrentarse con la propia Roma (a donde se retiró finalmente Khlesl muy enojado). El enfrentamiento entre el emperador y el papa Urbano VIII fue un factor internacional de primer orden en los decenios de 1620 y 1630. El Edicto de Restitución tenía perfecto sentido, al menos para Viena, como expresión de la voluntad soberana del emperador, aunque provocó tantos inconvenientes a los católicos como a los protestantes.

Finalmente, el absolutismo confesional no implicaba una centralización fuerte del gobierno ni una visión clara de un «imperio Habsburgo». En efecto, el decenio de 1620 asistió a la creación de un nuevo organismo administrativo, la cancillería de la corte. Pero ese título no implicaba (en ese momento) la aparición de una nueva entidad política —el objetivo era limitar la autoridad del archicanciller de Alemania, el elector católico de Maguncia— y, todavía menos, una nueva política radical. En el Tirol y Alsacia, Fernando permitió que su hermano Leopoldo (liberado ahora de sus votos eclesiásticos) gobernara con poderes casi totales; y a la muerte de Leopoldo, ocurrida en 1632, fue su viuda, una princesa italiana, la que se hizo cargo del poder. Incluso en Bohemia, una vez estabilizada la situación, las antiguas instituciones de gobierno permanecieron en la práctica casi sin cambios. En todas partes sobrevivieron, e incluso prosperaron, Dietas locales, a condición de que aceptaran el catolicismo y permanecieran leales al emperador.

Pese a todas las expulsiones y a la creación de nuevos títulos nobiliarios durante el decenio de 1620, lo cierto es que el sistema de gobierno de los Habsburgo no creó una nueva élite social. Pocos aventureros militares o favoritos de la corte consiguieron alcanzar una posición sólida, en tanto que los nuevos títulos fueron a parar fundamentalmente a familias que ya eran poderosas en el seno de la monarquía. La política de los Habsburgo siguió siendo ejecutada fundamentalmente por notables locales (un poco más oligárquicos que antes), que la adaptaron a las circunstancias regionales. Es muy posible que al recordar las peligrosas confederaciones protestantes de los años anteriores a 1620, Fernando pensara que un gobierno eficaz y centralizado de territorios tan variados podía provocar fácilmente una oposición internacional igualmente poderosa. Además, en los territorios

habsburgueses faltaban otros dos elementos fundamentales en un auténtico sistema de absolutismo real. No existía una red bien desarrollada de financieros o empresarios. De hecho, el emperador había hecho todo lo posible por desquiciar la vida comercial al destruir a la burguesía protestante (aunque mostró una actitud ligeramente favorable hacia los judíos). Al final de su reinado, Fernando nombró incluso a dos abades como presidentes de su Tesoro: el Estado de la Contrarreforma estaba concebido todavía como un gigantesco latifundio monástico. Al mismo tiempo, el ejército no ejercía una influencia pública decisiva. Por su parte, Fernando no poseía mejores credenciales como soldado que sus predecesores imperiales inmediatos. El caso de Wallenstein pone en evidencia la ausencia de canales establecidos de control militar, así como el hecho de que las tropas imperiales (como las de otros países) tendían a ganar batallas a pesar del intento de imponerles una autoridad religiosa o moral y no gracias a él.

Así, la revivida monarquía Habsburgo experimentó muy escasos cambios estructurales. En la década de 1630, el nuevo impulso ideológico del poder civil, junto con sus triunfos en el exterior, tendieron a ocultar los todavía débiles fundamentos del edificio. Pero la monarquía tenía un talón de Aquiles muy evidente: Hungría. En Hungría, la amenaza turca había desaparecido momentáneamente, siendo sustituida por una revuelta nacional contra Austria de carácter protestante. Los príncipes de Transilvania, Bethlen Gabor y Jorge Rákóczi, calvinistas que gozaban de buenos contactos entre los otomanos, no encontraron muchas dificultades para conseguir la adhesión de la clase gobernante en la mayor parte del territorio controlado por los Habsburgo, a pesar de la elección de Fernando como rey en 1618, tan sólo unas semanas antes de la Defenestración de Praga. La Contrarreforma húngara, que había contribuido notablemente a precipitar la rebelión, consiguió sofocarla durante el decenio de 1620, gracias a la firme dirección del infatigable político Nicolás Esterházy y del brillante polemista arzobispo Pázmány. Pero la situación siguió siendo delicada. Ni siquiera se podía confiar siempre en la Iglesia católica y Esterházy y Pázmány divergían en cuestiones de principio. Al no existir grandes reservas de lealtad, la obediencia al régimen de Fernando estaba condicionada todavía a su buen comportamiento. Sin embargo, habría sido posible pacificar Hungría (los planes estaban ya hechos para llevarlos a la práctica más adelante) si los Habsburgo hubieran podido retirarse de Alemania. Pero esa antítesis era totalmente irreal para Fernando II.

Su más firme acto de fe, fe en su propia vocación divina, implicaba mantener inalterable en toda su grandeza el patrimonio de los emperadores cristianos. Ante el esplendor del legado de Carlomagno, las espinas de la corona de san Esteban parecían una simple molestia de carácter provincial.

Cualquier relato de la reconstrucción de la Austria católica debe centrarse en la figura de Fernando II. ¿Pero qué decir de su brillante hijo, Fernando III, a quien la posteridad ha olvidado de forma tan persistente? El joven Fernando se educó en la guerra: nació en el año en que Matías se rebeló contra Rodolfo, fue coronado rey de Hungría durante una pausa en las campañas contra Bethlen Gabor; rey de Bohemia en el año de la nueva constitución, más tarde sería el primer Habsburgo austriaco durante muchas generaciones en dirigir personalmente, en Nördlingen, una gran victoria militar. Tras su accesión al trono en 1637 tuvo que dedicarse a la labor de gobernar, pese a sus inclinaciones intelectuales y artísticas (por ejemplo, fue quien inauguró la tradición familiar en el terreno de la actividad musical). Ahora bien, Fernando III fue todavía menos innovador que su padre por lo que respecta a la tarea de gobierno. Los cambios fueron titubeantes y ligeros. Con su trayectoria nada espectacular, el nuevo emperador confirmó simplemente un cambio gradual hacia una monarquía más danubiana, ortodoxa y con centro en Viena, autosuficiente como conjunto e interdependiente en sus diversas partes.

Ciertamente, merecía la pena todavía luchar por Alemania. Pero ahora, el objetivo más importante pasó a ser el de asegurarse el éxito de la Contrarreforma consiguiendo la retirada de los suecos, con sus designios en la Europa central y su constante apoyo a los emigrados protestantes. Fernando se conformó finalmente con muy pocas exigencias en el exterior, para asegurarse mayor libertad de acción en el interior. En 1648, los Habsburgo se encontraron con un Estado a medio consolidar frente a Alemania, por un lado, donde su esfera de influencia se vio limitada, y Bohemia y Hungría, por otro, donde se vio consecuentemente ampliada. Pero si la Casa de Austria carecía todavía de lo substancial al gobierno absoluto, al menos ahora podía perseguir lo accidental sin estorbos.

II. La práctica del absolutismo, I: 1621-1626

La primera consecuencia de la victoria de Fernando II sobre los rebeldes que se dejó sentir sobre el pueblo común fue el hundimiento de la moneda. Al igual que la revuelta, comenzó también en Bohemia. Ya bajo el gobierno de la Dieta del reino, la moneda había sido devaluada. Sin embargo, el alcance de la operación fue modesto en comparación con lo que ocurrió durante el régimen siguiente, encabezado por el colaborador de Fernando, Karl von Liechtenstein: durante el año 1621, la moneda se devaluó en un 25 por 100. Pero también esta devaluación fue modesta si la comparamos con la que se produjo en 1622. El 18 de enero de ese año se firmó un contrato entre el Tesoro imperial y un consorcio de quince destacados súbditos de Fernando que aceptaron arrendar todas las cecas de Bohemia, Moravia y la Baja Austria y controlar su moneda durante un año. El consorcio, cuya composición era hasta tal punto secreta que incluso en la actualidad sólo es posible identificar a cinco de sus miembros con cierta seguridad, se las arregló para destruir por completo la economía bohemia durante el breve período que ostentó su dirección. El mercado se vio inundado con 34 millones de táleros de monedas del consorcio, su valor nominal aumentó en un 25 por 100 mientras que su contenido de plata se redujo drásticamente. Se produjo una devaluación de aproximadamente el 90 por 100, que hizo casi imposible cambiar la moneda del consorcio (llamada «moneda larga») fuera del territorio habsburgués. Mientras que en 1618 un tálero imperial costaba 90 kreuzers bohemios, en 1623 la tasa de cambio comercial era de 675 kreuzers. No terminaban ahí los problemas, pues algunos miembros del consorcio formaban parte también del «Tribunal de Confiscaciones», creado a finales del decenio de 1620 para determinar la culpabilidad de los acusados de apoyar la rebelión. Más de 1.500 terratenientes fueron juzgados y casi la mitad de ellos condenados a perder todas o una parte de sus propiedades. El tribunal confiscaba siempre toda la propiedad de los sospechosos de estar implicados en la rebelión y aunque finalmente se decretara que la pena consistía en la pérdida de tan sólo una parte de la propiedad —la mitad o una cuarta parte—, el territorio restante no se devolvía sino que se estimaba su valor, que era satisfecho en «monedas largas». Esto significó la ruina incluso para los nobles cuyas propiedades fueron sólo parcialmente confiscadas (tal vez 600 en conjunto) y la pérdida de prácticamente todas las tierras

de las ciudades. En el momento en que se decretó la disolución del Consorcio y el Tribunal, en el otoño de 1623, el poder de las ciudades y de la nobleza en Bohemia estaba totalmente quebrantado, y la economía del reino estaba en situación tan caótica por la ausencia de una moneda fuerte que los estudiantes no podían acudir a las escuelas y universidades, los que recibían un salario en moneda y los pensionistas se convirtieron en indigentes y los artesanos y comerciantes sólo podían comerciar con sus productos («no venderemos una buena carne por una mala moneda», protestaban los carniceros). Pavel Stránský escribió en su libro *República de Bohemia*, publicado en 1633:

> Fue entonces cuando por primera vez aprendimos por experiencia ... que ni la peste, ni la guerra ni las incursiones hostiles desde el exterior en nuestro territorio, ni el pillaje ni el fuego, podían hacer tanto daño a la buena gente como los cambios frecuentes en el valor de la moneda.[1]

La confusión monetaria provocada por estos acontecimientos no quedó limitada a Bohemia. En todas partes, unos gobernantes ansiosos de incrementar sus beneficios acuñando nuevas monedas imitaron las «monedas largas» del Consorcio. Entre 1621 y 1623 se produjo el hundimiento general de las monedas del Imperio. En algunos lugares, ni siquiera el gobierno podía hacer frente a la situación. Así, por ejemplo, los encargados del Tesoro de la ciudad de Nördlingen, en Suabia, no podían calcular los ingresos y gastos municipales totales. El valor de la moneda cambiaba tan rápidamente que a partir de 1621 se limitaban a registrar las partidas individuales intentando mantener en las arcas el mayor número posible de monedas de plata.[2] En varias zonas,

1. El estudio más actual de este tema es el de A. Klima, «Inflation in Bohemia in the early stage of the seventeenth century», en M. Flinn, ed., *Seventh International Economic History Conference*, Edimburgo, 1978, pp. 374-386. Las cifras sobre la composición de la nobleza bohemia proceden de Polichenski y Snider, *War and Society in Europe 1618-1648*, pp. 202-216, y de F. Snider, «The restructuring of the Bohemian nobility in the seventeenth century». Naturalmente, había excepciones a este negro panorama, como las tierras de Wallenstein (*Terra felix*, como se conocía su dominio). Así, las exportaciones de grano de Bohemia a Sajonia, que en 1597-1621 eran de 1.800 toneladas anuales de promedio, eran todavía de 1.300 toneladas entre 1629 y 1643. (Véase V. Sadova, «Eksport czeskiego zboza do Niemiech... w okresie przed Biala Gora», *Roczniki dziejów spolecznych i Gospodarczych*, XXII, 1960, pp. 37-47.)

2. Friedrichs, *Nördlingen*, p. 27, n. 45.

en especial en Sajonia, hubo revueltas contra las autoridades públicas que se mostraban incapaces de mantener una moneda estable y por toda Alemania se compusieron canciones y poemas populares que preservaron el recuerdo del *kipper- und wipperzeit* (la 'era de vaivén'), cuando, durante más de dos años, el Imperio hubo de mantener forzosamente el patrón cobre.[3]

Pero la población de amplias zonas del Imperio no tan sólo veía amenazada su posición económica, sino que se vio sometida, además, a otro tipo de presión: la recatolización. Esta operación se realizó a un ritmo más lento que el cambio de valor de la moneda, pero sus efectos fueron más duraderos. Por ejemplo, en el Alto Palatinado, conquistado por las tropas de Maximiliano de Baviera en 1621, el catolicismo no se practicaba desde 1540, de forma que los primeros sacerdotes que quisieron volver a celebrar la misa —dos jesuitas del ejército bávaro— tuvieron dificultades para encontrar los útiles necesarios, como un cáliz. La recatolización prosiguió lentamente hasta 1625, en gran medida porque la administración permaneció en manos de los funcionarios de Federico V, muchos de ellos calvinistas. Pero finalmente éstos fueron depurados y establecieron en Amberg, la capital territorial, iglesias católicas, una escuela y una misión jesuita. Luego, en 1626, fueron expulsados los ministros calvinistas; en 1628 incluso a los luteranos les dieron seis meses de plazo para que se convirtieran o se exiliaran y el clero católico estableció la obligatoriedad de la enseñanza del catecismo para todos. Al año siguiente, las autoridades bávaras diseñaron un plan para la creación de una jerarquía permanente, que fue llevado a la práctica de forma inmediata. La congregación católica de Amberg incrementó el número de sus miembros

3. Existe un buen estudio, aunque algo anticuado, sobre el trasfondo de las fluctuaciones monetarias de comienzos del decenio de 1620: W. A. Shaw, «The monetary movements of 1600-21 in Holland and Germany», *Transactions of the Royal Historical Society*, nueva serie, IX (1895), pp. 189-213. Véase también Friedrichs, *Nördlingen*, pp. 27-28, y F. Redlich, «Die deutsche Inflation des frühen 17. Jahrhunderts in der zeitgenössischen Literatur: die Kipper und Wipper», en H. Kellenbenz, ed., *Forschungen zur internationalen Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, VI, Colonia y Viena, 1972. Es de destacar el hecho de que de los aproximadamente cuarenta textos que se publicaron condenando la inflación, todos ellos escritos por luteranos, trece eran tratados populares, once habían sido escritos por eclesiásticos, mientras que dieciséis habían sido elaborados por juristas, que condenaban la acuñación de moneda devaluada desde el punto de vista del derecho constitucional.

de 1.000 en 1625 a 5.000 en 1629 y (tras algunas pérdidas en el decenio de 1630) a 10.000 e incluso más en 1645.[4]

El progreso en los territorios de los Habsburgo del otro lado de la frontera también fue lento. Aunque los católicos, que gozaban del total apoyo de Fernando, consiguieron clausurar las iglesias de sus enemigos protestantes, durante algún tiempo parecieron incapaces de sustituirlas. En el decenio de 1640, aproximadamente la mitad de las parroquias de Bohemia estaban vacantes y fue necesario recurrir a sacerdotes polacos, cuya lengua no era siempre comprensible para sus congregaciones checas. En Moravia, en 1635, sólo había 257 eclesiásticos residentes (en su mayor parte clero regular) para servir las 636 parroquias, mientras que en Hungría fue necesario soslayar los requisitos habituales para la ordenación en vistas a conseguir un número adecuado de sacerdotes.[5] Como veremos, en la Alta Austria el gobierno hubo de importar sacerdotes italianos para incrementar el reducido número de clérigos locales.

Lo mismo ocurría más hacia el oeste. En Renania, la recatolización fue conducida por Felipe Cristóbal von Sötern, obispo de Speyer, antiguo defensor de la Liga que había sido conducido al exilio en 1621 por los ejércitos que defendían el Palatinado renano de Federico V. Al margen de otro tipo de inconveniente, calculó que la guerra del Palatinado había causado a sus dominios pérdidas por valor de 8 millones de táleros. Decidió entonces vengarse y su nombramiento como elector de Tréveris en 1623 incrementó su poder para conseguirlo. El principal objetivo de Sötern y de los otros prelados era reclamar todos los territorios eclesiásticos del Palatinado renano que habían sido secularizados; el segundo era acabar con el culto protestante y sustituirlo por el catolicismo. En un principio todo sucedió según sus deseos: en febrero de 1623 el gobernador bávaro de los territorios palatinos al este del Rin ordenó la expulsión de todos los predicadores calvinistas; dos años después, el gobernador español de los territorios mucho más extensos de la orilla derecha del Rin actuó de la

4. W. Gegenfurtner, «Jesuiten in der Oberpfalz. Ihr Wirkung und ihr Beiträg zur Rekatholisierung in den oberpfälzischen Landen, 1621-50», *Beiträge zur Geschichte Bistums Regensburg*, XI (1977), pp. 71-220, en p. 170. Véase también P. Schertl, «Die Amberger Jesuiten im ersten Dezennium ihres Wirkens (1621-1632)», *Verhandlungen des historischen Vereins für Oberpfalz und Regensburg*, CII (1962), pp. 101-194, y CIII (1963), pp. 257-350.

5. Los detalles proceden de Evans, *Habsburg Monarchy*, pp. 123 y 425-426.

misma forma. Al mismo tiempo, los funcionarios del elector de Maguncia prepararon un programa para la recatolización del condado calvinista de Nassau. Su aplicación se inició en el otoño de 1626 y el ritmo de la restitución se aceleró al año siguiente cuando las fuerzas de Tilly fueron acantonadas en la región.[6] Pero, como había ocurrido en los territorios de los Habsburgo, una cosa era destruir y otra muy diferente reconstruir. Una vez más, no se pudo contar con un número suficiente de sacerdotes para las parroquias reconquistadas. A finales de 1630, apenas el 20 por 100 de las comunidades del Palatinado tenían un sacerdote católico y las congregaciones eran en todas partes muy reducidas. Tampoco se realizó con gran entusiasmo la restitución de los territorios eclesiásticos, ya que los 5.000 soldados españoles acantonados en la zona conservaban a menudo las antiguas propiedades de la Iglesia para su propio sustento.[7] Tal vez lo mejor en este aspecto era actuar de forma gradual. Cuando menos, esa recatolización moderada en el Palatinado no provocó oposición popular. En cambio, en la Alta Austria se produjo una revuelta de grandes proporciones.

En 1620, la Dieta de la Alta Austria, encabezada por Tschernembl, había apoyado abiertamente la causa de Federico del Palatinado. Maximiliano de Baviera sofocó la insurrección en el plazo de algunas semanas, dejando una guarnición de 5.000 hombres, cuya soldada intentó pagar por medio de los impuestos recaudados localmente. En 1621, Fernando aceptó que los bávaros continuaran ocupando la Alta Austria y el Alto Palatinado como garantía hasta que hubieran sido satisfechos los considerables gastos de guerra de Maximiliano.[8] Maximi-

6. Véase F. Menk, «Restitution vor dem Restitutionsedikt. Kurtrier, Nassau und das Reich, 1626-29», *Jahrbuch für westdeutsche Landesgeschichte*, V (1979), pp. 103-130 (artículo muy importante).

7. Véase Egler, *Spanier in der linksrhenischen Pfalz*, p. 134 y mapa de la p. 149; y Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, pp. 269 ss.

8. Sobre las finanzas de la Liga, poniendo de relieve que sólo Baviera pagaba las contribuciones en el plazo convenido y en su totalidad, véase F. Stieve, «Das "Contobuch" der deutschen Liga», *Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 1.ª serie, X (1893), pp. 97-106. El ejército de Tilly tenía un coste de unos 5 millones de táleros anuales y entre 1619-1627 Baviera pagó tres veces más que todos los demás miembros de la Liga juntos. Por ejemplo, los obispos de Wurzburgo tal vez eran poderosos guerreros en el Señor, pero de los 1,4 millones de táleros que debían a la Liga católica en concepto de las contribuciones, de 1620 a 1631, pagaron menos de 500.000. (Véase R. Weber, *Würzburg und Bamberg im dreissigjährigen Krieg: die Regierungszeit des Bischofs Franz von Hatzfeldt, 1631-42*, Wurzburgo, 1979.)

liano fue autorizado a recaudar impuestos en cada uno de los territorios ocupados en concepto de intereses por la deuda, impuestos que le reportaban 240.000 táleros anuales. El acuerdo funcionó satisfactoriamente en el Palatinado, cuyo príncipe fue declarado proscrito; pero en la Alta Austria, las fuerzas de ocupación bávaras debían actuar no sólo en nombre de Maximiliano sino también de Fernando, en su calidad de archiduque. Se produjo un importante conflicto de intereses entre los dos señores. Austria suponía para Maximiliano una importante fuente de ingresos con los que pagar a su ejército. En consecuencia, deseaba mantener la paz y la prosperidad en el ducado a cualquier precio, para garantizar que los impuestos fueran satisfechos sin demora y en su totalidad. Por su parte, a Fernando no le interesaba el dinero sino la lealtad: pretendía depurar el ducado de traidores y herejes y como príncipe territorial se sentía autorizado a hacerlo bajo la cláusula *cuius regio* de la paz de Augsburgo. No sin renuencia, las autoridades bávaras de ocupación, encabezadas por el bienintencionado Adam von Herberstorff, ordenaron en octubre de 1624 la expulsión de todos los pastores y maestros protestantes y permitieron que los acreedores católicos obligaran a los protestantes a vender sus propiedades. En octubre de 1625, el gobierno creó una Comisión de Reforma encargada de la recuperación de todos los territorios y bienes eclesiásticos secularizados y se decretó que en la Semana Santa de 1626 los residentes en el ducado debían asistir a los servicios del culto católico o abandonar el territorio. Sólo la aristocracia recibió un trato de privilegio, pues se le concedieron hasta cincuenta años para llevar a cabo su conversión.

El catalizador final de la revuelta fue la actuación de la Congregación para la Propagación de la Fe, fundada en Roma por Gregorio XV con el propósito expreso de sacar el máximo beneficio para la Iglesia católica de las victorias de Fernando y de sus aliados más allá de los Alpes. En 1625, la Congregación autorizó el envío de numerosos misioneros italianos al Imperio para realizar la obra de recatolización, en parte porque no existía un número suficiente de sacerdotes de lengua alemana, en parte porque el latín de los italianos era excelente y en parte (en palabras de la propia Congregación) «porque los italianos no son tan adictos al vino y a la bebida» como los nativos. Pero estas virtudes eran menos evidentes para los feligreses austriacos, que ofrecieron una cierta resistencia a los sacerdotes extranjeros instalados en antiguas parroquias protestantes. Presionado por el emperador Fer-

nando, el gobernador Herberstorff decidió realizar una acción ejemplificadora en una zona: así, el 15 de mayo de 1626 convocó al castillo de Frankenfeld a diversos hombres de varias parroquias y les reprendió duramente por su comportamiento desordenado e irrespetuoso hacia los nuevos sacerdotes. Herberstorff acusó a los nuevos funcionarios locales de ser responsables del problema y ordenó la ejecución inmediata de 17 de ellos, elegidos por sorteo.[9]

Este comportamiento terriblemente arbitrario, aunque le había sido impuesto a Herberstorff por el emperador, provocó que un grupo de oficiales protestantes, encabezados por Esteban Fadinger (un modesto agricultor y ayudante del magistrado local), organizaran una revuelta general que consiguió la expulsión de los señores bávaros y austriacos. A diferencia de las anteriores rebeliones campesinas, que eran antiseñoriales, en esta ocasión el objetivo de los rebeldes era Linz, la capital del gobierno. Fadinger encontró apoyo tanto entre los católicos como entre los protestantes, pues todos ellos habían sufrido el incremento de los impuestos (que se habían multiplicado por catorce) necesario para pagar a las fuerzas bávaras de ocupación, así como el hundimiento de la moneda entre 1621 y 1623. En mayo de 1626, un pequeño ejército conducido por Herberstorff fue derrotado por los rebeldes, que sitiaron la ciudad de Linz. Pero Fadinger resultó muerto en el mes de julio, levantándose el asedio a la capital. Los campesinos tampoco consiguieron ayuda en el exterior, aunque entraron en contacto con Scultetus, un predicador de la corte del Palatinado, que actuó como embajador de Cristián IV, que en ese momento estaba también alzado en armas contra el emperador. El levantamiento adquirió pronto la forma de una guerra de guerrillas más que de una revuelta campesina. Sin embargo, fue necesaria la participación de un ejército de 12.000 hombres y una serie de batallas campales antes de que fuera posible controlar la situación (véase mapa 2). Los únicos éxitos que obtuvieron los rebeldes fueron la finalización de la ocupación bávara y la marcha de los sacerdotes italianos. En mayo de 1628, después de largas negociaciones en las que el conde Max von Trauttmannsdorf realizó su primera misión diplomática para el emperador, el Alto Palatinado fue vendido a Maximiliano por diez millones de táleros, que

9. *Der oberösterreichische Bauernkrieg*, pp. 8-11; H. Tüchle, ed., *Acta SC de Propaganda Fide, Germanian Spectantia. Die Protokolle der Propagandakongregation zu deutschen Angelegenheiten 1622-1649*, Paderborn, 1962, p. 488.

era la cantidad exacta en que se había cifrado la deuda de Fernando con Baviera y la Liga. A cambio de ello, la Alta Austria se reintegró al control de los Habsburgo. Al mismo tiempo, el papado dio su autorización para que los impopulares italianos fueran sustituidos por 300 miembros del clero regular en la Alta Austria para prestar servicios en las antiguas parroquias protestantes (pues no había todavía suficientes sacerdotes católicos).[10]

Sin embargo, ninguna de estas medidas disuadió al emperador y a sus aliados de seguir con su cruzada contra los herejes. «Dios está de nuestra parte, no de la suya», era el lema victorioso del padre Jacinto de Casale (que tanto había contribuido para que se produjera la transferencia del Electorado) en la primavera de 1624.[11] Sin que él lo supiera, en la misma época el emperador Fernando hizo en Viena un voto solemne ante su confesor en el sentido de que «haría todo cuanto le sugirieran las circunstancias» por el bien de la religión católica. El confesor, Guillermo Lamormaini, no tenía dudas sobre las implicaciones de esta declaración: «grandes hazañas pueden ser realizadas por este emperador», informó triunfalmente al Vaticano. «Tal vez, incluso toda Alemania [puede] ser reintegrada a la vieja fe, con tal de que ... [el papa y el emperador conjuntamente] se planteen ese objetivo con energía y perseverancia.»[12] Los acontecimientos demostrarían cuán profundamente conocía Lamormaini al emperador.

III. La práctica del absolutismo, II: 1626-1629

Parece extraño que los triunfos de los Habsburgo y de sus aliados católicos durante los cinco años siguientes a la Montaña Blanca provocaran tan pocas protestas por parte de los luteranos. Ciertamente, había algunos críticos del imperialismo, pero apenas tenían fuerza.[13] Más

10. Tüchle, *Acta*, p. 181 (resolución del 4 de febrero de 1628).

11. El padre Jacinto al Dr. Jocher en mayo de 1624, citado por W. Goetz, «Pater Hyazinth», *Historische Zeitschrift*, CIX (1912), pp. 101-128, en la p. 122.

12. Lamormaini, citado por Bireley, *Religion and Politics*, p. 21.

13. Véase Gross, *Empire and Sovereignty, passim*, y el útil artículo de H. Dreitzel, «Das deutsche Staatsdenken in der frühen Neuzeit», *Neue politische Literatur*, XVI (1971), pp. 17-42. Sin embargo, el estudio más valioso es la tesis de Nolden, *Die Reichspolitik Kaiser Ferdinands II.*

influyente fue el elector de Sajonia, quien en 1626 intentó convencer a sus vecinos del Círculo de la Baja Sajonia de que se equivocaban al oponerse al emperador. En una larga argumentación, Juan Jorge acusaba a su correligionario, el rey Cristián IV de Dinamarca, de agresión exterior, y a sus compatriotas alemanes, Cristián de Brunswick y los duques de Sajonia-Weimar, que se habían unido a los daneses, de traición. Argumentaba que Fernando estaba sosteniendo una guerra justa contra los rebeldes y no una guerra religiosa de conquista; que el miedo a que los Habsburgo españoles establecieran su dominio sobre Alemania era exagerado; que la teoría de la conspiración de una reconversión jesuita de los luteranos quedaba desmentida por la actuación moderada de Fernando (¡esto ocurría en 1626!) y que el lema de Lutero de «obedecer a los poderes que existen» se aplicaba todavía al emperador Fernando, pues no había dado motivo alguno para la resistencia. Según Juan Jorge, la actuación del emperador en Bohemia y Austria se enmarcaba en el principio *cuius regius*. Y, por si todo esto no era suficiente, el elector afirmaba que incluso Tilly era un general patriota, que defendía a los alemanes leales de los daneses y de los mercenarios de Mansfeld, a quienes pagaban los holandeses, y que el ejército de la Liga debía, por tanto, ser apoyado por todos los luteranos en una campaña concertada para conseguir la paz, la justicia y la obediencia en el Imperio.[14]

El argumento del elector de Sajonia era un alegato conservador por la paz y la unidad, proclamando la lealtad a Fernando como emperador correctamente elegido. Su debilidad residía en la convicción de que Fernando pensaba de la misma forma. Hay que decir, sin embargo, que es la declaración más confiada que poseemos del pacifismo, el quietismo, el legalismo y la xenofobia de los luteranos alemanes, antes de que la política torpe y militarista del emperador obligara incluso al elector de Sajonia a considerar la posibilidad de la rebelión. Pero incluso en esta larga declaración política de 1626, Juan Jorge guardaba un ominoso silencio sobre los dos nuevos ejércitos Habsbur-

14. Onno Klopp, «Das Restitutions-Edikt im nordwestlichen Deutschland», *Forschungen zur deutschen Geschichte*, I (1862), pp. 75-132, especialmente pp. 86-90, que es todavía el mejor estudio sobre el tema. La paciencia de Juan Jorge terminó cuando el emperador obligó a los canónigos protestantes de Magdeburgo a aceptar como administrador a su hijo adolescente Leopoldo Guillermo, a pesar de que ya habían declarado su apoyo a Augusto, hijo de Juan Jorge. (Véase Ritter, *Deutscher Geschichte*, II, pp. 422-423.)

go —uno español, el otro imperial— que habían comenzado a actuar en el Imperio.

Los miembros de la Liga católica se alarmaron en el invierno de 1624-1625 ante el rumor persistente de que Cristián de Dinamarca se preparaba para invadir Alemania. Temían por las fuerzas de la Liga, vulnerables en su acantonamiento en el noroeste de Alemania. «Tilly no puede alcanzar el triunfo por sí solo —fue la advertencia que se hizo a Maximiliano—. Los daneses poseen grandes ventajas: actuarán primero y no abrumarán.»[15] El nuevo elector analizó la situación con el emperador. Todo lo que deseaba era conseguir algunos refuerzos, pero la cuestión no era tan simple para Fernando. En primer lugar, corrían rumores también de que Bethlen Gabor de Transilvania había comenzado a movilizarse para lanzar un nuevo ataque contra el corazón del territorio de los Habsburgo. España, que en otro tiempo había ofrecido ayuda, no podía ahora enviar tropas; más aún, de los 16 regimientos imperiales que existían en ese momento, seis se hallaban en los Países Bajos ayudando a Spínola en su asedio de Breda y uno se hallaba en la Lombardía española. No quedaban hombres suficientes para defender Viena, y mucho menos todavía para reforzar al ejército de Tilly. Así pues, el 7 de abril de 1625, Fernando firmó una declaración en la que nombraba a Alberto de Wallenstein (duque de Friedland en Bohemia desde 1623) «jefe de todas nuestras tropas que sirven en este momento, ya sea en el Sacro Imperio Romano o en los Países Bajos», ordenándole organizar «un ejército ya sea a partir de las unidades existentes o de regimientos de nueva creación, de forma que en conjunto haya 24.000 hombres». En septiembre de 1625, «la armada Friedlandsche» avanzó hacia el norte desde Bohemia, dejando una reducida fuerza para defender Viena, hacia las fronteras de la Baja Sajonia, para situarse a la derecha del ejército de Tilly.

A la izquierda de Tilly se hallaban los destacamentos del ejército de Flandes. Tras la triunfal captura de Breda en junio de 1625, unos 11.000 hombres fueron enviados desde los Países Bajos del sur, estableciéndose guarniciones a lo largo del Rin, en Ems y Lippe, para llevar a cabo un bloqueo económico por tierra y por mar contra la República de Holanda. Permanecieron en esas posiciones hasta 1629. Al mismo tiempo, se creó en Sevilla un nuevo organismo —el Almirantazgo— para impedir la llegada de productos holandeses a España y

15. Citado de Mann, *Wallenstein* [ed. alemana], p. 369.

(en menor medida) para asegurarse de que las mercancías españolas no fueran enviadas a la República. Estas medidas no fueron bien recibidas en Alemania. Los puertos hanseáticos protestaron fuertemente por el minucioso examen a que eran sometidos sus barcos por parte de los funcionarios del Almirantazgo y el bloqueo fluvial fue denunciado por los gobernantes territoriales de Renania, cuyos súbditos se veían privados de fructíferos contactos comerciales al tiempo que se les exigía albergar y aplacar a las mal pagadas tropas españolas. Los obispados de Münster, Osnabrück, Paderborn y Minden, del elector de Colonia, sufrían directamente los efectos de esta guerra económica y el elector se quejaba amargamente de que «los españoles no respetan la constitución imperial; ... siempre afirman que su supuesta "necesidad" o "comodidad" debe prevalecer».[16]

En 1627, los españoles infligieron una nueva ofensa cuando impusieron una sentencia del Tribunal de la Cámara Imperial referente a la división de Hesse. En 1604, al extinguirse la casa de Marburgo, Mauricio de Hesse-Kassel se había hecho con toda la herencia (véase p. 46, *supra*), pero ahora, como consecuencia del decreto imperial, fue

16. Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten*, p. 197 n. Sobre el sistema del «Almirantazgo» y el bloqueo, véase Alcalá Zamora, *España, Flandes y el mar del Norte*, 2.ª parte, e Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, pp. 204-223. El elector de Colonia y sus colegas prelados sospechaban que lo que España deseaba era establecer una base de poder en el Imperio desde la cual subvertir las libertades alemanas. Mandaron enviados a Bruselas y dirigieron un aluvión de críticas a las cortes de Viena y Madrid en un intento de convencer a España para que retirara sus tropas. Pero estos dirigentes espirituales no estaban en situación de protestar demasiado ruidosamente. Si volvían alguna vez los ejércitos de Federico V o sus aliados, como había ocurrido en 1622 y 1623, uno de los objetivos principales sería el rico corredor de territorios eclesiásticos de la zona del Rin y del Main. Incluso cuando pedían la evacuación del Palatinado, se sintieron obligados a pedir garantías de que las tropas serían enviadas de nuevo desde los Países Bajos para defenderles en caso de que se produjera un ataque protestante. Pese a que deseaban profundamente permanecer neutrales en la lucha entre los Habsburgo y sus enemigos, los prelados de Renania se vieron cogidos en la red de España en tanto en cuanto Francia no tuviera capacidad para intervenir con eficacia en el extranjero. Todo lo más que podían hacer era negarse a ayudar a España en sus campañas contra los holandeses, con la esperanza de que la guerra en Holanda impidiera a los Habsburgo explotar su ventajosa posición. Como escribió el exasperado elector de Colonia en junio de 1626: «Los Países Bajos *deben* permanecer divididos y cada una de las zonas debe controlar un territorio tan reducido como la otra». (Kessel, *op. cit.*, p. 190 n.)

obligado a entregar la mayor parte de su territorio a su primo Jorge de Hesse-Darmstadt y, además, a pagar más de un millón de táleros en concepto de daños y perjuicios por haber conservado Marburgo indebidamente.[17] No obstante, el ultraje que este ejercicio del poder imperial causó en Alemania fue superado por el derrocamiento de los duques de Mecklemburgo, también en esta ocasión por decisión del Tribunal Supremo Imperial, sobre la base de que habían apoyado a Cristián de Dinamarca. En esta ocasión, las propiedades confiscadas fueron entregadas, no a un pariente, sino a Wallenstein. En principio (febrero de 1627) se le entregaron únicamente como garantía del dinero que debía el emperador a su general, pero al año siguiente Wallenstein fue reconocido como duque y comenzó a residir allí, en el gran palacio de Güstrow, con una corte formada por más de 1.000 personas.[18]

No será posible nunca alcanzar un acuerdo sobre la personalidad y el papel de Wallenstein, pero su supuesta traición y asesinato en 1634 han acaparado por completo la atención de la historiografía, haciendo palidecer su importancia como militar innovador y leal a los Habsburgo durante su primera etapa como general imperial en 1625-1630. Fueron éstos los años cruciales de su vida, cuando ejerció una influencia significativa en los acontecimientos. Pero incluso durante esos años, Wallenstein no tomó decisiones políticas de consideración, sino que se limitó a ejecutar las decisiones de su señor. Por ejemplo, en los temas religiosos adoptó la misma actitud calculadora y pragmática de cualquier ejecutivo moderno que dirige una compañía multinacional.[19] Cuando sus enemigos prodaneses, Cristián de Brunswick

17. Para una información más exhaustiva, véase K. Beck, *Der hessische Bruderzwist zwischen Hessen-Kassel und Hessen-Darmstadt in den Verhandlungen zum westfälischen Frieden von 1644 bis 1648*, Frankfurt, 1978; Thies, *Territorialstaat*, *passim*; y Keim, «Landgraf Wilhelm V von Hessen-Kassel». Mauricio de Nassau abdicó en 1627, en un vano intento de frustrar la orden de secuestro. Hay gran número de objetos de su pertenencia expuestos en la Landgräfliche Kunstkammer conservada en el Museo municipal de Kassel.

18. El palacio ducal de Güstrow, ampliado por Wallenstein, todavía está en pie. Además de las cornamentas de innumerables ciervos gigantes, lujosamente expuestas y con útiles comentarios sobre la matanza escritos por los duques que les dispararon, el palacio contiene una gran colección de armas de caza e incluso un comedor decorado con ciervos en bajorrelieve con cornamentas auténticas. Era una fantasía barroca que habría envidiado incluso el Nimrod alemán, Juan Jorge de Sajonia.

19. El mejor estudio sigue siendo el de Gindely, *Waldstein während seines*

y Juan Ernesto de Sajonia-Weimar, intentaron conseguir el apoyo de la luterana Magdeburgo en 1626 afirmando que el ejército imperial que intentaba ocupar la ciudad estaba dando el primer paso en una guerra religiosa de agresión para recatolizar toda Alemania, Wallenstein pidió al emperador [20]

> Que tenga la bondad de asegurar a la ciudad de Magdeburgo que ésta no es de ninguna forma una guerra de religión; sino que en cuanto que ciudad leal y devota, sus privilegios de paz religiosa y secular no se verán menoscabados en absoluto, antes bien serán protegidos y defendidos de cualquier peligro que vaya en contra de ellos.

Pero los temores de Magdeburgo eran fundados. Tres años después, la ciudad sufría las atenciones de Franz Wilhelm von Wartenburg, obispo de Osnabrück, que actuaba como agente imperial especial, quien intentó infiltrar el capítulo de la catedral, tradicionalmente luterana, confiscando diez prebendas clave para facilitar la elección de un

---

ersten Generalats, donde se pone de relieve cómo la actuación de Wallenstein polarizó a las diferentes facciones católicas y luteranas de Alemania en reacción a sus métodos militares brutales y destructivos. Es útil también volver a analizar la polémica de los años 1880 entre Hallwich y Gindely sobre las motivaciones y métodos económicos de Wallenstein, polémica que parece aún totalmente viva, a pesar de todo el trabajo biográfico y de archivo sobre Wallenstein realizado en la última década por Golo Mann, H. Diwald, J. Kollmann, P. Suvanto, J. Polichenski y otros. Compárese Anton Gindely, *Zur Beurtheilung des kaiserlichen Generals im dreissigjährigen Krieg, Albrechts von Waldstein*, Praga, 1887, con la obra del mismo autor, *Zweite Antwort an Dr. Hallwich*, Viena, 1887. Pese al intento de M. Ritter, «Das Kontributionssystem Wallensteins», *Historische Zeitschrift*, LV, 1903, pp. 193-249, para demostrar que Wallenstein mantenía una buena disciplina militar, lo cierto es que el coste de su ejército era demasiado elevado como para poder soportarlo durante largo tiempo. Por el momento, el último estudio es el de F. H. Schubert, «Wallenstein und der Staat des 17. Jahrhunderts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, XVI, 1965, pp. 597-611 [reeditado en Rudolf, ed., *Der dreissigjährige Krieg*, pp. 185-207], que le ve como un financiero y un mercantilista militar, demasiado impaciente como para poder influir fácilmente en la política exterior imperial, con su enmarañado confesionalismo y burocracia.

20. Hans Schulz, ed., *Der dreissigjährige Krieg*, I, Leipzig, 1917, documento 21: Wallenstein a Fernando, 6 de julio de 1626. Una petición similar anterior aparece en una carta de Wallenstein a Fernando, escrita desde Stötterlingeburg, 25 de octubre de 1625, en J. Kollmann, ed., *Documenta Bohemica Bellum Tricennale illustrantia, IV, 1625-30*, Praga, 1974, documento 88.

obispo católico por primera vez a lo largo de casi un siglo. Después de llegar hasta ese punto, el proyecto en julio de 1630 consistía en aplicar la *autonomía*, es decir, el derecho constitucional de un gobernante católico a imponer la uniformidad religiosa sobre sus súbditos territoriales.[21] No era éste un caso aislado. Los acontecimientos de Magdeburgo formaban parte de un plan desarrollado por todo el Imperio para recuperar los territorios eclesiásticos para la causa católica de una vez por todas (véase lámina 5).

La operación fue planeada en Mühlhausen en el otoño de 1627, cuando los electores (o sus representantes) se reunieron para discutir las implicaciones de la derrota de Dinamarca. El enviado del emperador a la reunión recibió instrucciones para que afirmara que, tras nueve años de guerra, había llegado el momento de reconsiderar la situación religiosa de Alemania y, en especial, la restitución de los territorios eclesiásticos arrebatados ilegalmente a los católicos. Según Fernando, ésa era «la gran ganancia y objetivo de la guerra» que perseguía y aseguró al partido católico de Mühlhausen —que solicitaba una acción de algún tipo— que «así como hasta ahora nunca hemos pensado en dejar pasar ninguna oportunidad de asegurarnos la restitución de los territorios eclesiásticos, tampoco intentamos ahora, o en el futuro, cargar ante la posteridad con la responsabilidad de haber descuidado o dejado de explotar incluso la más mínima oportunidad».[22]

Pero durante varios meses no se tomó ninguna medida concreta y en septiembre de 1628 cinco prelados del sur de Alemania enviaron una carta conjunta emplazando al emperador a que mantuviera su promesa. Al mes siguiente se envió al Consejo Privado Imperial y a los electores de Maguncia y Baviera un redactado preliminar del documento conocido como el Edicto de Restitución, para que aportaran sus comentarios. Fernando afirmaba en el preámbulo que no hacía otra

21. Sobre el obispo Franz Wilhelm, véase Klopp, «Das Restitutionsedikt» (nota 14, *supra*); asimismo, T. Tupetz, *Der Streit um die Geistlichen Güter und das Restitutionsedikt 1629*, Viena, 1883. J. H. Gebauer, *Kurbrandenburg und das Restitutionsedikt von 1629*, Halle, 1899, pone de relieve hasta qué punto podían ser torpes en su actuación política los católicos extremistas. Véase especialmente H. Günter, *Das Restitutionsedikt von 1629 und die katholische Restauration Altwirtembergs*, Stuttgart, 1901.

22. Bireley, *Religion and Politics*, p. 54, donde cita las instrucciones de Fernando a su representante (Stralendorf) en Mühlhausen, 4 de octubre de 1627. Sin duda, el emperador sufría presiones acerca de esta cuestión.

cosa que restablecer el *statu quo* de 1555, inmediatamente después de la paz de Augsburgo, y que el edicto no pretendía, pues, sino asegurar el cumplimiento de las leyes del Imperio. Las primeras secciones del proyecto de edicto parecían confirmar esto: todos los territorios eclesiásticos ocupados desde 1552 (la «fecha normativa» en la paz de Augsburgo) deberían ser devueltos. Pero el edicto afirmaba también que los príncipes eclesiásticos tenían el mismo derecho a imponer la conformidad religiosa a sus súbditos en cuanto que gobernantes seculares. Esto suponía ir mucho más allá de la solución acordada en 1555, pues invalidaba la *Declaratio Ferdinandei* (véase p. 42, *supra*). Pero ni siquiera esto fue suficiente para los prelados católicos, que solicitaron que se incluyera en el edicto una nueva prohibición del calvinismo, y que sus términos se aplicaran también a las ciudades imperiales libres. Después de cinco meses de discusiones, el emperador y sus consejeros decidieron finalmente incluir la orden de disolución de todas las sectas protestantes a excepción del luteranismo, pero dejando a las ciudades al margen. El resto del documento apenas sufrió alteraciones.

Quinientas copias del edicto fueron impresas secretamente en Viena y distribuidas a los directores de los Círculos imperiales y a los príncipes más importantes, con instrucciones para que publicaran otras copias simultáneamente el 28 de marzo de 1629. El documento parecía extraordinariamente sencillo —una simple hoja de papel con cuatro columnas impresas en letra pequeña y la firma del emperador—, pero las apariencias eran engañosas. En una versión impresa en Wurzburgo, una pluma contemporánea añade en la página que lleva el título las palabras *Radix omnium malorum*: la raíz de todos los males.[23] Durante todo un año, el edicto y su ejecución se convirtió en la cuestión fundamental de la política alemana. Los obispados y arzobispados de la Baja Sajonia y de Westfalia se vieron afectados de forma inmediata, así como unos 500 monasterios, conventos y otras propiedades

23. El edicto ha sido publicado en M. C. Lundorp, ed., *Acta publica*, III, Frankfurt, 1668, pp. 1.048-1.054. Se conservan todavía más de 100 ejemplares de las diferentes ediciones, número realmente elevado. Sobre los detalles de cómo fue publicado, véase H. Urban, «Druck und Drucke des Restitutionsedikts von 1629», *Archiv für Geschichte des Buchwesens*, XIV (1974), cols. 609-654; el *Radix omnium malorum* está reproducido en la col. 635. Se puede encontrar más información sobre la preparación e importancia del edicto en Bireley, *op. cit.*, pp. 52-59 y 74-94.

eclesiásticas secularizadas por un sinnúmero de gobernantes protestantes desde 1552. El duque de Württemberg se vio privado de los territorios de 14 grandes monasterios y 36 conventos; los duques de Brunswick, por su parte, hubieron de atender demandas ligeramente menos desorbitadas (véase mapa 2 y láminas 6-7).

Aunque por el momento los territorios eclesiásticos de Brandemburgo y la Sajonia electoral parecían a salvo, ya que habían sido secularizados mucho antes de 1552, había razones para temer la publicación de otro edicto que pudiera poner en peligro un día su inmunidad. En primer lugar, algunas de las antiguas propiedades de la Iglesia reclamadas en otras zonas habían pasado a manos luteranas antes de 1552: así, de las 45 ciudades imperiales afectadas por las exigencias de los comisionados entre 1627 y 1631, sólo 8 habían roto claramente la moratoria posterior a 1552 sobre nuevas protestantizaciones (de hecho una de ellas —la ciudad imperial de Lindau— era protestante desde 1528). En segundo lugar, a la aparición del edicto siguió inmediatamente la publicación de un influyente tratado que parecía revelar con detalle la filosofía que subyacía en el decreto del emperador Fernando: el *Pacis Compositio* de Pablo Laymann. El autor —un jesuita— argumentaba que «todo lo que no haya sido explícitamente concedido, debe ser considerado prohibido» y que, en consecuencia, los protestantes deberían restituir todas las propiedades, a menos que pudieran ostentar un título válido. Como no podía ser de otro modo, este panfleto provocó una gran conmoción. Cuando Gustavo Adolfo llegó a Alemania al año siguiente, anunció su intención de ejecutar a tres hombres, cuyos nombres comenzaban por L (uno de ellos era Laymann).[24] La tercera razón de inquietud en Brandemburgo y Sajonia era de tipo más práctico: la importancia de los ejércitos católicos reunidos en la proximidad de sus fronteras y su papel a la hora de imponer la restitución de los territorios eclesiásticos. Tilly y sus tropas de la Liga ayudaron a los agentes imperiales en las diócesis de Osnabrück,

24. «Quicquid concessum non reperitur, prohibitum censeri debet»: véase *Pacis compositio inter principes et ordines catholicos atque Augustanae confessionis adhaerentes*, Dillingen, 1629, Lib. VI, cap. 37, párraf. 4-7. Sobre Laymann y el «Libro Dillingen», patrocinado por el obispo Knöringen de Augsburgo y distribuido con la anuencia del Consejo Privado Imperial, véase Heckel, «Autonomia und Pacis Compositio» y R. Bireley, «The origins of the "Pacis Compositio" (1629): a text of Paul Laymann S.J.», *Archivum historicum societatis Iesu*, XLII (1973), pp. 106-127.

Bremen, Verden y Hildesheim, así como en una serie de ciudades clave como Augsburgo. Si las fuerzas de Wallenstein no actuaron de la misma forma sólo se debió a que estaban ocupadas en operaciones de importancia contra los daneses y contra el puerto hanseático de Stralsund, uno de los lugares designados para recibir una guarnición imperial en el tratado de sumisión firmado con Wallenstein en 1627 por el duque Boguslav de Pomerania.

Stralsund, una ciudad de unos 15.000 habitantes, había mantenido malas relaciones con los duques de Pomerania durante algún tiempo. En 1612, un ejército ducal había ocupado la ciudad para imponer un control más efectivo, pero estallaron revueltas contra la nueva situación casi inmediatamente y las querellas entre los duques y los magistrados continuaron durante algunos años. En 1627, ante el temor de la proximidad de Wallenstein, los magistrados de la ciudad utilizaron un equipo de ingenieros suecos para construir una nueva cadena de poderosas fortificaciones y se amplió la milicia de la ciudad, que llegó a tener casi 5.000 hombres. La ciudad se negó a aceptar la orden ducal de admitir a los imperialistas. Este desafío fue bien recibido por Cristián IV, que sin embargo apenas poseía tropas para enviar allí, viéndose obligado a firmar un acuerdo con Suecia en el que ambas potencias se comprometían a defender Stralsund si era atacada. Nada más comenzar el asedio (mayo de 1628) llegaron siete compañías de veteranos escoceses al servicio de los daneses, a los que se unieron 600 suecos el mes siguiente. Estas tropas extranjeras consiguieron rechazar, actuando conjuntamente, los ataques de las tropas imperialistas de los días 27-29 de junio, llegando posteriormente nuevos refuerzos escoceses, suecos, daneses y alemanes. El asedio fue levantado el 24 de julio.[25]

La defensa con éxito de Stralsund no creó una situación de guerra entre el emperador y Suecia, cuyo rey estaba todavía luchando en Polonia, aunque sus consejeros recomendaron a Fernando en 1629 que enviara a los polacos una importante ayuda militar (véase p. 181, *infra*). El fracaso de las tropas imperiales tampoco afectó gravemente su situación militar general (Dinamarca todavía estaba perdiendo la guerra). Sin embargo, fue un duro golpe desde el punto de vista polí-

25. Hay una espléndida descripción del asedio en *Monro his expedition*, 1.ª parte, pp. 62-80 («Trailesound = Stralsund). Un estudio moderno, más general, sobre la ciudad y su historia es el de H. Langer, *Stralsund 1600-1630: eine Hansestadt in der Krise und im europäischen Konflikt*, Weimar, 1970.

tico. Ya en septiembre de 1628, Wallenstein advirtió a Fernando desde su campamento de Breitemburgo, en Holstein, que su presencia era tan impopular que sólo podría continuar actuando si poseía un número de soldados lo suficientemente importante como para obligar a los habitantes nativos a pagar un tributo todas las semanas. El consejo que dio Wallenstein al emperador era el de reclutar y armar más y más hombres y ocupar todas las zonas del Imperio que fuera posible. Sólo de esa forma, argumentó, se verían obligados los príncipes territoriales, como los de Sajonia y Baviera, a permanecer leales y a abandonar todo proyecto de solicitar ayuda de tropas extranjeras, así como de ofrecer ayuda a los exiliados del Palatinado.[26] Pero era de todo punto imposible seguir reclutando tropas indefinidamente, pues eran ya demasiados los soldados en armas que el Imperio tenía que sustentar. Las listas del ejército del propio Wallenstein ponen de relieve la gravedad del problema que había creado (véase cuadro 3). Y, además, el Imperio tenía que pagar también las fuerzas de España y de la Liga católica en el noroeste.

CUADRO 3

Listas del ejército de Wallenstein, 1625-1630[27]

Año	Infantería	% del total	Caballería	Total	% incremento sobre el año anterior	% de tropas alemanas
1625	45.300	(73)	16.600	61.900	—	61
1626	86.100	(77)	25.000	111.100	79	72
1627	83.100	(74)	29.600	112.700	1	79
1628	102.900	(79)	27.300	130.200	16	74
1629	111.000	(86)	17.900	128.900	—1	80
1630	129.900	(86)	21.000	150.900	17	87

26. Schulz, *Der dreissigjährige Krieg*, documento 33.

27. Kollmann, ed., *Documenta Bohemica*, IV, pp. 414-446. Aunque las cifras representan únicamente fuerza sobre el papel, indican la magnitud del problema. Por supuesto, el coste era ingente. El arzobispado de Magdeburgo calculó que en septiembre de 1627 los gastos en concepto de contribuciones ascendían a 687.000 táleros; el ducado de Pomerania afirmaba haber pagado 1,7 millones hasta julio de 1628, y así sucesivamente.

El primer ataque político concertado contra Wallenstein y su sistema se produjo en la misma reunión electoral de Mühlhausen, en noviembre de 1627, en la que se planeó el Edicto de Restitución. Los electores católicos criticaron tanto la cuantía de los impuestos recaudados por el general del emperador Fernando como la forma en que eran distribuidos: «Sus impuestos de guerra garantizan unos salarios exorbitantes a los oficiales de los regimientos y a los del Estado Mayor», afirmaban, asegurando que el teniente-general Arnim obtenía 3.000 florines al mes. También censuraban a Wallenstein la práctica de vender nombramientos «hasta para cuatro regimientos a la vez a quien quiera que ofreciera sus servicios, aunque se tratara de criminales, extranjeros y de personas que desconocían por completo la administración militar», así como la falta de disciplina de las compañías a sus órdenes. Mencionaban el reciente motín de los regimientos del duque de Sajonia-Lauemburgo en el Wetterau. Pero, por supuesto, sus mayores agravios eran la destrucción y despoblación que provocaba el ejército y su incapacidad para controlar a las fuerzas imperiales estacionadas en sus propios dominios. «Los gobernantes territoriales —se lamentaban— están a merced de los coroneles y capitanes, que son unos indeseables carroñeros de la guerra y criminales que transgreden las leyes del Imperio».[28]

Los electores exigieron a Fernando que pusiera fin a los reclutamientos y que redujera la fuerza del ejército de Wallenstein (especialmente en Renania, donde tanto las tropas de los Habsburgo como las de los miembros de la Liga eran numerosas). Pidieron también que organizara un nuevo sistema de mando que gozara de la confianza de los gobernantes territoriales en el Imperio y que, para salvaguardar a «las pobres viudas y huérfanos», el ejército imperial fuera desposeído del derecho de recaudar sus propios impuestos por el llamado «sistema de contribuciones», que debía quedar bajo el control del sistema económico civil. El emperador debería prohibir a Wallenstein reclutar nuevas tropas sin la aprobación de los agentes imperiales, así como

28. Véase Klopp, *op. cit.*, pp. 815, 853. *El Kurfürstentag* de Mühlhausen, ciudad libre de Turingia, fue utilizado por el elector Juan Jorge para su autopropaganda. Encargó al compositor de su corte, Heinrich Schütz, que escribiera la obra *Da pacem* para esa ocasión. Incluía un motete para dos coros, uno de los cuales cantaba en el exterior del lugar de reunión y el otro en el interior, entonando la oración en latín por la paz. Véase R. Petzoldt, *Heinrich Schütz and his times in pictures*, Kassel y Londres, 1972.

recaudar nuevos impuestos de guerra sin el consentimiento, la administración y la supervisión de los gobernantes territoriales que albergaban a sus ejércitos.

El emperador estaba dispuesto a ignorar las quejas mientras durara el fragor de la batalla. Pero en diciembre de 1629, una vez que Dinamarca había sido derrotada, el nuevo elector de Maguncia, Anselmo Casimiro von Wambold, organizó una reunión de la Liga católica en Mergentheim y por primera vez insistió abiertamente en la dimisión de Wallenstein:

> Dado que el duque de Friedland [Wallenstein] ha contrariado y ofendido gravemente a todos los gobernantes territoriales del Imperio; y aunque la situación actual le ha llevado a comportarse con mayor cautela, no ha abandonado sus planes de retener Mecklemburgo en virtud de su mando imperial.

Según el elector, mientras Wallenstein permaneciera al frente del ejército imperial y en posesión de Mecklemburgo, nunca reinaría la paz en el Imperio.[29] En marzo de 1630, actuando en su calidad de archicanciller del Imperio, Wambold convocó a los siete electores para celebrar una reunión en Ratisbona el día 3 de junio, en la que el problema quedaría resuelto.

En esta ocasión, Fernando se vio obligado a escuchar las quejas de sus aliados alemanes, pues no le quedaban muchos más aliados. Urbano VIII, que había sido elegido papa en agosto de 1623, no manifestaba las mismas simpatías hacia los Habsburgo que habían demostrado sus predecesores. Interrumpió el envío de subsidios al emperador y a la Liga y decidió concentrarse en lo que consideraba que eran los intereses de los estados pontificios en Italia, para lo cual creía necesaria la neutralización de la influencia Habsburgo en la península. También Segismundo de Polonia, que en otro tiempo había apoyado al emperador, hacía ahora oídos sordos a sus peticiones de ayuda. En el verano de 1629, con su reino totalmente exhausto, Segismundo firmó una tregua de seis años con Suecia, que dejó a Gustavo Adolfo las manos libres para intervenir en el Imperio si lo deseaba (ya contaba con una cabeza de puente en Stralsund). También Francia, sofocada finalmente la rebelión hugonote, podía ofrecer ayuda nuevamente a los enemigos del emperador, y de hecho ya lo estaba haciendo en

29. *Die Politik Maximilians I. von Bayern, 4.ii., 1628-Juni 1629*, p. 348.

Italia. Lo que era todavía peor, España se vio obligada en ese momento a retirar su ayuda a la causa de Fernando debido a los serios reveses sufridos en los Países Bajos. En 1628, un ejército holandés capturó todo el tesoro de la flota que navegaba desde el Caribe hasta España, proveyendo así al mismo tiempo a la República con los recursos necesarios para lanzar un gran ataque contra los Países Bajos españoles y privando a Felipe IV de los medios económicos necesarios para organizar una resistencia eficaz. A comienzos de 1629, confiado en el éxito y contando con un ejército sin precedentes de 128.000 hombres, el comandante en jefe del ejército holandés, Federico Enrique (hermano de Mauricio), puso sitio a la importante ciudad de 's Hertongenbosch. Los Habsburgo respondieron enviando dos columnas —una de ellas formada por 10.000 soldados imperiales y la otra por soldados del ejército de Flandes— que penetraron en territorio holandés. En agosto ocuparon Amersfoort, a tan sólo 40 km de Amsterdam. Por desgracia para los Habsburgo, en ese mismo mes los holandeses arrasaron Wesel y en septiembre forzaron la rendición de 's Hertogenbosch, obligando así a que los ejércitos de los Habsburgo, totalmente aislados, se retiraran desordenadamente de Amersfoort. Pero esto no fue todo. Durante el invierno de 1629-1630, los holandeses expulsaron prácticamente a todas las guarniciones españolas del noroeste de Alemania. El bloqueo fluvial quedó totalmente roto y en julio de 1630 España entregó los bastiones que aún le quedaban a las fuerzas de la Liga de Tilly.[30]

Lo cierto era que la carga de defender la causa católica en Alemania recaía ahora casi por completo sobre Tilly, dado que el ejército de Flandes era demasiado débil como para defender ninguna plaza fuera de los límites de los territorios patrimoniales de Felipe IV y las tropas de Fernando II estaban demasiado ocupadas en otros lugares. La razón fundamental que explica estos dos hechos es muy simple: en el curso del año 1629 las dos ramas de la Casa de los Habsburgo se vieron fatalmente envueltas en una gran guerra con Francia en Italia debido a la infatigable diplomacia del conde-duque de Olivares.

30. Véase el excelente relato de estas campañas en Israel, *The Dutch Republic*, pp. 162-181.

IV. España y la guerra

«Dios es español y está de parte de la nación estos días.» Sin duda, hubo momentos a lo largo de 1625, ese *annus mirabilis* para las armas españolas, cuando incluso los enemigos de España podrían haber aceptado renuentemente que el conde-duque de Olivares no estaba totalmente equivocado en su confiada declaración sobre la afiliación nacional de la divinidad.[31] En el curso de ese año, Breda se rindió al ejército de Flandes comandado por el extraordinario Spínola; la República de Génova, aliada y cliente de España, fue rescatada del ataque de las fuerzas conjuntas de Francia y Saboya; una expedición naval conjunta hispano-portuguesa expulsó a los holandeses de Bahía en Brasil y, finalmente, una fuerza expedicionaria inglesa fue humillantemente derrotada cuando intentó atacar Cádiz. Si añadimos a todo ello las victorias de los Habsburgo en la Europa central, ciertamente parecía que si Dios no era español al menos tenía una gran predilección por la Casa de Austria.

Sin embargo, para Olivares, enfrascado en los mapas de Europa en su salón de mapas en Madrid, las victorias de 1625, aunque extraordinariamente alentadoras, suponían poco más que un respiro. España necesitaba la paz, la necesitaba para restaurar las exhaustas finanzas de la corona y la quebrantada economía de Castilla y para emprender las importantes reformas que le parecían esenciales para la supervivencia de su país. Pero la paz era muy difícil de conseguir. El rey de Francia, aunque preocupado temporalmente por el problema de los hugonotes, constituía una amenaza permanente para esa *pax austriaca* que Madrid consideraba indispensable para la supervivencia del catolicismo y el mantenimiento de la estabilidad en extensas zonas de Europa. El ataque contra Cádiz en noviembre de 1625 (véanse pp. 119-120, *supra*) había iniciado un estado de guerra entre Inglaterra y España. La situación de Italia era precaria: Venecia estaba constantemente implicada en maquinaciones anti-habsburguesas, Carlos Manuel de Saboya cambiaba constantemente de opinión y el papa Urbano VIII no era persona en la que se pudiera confiar. Pero, sobre todo, era el problema de Holanda el que parecía de más difícil solución. El problema no radicaba únicamente en el hecho de que la guerra de los Países Bajos impusiera una

31. Olivares al conde de Gondomar, citado en Brown y Elliot, *A Palace for a King*, p. 190.

sangría constante y casi intolerable sobre los recursos españoles, tanto en hombres como en dinero, con ser éste un problema muy grave. Además, la mano de los holandeses aparecía detrás de cualquier coalición anti-habsburguesa, las actividades de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y la de las Indias Occidentales ponían en peligro las posesiones ultramarinas de la Corona de Castilla y Portugal y, finalmente, la vida económica de la Península Ibérica se veía gravemente socavada por los éxitos de las actividades comerciales y empresariales holandesas.

Olivares no se hacía ilusiones respecto a la posibilidad de recuperar la adhesión de las Provincias Unidas de los Países Bajos. Esa posibilidad había dejado ya de existir hacía mucho tiempo. Pero creía, y no sin justificación, que los términos en los que se había negociado la tregua de 1609 habían resultado desastrosos para la monarquía española y esperaba que fuera posible forzar a los holandeses, mediante una presión militar y económica, a negociar una paz nueva y más duradera en unos términos aceptables para España. Pero para conseguir esto, España necesitaba ayuda, ayuda que sólo podía proceder del Imperio.

El principio fundamental de la política exterior del conde-duque era que «estas dos casas [las ramas austriaca y española de los Habsburgo] no se han de dividir por nada».[32] La ruptura de las negociaciones para concertar un compromiso matrimonial con la monarquía inglesa le permitió fortalecer los lazos existentes entre las dos casas pactando un matrimonio entre la hermana de Felipe IV, la infanta María, y Fernando, rey de Hungría, hijo del emperador. Pero Olivares creía también que era necesario un acuerdo más formal que garantizara a ambas partes la ayuda mutua en caso de peligro. Fue en 1625 cuando el Consejo de Estado discutió por primera vez en Madrid la posibilidad de establecer una alianza formal entre España, el emperador y los príncipes del Imperio, tanto católicos como protestantes, ya que se consideraba fundamental separar a los luteranos de los calvinistas.[33] Durante los años siguientes, Olivares persiguió con tenacidad la realización de este plan de establecer una alianza militar defensiva-ofensiva

32. AGS, Estado 2331, f. 126, Olivares en el Consejo de Estado, 10 de noviembre de 1630.

33. Una Junta del Consejo de Estado, que se reunió el 2 de junio de 1625, recomendó que la alianza propuesta no se basara en la afinidad religiosa, punto de vista que también sustentaba Olivares, por cuanto consideraba que la participación de Sajonia era indispensable (AGS, Estado 2327, fols. 371 y 372).

entre Madrid y Viena que, a sus ojos, era la única forma eficaz de garantizar una estabilidad permanente en la Europa central y de solucionar el problema de los Países Bajos. Si conseguía implicar al emperador en la guerra de España con Holanda, tal vez convenciendo a Fernando de que la paz definitiva de Alemania dependía de la pacificación de los Países Bajos, todavía sería posible reducir a esos vasallos rebeldes.

Las victorias de los Habsburgo en Alemania presentaron lo que parecía ser una oportunidad ideal para una acción concertada de España y el Imperio. Desde 1625, Olivares había negociado con el emperador y con Maximiliano de Baviera la posibilidad de realizar un gran «designio báltico». El objetivo de ese proyecto era conseguir para España una base naval en el norte. Ese puerto actuaría a modo de sede de una nueva compañía comercial que intentaría arrancar de manos de los holandeses el control del lucrativo comercio entre el Báltico y el Mediterráneo, comercio que, como Olivares juzgaba certeramente, era el fundamento de su prosperidad económica y de su resistencia militar. Una de las formas de realizar ese ambicioso proyecto sería conseguir que los ejércitos del emperador y de la Liga católica expulsaran a los holandeses del territorio de Frisia oriental, adyacente a la república, donde existían buenos puertos. Pero Maximiliano de Baviera, que sospechaba de las ambiciones españolas, no mostró entusiasmo alguno ante la idea de implicar a la Liga en esa iniciativa y Madrid se vio obligada a buscar soluciones alternativas.

El espectacular ascenso de Wallenstein dio a Olivares otra oportunidad. Los contactos del conde-duque con Wallenstein en 1627 encontraron una acogida favorable: al parecer, estaba dispuesto a proporcionar ayuda contra Holanda. Existían dos formas, no excluyentes entre sí, de concretar esa ayuda. Podía utilizar su ejército para ocupar uno de los puertos del Báltico y podía ordenar a sus fuerzas que penetraran en Frisia oriental invadiendo las provincias holandesas al otro lado del Ems, que además satisfarían sus ambiciones territoriales. Si se conseguía que al mismo tiempo el ejército de Flandes presionara a los holandeses desde el sur, la República se vería, sin duda, obligada a acceder a un acuerdo que garantizara a España una paz honorable.

Las perspectivas mejoraron para España en junio de 1627 con el comienzo de las hostilidades entre Francia e Inglaterra. Olivares, esperando capitalizar las dificultades de Richelieu, cambió bruscamente de política y ofreció al gobierno de París un acercamiento franco-espa-

ñol. El embajador español en París recibió instrucciones para conseguir el apoyo de Luis XIII en la formalización de una alianza contra todos los enemigos comunes: los protestantes franceses, los ingleses y, si fuera posible, los holandeses. Como muestra de buena voluntad, la flota española del Atlántico se trasladó desde Cádiz al golfo de Morbihan para ayudar al monarca francés en el asedio de La Rochelle, cuya población hugonote se había rebelado contra su rey confiando en las promesas de ayuda de los ingleses. Sin embargo, la alianza franco-española, aunque ardientemente deseada por el papado, no fue nunca fácil. Había quienes se oponían a ella en Madrid —donde uno de los consejeros de Felipe advirtió que «no havria ninguna teología que obligue a Vuestra Magestad a que en todas partes contra todos los herejes emplee sus armas» y, por otra parte, en París también se veían con recelo las intenciones españolas.[34]

La situación se deterioró de forma dramática en 1628. El emperador aprobó el «gran designio» en el Báltico, pero casi inmediatamente el ejército de Wallenstein se vio obligado a levantar el asedio del puerto de Stralsund, con lo cual se hundieron las esperanzas de conseguir un éxito inmediato. Pero no acabaron ahí los males, pues casi de forma inmediata una aventura mal calculada en la que Olivares se había embarcado en Italia dificultó, y luego desbarató totalmente, sus planes para terminar la guerra con Holanda, transformando de forma sustancial el panorama internacional.

El reavivamiento del conflicto (véase p. 73, *supra*) sobre la sucesión de Mantua y Monferrato, a la muerte del duque Vicente II en diciembre de 1627, provocó una serie de peligros en Italia que Olivares no pudo evitar, así como tentaciones a las que le fue imposible resistirse. Si la sucesión del duque Vicente recaía sobre el francés duque de Nevers, el pretendiente más fuerte, los franceses se hallarían en una posición que les permitiría burlar Milán, la base sobre la cual dominaba España el norte de Italia. Milán era, asimismo, el punto de partida de ese sistema estratégico vital de corredores militares que dis-

34. Straub, *Pax et Imperium*, p. 285 n., opinión de diciembre de 1627. El gobierno español, todavía en junio de 1626, intentó evitar declarar la guerra a Dinamarca, «por ser muchos los enemigos forzosos con que nos allamos, y no parezer justo buscar otros voluntarios». Olivares creía que los Habsburgo debían aprender a convivir con los luteranos. (Günter, *Die Habsburger-Liga*, p. 14, n. 53: opinión de Olivares fechada el 20 de junio de 1626.) Sobre las suspicacias en París, véase Lutz, *Kardinal Giovanni Francesco Guidi di Bagno*, libro II.

curría a través de la Valtelina (véase mapa 2) hasta la Europa central, o por el Rin hasta los Países Bajos. Lamentablemente para España, el duque de Nevers, advertido de la inminente muerte del duque de Mantua, llegó a esa plaza a mediados de enero de 1628, haciéndose de forma inmediata con el control del gobierno. Al instante despachó un enviado a Viena para convencer al emperador (cuya nueva esposa, hermana del duque fallecido, apoyaba la causa del francés) de su derecho a la sucesión.

Alarmado por estos peligros y sometido a duras críticas en el interior por sus supuestos fallos de gobierno, Olivares autorizó a don Gonzalo Fernández de Córdoba, comandante del ejército de Milán, a poner sitio a la fortaleza de Casale en Monferrato. La ocupación de este bastión casi inexpugnable constituiría un golpe brillante que restituiría la reputación de los ejércitos españoles y consolidaría la posición de España en la llanura lombarda. Pero el ejército de don Gonzalo, mal aprovisionado pese a los esfuerzos del conde-duque por enviar dinero, se vio atrapado en el exterior de los muros de Casale y lo que en un principio se había contemplado como un triunfo relámpago se convirtió en una pesadilla interminable. Fue ésta la acción política por la que posteriormente se lamentó Felipe IV: «si en algo he errado, y dado causa para menos agrado de nuestro Señor —admitió a un confidente en 1645—, ha sido en esto». Por su parte, el papa Urbano VIII se lamentaba en 1632 del hecho de que la guerra de Mantua hubiera provocado la derrota de la causa católica «pues todo el mundo sabe que antes de la guerra los Habsburgo, los franceses y todos los demás príncipes católicos concordaban en los asuntos de política exterior y que ... el progreso de la religión católica se desarrollaba de forma muy favorable en Alemania, en Francia y en todas partes».[35]

El largo asedio de Casale impuso nuevas y fuertes exigencias a las finanzas de la corona española e hizo necesario transferir los escasos recursos del ejército de Flandes a las fuerzas de Italia. A su vez, esta decisión tuvo desastrosas consecuencias sobre la guerra en los

35. C. Seco Serrano, *Cartas de Sor María de Jesús de Agreda y de Felipe IV*, I, Biblioteca de Autores Españoles, CVIII, Madrid, 1958, p. 28: carta de Felipe IV, Zaragoza, 20 de julio de 1645 (escrita, por tanto, más de dos años después de la caída de Olivares); Q. Aldea Vaquero, *España, el Papado y el Imperio durante la Guerra de los Treinta Años. II Instrucciones a los nuncios apostólicos en España (1624-32)*, Comillas, 1958, p. 32: instrucciones de Urbano VIII a los nuncios, 1 de mayo de 1632.

Países Bajos en el momento en que se celebraban negociaciones de paz. Como ya hemos señalado, los holandeses, reforzados por el río de plata española capturada a la flota que transportaba el tesoro desde América en 1628, se vieron, en 1629, en situación de pasar a la ofensiva contra el ejército de Flandes, debilitado por la partida de Spínola, que se había trasladado a Madrid para discutir los términos de un acuerdo de paz con la República. Por tanto, Madrid se vio una vez más enfrentada en 1629 con un dilema secular: ¿Flandes o Italia? Después de intensos debates, el Consejo de Estado, por influencia de Spínola y contra los deseos del conde-duque, autorizó a la archiduquesa Isabel para que firmara un acuerdo con los holandeses en Bruselas, para poder dar así prioridad a la guerra en Italia. Las consecuencias de esta decisión fueron exactamente las que temía Olivares. La República, consciente de la nueva debilidad de España en el norte, perdió el interés por alcanzar un acuerdo inmediato de paz, mientras que las provincias leales de los Países Bajos del Sur, terriblemente cansadas de la guerra y desmoralizadas por la serie constante de derrotas, se situaron al borde de la rebelión.

Sin embargo, éste no fue sino uno de los muchos problemas que abrumaron a Olivares durante esos críticos años de la guerra de Mantua transcurridos entre 1628 y 1631. La situación económica de Castilla se deterioraba sin cesar. El año 1627 había sido particularmente malo: los precios se elevaron notablemente bajo la presión combinada de las pobres cosechas y los efectos de la acuñación por parte del gobierno de cantidades excesivas de la devaluada moneda de cobre (vellón) durante los primeros años del reinado, en un intento por hacer frente a las necesidades financieras. Las fuerzas productivas de Castilla se veían aplastadas por un injusto sistema impositivo; el aumento de los precios amenazaba con provocar inquietud en las ciudades y el programa de reformas en el que con tantas esperanzas se había embarcado Olivares en 1621 se había visto prácticamente interrumpido, paralizado por la resistencia de las Cortes y de la oligarquía urbana y por la propia maquinaria gubernamental. El régimen era totalmente impopular y todos sus intentos contradictorios de hacer frente a los problemas de la inflación sólo sirvieron para aumentar su impopularidad y agravar la situación. La participación de España en una guerra en Italia, muy costosa y aparentemente desastrosa, dio los argumentos necesarios a los enemigos de Olivares. Todo tipo de manifiestos y escritos satíricos circularon por Madrid a lo largo de 1628 instando a

Felipe IV a librarse de su favorito para pasar a actuar como un auténtico rey.

Felipe no pareció dispuesto a aceptar de forma inmediata el consejo de los enemigos del conde-duque, pero hubo síntomas de tensión entre el rey y su ministro en la primavera y el verano de 1629, cuando el rey pareció inclinarse a aceptar la opinión de la mayoría de su Consejo de Estado e incluso llegó a comentar la posibilidad de conducir personalmente un ejército a Italia. Al conceder prioridad a Italia y aprobar la idea de un acuerdo con los holandeses, el Consejo de Estado había aceptado los argumentos de Spínola en pro de una paz en el norte. Pero una cuestión fundamental era el comportamiento de los franceses. Olivares había contado siempre con la posibilidad de que don Gonzalo de Córdoba capturara Casale antes de que Luis XIII derrotara a los hugonotes de La Rochelle, pero una vez más su cálculo fue erróneo. La Rochelle se rindió en octubre de 1628; en enero de 1629 Olivares advirtió al nuncio papal, con extraña presciencia, que si un ejército francés atravesaba los Alpes, Francia y España se verían envueltas en una guerra que duraría treinta años. Un mes más tarde, ignorando la advertencia, Luis XIII condujo a su ejército a través de las cumbres nevadas del paso del Mont Cenis y don Gonzalo, apremiado por la aproximación de los franceses, se vio obligado a levantar el largo y frustrado sitio de Casale.

Tal como había previsto el conde-duque, la decisión de Luis XIII de seguir el consejo de Richelieu y conducir un ejército a través de los Alpes situó a Francia y España en la vía del enfrentamiento. Ninguna de las dos potencias estaba preparada para una guerra a gran escala y el enfrentamiento de Mantua fue, por tanto, limitado. Pero desde la primavera de 1629, las exigencias de una política exterior firme habían adquirido prioridad, tanto en París como en Madrid, sobre cualquier consideración de reforma interna. Tanto Richelieu como Olivares intentaron movilizar sus recursos en hombres y dinero con un ojo puesto en el inminente conflicto. Ambos se apresuraron a firmar la paz con Inglaterra —Francia en abril de 1629 y España en noviembre de 1630— y comenzaron a cortejar asiduamente a sus aliados potenciales mientras se enzarzaban en un complicado juego de ajedrez político para conseguir el control de esa zona estratégica del tablero que se extendía desde el norte de Italia hasta la frontera de los Países Bajos.

En su búsqueda de aliados, Olivares pidió nuevamente ayuda a Viena, esta vez con cierto éxito. Pero el precio del éxito resultó ser

muy elevado. La presencia de los franceses en Italia constituía para Fernando una preocupación mayor que el curso de la guerra de los Países Bajos y en el verano de 1629 revocó el permiso que había dado a Wallenstein para que desplegara parte de su ejército contra los holandeses en Frisia. Ordenó, a continuación, que sus tropas se trasladaran a Italia. Esta aparición de las tropas imperiales al otro lado de los Alpes restableció el equilibrio en Mantua (con un terrible coste para ese desgraciado ducado), pero dio al traste también con una oportunidad probablemente irrepetible para ver hechos realidad los proyectos de Olivares de organizar una gran operación combinada hispano-imperial contra Holanda. Y en cuanto a Italia, la presencia de unos 50.000 soldados imperiales no permitió a los Habsburgo alcanzar el claro triunfo que esperaba Olivares.

Las relaciones entre Madrid y Viena se deterioraron peligrosamente a propósito de la cuestión de Mantua, que puso de relieve una vez más que las dos cortes no tenían puntos de vista y prioridades similares. Olivares desconfiaba profundamente de la influencia que ejercían sobre Fernando su esposa Gonzaga y su confesor, Lamormaini, y pensaba que, de entre los consejeros imperiales, sólo Eggenberg era un auténtico amigo de España.[36] El conde-duque consideraba la paz de Ratisbona de 1630 (véase p. 169, *infra*) como una traición imperial de los intereses españoles —«la más desautorizada paz que hemos sufrido jamás»— y no se lamentó cuando fue rechazada por Francia.[37] Pero tampoco él podía conseguir nada mejor. Cuando la cuestión de Mantua quedó definitivamente resuelta por los acuerdos de paz de Cherasco en la primavera de 1631, el duque de Nevers detentaba todavía la sucesión; los franceses consiguieron conservar la fortaleza de Pinerolo como base militar en la sección italiana de los Alpes y los españoles no consiguieron ocupar Casale.[38]

36. Es muy posible que tuviera razón en este punto. Véase el análisis de las opiniones políticas de los principales consejeros de Fernando, en Bireley, *Religion and Politics*, cap. 1. Ciertamente, Eggenberg fue a España en 1598-1599 y recolectó allí objetos de arte y libros (en su biblioteca había una edición de *Don Quijote* y una edición completa de las obras de Lope de Vega, con numerosas anotaciones de Eggenberg). El extraordinario castillo del príncipe, construido en las afueras de Graz a comienzos del siglo XVII, era prácticamente igual que los castillos españoles.

37. AGS, Estado 2331, f. 126, Olivares en el Consejo de Estado, 10 de noviembre de 1630.

38. Sin embargo, al insistir en su derecho a investir al nuevo duque de

Inevitablemente, los acontecimientos de la última fase de la guerra de Mantua se vieron oscurecidos por el avance, aparentemente irresistible, de los suecos. Olivares, dirigiendo ansiosamente su mirada a Europa en 1631-1632, detectó una gran conspiración internacional contra la Casa de Austria, una conspiración en la que quienes profesaban lealtad a la causa católica, Francia, Baviera y el propio pontífice, harían que grandes zonas de la cristiandad fueran arrastradas por la marea de la herejía. Era a España, como auténtica campeona de la fe, a quien correspondía detener esa marea de la mejor forma posible. Pero el conflicto de gigantes que desencadenó la intervención de Olivares en Mantua demostraría de manera irrefutable que, después de todo, Dios no era español, sino francés.

Mantua, el emperador obtuvo al menos un beneficio de la guerra: estableció para siempre sus derechos de soberanía sobre los estados del norte de Italia. Pero ese aspecto, que abrió el camino al gobierno directo de Austria entre los Alpes y el Po, tendría importancia en un futuro lejano. Por el momento, la humillación de los Habsburgo era tan intensa en Viena como en Madrid. Véase K. O. von Aretin, «Die Lehensordnungen in Italien im 16. und 17. Jahrhundert und ihre Auswirkungen auf die europäische Politik», en H. Weber, ed., *Politische Ordnungen und soziale Kräfte im Alten Reich*, Wiesbaden, 1980: Veröffentlichungen des Instituts für europäische Geschichte Mainz. Abteilung Universalgeschichte. Beiheft VIII, pp. 53-84, especialmente pp. 57-59 y 77.

Capítulo IV

LA GUERRA TOTAL

Aunque fue emperador durante 18 años, Fernando II nunca convocó la Dieta Imperial. Antes bien, decidió gobernar el Imperio mediante decretos publicados por su propia autoridad o después de consultar con los príncipes electores y con otros gobernantes de su confianza. Esta fórmula podría haber resultado aceptable si el emperador no hubiera tomado decisiones políticas. Pero no ocurrió así. El derrocamiento de gobernantes como el elector palatino o los duques de Mecklemburgo, la transferencia electoral, el mantenimiento del ejército de Wallenstein y el Edicto de Restitución, eran temas que habrían suscitado el debate y la oposición en cualquier circunstancia. Pero dado que la Dieta no se reunió entre 1613 y 1640, la legalidad de éstas (y de otras) medidas tomadas por el gobierno imperial se convirtió en tema de controversia en la corte de todos los gobernantes: los consejeros políticos y los académicos hicieron circular innumerables panfletos, conocidos como *Denkschriften*, que justificaban o criticaban una decisión determinada sobre la base del «Derecho Público» del Imperio («Público» porque implicaba relaciones entre estados).

La audiencia de estas publicaciones fue muy amplia. El derecho era, después de la teología, la disciplina intelectual más apreciada en Alemania y era estudiado por casi la mitad de los 8.000 jóvenes que ingresaban en las universidades del Imperio cada año a comienzos del siglo XVII.[1] Además, los argumentos de los *Denkschriften* y de otros

1. Véase el interesante estudio de Gross, *Empire and Sovereignty*, sobre el debate del «Derecho Público». Véase también O. Brunner, «Souveränitätsproblem

panfletos se filtraban a otras clases de la sociedad por medio de octavillas y cuadernillos ilustrados, que se imprimieron a millares durante la guerra. En efecto, esto sirvió para crear una «opinión pública» informada que ejerció una considerable influencia en determinados temas. Por tomar el ejemplo más claro, en el apoyo que se prestó a la rebelión bohemia influyeron en gran medida las opiniones expresadas en la literatura popular. De las 1.000 octavillas que se conservan de la guerra en la colección Gustav Freytag en Frankfurt, casi 400 fueron publicadas entre 1618 y 1621. Sólo hubo otro período similar de intensa actividad literaria durante la guerra, entre 1629 y 1633, cuando sus principales protagonistas intentaron conseguir el apoyo de los que aún no estaban comprometidos; 229 ejemplares de la colección Freytag proceden de estos años.[2]

Dado que todos los textos a los que hemos hecho referencia fueron publicados en Alemania y para la edificación del pueblo del Imperio, nos sentimos tentados a afirmar que, pese a las apariencias que puedan indicar lo contrario, la Guerra de los Treinta Años fue un asunto exclusivamente alemán. Se ha dicho incluso que «la "Guerra de los Treinta Años" debería ser llamada "la Guerra religiosa alemana"».[3] Pero este punto de vista es totalmente erróneo. El último período en el que los líderes políticos de Alemania tuvieron libertad para determinar su propio destino fue el período interlunar entre julio de 1630 y marzo de 1631, los meses que separaron la Reunión electoral de Ratisbona del Coloquio protestante en Leipzig. En ambas

---

und Sozialstruktur in den deutschen Reichsstädten der frühen Neuzeit», *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, L, 1963, pp. 329-360, especialmente pp. 347-351. Existe un claro paralelismo aquí con el debate de la «Constitución Antigua» en los comienzos de la Inglaterra de los Estuardo: en ambos países, el lenguaje del derecho dominaba la política.

2. Cifras tomadas de P. Hohenemser, ed., *Flugschrifttensammlung Gustav Freytag*, Frankfurt, 1925, n.os 4.771-5.794. Pueden encontrarse admirables colecciones de literatura popular sobre la guerra en D. Alexander y W. L. Strauss, *The German Single-Leaf Woodcut 1600-1700. A pictorial catalogue*, Nueva York, 1978; E. A. Beller, *Caricatures of the «Winter King» of Bohemia*, Oxford, 1928; *idem, Propaganda in Germany during the Thirty Years' War*, Princeton, 1940; M. Bohatcová, *Irrgarten des Schicksals: Einblattdrucke vom Anfang des dreissigjährigen Krieges*, Praga, 1966; y W. A. Coupe, *The German Illustrated Broadsheet of the Seventeenth Century*, 2 vols., Baden-Baden, 1966-1967.

3. P. Rassow, *Die geschichtliche Einheit des Abendlandes*, Colonia y Graz, 1960, p. 360.

asambleas, y en otras reuniones de menor escala celebradas entre ambas, se intentó conseguir un realineamiento de fuerzas en el seno del Imperio que pudiera preservar la paz —pues, en tanto en cuanto los príncipes alemanes permanecieran neutrales, existía una posibilidad de conseguirlo—. Pero en la primavera de 1631, el matrimonio forzoso de Suecia con Brandemburgo y el tratado franco-bávaro de Fontainebleau rompieron la unidad y situaron a los gobernantes de Europa al borde del abismo. La guerra general europea era ya inevitable.

I. Al borde del abismo

Tanto el emperador como sus aliados de la Liga acogieron con satisfacción la Reunión electoral (*Kurfürstentag*) de Ratisbona del verano de 1630, pues ofrecía la oportunidad de resolver las diferencias que habían surgido recientemente entre ellos. Su importancia a los ojos de todos los participantes viene demostrada por la lista de los que asistieron personalmente: el emperador, todos los electores católicos, el nuncio papal y diversos representantes diplomáticos de Francia, España, Venecia, Toscana e Inglaterra. Los electores de Sajonia y Brandemburgo se negaron a asistir personalmente en razón a su oposición al Edicto de Restitución, pero enviaron delegados. En conjunto, el número de asistentes se acercaba a los 2.000 entre participantes y observadores.

Fernando necesitaba conseguir la aprobación de los electores para ayudar financiera y militarmente a España en la guerra contra la República de Holanda. También necesitaba su apoyo frente a la amenaza de la agresión francesa y sueca y, de forma más inmediata, para la elección de su hijo primogénito como rey de romanos, o heredero de la corona imperial. En cuanto a los electores, su principal preocupación era conseguir la destitución de Wallenstein, que solicitaron formalmente el 16 de julio, después de sólo una semana de deliberación. A la consecución de su objetivo contribuyó la postura impasible del protagonista, que pasó el verano en Memmingen, no lejos de Ratisbona. Wallenstein se sentía cansado y deprimido ante la profunda crisis económica en que se encontraba. En efecto, el coste de su ejército era tan superior a la suma que recibía del emperador que simplemente no podía permanecer como comandante en jefe. Parece que casi sintió alivio cuando el 13 de agosto el emperador escuchó las esten-

tóreas voces que reclamaban su destitución. El general se retiró a sus propiedades de Bohemia y su principal financiero, Hans de Witte, se suicidó. Al conde Tilly, todavía general del ejército de la Liga, se le encargó la tarea de reducir el ejército imperial en un 75 por 100, fusionando con las suyas las unidades sobrevivientes. Pero a Tilly se le negaron incluso los medios económicos para mantener tan reducidas fuerzas, que exigían unos 5 millones de táleros anuales: el pago debía proceder de las asambleas de los Círculos, y los gobiernos territoriales representados en ellas siempre estaban atrasados en el pago de sus contribuciones. Los problemas del ejército se vieron agravados cuando el grueso de sus fuerzas se concentró en el asedio de Magdeburgo, ciudad que desafiaba abiertamente al emperador desde agosto de 1630. Los recursos locales se consumieron rápidamente y ante la imposibilidad de recurrir al sistema de contribuciones de Wallenstein el desasosiego se apoderó de las tropas.

La reforma militar en profundidad no fue la única concesión arrancada al emperador en Ratisbona. En efecto, la asamblea electoral se convirtió en un tribunal de investigación de la política exterior e interior de Fernando. Su veredicto fue realmente feroz y hubo que abandonar varias innovaciones del decenio de 1620: el Tribunal Supremo Imperial con sede en Speyer dejó de ser controlado desde Viena para quedar de nuevo bajo la supervisión general de los príncipes territoriales y al emperador se le hizo prometer que en el futuro «no se declarará ninguna guerra sino aquellas que aconsejen los electores». Fernando no obtuvo prácticamente nada a cambio de estas concesiones: no se eligió un rey de romanos ni se concedió el apoyo de la Liga para los ejércitos de los Habsburgo en los Países Bajos. Su única victoria consistió en mantener el Edicto de Restitución en su forma original, aunque algunos aliados católicos (encabezados por Baviera) aconsejaron que se introdujera alguna modificación. Según el relato de una entrevista mantenida entre Maximiliano (que se mostraba a favor de hacer algunas concesiones de poca monta a los protestantes) y el confesor del emperador, Lamormaini (quien sustentaba la opinión opuesta), la salvación del Imperio se hacía depender del cumplimiento estricto del Edicto:

> [Lamormaini] cerró los ojos y contestó ... el Edicto debe ser respetado, no importa cuáles puedan ser los males que se deriven posteriormente de él. Poco importa que debido a ello el empera-

> dor pierda no sólo Austria sino todos sus reinos ... con tal de que salve su alma, lo cual no podrá conseguir sin el cumplimiento del Edicto.[4]

De hecho, la reunión electoral de Ratisbona no sirvió para resolver los problemas que enfrentaban al Imperio y al emperador en 1630, sino, antes bien, para agravarlos. Al sacrificar a Wallenstein, Fernando perdió al único hombre cuya capacidad y poder podían haberle permitido consolidar las ventajas conseguidas recientemente y unificar a una débil y dividida Alemania bajo una fuerte monarquía Habsburgo. Al mantener el Edicto de Restitución, el emperador y los príncipes de la Liga se enajenaron aún más a los electores del norte de Alemania, exacerbando la división existente entre protestantes y católicos. De hecho, los acontecimientos de Ratisbona produjeron un vacío de poder. Nadie controlaba ahora el Imperio.

Fue precisamente en ese momento de debilidad y crisis cuando Francia y Suecia se vieron sumidas en el conflicto, cada una de forma diferente. En el verano de 1630 llegó ante el emperador una delegación francesa para buscar una solución a numerosos problemas: el control de la Valtelina (todavía en disputa pese a la paz de Monzón de 1626); la soberanía de los tres obispados de Lorena (ocupados por Francia en 1552 y reclamados todavía por el Imperio), y los derechos del duque de Nevers en Mantua y Monferrato. Las conversaciones se prolongaron durante los meses de julio y agosto, aprovechando los diplomáticos franceses el tiempo libre de que disponían para fomentar la oposición al emperador (por ejemplo, impulsando a los electores a rechazar el reconocimiento del hijo de Fernando como heredero). Pero entonces llegó una noticia sensacional a Ratisbona: el 18 de julio las tropas imperiales habían capturado la ciudad de Mantua y, con ella, al duque de Nevers. Los negociadores franceses pensaron entonces que era imprescindible hallar una rápida solución a la guerra del norte de Italia, antes de que la situación se deteriorara aún más. Inmediata-

4. Bireley, *Religion and Politics*, p. 125: este relato se debe a la pluma de Kaspar Schoppe (Scioppius), polemista católico antijesuita. Parece que los protestantes no esperaban ninguna concesión sobre el Edicto de Restitución. Sin embargo, lo cierto es que el emperador consiguió muy pocos beneficios al mantenerlo: aunque 37 ciudades imperiales sufrieron como consecuencia del intento, totalmente ilegal, de imponer el edicto, sólo en 7 de ellas se produjo un cambio sustancial del régimen político.

mente, solicitaron a París la autorización para concluir un acuerdo, autorización que no llegó. Finalmente, y no sin considerables recelos, el 13 de octubre firmaron un tratado que no sólo estipulaba la evacuación conjunta del norte de Italia por las tropas francesas e imperiales, sino que además comprometía a Luis XIII a negar apoyo a cualquiera que se opusiera al emperador.

No es difícil imaginar el impacto que causaron estas concesiones en la corte francesa. Desde la captura de La Rochelle en octubre de 1628 el rey había apostado fuerte en Mantua. Para permitir la rápida liberación del ducado, el gobierno francés había hecho amplias concesiones a los derrotados hugonotes (la «Gracia de Alais», junio de 1629); se había tragado su orgullo y había firmado una paz con Inglaterra que no produjo beneficios directos (el tratado de Susa, abril de 1629) y había renovado su costosa alianza con la República de Holanda (junio de 1630). En todos estos compromisos con grupos protestantes, Francia había contado con el apoyo activo de Urbano VIII, porque el objetivo de todos ellos era liberar a Italia del «yugo español», extremo éste deseado ardientemente por el papa.[5] Pero ahora, la iniciativa no autorizada de los enviados a Ratisbona había dado al traste con todo ello y se exigía a Luis que negara el apoyo a los enemigos de los Habsburgo. El prestigio y la credibilidad del monarca se vieron gravemente comprometidos y el rey reaccionó de forma furibunda. El alcance de su ira se aprecia en una carta que escribió a sus embajadores una semana después:

> Este tratado no es sólo contrario a vuestros poderes, a las órdenes contenidas en las instrucciones que llevasteis con vosotros y a las que os he enviado desde entonces en diversas ocasiones, sino que incluso contiene varias cláusulas en las que nunca he pensado y que resultan tan perjudiciales que no puedo escuchar su lectura sin sentir una gran insatisfacción.[6]

5. Sobre la diplomacia papal en los últimos años del decenio de 1620, véase Lutz, *Kardinal Giovanni Francesco Guidi di Bagno*, libro II; Aldea, *España, el Papado y el Imperio*, e *idem*, «La neutralidad de Urbano VIII». Sobre las campañas de Francia en Italia, véase J. Humbert, *Les Français en Savoie sous Louis XIII*, París, 1960.

6. Citado por O'Connell, «A cause célèbre in the history of treaty-making», p. 84.

Lo cierto es que el rey se negó a ratificar la paz de Ratisbona y unas semanas después, dado que la autoridad de Richelieu parecía haberse visto comprometida por este episodio, se organizó una operación importante para intentar apartarle del poder. La *Journée de Dupes* (11 de noviembre de 163●), organizada por la facción católica extremista de la corte, estuvo a punto de triunfar. Mantua siguió, por el momento, en manos de los Habsburgo.

Sin embargo, lo cierto es que la diplomacia francesa difícilmente podía haber cosechado más éxitos a largo plazo: su aceptación y posterior rechazo de los términos de Ratisbona causó mucho más daño a la causa imperial que si su negativa se hubiera manifestado desde un principio. Fernando II, fortalecido temporalmente por la aparente retirada de la lucha de Luis XIII, no sólo se negó a moderar las condiciones del Edicto sino que decidió que podía atacar al pequeño ejército sueco, que el rey Gustavo Adolfo había conducido a Pomerania el 6 de julio de 163●, sin intentar en ningún momento que sus medidas encontraran mejor aceptación entre los protestantes alemanes. Fue éste un terrible error de cálculo pues, cuando los imperiales comprendieron que sus tropas no podían ser retiradas de Italia, ya era imposible desalojar a los suecos de Pomerania.

Los más inmediatamente afectados por la invasión sueca fueron los estados protestantes del norte de Alemania. Fundamental para el futuro curso de la guerra era la forma en que sus gobernantes, en especial los dos electores, pudieran reaccionar. Juan Jorge de Sajonia y Jorge Guillermo de Brandemburgo, el primero luterano y el segundo calvinista, no habían mantenido relaciones cordiales en el pasado. En su calidad de «clarissimo príncipe luterano» del Imperio, Juan Jorge se veía a sí mismo como «protector de la cuna de la Reforma» y, al igual que la mayor parte de sus correligionarios, desconfiaba de los calvinistas más que de los católicos. Sus opiniones políticas conservadoras le habían llevado a apoyar generalmente al emperador. La situación del elector de Brandemburgo era más difícil. Aunque tras la caída de Federico del Palatinado, Juan Guillermo era líder de los calvinistas alemanes, en la misma medida en que Juan Jorge lo era de los luteranos, en realidad su posición era mucho más débil. El elector habría deseado mantener la postura de neutralidad armada en el decenio de 1620, pero las poderosas asambleas representativas luteranas de Brandemburgo, temerosas de que pudiera verse arrastrado en el conflicto, se negaron a conceder a su gobernante reformado el apoyo necesario

para esa política. Luego, en 1626, cuando tanto las tropas danesas como las imperiales cruzaban el electorado impunemente, se hizo necesario elegir entre ambos bandos. Aunque la mayor parte de los consejeros de Guillermo eran calvinistas como él, su principal consejero, el conde Adam de Schwarzenberg, era católico y se apoyó en los deseos de las asambleas luteranas de mantener la seguridad y una buena posición económica para inducir a su elector a establecer una alianza con el emperador (el tratado de Königsberg de mayo de 1627). Pero la alianza imperial no resultó satisfactoria: los brandemburgueses no tardaron en quejarse del duro trato a que les sometían las tropas imperiales que penetraron en el país en persecución de los daneses.

Los dos electores protestantes se reunieron durante una semana en abril de 1630 en Annaberg, en Sajonia, para discutir los últimos acontecimientos políticos y las circunstancias de la próxima reunión electoral en Ratisbona. Reafirmaron la decisión anterior de no asistir a la reunión personalmente y acordaron otorgar a sus delegaciones las mismas instrucciones. Los consejeros reformados de Juan Guillermo se habrían visto más satisfechos si los electores hubieran adoptado una posición más clara contra el emperador (contemplaron incluso la posibilidad de una alianza protestante defensiva), pero los sajones no estaban preparados todavía para una aventura conjunta de ese tipo. Sin embargo, a comienzos de septiembre, cuando los dos electores y sus consejeros se reunieron de nuevo, en esta ocasión en el castillo de Zabeltitz (Sajonia), la actitud de los sajones había variado sustancialmente. Juan Jorge se manifestó muy alterado por la invasión sueca y por los acontecimientos de Ratisbona, en especial por la actitud intransigente de los católicos respecto al Edicto de Restitución, y esto otorgó a los brandemburgueses la oportunidad de plantear de nuevo sus propuestas, encontrando esta vez una respuesta más favorable. Los consejeros privados de Jorge Guillermo, que defendían ya una actitud más decidida frente al emperador, aconsejaron ahora una estrategia similar respecto al rey sueco. Ciertamente, hay que considerar que su actitud hacia los suecos era una consecuencia directa de su política imperial: en ambos casos, se trataba de preservar la integridad y la constitución del Imperio en general y los derechos de los estados protestantes en particular; ambas políticas pretendían crear una tercera fuerza neutral entre el rey y el emperador para impedir que la guerra siguiera extendiéndose. Fueron las propuestas de Brandemburgo las que se impusieron en Zabeltitz y Juan Jorge anunció que convocaría una

reunión de todos los príncipes protestantes alemanes en Leipzig en un futuro próximo para discutir sus agravios y tomar las medidas adecuadas.

Sin embargo, las decisiones de Juan Jorge fueron efímeras. Como luterano y firme defensor de la constitución imperial, continuó oponiéndose a una confrontación directa con el emperador. No ha de sorprender, por tanto, que las presiones conjugadas de los electores católicos y de sus correligionarios luteranos (en especial su cuñado, el archiconservador landgrave Jorge II de Hesse-Darmstadt) no tardara en convencer a Juan Jorge de que las conversaciones bilaterales con el emperador serían mucho más fructíferas que cualquier esfuerzo multilateral con otros gobernantes protestantes. Posteriormente, en el mes de noviembre, los católicos, alarmados por el rechazo francés de la paz de Ratisbona, anunciaron súbitamente la posibilidad de hacer concesiones en el Edicto de Restitución y propusieron la celebración de un encuentro con los protestantes a comienzos de 1631, en Frankfurt, para discutir la ejecución del edicto imperial. «Creímos —explicaron más tarde los electores católicos— que si negábamos cualquier gesto de buena voluntad por nuestra parte habríamos puesto en peligro el Sacro Imperio Romano, en especial la ... fe católica.»[7] En otras palabras, el encuentro de Frankfurt había sido planeado deliberadamente para impedir la unión de los protestantes (véase lámina 8).

Si el encuentro de los protestantes en Leipzig se llevó a cabo finalmente ello se debió a la actitud de los consejeros calvinistas de Brandemburgo, que continuaron insistiendo ante el elector de Sajonia en la necesidad de que los gobernantes protestantes celebraran un encuentro, aunque sólo fuera para diseñar una estrategia evangélica conjunta en Frankfurt. Juan Jorge, pese a las objeciones de algunos de sus consejeros, se dejó convencer finalmente y en enero de 1631 se enviaron comunicaciones a 160 estados informándoles de que la tan esperada conferencia comenzaría por fin el 6 de febrero. La respuesta fue abrumadora: asistieron todos los grandes príncipes protestantes, con excepción de Jorge de Hesse-Darmstadt, y varias ciudades imperiales enviaron también representantes.

Pero el principal problema seguía siendo la actitud de Juan Jorge:

7. «The Catholic Electors to the Bishop of Bamberg, Regensburg, 18 December 1630», en M. C. Lundorp, *Der Römischen Kayserlichen Majestät und Des Heiligen Römischen Reichs... Acta Publica*, IV, Frankfurt del Main, 1668, p. 103.

¿Insistiría en que la conferencia de Leipzig debía ser un encuentro preparatorio de las próximas conversaciones de Frankfurt, o apoyaría también la toma de medidas defensivas? Cinco días antes del comienzo de la conferencia, Fernando II había enviado una carta amenazadora al elector prohibiendo que se armaran los príncipes protestantes. Pero otros le urgían a considerar la posibilidad de adoptar medidas defensivas conjuntas, entre ellos el influyente predicador sajón de la corte Matthias Hoë von Hoënegg, que en los años anteriores se había distinguido por sus furibundas diatribas anticalvinistas (véase p. 00, *supra*). Sin embargo, el Edicto de Restitución había hecho variar su actitud. Sólo unas semanas antes de la conferencia de Leipzig, Hoë había dicho a Juan Jorge que si el edicto no era revocado, el elector estaría obligado, en su calidad de luterano, a luchar contra el emperador. De igual forma, en un sermón que pronunció el primer día de la convención, Hoë instó a los gobernantes reunidos a unirse y a defenderse contra el gobierno arbitrario de Fernando y sus aliados.[8]

Los pastores calvinistas de la corte de Berlín acogieron de buen grado las opiniones de Hoë. Durante años habían defendido, sin éxito, una mayor cooperación con los luteranos y su actitud más militante encontraba apoyo ideológico en el irenismo reformado cuyo principal portavoz en los años 1620 y 1630 fue Juan Pedro Bergius, homólogo de Hoë en Berlín. Los estudios de Bergius en Heidelberg, Estrasburgo y Cambridge y sus visitas a Francia y Holanda le habían puesto en contacto con el protestantismo internacional. En su condición de teólogo moderado, estaba convencido de que la mayor parte de los desacuerdos entre los luteranos y los calvinistas podían ser superados, ya que las dos Iglesias protestantes concordaban en los «artículos fundamentales» de la fe cristiana. Sus opiniones reflejaban la posición confesional oficial de la Iglesia calvinista de Brandemburgo y del elector y sus consejeros. Al igual que Hoë, instó a los príncipes reunidos en Leipzig a que se unieran y se defendieran.[9]

8. Véase Matthias Hoë von-Hoënegg, *Homiliae über den 83 Psalm, so zu Leipzig in dem Convent der Evangelischen und Protestierenden Chur-Fürsten und Ständen, den 10. Februarij, Anno 1631 Erkläret, und auff jnständiges anhalten und begehren in Truck gegeben*, s. l., 1631.

9. La influencia de Bergius en la política eclesiástica de Brandemburgo ha sido estudiada por Bodo Nischan, «John Bergius: Irenecism and the beginning of official religious toleration in Brandenburg-Prussia», *Church History*, LI (1982), pp. 389-404, e *idem*, «Calvinism, the Thirty Years' War, and the beginning of

Mientras los políticos se reunían, los teólogos mantenían su propio coloquio. Hoë y dos de sus colegas luteranos de Sajonia se reunieron con Bergius de Brandemburgo y con otros dos calvinistas de Hesse-Kassel. Partiendo de la Confesión de Augsburgo como base para sus deliberaciones, estos seis hombres hicieron gala de una armonía sin precedentes. Ciertamente, quedaron sin resolver los grandes temas que dividían a luteranos y calvinistas —las doctrinas de la Santa Cena y de la Predestinación—, pero ambas partes acordaron analizar esas diferencias en otras reuniones posteriores. Asimismo prometieron «manifestarse mutuamente amor cristiano en el futuro». El coloquio religioso fue importante porque ayudó a crear una atmósfera de buena voluntad y aportó, así, una valiosa base ideológica para la cooperación política y militar que los príncipes buscaban en su reunión de Leipzig.[10]

Sin embargo, la sorprendente armonía que se manifestó en el frente ideológico no prevaleció por completo en las deliberaciones políticas. Inicialmente, Juan Jorge y sus más tímidos consejeros seculares se mostraron decididos a no hablar sino de la próxima reunión de Frankfurt. Pero, sin duda, los representantes de Brandemburgo expresaban una preocupación común cuando el 15 de marzo plantearon la cuestión de la resistencia militar.[11] Sugirieron que era posible organizar una alianza defensiva protestante sin violar la constitución imperial. Esa alianza no iría dirigida contra nadie en particular, pero salvaguardaría los derechos de los príncipes contra quien pudiera ponerlos en peligro, ya fuera el emperador Fernando o el rey de Suecia. La

---

Absolutism in Brandenburg: the political thought of John Bergius», *Central European History*, XV (1982), pp. 203-223. Sus sermones de Leipzig fueron publicados con el título de *Brüderliche Eynträchtigkeit Auss dem Hundert Drey und Dreyssigsten Psalm Bey der Protestirenden Evangelischen Church-Fürsten und Stände Zusammenkunfft zu Leipzig Anno 1631... in Drey Predigten erkläret*, Frankfurt-an-de-Oder, 1635.

10. Véase Johannes Bergius, *Abermaliger Abdruck der Relation der Privat-Conferentz, welche bey währendem Convent der Protestirenden Evangelischen Church-Fürsten vnd Ständen zu Leipzig im Jahr 1631. Monats Martii zwischen den anwesenden beyderseits Evangelischen, so wol Lutherischen als Reformirten Theologen gehalten worden*, Berlín, 1644. El protocolo puede encontrarse también en Wolfgang Gericke, *Glaubenszeugnisse und Konfessionspolitik der Brandenburgischen Herrscher bis zur Preussischen Union, 1540 bis 1815*, Bielefeld, 1977, pp. 143-156.

11. ZSM, Rep. 21. 127 p. I, pp. 27-29. Actas de la Conferencia de Leipzig. Véase también Bodo Nischan, «Brandenburg's Reformed Räte and the Leipzig Manifesto».

respuesta fue tan alentadora que los representantes de Brandemburgo decidieron redactar una propuesta formal para la creación de una alianza defensiva. Ésta fue la base del Manifiesto de Leipzig, la resolución final elaborada por los príncipes el 12 de abril de 1631 que creaba una asociación defensiva, la *Leipziger Bund*, con un ejército de 40.000 hombres que sería utilizado únicamente con objetivos defensivos. Su reclutamiento y financiación quedarían a cargo de los Círculos imperiales, cuyos esfuerzos defensivos serían coordinados por un comité presidido por Juan Jorge de Sajonia. El objetivo de esta asociación armada quedó claramente expresado: sería el de proteger y «mantener las leyes básicas, la constitución imperial y las libertades alemanas de los estados protestantes».[12]

El Manifiesto de Leipzig fue un intento de proteger los intereses religiosos y políticos de los gobernantes protestantes. Fue una clara advertencia a Fernando II y sus aliados de que resistirían la opresión militar y cualquier nuevo intento de recatolización. Asimismo, sirvió para que Gustavo Adolfo comprendiera que los electores de Brandemburgo y Sajonia, así como la mayor parte de los demás estados luteranos, no estaban dispuestos a convertirse en aliados suyos. En resumen, el Manifiesto intentaba defender la constitución del Sacro Imperio Romano creando una tercera fuerza neutral entre los ejércitos imperiales de la Liga y los extranjeros, cuya agresión amenazaba convertir la guerra en la Europa central en un gran conflicto internacional.

También Maximiliano de Baviera se sintió profundamente perturbado por los acontecimientos del verano de 1630. A primera vista, su ansiedad puede parecer un tanto injustificada, pues ningún otro príncipe alemán se benefició tanto como él de la destitución de Wallenstein. Tilly, general de la Liga, comandaba ahora también el ejército imperial y el camino parecía haber quedado despejado para que Maximiliano recuperara el dominio militar sobre Fernando, que había poseído antes de 1625. Pero a Maximiliano no le interesaba tan sólo salvaguardar sus derechos e intereses como príncipe alemán y católico romano, sino también la protección del título electoral y de los territorios que había adquirido recientemente. Para ello, necesitaba un período de paz. Las crecientes divisiones en el seno del Imperio y la

12. El Manifiesto de Leipzig se encontrará en Lundorp, *Acta Publica*, IV, pp. 144-146; y J. P. Abelin, *Theatrum Europaeum, II*, Frankfurt del Main, 1646, pp. 309-311.

extensión del conflicto en 1630 amenazaban sus logros, urgiéndole a buscar nuevos procedimientos para salvaguardar sus derechos e intereses. Las dificultades de Maximiliano se veían incrementadas por su apoyo al Edicto de Restitución (que le impedía hacer causa común con cualquiera de los príncipes protestantes) y, más todavía, por la proximidad geográfica de Francia y la creciente hostilidad de este país frente a los Habsburgo.

Franceses y bávaros ya habían entablado negociaciones para una posible alianza a mediados de 1620. En un esfuerzo por debilitar el poder de los Habsburgo, Richelieu había intentado persuadir a Maximiliano para organizar y encabezar un grupo de príncipes, mixto desde el punto de vista confesional, pero el príncipe bávaro, ansioso por conservar su independencia política, dirigía su mirada a Francia únicamente para proteger su título electoral y sus territorios. El gobierno francés no podía aceptar este juego, por lo cual las negociaciones quedaron rotas en 1627 (véase p. 112, *supra*). Sin embargo, la amenaza del régimen absolutista en el Imperio, personificado fundamentalmente en el ejército de Wallenstein, hizo que Maximiliano se mostrara de nuevo más receptivo al llamamiento de los franceses. La llegada de Hercule de Charnacé, agente de Richelieu, a Munich, el 16 de marzo de 1629 señaló el comienzo de otra ronda de negociaciones.

Durante un tiempo pareció que una vez más las conversaciones quedarían abortadas y Charnacé se marchó. Sin embargo, en octubre de 1630, el padre José afirmó en Ratisbona que Baviera estaba dispuesta a discutir seriamente la alianza. Varias razones explican este cambio de actitud. La primera es el miedo de Maximiliano ante el hecho de que España había prometido secretamente a Carlos I de Inglaterra que el Palatinado y el título electoral serían finalmente restituidos a Federico.[13] La segunda era la profunda crisis política en el Imperio: el temor a Wallenstein y la oposición a implicarse en Mantua fueron sustituidos por el temor a Gustavo Adolfo. Aunque la amplitud de la implicación de Suecia en la guerra no fue evidente de forma

13. Véase Aldea, *España, el Papado y el Imperio*, p. 34: instrucciones de Urbano VIII a los nuncios que iban a España, 1 de mayo de 1632. Los temores de Maximiliano no carecían de fundamento: por el llamado «tratado de Cottington», concluido tras la paz de Madrid (que puso fin al conflicto anglo-español en 1631), España aceptó un vago compromiso de «actuar correctamente» en el Palatinado. Véase Simon Adams, «Spain or the Netherlands: the dilemmas of early Stuart Foreign Policy», p. 100.

inmediata, la presencia de Gustavo en suelo alemán, que se percibía como una seria amenaza a la constitución imperial y a los intereses de Baviera, impulsaron inexorablemente a Maximiliano en la dirección de una alianza con Francia. El acuerdo con Francia era deseable en el otoño de 1630 debido a la actitud todavía incierta de Suecia y de los príncipes protestantes y se hizo urgente para Maximiliano después del tratado de Bärwalde (enero de 1631), que selló la alianza de Francia y Suecia en la causa de la «restitución de las asambleas suprimidas del Imperio».

Sin embargo, como ocurría con los electores protestantes, la religión también influía en el pensamiento político de Maximiliano. Su confidente y confesor, el jesuita Adam Contzen, insistía en la necesidad de un tratado con Francia desde la primavera de 1629 con la esperanza de que esa alianza fortaleciera la causa católica en el Imperio. Soñaba con la existencia de un frente católico europeo (un proyecto totalmente irreal en tanto se mantuviera la rivalidad entre los Habsburgo y los Borbones), pero los argumentos profranceses de Contzen —apoyados totalmente por los diplomáticos papales— influyeron en Maximiliano y en sus consejeros, especialmente cuando se hizo evidente que el rey de Suecia estaba dispuesto a utilizar el poderío militar para quebrantar la posición de los católicos en el Imperio.[14]

El gran obstáculo en las conversaciones franco-bávaras era la negativa de Richelieu a comprometerse en dos puntos que Maximiliano consideraba fundamentales para la protección de sus derechos y de la constitución imperial. Baviera deseaba que Francia aceptara el derecho hereditario de su familia al título electoral que había adquirido, pero

14. Véase Bireley, *Maximilian von Bayern, Adam Contzen*, pp. 168 s. Sobre el impulso dado por el papado a una paz franco-bávara, véase Aldea, «Neutralidad», pp. 174 ss. Algunos historiadores han pasado por alto el papel desempeñado por el papado en este tema, debido al silencio de algunas fuentes; sin embargo, la correspondencia de Bagno (que se halla ahora en los Manuscritos Barberini de los archivos del Vaticano) aporta numerosas pruebas al respecto. Lo cierto es que en sus despachos a Roma de 1628 a 1631, Bagno dedicó a las negociaciones franco-bávaras más espacio que a ningún otro tema. Intentó mantener en secreto su participación —en una carta al consejero bávaro Jocher afirmaba: «Este asunto ha de quedar en un total secreto, porque mis relaciones con España se verían muy afectadas si se supiera que estoy implicado en la consecución de una unión estrecha entre Francia y Baviera»—, pero la verdad se descubrió cuando un espía español registró el apartamento de Bagno en París (Bireley, *Religion and Politics*, p. 160).

Richelieu sólo estaba dispuesto a reconocer el derecho personal de Maximiliano, negándose a garantizar el de sus descendientes. Además, el elector deseaba incluir una cláusula especial en el tratado que reconociera sus obligaciones constitucionales para con el Imperio y el emperador. Richelieu, decidido a conseguir el apoyo bávaro contra los Habsburgo, se negó. Finalmente, Richelieu cedió, para asegurarse un aliado alternativo a los suecos y para apaciguar a sus críticos católicos. De esta forma, Maximiliano consiguió las garantías y el reconocimiento que buscaba. El tratado de Fontainebleau se firmó en mayo de 1631. Habría de durar ocho años y se mantendría en un secreto total. Ambas partes acordaron la no agresión y no ayudar a los enemigos de la otra. Sin embargo, los príncipes de la Liga no fueron incluidos en el tratado, y esta fue una omisión que habría de tener graves consecuencias al año siguiente.[15]

El tratado de Fontainebleau puede ser considerado como la contrapartida católica del Manifiesto protestante de Leipzig, hecho público tan sólo unas semanas después. Ambos fueron una respuesta directa al fracaso de la reunión electoral de Ratisbona en el restablecimiento del orden. Ambos intentaban proteger la constitución del Imperio y los derechos y libertades de los príncipes. Los dos buscaban la creación de una tercera fuerza neutral que se situara entre el emperador y sus enemigos extranjeros para impedir la ampliación del conflicto. Pero ambos esfuerzos —y ésta fue la gran tragedia de Alemania— fracasaron finalmente porque en ningún caso pudieron detener a los suecos, que tenían su propia idea sobre lo que deseaba el Imperio y que contaban con la fuerza necesaria para aplastar a todos aquellos cuya opinión fuera diferente de la suya.

II. 1630-1632: LA INTERVENCIÓN DE SUECIA

Un panfleto inglés anónimo de 1630, titulado *The Civil Wars of Germany,* ofrecía a los lectores una útil guía de la guerra y de sus comandantes. Contenía 21 retratos de los jefes militares de cada bando, junto con un sucinto *curriculum vitae*, y la guerra estaba dividida en «167 episodios» numerados, cada uno de ellos vívidamente narra-

15. Albrecht reproduce el texto del tratado de Fontainebleau en *Auswärtige Politik*, pp. 378-379.

do y lleno de hechos. Ahora bien, es significativo el hecho de que sólo 32 de los episodios seleccionados se situaban durante los doce primeros años de la guerra. Para los espectadores ingleses, como para la mayor parte de los alemanes, la guerra no comenzaba realmente sino con el «episodio 33», con la llegada al Imperio del rey Gustavo Adolfo de Suecia y su ejército, en julio de 1630 (véase lámina 9).

El rey no llegó a Peenemünde con la intención expresa de sumergir a Europa aún más profundamente en la guerra. Su *Declaración* de junio de 1630, que tuvo una circulación mayor que ningún otro panfleto de la época (23 ediciones en cinco idiomas) estaba redactado en términos modestos. Comenzaba, inocentemente, con una lista de agravios personales menores: «Su Majestad de Suecia ha sufrido muchos ultrajes e injurias sin poder recibir ninguna satisfacción por ellas, tales como que sus cartas [dirigidas a otros príncipes] hayan sido interceptadas, abiertas y falsamente descifradas e interpretadas», o haber visto cómo se le negaba el permiso para participar en la paz de Lübeck o para enviar una embajada al emperador. A continuación, se denunciaba la ayuda que Wallenstein había prestado al rey de Polonia en 1629 («[el emperador] ha hecho que ejércitos enteros marchen a Prusia contra Su Majestad y el reino de Suecia»). Seguidamente, Gustavo se quejaba del «designio báltico» de los Habsburgo que, afirmaba, iba dirigido contra la supremacía marítima de que gozaba Suecia en ese momento. Sólo al final, y con cierta reticencia, el manifiesto mencionaba la opresión de las libertades alemanas por el emperador como motivo para la invasión. En ningún caso se hacía referencia a lo que Suecia esperaba conseguir mediante su intervención, ni al deseo de salvar la causa protestante de la extinción a manos de las tropas imperiales.[16] Todavía en agosto de 1630 el rey protestaba que su campaña «no estaba de ninguna forma dirigida contra Su Majestad Imperial ... sino únicamente como defensa contra los perturbadores de la paz pública, tanto eclesiásticos como seculares». Ciertamente, el objetivo de esta actitud constitucionalista era atraerse a la opinión pública alemana —el rey conocía bien lo importante que era entablar una guerra que los contemporáneos consideraban «justa»—, pero Gustavo Adolfo probablemente creía que su manifiesto era una expresión real de su misión. En 1636, cuatro años después de la muerte del rey, su

16. Hay una versión inglesa del *Kriegsmanifest* en G. Symcox, ed., *War, Diplomacy and Imperialism 1618-1763*, Londres, 1974, pp. 102-113.

más estrecho colaborador, el canciller Axel Oxenstierna, negaba todavía que la invasión de 1630 hubiera sido fundamentalmente una cruzada protestante. Era, recordó al Consejo de Estado (al que no tenía por qué mentir), «no tanto una cuestión de religión, sino más bien de salvaguardar el *status publicus* [la situación política general], en el que también está comprendida la religión».[17]

Ciertamente, el *status publicus* del norte de Europa en el verano de 1630 era motivo de preocupación para los dirigentes suecos. Tres años antes, tras la derrota de Cristián IV y sus aliados, los ejércitos de Tilly y Wallenstein habían avanzado hacia el norte, hasta el Báltico. La península de Jutlandia fue totalmente ocupada, los duques de Mecklemburgo fueron depuestos y Wallenstein se instaló en su lugar. Por su parte, el duque de Pomerania fue obligado a admitir guarniciones imperiales en sus territorios. Aunque Stralsund resistió el asedio de los imperiales, en septiembre de 1628 una nueva ofensiva de Cristián IV, reforzada por los escoceses de Stralsund, fue totalmente derrotada en Wolgast. Esto dejó totalmente libres las manos de Wallenstein para ayudar con 12.000 de sus hombres al cuñado del emperador, Segismundo de Polonia, que trataba de rechazar una invasión sueca desde 1625 (véase p. 119, *supra*). En un principio, se impusieron las fuerzas de Gustavo Adolfo: Dorpat fue ocupada casi inmediatamente y toda Livonia cayó ante los suecos; en 1626, varios puertos de Prusia fueron ocupados. Pero en ese punto se detuvo el avance sueco. Si bien la nobleza que controlaba el Estado polaco no estaba dispuesta a luchar por Livonia, una adquisición reciente que se consideraba que sólo producía beneficios a la corona, Prusia formaba parte de la comunidad por la que estaban decididos a luchar hasta el final. Así pues, Gustavo Adolfo y sus hombres tuvieron que permanecer a orillas del

17. Citas tomadas de D. Böttcher, «Propaganda und öffentliche Meinung im protestantischen Deutschland, 1628-36», *Archiv für Reformationsgeschichte*, XLIV (1952), pp. 181-203, en pp. 191-194 (reeditado en Rudolf, *Dreissigjährige Krieg*, pp. 325-367); y Roberts, *Essays in Swedish History*, p. 84. Persiste la incertidumbre sobre los objetivos de guerra de Suecia en 1630-1631, pues los documentos de que disponemos son poco confiables. Así, podría argumentarse que el tono del Manifiesto es moderado porque tal es la esencia de estos documentos. Y en 1636, es posible que Oxenstierna actuara con mayor cautela como consecuencia de la derrota de Nördlingen, o bien que pusiera en práctica de nuevo la política de prudencia que (él más que su impulsivo rey) había propugnado en 1630. Véase un análisis más completo de los objetivos de guerra de Suecia en pp. 225-233 y 261-265, *infra*.

Báltico, agotando las tierras que controlaban y el tesoro sueco.[18] No eran un enemigo de peso para el ejército polaco-imperial que avanzaba por el Vístula en el verano de 1629. El 27 de junio, los suecos sufrieron una severa derrota en la batalla de Honigfelde (o Stuhm) de la que Gustavo tuvo la fortuna de salir con vida.

Fue también afortunado para él el hecho de que poco después de esta derrota un enviado francés llegara al campamento sueco. Hercule de Charnacé, enviado especial de Richelieu, tras haber fracasado en su intento de persuadir a Maximiliano de Baviera para que rompiera con el emperador y de convencer a Cristián IV de Dinamarca para que siguiera luchando, recibió instrucciones de apartar a Gustavo Adolfo del conflicto polaco como medida preliminar para la intervención sueca en Alemania. En esta ocasión, el diplomático francés tuvo éxito. En Altmark, entre dos campamentos hostiles, los diplomáticos franceses (ayudados por sir Thomas Roe, representante de Carlos I) convencieron a los dos primos Vasa para que el 25-26 de septiembre firmaran una tregua de seis años, que confirmaba el control sueco de Livonia pero que decretaba la restitución de todas las otras conquistas a excepción de algunos puertos de Prusia. Suecia aceptó estas duras condiciones a cambio de la concesión, mientras durara la tregua, de los derechos de aduana de los barcos que atracaran en los puertos de Polonia y Prusia. Ésta era una fuente extraordinariamente lucrativa de ingresos, pues la mayor parte de los 1.500 barcos que entraban en el Báltico anualmente en esa época se dirigían a los puertos de Danzig, Königsberg y Elbing. De hecho, los derechos de aduana reportaban una suma equivalente a la tercera parte de los ingresos totales de Suecia. Cuando la concesión expiró en 1635, Oxenstierna exclamó solemnemente ante su hermano: «te aseguro que Suecia no es ahora más de la mitad del reino que era el año pasado».[19]

Pero eso era cosa del futuro. En el otoño de 1629, firmada la paz

18. Se ha calculado que el coste de las campañas de Prusia en 1626-1629 supuso a Suecia un desembolso de 5 millones de táleros: Petersen, *Defence, war and finance*, p. 35.

19. Citado en K. R. Böhme, «Das Amt Memel in schwedischer Sequestratur (Nov. 1629-Jul. 1635)», *Zeitschrift für Ostforschung*, XVIII, 1969, pp. 655-703, en p. 657. Sobre los peajes, véase E. Wendt, *Det Svenska Licentväsendet i Preussen, 1627-35*, Upsala, 1933, pp. 89, 98, 107, 184-202. Hay un buen estudio de las conversaciones de paz en J. K. Fedorowicz, *England's Baltic Trade in the Early Seventeenth Century. A study in Anglo-Polish commercial diplomacy*, Cambridge, 1980, pp. 189-206.

con Polonia y con una nueva fuente de ingresos y la promesa del apoyo francés, Gustavo Adolfo estaba preparado para intervenir en Alemania. Estaba, en muchos sentidos, bien preparado para hacerlo. Comandaba un ejército disciplinado y experimentado; gobernaba sobre un país bien organizado y leal; poseía importantes reservas de material de guerra, en especial cobre y hierro. En dos ocasiones distintas, la Dieta sueca había declarado su apoyo a una campaña en Alemania, aceptando que la organización de las operaciones quedara totalmente a discreción del rey. Como hemos visto, Gustavo eligió como principal *casus belli* la intervención imperial en Polonia, pero no tuvo tiempo de encontrar aliados previamente. Cuando penetró en Alemania en julio de 1630, el único aliado de Suecia en el Imperio era la ciudad de Stralsund. Durante los meses siguientes, la situación apenas mejoró: sólo los desposeídos (los duques de Mecklemburgo y Sajonia-Weimar), los que esperaban obtener alguna cosa (uno de los pretendientes a Brunswick-Lüneberg) o los que se sentían directamente amenazados u ocupados por las tropas imperiales (Hesse-Kassel y el obispado secularizado de Magdeburgo) declararon su apoyo a Gustavo. Entre las potencias extranjeras, sólo Rusia ofreció ayuda práctica, ayuda que en realidad se limitó a la licencia para exportar, libres de impuestos, grandes cantidades de trigo de Narva a Amsterdam, para que pudiera ser vendido con buenos beneficios que financiaran el esfuerzo de guerra sueco. En el curso del año 1630, el tesoro sueco sólo ingresó 78.000 táleros procedentes de esta fuente de ingresos.[20]

Este conjunto descoordinado de aliados no podía erigirse en un enemigo peligroso para los ejércitos católicos victoriosos y en un principio la causa de Gustavo Adolfo no progresó de forma importante. Sus diplomáticos no consiguieron asegurarse un acuerdo con los principales estados del norte de Alemania ni una firme promesa de ayuda financiera de Francia y, sin esos apoyos vitales, a sus tropas les fue imposible avanzar desde la cabeza de puente que habían establecido en el Báltico. La razón de la neutralidad de los luteranos alemanes no era un secreto: los príncipes no se cansaban de afirmar a todo el mundo que deseaban evitar una traición abierta y que preferían utilizar

20. Se ha exagerado mucho el subsidio ruso: durante todo el período 1629-1633, Suecia sólo ingresó 160.000 táleros por ese concepto. Véanse las cifras y el estudio de L. Ekholm, «Rysk spannmaal och svenska krigsfinanser, 1629-33», *Scandia*, XL, 1974, pp. 57-103, reeditado parcialmente en Ekholm, *Svensk krigsfinansiering*.

la amenaza sueca para arrancar concesiones a Viena sin tener que romper con el emperador. Sus esperanzas estaban depositadas en las discusiones de Leipzig y Frankfurt y no en los inquietos ejércitos de Pomerania y Mecklemburgo. Sin embargo, la razón de la reticencia francesa era menos evidente para quienes esperaban ansiosamente a orillas del mar Báltico. Al igual que Suecia, Francia se había visto envuelta en una guerra a gran escala durante varios años y sus dirigentes comprendían que la paz y la desmovilización sólo podían reportar ventajas. Si el emperador hubiera hecho concesiones —ya fuera sobre los obispados de Lorena, sobre la Valtelina o sobre Francia— en el verano de 1630, Richelieu tal vez habría abandonado a Suecia, pero tras la ocupación de Mantua por las tropas imperiales la alianza con Gustavo Adolfo parecía inevitable. El gran desafío a que se vio sometido el poder personal de Richelieu en el otoño de 1630 (véase p. 171, *supra*) retrasó el acuerdo inmediato, pero el 23 de enero de 1631 se firmó el tratado de Bärwalde, por el cual Francia se comprometió a proporcionar a Suecia 400.000 táleros anuales durante cinco años para apoyar la lucha de ese país por las libertades alemanas y la libertad de comercio en el Báltico. Se acordó que el culto católico sería permitido en las zonas conquistadas donde ya existía y que los territorios de los miembros de la Liga católica serían considerados neutrales, a menos que protagonizaran la agresión.[21]

El subsidio francés no era importante —muy inferior al producto de los derechos de los puertos prusianos—, pero su concesión se produjo en un momento crítico para la economía de guerra de Suecia. El tesoro de Gustavo tenía que sustentar ahora a 50.000 hombres en Alemania y Livonia y otros 20.000 en Suecia y Finlandia y el coste era exorbitante: 2,3 millones de táleros del tesoro real se gastaron en 1630 —cifra muy superior a los ingresos de todo el año—, pero esa cantidad sólo sirvió para satisfacer menos de la mitad de las necesidades de las tropas. Cuando el monarca sueco inició la guerra esperaba que la mayor parte de las necesidades del ejército serían satisfechas por los territorios ocupados, pero hasta agosto de 1631 no eran lo

21. Los acontecimientos demostrarían que Richelieu no contaba con los medios necesarios para obligar a su aliado a cumplir estos términos restrictivos. El tratado está publicado en *Sverges Traktater*, V, pp. 438-440, y ha sido estudiado en profundidad por Roberts, *Gustavus Adolphus*, II, pp. 466-469. Hay una traducción inglesa de las cláusulas más importantes en Roberts, *Sweden as a Great Power*, pp. 136-138.

bastante extensos como para poder soportar la gran concentración de tropas (en la segunda mitad de 1630 suministraron tan sólo 35.000 táleros al mes y en la primera mitad de 1631 tan sólo 75.000). Tampoco las provincias del Báltico, agotadas ya por los sucesivos ejércitos de ocupación, podían soportar la carga durante mucho tiempo. Incluso una zona hasta entonces no ocupada, el condado de Memel, que fue cedido temporalmente a Suecia en 1629, fue devastada en el plazo de un año por las 17 compañías de caballería asentadas en ella. Mientras que antes de la ocupación había 154 caballos, 236 bueyes, 103 vacas, 190 cerdos y 810 ovejas, en 1631 quedaban tan sólo 26 bueyes y 1 vaca; los restantes animales habían desaparecido, sacrificados o tomados por los soldados. Incluso las autoridades suecas describieron la zona como «devastada». Difícilmente podía haber llegado en un momento más oportuno el oro de Richelieu.[22]

Pero si los subsidios franceses aliviaron los problemas inmediatos de dinero, no sirvieron para conseguir aliados. En el oeste, las fuerzas de Tilly sitiaban Magdeburgo y ocupaban Hesse-Kassel; el ejército de Gustavo Adolfo estaba todavía a unos 240 km de distancia, en Stettin, y sus 30.000 hombres se hallaban rodeados por las fuerzas imperiales, más numerosas. En el este, los príncipes protestantes reunidos en Leipzig no mostraron interés en concertar una alianza con Gustavo Adolfo. Sin duda, Suecia se vería obligada a emprender un «difícil cortejo».

Así pues, en abril de 1631, avanzó hacia el sur penetrando en Brandemburgo, tomando y saqueando las ciudades de Küstrin y Frankfurt del Oder (defendidas por guarniciones imperiales). Pero era demasiado tarde para salvar al único aliado de Gustavo que había tomado las armas, Magdeburgo, que fue capturada por las tropas imperiales el 20 de mayo. Toda la ciudad fue saqueada por la enfurecida soldadesca que había sufrido terribles privaciones en las trincheras durante el asedio. Una gran parte de la población fue masacrada y fueron más aún los que perecieron en el fuego que se declaró poco después de la ocupación. Sólo unos pocos, como el inventor Otto von Guericke, consiguieron salvarse. No hay nada especial en la brutalidad ejercida en Magdeburgo —el saqueo de una ciudad que se resistía era

22. Böhme, *art. cit.*, p. 701; Ekholm, *Svensk krigsfinansiering, passim.* Véase también el estudio de K. R. Böhme, anterior y más completo, *Die schwedische Besetzung des Weichseldeltas 1626-36*, Beihefte zum Jahrbuch der Albertus-Universität Königsberg, XXII, Wurzburgo, 1963.

práctica habitual durante la guerra—, pero el alcance de la matanza fue inhabitual. Una cosa era el incendio o la destrucción de una aldea y otra muy distinta la aniquilación de una ciudad de 20.000 habitantes que, además, era una de las capitales del protestantismo. No menos de 20 periódicos, 205 panfletos y 41 octavillas ilustradas describiendo los horrores del acontecimiento fueron impresos y circularon por toda Europa, de forma que observadores de Londres, París, Amsterdam, Estocolmo, Roma, Madrid, así como de las cortes principescas de Alemania, conocieron cómo trataba el emperador a sus súbditos protestantes. Sin duda alguna, el episodio de Magdeburgo (al que se dio gran publicidad), ciudad situada junto a la frontera de Brandemburgo y administrada por el tío del elector (el margrave Cristián Guillermo), ayudó a convencer al renuente Jorge Guillermo para unir su suerte a la de Gustavo Adolfo (21 de junio de 1631).[23]

El pacto con Brandemburgo fue muy oportuno para Suecia. La paz de Cherasco (ratificada por Fernando el 19 de junio) liberó finalmente al importante ejército imperial del norte de Italia para que pudiera luchar en el Imperio, impulsando a Tilly a avanzar hacia el nordeste desde Magdeburgo, para enfrentarse a Gustavo Adolfo. La clave de la situación militar era ahora Sajonia, situada entre los suecos y los imperiales, pues ambos bandos tenían que atravesar las ricas tierras del Electorado, hasta entonces ajeno a la guerra, para atacar al otro. En agosto, Tilly solicitó permiso para que su ejército, falto de aprovisionamiento, pudiera cruzar la frontera, pero Juan Jorge se lo negó (véase lámina 12). Afirmó: «Ya veo que ahora han de ser consumidos los pasteles sajones, que durante tanto tiempo no han sido tocados; pero tal vez descubras que en su interior hay duras nueces que pueden romper tus dientes».[24] Cuando el 4 de septiembre Tilly

23. Los periódicos, panfletos y octavillas que describen el saqueo y que iban desde la exoneración (los publicados en Munich) hasta la acusación de brutalidad criminal (según Leipzig) han sido analizados por W. Lahne, *Magdeburgs Zerstörung in der Zeitgenössischen Publizistik*, Magdeburgo, 1931; conmemoración tricentenaria. Véase también N. Henningsen, ed., *Die Zerstörung Magdeburgs 1631. Eine Darstellung der historischen Begebenheiten nach Otto von Guerickes Handschrift und nach urkundlichen Quellen*, Colonia, 1911. Wedgwood ha realizado, en inglés, un excelente estudio del saqueo: *Thirty Years' War*, pp. 228-291.

24. Un buen estudio es el de A. Wang, «Information und Deutung in illustrierten Flugblättern des Dreissigjährigen Krieges. Zum Gebrauchscharakter einiger Blätter des Themas *Sächsich Confect* aus den Jähren 1631 und 1632», *Euphorion: Zeitschrift für Literaturgeschichte*, LXX, 1976, pp. 97-116.

condujo su ejército para consumir los «pasteles sajones», Juan Jorge se apresuró a unir sus fuerzas con las de los suecos, incorporando su ejército «Leipziger Bund», formado por 18.000 reclutas sin instrucción, al de los 23.000 veteranos de Gustavo Adolfo. Una semana después se firmó una alianza entre los dos gobernantes y decidieron dar la batalla a Tilly en Breitenfeld, ligeramente al norte de Leipzig. Los aliados disfrutaban de una clara superioridad numérica sobre los imperiales, que sólo contaban con 31.000 soldados, entre los que se incluían 7.000 hombres agotados que acababan de llegar de Mantua (5.000 más estaban de camino, pero se hallaban todavía a más de 300 kilómetros hacia el sur). Así pues, los protestantes tenían un 30 por 100 más de hombres y poseían una aplastante superioridad en artillería: mientras que Tilly contaba con 27 piezas normales de artillería, los suecos tenían 51, apoyadas por una batería de cuatro cañones del 3, móviles (y muy efectivos), adscritos a cada regimiento. Los suecos poseían también mayor flexibilidad: aunque en la batalla del 17 de septiembre la infantería sajona cedió cuando cargaron las tropas imperiales, las formaciones suecas, de seis hileras de profundidad (mientras que las formaciones imperiales eran de treinta hileras), taparon los huecos rápidamente. Apenas hicieron falta dos horas para que los cañonazos, las continuas salvas de los mosquetes y las tácticas superiores de Gustavo Adolfo pusieran en fuga a las tropas de Tilly. Unos 7.600 soldados imperiales quedaron muertos en el campo de batalla, la mayor parte de ellos por efecto de las armas suecas; otros 9.000 fueron capturados o desertaron y muchos más se batieron en retirada. Las dos terceras partes del ejército imperial, que hasta entonces nunca había sido derrotado, se perdieron, junto con su artillería y 120 estandartes de los regimientos y compañías.[25]

Breitenfeld fue la primera gran victoria protestante en el campo de batalla desde el comienzo de la guerra. Pero, ¿cómo sería explotada esta victoria? Gustavo Adolfo había intentado mantener el Báltico libre para Suecia expulsando a los imperiales de su orilla meridional y lo había conseguido brillantemente. Pero el monarca no había hecho

25. Hay dos excelentes descripciones de la batalla, en *Sveriges Krig*, IV, y en Roberts, *Gustavus Adolphus*, II, pp. 535-538. Algunos de los estandartes de Tilly, que en otro tiempo colgaban en la iglesia de Riddarholm, están expuestos actualmente en la «Colección de Trofeos del Estado» del Museo Histórico del Ejército en Estocolmo. Las innovaciones tácticas del ejército sueco se analizan en las pp. 297-299, *infra*.

planes para una victoria a tal escala; de hecho, no poseía ni siquiera mapas detallados de los territorios situados al sur de Brandemburgo y al oeste de Magdeburgo.[26] Por tanto, se puede perdonar a Gustavo Adolfo que no eliminara a su principal enemigo, Tilly (que se retiró más allá del Saale y el Weser), dirigiéndose en cambio con sus agotados veteranos hacia el sudoeste, hacia una zona confortable en los territorios católicos situados a lo largo del Main, mientras que sus aliados de Sajonia avanzaban hacia el sudeste a través de Silesia, penetrando en Bohemia. Federico V y los duques de Sajonia-Weimar acompañaron a Gustavo Adolfo para invernar en Maguncia, mientras que la mayor parte de los exiliados bohemios avanzaban con los sajones y penetraban en Praga de nuevo el 15 de noviembre de 1631.

Esta estrategia aseguró, cuando menos, la destrucción de la «tercera fuerza», ya fuera encabezada por la Sajonia protestante o la Baviera católica. La Convención de Frankfurt se reunió finalmente el 4 de agosto, pero sólo asistieron a ella trece estados católicos (diez de ellos eclesiásticos) y algunos protestantes (liderados por Sajonia). La delegación de Brandemburgo no acudió hasta septiembre y apenas se había discutido ningún tema cuando el 14 de octubre los participantes católicos huyeron, para no caer en manos de los suecos que se aproximaban. El elector de Maguncia, que había reforzado, en vano, las guarniciones de su Estado, huyó a Colonia, seguido de cerca por el obispo de Wurzburgo, quien, también en vano, había creado una milicia de 1.700 hombres. Sus súbditos huyeron al primer lugar que les ofreció refugio, a Westfalia, a la Lorena francesa, y a los cantones suizos.[27]

Sin embargo, y no deja de resultar extraño, el estandarte sueco siguió suscitando pocos apoyos, excepto entre aquellos que poco tenían que perder. Así, los primeros —y durante algún tiempo los únicos— potentados que declararon su apoyo a Gustavo Adolfo en Fran-

26. El mapa de «Mark Brandenburg» de Oluf Hansson, que era el mejor con que contaba Gustavo Adolfo en 1631, sólo cubría Alemania hasta Frankfurt del Oder, Magdeburgo y Dessau. (KrA, Krigskaadeplatserna 1630-48, 4; escala 2:51.)

27. Stritmatter, *Der Stadt Basel während des dreissigjährigen Krieges*, p. 66, señala que sólo en Basilea había 5.256 refugiados en 1633, con 1.776 vacas. Sobre la reorganización de Franconia y Renania a cargo de Suecia, véase Deinert, *Die Schwedische Epoche*; Müller, *Der schwedische Staat*, y Weber, *Würzburg und Bamberg*. Para más información sobre la convención de Frankfurt, Bireley, *Religion and Politics*, cap. 8 (especialmente pp. 159 y 167-168).

conia fueron los caballeros imperiales, señores de minúsculos estados. Otros gobernantes más importantes sintieron menos entusiasmo ante la gran victoria del monarca, pues la llegada del ejército sueco iba seguida invariablemente de la petición a los príncipes de que abandonaran la neutralidad y declararan la guerra al emperador. Por ejemplo, el destacado luterano margrave Cristián de Brandemburgo-Kulmbach, había conseguido mantenerse neutral durante las primeras fases de la guerra. Aunque era una figura destacada de la Unión protestante (véase p. 51, *supra*), rechazó las peticiones de ayuda del elector del Palatinado y, aunque súbdito leal del emperador, se negó también a apoyar a los ejércitos imperiales en su avance hacia el norte contra Dinamarca. Asistió al Coloquio de Leipzig (una de las muchas veces que acudió a Sajonia para celebrar conversaciones políticas) y posteriormente reclutó una milicia de 1.200 hombres para proteger su frontera. Pero todo fue en vano. Un mes después de la batalla de Breitenfeld recibió una carta de Gustavo Adolfo en la que le preguntaba si era amigo o enemigo. El avance del ejército sueco no le dejaba elección y el 31 de octubre el margrave Cristián tuvo una audiencia con el monarca, juró que era su aliado contra el emperador y prometió proporcionar cuarteles y contribuciones para el ejército. De esta forma, los súbditos del margrave se vieron sometidos a duras condiciones como consecuencia de la actuación de las tropas, los capitanes de los cuarteles y los recaudadores de impuestos. Cuando los campesinos intentaron expulsar a los intrusos, en noviembre de 1632, fueron masacrados. Un cronista que visitó el lugar donde se produjo la resistencia de los últimos campesinos se sintió abrumado al encontrar los viñedos y los campos teñidos del rojo de la sangre, con los cadáveres dispersos en extrañas posiciones en un radio de 4 kilómetros. Mientras tanto, el margrave se encerró en el único castillo que podía defender, el castillo de Plassenburg, y esperó a que pasara la tormenta. Éstas fueron las consecuencias de la victoria de Suecia en Breitenfeld, para aquellos que hasta entonces habían permanecido «neutrales».[28]

Los príncipes protestantes se vieron enfrentados a la misma dramática elección en todos los lugares del Imperio. Jorge de Hesse-Darmstadt conoció especiales dificultades porque su derecho a la he-

28. E. Sticht, *Markgraf Christian von Brandenburg-Kulmbach und der dreissigjährige Krieg in Ostfranken 1618-35*, Kulmbach, 1965; véase la p. 154 para más detalles sobre la rebelión campesina y su represión.

rencia de Marburgo descansaba únicamente en la buena voluntad imperial. A comienzos de 1632, obligado a decidir entre los luteranos suecos, que llamaban a su puerta, y el emperador católico en la lejana Viena, el landgrave Jorge reunió a sus consejeros y teólogos de la corte para que contestaran a este dramático interrogante: «si Su Gracia se ve obligado a elegir entre uno de los dos bandos en conflicto en el Imperio, ... ¿a cuál de ellos debe unirse?». Aunque pueda parecer increíble, los teólogos se inclinaron hacia el bando imperial antes que hacia una alianza que incluía a calvinistas y —peor aún— a Guillermo de Hesse-Kassel. Pero en último extremo, el Edicto de Restitución y el ejemplo del suegro del landgrave, Juan Jorge de Sajonia, inclinaron la balanza y Jorge se decantó también por Suecia.[29]

Gracias a los recursos obtenidos de estos nuevos, aunque renuentes, aliados, las tropas de Gustavo Adolfo se vieron finalmente bien aprovisionadas. La eficacia del sistema de aprovisionamiento sueco queda reflejada en un informe de su campamento de comienzos de abril de 1632, reproducido por un semanario inglés. El informe comenzaba constatando la abundancia de ganado: un caballo por una libra, un buey por la mitad de esa cifra y gansos y aves prácticamente por nada. Sin duda, las tropas encontraron comida abundante y barata por toda Franconia, donde el ejército se hallaba acuartelado. Esta situación era consecuencia de una extorsión a gran escala. Sólo el vino escaseaba, afirmaba el autor del informe, especulando que los católicos habrían «alegrado su desmayado corazón con él ... antes de su triste partida».[30]

De hecho, con o sin la ayuda del vino, el ejército católico se apresuraba a reagruparse al otro lado del Weser. Las guarniciones del oeste, dirigidas por el conde Pappenheim, atacaron el sistema de comunicaciones sueco; y el cuerpo principal del ejército, comandado por Tilly, se trasladó en noviembre a la segura Baviera y comenzó a reclutar soldados de refuerzo para la nueva campaña. En teoría, según los términos del tratado de Bärwalde, Gustavo Adolfo estaba obligado a considerar neutrales todos los territorios aliados de Francia, pero, al

29. K. Beck, «Die Neutralitätspolitik Landgraf Georgs II. von Hessen-Darmstadt. Versuch und Möglichkeiten einer Politik aus christlichen Grundsätzen», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XXII (1972), pp. 162-228.

30. *The continuation of our forraine avisoes*, n.° XX (28 de abril de 1632), p. 6. Los reportajes de guerra comenzaron durante el conflicto alemán y la guerra fue un factor importante en el crecimiento de la publicación.

parecer, Tilly había perdido su vigor. Según un consejero bávaro del cuartel general, el comandante en jefe, que contaba 73 años, se mostraba «perplejo y deprimido, sin capacidad de decisión; no sabe cuidar de sí mismo, rechaza una propuesta tras otra, no decide nada, sólo ve grandes dificultades y peligros, pero no tiene idea de cómo superarlos». En marzo, Tilly perdió imprudentemente la protección que le ofrecía el tratado de Bärwalde al expulsar de Bamberg a un destacamento sueco. Tres semanas después, Gustavo Adolfo avanzaba hacia el sur con 37.000 hombres contra los 22.000 que formaban el ejército de Tilly. Avanzó de forma inexorable y cruzó el río Lech en Rain, ante los mismos ojos del ejército bávaro: bajo una intensa cortina de fuego de 72 cañones, se construyó un puente a través del cual pasaron los hombres de Gustavo. En la matanza que siguió, Tilly cayó mortalmente herido.[31]

Muerto Tilly y vencido su ejército, nada podía detener el pillaje del amado ducado de Maximiliano: muchas ciudades, situadas incluso a 60 o 70 km de distancia, se apresuraron a rendirse a los vencedores; muchas más fueron saqueadas y sólo algunas consiguieron escapar al pillaje. «Vuestra Gracia no reconocería la pobre Baviera —escribió Maximiliano a su hermano Fernando de Colonia—; tanta crueldad no se ha conocido hasta ahora en una guerra.» Gustavo Adolfo y Federico V realizaron una entrada triunfal en Munich el 17 de mayo, pasaron revista a sus tropas victoriosas, jugaron al tenis juntos en las pistas ducales, contemplaron la colección artística del duque y saquearon la ciudad con tanta saña como los bávaros habían saqueado Heidelberg diez años antes. Capturaron, además, cien piezas de artillería, muchas de las cuales habían pertenecido anteriormente a Federico y sus aliados. Habrían de pasar tres años hasta que Maximiliano pudiera regresar a su capital (véase lámina 13).[32]

31. Opinión de un comisario de guerra o consejero de guerra bávaro, diciembre de 1631, citado por S. Riezler, *Geschichte Bayerns*, V, Munich, 1890, pp. 395-396. La tumba de Tilly, situada en una capilla especial junto al altar en Altötting (cerca de la frontera de Baviera con Austria), es una obra maestra del arte barroco postridentino. Su calavera mira hacia afuera con severidad por una ventana abierta en el sarcófago de piedra, mientras que su figura se puede observar en la pietà detrás del altar: Tilly se arrodilla absurdamente con indumentaria de guerra a la izquierda de la cruz.

32. Sobre el exilio de Maximiliano, véase Heinisch, *Salzburg im dreissigjährigen Kriege*, pp. 141 ss.; para Baviera bajo la ocupación sueca, véase G. Rystad, «Die Schweden in Bayern während des dreissigjährigen Krieges», en Glaser,

La causa católica parecía perdida. El ejército de la Liga se hallaba quebrantado y su principal bastión, Baviera, reducido a cenizas. Por un momento, pareció que España salvaría una vez más la situación, pues sus fuerzas recuperaron Speyer y algunas otras plazas poco importantes a lo largo del curso del Rin en la primavera de 1632. Sin embargo, en ese momento Felipe IV perdió el control de los Países Bajos del Sur. En junio, el ejército holandés capturó, en rápida sucesión, Venlo, Roermond, Straelen y Sittard, obligando a los españoles a enviar a ese escenario un ejército que se hallaba en el Palatinado para impedir el ataque sueco. Pero no fue suficiente para evitar que los holandeses sitiaran la gran fortaleza de Maastricht, centro de todas las comunicaciones entre Bruselas y los católicos de Westfalia. En ese momento, un pequeño grupo de nobles holandeses, encabezados por el conde Enrique van den Bergh, se apresuraron a unirse al ejército holandés en Limburgo, e hicieron un llamamiento a sus compatriotas para que se sacudieran «el yugo español». Nadie se movió, a excepción de los holandeses, que culminaron con éxito el asedio de Maastricht el 23 de agosto, a pesar del desesperado ataque que lanzó un ejército imperial dirigido por Pappenheim contra las fortificaciones de asedio menos de una semana antes. Un tanto perturbados por estos acontecimientos, un segundo grupo de conspiradores, que (desconociendo la existencia del primer grupo) habían intentado llamar en su ayuda a los franceses, decidieron finalmente no actuar.[33] Así, los españoles consiguieron mantener el control de los Países Bajos del Sur

---

ed., *Wittelsbach und Bayern, II/1*, pp. 424-435. Véase también la descripción de los testigos de la devastación, en H. Hörger, «Die Kriegsjahre 1632 bis 1634 im Tagebuch des P. Maurus Friesenegger, nachmaligen Abtes von Andechs (1640-1655)», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, XXXIV, 1971, pp. 866-876.

33. Un agente inglés en Bruselas, el pintor Balthazar Gerbier, conoció la identidad de los conspiradores y vendió la información al gobierno español en noviembre de 1633, siendo todos detenidos. Véase más información en A. Waddington, *La République des Provinces-Unies, la France et les Pays-Bas espagnols de 1630 à 1650*, I, París, 1895, pp. 147-180; P. Janssens, «L'échec des tentatives de soulèvement dans les Pays Bas méridionaux sous Philippe IV (1621-65)», *Revue d'histoire diplomatique*, XCII, 1978, pp. 110-129; e Israel, *The Dutch Republic*, pp. 181-190. El ataque de Pappenheim contra el campamento holandés en Maastricht, por orden del elector de Colonia, supuso una grave ruptura de la neutralidad que había mantenido el Imperio durante gran parte de la revuelta de Holanda: véase P. J. H. Ubachs, «Neutraliteit, theorie en praktiek tijdens de Tachtigjarige Oorlog», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, XCVI, 1983, pp. 165-178.

casi de forma milagrosa, pero habría de transcurrir algún tiempo antes de que Bruselas pudiera acudir de nuevo en ayuda de Viena.

Tampoco Italia estaba en condiciones de ofrecer ayuda al emperador en 1632. El final de la guerra de Mantua coincidió con una epidemia de peste que devastó la mitad norte de la península con ferocidad sin precedentes. En abril de 1631, el gobernador español de Milán se quejaba de que «la peste ha dejado [a esta provincia] tan disminuida de gente que no se podrán hazer reclutas», y la situación permaneció así durante algún tiempo.[34] También el papado alegó hallarse en dificultades cuando el emperador solicitó su apoyo. Aunque el envío de subsidios a los católicos alemanes se reanudó en diciembre de 1631, no superaron los 5.000 táleros mensuales. Durante todo el cuatrienio 1631-1634, sólo fueron enviados 550.000 táleros e incluso esa suma se remitió con la condición de que «si se firma la paz con los protestantes ... Su Santidad retirará su ayuda, sobre todo porque desde la erupción del monte Vesubio la recaudación de diezmos presenta una gran dificultad».[35] En verdad, la causa imperial se hallaba en una situación desesperada. Tal como escribió un cortesano vienés

34. AGS, Estado 3336, f. 138, el duque de Feria a Felipe IV, 12 de abril de 1631. De hecho, un ejército de unos 12.000 hombres se trasladó desde Lombardía a los Países Bajos unos meses después, pero fue reclutado en España y Nápoles. El relato más famoso de la peste de 1631 es el que aparece en la novela de Alessandro Manzoni, *The Betrothed* (*I promessi sposi*, publicado en 1825-1826). Para descripciones más recientes, véase Sella, *Crisis and Continuity*, p. 52; y C. M. Cipolla, *Cristofano and the Plague. A study in the history of public health in the age of Galileo*, Londres, 1973, cap. 1. Existe también una valiosa colección de documentos: *La guerra e la peste nella Milano dei «Promessi Sposi». Documenti inediti tratti dagli archivi Spagnoli*, Madrid, 1975: Istituto Italiano di Cultura, Madrid; Collana «Documenti e Ricerche», IV. El capítulo 7 se refiere a la peste y los capítulos 3-5 a la guerra.

35. Barberini, secretario de Estado papal, a Rocci, nuncio en Alemania, 27 de diciembre de 1631, citado por Repgen, *Die römische Kurie und der Westfälische Friede*, p. 290, n. 347. Era ésta una débil excusa. Aunque la erupción volcánica del Vesubio durante el invierno de 1631-1632 produjo varios millares de víctimas mortales y sepultó cuarenta núcleos de población, muy pocos de ellos eran súbditos papales y el desastre no interrumpió los ingentes dispendios que el papa Urbano VIII dedicaba a sus tres sobrinos, gastos que al final de su pontificado ascendían a 30 millones de táleros. Sobre el nepotismo de Barberini, véase J. Grisar, «Päpstliche Finanzen, Nepotismus und Kirchenrecht unter Urban VIII», *Xenia Piana: Miscellanea historiae pontificiae*, VII, Roma, 1943, pp. 205-366; compárese el dinero enviado a Alemania antes de 1630, en Albrecht, «Zur Finanzierung des dreissigjährigen Krieges».

en abril de 1631, inmediatamente después de que los suecos ocuparan Frankfurt del Oder: «gritamos "ayuda, ayuda", pero nadie responde».[36]

Conforme la triunfal marea sueca se aproximaba a Munich y Viena, incluso Maximiliano tuvo que reconocer que la salvación sólo podía proceder de la creación de un nuevo ejército imperial y que sólo Wallenstein era capaz de reclutarlo, mantenerlo y dirigirlo. Así pues, en abril de 1632, tras tres meses de reclutar nuevas tropas, el general recibió de nuevo plenos poderes. Sus tácticas durante la nueva campaña fueron extraordinariamente cautelosas. Era consciente de que, eliminados todos los aliados de Fernando y con una nueva revuelta campesina en Austria (fomentada por los exiliados al servicio de Suecia), la causa imperial no sobreviviría a una nueva derrota. Por ende, en julio se instaló en una posición fuertemente fortificada en torno a un castillo medieval, llamado el Alte Veste, en las afueras de Nuremberg, ciudad asediada por los suecos. Gustavo Adolfo y sus hombres quedaron estancados allí durante dos meses en una confrontación estéril, mientras los lugartenientes de Wallenstein expulsaban a los sajones de Bohemia y Silesia. Los suecos lanzaron varios ingentes ataques, sin éxito, contra el Alte Veste, pero el asedio continuó durante el mes de octubre hasta que la zona en torno a Nuremberg quedó totalmente devastada («durante tres meses estuvimos sitiados por nuestros enemigos; durante cuatro meses, fuimos desgastados por nuestros amigos», fue el juicio de un patricio de Nuremberg llamado Lucas Behaim en el año 1632).[37] Finalmente, Gustavo Adolfo regresó con su ejército, agotado y descorazonado, hacia el noroeste, mientras Wallenstein avanzaba por el nordeste y asolaba las tierras del principal aliado de Suecia, el elector de Sajonia. Leipzig cayó el 1 de noviembre.

Pero Wallenstein cometió entonces el mayor error de su carrera profesional. Después de mantener a su ejército durante dos semanas en los puestos de batalla, al parecer decidió que la campaña había terminado y el 14 de noviembre ordenó a su ejército que se dispersara hacia los cuarteles de invierno. Ese mismo día recibió informes de que los suecos avanzaban contra su cuartel general en Lützen. Rápidamente reunió a todas las unidades. Pero el día 17, cuando la batalla ya

36. Questenburg, consejero áulico, a Wallenstein, 23 de abril de 1631, citado por Suvanto, *Wallenstein und seine Anhänger*, p. 72.

37. Lukas Behaim, citado por Ernstberger, «Die Universität Nürnberg-Altdorf», p. 10.

había comenzado, sólo disponía de 19.000 hombres, exactamente el mismo número que los suecos, después de todas las pérdidas que habían sufrido durante el verano. Como era habitual cuando ambos bandos estaban igualados, la batalla fue prolongada y las pérdidas numerosas. Sin embargo, al atardecer, ambos bandos permanecían en sus puestos. Según el capitán inglés Sydnam Poyntz, que se hallaba en el ejército de Wallenstein, al llegar la noche «apenas acabábamos de tumbarnos en el suelo para descansar y dormir, cuando llegó una orden del general a todos los coroneles y sargentos mayores para que comunicaran por escrito cuál era la fuerza de todos los regimientos». Las respuestas fueron desalentadoras. Poyntz sólo tenía tres oficiales de un total de doce y las bajas en otras unidades eran también muy altas, por lo cual Wallenstein consideró prudente retirarse del campo de batalla, abandonando el bagaje y la artillería al enemigo, liberando las plazas ocupadas en Sajonia y retirándose a Bohemia. Dejó también tras de sí unos 6.000 muertos, entre los que se contaba su lugarteniente general, Pappenheim. Pero llevó consigo la convicción de que la victoria se le había escapado como consecuencia de la traición o deserción de una parte de sus tropas luteranas, reclutadas apresuradamente. Después de la batalla hizo ejecutar a diecisiete soldados (entre los que se incluían doce oficiales) acusándolos de cobardía, concedió una deshonrosa licencia a otros siete oficiales y puso precio a la cabeza de otros cuarenta. Estas decisiones contribuyeron no poco a alejar al ejército de su voluble comandante y, por tanto, facilitaron más tarde su eliminación.[38]

También en el bando protestante hubo represalias —el comandante de la ciudadela de Leipzig fue ejecutado por haberse rendido precipitadamente—, pero Gustavo Adolfo no participó en los procesos. Había muerto en el campo de batalla el 17 de noviembre después de haber recibido tres disparos, uno en el brazo, otro en la espalda y el tercero en la cabeza. Durante algunas semanas, nadie creyó la noticia de su muerte. El propio Wallenstein no se convenció de su veracidad hasta el 30 de noviembre; en Inglaterra se apostaron, durante el mes de diciembre, 200 libras en la corte a que Gustavo Adolfo estaba todavía vivo. La intervención de Suecia había arrebatado de tal forma la imaginación popular que incluso Federico del Palatinado, que murió

38. Goodrick, ed., *The Relation of Sydnam Poyntz*, p. 73; Elster, *Die Piccolomini-Regimenten*, p. 40.

también en el otoño de 1632, fue recordado posteriormente en Inglaterra como «el príncipe por el que cayó Gustavo Adolfo» y cuando, ese mismo año, el nieto de Axel Oxenstierna y el sobrino de Gustav Horn recibieron un título nobiliario de la Universidad de Oxford, la alabanza del vicecanciller comparó a sus ilustres parientes con «dos truenos de la guerra ... [que] para terror de la Casa de Austria, han destacado como luchadores por su patria, por la religión y por la libertad de toda Alemania»[39] (véanse láminas 14 y 15).

Si la batalla de Lützen fue tan importante, fue porque, pese a terminar en tablas, puso fin a la breve oleada de triunfos protestantes. Otra victoria sueca como la de Breitenfeld o Rain habría destruido la causa imperial sin esperanzas de recuperación. Ahora, ambos bandos se hallaban en una situación similar, y cada uno de los combatientes buscaba desesperadamente apoyos en el exterior que pudieran desequilibrar la balanza. Las esperanzas de Suecia se depositaban cada vez más firmemente en Francia, mientras que las del emperador se fijaban cada vez más en España.

III. 1633-1635: Oxenstierna frente a Wallenstein

La campaña sueca de 1631-1632 había resultado desastrosa para España y los católicos alemanes. Las tropas de Felipe IV fueron expulsadas del Palatinado y las de sus aliados tuvieron que abandonar Alsacia: el «camino español» había quedado bloqueado. Al principio, el conde-duque de Olivares esperaba que la comunicación entre Lombardía y los Países Bajos pudiera ser restablecida por el ejército de Flandes, pero la crisis de 1632 en los Países Bajos del Sur (véase p. 192, *supra*) lo impidió. Así, en el verano de 1633 una fuerza compuesta por unos 20.000 hombres al mando del duque de Feria, gobernador de la Lombardía española, avanzó a través de la Valtelina hasta el sur de Alemania y comenzó a restablecer la influencia de los Habsburgo: Constanza y Breisach fueron liberadas y Bregenz y Rheinfelden nuevamente ocupadas. El camino a través de Alsacia era de nuevo se-

39. Ejemplos tomados de M. E. Seaton, *Literary Relations of England and Scandinavia in the Seventeenth Century*, Oxford, 1935, pp. 79, 83. Véase también M. A. Breslow, *A Mirror for England: English Puritan views of foreign nations, 1618-1648*, Harvard Historical Studies, LXXXIV, Harvard, 1970, pp. 134-137.

guro. Pero no duró lo suficiente: pues cuando el duque de Feria no había terminado aún su operación, los franceses invadieron el ducado de Lorena, ocupando Nancy y las demás plazas importantes y exiliaron al duque. El gobierno español, desesperado, autorizó al duque de Feria a actuar desde Breisach para reconquistar Nancy, sancionando así, de hecho, una nueva guerra con Francia. Pero la estación propicia para la campaña había terminado y el duque se retiró a la aparente seguridad de las estribaciones alpinas, donde él y la mayor parte de su ejército murieron en el curso del invierno como consecuencia de la peste.[40]

Ahora bien, la guerra del sudoeste de Alemania era un acontecimiento secundario en 1633: estaba protagonizada por ejércitos reducidos que luchaban con independencia de los principales protagonistas, que se hallaban más hacia el este. Lo mismo cabe decir de las operaciones del noroeste, donde Guillermo de Hesse-Kassel había unido su ejército privado a una fuerza sueca a cuyo frente se hallaba el duque Jorge de Brunswick-Luneburgo. Actuando conjuntamente, ocuparon los territorios eclesiásticos de Paderborn y Fulda, capturaron varias ciudades pequeñas en el Weser y derrotaron a un ejército imperial en Hessisch-Oldendorf.[41] Pero también esto era secundario y si estas operaciones parecían importantes era tan sólo porque los ejércitos principales apenas luchaban. El problema central era el vacío creado por la muerte de Gustavo Adolfo en Lützen. Su heredera, la reina Cristina, contaba tan sólo seis años de edad y la dirección de la polí-

40. AGRB, Secretaría de Estado y de Guerra, 207, fols. 293-294, infanta Isabel a Felipe IV, 24 de octubre de 1633; *ibid.*, fols. 330-332, *idem*, 12 de noviembre de 1633, y AGS, Estado 3341, f. 88, el cardenal-infante al rey, 23 de febrero de 1634. Cuando se escribió esta última carta, el duque de Feria había muerto y su ejército estaba diezmado. Hay algunos detalles de su última campaña, en K. Beyerle, *Konstanz im dreissigjährigen Kriege. Schicksale bis zur Aufhebung der Belagerung durch die Schweden, 1628-33*, Heidelberg, 1900: Neujahrsblätter der badischen historischen Komission, N.F. III. Respecto a Lorena durante la guerra, véase J. Florange, «La guerre de trente ans en Lorraine», *Annuaire de la Société d'Histoire et d'Archéologie de Lorraine*, XLVI (1935), pp. 55-123, y Gaber, *La Lorraine meurtrie*. La política agresiva de Francia en este período se estudia más detalladamente en el capítulo IV, parte IV.

41. Véase Altmann, *Landgraf Wilhelm V*, 1.ª parte. La batalla de Hessisch-Oldendorf fue considerada por Suecia como un gran éxito: cf. su lugar de honor en el Arco de Triunfo erigido por el consejo de regencia para la coronación de la reina Cristina en 1650 (S. Karling, «L'arc de triomphe de la Reine Christine à Stockholm», en M. von Platen, ed., *Queen Christina of Sweden. Documents and Studies*, Estocolmo, 1966, pp. 159-186, en pp. 170-171.

tica exterior sueca recayó, en consecuencia, en manos del principal colaborador del monarca, Axel Oxenstierna. Este hombre notable, de cincuenta años de edad, gozaba del mayor prestigio en toda Europa. Trataba a los príncipes de igual a igual y hablaba libremente en presencia de los reyes; era responsable de las operaciones del aprovisionamiento de unos 100.000 hombres y de la pesada maquinaria administrativa que se había creado en Alemania a raíz de las conquistas suecas. Y por si todo ello fuera poco, como canciller de Suecia y cabeza visible del Consejo de Regencia se veía obligado a tomar innumerables decisiones sobre cuestiones domésticas (a menudo de menor cuantía, como la selección y el envío del vino del Rin a la corte de Estocolmo, los adornos que debían colocarse en el catafalco de Gustavo Adolfo o la política correcta a seguir por la Casa de la Moneda). El cúmulo de información que aparece en su amplia correspondencia sobre una increíble variedad de asuntos públicos referentes a Suecia y a sus vecinos resultaba abrumador. Pero sus habilidades, por grandes que pudieran ser, no eran suficientes para hacer frente a los desafíos a los que se veía enfrentado desde 1633. Ciertamente, cabe dudar que hubiera existido facultad humana capaz de superarlos.[42]

En un principio, la situación no parecía tan difícil. El estallido de la guerra entre Polonia y Rusia en 1632, la «guerra de Smolensko», ofreció un respiro en ese frente, que podía haber permitido la solución permanente de la cuestión alemana de forma favorable a Suecia.[43] En los albores de 1633, Oxenstierna dirigió un largo informe al Consejo de Regencia de Estocolmo respecto a la política a seguir, ahora que el rey estaba muerto. De un total de 36 cláusulas, sólo seis se referían a Alemania, pero en ellas se marcaba una línea de acción muy definida. El canciller abogaba por un doble conjunto de medidas: en primer lugar, había que hacer permanente la presencia sueca en Pomerania y Prusia para asegurar el Báltico contra Polonia y el emperador, pero manteniendo tan sólo algunas bases más al sur; en segundo lugar, se debía organizar una confederación de los príncipes amigos en Alemania central que pudiera amortiguar una posible agresión imperial. En consecuencia, propuso disolver el principal ejército y trasladar la mayor parte de las unidades nacionales suecas hacia el norte, a Pomera-

42. Véase Roberts, «Oxenstierna in Germany, 1633-1636», pp. 63-71.

43. Véase B. F. Porshnev, «Les rapports de l'Europe occidentale et l'Europe orientale à l'époque de la guerre de trente ans», *Rapports du XIe Congrès des Sciences Historiques*, IV, Estocolmo, 1960, pp. 136-163.

nia. Pero no se retirarían todas las unidades y no se abandonarían todas las conquistas meridionales. En especial, Oxenstierna no tenía intención de entregar Maguncia, que había sido el cuartel general de Gustavo Adolfo en el invierno de 1631-1632. Se dio al Electorado (estratégicamente situado) un gobierno autónomo, constituido en su mayor parte por los caballeros imperiales que habían sido los primeros en apoyar a Suecia y se produjo una importante redistribución de las tierras católicas a los protestantes leales. A continuación, se elaboró un programa de reconstrucción económica, se acuñó una nueva moneda y se instauró una jerarquía luterana. Pero el eje de la «Maguncia sueca» era un gran campamento fortificado, el «Gustavsburg», en el punto de unión del Main y el Rin, con cabezas de puentes en ambos ríos y con espacio suficiente para albergar 17.000 hombres si era necesario. La fortaleza, contigua a las reconstruidas murallas de Maguncia, debía garantizar el control de la zona y servir como refugio en caso necesario. Era, pues, un baluarte militar para reforzar el poder sueco en el occidente de Alemania. Era el pivote del complicado equilibrio de poder que Suecia intentó crear, «atomizando» Alemania en una miríada de unidades independientes escasamente organizadas pero recelosas unas de otras. Desde Maguncia, Oxenstierna podía asegurarse de que nadie consiguiera el control del oeste de Alemania.[44]

¿Pero cómo conseguir satisfacer la soldada de las guarniciones de estas bases suecas, alejadas de la patria? ¿Y cómo pagar a las restantes tropas al servicio de Suecia, que agrupaban a más de 100.000 soldados? Oxenstierna estaba decidido a conseguir que el coste para Suecia no volviera a aproximarse a los niveles de 1630-1631, cuando los gastos de la guerra de Alemania fueron diez veces superiores a los ingresos del país. Durante algún tiempo, al menos, pudo contar con los derechos de aduana de Prusia, Pomerania y Mecklemburgo y con los subsidios procedentes de Francia y Holanda, que le permitieron reducir todavía más la presión a corto plazo sobre Suecia. Pero los derechos de aduana expiraron en 1635 y, desde 1632, los subsidios llegaban tarde cuando llegaban. Otros expedientes a los que se había recurrido durante los primeros años de la guerra —indemnizaciones pagadas por ciudades que querían librarse del pillaje (100.000 táleros

44. El Gustavsburg está reproducido en Munthe, *Kongliga Fortifikationens Historia*, I, láms. 31-32, y su descripción puede encontrarse en Müller, *Schwedische Staat*, pp. 145 ss.

en Nuremberg, por ejemplo) y sumas entregadas por príncipes a los que las armas suecas habían restituido sus territorios (60.000 táleros procedentes del elector palatino; 220.000 de Baden-Durlach)—, no pudieron seguir utilizándose después de Lützen. Sin embargo, el ejército no podía ser sostenido únicamente con los recursos procedentes de Suecia y Pomerania. Gustavo Adolfo había impuesto a sus soldados un juramento de lealtad a la corona sueca a cambio del compromiso de pagar sus soldadas; en consecuencia, Oxenstierna decidió cargar sobre otros hombros tanto la lealtad como las obligaciones financieras.

Ya en octubre de 1632, el rey había encargado a su canciller que reuniera en Ulm a los Círculos de Franconia, Suabia y Renania para discutir la formación de una liga defensiva, en alianza con Suecia. La reunión se celebró en el mes de enero siguiente. Los asistentes discutieron la manera de crear esa asociación, de formar un ejército y de financiarlo. En marzo, después de que los Círculos hubieran discutido por separado los diferentes asuntos, la asamblea volvió a reunirse en Heilbronn (un lugar más seguro que Ulm) y el 23 de abril de 1633 constituyeron la liga auspiciada por Suecia. Acordaron luchar y no cejar en la lucha hasta haber conseguido tres objetivos: en primer lugar, «hasta que las libertades de Alemania y el respeto por los principios y la constitución del Sacro Imperio Romano estén de nuevo firmemente asentados»; en segundo lugar, hasta que «se haya producido la restitución de las propiedades protestantes, y una cierta y justa paz, tanto en asuntos espirituales como temporales ... haya sido obtenida y concluida»; y en tercer lugar «hasta que la corona de Suecia haya recibido adecuada satisfacción». Además, el logro de estos objetivos se confiaba firmemente al canciller Oxenstierna: en respeto (así lo afirmaban los aliados) de sus «excepcionales cualidades otorgadas por Dios», se convirtió en el director único de la Liga Heilbronn.[45]

Pero la organización política de la nueva alianza era mejor que su base financiera. La Liga acordó mantener un ejército de 56 ½ regimientos de infantería y 216 compañías de caballería, con un coste anual de casi 10 millones de táleros. Para cubrir ese presupuesto, se

45. Citado por M. Roberts, *Sweden as a Great Power 1611-1697*, Londres, 1968, pp. 146-147. Véase en general, R. Nordlund, «Krig genom ombud. Det svenska krigsfinanserna och Heilbronn förbundet 1633», en Landberg *et al.*, *Det kontinentala krigets ekonomi*, pp. 271-451. Como había ocurrido en el caso de la Unión protestante de 1608-1621, la Liga Heilbronn incluía demasiados estados pequeños para poder gozar de estabilidad.

ingresaron en el tesoro de la Liga los subsidios procedentes de Francia y Holanda. Pero aparte de ese compromiso —y en ello radicaba su gran debilidad— los aliados acordaron también pagar los atrasos de las unidades que ya estaban en servicio. Eran unas cantidades tan ingentes (en algunos casos se remontaban hasta 1627) que resultó imposible ponerse de acuerdo sobre una cifra total. Además, apenas acababa de firmarse el tratado cuando el ejército del sur de Alemania se amotinó. En esa contingencia, Oxenstierna concedió a los comandantes locales el derecho de recaudar contribuciones directamente bajo la supervisión general de un empresario militar, el coronel Brandenstein. Así, en Franconia se concedió a Bernardo de Sajonia-Weimar los obispados de Wurzburgo y Bamberg para satisfacer los retrasos de sus tropas: en la práctica, esto equivalía a una licencia para el pillaje. Además, se permitió a los comandantes que compraran tierras bajo control sueco a un precio nominal y a los oficiales del ejército suabo de Gustav Horn se les dieron recompensas en dinero para el tesoro sueco. Estas medidas permitieron resolver la crisis a corto plazo, aunque cuando se consiguió sofocar el motín en el mes de agosto se había consumido una buena parte de la estación propicia para las campañas. Ahora bien, esas medidas crearon un grave problema a largo plazo a la Liga Heilbronn, que se vio privada de muchas zonas cuyos impuestos eran necesarios para el pago corriente de las tropas. El problema se hizo cada vez más grave, pues, al dedicar cada vez más zonas al pago de los atrasos, había menos posibilidades de satisfacer las deudas corrientes. Antes de que pasara mucho tiempo, las tropas comenzaron a asegurarse directamente el pago de sus soldadas, con la inevitable brutalidad y devastación. A finales de 1633 era claro que las cargas del ejército superaban las posibilidades de la Liga. Si quería sobrevivir tendría que ampliarse.

Durante algún tiempo, Oxenstierna depositó sus esperanzas en Brandemburgo, cuyo elector era tío de la reina Cristina y cuyos consejeros calvinistas favorecían todavía una política de agresión activa contra el Imperio. Pero Jorge Guillermo seguía bajo la influencia del conde Schwarzenberg, católico y pro-imperial, y además sentía un agravio personal contra Suecia que excluía cualquier otro razonamiento. En 1529, el Parlamento de Pomerania, vecino de Brandemburgo por el norte, había reconocido al entonces elector y a sus herederos como eventuales sucesores del ducado si se extinguía la dinastía gobernante. Ahora, esa situación parecía próxima: el duque Boguslav XIV (que

murió en 1637) era el último de la dinastía. Pero en 1630, el duque había sido obligado a firmar un tratado que concedía a Suecia el control total del ducado mientras durara la guerra. ¿Qué ocurriría, pues, si Boguslav moría antes de que se firmara la paz? Suecia afirmó que no podía entregar Pomerania, y la evacuación de sus unidades nacionales desde la Alemania central hasta los territorios del ducado, tras la victoria de Lützen, confirmó los temores de Jorge Guillermo: Suecia intentaba anexionarse Pomerania a pesar de los derechos de Brandemburgo. El elector envió a su hijo y heredero, Federico Guillermo, a la corte de Boguslav, en Stettin, en 1633-1634, pero sin resultado, pues los suecos se mostraron inflexibles.

Jorge Guillermo estaba convencido de que la reconciliación con el emperador era la única forma de conseguir la paz y de liberar, así, sus propiedades de la ocupación extranjera. En enero de 1633 envió una misión diplomática a Dresde para persuadir a Juan Jorge para que se le uniera en una iniciativa de paz. Pero en la capital de Sajonia pululaba ya gran número de diplomáticos y dignatarios extranjeros, todos ellos intentando conseguir el apoyo del elector. Oxenstierna fue el primero en llegar y pasó las Navidades de 1632 tratando de convencer a su anfitrión para que participara en una nueva invasión del territorio de los Habsburgo. Poco después, el landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt invitó a Juan Jorge para que se le uniera en unas conversaciones formales con una delegación imperial sobre los términos de un posible acuerdo de paz. Las condiciones de los Habsburgo resultaron demasiado duras y Juan Jorge (al igual que Brandemburgo) se unió con Suecia para una nueva campaña. Ahora bien, puso un alto precio a su participación. Sobre todo, se aseguró de que la principal ofensiva protestante se desencadenara en el este, hacia Silesia, y fuera comandada por oficiales elegidos por él mismo.

La tensión entre Suecia y sus aliados alemanes no podía ser mantenida en secreto durante mucho tiempo. Como Wallenstein observó sagazmente: «Creo que Suecia quiere la paz, que quiere hacer regresar a sus soldados a casa y dejar que los dos electores [Brandemburgo y Sajonia] encuentren por sí solos la salida del laberinto».[46] En consecuencia, el general del ejército imperial centró sus esfuerzos en ahondar en esas diferencias. Primero intentó seducir a los exiliados checos de la corte de Sajonia llevándoles a creer que él —también era checo—

46. Citado en Suvanto, *Wallenstein*, p. 181.

podría conseguirles un acuerdo favorable con el emperador. Fue para eludir esa amenaza y para controlar a los exiliados por lo que Oxenstierna se vio obligado a tomar la desagradable decisión de aceptar al candidato de Juan Jorge, el conde Thurn —el torpe general de la confederación bohemia un decenio antes—, como comandante sueco en Silesia. Pero en junio de 1633, Wallenstein consiguió dividir a las unidades sajonas y suecas en Silesia cuando acordó un alto el fuego de un mes para permitir que se desarrollaran negociaciones de paz con Arnim, en otro tiempo subordinado suyo y ahora comandante de Sajonia. Las conversaciones no llegaron a buen puerto y, para alivio del canciller, las hostilidades se reanudaron en julio. En agosto, Arnim aceptó una nueva tregua para permitir nuevas negociaciones y cuando recomenzaron las hostilidades, el 27 de septiembre, Wallenstein lanzó de pronto un ataque masivo contra las fuerzas suecas de Thurn en Steinau, cercándolas y obligando a 8.000 hombres a rendirse en el plazo de una semana. El propio Thurn fue hecho prisionero y aceptó rendir todas las ciudades de Silesia que controlaban sus compañeros de exilio a cambio de su libertad. Estos golpes fueron de extraordinaria dureza y Wallenstein concluyó su éxito renovando sus ofertas de paz a Sajonia y Brandemburgo. Oxenstierna tuvo que visitar personalmente a Jorge Guillermo a comienzos de 1634 para asegurarse de que rechazaba la oferta del general imperial.[47] Pero el 25 de febrero, el canciller se vio libre inesperadamente de nuevas dificultades cuando su principal enemigo fue asesinado.

Aunque poco después del asesinato se organizó una comisión imperial que investigó en profundidad los últimos días de Wallenstein, y aunque se han publicado miles de poemas, piezas dramáticas, panfletos y libros sobre este tema, todavía está oscuro el complejo proceso que desembocó en la muerte del general. Pero ésta fue la intención de los conspiradores, uno de los cuales explicó a un amigo íntimo: «Para decirlo brevemente, el disimulo es el alfa y el omega de este asunto».[48] Sin embargo, podemos apuntar algunas razones que explican el asesinato. En primer lugar, el emperador se sentía profundamente descontento por el hecho de haber financiado durante todo el año 1633 un

47. Más información en Suvanto, *Oxenstierna*, pp. 146-166.

48. Piccolomini a Aldringen, citado por Mann, *Wallenstein*, p. 1.071. Sobre el papel que jugó Piccolomini en la caída de Wallenstein y para un excelente estudio de la cuestión en general, véase Barker, *Army, Aristocracy, Monarchy*, pp. 79-97 (parte de un amplio estudio sobre el general toscano).

ingente ejército que había alcanzado pocos éxitos militares: Baviera estaba todavía parcialmente ocupada por protestantes; Heidelberg y Ratisbona se habían perdido y Silesia no fue liberada hasta octubre. Además, Wallenstein insistió una vez más en acuartelar sus tropas en las provincias Habsburgo en el invierno de 1633-1634, provocando un grave riesgo de revueltas campesinas contra las exacciones de los soldados. Hay que tener en cuenta, por otra parte, la posición de España. Los gobiernos de Madrid y Viena habían decidido que en 1634 un gran ejército se trasladaría desde Lombardía hasta los territorios del Imperio, comandado personalmente por el hermano de Felipe IV, el cardenal-infante Fernando, para unirse al ejército imperial y limpiar de fuerzas enemigas todo el sur de Alemania. De acuerdo con las condiciones que figuraban en el nombramiento de Wallenstein, el cardenal-infante y sus hombres tenían que ponerse a las órdenes del comandante en jefe, pero el gobierno español afirmó que esto era inaceptable. No obstante, probablemente ninguno de estos argumentos indujo al emperador a contemplar la posibilidad del asesinato. Más perjudicial para el crédito de Wallenstein a los ojos de su señor fue su actitud independiente en los contactos diplomáticos con Sajonia y Brandemburgo. Sin embargo, al parecer tenía plena autoridad para comportarse de esa forma. En abril de 1632, después de que asumiera el control de los ejércitos de Fernando, se otorgaron a Wallenstein poderes inhabitualmente amplios. En una reunión secreta celebrada en Göllersdorf, a medio camino entre su cuartel general y Viena, se acordó que el comandante en jefe podría acuartelar sus tropas donde deseara, incluso en los territorios hereditarios de los Habsburgo; que controlaría todas las tropas católicas que luchaban por la causa imperial (quedando incluidas así todas las unidades enviadas desde España) y que ejercería la autoridad *in absolutissima forma*. Como se ha perdido el texto original (si en realidad llegó a existir) del acuerdo de diez puntos de Göllersdorf, es imposible decir qué significaba exactamente esa cláusula. De hecho, Wallenstein se comportaba como si le hubiera sido conferido el poder de negociar un alto el fuego e incluso la paz con sus enemigos y se mantuvo en contacto permanente con Dresde, creyendo que Sajonia (con toda seguridad) y Suecia (posiblemente) deseaban poner fin a la guerra. Pero en el curso de estos contactos apenas mantuvo informada a la corte de Viena.[49]

49. Suvanto, *Wallenstein*, pp. 158-159, ha reconstruido con gran ingenio el

Wallenstein siempre había tenido enemigos en la corte imperial y, aunque en 1631 no pudieron impedir que se le confiara de nuevo el mando, durante este segundo mandato mantuvieron una actitud de crítica permanente, tanto respecto a los hábitos personales del general como respecto a su actuación pública. En ambas facetas parecía comportarse de forma más extravagante que antes. Por ejemplo, Wallenstein no podía soportar el ruido y cuando llegaba a una ciudad mandaba —así se decía— que se diera muerte a todos los perros y gatos; prohibía que los soldados llevaran botas y espuelas en su presencia y castigaba de forma severa y arbitraria a quienes hablaban en voz alta o gritaban. Su comportamiento con los hombres que le rodeaban iba desde una generosidad exagerada hasta una terrible crueldad (las penas eran ejecutadas de forma inmediata por su verdugo personal). En la expresión de sus opiniones políticas se movía entre las predicciones más eclécticas y las más brutales amenazas. Como afirmaba un panfleto escrito después de su muerte, era «un súbdito convertido en soberano». Había sido «promovido a la posición suprema, de la que nadie había gozado hasta entonces» y, sin duda, la experiencia del poder supremo le había llevado a sobrepasarse en su conducta.[50] Desde luego, sus enemigos no encontraban dificultad para hallar, entre sus expresiones jactanciosas o descuidadas y sus actuaciones extravagantes, amplios motivos para cuestionar su lealtad al emperador. Wallenstein había criticado siempre (y en ocasiones había desbaratado) los esfuerzos de Viena para apoyar las ambiciones españolas de los Países Bajos y siempre había hecho gala de una notable falta de entusiasmo por el Edicto de Restitución. Además, con frecuencia se había mostrado favorable a un acuerdo negociable entre el emperador y, cuando menos, los luteranos. Ahora conducía su propia ofensiva diplomática para alcanzar ese objetivo, negándose a realizar las acciones militares ordenadas desde Viena porque podrían comprometer sus iniciativas de paz. Por si esto no fuera suficiente para difundir la alarma

---

texto del acuerdo de Göllersdorf. Su argumentación se ha visto corroborada, a partir de otras fuentes, por Lutz, «Wallenstein, Ferdinand II. und der Wiener Hof».

50. Véanse los interesantes detalles reproducidos de un panfleto contemporáneo por A. Hollaender, «Some English documents on the end of Wallenstein», *Bulletin of the John Rylands Library*, XL (1958), pp. 358-390. Por supuesto, también Oxenstierna era «un súbdito convertido en soberano», pero no parece que eso importara a muchos.

en la corte imperial, en enero de 1634 Wallenstein hizo jurar a sus coroneles que situarían la lealtad hacia él por encima de ninguna otra. No es difícil comprender que el emperador y su entorno consideraran que esto era abierta traición y actuaran en consonancia.[51]

Fueran cuales fueren las razones que decidieron finalmente a Fernando a librarse de su todopoderoso vasallo, no fue difícil conseguirlo. A finales de 1633 nadie confiaba en él: ni Suecia, cuyas tropas había capturado con engaño en Steinau; ni Sajonia ni Brandemburgo, que no tenían seguridad de que sus promesas contaran con el apoyo del emperador; ni Baviera, cuyos territorios había dejado desprotegidos, ni los exiliados bohemios, que habían comprendido que Wallenstein no pensaba restituirles las tierras que él (y sus colegas) habían ocupado. En febrero de 1634, el emperador firmó una orden secreta para que el general fuera conducido a Viena para ser interrogado. Comprendiendo que tal vez no sería posible llevarle vivo, autorizó a que le dieran muerte si era necesario. Pese a todo, el riesgo de fracaso parecía alto y Fernando pidió a su confesor que asegurara las plegarias de los jesuitas de todo el mundo para que la misión se saldara con un resultado positivo. La Orden prestó la máxima atención a esta

51. ¿Hasta qué punto era auténtica esa iniciativa de paz de Wallenstein? El duque Franz-Albrecht de Sajonia-Lauenburg, uno de los colaboradores más estrechos del general, que fue hecho prisionero tres días después de la muerte de su jefe, no tenía dudas al respecto: «den praetext der friedens nur vorwendete», dijo a quienes le apresaron. Y los historiadores recientes se inclinan a pensar que la paz era simplemente un «pretexto», un producto que Wallenstein estaba dispuesto a intercambiar por una posesión en el Imperio, como el ducado de Franconia de Bernardo de Sajonia-Weimar, o como su propio ducado de Mecklemburgo. Por otra parte, no habría sido totalmente ridículo que Wallenstein soñara en convertirse en rey de su Bohemia natal. Un pariente lejano suyo, Jorge de Podehbrad, había sido elegido en 1458; Federico del Palatinado había sido elegido en 1619 (y había muerto, convenientemente, en 1632), y en el ínterin, el reino había elegido reyes en las familias Jagellón y Habsburgo. En su juventud, Wallenstein había pasado algún tiempo en el norte de Italia, sobre todo en Padua, y, sin duda, debía de estar al corriente de las actividades de *condottieri* (capitanes de soldados aventureros) como Francesco Sforza, Sigismondo Malatesta y Cesare Borgia. Sin duda, en Padua admiró la estatua de Donatello del más importante capitán mercenario, Gattamellata. En la época de Oliver Cromwell no se puede ignorar que a los soldados que tenían éxito se les presentaba la posibilidad de labrarse una carrera política. (Véase el estudio de F. H. Schubert, «Wallenstein und der Staat des 17. Jahrhunderts», *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, XVI, 1965, pp. 597-611; recogido en Rudolf, *Dreissigjährige Krieg*, pp. 185-207.)

petición y su superior general decidió dedicar «otras mil misas semanales para la seguridad del emperador y la felicidad del Imperio» y más tarde afirmó (con satisfacción) que en ese preciso momento «el brazo del Altísimo realizó actos maravillosos». «Cuanto más lo pienso —se jactaba— veo con más claridad que el Dios misericordioso se sintió conmovido por nuestras plegarias.»[52] Naturalmente, se refería al brutal asesinato de Wallenstein y su escolta cuando se dirigían hacia Sajonia después de recibir la orden del emperador, en la noche del 25 de febrero de 1634. De hecho, tal vez fue milagroso que no hubiera prácticamente tumultos entre las tropas imperiales después del asesinato del general. El mando supremo fue asumido por el hijo del emperador, Fernando, rey de Hungría, ayudado por un triunvirato de oficiales veteranos: Piccolomini, Gallas y (en nombre de las fuerzas de la Liga católica) Aldringen.

De cualquier forma, el asesinato de Wallenstein ofreció a Suecia la posibilidad de superar algunas de las divisiones que se habían suscitado en el seno de la Liga Heilbronn. Oxenstierna convocó una reunión de los estados protestantes en Frankfurt con la esperanza de ampliar la Liga para incluir en ella a Sajonia, Brandemburgo y los restantes territorios del nordeste de Alemania y para determinar con exactitud cuáles serían los territorios alemanes que Suecia conservaría después de la guerra. La convención se desarrolló en términos satisfactorios hasta que en abril de 1634 Jorge Guillermo tomó una decisión crucial y afirmó que no se uniría a la Liga si Suecia no renunciaba a sus pretensiones sobre Pomerania. En junio, los miembros del Círculo de la Baja Sajonia se decidieron a respaldar su postura. A continuación, el elector de Sajonia, pretendiendo estar por encima de tan prosaicas cuestiones, intentó conseguir apoyo para las conversaciones de paz iniciadas por los oficiales imperiales en Leitmeritz con Jorge de Hesse-Darmstadt.

Así, la causa protestante se vio paralizada incluso antes de que recomenzaran las hostilidades en julio, existiendo de nuevo dos escenarios de operaciones diferentes: los sajones, dirigidos por Arnim, trataban de penetrar en Silesia, mientras que los suecos y sus aliados de la Liga Heilbronn, bajo el mando conjunto de Gustav Horn y Ber-

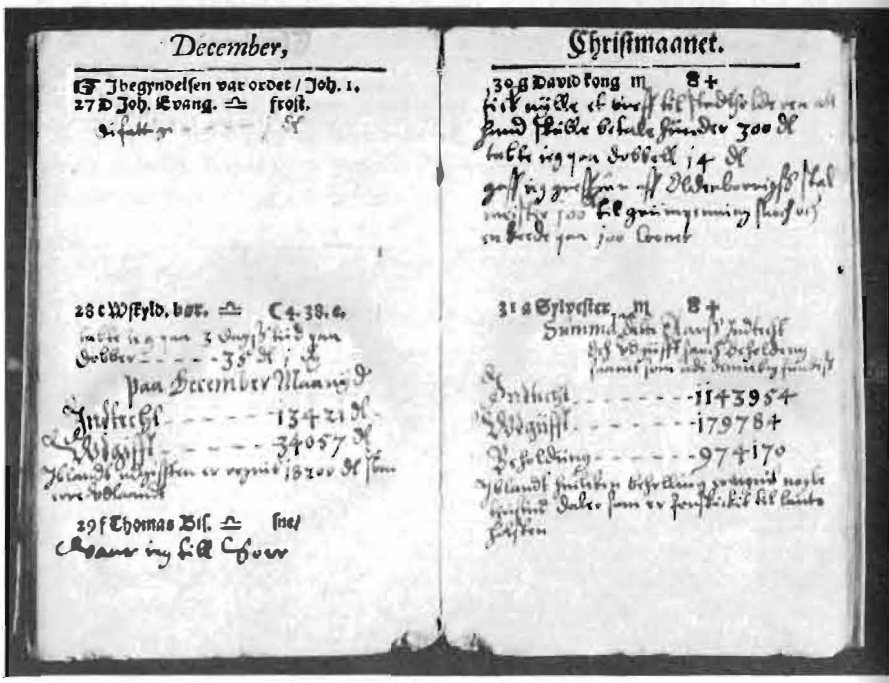
52. Mutio Vitelleschi, prepósito general de los jesuitas, a Lamormaini, 1 de abril de 1634, citado por Bireley, *Religion and Politics*, p. 203. Wedgwood, *Thirty Years' War*, pp. 346-360, reconstruye el fin de Wallenstein a partir del análisis meticuloso de los documentos escritos.

nardo de Sajonia-Weimar, intentaban conquistar el sudeste de Alemania. En un principio, el desarrollo de la campaña fue satisfactorio: Arnim invadió Bohemia y pronto llegó una vez más ante los muros de Praga, mientras que las fuerzas de la Liga Heilbronn asaltaban Landshut, en Baviera, episodio en el que murió Johann von Aldringen, comandante en jefe de Maximiliano. Pero estos éxitos se vieron contrarrestados por la reconquista de Ratisbona y Donauwörth por las tropas imperiales comandadas por Fernando de Hungría, que restableció de esta forma el contacto entre Baviera y los territorios de los Habsburgo. Arnim consideró prudente retirarse de las puertas de Praga, porque su posición le parecía excesivamente arriesgada. A continuación, Fernando sitió la ciudad protestante de Nördlingen y esperó la llegada de su primo, el cardenal-infante Fernando, que encabezaba un ejército de 15.000 hombres procedentes de España y de las posesiones españolas en Italia. Llegaron el 2 de septiembre, inmediatamente antes que las tropas de Bernardo y Horn. Los dos primos comprendieron que una confrontación podía favorecerles y prepararon un campamento fuertemente fortificado en las colinas que se extendían al sur de la ciudad. Su confianza estaba justificada. Cuando los dos ejércitos se enfrentaron el 6 de septiembre, los Habsburgo contaban con 33.000 hombres y los protestantes solamente con 25.000. Al anochecer, después de «la mayor victoria de nuestros tiempos» (expresión que utilizó con júbilo Olivares), unos 12.000 protestantes yacían muertos en el campo de batalla y 4.000 más, entre ellos Gustav Horn, habían sido hechos prisioneros. Nördlingen cayó inmediatamente y los restos del ejército derrotado, bajo el mando de Bernardo de Sajonia-Weimar, se retiraron a Alsacia mientras Suecia retiraba renuentemente todas sus guarniciones al sur del Main.[53]

La moral de Oxenstierna comenzó finalmente a flaquear. En noviembre de 1634 escribió a Johan Baner, el único general sueco capaz que quedaba en Alemania: «No seguiré luchando, sino que me dejaré llevar adonde me conduzca la marea ... Somos odiados, envidiados y

53. Véase G. Rystad, *Kriegsnachrichten und Propaganda während des dreissigjährigen Krieges: die Schlacht bei Nördlingen in den gleichzeitigen gedruckten Kriegsberichten*, Lund, 1960. Hay ilustraciones de la batalla, en Angela y Geoffrey Parker, *European Soldiers 1550-1650*, Cambridge, 1977, pp. 46-55. En el campo de batalla, son visibles todavía los emplazamientos de los cañones preparados en el Altbuch la noche antes de la batalla, y hay una pequeña columna conmemorativa. Como ocurre con Lützen, el lugar bien merece una visita.

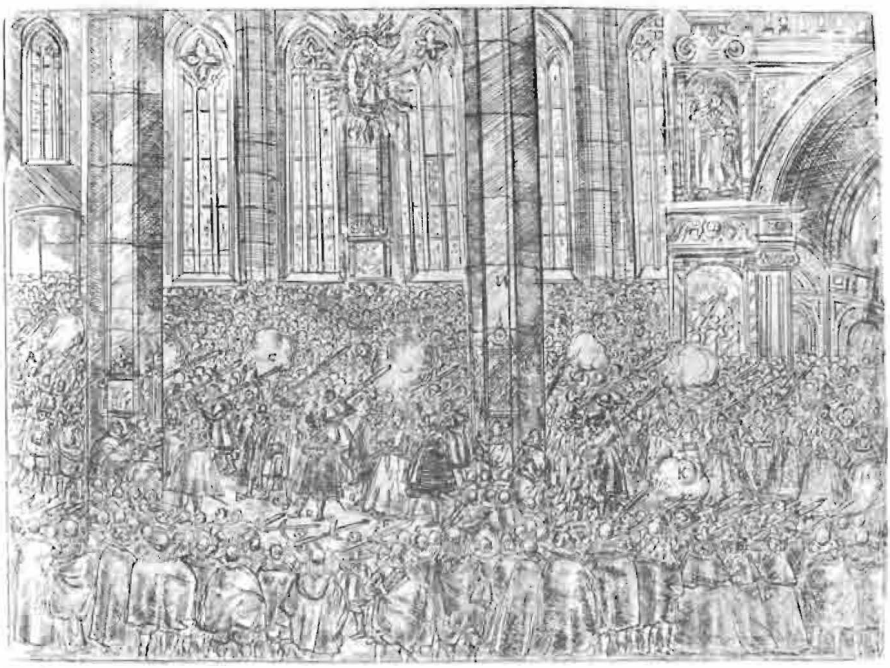
1. *La revuelta Fettmilch en Frankfurt (1612-1616).* La revuelta de los ciudadanos de Frankfurt que comenzó en 1612, durante la celebración de la elección de Matías como emperador, fue antipatricia y antisemita a un tiempo. Al principio, los ciudadanos, dirigidos por el carismático panadero Vincent Fettmilch, exigían un consejo más democrático y la expulsión de la importante población judía de la ciudad (que en opinión de muchos obtenía ventajas de la protección que le dispensaba el consejo). En 1614, y dado que los consejeros no variaron su actitud, los ciudadanos les depusieron y atacaron el ghetto judío (como se ve en esta ilustración). Todos los judíos fueron expulsados de la ciudad. Pero estos nuevos desórdenes obligaron al emperador a intervenir y, finalmente, Fettmilch fue apresado por sus conciudadanos y su movimiento sofocado. En 1616 fue ejecutado y los patricios se hicieron de nuevo con el poder. Los desórdenes de Frankfurt constituyen un ejemplo extremo de la tensión que existía entre los consejos de las ciudades y los ciudadanos, tensión que desembocó en enfrentamientos violentos en una serie de ciudades alemanas en los años anteriores a la guerra (*véase* mapa 1). (Tomado de J. L. Gottfried, *Historische Chronica*, Frankfurt, 1633, p. 1.142. Cortesía del Historisches Museum, Frankfurt del Main.)



2. *Las finanzas de Cristián de Dinamarca (1618).* El diario hológrafo de Cristián IV correspondiente al día de Nochevieja de 1618, donde se resumen sus disponibilidades de capital (en *daler* daneses). La traducción del texto es la siguiente:

> Totales de los ingresos y gastos anuales, así como de las reservas, registradas en este libro:
>
> | | |
> |---|---|
> | Ingresos | 1.143.954 |
> | Gastos | 179.784 |
> | Reservas | 974.170 |
>
> Esta reserva incluye algunos miles de *daler*, que han sido enviados a Holstein.

Esta posición financiera extraordinariamente saneada —de la que el diario del rey es el único registro— contribuye a explicar por qué el rey de Dinamarca sería tan asiduamente cortejado por los seguidores de Federico del Palatinado. (Procedente de Rigsarkivet, Kongehusets arkiv: Cristián IV. Copenhague.)



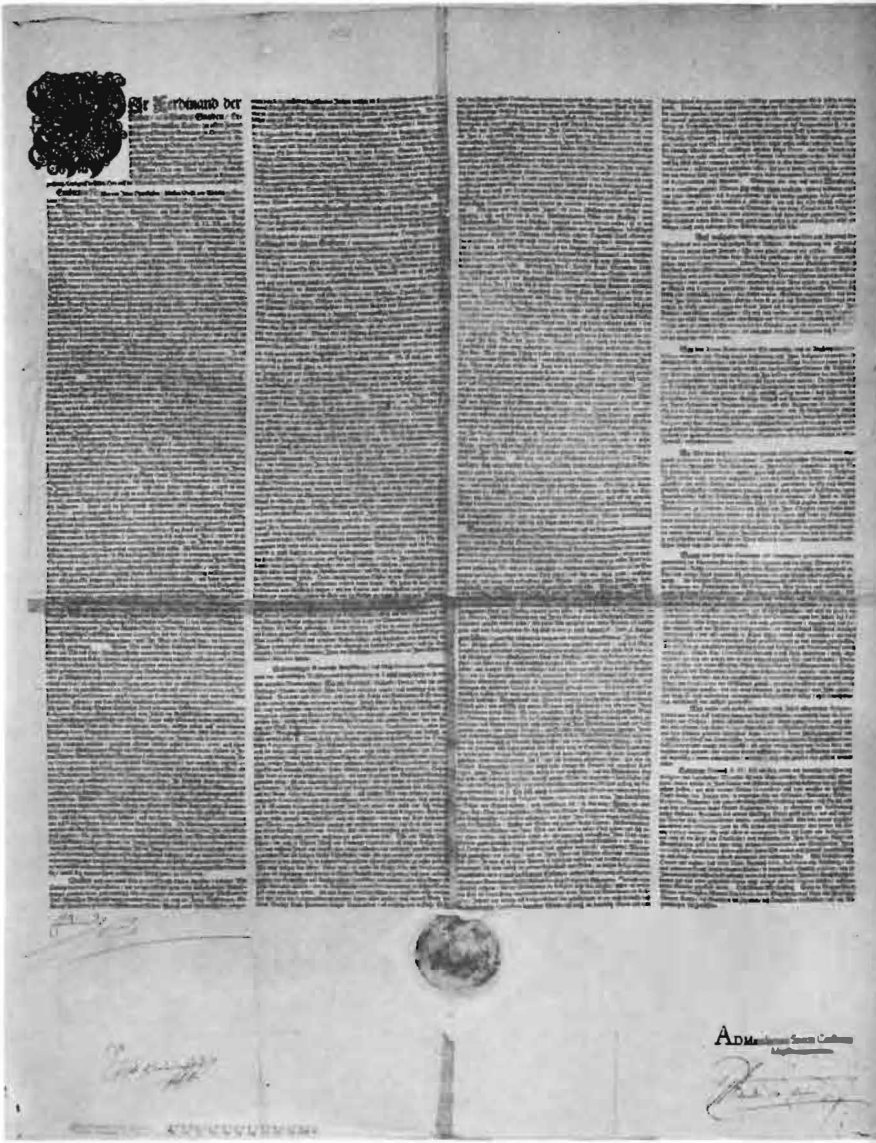
3. *La boda de Neoburgo (12 de noviembre de 1614).* Si en 1613 la «boda del año» protestante fue la de Federico del Palatinado con Isabel Estuardo en Londres, el equivalente católico fue, sin duda, la que se celebró entre Wolfgang Guillermo, heredero del ducado de Pfalz-Neoburgo, y Ana Magdalena, hermana de Maximiliano de Baviera, en Munich. Esta ilustración, una de un conjunto de doce (realizadas por Wilhelm Peter Zimmermann de Augsburgo) conmemorando las festividades, muestra a la pareja de recién casados que abandona la iglesia con el acompañamiento de una salva de mosquetes. Esta boda fortaleció la adhesión de Wolfgang Guillermo a la causa católica —no había abandonado la fe luterana sino en el mes de julio anterior— y fue también una garantía del apoyo de los bávaros a las pretensiones de Neoburgo a la sucesión de Cleves-Juliers. (Procedente de Staatliche Graphische Sammlung 94.451. Munich.)

Abbildung der Statt Budissin oder Bautzen, wie dieselbe von Ch. F. Durchl. zu Sachsen erobert worden im Sept. Anno 1620.

Anweisung der ziffer. 1 Das Schloß. 2 S. Nicolaus. 3 Schüler Thor. 4 Schöpfbrunnen. 5 Gerbergassen. 6 Haupt Kirch S. Peter. 7 Das Rathhauß. 8 Reichenthor. 9 Mühlthor. 10 Alte Wasserkunst. 11 die grosse Mühl. 12 Lauwenthor. 13 die Newe Wasserkunst. 14 Z. Ch. F. Durchl. 15 gefangne.

4 (arriba). *La rendición de Bautzen a Juan Jorge de Sajonia (1620).* Aunque el apoyo de Baviera a la causa de los Habsburgo en 1620 es un hecho mucho mejor conocido, también fue importante la campaña de Sajonia para ayudar a Fernando II. Sin embargo, apenas hubo derramamiento de sangre. Mientras que Maximiliano tenía que luchar para avanzar por la Alta Austria y Bohemia hacia Praga, Juan Jorge ocupó Silesia y Lusacia sin apenas esfuerzo. Sólo la capital de Lusacia, Bautzen, ofreció una resistencia seria que (como muestra este grabado) tampoco duró mucho tiempo. Los defensores no tardaron en verse obligados a rendirse formalmente al vigoroso elector. (Tomado de J. P. Abelinus, *Theatrum europaeum*, I, Frankfurt, 1639, pp. 421-422.)

5. *El general Tilly visita a los jesuitas en la tejeduría (1632).* Era Tilly, más que Wallenstein, quien simbolizaba, para los propagandistas protestantes, la amenaza imperial y católica y se convirtió en el blanco de innumerables ilustraciones y octavillas satíricas, sobre todo desde el momento en que su estrella comenzó a declinar tras la batalla de Breitenfeld. Por ejemplo, este furibundo pasquín muestra al anciano general rodeado de jesuitas y monjes en una decrépita tejeduría. Incapaces ya de hacer girar sus ruedas, se ven en la necesidad de tejer el lino como lo hacían las viejas aldeanas. (Tomado de Herzog-August-Bibliothek, *Sammlung Ilustrierte Einblattdrucke* JH 170. Wolfenbüttel.)



6. *El Edicto de Restitución (1629).* Pocas veces ha resultado tan polémico un trozo de papel como el Edicto religioso promulgado por Fernando II el 6 de marzo de 1629. Contenía tan sólo cuatro columnas de texto, pero sería la causa de que fracasaran todos sus ambiciosos planes. Esta copia, firmada por el propio Fernando II, fue enviada antes de su publicación a Maximiliano de Baviera en su calidad de director de un Círculo imperial, con órdenes para que la reprodujera y hubiera alcanzado una amplia distribución en su jurisdicción el día de su publicación oficial, el 28 de marzo. (Procedente de Bayerisches Hauptstaatsarchiv, *Kasten Schwartz* 60, fol. 106. Munich.)

Der Röm. Käyſ. auch zu
Hungarn vnd Böheimb Kön. Mayſt.

FERDINANDI II.

Außſpruch/Deciſion/vnd Käyſ. Edict/
Radix omnium Vber malorum.

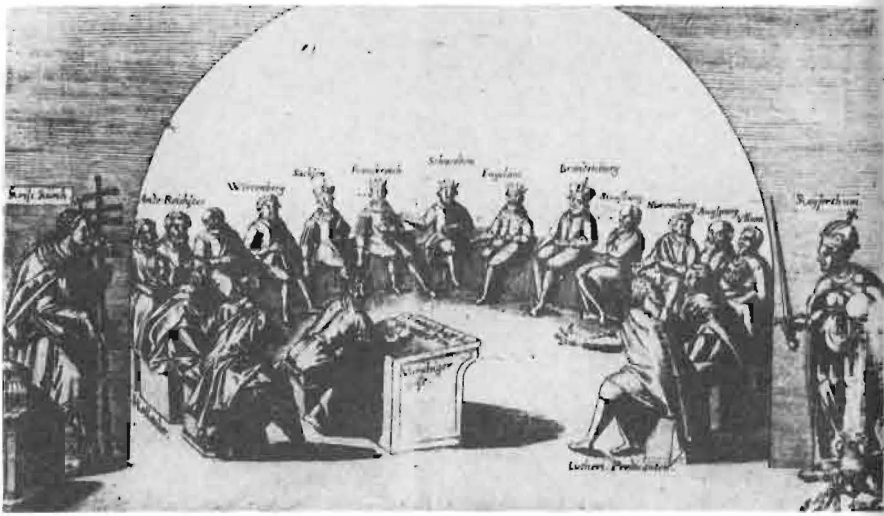
Etliche Puncten den Religion Frieden/ſonderlich die Reſtitution der Geiſtlichen Gütter betreffendt.

Auß dem Original mit fleiß nachgedruckt.

Gedruckt in der Fürſtl. Hauptſtatt Wirtzburg/
bey Stephan Fleiſchmann.

Anno M. DC. XXIX.

7. *El Edicto: «raíz de todos los males»*. Esta edición del Edicto fue reeditada en forma de panfleto a partir de la copia enviada al obispo de Wurzburgo. Era una de las treinta y cinco versiones conocidas y contiene el juicio de un contemporáneo anónimo (pero sin duda católico) escrito de su puño y letra: *Radix omnium malorum*. (Procedente de Stadtbibliothek, Hist. 494, 4.°. Nuremberg.)



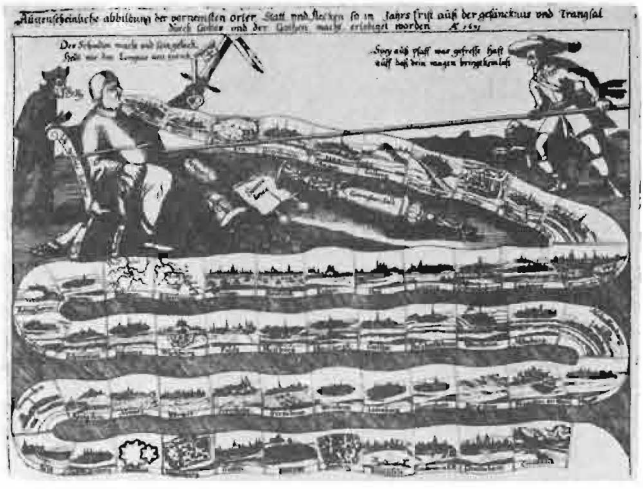
8. *El Coloquio de Leipzig (1631): un complot protestante.* Para los católicos, la reunión de los estados protestantes del Imperio en la primavera de 1631 fue el presagio de una conspiración internacional en la que estaban implicadas Inglaterra, Francia, Suecia y Holanda, así como los luteranos y calvinistas alemanes. Aparece un «espíritu turbulento» (*unruhiger Geist*) —de hecho, el propio diablo— como secretario de la conferencia y se le acusa de fomentar la oposición a la autoridad legítima del emperador (a la derecha) y la verdadera iglesia (a la izquierda). Éste es uno de los tres panfletos conocidos hostiles a Gustavo Adolfo de Suecia. Las octavillas católicas fueron raras a partir de 1629: no importa cuál fuera su suerte en el campo de batalla, los protestantes conservaban una aplastante superioridad en la guerra de propaganda. (Procedente de Bayerische Staatsbibliothek, Einblattdrucke V, 8.ª, n.° 37, Munich.)

9. *El avance de los suecos (1630-1632).* El rico contenido alegórico de esta octavilla de 1632 es típico de ese período. El victorioso rey de Suecia aparece avanzando hacia el Sacro Imperio Romano en un carro tirado por animales que simbolizan la magnanimidad, la rapidez, energía y glorioso pasado del conductor. Estas bestias son guiadas por la mano de Dios. Un grupo de príncipes protestantes desposeídos de sus bienes ayuda a empujar el carro, mientras se incita a la iniciativa de paz imperial («Pacem») al tiempo que la «Religión» (G) señala acusadoramente a la verdadera iglesia, atada y amordazada («R»). (Procedente de la British Library, Call n.° 1.750, b. 29/47.)

10. *El asedio de Smolensko (1632).* Suecia había estado en guerra con Polonia durante todo el decenio de 1620 y a Gustavo Adolfo le preocupaba que, a pesar de la tregua de seis años firmada en Altmark (1629), su primo Segismundo pudiera lanzar un nuevo ataque intentando recuperar una parte de sus pérdidas mientras Suecia se hallaba totalmente ocupada en la guerra de Alemania. Fue para hacer frente a esta amenaza por lo que Gustavo Adolfo incitó a los rusos a declarar la guerra a Polonia, debilitada por la muerte de Segismundo en la primavera de 1632. El ejército ruso, contando con la ayuda de voluntarios ingleses y escoceses, sitió Smolensko y mantuvo el asedio durante el invierno de 1632-1633 con las más modernas técnicas militares (que se muestran en esta ilustración de Hondius). Sin embargo, el asedio fracasó, debido en parte a los enfrentamientos entre los mercenarios británicos, y la paz se firmó a principios de 1634. Polonia quedó libre entonces para luchar para que los suecos abandonaran el mar Báltico cuando expirara la tregua de Altmark al año siguiente. (Cortesía del Dr. Paul Dukes.)

11. *El Hércules sueco (1631).* Otra alegoría, mucho más evidente, sobre el sorprendente rey de Suecia, cuya encarnación de la causa protestante fue un rasgo característico de prácticamente toda la propaganda de la época. (Procedente de Herzog-August-Bibliothek, *Sammlung Illustrierte Einblattdrucke:* «Der Schwedische Hercules». Wolfenbüttel.)

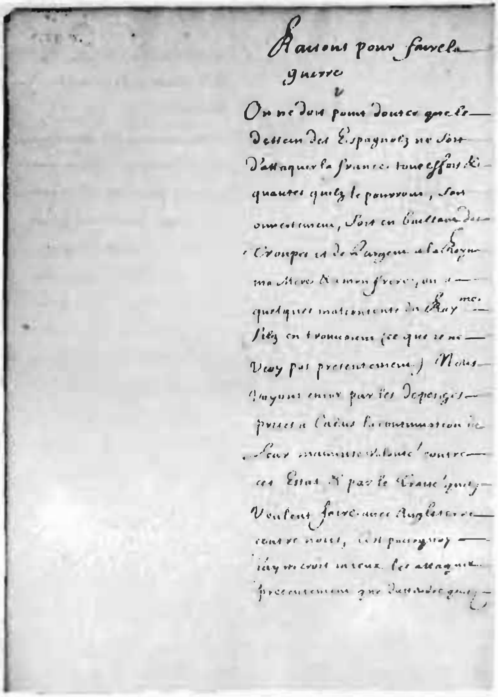
12. *«Los pasteles sajones» (1631).* Se decía que en una reunión celebrada entre el elector de Sajonia y representantes del general Tilly, el primero había advertido a los imperiales que si intentaban devorar el hasta entonces intacto «confite» de Sajonia, encontrarían que contenía duras nueces para romper (véase p. 186). Este episodio dio lugar a una larga serie de octavillas. En ésta, vemos a Tilly intentando coger los gustosos platos, que tienen las leyendas «regio» y «religio», mientras Juan Jorge le aparta con el bastón de la «clara conciencia» y Gustavo Adolfo blande el cáliz de la justicia. El sajón está asentado sobre sólidos bloques en los que se lee «justa causa» y «segura esperanza», mientras que Tilly se tambalea precariamente sobre unas bolas con las leyendas «malicia» y «falsedad». (Procedente de la British Library, Call n.° 1.750, b. 29/32.)

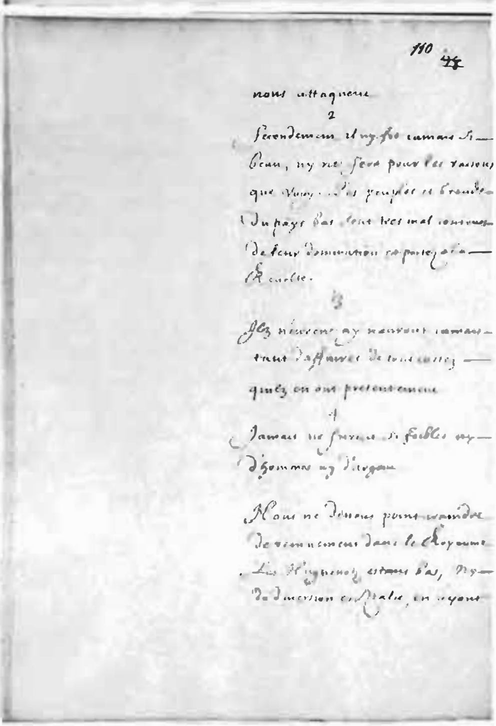


13. *El avance sueco continúa.* Algunas octavillas tenían una estrecha relación con las cambiantes noticias diarias. Aquí vemos a Gustavo Adolfo que obliga al papa, símbolo de la causa católica, a vomitar ciudades y fortalezas tomadas a los protestantes durante el decenio de 1620. La secuencia, que parece casi una tira cómica, incluye los lugares ocupados o liberados por los suecos en su avance desde Stralsund en el Báltico hasta Kreuznach en Renania. Se ha dejado espacio para insertar las victorias subsiguientes en las ediciones posteriores de la ilustración. (Procedente de la British Library, Call n.° 1.750, b. 29/67*.)

14. *Gustav Adolphiana*. Después de la gran victoria de Breitenfeld se desarrolló una auténtica «industria Gustavo Adolfo». Algunos objetos se fabricaban de forma individual, pero otros se producían en masa: relieves de marfil, estatuas de plata, anillos de oro, colgantes y medallones con la efigie del rey sueco. Este vaso ceremonial ofrece una oportunidad más de recordar al héroe sueco. (Procedente de Victoria and Albert Museum, n.° 1.885A-1898. Londres.)

15. *Gustavus redivivus (1633).* La muerte del monarca no interrumpió inmediatamente la impresión masiva de octavillas asociadas con sus logros en Alemania. Esta ilustración de 1633 presenta de forma melodramática la apoteosis del rey: sostenido por las «tres coronas» (emblema nacional sueco), Gustavo Adolfo surge indestructible de entre las olas. El título dice: «El sueco sigue con vida». (Procedente de Bayerische Staatsbibliothek, Einblattdrucke V, 8.ª, n.º 89. Munich.)





16 *a* y *b*. *Luis XIII se prepara para la guerra (1634).* El 4 de agosto de 1634 el rey de Francia escribió un memorándum de alto secreto («ningún ser vivo lo ha visto» según el documento) a su primer ministro cardenal Richelieu, sobre la política más acertada respecto a los Habsburgo. En ese momento, la postura de Luis XIII era eminentemente defensiva. Afirmaba que Francia no podía permitirse el lujo de quedar aislada si Holanda firmaba una nueva tregua con España o si los suecos y sus aliados de la Liga Heilbronn firmaban la paz con el emperador. En cambio, una declaración de guerra contra España impediría la tregua de Holanda y daría nuevos ánimos a los protestantes alemanes. La implicación subyacente es que la preocupación fundamental no era la guerra en Alemania, sino la guerra contra España. Tras la batalla de Nördlingen, justo un mes después, ese punto de vista tuvo que variar sustancialmente. (Procedente de Archive du Ministère des Affaires Étrangères, *Correspondance politique: Allemagne*, vol. 23, fols. 338-340. París.)

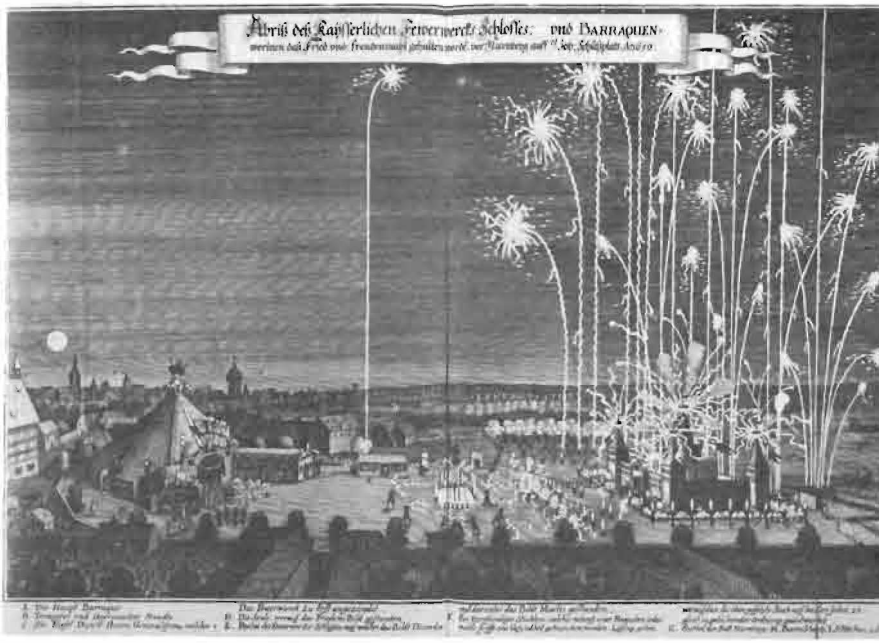
17. *Amore Pacis (1648).* Esta enorme octavilla incorporaba un mapa preparado por orden del general intendente Cornelis van den Büsch y contenía los detalles de las principales batallas de Suecia en la guerra (1630-1648), la situación de las diferentes guarniciones de Suecia y de sus aliados al término de la guerra y otras informaciones militares útiles. Sirvió tanto para dar difusión a los éxitos de Suecia como para localizar sus dispersas guarniciones para la evacuación. (Procedente de Krigsarkivet, *Hist. Plan.* 1648: fol. 24. Estocolmo.)

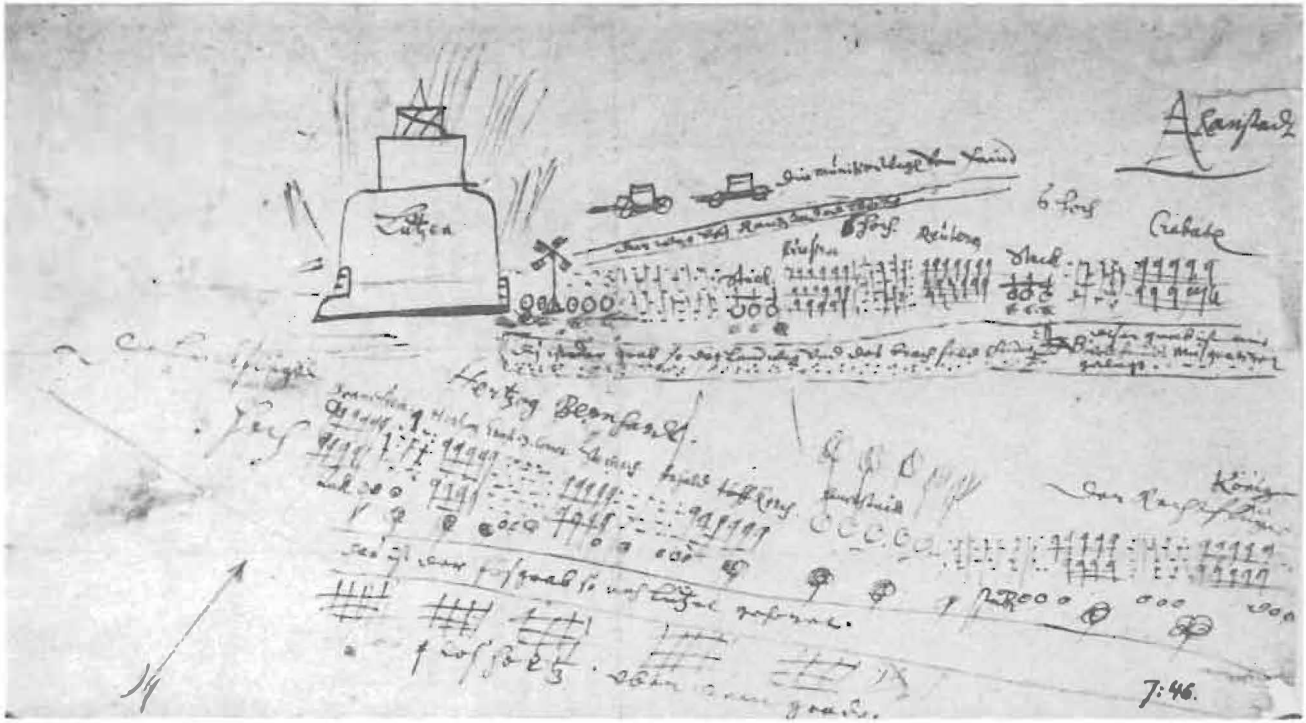
Groß Europiſch Kriegs Ballet getantzet durch die Könige und Potentaten Fürſten und Reſpublicken auff dem Saal der betrübten Christenheit.

18. *El ballet de la gran guerra europea (1647-1648).* Esta sencilla sátira de las, al parecer, interminables delegaciones diplomáticas en Westfalia muestra a los diferentes gobernantes europeos tratando de moverse al unísono, mientras los ángeles arrojan ante ellos ramas de olivo y manzanas de la discordia. A la derecha, contemplados por el sultán turco y el príncipe de Transilvania, el infante Luis XIV da la mano a Juan IV de Portugal, el príncipe de Orange y el general Torstensson (interesante elección para representar a Suecia). Danzan ante el ataúd de Federico del Palatinado, mientras Gustavo Adolfo yace muerto en el suelo. El emperador y sus aliados son contemplados por un grupo de príncipes italianos, mientras Sajonia y los cantones suizos, en primer plano, intentan obtener ventajas. (Procedente de Bayerische Staatsbibliothek. Munich.)

19. *La batalla de Jankov (1645).* Uno de los extraordinarios grabados del grabador y librero de Frankfurt Matthaeus Merian (1593-1650), publicado en el libro *Theatrum europaeum* como una especie de historia contemporánea, impresa a medida que avanzaba la guerra. Que se apreciaba la importancia de Jankov lo demuestra el hecho de que se incluyeron en la obra cuatro ilustraciones diferentes de la batalla, por dos de la de Breitenfeld y tres de la de Lützen. (Procedente de M. Merian, *Theatrum europaeum*, V, Frankfurt, 1647, pp. 716-717.)

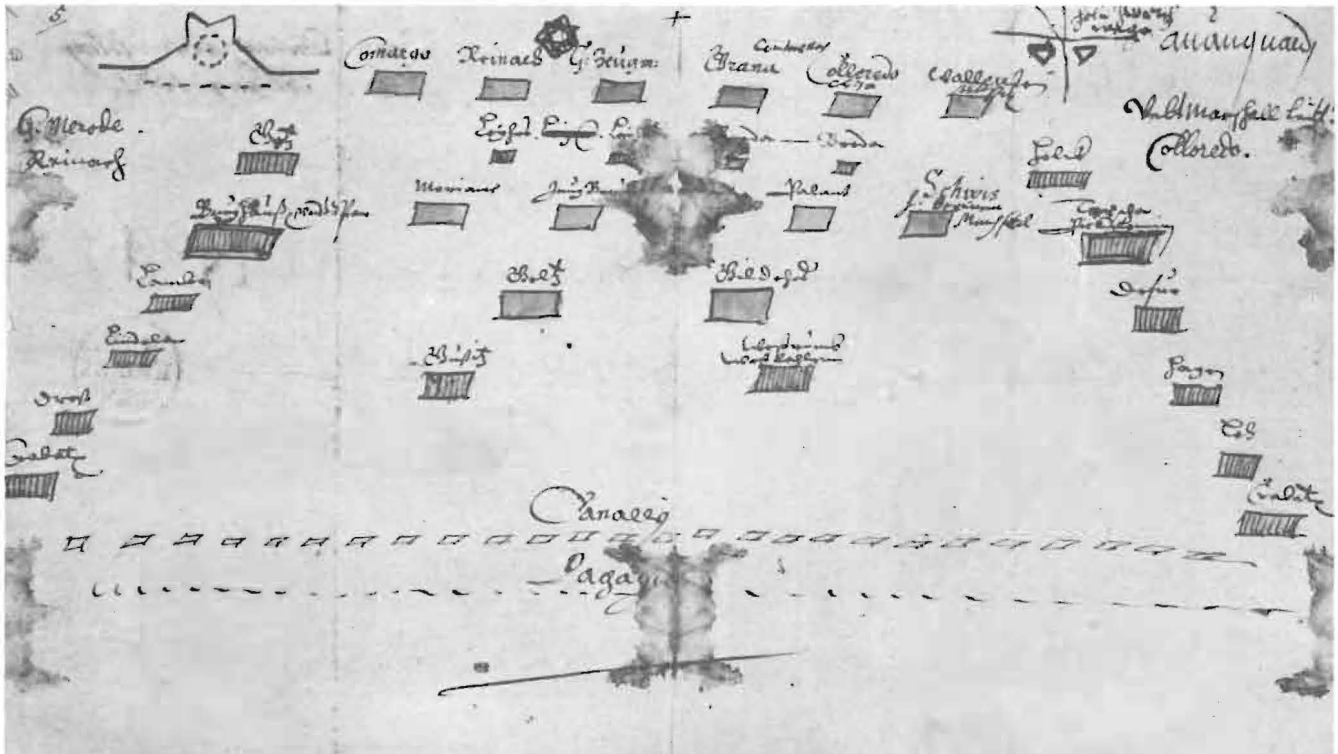
20 y 21. *Nuremberg: el fin de la guerra (1650).* Aunque la paz de Westfalia puso fin a la guerra en octubre de 1648, pasaron casi dos años más antes de que se encontrase una fórmula aceptada por todos para la desmovilización de los ejércitos. El papel más importante correspondió al príncipe Carlos Gustavo de Pfalz-Zweibrücken, comandante en jefe del ejército sueco y supuesto heredero del trono sueco (al que accedió en 1654 con el nombre de Carlos X). Aquí (arriba) aparece sentado a la izquierda del comandante imperial Ottavio Piccolomini, al final de la mesa (a la izquierda en primer plano) esperando el banquete con el que se celebraba el acuerdo final, mientras que en el exterior tenían lugar unos espectaculares fuegos artificiales (página de la derecha). Finalmente, había llegado la paz a Alemania. (Procedente de M. Merian, *Theatri europaei oder historischer Beschreitung... sechster und letzter Teil*, Frankfurt, 1652, pp. 939 y 1.076.)

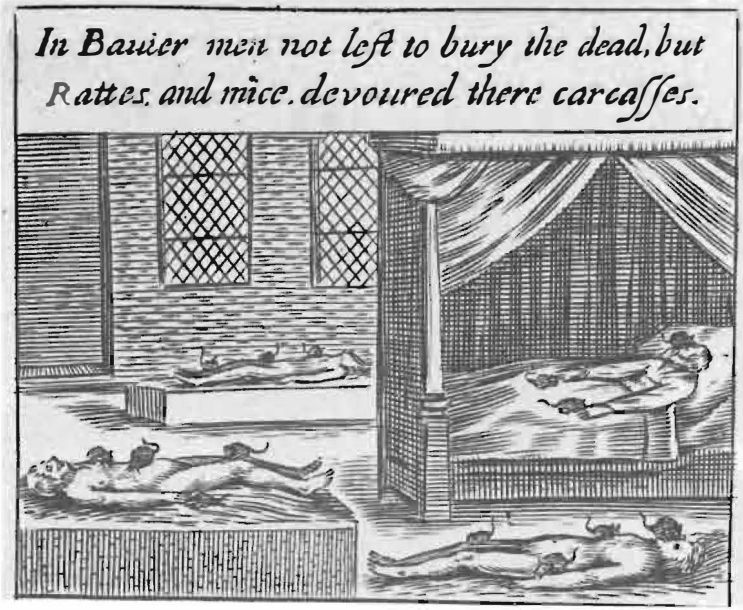

Abriß deß Kayſſerlichen Feuerwercks Schloſſes: vnd BARRAQUEN-
werinen das Fried vnd freudenmayl gehalten worden. vor Nürnberg auf Joh. Schlaßplatz Anno 50.



22 *a* y *b*. *Esquemas contemporáneos de la batalla de Lützen (1632).* La derrota de los católicos en Breitenfeld se produjo porque el orden de batalla del ejército sueco —con líneas menos nutridas y más largas, más artillería y mayor número de mosqueteros— se mostró superior al orden tradicional. En consecuencia, los ejércitos imperiales derrotados, dirigidos por Wallenstein, adoptaron la técnica sueca. En Lützen, ambos bandos estaban desplegados más o menos de la misma forma y la batalla terminó en tablas. Por un afortunado azar, han sobrevivido dos esquemas contemporáneos de las líneas de batalla en Lützen: uno (arriba) del bando protestante (aunque es anónimo, el *munitionslager* se menciona como *vom Feind*, «del enemigo»); el otro (*abajo*) realizado tal vez por el propio Wallenstein y que le fue entregado a Pappenheim (se encontró en poder del conde muerto,

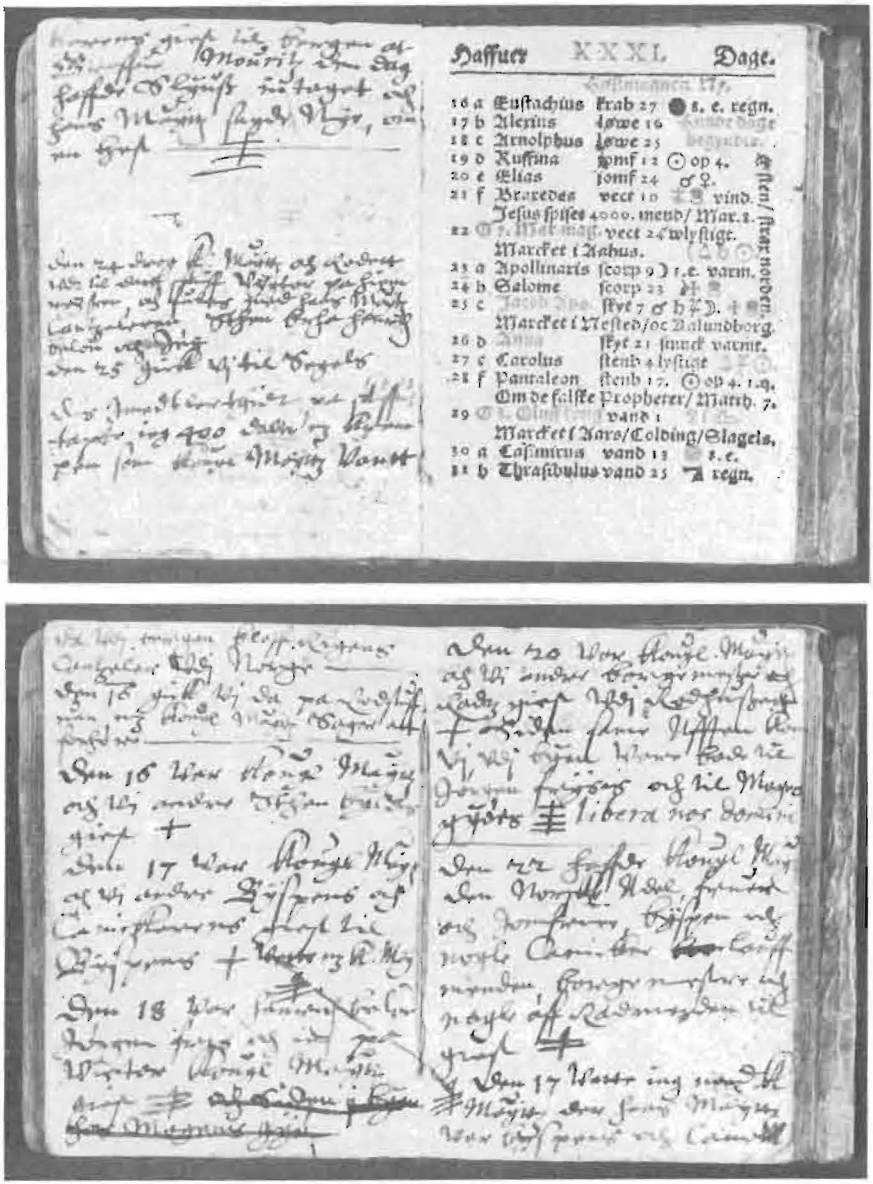
manchado con su sangre, después de la batalla). Se aprecia que el flanco derecho de Wallenstein ocupaba la aldea de Lützen y los molinos de viento, mientras que la posición de Gustavo Adolfo (*König* en el mapa de arriba en la parte inferior derecha) se hallaba en el flanco opuesto, razón por la cual su monumento funerario se halla situado en la actualidad a unos tres kilómetros de la aldea. La masiva artillería sueca, que provocó tan graves pérdidas entre las tropas imperiales, aparece en el centro de su formación (*Samptstücke*) en el «esquema protestante». (Esquema de arriba procedente de Krigsarkivet, *Sveriges Krig*, 3:86. Estocolmo; esquema de abajo, de Heeresgeschichtiches Museum, Kat. Erben/John 1903, nr 75/3. Viena.)





23 *a*, *b* y *c*. *Las lamentaciones de Alemania*. Un folleto inglés sobre la guerra publicado en 1638, con el título *The lamentations of Germany*, incluye cartas de algunos ministros protestantes en el Palatinado a sus colegas exiliados en Londres. Pero el texto principal era un largo informe sobre «la miserable situación de Alemania», elaborado por el refugiado G. R. Weckerlin, con títulos como «De las torturas y tormentos», «De las violaciones y raptos», «Del derramamiento de sangre y las matanzas». He aquí algunas de las menos terroríficas ilustraciones que acompañaban su terrible relato de la inhumanidad del hombre para con el hombre. (Procedente de *The lamentations of Germany*, Londres, 1638, láminas de las pp. a2, 26, 61.)

Priests slaine at their Altars
Croats eate Children
Noses & eares cut of to make hatbandes
Snalles and froges eagerly eaten
Eatinge dead mens guts and Interralls
A diuines wife saw 6 of her Children ley starued before her eyes. Corne 3 pounds 18 shilling a bushell.



24 *a* y *b*. *En la corte de Cristián IV*. Un extracto del diario del consejero de Cristián, Esge Brock, durante la visita del monarca a Noruega en 1604. Las cruces que aparecen al final de cada anotación registran el grado de intoxicación al final de cada velada. La anotación del 20 de julio, en la página de abajo a la derecha dice así: «Su Majestad y nosotros fuimos huéspedes del alcalde y del consejo (de Bergen) en el ayuntamiento. Luego, esa misma noche, entramos en la ciudad y fuimos a la casa de Jørgen Friis y Mogens Gøye. ¡Libera nos domine! Las cuatro cruces y la jaculatoria parecen indicar una noche de excesos sin parangón que dejó con resaca incluso a un bebedor de tanto aguante como Brock. La corte real marca la tónica de gran consumo de alcohol, que fue habitual en la Europa protestante. (Procedente de Rigsarkivet, Privatarkiver n.º 5.212: Esge Brock C: Dagbøger 1604-1622. Copenhague.)

acosados». En Suecia, el Consejo de Regencia criticaba abiertamente su política, lo que llevó a Oxenstierna a lamentarse ante su hermano: «Estas actuaciones me hacen sentirme cansado de la vida».[54] En el exterior, la situación diplomática empeoraba rápidamente, y no sólo como consecuencia de la derrota de Nördlingen. Aunque en 1633, para satisfacción de Suecia, los turcos y los rusos habían atacado Polonia, al año siguiente Polonia y Rusia firmaron la paz cuando los turcos concentraron una vez más sus fuerzas contra Persia. Suecia corría el serio peligro de que cuando expirara la tregua de Altmark, tan favorable para sus intereses, en 1635, no fuera renovada, o cuando menos, no fuera renovada en los mismos términos ventajosos. También la posición de Suecia en el Imperio era crítica. Los miembros de la Liga Heilbronn, en la que se centraba ahora por completo la atención de los imperiales, enviaron una misión diplomática a París en noviembre de 1634 sin conocimiento de Oxenstierna. Allí se mostraron dispuestos a hacer amplias concesiones a cambio de la declaración de guerra contra España y el emperador (véanse los detalles de esta misión en las pp. 217-218). Al mes siguiente, Oxenstierna se retiró de la Liga, a cuyo seno no habría de regresar. Incluso el aliado más antiguo de Suecia, Guillermo de Hesse-Kassel, estaba convencido ahora de que sólo la Francia católica podía salvar la causa protestante. En noviembre de 1634 escribió:

> La Casa de Austria quiere subyugar toda Alemania, extirpando la libertad y la religión reformada. Por eso, en esta situación extrema debemos dirigir nuestra mirada hacia Francia.

El landgrave pretendía incluso elegir como emperador al rey de Francia porque consideraba que sólo así se podían garantizar las «libertades alemanas».[55]

Pero mucho más grave que estas defecciones de la causa fue la pérdida de Sajonia. Tan sólo diez semanas después de la batalla de Nördlingen, las negociaciones de Hesse-Darmstadt y Sajonia con las tropas imperiales (que se trasladaron de Leitmeritz a Pirna durante el verano) desembocaron en un acuerdo. Los «Preliminares de Pirna»

54. Citas tomadas de Roberts, «Oxenstierna in Germany», pp. 86, 98, nota 15.

55. Guillermo V citado por Altmann, *Landgraf Wilhelm V*, p. 84.

ofrecían grandes ventajas a ambos bandos: a Sajonia se le reconocían plenos derechos sobre Lusacia (cedida en 1620 como garantía por la ayuda del elector a Fernando durante la revuelta bohemia) y sobre el territorio de Magdeburgo; se constituiría un solo ejército formado por tropas sajonas, bávaras e imperiales para luchar contra todas las fuerzas extranjeras en el Imperio y se aceptaba la transferencia definitiva del Electorado palatino a Baviera. Sobre todo, se fijó el mes de noviembre de 1627 como «fecha normativa» para la restitución de los territorios eclesiásticos y el ejercicio de las religiones permitidas, compromiso crucial que permitía a los católicos retener sus conquistas en el sur y en el sudoeste pero que ofrecía total seguridad a los territorios secularizados de los príncipes del norte (el Edicto de Restitución quedaba suspendido «durante 40 años»).[56]

Sin embargo, los nuevos éxitos militares sobre el ejército imperial durante el invierno de 1634-1635 debilitaron la posición negociadora de Sajonia. Más tarde, un autor de panfletos protestante afirmaba haber advertido 371 cambios negativos para su religión entre el texto de los «Preliminares de Pirna» y el del acuerdo final, firmado en Praga en mayo de 1635. Juan Jorge aceptó finalmente que se suspendieran los indultos prometidos a la familia del Palatinado, a Hesse-Kassel y a varios otros, así como la imposición del Edicto en muchas otras zonas. Habría habido otras concesiones si las tropas francesas no hubieran invadido el Imperio en el invierno de 1634-1635 para defender Heidelberg de las fuerzas del emperador. Aunque no hubo una declaración de guerra, todo el mundo comprendió en la corte imperial que era necesario firmar la paz con Sajonia antes de que se materializaran nuevos apoyos a la causa protestante. Incluso el nuncio papal en Alemania, que se oponía tajantemente a cualquier acuerdo que supusiera la suspensión del Edicto de Restitución, observó que «si los franceses intervienen en Alemania, el emperador se verá obligado a concluir la paz con Sajonia en los términos que pueda». Así pues, parecía conveniente firmar la paz antes en condiciones más ventajosas. El pragmático primado de Hungría, cardenal Pázmány, se declaró dispuesto a aceptar cualquier acuerdo con Sajonia «en tanto en cuanto la religión

56. Véase el admirable resumen de las condiciones del acuerdo en *Theologische Realenzyklopädie*, IX, Berlín, 1981, p. 180 (por K. Repgen). Cuatro de los nueve «Nebenrezesse» no han sido publicados: véase Bierther, «Zur Edition» (p. 393, *infra*).

católica sea preservada en las provincias patrimoniales sin permitir ningún otro credo».[57]

En febrero de 1635, Fernando presentó sus propuestas de paz a un equipo de 24 teólogos, en el que figuraba su leal confesor. Lamormaini, fiel a la filosofía providencialista que siempre había propugnado en los asuntos que concernían al emperador, argumentó que la gran victoria de Nördlingen era otro signo que demostraba la buena disposición de Dios y pidió que se rechazara cualquier acuerdo de paz con los protestantes. Pero en esta ocasión sólo seis miembros del equipo votaron con él. Los demás veían Nördlingen como una vía de escape y el emperador estaba de acuerdo con la mayoría. Más tarde en ese mismo mes se concluyó un alto el fuego no sólo con Sajonia sino también con Brandemburgo, resentido todavía contra Suecia a propósito de Pomerania. La paz de Praga se hizo pública, entre el general regocijo, el 30 de mayo de 1635. El ejército de Sajonia, que ocupaba todavía algunas partes de Silesia, se integró en las fuerzas imperiales (al igual que las tropas de Baviera, con gran disgusto de Maximiliano) y la mayor parte de los Estados luteranos se apresuraron a firmar la paz con el emperador en los mismos términos que los dos electores protestantes. El coronel Brandenstein, cuya distribución de tierras católicas a los ejércitos protestantes había causado tantas desgracias, fue hecho prisionero y murió como deudor, en 1640, en una cárcel de Sajonia. Quienes, como Guillermo de Hesse-Kassel, rechazaron la reconciliación y aceptaron las grandilocuentes promesas (luego incumplidas) de Francia y de Holanda, fueron atacados y destruidos sin piedad por los nuevos y más numerosos ejércitos imperiales. El landgrave calvinista fue expulsado de su territorio por una fuerza comandada por su rival luterano Jorge de Hesse-Darmstadt. Murió arruinado en el exilio. Más tarde ese mismo año, fue sitiado el gran campamento fortificado situado en las afueras de Maguncia, el Gustavsburg, y en enero de 1636 se rindió la guarnición de 5.000 hombres. Sólo Hanau defendía ahora la causa protestante en Renania y en 1637 también cayó a pesar de las formidables defensas con que contaba y de su desesperada resistencia. Los suecos ya habían abandonado Bremen y Verden, en el noroeste, a su antiguo enemigo Cristián IV de Dinamarca.

La paz de Praga constituyó un hito importante en la Guerra de

57. Citado por Repgen, *Römische Kurie*, pp. 337 n. 124, 333 n. 116 y 335-336.

los Treinta Años. Por una parte, limitó la importancia del aspecto religioso de la guerra. En adelante, los protestantes no se vieron enfrentados a los católicos en bloques casi monolíticos y los católicos ultramontanos no monopolizaron la política imperial. En este sentido, el rechazo de las opiniones tan explícita y tenazmente expresadas por Lamormaini fue de importancia crucial. La política imperial se hallaba ahora en manos de hombres pragmáticos, como Trauttmannsdorf (director del Consejo Privado Imperial desde 1637) que comprendía que era necesario hacer sacrificios si se quería recuperar las conquistas del decenio de 1620. Sin embargo, la firma de la paz con los luteranos alemanes no fue únicamente un triunfo de los pragmáticos, sino que constituyó también la reivindicación de la política de Olivares que, durante un decenio, había instado al emperador a llegar a un acuerdo con sus enemigos internos para destruir a los enemigos del exterior y desplegar sus recursos contra Holanda y, si era necesario, contra Francia. Pero el júbilo español ante la paz de Praga fue efímero. La destrucción del ejército sueco en Nördlingen, a la que siguió rápidamente la defección de muchos de sus aliados, parecía cuestionar la capacidad de Oxenstierna para orquestar con éxito la oposición a las fuerzas imperiales, sobre todo si éstas podían seguir contando con la ayuda de España. En consecuencia, el monarca de Francia declaró la guerra a Felipe IV el mismo mes en que se firmó la paz de Praga.

IV. La «guerra de diversión» de Francia

La declaración de guerra de Francia contra España el mes de mayo de 1635 se produjo tras el apresamiento del elector de Tréveris, aliado francés, por una columna de soldados españoles el 26 de marzo. El Consejo de Estado de Luis XIII, en su análisis del acontecimiento, concluyó que «el rey no puede evitar tomar las armas para vengar la afrenta que ha recibido como consecuencia del arresto de un príncipe que se halla bajo su protección».[58] Los españoles argumentaron que ese episodio del elector de Tréveris era simplemente un pretexto y que Francia estaba decidida de cualquier forma a hacer la guerra a España. En cierto sentido tenían razón: un informe secreto de Luis XIII al cardenal Richelieu, con fecha de 4 de agosto de 1634,

58. A. Leman, *Urbain VIII et la rivalité de la France et de la maison d'Autriche de 1631 à 1635*, Lille y París, 1920, p. 492.

analizaba en profundidad la eventualidad de «una enérgica guerra abierta contra España para asegurar una paz general positiva».[59] Sin embargo, Luis XIII estaba convencido de que los españoles pretendían invadir Francia cuando les resultara conveniente, y también él tenía razón. El Consejo de Estado español había discutido el 13 de abril de 1634 la posibilidad de declarar la guerra a Francia y aunque se desestimó, un mes más tarde el gobierno de España firmó una alianza con Gaston de Orleans, pretendiente al trono de Francia, que se hallaba exiliado en los Países Bajos españoles.[60] En tan tensa situación, había poderosas razones que justificaban un ataque francés que permitiera situar el campo de batalla en los territorios de los Habsburgo en lugar de tener que entablar una guerra defensiva «en las entrañas de Francia».[61] (Véase lámina 16.)

Así pues, ambos bandos estaban más o menos preparados para el comienzo de las hostilidades. Entre 1630 y 1635, el gobierno francés había establecido acuerdos con una serie de aliados que, casi con toda seguridad, provocarían en algún momento un conflicto internacional. La más célebre de estas alianzas es la que se estableció con la República de Holanda (desde junio de 1624 existía un acuerdo para la concesión de un subsidio, acuerdo que fue renovado en junio de 1630, mientras que la cuantía del subsidio se incrementó en abril de 1634) y con Suecia (después de enero de 1631; se interrumpió temporalmente con la muerte de Gustavo Adolfo, en razón de que era un acuerdo entre dos monarcas y quedaba derogada por la muerte de uno de ellos, pero fue renovada en abril de 1633). El objetivo de estas alianzas era luchar contra los Habsburgo de forma indirecta y evitar una intervención directa de Francia en la Guerra de los Treinta Años, pues ésa era una cuestión duramente controvertida en la política interna. En la *Journée de Dupes,* los enemigos de Richelieu estuvieron a punto de derrocarle y las críticas a su política exterior —en especial a la intervención en la guerra de Mantua— ocupaban un lugar preeminente entre sus agravios. La amenaza que planteaba la conspiración interna

59. *Acta Pacis Westphalicae*, I, pp. 18-20: Luis XIII a Richelieu, 4 de agosto de 1634. Las opiniones del rey eran calificadas como «alto secreto»: «âme qui vive ne les a veues», dice el documento. [«Ninguna alma viviente las ha visto».]

60. Leman, *Urbain VIII et la rivalité*, p. 382.

61. A. J. du Plessis, Cardenal de Richelieu, *Mémoires*, ed. J. F. Michaud y J. J. F. Poujoulat, 2.ª serie, VIII, París, 1838, p. 437: «une longue guerre dans ses entrailles ...» [«Una larga guerra en sus entrañas ...».]

fue un elemento que influyó decisivamente para retrasar la intervención francesa en el conflicto alemán.

Entre las restantes consideraciones estratégicas hay que citar la vulnerabilidad de la frontera francesa a una posible invasión y la proximidad de dos estados clientes de los Habsburgo (Saboya y Lorena) cuyos duques habían dado asilo y habían ayudado de otras formas a los opositores aristocráticos del gobierno francés. Luis XIII y Richelieu decidieron asestar el primer golpe contra Carlos Manuel de Saboya, que en 1628 cometió el terrible error de intentar la partición de Monferrato con España a expensas del candidato francés, duque de Nevers. Con la connivencia del papado, el ejército francés invadió Saboya por dos veces en 1629-1630 y retuvo primero la fortaleza de Susa y, después, la más importante de Pinerolo. Víctor Amadeo I, que sucedió a su padre como duque en 1630, aceptó la transferencia permanente de Pinerolo a Francia (en contra de las cláusulas de la paz de Cherasco, que estipulaban que Francia y España abandonarían todas sus conquistas) y en 1635 Saboya fue uno de los pocos estados que ingresó en la liga de inspiración francesa contra el poder de los Habsburgo en Italia.

La disputa con Carlos IV de Lorena fue más compleja. En parte, era un enfrentamiento por cuestiones de jurisdicción: el ducado de Bar era considerado como un feudo de la corona francesa en el que el duque Carlos no había prestado homenaje (no lo hizo hasta 1641); asimismo, el monarca francés afirmaba que otros territorios habían sido «usurpados» a su soberanía. Por su parte, el emperador sustentaba que el ducado de Lorena era pura y simplemente un feudo del Imperio. Estas disputas no habrían alcanzado gran importancia si el duque Carlos no hubiera dado asilo a Gaston de Orleans en dos ocasiones en sus territorios durante los años 1629-1632 y no le hubiera concedido la mano de Margarita de Lorena, hermana del duque, sin contar con la autorización de Luis XIII. Además, en febrero de 1630 el duque había permitido que las tropas imperiales ocuparan las dos fortalezas de Vic y Moyenvic, que dominaban el camino desde Estrasburgo hasta Nancy. En diciembre de 1631, Luis XIII dio un ultimátum para la retirada de esas tropas imperiales, que fue ignorado y, en consecuencia, durante los dos años siguientes se produjeron tres invasiones de las tropas francesas. En cada ocasión, el duque se rindió, aceptó no ayudar a los Habsburgo y concedió garantías territoriales, pero por tres veces se retractó de su promesa. Finalmente, en 1634 desapareció

cualquier vestigio de resistencia al ejército de ocupación de Luis XIII, se instaló una administración francesa y el duque tuvo que partir para el exilio, convirtiéndose en un general Habsburgo. Su exilio se prolongaría durante 28 años, con una breve interrupción en 1641.

De esta forma, el monarca francés fortaleció sus fronteras en Saboya y Lorena neutralizando, o expulsando, a un vecino en quien no podía confiar. Sin embargo, a partir de diciembre de 1631, Francia amplió su ofensiva: Luis XIII protegería a todos los príncipes católicos que necesitaran su ayuda, ya fuera contra las tropas españolas o suecas. De los tres electorados eclesiásticos de Renania, sólo Tréveris aceptó su oferta, pero ese territorio era de la mayor importancia estratégica. Los puntos clave eran las grandes fortalezas de Coblenza y Ehrenbreitstein, junto con Philippsburg, que pertenecía al elector en su condición de obispo de Speyer. En abril de 1632, Gustavo Adolfo reconoció la neutralidad del Electorado y aceptó que los bastiones clave fueran ocupados por los franceses (los dos primeros lo fueron en mayo y junio de 1632, mientras que Philippsburg no conoció la presencia de los franceses hasta agosto de 1634 y su reconquista por las tropas de los Habsburgo en enero de 1635 fue uno de los factores que precipitó la intervención francesa en la guerra). Ahora bien, Tréveris fue tan sólo un ensayo en el sistema de protección francés: una vez terminada la guerra, recuperaría su *status* anterior en el seno del Imperio. El mismo principio presidió los subsiguientes tratados de protección con los príncipes protestantes de Alsacia en 1633-1636. Pero la complejidad de las jurisdicciones territoriales rivales en Alsacia, los intereses encontrados de Francia, los cantones suizos y los Habsburgo y el vacío de poder derivado de la lejanía de la autoridad archiducal facilitaron la imposición gradual del control de Francia, tanto político como militar. Hasta la batalla de Nördlingen, Francia deseaba disponer en Alsacia simplemente de la autoridad suficiente para garantizarse el acceso al Rin; pero después de ese episodio necesitaba urgentemente poder mantener a los Habsburgo más allá de la orilla oriental del río. En consecuencia, Richelieu forzó más enérgicamente la protección de Francia sobre los estados de Alsacia entre 1634 y 1636 y tomó las medidas necesarias para consolidar los derechos que había adquirido, hasta imponer un dominio total.

El momento preciso en que se produjo la declaración de guerra entre Francia y España estuvo determinado por consideraciones tácticas: la brillante campaña del cardenal-infante, que indujo a España a man-

tener la paz en 1634, fue causa de que Francia la rompiera en 1635. La derrota y dispersión del ejército sueco en Nördlingen y el hundimiento de la Liga Heilbronn exigían una intervención decisiva de Francia para impedir la capitulación de los suecos. Pero al principio, Francia intentó que su intervención fuera limitada e indirecta. Francia entablaría una poderosa «guerra de diversión», pero limitaría al máximo su compromiso en Alemania. El principio que animaba esta estrategia era la convicción de que el rey de España, y no el emperador, constituía la amenaza más grave para la seguridad europea. El gobierno francés consideraba que si se debilitaba decisivamente el poder de Felipe IV el emperador no podría seguir haciendo la guerra «según los caprichos y el deseo de los españoles».[62] Naturalmente, los franceses estaban comprometidos a mantener «la libertad y la paz en Alemania», justa satisfacción para todas las partes interesadas en una Dieta Imperial libre (en la que los franceses participarían plenamente) y a firmar una alianza interconfesional contra el intento de establecer una monarquía Habsburgo en Alemania. Por otra parte, Richelieu no había perdido de vista el objetivo de apartar a Maximiliano de Baviera de la alianza Habsburgo a cambio de permitirle conservar el título electoral. Pero la declaración de guerra de Francia iba dirigida contra España y no contra el emperador. Cuando los franceses lucharon en Alemania en 1635 lo hicieron bajo la autoridad nominal (*sous le nom*) de Suecia y se mantuvo un control estricto de las acciones de las tropas francesas en el Imperio.[63]

Desde la muerte de Gustavo Adolfo, Richelieu había pensado siempre que el mando general de Alemania debía recaer en la persona de Bernardo de Sajonia-Weimar como general más experimentado con un ejército mercenario a su disposición. Sin embargo, en su condición de luterano, con sus ambiciones territoriales y dinásticas, no se le podía confiar el mando de las tropas francesas. En consecuencia, las fuerzas francesas de Lorena y Alemania en 1635 tenían sus propios comandantes (el duque de La Force y el cardenal de La Valette respectivamente, con el vizconde de Turena como segundo comandante), su propio sistema de abastecimiento y unas finanzas independientes controladas por intendentes del ejército francés. De esta forma, si el duque Ber-

62. *Acta Pacis Westphalicae*, I, 47 (febrero/marzo de 1637).

63. Richelieu, *Mémoires*, p. 620: «parce que Sa Majesté n'ayant point de guerre declarée contra l'Empereur ...». [«Porque Su Majestad, no habiendo declarado guerra alguna contra el Emperador ...».]

nardo protagonizaba un súbito cambio de bando, ello supondría un duro golpe, pero no el desastre total, para el esfuerzo de guerra francés. Se han hecho diversos cálculos sobre la importancia de las fuerzas francesas en todos los frentes durante los años 1634-1636. La estimación más modesta es la de 9.500 soldados de caballería y 115.000 de infantería, pero es difícil saber con seguridad si tan siquiera esas fuerzas fueron realmente movilizadas, pues no se han conservado las listas de las revistas. Dado que se enviaron a la campaña de 1635 en los Países Bajos 6.000 soldados de caballería y 20.000 de infantería y que se mandaron otras fuerzas a Saboya y la Valtelina, la conclusión es que los ejércitos franceses que operaban en Lorena y Alemania eran relativamente reducidos. En 1635 hubo que reclutar 12.000 hombres para defender Lorena de la amenaza de una ofensiva imperial y se esperaba reclutar 15.000 soldados de caballería y 35.000 infantes para liberar Corbie en 1636. La mayor parte de las fuerzas francesas luchaban fuera de Alemania en los comienzos de la guerra y las pérdidas fueron catastróficas en algunos frentes: en la campaña de los Países Bajos de 1635, el ejército francés quedó reducido de 26.000 a 8.000 hombres.[64]

Como consecuencia de los importantes compromisos que mantenían en diversos frentes, los franceses se comportaron con cautela en Alemania. De hecho, la declaración de guerra contra el emperador se retrasó hasta que el pacto franco-sueco fue renovado en Wismar en marzo de 1636. Todo esto no agradó en absoluto a los suecos. Francia estaba comprometida todavía a mantener la alianza sueca, a asegurarse de que Suecia conseguía Pomerania para «mantener un estrecha vigilancia sobre ... la Casa de Austria» e incluso a apoyar la posición de Suecia una vez conseguida la paz, si ello era necesario,[65] pero no estaba dispuesta a dejar a Suecia libertad total para conducir una guerra en la que la intervención francesa en hombres y dinero era verdaderamente ingente. Es cierto que Feuquières, el embajador francés extraordinario en Alemania, se ofreció a incrementar notablemente la ayuda francesa en un momento determinado, pero incluso los enviados de

64. Montglat da cifras de la importancia de las fuerzas del ejército y de las pérdidas: Montglat, *Mémoires*, ed. J. F. Michaud y J. J. F. Poujoulat, 3.ª ser., V, París, 1838, pp. 27, 30. Sobre las estimaciones del ministro de Finanzas del número total de soldados del ejército francés, véase Bonney, *The King's Debts*, p. 173 n. 3.

65. *Acta Pacis Westphalicae*, I, p. 47.

la Liga Heilbronn a París, en noviembre de 1634, vieron que lo que se les ofrecía no era ni mucho menos la declaración de guerra de Francia contra el emperador. A cambio de la garantía de ayuda durante veinte años en caso de ataque después de la paz, Suecia tenía que renunciar a la dirección de la guerra y al subsidio francés. No puede sorprender que Oxenstierna se negara a ratificar el acuerdo y Feuquières recibió la orden de suprimir el apoyo francés hasta que lo hiciera. Tampoco el enviado especial de Suecia, Hugo Grocio, consiguió concesiones de los franceses, ante lo cual el propio Oxenstierna se vio obligado a visitar a Luis XIII y a su ministro en la primavera de 1635. Richelieu encontró al canciller sueco «un tanto godo y muy astuto»[66] y el resultado de la entrevista fue el tratado de Compiègne de 28 de abril, por el que ambos bandos se comprometían a ayudar a los protestantes en Alemania por medio de las armas, sin concluir una paz por separado o un armisticio. Pero nada se especificó sobre la importancia del ejército francés ni la cuantía del subsidio y así siguieron las cosas hasta el tratado de Wismar de marzo de 1636. Además, Richelieu intentó atraer al servicio de Francia a antiguos comandantes suecos, y en el verano de 1635 se había hecho ya con los servicios de Bernardo de Sajonia-Weimar. El 27 de octubre se firmó un acuerdo formal en virtud del cual Bernardo recibiría 1,6 millones de táleros anuales (aproximadamente cuatro veces más que el subsidio francés a Suecia) a cambio de mantener un ejército de 18.000 hombres en el campo de batalla. A partir de ese momento, las operaciones militares en el sur de Alemania estuvieron firmemente controladas por Francia.

La relativa facilidad con la que Bernardo abandonó a los Vasa para ofrecer su lealtad a los Borbones (en la primavera de 1636 se hallaba en París para recibir órdenes) pone de relieve la fortaleza y la debilidad de la posición de Francia. La debilidad radicaba en la falta de comandantes experimentados y de tropas bregadas en el campo de batalla. Montglat, un oficial de segundo rango que sirvió en la mayor parte de las campañas y cuyas memorias constituyen un buen relato de la guerra, afirma que en 1636 cualquier francés que hubiera servido en los Países Bajos era escuchado como si fuera un oráculo. Los fran-

66. Richelieu utilizaba el término «finlandés» (*finnois*), pero era un juego de palabras con «astuto» (*finaud*). Véase Avenel, ed., *Lettres, instructions diplomatiques*, IV, p. 735.

ceses, concluía, habían olvidado las artes de la guerra en un largo período de paz.[67] Sus comentarios pueden parecer sorprendentes si pensamos en las guerras civiles francesas del decenio de 1620, en la intervención en la Valtelina en 1624-1626, en la participación en la guerra de Mantua en 1628-1631 y en la ocupación de Lorena en 1632-1634, pero en todos estos casos las campañas habían sido de corta duración y muy pocas veces se habían saldado con un éxito total. Los franceses hubieron de esperar hasta 1643 para conseguir su primera gran victoria contra los españoles en una confrontación directa (en Rocroi).

Sin embargo, la gran fortaleza de la posición francesa derivaba, al menos en parte, del papel relativamente pasivo que había jugado en el conflicto alemán entre 1618 y 1635. Cuando Francia se involucró en el conflicto tenía todas sus energías intactas y la capacidad de financiar la guerra en varios frentes al mismo tiempo. De hecho, una de las razones por las que Richelieu había retrasado la intervención en la Guerra de los Treinta Años lo máximo posible era precisamente (aparte de la necesidad de hacer frente a las críticas dirigidas a su política y a la rebelión aristocrática en el interior) la de mejorar la posición financiera de la monarquía francesa y su capacidad para mantener una guerra larga. Así, en 1635, cuando la causa de los suecos y los protestantes en Alemania pasaba por sus peores momentos, se produjo el aflujo de grandes cantidades de dinero que ni el emperador ni el rey de España podían aportar (véase cuadro 4). Con la tasa de cambio existente, los gastos de guerra franceses en todos los frentes (incluido el Mediterráneo) en 1635 equivalían a 16,5 millones de táleros. El gasto medio de los años 1636-1639 se situó escasamente por debajo de los 13 millones anuales, para aumentar hasta poco menos de 16 millones en los años 1640-1645.[68] Ciertamente, era ésta una poderosa «guerra de diversión». No hay que pensar que el éxito militar acompaña necesariamente al aflujo de dinero, pero en una larga guerra de desgaste, como lo fue la guerra de Alemania, era importante contar con nuevas aportaciones económicas en las últimas fases del conflicto. Sin duda, fue un factor nuevo que influyó en el equilibrio de poder.

De hecho, los franceses no obtuvieron prácticamente éxito alguno en las dos primeras campañas. En 1635 Francia esperaba que si ases-

67. Montglat, *Mémoires*, pp. 41-42.

68. Bonney, *The King's Debts*, pp. 306-307. La conversión de la moneda se basa en J. J. McCusker, *Money and Exchange in Europe and America, 1600-1715*, Chapel Hill, N.C., 1978.

CUADRO 4

Gastos militares de Francia, 1618-1648

Año	Gastos militares en millones de táleros	Acontecimiento de política interna	Guerra exterior
1618	3,2		
1619	4,5	Revuelta	
1620	5,2	de la reina madre	
1621	7,5	Revuelta	
1622	9,0	de los hugonotes	
1623	4,8		
1624	4,6		
1625	6,9	2.ª revuelta	Guerra
1626	4,9	de los hugonotes	de la Valtelina
1627	5,7	3.ª revuelta	Invasión inglesa
1628	7,8	de los	Guerra de Sucesión
1629	7,4	hugonotes	de Mantua
1630	9,2		
1631	6,0	Revuelta de Gastón	
1632	7,4	de Orleans	Ocupación
1633	6,7		de Lorena
1634	9,9		
1635	16,5		Declaración de guerra a España
1636	13,5		Invasiones de Francia
1637	11,0		por los Habsburgo
1638	12,8		Breisach
1639	12,8	Revuelta campesina (Normandía)	
1640	12,5		
1641	13,4	Revuelta del conde de Soissons	Ayuda francesa a los catalanes
1642	13,0	Conspiración de Cinq-Mars	
1643	19,4	Intriga de los *Importants*	Rocroi; Tuttlingen
1644	19,0		Friburgo
1645	18,0		Allerheim
1646	15,4		
1647	15,8		
1648	13,0	Comienzo de la Fronda	Zusmarshausen Lens

FUENTE: R. J. Bonney, *The King's Debts. Finance and Politics in France, 1589-1661*, Oxford, 1981, apéndice 2, cuadro 2.

taba un súbito golpe contra la posición española en los Países Bajos, en Italia, y en la Valtelina, debilitaría decisivamente la posición de Felipe IV e impulsaría la rebelión de sus pocos leales súbditos, en especial en los Países Bajos españoles (como había estado a punto de ocurrir en 1632). Sin embargo, no se produjo un levantamiento similar al que había ocurrido en tierras de Borgoña en 1477. Cuando finalmente estalló la rebelión, en 1640, lo hizo inesperadamente en la Península Ibérica. La campaña franco-holandesa de 1635 constituyó un fracaso total —no se consiguió ninguno de los objetivos, y por supuesto, tampoco la división de los Países Bajos españoles— y terminó con recriminaciones mutuas por parte de los aliados. El ejército español de Flandes consiguió reconquistar varias ciudades y rechazar a los invasores franceses (que tuvieron que ser evacuados por mar por los holandeses). En 1636, cuando el ejército de Flandes invadió Francia, el ejército holandés no hizo nada para hostigarlo. Tampoco se consiguieron éxitos de relieve en Italia, hasta que los franceses consiguieron liberar Turín en 1639 y desplazar la guerra hasta las fronteras de Lombardía. La ocupación francesa de la Valtelina, dirigida por Rohan (el antiguo líder hugonote) comenzó con buenos augurios hasta que, en 1637, la falta de pago de los subsidios provocó un levantamiento general en los valles contra todas las fuerzas extranjeras. Bernardo de Sajonia-Weimar y el cardenal de La Valette encabezaron una invasión francesa coordinada en el sur de Alemania en septiembre de 1635, pero el comandante imperial Gallas consiguió cortar casi por completo las líneas de comunicación cerca de Frankfurt del Main y los invasores tuvieron que realizar una dura marcha de tres días hasta verse nuevamente a salvo en Lorena.

No ha de sorprender que Richelieu no pudiera disimular su disgusto ante la falta de éxito de la primera campaña francesa. Al parecer, se mostró «atónito» ante el fracaso militar, a pesar de los «muchos millones» dedicados al esfuerzo de guerra.[69] En febrero de 1636 acusó a los ministros de Finanzas de retrasos injustificados en las transferencias de los fondos: «Digo esto ... sin [pretender entablar] una disputa pero con gran resentimiento y disgusto: ... las cosas no funcionan como lo requiere el servicio al monarca y el bienestar del Estado ...».[70] Los ministros replicaron que no podían hacer más y que

69. Montglat, *Mémoires*, p. 38.
70. Avenel, *Lettres... de Richelieu*, V, p. 965.

temían una bancarrota general que obligaría a Francia a retirarse de la guerra en términos desventajosos e implicaría el fin de la «guerra de diversión».[71] El rey se vio obligado a elegir entre sus ministros, por cuanto el intendente de finanzas Bullion acusó del fracaso a Abel Servien, que había sido ministro de la Guerra durante casi seis años. En definitiva, Servien se vio obligado a dimitir en marzo de 1636. Su sustituto, que permaneció en el cargo hasta abril de 1643, fue François Sublet des Noyers. Este hombre contaba ya con una valiosa experiencia financiera y militar (como intendente del ejército había contribuido a planear una nueva línea de defensa en el norte de Francia), que resultaría de enorme importancia en la crisis de 1636.

La segunda campaña de Francia comenzó de forma muy diferente. Bernardo de Sajonia-Weimar trató de avanzar hacia Alsacia, donde los franceses tenían ya protectorados, y Condé sitió Dôle en el Franco Condado. A finales del otoño, la lucha se había convertido en huida: en los últimos días de octubre, Condé se vio obligado a retirarse para impedir que Dijon fuese capturado por una fuerza comandada por Gallas y el avance de las tropas imperiales se vio detenido tanto por la resistencia francesa como por la victoria sueca en Wittstock y el desbordamiento del río Saona. También en el norte de Francia, el avance de los ejércitos de los Habsburgo fue espectacular, en parte como resultado de la precipitada capitulación de tres fortalezas cuyos comandantes fueron condenados a muerte por cobardía (Le Bec de La Capelle, Saint Léger de Le Câtelet y Soyecourt de Corbie). Esta fuerza invasora, formada por unidades españolas e imperiales, avanzó desde los Países Bajos del Sur y el 15 de agosto alcanzó Corbie, ciudad situada en el río Somme, a unos 80 km de París. Corbie no fue reconquistada hasta el 9 de noviembre (véase mapa 3). Si la planeada invasión del Languedoc desde España se hubiera producido en ese momento, en lugar de ser retrasada hasta 1637, el reino de Francia se habría visto abocado a una rendición deshonrosa. Pero los Habsburgo perdieron la gran oportunidad que se presentó para su causa en 1636. En comparación con el *année de Corbie,* las invasiones subsiguientes de Francia fueron asuntos de poca monta.

Pero durante los tres años siguientes, el resultado de la guerra estuvo indeciso. En el caso de Francia se combinaba una estrategia muy

71. AMAE, *Mémoires et Documents: France*, vol. 820, f. 131: Bullion y Bouthillier a Richelieu, 22 de febrero de 1636.

ambiciosa con la falta de generales adecuados y una máquina militar sin la necesaria preparación.[72] Los grandes generales franceses —Harcourt, Condé, Turena— eran todavía simples soldados o bien no contaban con los recursos necesarios para destacar. Uno de los escasos éxitos que conoció el ejército francés durante los primeros cuatro años de la guerra fue la ocupación de Breisach por Bernardo de Sajonia-Weimar en diciembre de 1638, pero incluso esa victoria habría sido un beneficio ilusorio para Francia si el vencedor no hubiera muerto en el mes de julio siguiente sin dejar un heredero, pues Francia se había comprometido a permitir que Bernardo estableciera su propia dinastía en las zonas de Alsacia que conquistara con la ayuda del dinero de Luis XIII. Al morir sin heredero, Francia se encontró con todos los beneficios y pocos de los peligros de esa política.[73] El sucesor de Bernardo, Erlach, era también luterano y los franceses temían que pudiera volver a una alianza con los suecos,[74] pero su lealtad nunca flaqueó porque los franceses pagaron los subsidios regularmente y, en cualquier caso, no se le concedieron los derechos dinásticos que se habían reconocido a Bernardo.

Aunque las grandes victorias francesas en la guerra contra los Habsburgo no se produjeron hasta después de la revuelta de los catalanes en mayo de 1640, los años de la «guerra de diversión» no habían sido totalmente infructuosos. Ciertamente, Francia no consiguió imponer su solución en la guerra por las libertades alemanas; eso habría exigido la resurrección del poder militar sueco y la renuncia de la paz de Praga por los príncipes protestantes alemanes. Sin embargo, aportó un importante apoyo práctico a la causa protestante (aunque a un terrible coste en impuestos en el interior y en destrucción de vidas y propiedades en el exterior) mediante la creación de «vías de penetración» en Alemania, como Ehrenbreitstein, Philippsburg y, sobre todo, Breisach. La importancia real de la «guerra de diversión» fue que impidió que se produjera otro Nördlingen: una solución militar Habsburgo para la Guerra de los Treinta Años.

72. Véase, por ejemplo, el comentario de Montglat de que el viejo Condé, «quoique grand politique, n'entendoit point la guerre...» (Montglat, *Mémoires*, p. 41). [«Si bien era un gran político, no entendía la guerra...»]

73. Livet, *L'intendance d'Alsace sous Louis XIV*, pp. 68, 78-79.

74. AMAE, Mémoires et Documents: France, vol. 834, fol. 11v. Bullion a Richelieu, 1639, tras la muerte de Bernardo de Sajonia-Weimar, quien, según Bullion, tenía «dans l'esprit les fantazie[s]» [«en el espíritu las fantasías»].

Capítulo V

EL CAMINO HACIA LA PAZ

Hubo tres fases críticas en el proceso por el cual la revuelta de Bohemia se transformó en un gran conflicto europeo. La primera fue la participación de Federico del Palatinado y España en 1619; la segunda, la invasión sueca de Pomerania en 1630 y la tercera fue, paradójicamente, la paz de Praga. Puesto que la paz de mayo de 1635 sirvió para reconciliar al emperador con muchos de sus enemigos, la oposición a los Habsburgo fue protagonizada a partir de aquel momento casi exclusivamente por los extranjeros. Como pone de relieve el cuadro 5, no se trata de que hubiera más países extranjeros implicados en la guerra. De hecho, su número disminuyó. Fue más bien la actitud de los intervencionistas la que varió. Eran pocos los que fuera del Imperio hablaban ahora sinceramente de la «causa protestante» y tampoco eran muy numerosos los que sentían un entusiasmo auténtico por las «libertades alemanas». Para los estadistas que ahora dominaban la guerra, Alemania era fundamentalmente un teatro de operaciones. Poco les importaba los costes y las consecuencias que su política pudiera tener para el Imperio; lo fundamental era su beneficio y su prestigio.

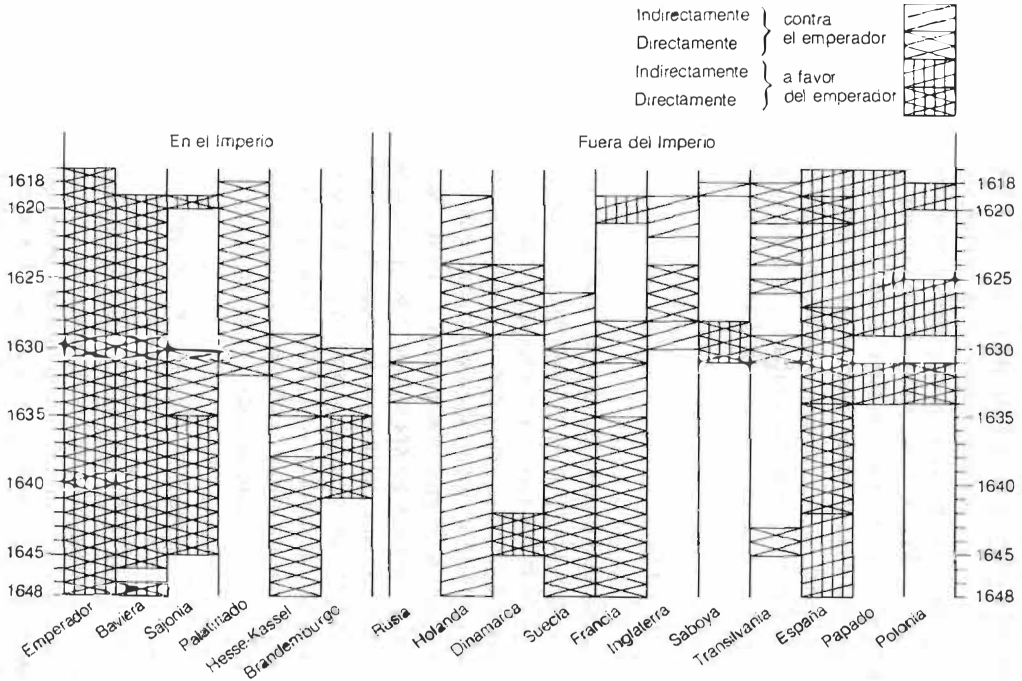
Es natural considerar a Richelieu y (a partir de 1643) a Mazarino como ejemplos típicos de la nueva *realpolitik*, pero a ese respecto fueron menos influyentes que Oxenstierna. Francia luchaba en varios frentes, dividiendo su fuerza casi a partes iguales entre Italia, España, los Países Bajos y el Imperio; su inferioridad frente a Suecia era manifiesta. Esa inferioridad se manifestaba con toda claridad en la importancia de los ejércitos que se oponían al emperador: Oxenstierna controlaba prácticamente dos veces más hombres que Mazarino. Incluso

en 1648, en los momentos finales de la guerra, había en el Imperio 127 guarniciones suecas, 52 francesas y 43 de Hesse, que representaban, junto con los ejércitos para la lucha en campo abierto, un total de 915 compañías suecas, 432 francesas y 224 de Hesse.[1] Suecia llevaba la iniciativa en las últimas etapas de la guerra, de la misma forma que ésta había correspondido al emperador en el decenio de 1620. A raíz de la paz de Praga, si no antes, sus objetivos y sus exigencias eran fundamentales tanto para la marcha de la guerra como para la firma de la paz. En consecuencia, para poder comprender el desarrollo de la segunda mitad de la guerra es fundamental conocer los debates sobre política exterior que se desarrollaron con cierta acritud durante casi diez años en el seno del Consejo de Regencia de Suecia.

I. El dilema sueco

Con la muerte de Gustavo Adolfo, el carácter de la implicación de Suecia en la guerra alemana se transformó de forma inmediata. Sin más dilación, se abandonaron los planes que contemplaba el monarca para alterar la constitución del Imperio. Ya antes de su muerte, los miembros del Consejo en Estocolmo afirmaron que Suecia había conseguido sus objetivos de guerra y que nada justificaba la continuación de la misma. Esa opinión no era compartida por Oxenstierna. Ciertamente, coincidía con sus colegas en la creencia de que Suecia debía dejar de luchar, pero no siempre estaba de acuerdo con ellos respecto a la forma de alcanzar ese objetivo. Aceptando que la meta que debía alcanzarse era la paz quedaban todavía dos importantes interrogantes por despejar: ¿Paz por qué medios? ¿Paz en qué términos? Oxens-

1. KrA, *Historiska planscher, 1648*, 24 folio: «Amore pacis: geographische Carten von gantz Teutschland», que reproducimos en la lám. 17. El manuscrito original se halla en la Kungliga Bibliotheket, Estocolmo, Kartavd. Y50. Una versión inferior del mapa, pero con todo el comentario, fue reeditada en J. G. von Meiern, *Acta pacis westphalicae publica*. VI. Hannover, 1736; reimpresa en Osnabrück, 1969, «Bevlage». La localización de las guarniciones resulta muy ilustrativa. El ejército sueco tenía 19 guarniciones en Alsacia, Franconia y Suabia; 29 en territorio bohemio; 24 en Sajonia, Brandemburgo y Magdeburgo; 19 en Westfalia y el Palatinado y no menos de 27 en Pomerania. Las guarniciones francesas estaban todas en el sudoeste; las de Hesse en el noroeste. Sólo los suecos se extendían por todas partes. Las bases imperiales en 1648 aparecen en el mapa incluido en la tesis de Hoyos, «Ernest von Traun».



CUADRO 5

Estados implicados en la Guerra de los Treinta Años

tierna tuvo claro en todo momento que si era posible debía negociar desde una posición de fuerza y aunque las circunstancias le obligaran a infringir ese principio, se apartó de él sólo provisionalmente y con gran renuencia. Por tanto, Suecia debía continuar luchando como camino más seguro hacia la paz pero tenía que alterar sus procedimientos de lucha. Ya a comienzos de 1633 Oxenstierna empezó a completar la retirada de todas las unidades exclusivamente suecas desde Alemania central hacia la costa y estableció el principio de que en adelante la lucha debía ser responsabilidad de los príncipes alemanes. En consecuencia, Suecia «prestaría su nombre» a la guerra, pero en la medida de lo posible no haría nada más. Las hostilidades deberían ser conducidas a través de un elemento intermedio.[2] El principal objetivo para Suecia debería ser ahora el de asegurar su integridad frente a los posibles ataques de sus vecinos: ataques de Dinamarca, pero sobre todo de Polonia. «La guerra polaca —escribió Oxenstierna poco después— es *nuestra* guerra; si se gana o se pierde, será nuestra ganancia o nuestra pérdida. No sé qué es esta guerra alemana, sólo sé que aquí derramamos nuestra sangre por la reputación y que nada salvo gratitud podemos esperar.»[3] En consecuencia, continuaba, «debemos dejar esta cuestión alemana a los alemanes, que serán los únicos que recibirán de ella algún beneficio (si es que existe alguno) y, por tanto, no debemos invertir más hombres y dinero aquí, sino intentar apartarnos por todos los medios».[4]

Esta estimación era calurosamente compartida por los colegas de Oxenstierna en Suecia. Pero, por otra parte, todos estaban de acuerdo en que si debía concluirse la paz, en ella tendrían que estar presentes tres elementos: en primer lugar, la «recompensa y deuda de gratitud» que consideraban que les debían los estados protestantes a los que habían liberado y que concretaban en importantes concesiones territoriales en Alemania; en segundo lugar, la seguridad contra la invasión,

2. [*Nota:* todas las fechas que figuran en la correspondencia que se cita desde la nota 2 a la nota 10, en este capítulo, corresponden al calendario juliano. Para el calendario gregoriano, hay que añadir 10 días.] Oxenstierna al Consejo de Estado, 4 de febrero de 1633, *A[xel] O[xenstiernas] S[kriſter och] B[revvexling]*, 1.ª serie, VII, p. 162; cf. *ibid.*, XII, pp. 324-325 (memorándum para Johan Oxenstierna, 28 de agosto de 1634).

3. Oxenstierna a Baner, 28 de octubre de 1634; *AOSB*, 1.ª serie, XII, p. 633.

4. Oxenstierna al Consejo de Estado, 7 de enero de 1635: *AOSB*, 1.ª serie, XIII, p. 27.

que significaba el dominio sueco en los puertos del Báltico; y, finalmente, un concepto más amplio de seguridad que implicaba la destrucción de las pretensiones de los Habsburgo a conseguir una soberanía real en Alemania. Gustavo Adolfo había expresado esta idea al decir: «Estaremos seguros mientras un elector pueda ser un elector en su tierra y un duque sea duque y tenga sus libertades».[5] En consecuencia, había que devolver a Alemania la libertad de que gozaba en 1618, no sólo —ni siquiera fundamentalmente— por bien de la causa protestante, sino en beneficio de Suecia. Pero en este proyecto se olvidaba que en la Alemania de 1618 no había lugar para una recompensa territorial para Suecia.

La Liga Heilbronn (véase mapa 3) parecía cubrir la mayor parte de estos objetivos: se había comprometido a luchar por las libertades alemanas y no dejaría de hacerlo hasta que Suecia no hubiera tenido su compensación. Estaba firmemente controlada por Oxenstierna y representaba la derrota del proyecto de Richelieu de promocionar a Juan Jorge como sucesor de Gustavo Adolfo; y, en teoría, permitía seguir en la lucha indirectamente, a través de un intermediario. Pero para que la Liga pudiera conseguir todo lo que Oxenstierna esperaba de ella, era fundamental ampliarla; los cuatro Círculos de la Alta Alemania eran demasiado débiles, desde el punto de vista militar y financiero, pero sobre todo desde el punto de vista político, para poder hacer frente a la responsabilidad que había previsto para ellos. Esto explica que en la Convención de Frankfurt de 1634 (véase p. 207, *supra*) intentara convencer a los Círculos de la Alta y Baja Sajonia para que se adhirieran a la Liga. En esa tesitura se produjo un choque total entre la necesidad de seguridad y el deseo de obtener compensaciones. En efecto, la negativa de Suecia a olvidar sus aspiraciones sobre Pomerania significó que Jorge Guillermo de Brandemburgo se negara a unirse a la Liga y en esa negativa arrastró a los dos Círculos sajones. Desde ese momento, la Liga Heilbronn estaba condenada. Antes de que terminara la reunión de Frankfurt, la efectividad militar de la Liga recibió un golpe terrible en Nördlingen; antes de que finalizara el año, los Preliminares de Pirna iniciaron el camino de su desintegración. Oxenstierna no conseguiría impedirlo.

5. *Svenska riksraadets protokoll* (Handlingar rörande Skandinaviens Historia, 3.ª serie), VII, pp. 423, 427 (22 de enero de 1639), y VIII, p. 315 (14 de noviembre de 1640), donde se cita esta sentencia.

Se hizo entonces necesario encontrar un sustituto a la Liga Heilbronn. La Alemania central parecía perdida; la tregua de Suecia con Polonia expiraría al año siguiente y el gobierno de Estocolmo, temiendo que se renovara la guerra en ese frente, reclamaba la paz a cualquier precio. Oxenstierna veía con claridad que en el futuro inmediato sólo Francia podía sustituir a la Liga Heilbronn. El paso siguiente a dar era, por tanto, implicar a Richelieu en Alemania y, evitando aceptar compromisos, utilizar a Francia como en otra ocasión lo había hecho con la Liga. Después de la paz de Praga, la posición de Suecia parecía tremendamente difícil: a finales de 1635, prácticamente todos sus antiguos aliados la habían aceptado y sus recursos militares en Alemania se limitaban al reducido ejército de Baner en Pomerania. Suecia se veía enfrentada ahora con el resurgimiento del patriotismo alemán bajo la dirección del emperador, con un deseo universal de paz y con un odio intenso hacia los extranjeros: situación mucho más amenazadora que la de 1629. No puede extrañar que los regentes estuvieran dispuestos a pagar lo que Oxenstierna condenó duramente como un precio desastroso por la renovación de la tregua con Polonia en Stuhmsdorf (20 de septiembre de 1635). La gran mayoría de las «fuerzas suecas» en Alemania (y sus oficiales) eran alemanas, y se veían amenazadas con la proscripción si se resistían a las órdenes del emperador de aceptar su liderazgo. ¿Quién podría pagarles todos los atrasos que se les debían? En agosto de 1635, sus oficiales amotinados mantuvieron a Oxenstierna prisionero en su campamento cerca de Magdeburgo, como rehén y garantía en las negociaciones con Juan Jorge de Sajonia. Antes de que pudiera escapar, le obligaron a prometer que si en el acuerdo de paz no obtenían dinero suficiente para pagar sus atrasos podrían acudir a Suecia para conseguirlo. Era una terrible perspectiva, una promesa imposible de cumplir. Desde ese momento, la «satisfacción de la soldadesca» se convirtió en un elemento esencial para Suecia en cualquier acuerdo de paz.

En Suecia, el gobierno era ahora abiertamente derrotista. Ya en 1634, bajo la impresión de la derrota de Nördlingen, un destacado miembro del Consejo había exclamado, «¿de qué nos sirve conseguir muchas tierras y gastar todo nuestro dinero en ello?». Un año después, otro de los miembros del Consejo afirmó que la idea de las recompensas territoriales había sido un error desde el comienzo; y en abril de 1636 incluso el hermano de Oxenstierna afirmó: «Es intolerable seguir luchando en una guerra en la que no tenemos inte-

rés».[6] Ante esta actitud, Oxenstierna se decidió en el otoño de 1635 a explorar la posibilidad de paz por intermedio de Sajonia. En el proceso se vio sometido a intolerables humillaciones y rechazos: Juan Jorge exigió la inmediata evacuación de Alemania por parte de Suecia y su adhesión a la paz de Praga (lo que significaba sacrificar a su último aliado, Guillermo de Hesse-Kassel) y sólo en ese caso estaría dispuesto o ofrecer una cantidad en metálico muy reducida, sin compensaciones territoriales; además, los negociadores de Sajonia afirmaron que era imposible garantizar que el emperador ratificaría el acuerdo de paz que pudieran concluir. Esos términos significaban el fracaso de Suecia en el intento de buscar seguridad, el fin de sus esperanzas de obtener recompensas económicas, la imposibilidad de poseer una base naval en el Báltico y de dar satisfacción al ejército.

La única posibilidad de salvar algo del desastre parecía ser una alianza con Francia, pero ello impediría a Suecia firmar una paz por separado si la situación militar mejoraba lo suficiente como para permitir abandonar la guerra en condiciones aceptables. Fue este dilema el que siguió afrontando Oxenstierna hasta su decisión final en 1641. Por el momento, intentó seguir ambos caminos. Por una parte, en marzo de 1636 firmó el tratado de Wismar, que le aseguró —previa ratificación— la alianza con Francia. Por otra parte, tomó buen cuidado en no ratificarlo y a su regreso a Suecia en el mes de julio consiguió, gracias a su fuerte personalidad, fortalecer la moral de sus colegas y hacerles apoyar su política dilatoria. No sacrificarían —afirmaban— la libertad de acción de Suecia por «un puñado de dinero» y, tal vez, comprendían que, en el año de Corbie, Francia necesitaba a Suecia casi tanto como Suecia necesitaba de Francia. Por ello, mantendrían abierta la opción de la alianza con Francia. Si era posible, se beneficiarían del dinero francés, pero al mismo tiempo intentarían una vez más conseguir la paz negociada en Alemania. Desde hacía mucho tiempo habían abandonado el gran designio de conseguir ventajas territoriales que contemplaban en 1633 y algunos creían que si no planteaban exigencias de ningún tipo, que si renunciaban incluso a Pomerania y se limitaban a dar satisfacción al ejército, las posibilidades de paz serían bastante elevadas. Sin embargo, no había que abandonar por completo la idea de la seguridad, aunque ahora adoptaba una nue-

6. *Svenska riksraadets protokoll*, IV, p. 253 (4 de diciembre de 1634); VI, p. 185 (25 de abril de 1636).

va forma, la petición de indulto para los príncipes y las ciudades excluidos de la paz de Praga. En la medida de lo posible, Suecia tenía que mantener con vida en Alemania un partido comprometido con la defensa de las «libertades alemanas». Pero en julio de 1636, la situación militar era tan difícil que hubo incluso que sacrificar ese principio. Tal como señaló Per Brahe en el Consejo, «el indulto es honroso; la compensación es útil, pero la satisfacción del ejército es fundamental».[7] Sin embargo, si podían llevar a la práctica incluso una parte de este programa, la alianza con Francia parecía, sin duda, una opción secundaria.

Pero el factor que dificultaba esta política era la duda de si en caso de continuar la lucha hasta conseguir una paz negociada se podría lograr que las ganancias de la guerra financiaran su continuidad, como había ocurrido en los días felices posteriores a la batalla de Breitenfeld. Esto sería difícil si Suecia se veía encerrada en una base angosta y exhausta en Pomerania y Mecklemburgo. Para que las negociaciones pudieran ser positivas habría que entablar una guerra ofensiva; los suecos tenían que apartarse de su base y obtener nuevos territorios en los que poder encontrar aprovisionamiento y reclutamiento. La cuestión era si eso se podía conseguir sin el dinero de Francia y, por tanto, sin su alianza. La gran victoria de Baner en Wittstock en octubre de 1636 y su enérgica ofensiva en los primeros meses de 1637 (véase p. 235, *infra*) parecieron demostrar que era factible. La decisión de luchar y negociar y, entretanto, manejar a Francia —la decisión en la que Oxenstierna comprometió a los miembros del Consejo de Regencia en agosto de 1636— parecía haber sido la más correcta. Pero los acontecimientos ocurridos en la segunda mitad de 1637 no tardaron en demostrar lo contrario. La ofensiva de Baner fue seguida de su brillante pero desastrosa retirada de Torgau y al finalizar el año los ejércitos suecos estaban luchando en la costa, aferrándose con enormes dificultades a sus últimas posesiones de Pomerania. No quedaba más que una solución. Se reanudaron las conversaciones con Francia y en marzo de 1638 el tratado de Wismar fue definitivamente ratificado por el de Hamburgo, que comprometía a ambas partes a no firmar una paz por separado durante los tres años siguientes y que proveyó a los suecos los subsidios que tanto necesitaban.[8] La opción que Oxens-

7. *Ibid.*, VI, p. 504 (30 de julio de 1636).
8. Véase el nuevo estudio de Lorenz sobre los subsidios franceses a Suecia

tierna habría preferido era imposible, al menos por el momento. Fue una derrota diplomática. Pero los subsidios de Francia transformaron inmediatamente la situación militar, aunque no antes de que Oxenstierna, quebrantando el principio en el que había basado la conducción de la guerra desde 1633, enviara 14.000 hombres desde Suecia en ayuda de Baner. Se produjo una revitalización del ejército y Baner pudo organizar campañas tan brillantes que por primera vez desde 1632 fue posible soñar en terminar la guerra con la conquista de Viena.

En esta situación más favorable, a los suecos se les presentó la tentación de vulnerar los términos de la alianza con Francia. La idea fue contemplada por el Consejo más de una vez y obtuvo un cierto consenso a raíz de la indignación que produjo entre los suecos la «seducción» por parte de Francia del ejército de Weimar (que había sido reclutado por Gustavo Adolfo y que estaba vinculado a Suecia por un juramento) tras la muerte de Bernardo en 1639. Finalmente, se abandonó la idea, pero algunos siguieron preguntándose si con una situación militar relativamente favorable sería conveniente renovar la alianza con Francia a su término, en 1641. Lo que puso fin a todas esas especulaciones (al menos en el caso de Oxenstierna) fue el estallido de otro grave motín, que paralizó los ejércitos suecos inmediatamente después de la muerte de Baner, en mayo de 1641. El motivo del amotinamiento fue, una vez más, la cuestión de los atrasos en los pagos. En esta tesitura, el dinero francés parecía totalmente fundamental para que el nuevo comandante, Lennart Torstensson, pudiera conseguir que el ejército fuera de nuevo una fuerza eficaz. De esta forma, cuando se renovó la alianza en 1641, Suecia se comprometió, a cambio de recibir mayores subsidios, a luchar junto a Francia, no durante un período limitado, sino hasta el fin de la guerra.

El intento de conseguir autonomía de acción había fracasado. En 1641, Oxenstierna había tomado su opción definitiva y los resultados demostrarían que había actuado correctamente. Pero en esta ocasión había tomado, además, otra opción: las compensaciones territoriales quedaron relegadas a un segundo plano entre los objetivos de guerra de Suecia. Desde luego, era importante mantener una cierta presencia en el Báltico, pero si Suecia podía conservar algunas bases navales, la

---

y sobre la forma en que eran utilizados: «Schweden und die französischen Hilfsgelder» (pp. 396-397, *infra*).

adquisición de territorios en Alemania tenía menos importancia. Lo esencial eran la amnistía y la reconstrucción. Oxenstierna estaba dispuesto a olvidarse de Pomerania si se podía conseguir que la situación de Alemania volviera a ser la misma de 1618.[9] En abril de 1641, el canciller sueco definió como objetivos principales el de impedir la esclavización del Imperio y el de conseguir dar satisfacción al ejército: «estos puntos son *reales,* pero nuestra compensación no hay que considerarla así».[10] El objetivo esencial de la guerra ya no era la ampliación de los territorios suecos sino la destrucción de la paz de Praga. En Westfalia, la consecución de lo esencial posibilitó también la obtención de lo deseable y Suecia consiguió unas condiciones que nunca habría alcanzado con la estrategia propugnada por Oxenstierna durante los años 1635-1638: la destrucción de la paz de Praga, el restablecimiento de la «libertad» alemana, una amplia reconstrucción y amnistía y propiedades en el Imperio. Era la seguridad plena para Suecia. Pero la paz de Westfalia significó también, como «compensación», ganancias territoriales importantes desde el punto de vista estratégico y económico, una considerable indemnización económica, la satisfacción del ejército firmemente asentada sobre los hombros de los alemanes; y además (aunque este punto había dejado de ser preocupación importante hacía mucho tiempo), el reforzamiento de la causa protestante. Y todo ello sin que Suecia se hubiera visto obligada a convertirse (como Oxenstierna había temido siempre) en instrumento de los astutos franceses.

9. En el debate que tuvo lugar en el Consejo de Estado el 21 de noviembre de 1640, Oxenstierna les dijo: «Ahora puedo decir lo que no he dicho nunca aquí claramente —y lo que, tal vez, muchos piensan que no creo—, que es posible que llegue el día en que podamos retirarnos de la guerra de Alemania y no retengamos ni un centímetro de tierra. Ciertamente, estoy dispuesto a dejarme convencer fácilmente para hacerlo y hace mucho que os hubiera aconsejado hacerlo si el desprecio que algunos muestran hacia nosotros no fuera tan grande y si hubiera sido posible hacerlo guardando nuestra reputación y seguridad». Y un poco más tarde, en el mismo debate, afirmó: «[Pomerania] no es tan importante como conseguir y conservar el afecto de los príncipes y como restituirles su situación anterior»: *Svenska riksraadets protokoll,* VIII, pp. 330, 333.

10. *Ibid.*, pp. 571-573 (16 de abril de 1641). Hay que indicar que las opiniones de Oxenstierna reflejaban el sentir general de la reunión.

II. 1635-1642: LA SUPERACIÓN DEL «IMPASSE»

En la época de la paz de Praga, Fernando II tenía ya cincuenta y siete años. Desde su llegada al poder en 1596 había tenido que enfrentar la oposición procedente de diversos frentes, que había superado con gran facilidad. Durante su mandato como emperador había depuesto a un elector y a varios duques, margraves y condes, había restaurado el poder imperial hasta devolverle un nivel no conocido desde el reinado de Carlos V. Pero no había podido convencer a los electores para que reconocieran a su hijo Fernando, el vencedor de Nördlingen, como rey de romanos. Ahora, la situación parecía mejor: Fernando era elector de Bohemia; Sajonia y Brandemburgo, reconciliadas con el emperador por la paz de Praga, ardían en deseos de agradarle y el elector antihabsburgués de Tréveris, Philip von Sötern, languidecía en prisión (donde permanecería hasta 1645) por situarse abiertamente bajo la protección de Francia. Eso dejaba únicamente a los hermanos Wittelsbach, electores de Baviera y Colonia, y al refugiado elector de Maguncia, Anselmo Casimiro von Wambold, que estaba exiliado en Colonia desde 1631. Fernando confiaba en poder conseguir que estos hombres reconocieran el derecho de su hijo a la sucesión y convocó una reunión del colegio electoral en Ratisbona en septiembre de 1636.

Pero el poder de los electores era formidable. En ausencia de las Dietas, podían (según la cáustica expresión de David Chytraeus, abogado constitucional protestante) «adornarse con el plumaje de un águila» y usurpar determinadas funciones de la Dieta y del emperador. Aunque en 1636 el joven Fernando era el único candidato serio (los intentos de Francia de promocionar primero a Ladislao de Polonia y luego a Maximiliano de Baviera terminaron en fracaso), los electores consiguieron posponer su reconocimiento hasta diciembre mientras intentaban forzar al emperador a firmar la paz con sus enemigos. Consiguieron algunos éxitos en el frente interno: Fernando aceptó, no sin renuencia, perdonar a cualquier príncipe que reconociera su autoridad y prometió también celebrar una conferencia de paz internacional para responder a las peticiones de las potencias extranjeras implicadas en la guerra, pero fue imposible hacer más progresos en este terreno, debido a las exageradas exigencias de los electores. Maximiliano de Baviera exigió a Francia que evacuara Lorena y restableciera en el poder a su primo Carlos IV; Jorge Guillermo de Brandemburgo, obsesionado todavía por la cuestión de Pomerania, insistió en que Suecia «no debe

conservar un solo centímetro de territorio en suelo imperial y todavía menos cualquier ciudad o fortaleza».[11] En último extremo, los electores tuvieron que conformarse con las promesas del emperador de que las negociaciones comenzarían en breve. Pero Fernando murió el 15 de febrero de 1637 y no se celebraron conversaciones formales con las potencias extranjeras.

Por tanto, la guerra continuó. Mientras los franceses intentaron, sin éxito, conquistar los Países Bajos del Sur y Renania (pp. 219-222, *supra*), el ejército sueco al mando de Johan Baner se preparó para enfrentarse a las fuerzas del emperador, fusionadas en una unión poco feliz con las de Baviera, Sajonia y Brandemburgo desde la paz de Praga. En el otoño de 1635, Baner se enfrentó en diversas ocasiones con los sajones, como preparación para una gran ofensiva a lo largo del Elba y el Saale hasta Naumburgo en la primavera de 1636. Tal como había planeado, esa acción provocó un ataque de las tropas imperiales a las que Baner infligió una derrota total en Wittstock el 4 de octubre de 1636. Los suecos capturaron provisiones, equipos y más de cien cañones de sus enemigos. Esta victoria significó la eliminación de Brandemburgo: desde ese momento, el elector Juan Guillermo se refugió en Königsberg, en la Prusia oriental, uno de los pocos lugares que todavía controlaba, mientras los suecos ampliaban su dominio hasta el Elba.

Baner contemplaba ahora tres objetivos: mantener a sus enemigos alejados de las nuevas posesiones suecas en el Báltico, prestar apoyo (en caso necesario) a sus aliados Jorge de Brunswick-Luneburgo y a Guillermo de Hesse-Kassel y atemorizar —o derrotar— al elector de Sajonia. Pero no consiguió hacer triunfar su estrategia y en enero de 1637 tuvo que levantar el asedio de Leipzig, retirándose a Torgau, en el Elba. En el mes de junio tuvo que abandonar también esa plaza y los ejércitos sajones e imperiales le obligaron a retirarse a Pomerania. Allí, falto de dinero y municiones, el ejército sueco permaneció confinado durante más de un año. Las únicas operaciones de la campaña de 1638 que tuvieron resonancia internacional fueron las protagonizadas por Bernando de Sajonia-Weimar, con su victoria de Rheinfelden y su ocupación de Breisach.

Sin embargo, en el plano local, la actividad bélica era incesante.

11. Haan, *Kurfürstentag*, pp. 163-164: «votum» de Jorge Guillermo en la sesión decimoctava.

Grandes ejércitos morían de hambre y los más reducidos eran derrotados, pero nada podía impedir el merodeo de los comandantes de las guarniciones y de los filibusteros. El relato de William Crowne y los grabados de Wenceslas Hollar, que acompañaron al embajador de Carlos I en la reunión electoral de Ratisbona en 1636, proyectan una imagen aterradora de la Alemania desgarrada por la guerra. Aunque, de hecho, sólo atravesaron una zona de guerra (en Ehrenbreitstein en el Rin, donde se interrumpió momentáneamente el asedio para permitir el paso de las barcazas del embajador), la devastación era terrible en todas partes. La desolación era total en el territorio que se extiende entre Maguncia y Frankfurt y los habitantes de Maguncia estaban tan debilitados por el hambre que no podían siquiera arrastrarse para recibir las limosnas que distribuían los viajeros. En Nuremberg, el embajador (Thomas Howard, conde Arundel) compró la fabulosa biblioteca Pirckheimer, con manuscritos ilustrados por Durero y otros grandes maestros, por 350 táleros porque su dueño necesitaba dinero «por la dureza de los tiempos y la dificultad para conseguir alimentos».[12] Más allá de Nuremberg y hasta el Danubio, la destrucción era también total: la expedición inglesa pasó por una aldea que había sido saqueada dieciocho veces en dos años e incluso dos veces en un mismo día. En otros lugares no quedaba ni siquiera quien pudiera contar lo ocurrido y el grupo de viajeros tuvo que acampar en medio de las ruinas abandonadas y sustentarse con las provisiones que llevaban consigo, que lavaban con agua de lluvia. En otros lugares, su aproximación, con 18 carros tirados por caballos y una escolta de caballería, fue confundida con un ataque del enemigo, provocando el pánico y haciendo que se tomaran inmediatas medidas defensivas. Finalmente, en Linz, capital de la Alta Austria, contemplaron la ejecución de Martin Laimbauer, cabecilla de uno de los múltiples levantamientos campesinos contra los Habsburgo, que había conocido una importante difusión en la región en los meses anteriores.[13]

12. Springell, *Connoisseur*, pp. 105-110, hace un admirable relato de este episodio extraño. En 1637, la industria del libro en su conjunto estaba deprimida. Ese año sólo se publicaron en Alemania 408 obras nuevas, frente a los 1.757 títulos de 1618 (véase R. Engelsing, *Analphabetentum und Lektüre, Zur Sozialgeschichte des Lesens in Deutschland zwischen feudaler und industrieller Gesellschaft*, Stuttgart, 1973, p. 42).

13. La revuelta fue encabezada por Martin Aichinger (o Laimbauer), que afirmaba ser el Mesías y ser inmune a las balas. Fue hecho prisionero después

Afortunadamente para los ingleses, eran sólo espectadores. Otros tuvieron menos fortuna. «Unos hombres cazan a otros como si fueran bestias, en los bosques y en el camino», escribió un observador e incluso hay casos bien documentados de canibalismo en Renania, en 1635.[14] Nadie estaba libre de ser atacado. En enero de 1638, una columna de comerciantes de Nuremberg con siete carromatos regresaba de la feria de Leipzig cuando sufrió una emboscada a manos de un grupo de soldados de caballería. Los soldados pidieron 1.000 táleros en efectivo y el jefe del convoy ofreció sólo 300. En ese momento, las tropas atacaron y destrozaron los carromatos. Mataron a varios comerciantes y se llevaron consigo unos ochenta caballos que cargaron con el botín, destruyendo lo demás. Las pérdidas se estimaron en 100.000 táleros, pero fue imposible determinar la identidad de los atacantes, aunque muchos sospechaban que se trataba del ejército bávaro. Era el séptimo convoy que perdían los comerciantes de Nuremberg en menos de dos años y la ciudad envió una misión diplomática a los principales bandos combatientes y a las demás ciudades libres del Imperio pidiendo mayor protección para el comercio.[15] Por supuesto, estas gestiones fueron infructuosas.

El caso de Nuremberg es un caso típico. En el período transcurrido entre las batallas de Breitenfeld y Nördlingen, los territorios de la Alemania central sufrieron una terrible devastación cuando las tropas suecas pusieron en evidencia hasta qué punto estaban dispuestas a conseguir que la guerra se autofinanciase. Entre 1631 y 1636, el obispado de Wurzburgo sufrió pérdidas estimadas en más de 1 millón de táleros. Durante ese mismo período, la ciudad de Maguncia, ocupada

---

de que su ejército de campesinos fuera derrotado en Frankemburgo en mayo de 1636. Los estandartes de sus tropas se conservan en el Museo Linz. Véase F. Wilflingseder, «Martin Laimbauer und die Unruhen im Machlandviertel, 1632-6», *Mitteilungen des oberösterreichischen Landesarchivs*, VI (1959), pp. 136-208.

14. Sir Thomas Roe, en enero de 1639, citado por E. A. Beller, «The mission of Sir Thomas Roe to the conference at Hamburg, 1638-40», *English Historical Review*, XLI (1926), pp. 61-77, en p. 74; el canibalismo es mencionado por Kuczynski, *Geschichte des Altags des deutschen Volkes*, I, pp. 87-88, y por Wedgwood, *Thirty Years' War*, pp. 410-412.

15. Detalles tomados de A. Ernstberger, «Plünderung des Leipziger Messegeleites Nürnberger und Augsburger Kaufleute am 26. Januar 1638 bei Neustadt an der Heid», *Jahrbuch für fränkische Landesforschung*, XXII (1962), pp. 101-120. Nuremberg había sufrido también una terrible destrucción durante el asedio de 1632: véase p. 194, *supra*.

por los suecos, perdió aproximadamente una cuarta parte de sus edificios, el 40 por 100 de la población y el 60 por 100 de su riqueza. La biblioteca del elector fue totalmente desmantelada y la mayor parte de sus libros fueron a parar a Västeraas, en Suecia, mientras que algunos de los manuscritos terminaron (gracias a la intervención del arzobispo Laud, canciller de la Universidad de Oxford) en la Bodleian Library.[16] Después de la batalla de Nördlingen, fueron los protestantes los que más sufrieron. En los tres meses que siguieron a la gran victoria de los Habsburgo se perdieron, según los ministros de Jorge de Hesse-Darmstadt (que se hallaban entonces en Dresde), 30.000 caballos, 100.000 vacas y 600.000 ovejas y las pérdidas que sufrió el territorio se aproximaron a los 10 millones de táleros. En 1635, también los condes de la vecina Nassau abandonaron sus tierras refugiándose en Metz, lo que los cronistas bautizaron posteriormente como «el año de la gran destrucción en la tierra».[17] El ducado de Württemberg, ocupado por tropas imperiales y bávaras entre 1634 y 1638, sufrió unos daños estimados en 34 millones de táleros y su población disminuyó en más de un 75 por 100 (de 450.000 habitantes en 1620 a menos de 100.000 en 1639).[18] En verdad, Suabia fue devastada con saña especial durante el decenio de 1630, pero la situación no era mejor más hacia el norte. En Mecklemburgo, un catastro parcial del ducado realizado en 1639-1640, puso de relieve que sólo existían 360 granjas cultivadas, cuando antes de la guerra había casi 3.000. En Brandemburgo, Werben (que fue por un tiempo el cuartel general de Gustavo Adolfo) pasó de 267 casas habitadas a 105 durante el mismo período,

16. Weber: *Würzburg und Bamberg im dreissigjährigen Krieg*, p. 171; Müller, *Der schwedische Staat in Mainz*, pp. 140, 237-238.

17. F. Herrmann, ed., *Aus tiefer Not: hessische Briefe und Berichte aus der Zeit des dreissigjährigen Krieges*, Friedberg, 1916, p. 115: *Denkschrift* del 19 de diciembre de 1634. H. Börst *et al.*, «Die evangelischen Geistlichen in und aus der Grafschaft Nassau-Saarbrücken», *Zeitschrift für die Geschichte der Saargegend*, XXIII-XXIV (1975-1976), pp. 39-93, en pp. 39 ss.

18. Véase von Hippel, «Bevölkerung und Wirtschaft». Lo cierto es que la economía del ducado era especialmente vulnerable, pues nunca había producido la cantidad de alimentos necesaria para conseguir la autosuficiencia: así, se exportaba el estupendo vino que se obtenía en los viñedos en torno a Stuttgart, para comprar trigo a cambio. La guerra terminó con la producción y con el intercambio. Muchos de los campesinos murieron y otros muchos se refugiaron en el extranjero, sobre todo en Suecia. (Véase Stritmatter, *Die Stadt Basel*, p. 75. Los 7.561 refugiados que había en Basilea en 1638 constituían un número casi mayor que el de los residentes nativos.)

mientras que la capital del elector, Berlín, con una población de 12.000 personas en 1618, sólo contaba con 7.500 veinte años después, y el declive demográfico de varias zonas rurales —ya fuera por efecto de la guerra, la peste o el hambre— excedió el 40 por 100.[19] En la capital del elector de Sajonia, Dresde, que nunca fue ocupada, la tasa de entierros y bautismos varió de 100/121 en el decenio anterior a 1630 a 100/39 en la década siguiente. Sólo la inmigración consiguió mantener la población de la ciudad.[20] Y a estas desgracias hay que añadir los elevados impuestos que cobraban todos los gobiernos para hacer frente a los gastos de defensa: apenas bastaban para garantizar la seguridad, pero desde luego, siempre eran suficientes para provocar dificultades.[21]

Todos estos informes de miseria y crueldad, aunque puedan parecer generalizados e impersonales, de hecho afectaban a innumerables individuos, cuyo sufrimiento personal no era menor por el hecho de que fuera compartido. La autobiografía de Johann Valentin Andreä, escritor de tratados utópicos y rosacrucianos en su juventud y supervisor de las iglesias luteranas en Calw (Suabia) en el decenio de 1630, nos recuerda la agonía que vivieron incluso los supervivientes. En 1639 escribió con gran abatimiento que de sus 1.046 correspon-

19. Datos tomados de F. Mager, *Geschichte des Bauerntums und der Bodenkultur im Lande Mecklenburg*, Berlín, 1955, pp. 137-140; W. Zahn, *Die Altmark im dreissigjährigen Krieg*, Schriften des Vereins für Reformationsgeschichte, XXI/3, Halle, 1904, pp. 58-60; F. Schröer, *Das Havelland im dreissigjährigen Krieg. Ein Beitrag zur Geschichte der Mark Brandenburg*, Mitteldeutsche Forschungen, XXXVII, Colonia y Graz, 1966, pp. 118-120, 127-131, y Faden, *Berlin im dreissigjährigen Krieg*, p. 232.

20. Véase E. Sparmann, *Dresden während des dreissigjährigen Krieges*, Dresde, 1914, pp. 15-19; y G. Lammert, *Geschichte der Seuchen, Hungers- und Kriegsnoth zur Zeit des dreissigjährigen Krieges*, 1890 (reeditado en Wiesbaden, 1971), pp. 87, 233. No todo el descenso demográfico es imputable a la acción de las tropas. Entre 1631 y 1634, pocas zonas de Alemania escaparon a los azotes de la peste. Por ejemplo, en Amberg, capital del Alto Palatinado, dieciocho jesuitas murieron aquejados de la peste en 1634, en el colegio que se había inaugurado recientemente. (Véase Gegenfurtner, «Jesuiten in Oberpfalz», p. 170.)

21. Se encontrará información sobre la importancia de la carga fiscal, en Weber, *Veit Adam von Gepeckh, Fürstbischof von Freising*, pp. 129-132. En la paz de Praga de 1635 se decretó que el Círculo bávaro habría de pagar 120 *Römermonate*, otros 120 en la reunión electoral de 1636, 75 en la Asamblea del Círculo de 1638 y 120 en la Dieta Imperial de 1641. En total, pues, 435 *Römermonate*, ¡únicamente en seis años! Cf. la cuantía de los impuestos antes de la guerra, que se menciona en la p. 39, *supra*.

sales de 1630 sólo quedaban 338. «En los últimos cinco años [es decir, desde Nördlingen], 518 de ellos han muerto debido a numerosas desgracias.» Entre ellos se contaban 38 amigos, cinco de ellos íntimos, 20 parientes y 41 colegas clérigos. «Tengo que llorar por ellos —continuaba— porque me veo aquí tan impotente y solo. Me he quedado para el resto de mi vida con apenas 15 personas vivas con las que puedo afirmar que tengo una mínima amistad.»[22]

El doctor William Harvey, que acompañó la embajada de Arundel a Ratisbona en 1636, comentó las peligrosas implicaciones del cansancio y la desesperación extremas causadas por la guerra. «Esta guerra de Alemania —escribió a un colega— amenaza con derivar en anarquía y confusión», y seguía comentando «la necesidad que tienen aquí de hacer la paz a cualquier precio, cuando no hay más medios para hacer la guerra y escasean los medios de subsistencia».[23] Poco tiempo después, el papa Urbano VIII dio los primeros pasos para la organización de conversaciones de paz con el objeto de poner fin a la guerra. Un legado papal llegó a Colonia en octubre de 1636 e invitó a todas las potencias interesadas a que enviaran representantes a un congreso de paz general. Pero nadie acudió: ni Francia ni España confiaban en la imparcialidad del papa y los protestantes rechazaron por completo la mediación papal, convocando una conferencia en Hamburgo. Este encuentro de paz surgió de un acuerdo entre Francia e Inglaterra firmado en marzo de 1637, por el cual Carlos I prometió a Francia que le permitiría reclutar tropas en Inglaterra y que le prestaría 30 barcos de guerra para realizar una nueva campaña contra el emperador. A cambio, Luis XIII se comprometió a no concluir ningún acuerdo de paz en el que no se contemplara la restitución de sus tierras y títulos a la familia del Palatinado y a aceptar una conferencia de paz en Hamburgo o en La Haya donde Suecia, Dinamarca, Holanda y Francia prepararían los términos del acuerdo que luego presentarían al emperador. Aunque Francia finalmente se negó a ratificar el tratado, envió delegados a Hamburgo, donde los diplomáticos suecos celebraban ya conversaciones con los representantes imperiales. Francia se apresuró a poner fin a esas negociaciones (mediante el

22. P. Antony y H. Christmann, eds., *Johann Valentin Andreä: ein schwäbischer Pfarrer im dreissigjährigen Krieg*, Schwäbische Lebensläufe, V, Hildesheim, 1970, p. 128.

23. Springell, *Connoisseur*, p. 113 n. 96.

tratado de concesión de subsidios al que hemos hecho referencia en la página 231, *supra*) y, en último término, el protocolo de Hamburgo fue firmado tan sólo por Dinamarca e Inglaterra —estados que hacía tiempo que ya no estaban implicados activamente en la guerra— en abril de 1639.[24]

Sin embargo, los príncipes territoriales alemanes estaban obligados a considerar más seriamente la perspectiva de «anarquía y confusión» si no se hallaba una fórmula para alcanzar la paz. Al ver que se desvanecían temporalmente las posibilidades de un acuerdo general, varios príncipes intentaron conseguir una solución local, por separado. Wolfgang Guillermo, duque de Neoburgo y Juliers, preocupado por la situación de intranquilidad en que se debatía su ducado en Renania, provocada por la presencia de importantes fuerzas imperiales en los inviernos de 1635-1636 y 1636-1637, propuso en una asamblea del Círculo de la Baja Renania que se declarara la neutralidad de toda la región. En 1639 inició negociaciones directas con los jefes locales del ejército —tanto imperiales como protestantes— con ese fin, solicitando incluso a la República de Holanda que garantizara su neutralidad. Pero esa iniciativa de paz, al igual que muchas otras, quedó finalmente en nada: el ducado de Juliers, con sus pasos del Rin, presentaba ventajas estratégicas que los ejércitos rivales no podían desdeñar.[25]

24. Véase A. Leman, «Urbain VIII et les origines du Congrès de Cologne de 1636», *Revue d'Histoire Ecclésiastique*, XIX (1923), pp. 370-383; y Beller, «The mission of Sir Thomas Roe». El tratado anglo-danés de Hamburgo, dirigido fundamentalmente contra Holanda, se inscribía en la campaña que había iniciado en 1637 el gobierno danés para definir de forma más precisa y restrictiva sus derechos territoriales sobre sus costas. Se ha dicho que la política de Dinamarca tal vez se vio estimulada por la publicación de *Mare clausum* de John Selden, en 1635-1636. (Véase S. Delgaard, «Oestersoe, Vestersoe, Nordsoe. Dominium maris Baltici et maris septentrionalis 1638», *Historisk Tidsskrift* [*Dansk*], serie 11, V [1956-1959], pp. 295-320. He de agradecer esta referencia al profesor E. L. Petersen.) Carlos I se mostraba también hostil frente a Suecia en ese momento porque el gobierno de Estocolmo estaba suministrando armas a los escoceses que se habían rebelado contra él, muchos de ellos veteranos del ejército de Gustavo Adolfo.

25. Más información en R. Leffers, *Die Neutralitätspolitik des Pfalzgrafen Wolfgang Wilhelm als Herzog von Jülich-Berg in der Zeit von 1636-1643*, Bergische Forschungen, VIII, Neustadt, 1971. Hubo un intento paralelo por parte de Federico Guillermo de Brandemburgo, heredero del elector, por conseguir una tregua en Cleves en 1637, pero también fracasó (véase Opgenoorth, *Friedrich*

Todos estos acontecimientos —las victorias de sus enemigos, la destrucción y desmoralización generalizadas de Alemania y los intentos de conseguir una paz por separado— eran síntomas que el nuevo emperador, Fernando III, no podía ignorar. En consecuencia, en febrero de 1640 convocó una nueva reunión electoral en Nuremberg. Ésta no llegó a celebrarse y entonces propuso que la Dieta imperial se reuniera de nuevo, por primera vez desde 1613, a fin de allanar el camino para una paz general. La ceremonia de apertura se celebró en Ratisbona en septiembre de 1640 y durante más de un año los tres colegios de la asamblea analizaron con intensidad las diferencias que mantenían a su país en guerra. Los electores celebraron 185 sesiones formales y los príncipes 153; hubo además 26 reuniones conjuntas. Naturalmente, los príncipes territoriales no asistieron personalmente durante todo el año. Algunos no hicieron ni siquiera acto de presencia, por lo cual hubo innumerables demoras mientras circulaba la correspondencia entre las cortes de los príncipes y sus delegaciones en Ratisbona. Las cartas desde Munich tardaban dos o tres días, las cartas desde Maguncia y Viena entre cinco y ocho días y las de Königsberg (donde residía ahora el elector de Brandemburgo) tardaban tres semanas en verano y cinco en invierno. Algunos príncipes ni siquiera enviaron delegaciones: Fernando excluyó a los administradores protestantes de las diócesis afectadas por el Edicto de Restitución y a los príncipes que estaban en armas contra el emperador. En verdad, uno de los problemas más acuciantes que debía resolver la Dieta era la readmisión de esos príncipes. Al final, solamente Brunswick, la familia del Palatinado y Hesse-Kassel se negaron a interrumpir la lucha y a aceptar la autoridad imperial. Sin embargo, si este problema era difícil, mucho más lo era el de los territorios eclesiásticos secularizados. El emperador cedió una vez más. A pesar de las protestas papales, presentadas formalmente ante la Dieta por el nuncio en abril de 1641, el emperador abandonó el Edicto de Restitución: el poder secular conservaría las propiedades eclesiásticas que poseía el 1 de enero de 1627. Aunque el papado continuó condenando cualquier acuerdo futuro —incluso la paz definitiva— que incluyera la

---

Wilhelm: der grosse Kurfürst, cap. 3). En 1639, el Círculo de la Baja Sajonia intentó también conseguir la neutralidad, con más éxito (véase Magen, «Die Reichskreise», pp. 451-452). En pp. 245-246, *infra*, se hace mención de las conversaciones secretas de paz entre Baviera y Francia.

derogación del Edicto de Restitución, de hecho esta cuestión se saldó para siempre en Ratisbona.[26]

Fernando no tenía más remedio que hacer estas importantes concesiones porque estaba perdiendo la guerra. En los últimos meses de 1638, y después de estar durante todo un año a la defensiva en Pomerania tras la retirada de Torgau, Baner —contando con refuerzos suecos y dinero francés— consiguió una vez más hacer retroceder a las tropas imperiales hasta Silesia. Al año siguiente, mientras Bernardo de Sajonia-Weimar conquistaba Alsacia y atacaba el Franco Condado español, Baner derrotó a los sajones en Chemnitz (abril de 1639) y amenazó Praga. Los suecos se vieron obligados a retirarse de Bohemia en junio, pero al año siguiente organizaron la primera operación conjunta con sus aliados franceses. En Sajonia se unieron a Baner las tropas comandadas anteriormente por Bernardo de Sajonia-Weimar (que había muerto en julio de 1639) y contingentes que aportaron Brunswick y Hesse-Kassel (este último dirigido ahora por la viuda de Guillermo V, Amalia, condesa de Hanau). Esa fuerza conjunta de 40.000 hombres realizó algunas operaciones, no muy brillantes, en el Weser, pero en enero de 1641, mientras estaba reunida la Dieta, apareció ante Ratisbona y asedió brevemente la ciudad. Era un contundente recordatorio de la necesidad de llegar a un acuerdo de paz. Poco después, hubo otro más: cuando Brandemburgo firmó una paz por separado con Suecia.

Desde la paz de Praga, como consecuencia de la cual Jorge Guillermo había abandonado la alianza sueca para entrar en la órbita imperial, Brandemburgo se había convertido en un campo de batalla. Tras la derrota de Wittstock al año siguiente, sus territorios se hallaban casi por completo bajo el control de los suecos: Cleves y Mark fueron completamente ocupados y en Brandemburgo los enfrentamientos eran constantes. Sólo Prusia permanecía libre, aunque tenía que pagar un tributo a Suecia. El ejército del elector contaba apenas con 6.000 hombres, todos ellos distribuidos en guarniciones. A la muerte de Jorge Guillermo, ocurrida en diciembre de 1640, después de más de un año de inactividad casi total (que los contemporáneos llamaron eufemísticamente «melancolía»), su hijo Federico Guillermo,

26. Así pues, el acuerdo de Ratisbona sustituyó a la paz de Praga, que sólo había suspendido temporalmente la aplicación del Edicto. A su vez, aquél fue modificado por la paz de Westfalia, que fijó la «fecha normativa» en 1624 (mucho menos favorable para los católicos que la de 1627).

que a la sazón contaba tan sólo 21 años, se apresuró a proponer al Parlamento (o lo que quedaba de él) de Brandemburgo una paz por separado con Suecia. Tras la muerte del principal consejero de su padre, el pro-imperial conde Schwarzenberg, en marzo de 1641, envió delegados a Estocolmo para concertar un alto el fuego. Éste entró en vigor en julio, casi exactamente diez años después de que Gustavo Adolfo penetrara en Brandemburgo con su ejército. El «gran elector» no estaba dispuesto a contemplar la destrucción de sus propiedades patrimoniales por los suecos simplemente porque se había aliado con un emperador que no podía ofrecerle protección.

A no tardar, también abandonaron la lucha armada los vecinos de Brandemburgo en el oeste, los duques de Brunswick, los varios miembros de la familia güelfa que dominaban conjuntamente las tierras que se extienden entre el curso medio del Elba y el Weser. En el pasado habían sido intermitentes aliados de uno y otro bando. El duque Jorge de Brunswick-Luneburgo había apoyado a Fernando II hasta 1630, cuando los agentes imperiales exigieron la devolución del obispado secularizado de Hildesheim. El duque Jorge y sus primos se negaron a aceptar las pretensiones de los imperiales, firmaron una alianza con Suecia y movilizaron un ejército que se enfrentó con éxito a las tropas imperiales. En 1635, el duque Jorge se enemistó con Oxenstierna y aceptó finalmente la paz de Praga, pero ante la insistencia del emperador para que devolviera Hildesheim, Jorge firmó una nueva alianza con Hesse-Kassel y Suecia. Su muerte se produjo en abril de 1641 cuando conducía sus fuerzas hacia el sur para luchar nuevamente contra las tropas imperiales. Sus primos no hicieron gala de la misma capacidad diplomática y militar y durante el verano las tropas imperiales asolaron amplias zonas de Brunswick. Luego, en el invierno, apareció de nuevo el ejército sueco y se produjeron duros enfrentamientos en los ducados. Fueron estos acontecimientos los que indujeron a los duques güelfos a firmar un acuerdo preliminar con el emperador en enero de 1642 (la paz de Goslar), que implicó la devolución de las tierras secularizadas de Hildesheim, entregadas un año después al obispo, el elector Fernando de Colonia. A cambio, se mantuvo una actitud tolerante hacia los protestantes (incluso en Hildesheim, donde se reservaron seis iglesias para el culto luterano) y desde entonces Brunswick fue considerado como territorio neutral.[27]

27. Sobre la neutralidad de Brandemburgo y sus consecuencias, véase Opge-

A raíz de estos acontecimientos, la paz se instaló en amplias zonas del nordeste y noroeste de Alemania, pero la lucha continuó en las demás regiones del país. La muerte de Baner en mayo de 1641, a la que siguió el motín de algunas unidades de su ejército que reclamaban su soldada, permitió un breve respiro a las tropas imperiales. Pero el 30 de junio los representantes de Oxenstierna en Hamburgo consiguieron una alianza definitiva con Francia, que había de durar hasta la paz de Westfalia, y Lennart Torstensson, uno de los más brillantes generales suecos, fue enviado a Alemania para ganar la guerra. En la primavera de 1642 el nuevo comandante en jefe invadió Sajonia derrotando a las fuerzas de Juan Jorge una vez más (en Schweidnitz) y avanzó a través de Silesia hacia Moravia. En junio ocupó la capital, Olomouc, y amenazó Viena antes de retirar su principal ejército a Sajonia, donde sitió Leipzig. Allí, el 2 de noviembre, el ejército imperial (bajo el mando personal del hermano del emperador, archiduque Leopoldo Guillermo) desafió a los suecos a entablar batalla. Torstensson se retiró un poco hacia el norte, a Breitenfeld, y allí consiguió una victoria casi tan completa como la que había obtenido Gustavo Adolfo en el mismo lugar once años antes. El ejército imperial perdió 5.000 hombres en el campo de batalla, mientras que otros 5.000 fueron hechos prisioneros; el archiduque perdió además su tesoro y la cancillería y el convoy de abastecimientos, así como 46 cañones. Leipzig cayó un mes después y tuvo que pagar una indemnización de 400.000 táleros. Esta ciudad permanecería en poder de los suecos hasta 1650.[28]

Esta serie de desastres sembraron el pánico entre los aliados católicos del emperador en Alemania occidental, en especial en Baviera. En enero de 1640, antes incluso de que se celebrara la reunión electoral de Nuremberg, hubo conversaciones secretas con representantes franceses en Einsiedeln, en las que Maximiliano se ofreció a firmar una paz por separado con Francia con tres condiciones: el recono-

---

noorth, *op. cit.*, y Schröer, *Das Havelland*. Véase también Kretzschmar, *Gustavus Adolfs Pläne und Ziele*, sobre las primeras fases de la alianza de Brunswick con Suecia, y M. Reimann, *Der Goslarer Frieden von 1642*, Quellen und Darstellung zur Geschichte Niedersachsens, XC, Hildesheim, 1979, sobre el final de la alianza.

28. Las campañas suecas de estos años, con tanta frecuencia olvidadas, están admirablemente narradas (con la ayuda de útiles planos) en Tingsten, *Johan Baner och Lennart Torstensson*. He de agradecer al profesor Michael Roberts su ayuda a la hora de estimar la importancia de las operaciones de Baner.

cimiento del título electoral para él y sus descendientes; la retirada de Francia de Alsacia y la ruptura de la alianza de Francia con la protestante Suecia. Estas grandes exigencias fueron acremente rechazadas por Richelieu, que ya había decidido renovar el tratado con Suecia. Pero el éxito del ejército aliado comandado por Baner y la solución de tan gran número de cuestiones en Ratisbona indujeron a Maximiliano a intentar un camino diferente. En esta ocasión trató de conseguir el apoyo del papa y de los otros electores católicos para convencer a Francia de que aceptara los compromisos alcanzados en Ratisbona y concluyera la paz, aunque Suecia los rechazara. En abril y mayo de 1642 celebró conversaciones con los electores de Maguncia y Colonia para preparar una plataforma común de cara a las pretendidas negociaciones, tras lo cual envió una misión diplomática a París.[29] Después de casi veinticinco años de guerra, el emperador se había visto abandonado por la casi totalidad de sus aliados alemanes. Finalmente, se había superado el *impasse* en la lucha, *impasse* que se mantenía desde Lützen. Ahora sólo faltaba inducir a los Habsburgo a aceptar lo inevitable.

III. 1643-1647: LA DERROTA DE LOS HABSBURGO

Fernando III se vio impulsado a responder positivamente a los llamamientos que se le hacían para que firmara la paz ante el súbito, y al parecer total, hundimiento del poder español. Desde la batalla de Nördlingen, Felipe IV había prestado una ayuda masiva a su cuñado. Mantenía guarniciones en el Palatinado; aportaba un subsidio de unos 500.000 táleros anuales; y manteniendo ejércitos en Lombardía, los Países Bajos y Cataluña, bloqueaba en gran medida la fuerza militar de Francia.[30] Su hermano, el cardenal-infante, que go-

29. Véase K. Schwinesbein, *Die Frankreichpolitik Kurfürst Maximilians I. von Bayern, 1639-1645*, Munich, 1967, caps. 3-4. El papa no pudo desempeñar un papel activo en esta iniciativa de paz porque Urbano VIII inició las hostilidades contra el duque de Parma en 1642. Dos años después, Urbano VIII despilfarró unos 6 millones de táleros en «la guerra de Castro», y en julio de 1644 moría en medio de una gran depresión. (Véanse las cifras en Grisar, «Päpstliche Finanzen», p. 208.)

30. AGS, *Contaduria Mayor de Cuentas*, 3.ª época, 949, nos permite conocer los gastos españoles en Alemania en 1635-1643. El «Tesoro General de Alemania» recibió 3,5 millones de florines de 60 kreuzers en 1635-1640, pero sólo 1,8 millones en 1640-1643. En esa época, un tálero valía 90 kreuzers.

bernó los Países Bajos españoles hasta su muerte en 1641, consiguió incluso amenazar París (véase p. 222, *supra*). Sin embargo, Francia no era el único enemigo de España. El cardenal-infante mantenía todavía ocupada a la mayor parte de su ejército en el conflicto con la República de Holanda (que en 1637 reconquistó Breda, ocupada por Spínola doce años antes) y el propio Felipe dedicaba importantes recursos a la defensa de las posesiones ultramarinas de España y Portugal (sobre todo en Sudamérica, donde Holanda ocupaba la provincia del norte de Brasil, Pernambuco, desde 1630). En octubre de 1639, una gran flota de guerra que transportaba tropas y provisiones desde España a los Países Bajos fue interceptada por los holandeses en el canal de la Mancha y resultó casi totalmente destruida (la batalla de los Downs); otra flota, enviada para recuperar Brasil, conoció el mismo destino en Recife tres meses después.

Por si esto fuera poco, 1640 contempló derrotas aún más severas de los españoles. En el mes de mayo se rebeló la provincia de Cataluña e inmediatamente solicitó la ayuda de Francia. En diciembre, estalló la revuelta en Portugal, que consiguió el apoyo inmediato de Francia y Holanda. Felipe IV se vio obligado, no sin renuencia, a apartar su atención del norte de Europa para centrarse en los problemas de la Península. Algunos de sus consejeros —entre ellos el belicoso conde de Oñate— instaron al monarca a que abandonara sus compromisos exteriores, pero sin resultado.[31] España sufrió pérdidas en todos los frentes: Arras y la mayor parte de Artois en 1640; Salces y Perpiñán en 1642. El conde-duque de Olivares, que había sobrevivido a muchas derrotas, no pudo soportar ahora la campaña que se lanzó contra él. En enero de 1643 dimitió. Pero el cambio de ministro no hizo variar la política exterior de España: no se contempló la necesidad de iniciar conversaciones de paz. En el mes de mayo, el ejército de Flandes fue totalmente derrotado en Rocroi. Aunque la batalla fue tal vez menos importante de lo que se ha hecho ver algunas veces —pues no tuvo una consecuencia inmediata sobre el control de España en Flandes—, acabó con cualquier posibilidad de organizar una nueva invasión de Francia desde los Países Bajos. Con Tréveris,

31. «Creo que no tenemos elección, sino intentar una paz general, o al menos un acuerdo en una o dos de las guerras en las que está embarcada en este momento la Casa de Austria.» Oñate a Olivares en 1640, citado por Stradling, *Europe and the Decline of Spain*, p. 104.

Alsacia y Lorena en manos de los franceses y con los holandeses dominando Limburgo, el canal de la Mancha y el mar del Norte, el gobierno de Felipe IV estaba totalmente imposibilitado para enviar refuerzos a los Países Bajos. El «camino español» estaba bloqueado; en consecuencia, los Países Bajos españoles no pudieron resistir el progreso de los ejércitos francés y holandés. Así, Gravelinas se perdió en 1644, Hulst en 1645 y Dunkerque en 1646.

Pero Francia tenía también graves dificultades para mantener su esfuerzo de guerra. Entre 1636 y 1643 estallaron una serie de graves revueltas populares, que afectaron tanto a las zonas rurales como a las ciudades y fue necesario hacer regresar del frente algunos destacamentos del ejército regular para sofocarlas. También había oposición por parte de la burocracia real, que se negaba a recaudar los impuestos o que se embolsaba los ingresos, y hubo varios complots aristocráticos contra el primer ministro, el cardenal Richelieu. En 1641 una conspiración, encabezada por el primo del monarca (conde de Soissons) y que abogaba por la paz y por el abandono de los compromisos en el exterior, suscitó grandes apoyos. Sólo la muerte accidental de Soissons salvó al gobierno. Al año siguiente se produjo una nueva maquinación encabezada por el favorito del monarca, el marqués de Cinq-Mars, que había prometido a España que firmaría la paz en cuanto cayera Richelieu. Pero Richelieu murió tres meses después de la ejecución de Cinq-Mars y, aunque en un principio no hubo cambio de política, en mayo de 1643 —inmediatamente después de la victoria de Rocroi— la muerte se llevó también a Luis XIII. El poder quedó en manos de la regente, la española Ana de Austria, hermana de Felipe IV y del cardenal-infante y cuñada de Fernando III. Naturalmente, se oponía con menos fuerza que el monarca fallecido a firmar la paz con sus parientes Habsburgo, pero en los asuntos de política exterior aceptaba los consejos del ministro que sucedió a Richelieu, el cardenal Mazarino. Aunque había nacido súbdito de Felipe IV y una parte de su educación se había desarrollado en España, su preparación en la carrera diplomática con Urbano VIII y con Richelieu le habían llevado a convertirse en un genuino enemigo del poder de los Habsburgo. Su objetivo fundamental era debilitar, y si era posible dividir, a las ramas austriaca y española de la familia, objetivo que finalmente consiguió. Pero en 1643, recién llegado al poder, Mazarino se sentía inclinado a actuar con prudencia. No podía ignorar el riesgo de prolongar una costosa guerra que podría provocar una revolución derro-

cando la monarquía, como parecía haber ocurrido al otro lado del canal, en los estados gobernados por Carlos I y su reina francesa, Enriqueta María. La guerra civil inglesa, que estalló en agosto de 1642, fue una dura advertencia que impulsó a los príncipes a actuar con prudencia.

También en Suecia el gobierno era consciente de la intensa hostilidad que sentía la población contra la guerra y su corolario inevitable, los impuestos y el reclutamiento. «El hombre común desea verse muerto» —observó el lúgubre hermano de Oxenstierna, cuyos largos y pesimistas informes de estado eran una de las muchas cruces que el canciller tenía que soportar—. «Podemos decir que hemos conquistado nuestros territorios a otros y para ese fin hemos arruinado los nuestros. Mientras las ramas se expanden —continuaba— el árbol se hunde en sus raíces.»[32] Y realmente estaba a punto de hundirse, pues las pérdidas militares de Suecia se estaban haciendo insoportables: aldeas enteras quedaban despobladas de hombres jóvenes, pues la orden de reclutamiento (como se señala en la página 277, *infra*) suponía prácticamente una sentencia de muerte.

Si en Suecia la censura limitaba la expresión pública de descontento, no ocurría lo mismo en el Imperio. Por toda Alemania empezaron a proliferar tratados de paz y los llamamientos al cese de las hostilidades se realizaban por diversos medios: oraciones, panfletos, octavillas ilustradas, música, medallas y obras de teatro. Éstas eran las más influyentes, porque las mejores «obras de paz» eran escritas por hombres que compartían la visión «pietista» que había comenzado a rejuvenecer el luteranismo. El fervor emocional y la limpieza moral del lenguaje en obras como *La victoria de la paz* (*Friedens Sieg*, de Justus Schöttel, hijo de un pastor) o *El espejo de la paz* (*Frieden Spiegel*, de Johan Rist, un pastor de Hamburgo) eran extraordinariamente poderosos. Además, alcanzaron una gran audiencia. Schöttel era un canciller de los duques de Brunswick y la primera representación de *Friedens Sieg* fue protagonizada por los hijos del duque, con Federico Guillermo de Brandemburgo como espectador.[33]

32. Roberts, *The Swedish Imperial Experience*, p. 25.

33. L. Stein, «Religion and patriotism in German peace dramas during the Thirty Years' War», *Central European History*, IV (1971), pp. 131-148. Tal vez es exagerado el vínculo que establece el autor entre el pietismo luterano y el patriotismo alemán en este período, pero el material que presenta es importante e inusual.

Así pues, a principios de 1643, la paz estaba indudablemente en el aire que respiraban tanto los participantes no alemanes como los alemanes de la guerra y no pasó mucho tiempo antes de que se celebraran dos conferencias de paz. En Frankfurt, se reunieron en enero de 1643 representantes de muchos príncipes alemanes, incluidos la mayor parte de los electores, para resolver las cuestiones puramente alemanas y para determinar la mejor forma de negociar con las potencias extranjeras. Mientras tanto, plenipotenciarios de estas últimas convergían hacia Münster y Osnabrück, las ciudades especificadas para las negociaciones en el tratado franco-sueco de 1641, que se convirtieron en una especie de «zona desmilitarizada». Francia, España y otros estados católicos sentaron sus reales en Münster, mientras que Suecia y sus aliados negociaron en Osnabrück, a 45 km de distancia.

La intención de Fernando III era mantener ambas asambleas por separado, pues esperaba que sus aliados podrían entablar negociaciones con las potencias extranjeras en nombre de todo el Imperio. Los gobernantes católicos parecían de acuerdo con este principio —«vox caesaris est vox catholicorum» como afirmó uno de ellos—, pero no podemos decir lo mismo de los protestantes. En primer lugar, en los primeros días de la conferencia de Frankfurt, su número era mucho más reducido: dos por cuatro católicos en el colegio electoral y cuatro frente a diez en el colegio de los príncipes. En segundo lugar, varios destacados protestantes eran todavía proscritos y, por tanto, no podían asistir a las conversaciones de Frankfurt. La oposición a la política dual de paz de Fernando estaba encabezada por Federico Guillermo de Brandemburgo desde dentro de la asamblea y por Amalia de Hesse-Kassel desde fuera de ella. Pero probablemente no habrían conseguido su propósito sin la ayuda de Francia y Suecia. La opinión de estas dos potencias fue claramente expresada por el plenipotenciario sueco, Johan Adler Salvius, en una carta dirigida a los príncipes protestantes en abril de 1643. «Durante treinta años —afirmaba (incorrectamente)— no se ha reunido ninguna Dieta Imperial, y entre tanto el emperador ha conseguido usurparlo todo por derecho de soberanía. Éste es el camino que conduce al absolutismo y a la servidumbre de los territorios. Las coronas [de Suecia y Francia] buscan, en la medida de lo posible, impedir esto, pues su seguridad descansa en la libertad de los territorios alemanes.»[34] Gradualmente, las delegaciones pro-

34. «Vox Caesaris», frase utilizada por el consejero del elector de Maguncia

testantes se trasladaron a Osnabrück. Pero el emperador se mantenía firme, negándose a reconocer los derechos de sus vasallos a votar en las reuniones del congreso. Sólo el 29 de agosto de 1645, fecha clave en el proceso de paz, fue concedido el *ius belli ac pacis* a todos los gobernantes territoriales independientes. Las deliberaciones en la conferencia de Westfalia recibieron entonces el *status* de una Dieta, de forma que sus resoluciones tendrían fuerza de ley imperial. Al mismo tiempo, se clausuró la conferencia de Frankfurt.

De hecho, el emperador había podido prolongar las conversaciones de Frankfurt durante tanto tiempo debido a un breve golpe de buena fortuna militar: en 1643 Suecia entró inesperadamente en guerra con Dinamarca. Varias razones explican este acontecimiento sorprendente. Cristián IV, contrariado en su deseo de alcanzar gloria en el exterior ya fuera por su avanzada edad o por las derrotas anteriores, no cejaba en perjudicar lo más posible a su vecino del norte desde hacía mucho tiempo: dio cobijo a los enemigos políticos del gobierno de Estocolmo, deseosos de venganza; bloqueó al aliado de Suecia, el puerto de Hamburgo, y hostigó e incluso apresó barcos suecos en el Báltico. Cuando se conoció la noticia de que Cristián negociaba secretamente una alianza con el emperador, Suecia se decidió a golpear primero. Sus mejores generales, Torstensson y Königsmarck, recibieron instrucciones de avanzar desde las fronteras de Bohemia (donde operaban desde la victoria de Breitenfeld en noviembre de 1642) hacia Dinamarca, Königsmarck ocupó los obispados secularizados de Verden y Bremen, que se habían mantenido neutrales desde que Suecia los devolvió a los daneses después de la batalla de Nördlingen. Ahora fueron rápidamente ocupados, instalándose un gobierno provisional encabezado por Königsmarck, que abrió el camino a la anexión de Suecia tras la paz de Westfalia. Entre tanto, Torstensson ocupó Holstein y en 1644 comenzó la conquista de la península de Jutlandia con la misma facilidad con que Tilly y Wallenstein lo habían conseguido 16 años antes.[35] En octubre, una gran batalla naval en

---

en 1646, citado por Wolff, *Corpus evangelicorum*, 179; carta de Salvius de abril de 1643 citada por Dickmann, *Der Westfälische Frieden*, p. 115. Sobre la «Deputationstag» de Frankfurt en general, véase Dickmann, caps. 3 y 5, y R. von Kietzell, «Der Frankfurter Deputationstag von 1642-1645. Eine Untersuchung der staatsrechtlichen Bedeutung dieser Reichsversammlung», *Nassauische Annalen*, LXXXIII (1972), pp. 99-119.

35. Véase Böhme, *Bremische-Verdische Staatsfinanzen*, pp. 13-165, y H. Eich-

Femmern, en la que las fuerzas de Cristián fueron derrotadas, abrió las islas a la amenaza de la invasión sueca; las conversaciones de paz se iniciaron el mes siguiente. Una conferencia formal, que comenzó en febrero de 1645, terminó el 23 de agosto en la paz de Brömsebro, favorable a Suecia.

No era éste el final que el emperador había previsto. En cuanto Suecia manifestó su intención de invadir Dinamarca, Fernando se apresuró a prometer ayuda a Cristián IV y envió a su ejército, comandado por el conde Gallas, para perseguir a Torstensson en Holstein. Sin embargo, los suecos habían previsto esta maniobra concluyendo una alianza con Jorge Rákóczy, sucesor de Bethlen Gabor en Transilvania: el príncipe, con la aprobación del sultán otomano y con subsidios recibidos de Francia, prometió invadir los territorios húngaros de los Habsburgo. Así lo hizo en febrero de 1644, comprometiendo seriamente a Fernando III, que se vio obligado a hacer regresar al ejército que había enviado a Dinamarca. Pero Torstensson consiguió hábilmente obligar a los imperiales a retirarse por zonas tan terriblemente devastadas que la mayor parte de ellos murieron de hambre. Según el (ciertamente hostil) cronista Chemnitz, de 18.000 hombres que comenzaron la retirada, apenas 1.000 llegaron a Bohemia. Así pues, «sería difícil encontrar un ejemplo similar de un ejército destrozado en tan corto período de tiempo sin luchar en una gran batalla».[36] Gallas, que también había conducido la desastrosa retirada de Borgoña en 1636, fue destituido.

Pero hacía falta algo más que el cambio de un general para detener a los suecos. A comienzos de 1645, con Dinamarca apartada ya definitivamente de la guerra, el Alto Mando sueco decidió organizar una operación que produjera el hundimiento inmediato de la resistencia de los Habsburgo. Para ello nada mejor que una invasión en toda regla de Bohemia en conjunción con las tropas de Transilvania, porque conseguiría «herir al emperador en el mismo corazón». Además, el ejército francés del Rin invadiría Baviera, y de esta forma Fernando III no podría recibir ayuda desde allí. Pero no era fácil

---

berg, *Militär und Technik. Schwedenfestungen des 17. Jahrhunderts in den Herzogtümern Bremen und Verden*, Geschichte und Gesellschaft, Bochumer historische Studien, VII, Düsseldorf, 1976.

36. B. P. von Chemnitz, *Königlichen schwedischer in Teutschland geführten Kriegs vierter Teil*, Estocolmo, 1859, p. 168. Chemnitz, que escribió su narración en el decenio de 1650, fue un destacado anti-imperialista.

llevar a cabo una acción de esas características. Los franceses no se habían mostrado fuertes en Renania desde la muerte de Bernardo de Sajonia-Weimar. La necesidad de enviar apoyo a Cataluña y Portugal y de continuar la guerra en las fronteras de los Países Bajos, reducía el aflujo de hombres y dinero al ejército de Alemania comandado por el vizconde de Turena. En un primer momento, Baviera desdeñó la oportunidad que le ofrecía esta situación, pues Maximiliano esperaba todavía firmar una paz por separado con Francia (véase p. 245, *supra*). Pero cuando se rompieron las negociaciones, el ejército bávaro, al mando de Franz von Mercy, realizó un perfecto ataque contra Tuttlingen (noviembre de 1643) que obligó a Turena a retirarse hacia el Rin, abandonando todo el bagaje de su ejército. La retirada, realizada durante el invierno, provocó la pérdida de casi dos tercios del ejército de Turena formado por 16.000 hombres (los «bernardinos» o «brigada alemana», constituida por los regimientos comandados anteriormente por Bernardo de Sajonia-Weimar, sufrieron pérdidas especialmente fuertes). Aunque se enviaron refuerzos a Alsacia en 1644, los franceses no pudieron salir del valle del Rin. En agosto de 1644, Mercy volvió a infligir una grave derrota a Turena en Friburgo (en esta ocasión, la «brigada alemana» quedó prácticamente aniquilada: sólo sobrevivieron tres oficiales y cincuenta hombres de un total de tres regimientos). La batalla de Mergentheim, en mayo de 1645, confirmó la superioridad de Baviera sobre las fuerzas francesas en la región.[37] Pero la llegada de refuerzos suecos permitió a Turena pasar al contraataque y en la batalla de Allerheim, el 3 de agosto, Mercy fue derrotado y muerto y su ejército destruido por la acción combinada de las tropas de Suecia, Francia y Hesse.

El ejército sueco que luchó en Allerheim ya había conseguido una gran victoria cinco meses antes. El *Hauptarmee* [el grueso del ejército] sueco había comenzado su avance desde Sajonia hacia Bohemia antes de la primavera. Torstensson comandaba una fuerza de sólo 15.000 hombres y las tropas imperiales —a pesar del avance del ejército de Transilvania remontando el Danubio— disponían del mis-

37. Sobre las campañas de 1643-1645 en el sudoeste, véase H. H. Schaufler, *Die Schlacht bei Freiburg-im-Breisgau 1644*, Friburgo, 1979. La batalla de Friburgo fue calificada por un general bávaro, Johann Werth, como la peor que había visto nunca: «En los 22 años en los que me he visto implicado en la matanza de la guerra —afirmó—, nunca ha habido un enfrentamiento tan sangriento». (Citado *ibid.*, p. 7.)

mo número de hombres. Pero los suecos contaban con una abrumadora superioridad en artillería: 60 cañones frente a sólo 26. Después de algunas escaramuzas, ambos bandos se enfrentaron en una larga batalla campal en Jankov, al sudeste de Praga, el 6 de marzo. El resultado fue definitivo: los imperiales perdieron su artillería, la mitad de sus hombres, su cancillería de campo e incluso sus generales (véase lámina 19). El emperador y su familia se apresuraron a huir a Graz.[38] No fue ésta una precaución innecesaria, pues a finales de mes los hombres de Torstensson habían ocupado Krems, donde establecieron una cabeza de puente en el Danubio (y restablecieron el culto luterano). Las fuerzas de Suecia y Transilvania se prepararon a continuación para asediar Viena y los pocos luteranos que quedaban en la ciudad mostraron su regocijo y esperaron su liberación. Pero ésta no llegó, porque el emperador fue salvado por los turcos.

En la primavera de 1645, el sultán otomano decidió entrar en guerra con la República de Venecia por la posesión de Creta. Comenzó la campaña en junio y muy pronto concentró todos sus recursos militares en esa operación. De esta forma, fue imposible seguir prestando ayuda a Rákóczy. El príncipe, abandonado y en dificultades financieras, aceptó las iniciativas de paz de los Habsburgo y —a pesar de que firmó una nueva alianza con Francia en abril— el 16 de diciembre de 1645 concluyó el tratado de Viena con Fernando. La tolerancia religiosa fue restablecida y garantizada en Hungría y Rákóczy consiguió amplios territorios. Sin duda, Transilvania, un Estado que carecía prácticamente de recursos para sostener las hostilidades durante un tiempo prolongado, había salido excepcionalmente bien parada de la Guerra de los Treinta Años.

Pero la defección de Transilvania no alteró la importancia crítica de la campaña de 1645. Ésa fue la razón por la que se luchó de forma tan encarnizada. La batalla de Jankov, por ejemplo, se prolongó más que ningún otro enfrentamiento en la guerra precisamente porque todo el mundo reconocía su importancia decisiva: el emperador arriesgaba todos sus recursos económicos y militares, el prestigio de su dinastía y su propia reputación como comandante de gran capacidad. La derro-

38. El emperador estaba en Praga y salió de la ciudad el 7 de marzo, el día después de la batalla: véase P. Broucek, *Der schwedische Feldzug nach Niederösterreich 1645/46*, Militärhistorische Schriftenreihe, VII, Viena, 1967, p. 11. Sobre la campaña de 1645 en general, véase también Ruppert, *Kaiserliche Politik*, cap. 3, parte II, y Chesler, «Crown, lords and God», pp. 209-210.

ta, en la que perdió todo esto, hizo casi inevitable que el acuerdo final de paz fuera desfavorable para los Habsburgo. Después de Jankov y Allerheim, los católicos no contaban ya con un ejército capaz de enfrentarse a los suecos y a sus aliados, y todo el mundo lo sabía. El 6 de septiembre, Juan Jorge de Sajonia firmó, no sin renuencia, un alto el fuego con Suecia en Kötzschenbroda y abandonó la guerra. Mientras tanto, en Westfalia, Oxenstierna afirmaba que «el enemigo comienza a hablar con un tono más educado y agradable» y los representantes imperiales en la conferencia de paz se aprestaron a realizar importantes concesiones.[39] En agosto de 1645 se acordó que todos los príncipes y ciudades con representación en la Dieta Imperial gozarían de una presencia efectiva en las conferencias de paz. En septiembre, el emperador aceptó a regañadientes no buscar ventaja alguna en el tratado de paz para los católicos que vivían en territorios protestantes del Imperio. Poco después, decretó un indulto para todos sus vasallos rebeldes, para permitirles asistir personalmente a la conferencia y exponer sus opiniones, y el 29 de noviembre de 1645 el colaborador más estrecho del emperador y principal negociador, conde von Trauttmannsdorf, llegó a Münster con instrucciones de hacer las concesiones necesarias para asegurar la paz.

Fue en ese momento en que comenzaban las conversaciones serias para poner fin a la guerra alemana cuando llegaron a Münster los representantes de la República de Holanda para solucionar sus diferencias con España. Ya en enero de 1642, el capitán general de la República, Federico Enrique, príncipe de Orange, había instado a los Estados Generales a que nombraran plenipotenciarios y formularan sus condiciones, pero hasta octubre de 1645 no se llegó a una decisión sobre los delegados y sus instrucciones. La misión holandesa partió hacia la conferencia de paz en enero de 1646.[40] Su presencia completó

39. Cita tomada de C. T. Odhner, *Die Politik Schwedens im Westphälischen Friedenscongress und die Gründung der schwedischen Herrschaft in Deutschland*, Gotha, 1877 (reeditado en Hannover, 1973), 97 n. En realidad, el acuerdo de Kötzschenbroda fue tan sólo una tregua de seis meses, pero en abril de 1646 se acordó en Eilenburg prolongarla hasta el final de la guerra. Sajonia tenía que pagar contribuciones al ejército sueco y permitir que se instalaran guarniciones suecas en Leipzig y Torgau, pero se autorizó a que tres regimientos sajones que formaban parte del ejército imperial permanecieran en él, con tal de que no lucharan contra Suecia.

40. Sobre las negociaciones hispano-holandesas, véase el clásico estudio de

el rompecabezas político y complicó la labor de conseguir una paz para Alemania. Tal vez fuera cierto, como había dicho Gustavo Adolfo en una ocasión, que «todas las guerras que se libran en Europa se han fusionado y se han convertido en una sola guerra», pero las alianzas que unían a los diversos combatientes no podían ocultar importantes divergencias de intereses. Incluso el mismo Estado (el caso más notable es el de Francia) podía defender dos políticas diferentes en la conferencia: una para Alemania y otra para los Países Bajos. En ocasiones, los delegados recibían instrucciones diferentes e incluso contradictorias; a veces, los diferentes miembros de la misma delegación actuaban de forma distinta. La primera conferencia de los tiempos modernos era un mundo en sí misma. (Véase lámina 18.)

En las negociaciones participaron 176 plenipotenciarios (casi la mitad de ellos abogados de profesión) que actuaban en nombre de 194 gobernantes europeos, de mayor o menor importancia. No todos los estados representados en el congreso enviaron sus propias delegaciones —sólo lo hicieron 109—, pero de cualquier forma varios millares de diplomáticos pululaban por las calles de Münster y Osnabrück entre 1643 y 1648. El número de miembros de las diferentes misiones diplomáticas variaba desde los 200 hombres, mujeres y niños de la delegación francesa hasta los enviados aislados de los principados alemanes más pequeños.

La vida en la conferencia era una curiosa mezcla de escasez y abundancia. Por una parte, en cuanto al alojamiento, con frecuencia dos personas tenían que compartir una cama (así, en la misión bávara, los 29 miembros que la componían tenían que distribuirse en sólo 18 camas); por otra parte, la comida y la bebida eran abundantes (al parecer, cada bávaro consumía entre dos y tres litros de vino diarios, por lo cual tal vez estaban demasiado ofuscados como para discutir por la cama).[41] Pero, sobrios o borrachos, la principal actividad de los delegados era comunicarse y negociar y el consumo de tinta de los diplo-

---

J. J. Poelhekke, *De vrede van Munster*, La Haya, 1948. Israel ha escrito un estudio en inglés, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, pp. 347-374.

41. Los detalles están tomados de F. Bosbach, *Die Kosten des Westfälischen Friedenskongresses. Eine strukturgeschichtliche Untersuchung*, Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XIII, Münster, 1984, pp. 14, 16, 33, 57, 110, 168, 196, 211 y 224 ss. He de manifestar mi más profundo agradecimiento al Dr. Bosbach por permitirme leer y citar su interesantísimo estudio antes de que sea publicado.

máticos fue realmente extraordinario. Se creó una compleja red postal para permitir el intercambio regular de prolijos *denkschriften* (memorándums) y cartas interminables entre los delegados y sus representados, para que nada se concluyera sin el acuerdo total y manifiesto de cada gobierno.[42] Naturalmente, esto provocó graves retrasos en las negociaciones, pues cada carta tardaba entre 10 y 12 días en llegar desde Münster a París o Viena y entre 23 y 30 días en llegar a Madrid. Una carta de Osnabrück a Estocolmo tardaba 20 días o más (antes de la paz de Brömsebro con Dinamarca, bastante más) y, naturalmente, la respuesta tardaba el mismo tiempo. Pero estos retrasos no provocaron una reducción de la correspondencia. Tomemos como ejemplo la correspondencia de los delegados del duque de Württemberg en Osnabrück y su señor en Stuttgart: desde 1644 hasta 1649, en teoría se escribían tan sólo una vez a la semana, por lo general el viernes, pero al final de las negociaciones se habían escrito más de 400 cartas por cada parte.[43]

Con tantos participantes y tantos intereses conflictivos es difícil descubrir —y mucho más resumir— los rasgos sobresalientes. Sin embargo, se puede afirmar que las negociaciones se desarrollaron en tres fases. La primera, en la que se discutieron asuntos fundamentalmente de procedimiento, comenzó con la reunión de Frankfurt en enero de 1643 y duró, con numerosas interrupciones, hasta noviembre de 1645, cuando llegó a Münster el conde Trauttmannsdorf. La segunda fase se desarrolló desde ese momento hasta la nueva partida del conde, en junio de 1647: fue un período de intensas negociaciones durante el cual se superaron prácticamente todas las diferencias importantes entre los protagonistas tanto de la guerra de Holanda como de la guerra de Alemania. Durante la fase final, que duró hasta la firma de los tratados de paz en 1648, Francia intentó sin éxito retrasar el final de las hostilidades, tanto en los Países Bajos como en Alemania, hasta haber derrotado por completo a España. Durante los cinco años, el ritmo de

42. Con frecuencia, los historiadores han ridiculizado la atención prestada por los delegados a los detalles de procedimiento, pero la experiencia de la abortada paz de Ratisbona en 1630 y del tratado de Wismar de 1638 (véanse pp. 170 y 228, *supra*), cuando un acuerdo firmado por plenipotenciarios fue rechazado más tarde por su gobierno, permanecía fresco en las mentes de muchos. Nadie quería que ocurriera lo mismo en Westfalia. Véase O'Connell, «A cause célèbre in the history of treaty-making».

43. Bosbach, *Kosten*, I, p. 196; Philippe, *Württemberg*, p. 1.

las negociaciones, así como el carácter de las concesiones, se vio constantemente alterado por las fortunas de la guerra. En las cínicas palabras del prior Adami de Murrhart, uno de los representantes de los católicos duros de la conferencia: «durante el invierno negociamos y durante el verano luchamos».[44] El camino hacia la paz era estrecho y tortuoso.

IV. 1647-1650: LA FIRMA DE LA PAZ

> Dicen que la terrible guerra ha terminado. Pero todavía no hay señales de paz. Por todas partes existe envidia, odio y codicia: esto es lo que la guerra nos ha enseñado ... Vivimos como animales, comiendo cortezas y hierbas. Nadie podría haber imaginado que nos iba a ocurrir algo así. Muchos dicen que no existe Dios ...

Esta lúgubre anotación en una biblia familiar, en la aldea de Gerstetten, en Suabia, fue escrita el 17 de enero de 1647, tras la aparición de un nuevo grupo de refugiados perseguidos de cerca por las tropas predatorias. «Pero creemos todavía que Dios no nos ha abandonado —continuaba el texto—. Debemos permanecer juntos y ayudarnos unos a otros.»[45] Ahora bien, quedaban todavía doce meses de lucha por delante, antes de que se alcanzara la paz, y durante ese período Suabia (al igual que Baviera, Austria y muchas otras partes del Imperio) fue saqueada una vez más. De hecho, la lucha continuó en la mayor parte de Alemania hasta el momento en que se secó la tinta de las últimas firmas sobre los tratados de paz el 24 de octubre de 1648. Aunque para entonces habían muerto o caído en desgracia la mayor parte de los personajes intransigentes en el conflicto —Richelieu y Olivares, Fernando II y Gustavo Adolfo, Bernardo de Sajonia-Weimar y Guillermo de Hesse-Kassel—, sus sucesores estaban igualmente decididos a obtener el máximo provecho de la prolongada y pródiga inversión de sangre y dinero. Por ello negociaron con tanta dureza como habían luchado.

44. Citado en Heckel, «Zur Historiographie des Westfälischen Friedens», p. 324.

45. Citado en Kuczynski, *Geschichte des Alltags des deutschen Volkes*, p. 117. Sobre la campaña de 1646-1647, véase P. Broucek, *Die Eroberung von Bregenz am 4. Jänner 1647*, Militärhistorische Schriftenreihe, XVIII, Viena, 1971.

Aunque la mayor parte de los temas se discutieron en la conferencia de paz de forma simultánea, existía el acuerdo, al menos entre los diplomáticos franceses y suecos, de resolver primero los problemas específicamente alemanes. Como escribió el conde d'Avaux desde Münster en abril de 1644:

> Parece que ... el honor y el beneficio de Francia serán mejor preservados planteando primero sobre la mesa las cuestiones referentes a la paz y a las libertades públicas del Imperio ... porque si éstos [los estados alemanes] no desean todavía realmente la paz sería perjudicial y dañino para nosotros que las conversaciones se interrumpieran a propósito de nuestras exigencias particulares.

Mientras tanto, por parte sueca, en diciembre del mismo año, el astuto Oxenstierna escribió a su hijo (que era uno de los principales negociadores en Osnabrück): «En la medida en que "la restitución de los asuntos del Imperio a su situación original" es nuestro pretexto para desear cambios a nuestro favor ... debemos justificar todas nuestras acciones a la luz de ese mismo principio».[46]

Muchos de los parámetros de la «libertad alemana» ya se habían establecido en la paz de Praga y las decisiones de la Dieta de Ratisbona, pero los puntos más destacados fueron inevitablemente los más espinosos: la tolerancia oficial del calvinismo, la restitución de las tierras eclesiásticas secularizadas, la reposición del elector palatino y la amnistía general. Como ya hemos dicho, el último punto fue concedido después de la batalla de Jankov. El tercero, aunque objeto de prolongadas discusiones, estaba contemplado ya en las instrucciones secretas del emperador a Trauttmannsdorf en octubre de 1645: «en caso de extrema necesidad cuando no exista otro camino», se crearía un octavo electorado para que Baviera y el Palatinado pudieran tener cabida en el colegio electoral.[47] Pero estos asuntos podían ser decididos por el emperador por sí solo. Eran los otros dos temas —el de la tolerancia y la reposición— los que suscitaban realmente las diferencias,

46. D'Avaux citado por Philippe, *Württemberg und der Westfälische Friede*, p. 54; Oxenstierna citado por G. Schmid, «Konfessionspolitik und Staatsräson bei den Verhandlungen des Westfälischen Friedenskongresses über die Gravamina Ecclesiastica», *Archiv für Reformationsgeschichte*, LIV (1953), pp. 203-223, en la página 206.

47. Instrucciones imperiales citadas por Ruppert, *Die kaiserliche Politik*, p. 134.

pues planteaban las cuestiones fundamentales de quién era competente para decidir sobre temas religiosos y si los gobernantes territoriales tenían derecho a ignorar los decretos imperiales. El partido católico había argumentado muchas veces que la paz de Augsburgo de 1555 era una medida temporal, de urgencia, pero todo el mundo se daba cuenta de que el nuevo equilibrio que se estableciera en la conferencia de paz sobre los credos religiosos sería permanente. Ésa es la razón por la que las discusiones fueron tan duras.

El enfrentamiento alcanzó su punto álgido a partir de agosto de 1645 cuando tuvo lugar la primera reunión de todas las delegaciones en el congreso. Justo un mes después, los príncipes católicos del Imperio mantuvieron su primera discusión por separado en Münster y poco después los protestantes comenzaron a celebrar sus propias reuniones en Osnabrück. Aunque el número de miembros de ambos bandos era muy similar (había 72 miembros del *Corpus catholicorum* frente a 73 del *Corpus evangelicorum*), los católicos parecían inicialmente en ventaja. En primer lugar, los representantes imperiales estaban claramente de su lado; en segundo lugar, había mayor coherencia entre los católicos porque varios de sus miembros tenían más de un voto. El elector de Colonia encabezaba la lista con 15 votos, que decidía su principal consejero —y primo— el obispo Wartenburg de Osnabrück (que también tenía 5 votos por delegación); el prior Adami de Murrhart representaba a varias abadías de Suabia y a 41 prelados suabos. Lo mismo ocurría con las ciudades imperiales: el representante de Augsburgo, Johann Leuchselring, estaba autorizado a emitir el voto de otras 15 ciudades.[48] Sin embargo, esta apariencia de fuerzas era ilusoria. Aunque el emperador estaba de parte de los católicos, no todos los católicos estaban al lado del emperador. Había un poderoso grupo de anti-imperialistas, encabezado por el elector de Tréveris (resentido todavía de sus diez años de cautiverio en manos del emperador), dispuesto a hacer concesiones a los franceses y, si era necesario, a los protestantes, para conseguir la paz. Frente a ellos se alzaban, en el bando católico, un grupo de 15 extremistas encabezados por Wartenburg, Adami y Leuchselring —a quienes se conocía como «los triunviros»—, apoyados por España. Estos hombres estaban decididos a no hacer concesiones importantes en cuestiones religiosas. Y por si esta división no fuera suficiente para minar la causa católica, también

48. Bosbach, *Kosten*, I, p. 14; Ruppert, *Kaiserliche Politik*, p. 251.

había diferencias entre los príncipes que detentaban un solo voto. Así, Maximiliano de Baviera y el duque de Neoburgo aspiraban ambos a obtener el Alto Palatinado, el primero como recompensa por sus gastos de guerra y el segundo porque era el pariente católico más próximo de la proscrita familia palatina. Los bloques de votos controlados por los principales asistentes, lejos de constituir una fuerza, hacían que la desunión resultara paralizante. A finales de 1646 era ya imposible para el *Corpus catholicorum* elaborar declaraciones comunes para el congreso; y, a comienzos de 1648, los exremistas abandonaron Münster, protestando contra la actitud de «palomas» de sus colegas y para deliberar por separado.

A simple vista, el *Corpus evangelicorum* no parecía más unido que el de los católicos. En primer lugar, no contaban con un líder comparable a Maximiliano de Baviera: ni el joven elector palatino (Carlos Luis, hijo de Federico V), ni el viejo elector de Sajonia (todavía Juan Jorge) daban la talla; y Federico Guillermo de Brandemburgo, el personaje más destacado en las filas protestantes, ya había firmado su propio acuerdo de paz. Tal vez el miembro más activo del bando protestante era una de las escasas mujeres presentes en el congreso, Amalia de Hesse-Kassel, viuda de Guillermo V y regente de su joven hijo. Ella y un grupo de príncipes menores, entre los que se contaban los duques de Sajonia-Weimar, y los príncipes calvinistas de Renania, deseaban obtener garantías para el protestantismo en zonas predominantemente católicas y exigían la revocación total del Edicto de Restitución. Frente a ellos, se situaban los estados luteranos más importantes, que deseaban la paz casi a cualquier precio. Además, como en el caso de los católicos, se producían también disputas territoriales entre sus miembros: el eterno enfrentamiento entre los landgraves de Hesse por Marburgo, entre Brandemburgo y Brunswick a propósito de Halberstadt y entre Brandemburgo y Suecia sobre la posesión de Pomerania. Pero en último extremo, el *Corpus evangelicorum* poseyó la coherencia y voluntad de obviar esas «vanidades» (término que se utilizó en una importante resolución de marzo de 1646) para votar como un solo bloque siempre que se planteaban cuestiones confesionales de importancia.[49] De esta forma, los protestantes consiguieron

49. Schmid, «Konfessionspolitik», p. 209. Este interesantísimo artículo se basa en documentos procedentes de la Sajonia ducal, cuyos delegados pertenecían al ala dura del bando protestante.

mantenerse hasta que la fragmentación del *Corpus catholicorum* les permitió conseguir la victoria. El 24 de marzo de 1648 se alcanzó un acuerdo final sobre todos los temas religiosos, que era muy favorable para los protestantes. La «fecha normativa» para todas las cuestiones religiosas se fijó en el 1 de enero de 1624. La tolerancia para el culto privado de las minorías religiosas se concedería para los que existían en la «fecha normativa»; los territorios eclesiásticos en manos seculares en la «fecha normativa» permanecerían bajo control protestante. Así, el principio *cuius regio* y la *Declaratio Ferdinandei* de 1555 quedaron finalmente descartados y el *reservatum ecclesiasticum* se aplicó solamente a las propiedades que estaban bajo control de los católicos a comienzos de 1624. A mayor abundamiento, cualquier variación en esta situación se decidiría por «consenso amistoso» en la Dieta entre católicos y protestantes y no por simple voto mayoritario.[50]

Solucionadas así las «cuestiones referentes a la paz y a las libertades públicas del Imperio», tal como deseaban los franceses y los suecos (véase p. 259, *supra*), el congreso tenía ahora que estudiar las exigencias de las potencias extranjeras. Hasta cierto punto, éstas variaban según los avatares de la guerra, que confundían a algunos observadores. Como observó en 1638 el severo presbiteriano de Glasgow, Robert Baillie: «No veo cuál pueda ser para los suecos el objetivo en Alemania, sino el de derramar sangre protestante».[51] Sin embargo, sus

50. No siempre se ha apreciado la originalidad de este compromiso, incluido en el Artículo V, párrafo 52 del «Instrumentum Pacis Osnabruguense» y conocido como «Itio in Partes». En efecto, en una época en la que se practicaba el principio de mayoría, se sancionó un método alternativo para tomar decisiones sobre determinados aspectos fundamentales. Es cierto que el principio de paridad entre dos grupos desiguales había sido aceptado un siglo antes por la Confederación Suiza, pero el Sacro Imperio Romano era mucho más extenso y, en consecuencia, era mucho más difícil aplicar la fórmula «Itio in Partes». Sin embargo, se puso en práctica. Los juristas constitucionalistas del siglo XVIII consideraron que ésa había sido la obra maestra de los artífices de la paz —«el baluarte fundamental de la libertad y la igualdad, construido con tanta sangre»— porque el dualismo confesional fortalecía y protegía el equilibrio político establecido en Alemania entre el emperador y los príncipes. (Véase C. G. Hoffman, *Gründliche Vorstellung deren in dem Heiliger Romische Reiche ... Religions-Beschwerden* [1722], citado por Heckel, «Itio in Partes»; véase el agudo análisis de Heckel en pp. 291-308 de su artículo titulado «Itio in Partes».) Los logros del Congreso son analizados más extensamente en las pp. 309-313, *infra*.

51. Citado por Seaton, *Literary relations of England and Scandinavia*, p. 81. Considérense también los sentimientos de sir Edward Peyton, *The Divine Catas-*

objetivos estaban bastante claros: todavía luchaban por conseguir «satisfacción» (en forma de algunos territorios del norte de Alemania), «seguridad» (en forma de una garantía de que ningún poder del Imperio plantearía nuevamente una amenaza a los intereses suecos) y una indemnización. La única diferencia radicaba en la cuantía de esas exigencias. El gobierno sueco no se conformaba ya solamente con Pomerania, sino que pedía, además, algunos territorios de Mecklemburgo y los obispados secularizados de Bremen y Verden. Abandonada ya la Liga Heilbronn, los suecos aspiraban ahora a «atomizar» el Imperio para crear un equilibrio de poder permanente entre los diferentes credos y príncipes. En lugar de una modesta indemnización en efectivo a la que se podía renunciar a cambio de Pomerania, el enviado de las tropas suecas, coronel Erskine, exigió en el verano de 1647 30 millones de táleros.

Naturalmente, estas peticiones encontraron una encendida oposición en el congreso de paz, aunque Suecia las planteó amparada por una abrumadora fuerza militar. La cuestión de Pomerania fue especialmente espinosa. Para el gobierno de Estocolmo era imperativo mantener sus adquisiciones en el Báltico, particularmente Stralsund y Wismar, porque, como señaló un consejero real en febrero de 1647: «Estos dos puertos constituyen no sólo la puerta de entrada a Alemania, sino también los lugares donde pueden ser preparadas las flotas reales y, en consecuencia, de donde puede proceder el peligro para la corona de Suecia».[52] Pero Suecia no tenía derecho a Pomerania: Federico Guillermo de Brandemburgo era, sin duda, el sucesor legítimo del último duque nativo, que murió en 1637 (véanse pp. 201-202, *supra*). Cuando en 1643, en el curso de la guerra que enfrentó a Suecia con Dinamarca, el elector se abstuvo de prestar ayuda a Cristián IV, lo hizo con la esperanza de conseguir la buena disposición de los suecos y algunas concesiones. Al año siguiente fue recompensado con la evacuación sueca de Frankfurt del Oder, pero los suecos no se retiraron de Pomerania. En consecuencia, Federico Guillermo comenzó una ofensiva diplomática para convencer a las cortes de Europa de la necesidad

---

trophe, or the rise, reign and ruine of the house of Stuarts, Londres, 1652: «Dios hizo surgir a Gustavo Adolfo para inclinar la balanza del lado de los príncipes unidos; sin embargo, en conclusión, los suecos han buscado más su propio interés que el de Dios».

52. Sten Bielke al consejo, 9 de febrero de 1647, citado por Odhner, *Die Politik Schwedens*, p. 4 n.

de que se le restituyera Pomerania. En 1646 se trasladó a Cleves para estar más cerca de las conversaciones de paz y fue su constante ofensiva diplomática en la conferencia lo que elevó a Brandemburgo desde su habitual oscuridad a la posición de potencia de primer orden. Consiguió, sobre todo, el apoyo del cardenal Mazarino, que temía que Suecia pudiera ocupar en el norte de Alemania una posición tan dominante como la que había gozado el emperador en 1627-1629. En consecuencia, Francia inició la política —que mantendría durante largo tiempo— de fortalecer el poder de Brandemburgo como contrapeso de Suecia.[53] Finalmente, en febrero de 1647, y alarmada por el apoyo exterior de que gozaba Brandemburgo, Suecia decidió dividir Pomerania, conservando tan sólo la parte occidental, con sus puertos estratégicos, y cediendo el resto a Federico Guillermo (que vio además reconocidos sus derechos sobre los obispados secularizados de Halberstadt y Magdeburgo y sobre los ducados de Mark y Cleves). Poco después se concluyó un acuerdo con Dinamarca, por el cual Bremen y Verden pasaban a poder de Suecia.

Conseguida, pues, de forma tan importante la «satisfacción», la «seguridad» era menos importante. Era también más difícil. Los negociadores imperiales, encabezados por el conde Trauttmannsdorf en 1645-1647 y por el doctor Isaac Volmar desde esa fecha, intentaron enfrentar a Francia con Suecia y movilizar un patriotismo residual alemán contra ambas potencias. Así, aunque Suecia presionó para que se concediera tolerancia religiosa a los protestantes que vivían en las provincias de los Habsburgo, los plenipotenciarios imperiales se aliaron con Francia para impedirlo. Asimismo, conspiraron para impedir que Francia y Suecia alcanzaran un papel preponderante en el Imperio. Tal como informó el conde Salvius con exasperación a finales de 1646: «Muchos empiezan a considerar que el poder de Suecia es peligroso para el "equilibrio de poder" [*Gleichgewicht*]. Su primera norma política es que la seguridad de todos depende del equilibrio de los individuos. Cuando uno comienza a ser poderoso ... los otros se sitúan, mediante uniones o alianzas, en la balanza opuesta para mantener el

53. Este importante aspecto de la política francesa en Alemania durante los años 1640 ha sido minusvalorado por Dickmann, *Der Westfälische Frieden*. La mayor parte de los otros estudios alemanes —menos extensos— de esta fase de la guerra tienden también a limitar el papel de Mazarino. Véanse los útiles comentarios de D. McKay y H. M. Scott, *The Rise of the Great Powers, 1648-1815*, Londres, 1983, pp. 4-5.

equilibrio». Pero esa idea no era nueva. Ya en 1632 la curia papal había advertido a sus diplomáticos en el extranjero que «el interés de la Iglesia de Roma» se preservaba mejor con un equilibrio de poder que con la victoria de un Estado concreto. Y ese mismo principio había sido invocado muchas veces por Suecia: en 1633 el canciller Oxenstierna le dijo a un dignatario extranjero que la principal razón de la intervención sueca en Alemania era «preservar el *aequilibrium* en toda Europa».[54] Ahora se veía obligado a actuar de acuerdo con sus propias normas. Era el principio de un nuevo orden en Europa —de un equilibrio internacional de poder con centro en Alemania— y Suecia se vería obligada a respetarlo.

Las exigencias territoriales de Francia eran más modestas. Mazarino intentaba que se reconocieran las conquistas que había hecho en Renania —una serie de cabezas de puente en la orilla oriental del río y la jurisdicción sobre la mayor parte de Alsacia— y la legalización del control de Francia sobre los tres obispados de Lorena adquiridos en 1552. Los consejeros del emperador se mostraron muy renuentes a aceptar siquiera esas peticiones, ya que Alsacia era una de las provincias patrimoniales más antiguas de la familia Habsburgo (hecho que el plenipotenciario de Fernando en Münster, Isaac Volmar, que había sido anteriormente canciller de Alsacia, recordaba constantemente al emperador). Pero en septiembre de 1646 Alsacia fue abandonada a cambio de un pago en efectivo de 1,2 millones de táleros y se concluyó una paz preliminar entre Francia y el emperador.

Sin embargo, la guerra continuó durante dos años más después de este acuerdo. ¿Por qué? Una de las razones era la política de Maximiliano de Baviera. En 1646, el Alto Mando sueco decidió concentrar sus esfuerzos contra Baviera en lugar de Austria durante la siguiente campaña. En los primeros meses del año, el principal cuerpo de ejército se retiró hacia el oeste y, en agosto, se abandonaron Krems y los demás bastiones suecos en la Baja Austria. Pero los Habsburgo no pudieron contraatacar. Aunque consiguieron reunir un ejército de 40.000 hombres, que marchó hasta Hesse-Kassel, en ningún modo podían plantear problemas al «Hauptarmee» de 34.000 veteranos, comandado conjuntamente por Turena y Karl Gustav Wrangel. Aunque no hubo una batalla campal, el ejército de los Habsburgo fue rechaza-

54. Citas de Odhner, *op. cit.*, 163 n.; Aldea, *España, el Papado y el Imperio*, pp. 78-80; y Müller, *Der schwedische Staat in Mainz*, p. 19, n. 66.

do hacia Bohemia, mientras que Baviera y Renania eran saqueadas sistemáticamente durante el invierno de 1646-1647. No puede sorprender que el 14 de marzo de 1647 los desesperados electores de Baviera y Colonia, junto con alguno de sus aliados, firmaran un alto el fuego en Ulm con los representantes de Francia, Suecia y Hesse-Kassel. Maguncia hizo lo mismo en mayo. Se acordó que las tropas anti-imperialistas ocuparían tres ciudades estratégicas en el electorado de Maximiliano y que los electores católicos no seguirían luchando al lado del emperador, sino que discutirían los términos para una paz por separado. Mientras tanto, Wrangel regresó con sus fuerzas a Austria, invadiendo esta vez el Vorarlberg, conquistando Bregenz y saqueando el territorio circundante.

En ese momento, eran muchos (como los campesinos cuyos comentarios citábamos al comienzo de esta acción) los que creían que la guerra había terminado. Y ello podía haber sido cierto, a no ser por la decisión de Mazarino de plantear nuevas exigencias. Sus negociadores en Münster trataron de conseguir para Luis XIV el *status* de príncipe del Imperio (con representación en la Dieta), una indemnización de guerra y una solución de la cuestión del Palatinado que era inaceptable para Baviera. Maximiliano concluyó que «la corona francesa no desea conseguir una paz que restaure la libertad, sino más bien oprimir a Alemania con una nueva forma de imperialismo» y en septiembre de 1647 renovó su antigua alianza con el emperador. Fue ésta una decisión temeraria, pues desde que perdiera sus mejores hombres en Allerheim (véanse pp. 253-254, *supra*), el ejército de Maximiliano no era enemigo para los franceses. Rápidamente se enviaron refuerzos imperiales (reunidos gracias a los esfuerzos de Ernest von Traun, el hábil intendente general de Fernando III) a Baviera, pero no sirvieron de nada. El 17 de mayo de 1648, el último ejército que había de luchar por el emperador en la guerra fue derrotado en la batalla de Zusmarshausen. Maximiliano huyó hacia Salzburgo.[55] Sin duda, Mazarino pretendía explotar esta victoria, también, para conseguir nuevas ventajas, pero se lo impidió el estallido de una grave rebelión en Francia ese

55. Véase Heinisch, *Salzburg im dreissigjährigen Krieg*, pp. 195-196; sobre la última campaña imperial de la guerra, véase Hoyos, «Ernst von Traun», parte II. Para la política de Colonia en esta época, véase J. F. Foerster, *Kurfürst Ferdinand von Köln. Die Politik seiner Stifter in den Jahren 1634-1650*, Münster, 1976: *Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neuren Geschichte*, VI.

mismo mes. En principio, la revuelta (conocida como la Fronda) se limitó a París, donde los funcionarios se declararon en huelga, pero el ejemplo de la desobediencia cundió rápidamente en las provincias, privando al gobierno de todos los ingresos por impuestos. A mediados de agosto, el cardenal estaba convencido de «nuestra necesidad de firmar la paz a la primera oportunidad» y dio instrucciones a sus delegados en Münster de que alcanzaran un acuerdo lo más rápidamente posible, pues «es casi un milagro que, a pesar de tantos obstáculos, consigamos que avancen todos nuestros asuntos, e incluso que prosperen, pero la prudencia dicta que no situemos toda nuestra confianza en la continuación de este milagro durante mucho tiempo».[56]

También Suecia estaba ansiosa por alcanzar un acuerdo. En el verano de 1648 quedaba realmente tan sólo una cuestión importante sin resolver —la cuantía de la indemnización que debería cobrar el ejército sueco— y en junio de 1648, después de prolongadas discusiones, la delegación sueca acordó aceptar como indemnización definitiva 5 millones de táleros (1,8 millones en efectivo, 1,2 millones como asignaciones y los 2 millones restantes en el plazo de dos años). Este acuerdo abrió la vía hacia «una paz preliminar» entre Suecia y el emperador, similar al acuerdo de 1646 con Francia, y fue firmada en Osnabrück el 6 de agosto. Sin embargo, la lucha continuó y una vez más los suecos invadieron Bohemia, sitiando Praga. Los luteranos residentes en la zona se agolparon para escuchar a los capellanes del ejército y los suecos hicieron un esfuerzo final para asegurar la tolerancia para su correligionarios en Bohemia. Sin embargo, no consiguieron su objetivo al no obtener apoyo de Francia en este punto: aunque los protestantes de Silesia obtuvieron garantías para su fe en la paz de Westfalia, Fernando III se mantuvo firme sobre la situación en los demás lugares. No se restituirían las propiedades confiscadas y no habría tolerancia para los no católicos.[57] Pero el emperador no pudo

56. A. Chéruel, ed., *Lettres du Cardinal de Mazarin*, III, París, 1883, pp. 173-181; Mazarino a Servien, 14 de agosto de 1648.

57. Chesler, «Crown, lords and God», pp. 209-210; Evans, *Habsburg Monarchy*, p. 76. La incertidumbre respecto al destino del nuevo orden en Bohemia se mantuvo al menos hasta el final de la guerra. Todavía en 1645, la condesa Cernin (una de las *arrivistes*) escribió: «La suerte no está echada todavía, y ¿quién sabe quién se beneficiará de lo que poseemos?». (Citado por O. Odlozhilik, «The nobility of Bohemia, 1620-1740», *East European Quarterly*, VII (1973), pp. 15-30, en p. 19.) Véase también el estudio de R. J. W. Evans, «The significance of the White Mountain for the culture of the Czech lands», *Bulletin of*

resistir la presión de Francia en otra cuestión: pese al estallido de la Fronda, Mazarino estaba totalmente decidido a seguir luchando hasta que los Habsburgo austriacos acordaran retirar su apoyo a España.

Era indudable que Felipe IV necesitaba más que nunca la ayuda imperial. En Cataluña y Portugal no se había podido sofocar la rebelión, como consecuencia del apoyo francés. Por otra parte, en 1647 estalló una gran rebelión en la ciudad de Nápoles que consiguió el respaldo de una parte importante de la aristocracia y la promesa de ayuda francesa; poco después, hubo también levantamientos en ciudades de Sicilia y de Andalucía, y toda España se vio afectada por una virulenta epidemia de peste. Algunos miembros del Consejo Real eran partidarios de una paz inmediata con Francia, pero eran más numerosos los que preferían llegar a un acuerdo con Holanda. Esta tendencia estaba encabezada por don Gaspar de Bracamonte, conde de Peñaranda, principal plenipotenciario de Felipe IV en Münster. En cuanto llegó a esa ciudad la delegación holandesa, en enero de 1646, Peñaranda comenzó a ofrecer concesiones. Inmediatamente puso de manifiesto el deseo de España de reconocer la soberanía y la independencia de Holanda. Luego, en el mes de mayo, aceptó el cierre permanente del río Scheldt al tráfico, excepto bajo licencia holandesa, la cesión de extensos territorios en el norte de Brabante (el Meierij de 's Hertogenbosch) y la imposición de derechos aduaneros por Holanda en los puertos de Flandes. El único punto importante sobre el cual no se había llegado todavía a un acuerdo era el comercio ultramarino. Los delegados holandeses, presionados por la Compañía de las Indias Orientales y por la Compañía de las Indias Occidentales deseaban conseguir libertad total de comercio en cualquier parte del mundo ibérico. España no podía conceder esto y las negociaciones se interrumpieron durante algún tiempo. Pero en diciembre de 1646, Felipe IV admitió reconocer todas las conquistas holandesas en territorios de la corona de Portugal, a cambio del compromiso de que los barcos de la República se mantuvieran apartados de la América española. En enero de 1647 se alcanzó un acuerdo provisional entre los negociadores que fue ratificado, pese a los esfuerzos de Mazarino por impedirlo, en enero de 1648. La «revuelta holandesa» había terminado por fin.[58]

---

the Institute of Historical Research, XLIV (1971), pp. 34-54, en p. 44 (artículo de suma importancia).

58. Sin embargo, la lucha continuó en ultramar, sobre todo en Asia, durante

España tenía ahora las manos libres para dirigir el ejército de Flandes únicamente contra Francia y en los primeros meses de 1648 consiguió algunas pequeñas ventajas. Pero Mazarino aprovechó la derrota de Baviera en Zusmarshausen para trasladar al frente septentrional un gran destacamento de tropas del sur de Alemania. Con su ayuda, los franceses infligieron una aplastante derrota en Lens al ejército español, bajo el mando personal del hermano del emperador, Leopoldo Guillermo, que perdió todo su bajage junto con 8.000 hombres y 30 cañones. Fue éste un momento terrible para Fernando III. Por una parte, deseaba ardientemente ayudar a su hermano y, por otra, no podía dejar de considerar la precaria situación de Bohemia. Ya el 26 de julio la «ciudad nueva», suburbio de Praga donde se hallaba ubicado el palacio Hradschin, había sido capturada por los suecos. El emperador corría el riesgo de perder todo el reino, si no se apresuraba a firmar la paz. A finales de septiembre, bajo la incesante presión militar de sus enemigos y la desesperada urgencia diplomática de sus amigos, Fernando se hundió: simplemente no podía seguir luchando por España.[59] Los lazos entre España y Austria, que tanto habían desestabilizado la política europea desde el acceso al trono de Carlos V, se vieron fatalmente debilitados. Ya que no había otro obstáculo para la paz, los últimos acuerdos para poner fin a la guerra —128 cláusulas que incluían todas las decisiones tomadas en los acuerdos preliminares— fueron definitivamente firmados en Münster el 24 de octubre de 1648.

La atención se centró ahora en el cumplimiento de las numerosas provisiones del tratado, comenzando con las cuestiones eclesiásticas. En Württemberg, donde 30 conventos habían sido recatolizados en 1630 en cumplimiento del Edicto de Restitución, y nuevamente después de la batalla de Nördlingen, los protestantes pudieron regresar en el invierno de 1648-1649. En abril de 1649, las ciudades imperia-

---

algún tiempo. Israel, *Dutch Republic*, p. 336, señala que «la última batalla de la Guerra de los Ochenta Años se libró en Ternate el 18 de julio de 1649, más de un año después de la ratificación del tratado de Münster, pero antes de la publicación oficial de la noticia en determinadas zonas de Oriente».

59. Odhner, *Die Politik Schwedens*, p. 238, menciona la queja de los plenipotenciarios suecos, en enero de 1648, de que «la causa de España» era «el principio que guiaba al emperador en sus negociaciones en Alemania». Ruppert, *Die kaiserliche Politik*, pp. 350-358, menciona la angustia que embargaba al emperador por tener que firmar la paz sin España.

les a las que se había ordenado admitir la igualdad de credos religiosos obedecieron la cláusula del tratado: incluso Augsburgo, cuyo representante (Leuchselring) había sido un destacado extremista católico en Münster, se vio obligado a admitir 14 pastores que se apresuraron a organizar una jerarquía eclesiástica protestante junto a la católica.[60] Simultáneamente, se restituyeron los territorios a quienes los habían perdido por aliarse con Suecia o Francia (pero no por declararse en rebeldía). Se decretó la amnistía general y el elector palatino recuperó un puesto en el colegio electoral. Poco después, los diplomáticos prepararon sus equipajes, intercambiando presentes de despedida (los relicarios fueron el regalo favorito entre los plenipotenciarios católicos) y escribiendo sus últimas cartas. El coste total de sus cinco años de actividad fue de aproximadamente 3,2 millones de táleros: 500.000 en el caso de Francia, y otro tanto en el de España, unos 250.000 en el caso del emperador, Suecia y Holanda, una media de 60.000 por cada elector, etc. Esas sumas eran importantes y en parte fueron sufragadas por los diferentes territorios soberanos del Imperio. Pero en la mayoría de los casos, eso no era nada comparado con el coste de la desmovilización.[61]

Muchos de los delegados de Westfalia no tardaron en reunirse de nuevo en Nuremberg, donde se inauguró una nueva conferencia para supervisar los pagos a los diferentes ejércitos que habían luchado en la guerra. En primer lugar, se resolvió el problema de las formaciones más pequeñas. Por ejemplo, a finales de 1648 se entregaron tres meses de soldada a las tropas reclutadas por príncipes católicos (las llamadas unidades *mediatarmee,* como el ejército de Westfalia del elector Fernando de Colonia), mientras que los miembros del Círculo bávaro se hicieron responsables del pago de los atrasos al ejército de Baviera (por ejemplo, al arzobispado de Salzburgo se le requirió el pago de

60. Philippe, *Württemberg, passim;* y *Welt im Umbruch. Augsburg zwischen Renaissance und Barock*, I, Augsburgo, 1980, pp. 409 ss. En 1645, la población de Augsburgo, que antes de la guerra era de 33.000 habitantes, era de sólo 21.000: 14.000 luteranos, 6.000 católicos y 1.000 soldados.

61. Véanse detalles en Bosbach, *Kosten*, pp. 224 ss. El autor señala que, en algunos territorios, el coste de la conferencia igualaba, e incluso superaba, el de la «satisfacción de la soldadesca». Así, Brandemburgo tuvo que encontrar 134.522 táleros para los diplomáticos y 162.692 para el ejército sueco, mientras que la ciudad imperial de Bremen tuvo que pagar 88.413 para los primeros y sólo 28.480 para el segundo. Pero en la mayor parte de las zonas, las proporciones eran las contrarias.

240.000 táleros).[62] Luego, en enero de 1649, todas las guarniciones imperiales se retiraron de Baviera. Pero las dificultades fueron mayores en el caso de los ejércitos más importantes. En agosto de 1649, cuando se ordenó la salida de Lindau de los 500 soldados imperiales, estalló un motín que se prolongó durante dos meses. También en el ejército francés reinaba el desasosiego. El estallido de la Fronda interrumpió el aflujo de dinero a las tropas de Alsacia y ni siquiera el experimentado Erlach pudo impedir los desmanes de sus hombres.

Sólo a los suecos que ocupaban la zona más extensa de Alemania y que habían recibido el primer plazo de los 5 millones de táleros de indemnización parecieron no afectarles los retrasos en la desmovilización. Pero sus fuerzas todavía cobraban la soldada —casi un millón de táleros al mes— y en consecuencia se acumularon nuevos atrasos mientras esperaban en sus guarniciones. En el otoño de 1649, los comandantes suecos amenazaron con reiniciar las hostilidades si no se acordaba un programa adecuado de desmovilización. Pero el 26 de junio de 1650, en medio de fuegos artificiales y el regocijo general, los delegados suecos (dirigidos por el príncipe Carlos Gustavo) y los imperiales (encabezados por el infatigable Ernest von Traun, uno de los héroes anónimos de la guerra) firmaron un acuerdo para la retirada gradual, en días señalados, de todas las tropas de las zonas de Alemania que no habían sido cedidas a Francia, a Suecia o al emperador (véanse láminas 20 y 21).

La operación se prolongó durante mucho tiempo. El congreso de Nuremberg no se clausuró hasta julio de 1651; una guarnición española permaneció en Frankenthal, en el Palatinado, hasta 1653 (cuando el emperador ofreció a Felipe IV la ciudad imperial de Besançon como compensación) y las últimas tropas suecas no se retiraron al Báltico hasta 1654. Por otra parte, en la desmovilización se vulneraron algunos acuerdos de la paz de Westfalia, especialmente por parte del emperador. Aunque sus tropas se retiraron prontamente de Alsacia (cedida a Francia), de la Alta y Baja Lusacia (concedidas a Sajonia) y de dos ducados de Silesia (ofrecidos a la corona polaca como garantía por las deudas contraídas por Fernando III), se enviaron algunos regi-

62. Heinisch, *Salzburg im dreissigjährigen Krieg*, pp. 169 ss. Todo lo que el arzobispo Lodron y sus vasallos consiguieron a cambio de su dinero fue que las tropas no se alojaran allí. Las cargas fueron igualmente elevadas en el resto del Imperio: véase G. Buchstab, «Die Freie Reichsstadt Köln und die schwedische Armeesatisfaktion», en Repgen, ed., *Forschungen und Quellen*, pp. 149-162.

mientos —contraviniendo claramente las cláusulas III y IV del acuerdo de Westfalia— a luchar a favor de España en los Países Bajos del Sur y en el norte de Italia. Sin embargo, la mayor parte del ejército imperial, unos 25.000 hombres, permanecieron al servicio de Fernando. Algunos ingresaron en guarniciones de las provincias patrimoniales, pero la mayoría fueron trasladados a la frontera con Hungría, que había sido peligrosamente descuidada durante los últimos años de la guerra. Según observaba el gobierno, los veteranos formaban «el núcleo de un buen ejército permanente» comandado por generales experimentados como Ottavio Piccolomini (que había luchado en la guerra desde 1618) y Raimondo Montecuccoli (comandante desde la batalla de Lützen) y posteriormente demostraron su valía ante los franceses, los polacos, los turcos y cualquier otro enemigo de su príncipe. Los regimientos conservados en 1648, algunos de ellos con una historia colectiva de treinta años, continuaron luchando por los Habsburgo hasta el hundimiento final del ejército austro-húngaro en 1918.[63] Al igual que «la Madre Coraje» de Grimmelshausen, muchos de los que habían luchado en la guerra no conocían otra vida y no deseaban abandonar el ejército. Para ellos, los acuerdos de Westfalia y Nuremberg fueron tan sólo la transición de un capítulo a otro, y no el final de la historia. Pero para el resto de la humanidad, señalaron el final de la guerra. Tal como escribió el poeta de Nuremberg, Johann Vogel:

> Algo en lo que nunca creíste
> ha ocurrido. ¿Qué?
> ¿Pasará el camello por el ojo de la aguja
> ahora que la paz ha regresado a Alemania?[64]

63. Sobre la desmovilización sueca, véase el admirable estudio de T. Lorentzen, *Die schwedische Armee im Dreissigjährigen Kriege und ihre Abdankung*, Leipzig, 1894, caps. 6, 7. Datos más recientes aparecen en G. Buchstab, *Reichsstädte, Städtekurie und westfälischer Friedenskongress*, Münster, 1976: *Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte*, V, pp. 170-177. Sobre la desmovilización de las fuerzas imperialistas, véase la parte III de Hoyos, «Ernst von Traun» (que ha sido publicada en *Der dreissigjährige Krieg*, pp. 169-232); y Elster, *Die Piccolomini Regimenter*, pp. 104 ss.

64. Citado en Glaser, ed., *Wittelsbach und Bayern*, II/2, p. 483. En las páginas 483-490 de este magnífico catálogo se describen e ilustran objetos fabricados para celebrar el comienzo de la paz.

Capítulo VI

LA GUERRA EN EL MITO, LA LEYENDA Y LA HISTORIA

El poeta escocés del siglo XV, Gavin Douglas, concluía su traducción de la *Eneida* con un audible suspiro de alivio: «Aquí termina la larga, tremenda obra». Pero, por desgracia, la historia, a diferencia de la literatura, no tiene un término obvio. El significado de la Guerra de los Treinta Años ha sido motivo de enfrentamiento para historiadores y políticos desde que concluyera y la polémica ha sido especialmente virulenta en torno a tres aspectos: uno militar, otro económico y el tercero, político. Respecto al primero, se han escrito, inevitablemente, las tradicionales historias militares, con un punto de vista nacionalista, que exaltan a los líderes heroicos y a las tropas infatigables de cada ejército. Pero, frente a éstas, algunos autores (comenzando por determinados testigos presenciales como Grimmelshausen y Moscherosch) han presentado a los soldados que lucharon en la guerra como los guerreros más brutales y carentes de principios que se hayan visto nunca en Europa, dirigidos por oficiales tan ineficaces como corruptos. De igual forma, el impacto social y económico de la guerra ha sido evaluado en formas radicalmente distintas. Algunos han afirmado que la guerra hundió una economía próspera y causó una devastación inigualable, mientras que otros afirman que los treinta años de conflicto no tuvieron consecuencias económicas negativas. Finalmente, tampoco hay mucha coincidencia a la hora de evaluar los objetivos políticos y los logros de los estadistas implicados en la guerra. La mayor parte de los analistas no alemanes otorgan poderes casi divinos de presciencia y prudencia a políticos como Oxenstierna y Richelieu, pero desdeñan a sus aliados alemanes por incompetentes, egoístas y hom-

bres sin principios. Por lo general, los investigadores alemanes presentan la imagen opuesta. Es lamentable que después de trescientos años de discusión no sea posible ofrecer todavía un veredicto definitivo sobre cualquiera de estos tres aspectos fundamentales. Sin embargo, los historiadores han de trabajar ahora con una documentación más completa que nunca. Ello justifica, por tanto, que examinemos de nuevo cada una de esas controversias.

I. El soldado universal

En el momento en que se firmó la paz de Westfalia, las fuerzas de los enemigos de Fernando III en el Imperio —Francia, Hesse-Kassel y, sobre todo, Suecia— sumaban posiblemente unos 140.000 hombres. Las de los imperialistas y los escasos aliados que todavía tenían eran considerablemente menores, aunque formaban aún un ejército importante: tal vez unos 70.000 en conjunto. En la actualidad, estas concentraciones de hombres en armas en Europa nos parecen insignificantes, pero en el siglo XVII no tenían precedentes.

¿Quiénes eran estos hombres que ganaban su sustento dando muerte a otros? Los testimonios con los que contamos al respecto son exiguos, asistemáticos e insuficientemente estudiados como para permitir generalizaciones.[1] En primer lugar, no sabemos cuál era el aspecto de los soldados, pues incluso la indumentaria de las tropas que lucharon en la Guerra de los Treinta Años ha sido objeto de debate. A juzgar por las representaciones artísticas del período y por la indumen-

1. Naturalmente, hay excepciones, siendo la más notable la del Krigsarkiv en Estocolmo. Además, es posible que aparezcan importantes archivos militares en los lugares más insospechados. Por ejemplo, los detallados archivos de la guardia de corps de Wallenstein (el regimiento de infantería del conde Julius de Hardegg) se conservan en el Niederösterreichische Landesarchiv, Viena, Herrschaft Stetteldorf, Kartons 1-6. Véase el excelente artículo basado en ellos: F. Hausmann, «Das Regiment hochdeutscher Knechte des Grafen Julius von Hardegg, seine Geschichte, Fahnen und Uniform», en *Der dreissigjährige Krieg*, pp. 79-167. Es ésta la única historia que conozco de un regimiento que luchó en la guerra. Los documentos Piccolomini, que antes estaban en el castillo de Náchod y ahora en el Archivo del Estado de Zámrsk, permitió a Otto Elster preparar en 1903 un breve pero interesante estudio de los regimientos reclutados por Ottavio Piccolomini entre 1629 y 1650 (véase Elster, *Die Piccolomini Regimenter*). Sería interesante utilizar estos archivos de forma más sistemática.

taria militar conservada en algunos museos, parece que (al menos en las primeras fases de la guerra) los soldados vestían a menudo la ropa que querían.[2] Pero en algunos momentos se intentó estandarizar la vestimenta y crear «uniformes». Así, cuando el duque de Neoburgo creó una milicia en 1605, todos los hombres tenían que estar equipados con «una ropa militar similar». Los guardias de la ciudad de Nuremberg, reclutados en 1619, vestían todos de la misma forma y los dos nuevos regimientos del duque de Brunswick-Wolfenbüttel de ese mismo año vestían de azul. Poco después, tanto Mansfeld como Gustavo Adolfo comandaron regimientos que se conocían por sus colores («los rojos» o «los azules»), pero, al parecer, esto se refería tan sólo a los estandartes del regimiento en el que luchaban. Los colores de los estandartes militares de la Guerra de los Treinta Años, en su mayor parte piezas de 2 m^2 (con una terminación en punta para la caballería), suscitaban la mayor devoción, por cuanto eran el único símbolo colectivo común que poseía la compañía o el regimiento. En los relatos contemporáneos se evaluaba la victoria o la derrota según el número de banderas que se ganaban o se perdían. Ciertamente, en muchas acciones de guerra, ésa era la única medida tangible del éxito o el fracaso.[3]

En su *Compendio de la Guerra*, publicado en 1651, Hans Conrad Lavater de Zurich aconsejaba a los futuros soldados que llevaran ropas *juiciosas*: zapatos fuertes, pantalones y calcetines, dos camisas gruesas (o más; Gustavo Adolfo llevaba tres en la batalla de Lützen), un abrigo de piel que se protegía de la lluvia con una capa y un amplio sombrero de fieltro. Lavater advertía que las prendas debían ser amplias para que dieran más calor, pero no debían tener pelo y pocas costuras (para impedir que anidaran los parásitos). Pero en el momento en que escribía Lavater había ya mucha menos oportunidad para las soluciones individuales. En 1647, el secretario de Estado francés

2. Sobre los uniformes, véase Hausmann, *art. cit.*, pp. 129-135. En varios museos de Europa, especialmente en la «Sala de la Guerra de los Treinta Años» del Heeresgeschichtliches Museum en Viena y del Armémuseum de Estocolmo, se exhiben trajes militares reconstruidos de ese período.

3. Existe una estupenda colección de estandartes de la Guerra de los Treinta Años capturados a las tropas imperiales y de la Liga en el Statens Trofé Samlung (una parte del Armémuseum) de Estocolmo. La colección consta de unos 4.000 objetos, prácticamente todos ellos del período 1610-1720, entre los cuales se exhiben 45 estandartes de la Guerra de los Treinta Años.

para la Guerra, Michel Le Tellier, ordenó que se fabricara la ropa para el ejército en tres medidas —la mitad «normal», una cuarta parte «grande» y otra cuarta parte «pequeña»—, pero no dijo nada sobre la calidad o el color.[4] Sin embargo, el ejército imperial había comenzado a utilizar ya los uniformes de color gris perla que fueron adoptados universalmente en el siglo XVIII. Así, en 1645, cuando el conde Gallas encargó a los sastres austriacos que le suministraran 600 uniformes para su regimiento, acompañó el pedido de una muestra del material y el color, gris pálido, que deseaba. También envió muestras de los cuernos para la pólvora y de las cartucheras que debían producir *en masse* los fabricantes locales.[5] La colección de armas y armaduras del siglo XVII que se conserva en el Arsenal de Graz permite concluir que esos artefactos se fabricaban realmente en masa: miles de armas con sus arreos, con un alto grado de uniformización pese a haber sido fabricadas en diferentes talleres, aparecen listas para ser utilizadas de forma inmediata. Ocho mil hombres podían ser equipados en un solo día. En Suecia se creó una fábrica en Vira para fabricar espadas para todo el ejército sueco según un diseño único.

Pero alcanzar un mayor grado de estandarización era algo que quedaba fuera del alcance de la mayor parte de los estados europeos de la época. En primer lugar, no todas las tropas que formaban parte de un ejército pertenecían al mismo señor. En el decenio de 1640, el ejército imperial estaba formado por unidades sajonas, bávaras, españolas y de Westfalia, así como por regimientos austriacos. En segundo lugar, incluso en la misma formación se incluían hombres reclutados en momentos y lugares diferentes. En 1644, un regimiento bávaro del que se han conservado documentos detallados, contaba entre sus filas a hombres de no menos de 16 nacionalidades, siendo los más numerosos los alemanes (534 soldados) y los italianos (217), con grupos más reducidos de polacos, eslovenos, croatas, húngaros, griegos, dálmatas, loreneses, [redacted]eses, che[redacted] escoceses e irlandeses. También había catorce turcos. Incluso aunque todos estos hombres recibieran el mismo uniforme al unirse al regi-

4. H. C. Lavater, *Kriegsbüchlein. Das ist grundtliche Anleitung zum Kriegswesen*, Zurich, 1651, 2.ª ed., 1667, p. 63; André, *Michel le Tellier*, p. 339.

5. El pedido y las muestras de Gallas se exhiben actualmente en una vitrina del Heeresgeschichtliches Museum de Viena. El color gris perla se adoptó para todos los uniformes del ejército austriaco en 1708.

6. Redlich, *Military Enterpriser*, I, p. 456.

miento, las ropas no tardaban en gastarse, siendo sustituidas por otras que los soldados robaban a la población civil, arrancaban a los muertos o compraban en las contadas ocasiones en que nadaban en la abundancia. Al carecer de un uniforme, las tropas de un mismo bando se veían obligadas, por tanto, a adoptar signos distintivos. Por lo general, los soldados de Gustavo Adolfo llevaban una cinta azul con el borde amarillo en torno a sus sombreros y cuando unieron sus fuerzas con las de los sajones, que tenían marcas distintivas diferentes, inmediatamente antes de la batalla de Breitenfeld en 1631, ambos ejércitos decidieron colocar una marca en el sombrero (con frecuencia, una ramita con hojas o un helecho que cogían mientras avanzaban). De igual forma, los soldados de los ejércitos de los Habsburgo —tanto españoles como austriacos —podían ser reconocidos en todas partes por sus distintivos rojos (por lo general, una pluma o una cinta). En mayo de 1632, Wallenstein ordenó que no llevaran distintivos de otro color. Así pues, aunque las ropas de un tono determinado pudieran predominar durante un período en un regimiento concreto, no pasaba mucho tiempo antes de que los soldados se convirtieran en los veteranos raídos y cubiertos de polvo o en los arlequines ataviados con ropas multicolores que aparecen retratados por los artistas militares del período.

Cabe preguntarse cómo es posible que algún hombre se enrolara libremente en el ejército. Lo cierto es que muchos soldados lo eran contra su voluntad. Por ejemplo, las tropas de Suecia y Finlandia se formaban mediante una forma de reclutamiento conocida como *Indelningsverk*, que obligaba a cada comunidad a aportar un determinado número de soldados. La mayor parte de ellos eran campesinos. En los voluminosos (pero apenas estudiados) registros de los ejércitos suecos y finlandeses de Gustavo Adolfo y su hija, la palabra *bönde* (campesino) es la que aparece más veces en las relaciones de alistamiento. Procedían de aldeas como Bygdeaa en el norte de Suecia, que aportó 230 jóvenes para el servicio en Polonia y Alemania entre 1621 y 1639 y vio cómo morían 215 de ellos, mientras otros cinco regresaban tullidos. Así pues, el alistamiento suponía prácticamente una sentencia de muerte y causó un profundo impacto demográfico. El número de varones adultos de la parroquia de Bygdeaa decreció constantemente —de 468 en 1621 a 288 en 1639— y la edad de los alistados disminuyó cada vez más, reclutándose progresivamente a mayor número de adolescentes, que nunca regresaban. También el impacto social fue importante: en un principio, prácticamente sólo se reclutaba a los desocu-

pados, pero al cabo de un tiempo les tocó el turno a los hijos jóvenes de familias más prósperas y, finalmente, también los hijos únicos de los campesinos ricos fueron llamados para morir en Alemania. En algunos lugares pequeños, a finales del decenio de 1630 todos los varones adultos disponibles que figuraban en las listas de reclutamiento, estaban ya en el frente o se hallaban demasiado tullidos para ser llamados a filas. Las pérdidas totales del ejército sueco entre 1621 y 1632 han sido estimadas en 50.000 a 55.000 hombres, pero el número de bajas probablemente se duplicó entre 1633 y el fin de la guerra. Sin duda, la guerra estaba causando en Suecia y en Finlandia una despoblación sin precedentes y, en último extremo, imposible de soportar.[7]

Otros países, renuentes a introducir el sistema de reclutamiento, recurrieron al expediente de condenar a los criminales a prestar el servicio militar o conmutaron las penas de prisión por el servicio en el ejército, ya que pocas veces había voluntarios suficientes. Los ejércitos españoles recibían regularmente el aporte de prisioneros liberados. Igualmente, de los aproximadamente 25.000 escoceces que defendieron la causa protestante en Alemania durante la guerra, muchos eran «hombres sin señor», es decir, desempleados; otros eran delincuentes locales a quienes los magistrados permitían que fueran secuestrados y bastantes de ellos eran proscritos: en 1629, el coronel sir James Spens recibió en su unidad a 47 criminales convictos (entre ellos una mujer) procedentes de las cárceles de Londres.[8]

Sin embargo, la mayor parte de los hombres que lucharon en la Guerra de los Treinta Años —incluso en el ejército sueco— eran voluntarios. Normalmente, gran número de ellos procedían de tres grandes zonas: las montañas, las ciudades y la propia zona de guerra. Los territorios subalpinos de Alemania, Austria y los cantones suizos siempre habían sido zonas con un reclutamiento importante y esa situación no parece haber variado durante todo el siglo XVII. La importancia de

7. Información procedente de J. Lindegren, *Utskrivning och utsugning. Produktion och reproduktion i Bygdeaa 1620-1640*, Upsala, 1980: *Studia Historica Upsaliensia*, CXVII, pp. 256-257, y de otros datos que me proporcionó amablemente el Dr. Lindegren en enero de 1980. También Dinamarca introdujo el reclutamiento en 1627, pero sólo para la defensa: véase Petersen, «Defence, war and finance», p. 33.

8. G. Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659*, Cambridge, 1972, pp. 46-57, sobre el reclutamiento en las prisiones por parte del ejército español; *Calendar of State Papers Domestic 1628-9*, pp. 395, 568, sobre el mismo caso en Inglaterra.

las otras dos zonas —las ciudades y la zona de guerra— se refleja en un estudio pionero de unos 1.500 veteranos reclutados por el ejército francés antes de 1648 y que sobrevivieron para ingresar en los Inválidos de París en los decenios de 1670 y 1680: de los nacidos en Francia, aproximadamente la mitad procedía de las ciudades (en las que vivía tan sólo el 15 por 100 de la población francesa), mientras que la otra mitad provenía de las aldeas del norte y nordeste, próximas a los principales escenarios de la guerra. La edad media de esos hombres en el momento del alistamiento era de 24 años y casi una cuarta parte de ellos se alistaban antes de cumplir los 20.[9]

¿Por qué se decidían a luchar? De entre las razones que impulsaban a muchos voluntarios, la primera era el infortunio de algún tipo. El reclutamiento era siempre más fácil en los años de precios elevados o cuando se producían conflictos políticos o religiosos. Así, en abril de 1633, el ejército de Wallenstein se vio incrementado con numerosos reclutas protestantes procedentes de Austria, a quienes les había impulsado a alistarse la campaña de recatolización desarrollada por el emperador Fernando.[10] Incluso cuando la recesión económica o la persecución religiosa no constituían amenazas directas, el pago de una cantidad en metálico en el momento del alistamiento, la ropa nueva y la promesa de la soldada y el pillaje parecían una alternativa atractiva a la existencia civil, en la que muchas veces era difícil conseguir trabajo y salario, mientras que el riesgo de sufrir pillaje o de caer en la miseria como consecuencia de los impuestos era elevado. Aunque la paga de los soldados no era alta, ¡con frecuencia era más *seguro* integrarse en el ejército en esa Alemania desgarrada por la guerra!

Pero no debemos pensar que los soldados de la Guerra de los Treinta Años eran unos cobardes deterministas económicos. Muchos hombres expusieron con cierto detalle las razones que les habían inducido a alistarse y raramente mencionaban el infortunio. En cambio, resaltaban la emoción y el peligro de las acciones militares, la oportunidad de alcanzar la gloria y el atractivo de pertenecer a un grupo exclusivo (que incluso creaba su propio vocabulario).[11] Sir James Tur-

9. R. Chaboche, «Les soldats français de la guerre de Trente Ans: une tentative d'approche», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XX, 1973, pp. 10-24.

10. H. Jessen, *Der Dreissigjährige Krieg in Augenzeugenberichten*, Munich, 1964², p. 335.

11. Un «Sprachbüchlein» (opúsculo filológico) de nueve páginas, de términos

ner, un escocés que luchó en los ejércitos de Suecia y Dinamarca, escribió que «mi espíritu se vio asaltado por un deseo irrefrenable de convertirme, si no en actor, al menos en espectador de estas guerras». Otros voluntarios, a los que tal vez no movía la curiosidad, se sentían motivados por lazos de amistad o camaradería con sus oficiales. Muchos de los soldados escoceses que llevó consigo el marqués de Hamilton para servir en el ejército de Gustavo Adolfo en 1631 se llamaban de la misma manera que su coronel; varios miembros de la familia Leslie de Aberdeenshire luchaban juntos, y así sucesivamente. En otros casos, era la condición de arrendatarios lo que impulsaba a los hombres a alistarse cuando su señor hacía un llamamiento. Otro escocés al servicio de Suecia, Robert Monro, que escribió la primera historia de un regimiento en lengua inglesa, menciona una serie más completa de motivaciones: admitía como razones el deseo de viajar y de vivir la aventura, así como de vivir una experiencia militar a las órdenes de un jefe ilustre, pero hacía hincapié, sobre todo, en el interés de defender la fe protestante y los derechos y el honor de Isabel Estuardo, hermana de su rey y esposa del «rey de invierno» de Bohemia. En más de un pasaje de *Monro his expedition with the worthy scots regiment called Mackays*, el autor expresa su convicción de que la «causa de Bohemia» era el motivo principal que le impulsaba a luchar y que la fuerte motivación religiosa explicaba por qué «tan pocos de nuestra nación se ven impulsados a servir a estos potentados católicos».[12]

Este alarde de fe era un tanto exagerado. De hecho, hubo escoceses (e ingleses) que lucharon en los ejércitos católicos, especialmente al servicio de Francia; hubo también algunos que, como el capitán Sidnam Poyntz (otro oficial que nos ha dejado un interesante relato de su experiencia), cambiaron de bando más de una vez. Incluso sir James Turner confesó después que «había tragado, sin masticar, en Alemania, una máxima muy peligrosa, que los militares siguen muchas

---

militares, muchos de ellos extraños e improbables, fue incluido en H. M. Moscherosch, *Wunderliche und warhafftige Gesichte Philanders von Sittewald*, 2 vols., Estrasburgo, 1640-1642, «sechsters Gesichte: Soldaten Leben». Véanse también las fuentes indicadas en Langer, *The Thirty Years' War*, p. 100.

12. Monro, *Expedition*, II, pp. 62-63, 75; Dukes, «The Leslie family»; H. L. Rubinstein, *Captain Luckless, James, first duke of Hamilton 1600-1649*, Edimburgo, 1973, pp. 26-37, y I. Grimble, *Chief of Mackay*, Londres, 1965, pp. 81-105.

veces allí, que era que mientras sirvamos a nuestro señor honestamente no importa a qué señor sirvamos».[13] Este comportamiento era especialmente habitual en las tropas luteranas, porque sus líderes políticos, como Juan Jorge de Sajonia, resaltaron durante la mayor parte de la guerra que se debía mantener la lealtad al emperador católico. Los comandantes hacían su propia elección entre las lealtades políticas y religiosas enfrentadas. El general Hans Georg von Arnim, que cambió de bando con mayor frecuencia que otros durante la guerra, lo hizo por su propia conciencia y no por obtener algún beneficio. Probablemente, el número de los que luchaban indiferentemente por cualquier señor no fue mayor que en otras guerras.

La firmeza de convicciones que mostraron oficiales de alta graduación como Turner, Monro y Arnim fue de la mayor importancia durante la Guerra de los Treinta Años por la forma en que se organizaban sus ejércitos. Desde el principio, la debilidad económica de los diversos gobiernos implicados en la guerra era tan grande que no podían reclutar tropas utilizando sus recursos habituales. Fue así como apareció una clase de «empresarios militares», que adelantaban el dinero a los oficiales en nombre del gobierno. Aproximadamente un centenar de este tipo de empresarios actuaron durante la mayor parte de la guerra, número que aumentó hasta 300 en los años de más intensa actividad, entre 1631 y 1634. Durante todo el conflicto, hubo unos 1.500 empresarios militares, que financiaban la movilización de un regimiento o más para uno de los combatientes. Hubo también varios intentos con éxito de formar ejércitos completos por este procedimiento, con un «contratante general» que reclutaba cuerpos de numerosos regimientos para un príncipe empobrecido. Aunque Wallenstein, que organizó en dos ocasiones todo un ejército imperial (en 1625 y 1631-1632), es el ejemplo más destacado de esta forma extrema de delegación militar, hubo otros: el conde Mansfeld, al servicio de Federico V, el marqués de Hamilton al servicio de Suecia y el duque de Sajonia-Weimar al servicio de Francia.

Este sistema de crear ejércitos provocó diversos conflictos de lealtades entre los oficiales jóvenes y la tropa, ya que eran los empresarios, más que los príncipes, los que constituían la principal fuente de

13. Turner, *Memoirs of his own life and times*, p. 14. Es de destacar, por ejemplo, que cinco de los asesinos de Wallenstein eran, al igual que Turner, súbditos de Carlos I: Lesley, Devereux, Geraldine, Gordon y Butler.

dinero y beneficio. La elección entre seguir a un general (o a un coronel) que les alimentaba y les pagaba y a un soberano que no hacía ninguna de las dos cosas, no era fácil. En conjunto, sorprende que hubiera tan pocos casos de traición y que ningún empresario militar organizara una fuerza por su cuenta y riesgo para ofrecerla luego a cambio de un pago en efectivo (como había ocurrido tantas veces durante la Guerra de los Cien Años). Pero algunos navegaban a favor del viento. El ejército que en 1635 formó Bernardo de Sajonia-Weimar para Francia estuvo a punto de cambiar de bando a comienzos de 1639, e incluso después de la muerte de quien lo había creado, a finales de año, los «Bernardinos» o «brigada alemana» (como se conocían esos regimientos) continuaron luchando hasta la paz definitiva como una unidad semiautónoma en el seno del ejército francés, bajo el mando de su oficial superior, el suizo Hans Ludwig von Erlach.

Diferente fue el comportamiento de Wallenstein durante su primer generalato, publicando órdenes de reclutamiento en su propio nombre. Sus motivos eran puramente económicos: dado que el Tesoro imperial no podía pagar los salarios ni financiar el equipamiento, el comandante en jefe se vio obligado a encontrar hombres que pudieran hacerlo, y les encargó esa tarea. Así, los coroneles y generales dieron crédito al gobierno. El propio Wallenstein avanzó más de 6 millones de táleros al emperador entre 1621 y 1628 y sus coroneles prestaron sumas menores a los nuevos oficiales de los regimientos que habían reclutado. Eso exigió la movilización de recursos importantes y no ha de sorprender que algunos empresarios militares se enriquecieran: Bernardo de Sajonia-Weimar, cuya herencia como hijo menor era de escasa entidad, en 1637 calculaba su fortuna personal en 450.000 táleros (aproximadamente una tercera parte en efectivo, otro tanto en letras de cambio y el resto en un banco parisiense); el comandante imperial Henrik Holck, que había llegado como un hombre pobre, regresó a su Dinamarca nativa en 1627 con el dinero suficiente para pagar en efectivo los 50.000 táleros que costaba una propiedad en Funen; el general sueco Königsmarck, que sirvió primero como paje y como soldado raso, murió en 1663 con una fortuna de casi 2 millones de táleros (183.000 en efectivo, 1,14 millones en letras de crédito y 406.000 en tierras).[14]

14. Redlich, *Military Enterpriser*, I, pp. 420-426; K. R. Böhme, *Bremische-Verdische Staatsfinanzen 1645-1676*, Upsala, 1976, p. 34. Los palacios de deter-

Pero, naturalmente, el crédito de esos hombres tampoco era inagotable. No podían seguir pagando a sus hombres por tiempo indefinido. De hecho, lo cierto es que no podían pagar a sus soldados grandes cantidades; e incluso los soldados de Wallenstein aceptaron un salario ligeramente superior al que cobraba el peón de una granja. En resumen, los comandantes del ejército tuvieron que poner en práctica un complicado sistema para obtener dinero, basándose en el modelo de los ejércitos holandés y español que luchaban en los Países Bajos. El ingrediente fundamental era una aportación regular (aunque insuficiente) en efectivo, procedente del Tesoro del Estado. En una famosa carta de enero de 1626, que escribió al comienzo de su primer generalato, Wallenstein informaba al ministro de Finanzas imperial que necesitaba «un par de millones de táleros cada año para sostener esta guerra». El dinero era necesario para conservar el crédito de los empresarios militares, incluyendo al propio general, que habían avanzado grandes sumas a los hombres que se hallaban bajo su mando; no se pagaba directamente a las tropas. Este sistema fue duramente criticado en una novela sobre la guerra: *Las aventuras de Simplicissimus el alemán*. El autor, Hans Jakob Christoph von Grimmelshausen, elaboró una complicada metáfora en la que comparaba la jerarquía del ejército en los días de cobro con una banda de pájaros en un árbol.[15] Los que ocupaban las ramas más altas, afirmaba,

> se sentían sumamente felices cuando un pájaro-comisario volaba sobre sus cabezas y vaciaba sobre el árbol una cesta llena de oro ... pues cogían cuanto podían dejando que cayera muy poco, o nada, en las ramas inferiores, de forma que de cuantos allí se hallaban eran más los que morían de hambre que a consecuencia de los ataques del enemigo.

En realidad, la imagen de Grimmelshausen era un tanto exagera-

---

minados generales, como Wrangel (en Skökloster, al norte de Estocolmo) o Wallenstein (en Praga, Mnichovo Hradichteh y Jichín), son testimonio, todavía hoy, de la riqueza que se podía conseguir por medio de la guerra. Los generales enriquecidos llevaban un ritmo de vida que raras veces se había conocido en el norte de Europa: Marshal de la Gardie se jactaba hacia 1650 de haber introducido el lujo en Suecia.

15. Grimmelshausen, *Simplicissimus*, libro I, cap. XVI, citado por Redlich, *Military Enterpriser*, I, pp. 370-371.

da, porque los pájaros que ocupaban las ramas inferiores —el soldado raso del ejército— recibían importantes ayudas por otros procedimientos. El más importante era el de disponer de alojamiento gratuito: durante mucho tiempo, los soldados vivían en alojamientos más o menos confortables, con una cama, servicio y, tal vez, comida a cargo del dueño de la casa. Los soldados eran afortunados al poder disponer de todo eso porque las tropas no podían sobrevivir en los cuarteles o en un campamento militar, donde tenían que conseguirlo todo por sí mismos. Como escribió en 1642 Michel le Tellier, inspector del ejército francés en Italia: «Dos meses de paga y alojamiento entre los campesinos [en Francia] valen mucho más [para las tropas] que tres meses de paga y un cuartel en Turín».[16] Pero al cabo de un tiempo los recursos locales siempre resultaban insuficientes y era necesario completarlos. Ésa era la razón por la que se introdujeron contribuciones: impuestos que se recaudaban directamente a cada comunidad en las proximidades del ejército, que se pagaban en efectivo o con productos necesarios para las tropas (alimentos, vestido, municiones y transporte). La mecánica exacta de esa transferencia de bienes y servicios se decidía entre los encargados de la administración del regimiento y la compañía y los magistrados locales. En las zonas muy frecuentadas por las tropas, como Franconia, existía un «sistema de alerta» entre las comunidades a lo largo del itinerario previsto del ejército y de esta forma se preparaban por adelantado las provisiones necesarias para los soldados.[17] Cuando las gestiones de los administradores militares y civiles no bastaban para conseguir las vituallas necesarias, a veces se invitaba a intervenir a empresarios de otras zonas no afectadas por la guerra. Algunos generales compraban grandes cantidades de vacas en Suiza o tejidos en Inglaterra; Wallenstein organizó la entrega regular de pan, cerveza, ropas y otros productos necesarios para su ejército en sus grandes propiedades de Bohemia. Como más tarde observaría Le Tellier, «asegurar el sustento del soldado supone asegurar la victoria para el rey». Al finalizar la guerra, la mayor parte de los administra-

16. André, *Michel le Tellier*, p. 64.

17. El «Selbstschutzsysteme» (sistema autodefensivo) es descrito por I. Bog, *Die bäuerliche Wirtschaft im Zeitalter des Dreissigjährigen Krieges. Die Bewegungsvorgänge in der Kriegswirtschaft nach den Quellen des Klosterverwalteramtes Heilsbronn*, Coburgo, 1952, pp. 142-154, y G. Benecke, «Labour relations and peasant society in North-West Germany, c. 1600», *History*, LVIII (1973), pp. 350-359.

dores militares calculaban pagar en especie las dos terceras partes de la paga de sus soldados.

Asimismo, los administradores tenían que organizar el abastecimiento de las pesadas armas que utilizaban los ejércitos a mediados del siglo XVII. La mitad de la infantería necesitaba lanzas de 4 m, cascos y armadura; el resto utilizaba mosquetes con sus soportes de horquilla, sus recipientes para la pólvora y la mecha lenta, y todos los soldados, incluida la caballería, necesitaban pistolas y espadas.[18] Aunque no era necesario que las armas fueran las mismas para todos (de hecho, cada soldado tenía que formar las balas utilizando su propia provisión de plomo), no hay que subestimar la importancia de la tarea de equipar a un ejército de 30.000 hombres. En el asedio de Stralsund en 1628 se dispararon unas 760 balas de cañón (algunas de ellas de 50 kg de peso) contra el Frankentor solamente el día del primer asalto; en el asedio de Kronach (en Franconia) en mayo y junio de 1632 se hicieron 1.260 disparos contra las murallas.[19] Por otra parte, para alimentar a semejante multitud de soldados no bastaban cinco panes y dos peces. La entrega diaria de 1 kg de pan, medio de carne y 2 litros de cerveza (que era la ración que se entregaba a cada soldado, tanto soldado raso como oficial) exigía la fabricación de 300 quintales de pan, el sacrificio de 225 bueyes (o el equivalente) y la elaboración de 60.000 litros de cerveza cada día.[20] Aparte estaban los caballos: la caballería, la artillería, los oficiales y los carros que transportaban el bagaje los utilizaban, con lo que un ejército importante requería unas 20.000 bestias, que consumían 900 quintales de forraje o 160 ha de pasto cada día. Además, los caballos debían ser sustituidos con frecuencia. En la primera batalla de Breitenfeld, 4.000 de los 9.000 caballos resultaron muertos; en la batalla de Lützen, el general Piccolomini

18. En la «Sala de la Guerra de los Treinta Años» del Heeresgeschichtliches Museum de Viena se halla, en una vitrina, la espada, corta y gruesa, de Tilly, *c.* 1610, junto con el estoque largo y delgado de Fernando III, *c.* 1635. Ambas armas ejemplifican el estilo que imperaba en la época en que fueron construidas.

19. Monro, *Expedition*, I, pp. 68-75; M. Pusch, *Der Dreissigjährige Krieg 1618-1648*, Munich, 1978, pp. 112-113.

20. Véase M. van Crevelt, *Supplying War: logistics from Wallenstein to Patton*, Cambridge, 1977, pp. 34 ss., y Kroener, *Les Routes et les Étapes, passim.* Naturalmente, no siempre se entregaban las raciones que estaban previstas. Véanse las quejas de un pobre soldado imperial en el sitio de Münster en 1634, que se lamentaba a su esposa por no haber recibido más que 400 g de pan cada cuatro días: Kuczynski, *Geschichte des Altags des deutschen Volkes*, pp. 100-102.

tuvo que cambiar siete veces de caballo porque habían muerto como consecuencia de los disparos. El gran caballo de Gustavo Adolfo, «Streiff», condujo a la muerte a su dueño en Lützen y murió poco después por las heridas recibidas.[21] Organizar el aprovisionamiento de cantidades tan ingentes de equipo militar planteaba graves problemas logísticos.

Además, ningún ejército moderno estaba formado únicamente por los combatientes y sus caballos. Muchos soldados se veían acompañados por sus esposas o amantes y eran más todavía los que tenían sirvientes o lacayos.[22] Cuando el ejército español de Flandes regresó a los Países Bajos en 1622, tras la conquista del Palatinado, avanzó directamente hacia Bergen-op-Zoom, ciudad sitiada, donde tres pastores calvinistas registraron virtuosamente que «nunca se ha visto tan larga cola en un cuerpo tan pequeño: ... un ejército tan reducido con tantos carros, caballos para transportar el equipaje, jacas, lacayos, mujeres, niños y una chusma mucho más numerosa que el propio ejército». Es muy posible que esa descripción fuera cierta, pues aunque los archivos del ejército de Flandes indican que en las guerras de los Países Bajos el séquito rara vez estaba formado por más del 50 por 100 del total de las tropas, en 1646 dos regimientos bávaros constaban de 480 soldados de infantería, acompañados de 74 sirvientes, 314 mujeres y niños, 3 vivanderos y 160 caballos, y 481 soldados de caballería con 236 sirvientes, 9 vivanderos, 102 mujeres y niños y 912 caballos.[23]

Lo cierto es que este incremento de los componentes del ejército situaba los problemas de la logística militar por encima de los recursos de los gobiernos europeos. Todavía era posible mantener —mediante las aportaciones directas, el crédito, las contribuciones y la intervención de los empresarios militares— un abastecimiento adecuado

21. «Streiff» —así llamado por el coronel Johan Streiff von Lauenstein, que lo vendió al rey en 1631 por 1.000 táleros— resultó herido en Lützen y murió unos meses después, probablemente como consecuencia de las heridas. El animal fue rápidamente despellejado y su piel se envió a Estocolmo, donde se colocó en un marco de madera, situándola luego en el Palacio Real, donde se conserva todavía, en el Livrustkammaren, con la silla y el arnés que su esposa le regaló a Gustavo Adolfo el día de Año Nuevo de 1630.

22. Chaboche, «Les soldats français», pone de relieve que sólo el 46 por 100 de los veteranos de la Guerra de los Treinta Años que más tarde entraron en los Inválidos estaban —o habían estado— casados.

23. C. A. Campan, ed., *Bergues sur le Soom assiégée*, 1622; Bruselas, 1867², p. 247; Redlich, *Military Enterpriser*, I, pp. 521-522.

a los ejércitos reducidos o acuartelados. Así, los 2.000 soldados ingleses y escoceses que pasaron el invierno de 1627-1628 defendiendo el nuevo bastión de Glückstadt de Cristián IV recibieron (y firmaron recibos según los cuales les habían sido entregados) 313.000 kg de pan, 33.000 kg de queso y 36 toneles de mantequilla, 8 toneles de carne de cordero y 7 de buey, 8 toneles de arenques y 9.000 kg de bacon, 37 toneles de sal y 1.674 toneles de cerveza (en su mayor parte, una bebida muy suave conocida como «brebaje del regimiento»). Era ésta una dieta aceptable.[24] Pero muchas veces, el sistema normal de abastecimiento no servía cuando el ejército entraba en batalla o se desplazaba. Era tanto lo que tenían que transportar, que los ejércitos necesitaban imperativamente acceder con facilidad a los ríos navegables, pues sólo los barcos y barcazas podían asegurar el aprovisionamiento de guerra en el siglo XVII. Ninguna localidad podía proporcionar el número suficiente de carros y caballos (aunque un carro grande de cuatro ruedas podía transportar hasta 7 t). Por tanto, cuando las tropas se apartaban del sistema fluvial alemán se encontraban con serias dificultades. Por ejemplo, la noche anterior a la primera batalla de Breitenfeld, los soldados suecos durmieron en el campo en orden de batalla; luego lucharon durante siete u ocho horas, en los últimos momentos en medio de una tormenta de polvo; sin embargo, incluso después de la victoria no recibieron comida ni bebida hasta que llegaron al campamento abandonado de las tropas imperiales, en Leipzig, al día siguiente.

Otras veces, las tropas avanzaban más deprisa que los convoyes de abastecimiento, recorriendo en ocasiones hasta 40 km en un día (en una ocasión, en 1631, para realizar un ataque por sorpresa contra Ochsenfurt, al norte de Wurzburgo, los soldados estuvieron andando toda la noche y recorrieron 32 km en 7 horas). Era en esos casos en que las tropas iban más deprisa que el convoy de abastecimiento, cuando el saqueo, el pillaje y el botín se convertían en un problema importante. Naturalmente, el fuerte siempre sentía la tentación de explotar al débil. Había un dicho durante la guerra según el cual «cada soldado necesita tres campesinos: uno para que le deje su alojamiento, otro para que le dé a su mujer y el tercero para que ocupe su lugar en el infierno». Por lo general, los que iniciaban la conquista del botín en un regimiento eran los mosqueteros, que tenían más movilidad y

24. Cifras tomadas de Fallon, «Scottish mercenaries».

estaban peor pagados que los lanceros. En ocasiones provocaban graves desórdenes. Así, según el coronel Monro, cuando el ejército sueco entró en Baviera en abril de 1632:

> los campesinos que avanzaban se comportaron cruelmente con nuestros soldados (*que salieron para saquear*), cortándoles las narices y orejas, las manos y los pies, arrancándoles los ojos, con muchas otras crueldades que practicaron; siendo justamente respondidos por los soldados, quemando muchas aldeas al avanzar, dejando también muertos a los campesinos, donde fueron hallados.[25]

Pero la mayor parte de las veces, los soldados de Gustavo Adolfo que oprimían a la población civil eran severamente castigados (se les azotaba, se les castigaba con turnos más prolongados de centinela o se les humillaba públicamente). Al menos cinco hombres del regimiento de Monro fueron ejecutados por el pelotón de fusilamiento y varios más fueron condenados a muerte por el juez militar por maltratar a la población civil. En efecto, el ejército no se podía exponer a perder el apoyo de quienes les proporcionaban soldados, guías e información sobre el enemigo, así como comida y alojamiento.

Normalmente, las otras faltas que eran castigadas con la ejecución eran la cobardía, el motín y la deserción. Diecisiete oficiales y soldados fueron decapitados en 1632 por orden de Wallenstein por supuesta cobardía durante la batalla de Lützen (la sentencia fue ejecutada en la misma plaza de Praga donde habían conocido la muerte los líderes bohemios rebeldes once años antes, coincidencia que hizo aún mayor el deshonor de los soldados). Aquellos comandantes que rendían las plazas que les habían sido confiadas antes de que sus superiores lo consideraran necesario también podían ser ejecutados *pour encourager les autres*. Otro tanto ocurría con los desertores (como sucedió en 1634 a algunos soldados del ejército del cardenal-infante, a quienes se les sorprendió cuando regresaban a Lombardía para no tener que luchar en las guerras de Alemania).[26]

25. Monro, *Expedition*, II, p. 122.

26. AGRB, Secretaría de Estado y de Guerra, 34, f. 5v; orden del cardenal-infante, 8 de julio de 1634, de que se pagaran 50 escudos como recompensa a los campesinos que habían hecho prisioneros a nueve desertores que huían por el valle de la Valtelina. En las páginas 195 y 222, *supra*, se citan casos de ejecución por cobardía.

Los motines eran mucho menos habituales, aunque entre los soldados alemanes existía la costumbre de que, cuando no cobraban su soldada o no eran bien tratados, elegían representantes para negociar con sus señores e interrumpían el servicio hasta que se daba satisfacción a sus agravios. En 1633, el ejército sueco —que según el cálculo exacto de Monro había recorrido 4.800 km desde su desembarco en Peenemünde tres años antes— se negó a seguir luchando hasta que se hubieran satisfecho los atrasos. En 1635, repitieron el plante, en esta ocasión secuestrando al canciller Oxenstierna durante varias semanas para negociar desde una posición de fuerza. En 1638, el ejército francés se negó a atravesar el Rin y penetrar en Alemania hasta que hubiera recibido el salario. Pero ésas fueron ocasiones excepcionales. La reacción habitual de las tropas cuando la soldada era insuficiente o las condiciones adversas, era la deserción.

Lamentablemente, los archivos militares de la mayor parte de los ejércitos no registran los índices de deserción.[27] Sin embargo, la comparación del número total de los que abandonaban el ejército en los regimientos franceses que luchaban en el país con los de un regimiento alemán (la guardia de Wallenstein: las tropas del conde Julius de Hardegg de la Alta Austria) y con los de las unidades extranjeras más selectas, pone en evidencia que ese fenómeno era algo más frecuente entre las tropas reclutadas localmente (véase cuadro 6). Esa diferencia se explica casi con toda seguridad por las deserciones, pues las pérdidas de soldados extranjeros por las heridas o por la muerte ocurrida en el servicio activo eran muy elevadas. Por ejemplo, el regimiento escocés de Mackay, que defendía una sección crucial de las murallas de Stralsund durante el asedio de 1628, permaneció de servicio bajo el fuego enemigo durante seis semanas sin interrupción. Les llevaban la comida a los puestos de combate y «no nos molestábamos en abandonar nuestros puestos para el ocio normal ni tampoco para dormir». Incluso el coronel nunca «se quitaba las ropas, excepto cuando tenía que cambiarse de uniforme». Como consecuencia de una situación de riesgo tan prolongada, de los 900 hombres que componían el regimiento, 500 murieron y 300 (entre ellos, Monro) resultaron heridos.

27. Una vez más, la excepción es el «Rullor» del ejército sueco, que se conserva en el Krigsarkiv, en Estocolmo, que menciona las deserciones y otras causas que producían la baja en el ejército. Sin embargo, por lo que yo sé, no se ha estudiado esta fuente hasta la fecha de forma sistemática.

CUADRO

Porcentaje de abandono del ejército

Fecha	4 regimientos ingleses		4 regimientos escoceses			
	Núm.	Pérdidas mensual. %	Hamilton & Meldrum	Hepburn	Spens	Mackay
1627 Jun.	4.913	6				2.000
Oct.	3.764	8				900
1628 Abr.	1.882	13				
May.	1.630					
1629 Agos.			2.219			
1630 Ene.						
Jun.			600			1.000
1631 Mar.				1.402	830	638
May.				837	608	
Sept.				829		
1632 Mar.				1.248		518
Oct.					416	
Dic.				936	350	300
1634 Feb.						
Jun.						
Oct.						
1635 Jun.						
Jul.						
Oct.						
1636 Ene.						
Agos.						

28. Fuentes: *Sveriges Krig*, IV, pp. 124, 387-388, 453; V, pp. 138, 548-549; VI, pp. 423, 483; Fallon, «Scottish mercenaries», pp. 246 ss.; Hausmann, «Das Regiment», p. 166; Kroener, «Truppenstärken», p. 197. Existen también datos sobre las bajas entre las tropas inglesas al servicio de Dinamarca: 5.013 en noviembre de 1626, pero 2.472 para febrero de 1627. La fuerza se incrementó hasta

regimientos seleccionados [28]

Total	Pérdidas mensual. %	3 regimientos suecos Núm.	Pérdidas mensual. %	Regim. alemán guardias Hardegg Núm.	Pérdidas mensual. %	10 reg. franceses de infantería Núm.	Pérdidas mensual. %
	13						
1.900	7						
	2						
		2.577	9	c.1.400	6		
1.300		1.212					
	3	828	4	866			
				1.156	11		
200				654			
						5.571	20
						4.470	
				1.101	9		
				796			
				600	4		

los 4.913 hombres en junio, descendiendo a 4.707 en agosto, 4.412 en septiembre y 3.764 en octubre. En mayo de 1628 había tan sólo 1.400 ingleses y 230 escoceses. Por tanto, las bajas mensuales eran de un 4 por 100. Véase E. A. Beller, «The military expedition of Sir Charles Morgan to Germany, 1627-9», *English Historical Review*, XLIII, 1928, pp. 528-539.

Sin embargo, los escoceses se consideraban afortunados, pues si Stralsund hubiera sido tomada por asalto todos habrían perecido, como ocurrió con las guarniciones de Magdeburgo y de Frankfurt del Oder en 1631, cuyos soldados fueron masacrados en sus puestos de combate después de la derrota. Tras el saqueo de Frankfurt, donde los defensores imperiales perdieron 3.000 hombres y el ejército sueco 800, pasaron seis días antes de que hubieran sido enterrados todos los muertos y «al final, eran arrojados en montones en el interior de grandes pozos, más de 100 en cada tumba».[29]

Por supuesto, había muchas otras causas que provocaban bajas y que nada tenían que ver con la lucha. En el cuartel general de Cristián IV, en Tangermünde, en el Elba, en 1625, «el hedor del campamento le hacía a uno levantar la nariz» (en palabras de un cronista) y al cabo de poco tiempo, las enfermedades habían reducido notablemente las fuerzas danesas. Los soldados imperiales acantonados en Hesse-Darmstadt en el invierno de 1634-1635, después de la victoria de Nördlingen, se vieron obligados a dormir entre 10 y 20 en cada casa. No había pasado mucho tiempo antes de que las enfermedades producidas por el hacinamiento se cobraran su precio.[30] En la brigada escocesa que sirvió en Alemania entre 1626 y 1633, el 10 por 100 de los soldados eran baja por enfermedad en cualquier momento y de vez en cuando las epidemias incrementaban dramáticamente ese porcentaje. Por ejemplo, los escoceses que defendían el curso infe ior del Oder en 1631 perdieron 200 hombres cada semana como consecuencia de la peste y el número de bajas que provocaban el tifus y las otras enfermedades habituales en los ejércitos de los primeros tiempos de la Edad Moderna eran aún mayores.

De cualquier forma, la muerte en el curso de la batalla era siempre la causa que provocaba el mayor número de bajas, al menos entre las unidades extranjeras. Las bajas durante la batalla siempre eran muy elevadas, no importa cuánto tiempo duraba el enfrentamiento, y

29. Monro, *Expedition*, I, pp. 62, 67, 79-80; II, p. 35.

30. W. Zahn, *Die Altmark im Dreissigjährigen Krieg*, p. 16. Tangermünde, que es una de las ciudades del siglo XVII mejor conservadas de Europa central, tuvo que ser totalmente reconstruida después de la guerra. Cuartel general del ejército catorce veces, y saqueada en siete ocasiones, las 623 casas que estaban habitadas antes de la guerra habían quedado reducidas a 228 en 1645 y la tasa de nacimientos en la ciudad se había reducido en un 50 por 100. A propósito de Darmstadt, véase Herrmann, ed., *Aus tiefer Not*, p. 123.

las tropas extranjeras se hallaban siempre en primera línea. Cuando las fuerzas de ambos bandos estaban equilibradas —como ocurrió en Lützen en 1632, en Rocroi en 1643, en Friburgo en 1644 y en Jankov en 1645—, la masacre era realmente terrible. Cuando no existía equilibrio de fuerzas, a la derrota del ejército más reducido seguía la persecución y, tal vez, una matanza aún mayor: muchos soldados fugitivos y, en ocasiones, unidades enteras, resultaban muertos a sangre fría a manos de sus enemigos o de los campesinos locales. Incluso cuando los soldados derrotados conseguían mantenerse unidos, su retirada podía convertirse en una catástrofe. La retirada de Gallas de Borgoña (1636) y Holstein (1642), la de Baner en Torgau (1637) y la de Turena después de la batalla de Tuttlingen (1643), a las que hemos hecho referencia anteriormente, fueron desastres importantes en función del número de soldados que quedaron muertos en las márgenes de los caminos.

Sin embargo, la mortandad se veía reducida algunas veces por la práctica del rescate de prisioneros de guerra. Después de la batalla de Jankov (1645), los vencedores ofrecieron entregar a todos los generales imperiales a cambio del pago de un rescate de 120.000 táleros. En el caso de otras derrotas menos catastróficas, los rescates se acordaban según una tarifa conocida: 25.000 táleros por un general, 100 por un coronel, y así sucesivamente según la graduación. En ocasiones, los prisioneros simplemente se intercambiaban, tal como ocurrió con el general sueco Torstensson, que fue intercambiado por el conde Harrach (el tesorero imperial). Era raro que un oficial rechazara la oportunidad de ser liberado, pero a veces ocurría. Así, Gustav Horn, cuñado de Oxenstierna, pasó ocho años en prisión tras haber sido apresado en Nördlingen en 1634 (aunque Maximiliano de Baviera consideró en determinado momento cambiar a Horn por todos los tesoros robados en Munich durante la ocupación sueca; sin embargo, el gobierno de Estocolmo no mostró interés por el trueque). Pero, por lo general, los soldados rasos, sobre todo los reclutados en Alemania, no eran rescatados ni intercambiados; o bien eran liberados después de jurar que no lucharían contra el vencedor durante un período determinado o se les instaba a enrolarse en el ejército que les había apresado, solución ésta que en las últimas fases de la guerra se vio favorecida por la presencia en todos los ejércitos de algunos hombres que habían luchado en los dos bandos y que, en consecuencia, podían conocer a los prisioneros y ayudarles a vencer los escrúpulos a la hora de cambiar

sus lealtades. En 1631, incluso los italianos capturados por Gustavo Adolfo en su campaña de Renania fueron acogidos en el ejército sueco (aunque desertaron en cuanto llegaron a las estribaciones de los Alpes en el verano siguiente).

Sin embargo, hay que decir que los soldados que eran hechos prisioneros podían considerarse afortunados. Pocos comandantes parecen haber tenido mucho tiempo para dedicar a los heridos, excepto en ocasiones excepcionales, como en el punto culminante de un ataque sueco en el Alte Veste en 1632, cuando Wallenstein se paseó por entre los defensores lanzando puñados de monedas sobre los heridos para animar a todos los demás. Raras veces se organizaban cuidados médicos para los enfermos, hospitales militares y pensiones para los heridos, a no ser en el caso de las fuerzas expedicionarias suecas y españolas, e incluso en éstas los servicios que se ofrecían eran muy inferiores a los que mantenía, por ejemplo, el ejército español en los Países Bajos, con su hospital militar de 330 camas en Mechelen y su hogar para pensionistas del ejército en Hall. Los ejércitos de la Guerra de los Treinta Años sólo podían compararse a los de Flandes por lo que respecta al servicio de capellanes. Las tropas de la Liga eran atendidas normalmente por capellanes jesuitas, mientras que toda una jerarquía de pastores luteranos acompañaba al ejército sueco invasor de 1630. Pero por lo que hace a la administración militar y a pesar de que las hostilidades fueron casi permanentes, los ejércitos de la Guerra de los Treinta Años introdujeron muy pocas innovaciones. Incluso el célebre sistema de contribuciones de Wallenstein seguía muy de cerca el modelo del ejército español, introducido por Spínola en el Palatinado en 1620, pero que había sido ideado en el decenio de 1570.[31]

Fue en la táctica y en la estrategia donde realmente se produjeron cambios importantes. No en vano, Napoleón Bonaparte, confinado en Egipto en 1798-1799, pidió a su gobierno que le hiciera llegar historias de la Guerra de los Treinta Años para leer. El punto de partida de la nueva táctica de guerra fue la reforma militar introducida por Mauricio de Nassau en el ejército holandés durante los años 1590. Inspirándose en las tácticas del ejército de Roma, descritas por Elio y

31. Sobre los capellanes jesuitas durante la Guerra de los Treinta Años, véase Duhr, *Geschichte der Jesuiten*, II, 2, cap. 6 (basado en los diarios de campaña de varios capellanes); cf. Parker, *Army of Flanders*, pp. 170-172. Sobre las contribuciones, véase *ibid.*, pp. 142-143, y F. Redlich, «Contributions in the Thirty Years' War», *Economic History Review*, XII (1959-1960), pp. 247-254.

León VI, Mauricio de Nassau ideó nuevas formas de desplegar a sus tropas durante la batalla. En lugar de falanges de lanceros, de 40 y 50 hileras de profundidad, habituales en las batallas del siglo XVI, sus formaciones tenían tan sólo 10 hileras; eran más reducidas y en ellas era más importante el poder de las armas de fuego que las cargas de los lanceros. Al menos la mitad de los soldados del ejército de Nassau eran mosqueteros. Estos cambios parecen simples, pero exigieron transformaciones importantes en la organización militar. En primer lugar, al reducir la profundidad de la formación había que ampliar su extensión, exponiendo así a un mayor número de hombres en el combate cuerpo a cuerpo. En segundo lugar, dado que la línea era menos nutrida había que exigir más disciplina y coordinación a cada uno de los soldados. Por ejemplo, en 1594, el ejército holandés perfeccionó la técnica de la «salva», que implicaba que cada una de las hileras disparara sus mosquetes simultáneamente contra el enemigo, retirándose los soldados a continuación para recargar sus armas, mientras las otras nueve hileras disparaban sucesivamente, creando de esta forma una continua cortina de fuego. Pero para realizar esa maniobra frente al enemigo se exigía una gran fortaleza, una coordinación perfecta y una gran familiaridad con todas las acciones que había que realizar. En consecuencia, Mauricio de Nassau introdujo en sus unidades los ejercicios que se practicaban en el ejército de Roma. El diario de uno de sus consejeros políticos, que estuvo presente en un asedio en 1595, registra cómo las tropas realizaban constantes ejercicios, rehaciendo las formaciones sin cesar y utilizando una y otra vez sus armas. Según una edición inglesa de la *Táctica* de Elio, publicada en 1616:

> La práctica de los preceptos de Elio permaneció en la oscuridad, enterrada en las ruinas del tiempo hasta que fue revivida y sacada de nuevo a la luz no hace mucho tiempo en las Provincias Unidas de los Países Bajos, países que hoy en día son la escuela de la guerra, donde los espíritus más marciales de Europa realizan el aprendizaje de su servicio en las armas.[32]

32. L. Mulder, ed., *Journaal van Anthonis Duyck, advocaat-fiskaal van den Raad van State 1591-1602*, La Haya y Arnhem, 1862, p. 636; John Bingham, citado junto con muchas otras obras por W. Hahlweg, *Die Heeresreform der Oranier und die Antike*, Berlín, 1941, p. 176. No hay que confundir ese libro con la edición posterior, a cargo de Hahlweg, de la obra de Juan de Nassau, *Kriegsbuch*, de título similar: Hahlweg, *Die Heeresreform der Oranier: das*

No fue este tratado el primero que llamaba la atención sobre los nuevos métodos de lucha desarrollados en la República de Holanda. La insistencia de Mauricio de Nassau en la precisión y la armonía en la batalla reflejaban la preocupación general de la época por las formas geométricas, ya fuera en la construcción, en el arte de la monta del caballo, en la danza, en la pintura, en la esgrima o en la lucha. Ya en 1603, un tratado militar francés dedicaba todo un capítulo a «los ejercicios utilizados en el ejército de Holanda» y en 1607 se publicó en La Haya el primer manual ilustrado de ejercicios de la Europa occidental, compuesto por el primo de Mauricio de Nassau, Juan, y que llevaba por título *El ejercicio de las armas,* con la firma de Jacob de Gheyn, un conocido grabador. Muchas otras obras imitaron la técnica de De Gheyn de reproducir una serie numerada de dibujos para ilustrar las diferentes maniobras necesarias para manejar las armas y para organizar las tropas durante la batalla. Durante el año 1616, el conde Juan inauguró una academia militar en su capital, Siegen, de donde habían de salir oficiales para las tropas calvinistas. El primer director de la *Schola Militaris,* Johann Jacob von Wallhausen, publicó varios manuales de guerra según el modelo holandés, que era la base de todas las enseñanzas de Siegen (donde el entrenamiento duraba seis meses y la escuela proveía armas y armaduras, mapas y maquetas para la instrucción). Al mismo tiempo, otros autores publicaron una serie de obras explicando las ventajas de las fortificaciones de tipo holandés, que (no podía ser de otra forma) combinaban la máxima eficacia con el mínimo coste.[33]

El nuevo arte de la guerra no se difundió únicamente a través de

---

«Kriegsbuch» des Grafen Johann von Nassau-Siegen, Veröffentlichungen der historischen Kommission für Nassau, XX, Wiesbaden, 1973.

33. Sobre Mauricio de Nassau y su primo, véase la introducción de E. Kist al libro de Jacques de Gheyn, *The Exercise of Arms,* Nueva York, 1971; sobre la «escuela de guerra» en Siegen, véase L. Plathner, *Graf Johann von Nassau und die erste Kriegsschule. Ein Beitrag zur Kenntnis des Kriegswesens um die Wende des 16. Jahrhunderts,* Berlín, 1913. Ciertamente, era una escuela exclusiva: ¡sólo habían acudido a ella veinte alumnos cuando la Academia cerró sus puertas en 1623! De hecho, la escuela de Siegen no fue la primera. A finales del siglo XVI se habían establecido escuelas de guerra de la corte en Tubinga, Kassel y Sedán. Sobre la difusión de las técnicas holandesas, véase F. Walker, *Niederländische Einflüsse auf das eidgenössische Staatsdenken im späten 16. und frühen 17. Jahrhundert: Neue Aspekte der Zürcher und Berner Geschichte im Zeitalter des werdenden Absolutismus,* Zurich, 1979, cap. 1.

la imprenta. En efecto, Mauricio de Nassau recibió el encargo de enviar instructores militares a estados extranjeros. Brandemburgo solicitó y obtuvo dos en 1610; otros fueron al Palatinado, Baden, Württenberg, Hesse, Brunswick, Sajonia y Holstein. Incluso los tradicionales suizos, que habían sido los primeros en demostrar la importancia de la lanza en sus luchas contra Borgoña en el siglo XV, se vieron obligados a tomar en cuenta las nuevas tácticas. En 1628, la milicia de Berna fue reorganizada según el modelo holandés, con compañías más reducidas y mayor potencia de fuego, por Hans Ludwig von Erlach, futuro comandante de los «Bernardinos». Sin embargo, el discípulo más influyente de Mauricio de Nassau fue, sin duda, Gustavo Adolfo de Suecia. El propio Juan de Nassau se trasladó a Suecia en 1601-1602 y dio algunos consejos a los suecos para perfeccionar su ejército, pero fue dos decenios después cuando la influencia holandesa se dejó sentir en toda su importancia. Mientras realizaba una visita a Alemania en 1620, Gustavo Adolfo contempló muchas formas diferentes de organización y fortificación militar y leyó los libros más importantes sobre el tema. Llevó incluso más allá las reformas de Mauricio de Nassau, reduciendo la profundidad de la formación de diez a seis hileras e incrementando su poder de fuego al añadir cuatro piezas de artillería ligera por cada regimiento (los prototipos, que resultaron un fracaso y que alcanzaron más fama que las piezas que realmente se usaron luego, eran cañones del 3 construidos de metal ligero reforzado con madera y cuero). Gustavo Adolfo introdujo también una nueva unidad táctica, la brigada, formada por cuatro escuadrones (o dos regimientos) en formación en forma de flecha, con el cuarto escuadrón en reserva y apoyada por nueve o más cañones. Cada soldado recibía un riguroso entrenamiento a cargo de numerosos oficiales. Se intentaba mantener ocupadas a las tropas en todo momento, ya fuera excavando trincheras, reconociendo el terreno o realizando ejercicios. El monarca instruía personalmente a las tropas en la nueva disciplina: explicaba personalmente a los nuevos reclutas cómo disparar un mosquete de pie, arrodillado y tumbado. Las unidades reclutadas en el extranjero contemplaban las exhibiciones del «orden de disciplina sueco» a cargo de los veteranos y luego se les obligaba a practicar hasta que lo ejecutaban a la perfección.[34] Estos ejercicios incluían la doble salva, con

34. Von Frauenholz, *Heerwesen*, I, p. 41; *Sveriges Krig*, VIII, pp. 99-100 (citando un panfleto francés de 1634).

los mosqueteros situados en tres hileras, la primera arrodillada, la segunda cuerpo a tierra y la tercera en pie para «introducir tanto plomo en la barriga de tus enemigos de una vez [como sea posible] ... y de esa forma les haces más daño ... pues un estallido de fuego largo y continuado es más terrible y dañino para los mortales que diez interrumpidos» (según sir James Turner, que vio practicar la temible salva).[35]

La diferencia más importante entre la «revolución militar» de los suecos y de los holandeses no reside en las innovaciones, sino en la aplicación y en su alcance. Mauricio de Nassau raramente se vio obligado a participar en una batalla (y cuando lo hizo su ejército apenas sumaba 10.000 hombres), porque el terreno en el que actuaba estaba dominado por una red de ciudades fortificadas en las que las batallas carecían de importancia, pues una vez terminadas aún había que ocupar las ciudades. Pero Gustavo Adolfo luchaba en zonas que durante setenta años no habían conocido la guerra, y ni siquiera la amenaza de guerra, y en algunos casos (como Baviera) durante más tiempo. Eso hacía que hubiera menos ciudades bien defendidas —aunque, cuando existían, tenían que ser sitiadas al «estilo holandés»— y el control de muchas regiones dependía de la capacidad de ganar las batallas. La publicidad más favorable que podía haber recibido el sistema holandés fue la victoria de Gustavo Adolfo en Breitenfeld. Fue el clásico enfrentamiento entre el orden tradicional, utilizado desde las guerras de Italia, y el nuevo sistema: los hombres de Tilly, en una formación de 30 hileras de profundidad y 50 de anchura, se enfrentaron al ejército sueco de 6 hileras de mosqueteros y 5 de lanceros, con un número de cañones dos veces mayor. La superioridad de la potencia de fuego de estos últimos era abrumadora. La artillería sueca podía lanzar una bala de cañón de 9 kg a unos 1.700 m de distancia cada 6 minutos; los mosqueteros de Gustavo Adolfo —que formaban algo más de la mitad de todo el ejército— podían disparar salvas repetidas de balas de plomo, cada una de 20 mm de diámetro, con bastante precisión hasta una distancia de 50 m (y con un 50 por 100 de precisión hasta una distancia de 75 m). Los tiradores apostados, armados con «escopetas largas», podían disparar con precisión a mayor distancia (aunque

35. Turner, *Pallas Armata*, p. 237. Ciertamente, la «doble salva» se utilizó en Breitenfeld en 1631: véase *The Swedish Intelligencer*, I, Londres, 1632, p. 124.

en ningún caso se aproximaban a los 400 m de los rifles modernos). Y estas máquinas de la muerte eran manejadas por concentraciones de hombres cada vez más numerosas. Durante el decenio 1625-1635, cuando la guerra alcanzó su punto álgido, luchaban en el Imperio más de un cuarto de millón de soldados (más de los que habían luchado nunca hasta entonces); durante los treinta años que duró el conflicto, más de un millón de hombres estuvieron alistados en los ejércitos. De entre este ingente número de soldados, sin precedentes, pueden encontrarse argumentos que respalden cualquier teoría sobre la naturaleza real del soldado de los primeros tiempos de la Edad Moderna y sobre el impacto de la guerra en la que luchó.

II. La guerra y la sociedad alemana

El 11 de agosto de 1650, cuando ya habían partido los últimos soldados suecos, tuvo lugar en la ciudad de Rothenburg ob der Tauber la celebración de la paz y un acto de acción de gracias. Acompañados por músicos, los niños de las escuelas de Rothenburg, muchos de ellos portando coronas y ramos de flores, se reunieron en la gran plaza de la ciudad. Diecinueve años antes, sus padres y abuelos se habían arrodillado en la misma plaza, implorando al temido general Tilly que permitiera que su ciudad no sufriera el mismo destino que Magdeburgo. Así ocurrió. Sin embargo, durante dos decenios Rothenburg había sido centro de actividad militar; los muchachos que se reunieron aquella mañana de 1650 no habían conocido hasta entonces sino la guerra. Pero ahora había llegado la paz y los niños marcharon solemnemente desde la plaza del mercado hasta la gran iglesia parroquial, donde cantaron himnos de acción de gracias ante los adultos congregados y escucharon un encendido sermón del pastor Johann Dümmler antes de dispersarse.[36]

Escenas similares se desarrollaron en las ciudades y aldeas de toda Alemania. La propia Rothenburg era el centro de una región de unos 400 km² en el sudoeste de Franconia, y en todas las iglesias de las aldeas de ese territorio se escucharon parecidos sermones de acción de gracias. Pero eso no ocurrió en todas partes; por ejemplo, en Linden.

36. K. Holstein, *Rothenburger Stadtgeschichte*, Rothenburg ob der Tauber, 1969, pp. 96-97.

Linden era un pequeño pueblo situado en una zona de bosques en el nordeste de la ciudad. En 1618, contaba con un total de nueve hogares de campesinos sometidos a impuesto, además de otros cuatro campesinos sin tierras. Al igual que otros súbditos de Rothenburg, los habitantes de Linden habían sufrido frecuentes exacciones económicas desde el comienzo de la guerra, en especial desde que los ejércitos imperial y sueco comenzaran a luchar por el control de la región en los primeros años del decenio de 1630. Pero los horrores de la guerra se dejaron sentir realmente en Linden a comienzos de 1634, cuando la zona estaba ocupada por los suecos. En una tarde de enero, veinte soldados suecos irrumpieron en la aldea pidiendo comida y vino, derribando puertas y registrando las casas en busca de objetos de valor. Dos de ellos entraron en la casa de Georg Rösch, violaron a su mujer y la persiguieron mientras ella corría gritando por toda la aldea. Pero los habitantes de Linden convocaron a los de las comunidades vecinas y desde el interior de los bosques los campesinos convergieron en Linden, donde hicieron prisioneros a los soldados, les arrebataron el botín y escaparon con algunos de sus caballos. Al día siguiente, los soldados se dirigieron a Rothenburg para quejarse del robo cometido por los aldeanos y cuando el alguacil de Rothenburg llegó a Linden detuvo a cuatro campesinos. Pero pronto tuvo una visión más exacta de la situación, especialmente cuando la mujer de Rösch identificó a uno de los violadores, un soldado del este de Finlandia. El alguacil se trasladó de aldea en aldea, recuperando los caballos, las sillas y la indumentaria de los soldados, pero lo acontecido llegó también a oídos del comandante sueco, general Horn, que dirigió una dura reprimenda a los oficiales responsables y les recordó que los soldados no debían molestar a los campesinos.[37]

En 1641, no quedaban en Linden campesinos que pudieran ser molestados, pues la aldea estaba totalmente deshabitada y así permaneció durante el resto de la guerra. Pero Linden no se convirtió en una aldea fantasma permanente. En los decenios subsiguientes a la firma de la paz, los habitantes regresaron y en 1690 la aldea contaba con once explotaciones campesinas, es decir, había recuperado su aspecto de antes de la guerra.[38]

37. Schmidt, «Der dreissigjährige Krieg», IV, 1956, pp. 71-72; VI, 1958, p. 23.

38. H. Woltering, *Die Reichsstadt Rothenburg ob der Tauber und ihre Herrschaft über die Landwehr*, I, Rothenburg, 1965, p. 32 (mapa).

¿Hasta qué punto es característico el caso de Linden? En 1641, los funcionarios de Rothenburg recorrieron casa por casa las aldeas que se hallaban bajo su jurisdicción y su informe ofreció una imagen deprimente de las condiciones que reinaban en la región. Según ese estudio, el territorio de Rothenburg, que comprendía unas cien aldeas, poseía 1.503 hogares de campesinos imponibles en 1618, pero en 1641 quedaban solamente 447, es decir, había desaparecido el 70 por 100. Unos 25 núcleos de población —en su mayor parte pequeños, como Linden— estaban totalmente deshabitados en 1641 y antes de que finalizara la guerra hubo que añadir algunos más a esa lista. Pero otras comunidades corrieron mejor suerte: Oberstetten, una aldea importante con 75 hogares, había perdido 5 de ellos en 1641. Situada al oeste de la principal ruta de paso, se vio escasamente afectada por el tumulto de la actividad militar. En 1700, los funcionarios de Rothenburg censaron un total de 1.558 hogares campesinos imponibles, ligero aumento, por tanto, respecto a las cifras de antes de la guerra.[39]

Los alemanes del siglo XVII mantenían escrupulosamente sus registros y la Guerra de los Treinta Años no varió sus hábitos de conservar una meticulosa documentación. En algunos lugares, se destruyeron los archivos por negligencia o por causa de la guerra, pero se han conservado documentos suficientes que aportan gran número de datos sobre las condiciones que reinaban en la Europa central durante la guerra. Se podrían contar episodios como el de Linden en cualquier parte de Alemania: en todas partes, los archivos describen la frecuente brutalidad de los soldados, la resistencia esporádica de los campesinos, la cauta sumisión de los habitantes de las ciudades y los esfuerzos desesperados de los funcionarios civiles y militares para mantener un nivel mínimo de justicia e impedir el hundimiento total de la ley y la disciplina. La información sobre el impacto económico y demográfico de la guerra es también abundante en los registros de los impuestos, los archivos de las parroquias y en otros documentos que los funcionarios y clérigos alemanes mantenían con tanta meticulosidad. Los historiadores pueden localizar centenares de aldeas despobladas y ciudades venidas a menos, junto con muchas otras que sobrevivieron a la guerra casi intactas.

No obstante, pese a la abundancia de datos de carácter local ha

39. Schmidt, «Dreissigjähriger Krieg», VI, 1958, pp. 15-16, 22-24; Woltering, *Reichsstadt Rothenburg*, p. 38.

resultado casi imposible ponerse de acuerdo sobre el impacto general de la Guerra de los Treinta Años en Alemania y en los territorios circundantes. Sin embargo, no es que no se haya intentado, pues durante más de un siglo los historiadores han debatido las consecuencias económicas, sociales y demográficas de la guerra. Los debates fueron estimulados a mediados del siglo XIX por dos obras literarias. Una de ellas fue el *Simplicissimus*, de Hans Jakob Christoph von Grimmelshausen. Aunque fue escrita en los años 1660, esta novela picaresca quedó en el olvido hasta el siglo XIX, cuando su tenebrosa descripción de la vida durante la Guerra de los Treinta Años comenzó a llamar la atención. La otra obra influyente fue *Bilder aus der deutschen Vergangenheit* (Escenas del pasado alemán) de Gustav Freytag, en cuyo tercer volumen, publicado originalmente en 1859, aparecían detalladas descripciones, muy documentadas, con generalizaciones sobre la devastación económica y moral causada por la guerra. El impacto de estas dos obras se vio reforzado por los escritos de algunos historiadores poco cuidadosos, cuyas afirmaciones dieron fuerza a lo que se ha calificado como el «mito de la furia destructiva de la Guerra de los Treinta Años».[40]

Sin embargo, otros historiadores han dedicado todo su esfuerzo a superar este mito, utilizando estudios de investigación de carácter local realizados con gran meticulosidad para demostrar que muchas veces se ha exagerado el nivel de muerte y destrucción atribuidos a la guerra. Toda la documentación de que se dispone es local o regional, pues durante el siglo XVII no se realizaron censos y estudios económicos sobre el conjunto del territorio alemán. Pero la acumulación gradual de datos locales ha permitido, al menos, adelantar hipótesis más razonables sobre el impacto de la guerra que las que era posible ofrecer hace cien años.

Esto es especialmente cierto respecto a las consecuencias demográficas del conflicto. En la actualidad, ya no se aceptan los cálculos que afirman que la guerra acabó con las dos terceras partes de la población de Alemania. Las estimaciones más recientes son mucho más prudentes y parecen indicar que la población del Sacro Imperio se habría reducido entre un 15 y un 20 por 100, de unos 20 millones antes de la guerra a unos 16 o 17 al finalizar ésta. Por otra parte, las

40. R. Ergang, *The Myth of the All-Destructive Fury of the Thirty Years' War*, Pocono Pines, Pa., 1956.

pérdidas de población no siempre fueron permanentes. Los decenios de posguerra contemplaron un considerable incremento demográfico y algunos expertos consideran que la población se había recuperado hacia 1700.[41]

Además, la situación varió enormemente de unas regiones a otras. La zona del noroeste de Alemania, donde la lucha fue escasa después de los primeros años de la guerra, apenas experimentó pérdidas de población, mientras que Mecklemburgo, Pomerania y Württemberg, en las que se centró especialmente la actividad bélica, perdieron más de la mitad de sus habitantes. La sangría demográfica siempre fue más importante en las aldeas que en las ciudades, cuyas murallas las protegían de la destrucción total (el saqueo de Magdeburgo de 1631 causó una enorme impresión, en parte, porque constituía una excepción a esa regla general). Además, en muchos casos, lo que parece haber sido una pérdida de población fue, en realidad, una transferencia demográfica. Por ejemplo, mientras las zonas rurales se despoblaban, en las ciudades vecinas pululaban los refugiados en busca de protección. Así, en 1637, cuando el hambre y las enfermedades se difundieron por la campiña sajona, más de 4.200 personas buscaron refugio en Leipzig, lo que provocó un incremento temporal de la población de la ciudad de más de un 30 por 100.[42]

No obstante, es indudable que la Europa central conoció un importante declive demográfico durante una generación. No siempre es posible determinar las causas de esa disminución de la población, pero hay un hecho seguro: las muertes producidas por las acciones militares fueron un factor secundario en ese proceso. La escasez de alimentos y los brotes de enfermedades epidémicas relacionados con la guerra fueron agentes letales mucho más importantes. Los episodios de mortalidad más espectaculares fueron consecuencia de la peste bubónica, que apareció durante la guerra en muchas zonas de la Europa central. La ciudad de Nördlingen, en el norte de Suabia, ilustra vívidamente el impacto letal de la peste. Entre 1619 y 1633, se produjeron en esa ciudad una media de 304 defunciones anuales, pero en 1634, año de

41. Franz, *Der dreissigjährige Krieg und das deutsche Volk*, proporciona datos fundamentales. Franz no da estimaciones de la población de Alemania ni del Imperio, y lo mismo hace la mayor parte de los autores. Pero las cifras conservadoras de C. McEvedy y R. Jones, *Atlas of World Population History*, Londres, 1978, pp. 67-72, reflejan la tendencia más reciente sobre este tema.

42. Lammert, *Geschichte der Seuchen*, p. 233.

peste, la tasa de mortalidad de sextuplicó: murieron 1.549 de sus habitantes, junto con 300 refugiados que se hallaban entonces en la ciudad.[43] Sin embargo, sería inexacto afirmar que todas las muertes producidas por la peste fueron consecuencia de la guerra. Muchas enfermedades epidémicas eran difundidas por los soldados o civiles infectados, pero no era ése el caso de la peste. En efecto, la peste bubónica es una enfermedad de las ratas, que se transmite a los seres humanos a través de las moscas, y el ciclo de infección entre las ratas se ve influido por factores ecológicos que poco tienen que ver con los acontecimientos de la sociedad humana. Hoy en día, los demógrafos rechazan la vieja idea de que las ratas y las moscas infectadas por la enfermedad viajaban en el bagaje de los ejércitos. Además, las epidemias de peste tenían una corta duración y, con frecuencia, eran seguidas por un período de uno o dos años de rápida recuperación demográfica. De hecho, las pérdidas de población a largo plazo asociadas con la guerra fueron consecuencia de enfermedades menos espectaculares pero más persistentes propagadas por contagio humano: el tifus, la gripe, la disentería y otras enfermedades, que año tras año afectaban a comunidades cuyos habitantes estaban ya debilitados por la malnutrición provocada por la guerra y por los esfuerzos a que se veían sometidos (véase lámina 23).

Si es difícil determinar el impacto demográfico de la Guerra de los Treinta Años, lo es más todavía establecer las consecuencias económicas del conflicto. No carecemos de documentación de carácter local, pero muchas veces la información es difícil de interpretar. Utilizar los ingresos procedentes de los censos locales, los recibos de los derechos aduaneros y los registros de impuestos para determinar tendencias nacionales de producción o niveles generales de actividad económica constituye, en el mejor de los casos, un ejercicio de azar.

Sin embargo, cuando se establecen comparaciones entre 1615 y 1650, prácticamente todas las regiones de Alemania muestran un declive significativo en la actividad económica. Hay algunas excepciones, sobre todo las ciudades portuarias como Hamburgo y Bremen, donde hubo durante la guerra un intenso comercio marítimo. Pero la mayor parte de las ciudades y territorios experimentaron una reducción sustancial en la producción de bienes agrícolas y productos manufacturados y en el volumen comercial. Además, muchas familias, institucio-

43. Friedrichs, *Nördlingen*, pp. 47-49, 306-311.

nes y gobiernos, otrora prósperos, se endeudaron fuertemente entre 1620 y 1650.

El endeudamiento fue un problema especialmente grave en el caso de los gobiernos municipales de Alemania. Antes de la guerra, muchas ciudades tenían importantes excedentes derivados de los impuestos y de las rentas rurales, pero después de la guerra muchas de esas ciudades estaban fuertemente endeudadas. La razón no es difícil de establecer. Las ciudades se libraban una y otra vez de la conquista y el pillaje efectuando «contribuciones» económicas al ejército acampado delante de sus puertas. Pero incluso los impuestos fuertemente incrementados resultaban insuficientes para cubrir esos pagos y, en consecuencia, el gobierno municipal tenía que recurrir a los préstamos, que obtenía de sus mismos ciudadanos, de la aristocracia regional o de militares usureros. Al finalizar la guerra, terminó la exigencia de «contribuciones», pero las ciudades se encontraron con deudas ingentes. Por ejemplo, la deuda municipal de Nuremberg se cuadruplicó entre 1618 (1,8 millones de marcos) y el final de la guerra (7,4 millones).[44] Normalmente, hacían falta varias décadas para devolver esos préstamos y entretanto las ciudades se veían abrumadas por las fuertes cantidades que tenían que pagar a sus acreedores en concepto de intereses.

Sin duda, este tipo de fenómenos fueron producidos por la guerra. Sin embargo, los síntomas de decadencia económica han de ser interpretados con cautela. Por ejemplo, después de la guerra, muchos gobiernos municipales y territoriales realizaron cuentas detalladas de las sumas que ellos o sus súbditos se habían visto obligados a pagar a los soldados, ya fuera por la fuerza o a raíz de una negociación. Pero a veces, esas cuentas, a pesar de ser muy detalladas, dan una impresión errónea sobre las pérdidas de una región, pues cuando menos una parte del dinero entregado a los soldados volvía a las economías locales en forma de los pagos por los bienes y servicios. Por ejemplo, en la ciudad de Schwäbisch Hall se calculó después de la guerra que sus ciudadanos habían pagado a los soldados un total de 3.644.656 marcos durante el conflicto. Pero el valor total de las propiedades de todos los ciudadanos antes de la guerra había sido estimado en algo más de 1 millón de marcos y en 1652 el valor de sus propiedades se estimó en 750.000 marcos.[45] Si los ciudadanos de Schwäbisch Hall habían

44. W. Schwemmer, *Die Schulden der Reichsstadt Nürnberg und ihre Übernahme durch der bayerischen Staat*, Nuremberg, 1967, p. 8.

45. Buchstab, *Reichsstädte, Städtekurie und Westfälischer Friedenskongress*,

pagado más de 3,5 millones de marcos en concepto de tributo durante la guerra, sin duda gran parte de ese dinero había ingresado de nuevo en la economía de la ciudad en concepto del pago de la comida, alojamiento y servicios a sus habitantes, por parte de los soldados.[46]

En realidad, lo que los archivos locales registran como una pérdida de riqueza, muchas veces fue simplemente una transferencia de propiedad. Esto es particularmente cierto en las zonas rurales que experimentaron una importante —aunque con frecuencia temporal— disminución de la producción agrícola. Muchos campesinos tenían que abandonar sus tierras cuando aparecían los soldados, pero en ocasiones, como en Linden, regresaban. Con frecuencia, poseían un sofisticado sistema de alarma para conocer la aproximación de las tropas; pues cuando se enteraban con la suficiente antelación, los campesinos podían rescatar la mayor parte de su ganado y de sus bienes muebles. Como escribió el funcionario de una aldea de Franconia a su príncipe en 1645: «No queda aquí ninguno de sus súbditos; todos han ido a Nuremberg, Schwabach y Lichtenau con todas sus posesiones, incluso aquellas cosas que sólo valen un kreuzer».[47] Una vez pasada la amenaza, los campesinos —o sus herederos— podían regresar a la tierra. E incluso si no lo hacían, los campos no quedaban necesariamente baldíos de forma permanente. En efecto, las tierras vacantes revertían normalmente a manos de los señores, que después de la guerra formaron con esas tierras abandonadas propiedades más extensas y productivas. Esto ocurrió sobre todo en el este de Alemania, donde la tierra aceleró el proceso de desaparición de un campesinado independiente y contribuyó a la formación de grandes propiedades agrícolas.

Estos factores explican por qué muchos historiadores han pretendido determinar el impacto económico de la guerra teniendo en cuenta la evolución a largo plazo y no comparando simplemente los datos de antes y después de la guerra. Por ejemplo, algunos afirman que Alemania estaba sumida ya en el declive económico antes de 1618 como consecuencia de su incapacidad para competir con las nacientes economías atlánticas. Para ellos, la decadencia visible de la economía

---

pp. 210-211; G. Wunder, *Die Bürger von Hall: Sozialgeschichte einer Reichsstadt, 1216-1802*, Sigmaringen, 1980, pp. 188-189, 269-270.

46. Se encontrarán algunos datos paralelos del noroeste de Alemania en Benecke, «The problem of death and destruction in the Thirty Years' War», pp. 239-253.

47. Bog, *Die bäuerliche Wirtschaft*, p. 126.

alemana durante los años de guerra fue, pues, la continuación de una tendencia de más largo alcance. Otros especialistas consideran, en cambio, que la economía alemana conservó su vigor hasta 1618. Aunque es posible que la importancia de Alemania en el comercio internacional disminuyera antes de ese año, insisten en que la producción agrícola y artesanal fue importante hasta el comienzo de la guerra. La controversia entre los que defienden la teoría de la «decadencia anterior» y los que apoyan la tesis de la «guerra desastrosa» se ha mantenido a lo largo de muchos años.[48] Pero hoy en día parece ganar adeptos la idea de la «decadencia anterior», pues se está imponiendo la tendencia a situar los acontecimientos de Alemania en un contexto europeo general. Todo el mundo acepta que el siglo XVII fue un período de contracción económica general en Europa, después de los años de expansión del siglo XVI. Recientemente, un historiador ha afirmado, incluso, que hay que interpretar la Guerra de los Treinta Años como un fenómeno económico, estrechamente vinculado con los ciclos de contracción y expansión económicas: «la Guerra de los Treinta Años como fenómeno social —afirma Heiner Haan— fue consecuencia del crecimiento económico a largo plazo del siglo XVI; se alimentó de la riqueza producida en esa expansión y finalmente destruyó esa misma riqueza».[49]

Ciertamente, es importante tener en cuenta también la evolución de la economía después de la guerra. También en este contexto son evidentes los riesgos que derivan de establecer conclusiones a partir de la situación de 1650. En efecto, muchas zonas de Europa central experimentaron una rápida recuperación económica en los decenios posteriores a la guerra: se ocuparon de nuevo muchas tierras, se reconstruyeron edificios y se reanudaron la producción y el comercio. Sin embargo, en ocasiones esa recuperación es difícil de apreciar por su carácter efímero, pues no habían transcurrido aún veinte años cuando Alemania se vio sumida de nuevo en una serie de costosas guerras: desde mediados del decenio de 1660, el Sacro Imperio se vio implicado en una larga serie de enfrentamientos con los turcos y los franceses. Aunque esos conflictos causaron un menor impacto físico y demográfico sobre Alemania que la Guerra de los Treinta Años, ya que las luchas se desarrollaron fundamentalmente en las fronteras del Im-

48. Véase Rabb, «The effects of the Thirty Years' War», pp. 40-51.
49. Haan, «Prosperität und Dreissigjähriger Krieg», p. 117.

perio, implicaron una gravosa carga económica. Para algunas comunidades, especialmente en el Círculo suabo del Imperio, las exigencias económicas de las guerras contra Francia y contra los turcos fueron incluso mayores que las que había impuesto la Guerra de los Treinta Años.

De cuanto hemos dicho parece desprenderse que la catástrofe económica y demográfica a corto plazo que causó tan profunda impresión en los contemporáneos es exagerada si la situamos en el contexto del desarrollo general de Alemania entre 1550 y 1700. Pero la perspectiva del historiador siempre es diferente que la que tienen quienes viven los acontecimientos de su época. Los alemanes que vivieron la Guerra de los Treinta Años no sabían —ni les importaba— que los cincuenta pacíficos años que vivió Alemania antes de 1618 habían sido un período de decadencia económica gradual y tampoco sabían —ni les importaba— que el período de posguerra brindaría oportunidades para la recuperación económica y para la reconstrucción. En efecto, lo que ellos tuvieron que vivir fueron las incertidumbres y horrores de la guerra más larga, más costosa y más brutal que había conocido hasta entonces el suelo alemán. Para la esposa de Georg Rösch, violada por el «soldado gordo» del este de Finlandia y por su amigo «el soldado joven de cabello rubio», la guerra fue una catástrofe personal.[50] Para el doctor Johann Morhard de Schwäbisch Hall, que en el día de su 76 cumpleaños en 1630 tuvo que dedicar una parte de la plata de su familia para ayudar a salvar a su ciudad de la ocupación imperial, la guerra supuso una sangría de su riqueza y seguridad.[51] Para Hans Heberle, el zapatero de Neenstetten, cuyo diario registra que tuvo que huir treinta veces con su familia para buscar la seguridad en la ciudad de Ulm, la guerra fue una fuente interminable de temor y perturbación.[52] Los alemanes que sobrevivieron a la guerra sabían que había sido una catástrofe sin precedentes para el pueblo alemán, y sabían, mejor que sus hijos y que algunos de los historiadores modernos, por qué la firma de la paz y la partida de los últimos soldados suecos fue una ocasión propicia para cantar himnos de alabanza y pronunciar sermones de agradecimiento por toda Alemania.

50. Schmidt, «Dreissigjähriger Krieg», IV, 1956, p. 72.
51. J. Morhard, *Haller Haus-Chronik*, Schwäbisch Hall, 1962, p. 136.
52. G. Zillhardt, ed., *Der Dreissigjährige Krieg in zeitgenössischer Darstellung: Hans Heberles «Zeytregister» (1618-1672)*, Ulm, 1975, *passim*.

III. La guerra y la política

Hasta 1939, la Guerra de los Treinta Años fue, con mucho, el período más traumático de la historia de Alemania. Las pérdidas demográficas fueron proporcionalmente mayores que en la segunda guerra mundial. El desplazamiento de población y la devastación material fueron casi de igual envergadura y la dislocación cultural y económica perduraron mucho más tiempo. Esas consecuencias sociales llamaron la atención de eruditos del siglo XIX como Gustav Freytag y, asimismo, fueron utilizadas por diferentes grupos políticos nacionalistas que pretendían presentar la paz de Westfalia, y la guerra en su conjunto, como una iniquidad monstruosa perpetrada contra Alemania por potencias extranjeras, especialmente por Francia. Después de 1919, se estableció incluso un paralelismo entre la paz de Westfalia y el acuerdo de Versalles.

No obstante, no era éste el punto de vista de los alemanes del siglo XVIII, ni de los vecinos de Alemania durante los siglos XVIII y XIX. Hasta 1806, el acuerdo de Westfalia fue considerado por todos como la constitución fundamental del Imperio e incluso después de esa fecha era contemplado algunas veces como garantía fundamental del orden en la Europa central. En 1866, el político francés Alphonse Thiers afirmó con toda seriedad que «el principio más elevado de la política europea es que Alemania estará formada por estados independientes, unidos únicamente por un ligero vínculo federativo. Ése fue el principio proclamado por toda Europa en el congreso de Westfalia». Por otra parte, en el decenio de 1780, Catalina la Grande de Rusia criticó al emperador José II porque su política era contraria «al tratado de Westfalia, que es la base y el núcleo de la constitución del Imperio».[53] Tal vez la alabanza más encendida de las consecuencias beneficiosas del acuerdo de Westfalia la hizo en 1671 el incurable romántico Jean-Jacques Rousseau:

> Lo que realmente sostiene el sistema de estados europeo son las negociaciones constantes, que casi siempre mantienen un equilibrio global. Pero ese sistema descansa en un fundamento todavía más sólido, el Imperio alemán, que desde su posición en el corazón de Europa controla a todas las potencias y, por tanto, garantiza la

53. Citado en M. Walker, *German Home Towns, Community, state and general estate 1648-1871*, Ithaca y Londres, 1971, pp. 14, 15.

> seguridad de otros tal vez más, incluso, que la suya propia. El Imperio tiene el reconocimiento universal por su extensión y por el número y virtudes de sus pueblos; su constitución, que toma de los conquistadores los medios y la voluntad de conquistar, es beneficiosa para todos y se levanta como un peligroso arrecife para el invasor. A pesar de sus imperfecciones, esta constitución imperial mantendrá, mientras dure, el equilibrio de Europa; ningún príncipe debe temer que otro pueda destronarle. La paz de Westfalia puede seguir siendo eternamente el fundamento de nuestro sistema político.[54]

Esta retórica resulta sumamente sugestiva, especialmente cuando la encontramos también en las obras de autores alemanes influyentes como Leibnitz o Schiller. Pero ciertamente, el equilibrio de poder creado por la Guerra de los Treinta Años y preservado por la paz de Westfalia no fue la base del sistema político europeo eternamente ni resolvió todas las dificultades de Europa. Sin embargo, sus resultados fueron mucho más positivos de lo que muchos historiadores modernos están dispuestos a admitir. Por ejemplo, C. V. Wedgwood afirma lacónicamente en su clásico estudio:

> La guerra no solucionó ningún problema. Sus consecuencias, tanto inmediatas como indirectas, fueron negativas o desastrosas ... Es el ejemplo más notable en la historia europea de un conflicto sin sentido.[55]

Esto es incierto e injusto. Lo cierto es que la guerra solucionó los problemas de Alemania de forma que ni la religión ni el imperialismo de los Habsburgo volvieron a producir otro conflicto importante. A los gobernantes territoriales se les otorgó el poder supremo (*Landeshoheit*, no tan amplio como la soberanía) en sus localidades y el poder colectivo, en las Dietas y Círculos, para solucionar los problemas de los impuestos comunes, la defensa, las leyes y los asuntos públicos sin la intervención imperial.[56] Las cuestiones religiosas no se resolvían por votación mayoritaria, sino por «el consenso amistoso» de los bloques

54. J.-J. Rousseau, «Extrait du projet de paix perpétuelle de Monsieur l'Abbé de St Pierre», 1761, en *Oeuvres complètes de Jean-Jacques Rousseau*, III, Éditions de la Pléiade, París, 1964, p. 572.

55. Wedgwood, *Thirty Years' War*, p. 526.

56. Véase, para más información, Vann, *The Swabian Kreis*.

católico y protestante. Por otra parte, la Guerra de los Treinta Años sirvió para crear una situación definitiva en los territorios de los Habsburgo austriacos. El culto protestante apenas se practicaba y las asambleas representativas perdieron gran parte de su influencia, excepto en Hungría. Además, no se restituyeron sus propiedades a los exiliados, de forma que aquellos a quienes se habían concedido tierras a partir de 1619 se vieron finalmente a salvo. La «monarquía Habsburgo», nacida de unidades diferentes, unas apoyadas en el principio de la herencia y otras en el de la elección, era ahora una entidad mucho más poderosa. Depurados de disidentes, y separados de España, los compactos territorios de los Habsburgo austriacos eran todavía lo bastante extensos como para garantizarles un lugar entre los gobernantes más destacados de Europa y para perpetuar su posesión del título imperial hasta que el Imperio fue abolido en 1806.

Se consiguieron logros sólidos y duraderos, que de ningún modo han de ser minimizados por el hecho de que la guerra no cesó inmediatamente en todas partes en 1648. En el este, la tensión entre el emperador y los turcos fue haciéndose cada vez más intensa y sólo la guerra entre el sultán y Venecia por el control de Creta retrasó el estallido de un gran conflicto en Hungría hasta 1663. Incluso en el interior de Alemania algunas de las cláusulas de la paz de Westfalia amenazaron —o provocaron de hecho— con producir nuevas hostilidades. Aunque Suecia y Brandemburgo se dividieron finalmente Pomerania en 1653, creando cada una su administración e incluso señalando su frontera común con mojones de delimitación, Federico Guillermo estuvo a punto de entrar en guerra con el duque de Neoburgo en 1651 a propósito del reparto de Cleves-Juliers. Hubo enfrentamientos de escasa importancia —que los contemporáneos calificaron como «la guerra de vacas de Düsseldorf»— hasta que se fijaron las posiciones exactas de los dos pretendientes, que habían estado en disputa durante casi medio siglo.[57] Pero la posición de Francia en Alsacia y Lorena no se resolvió rápidamente. En Alsacia, aunque los territorios y derechos de los Habsburgo habían sido cedidos a Francia, las diez ciudades más importantes de la zona (que también habían pasado a manos de los franceses) siguieron siendo miembros del Imperio con representantes en la Dieta. La complejidad de la situación desconcertó de tal forma al gobierno de París que envió un agente especial en marzo de 1650

57. Detalles en Opgenoorth, *Friedrich Wilhelm: der grosse Kurfürst*, cap. 4.

para investigar. «Regresarás —ordenó un perplejo Mazarino— y arrojarás más luz que la que tenemos hasta el momento.» Pero la ambigüedad no era accidental: Isaac Volmar, plenipotenciario imperial en Westfalia y antiguo canciller de Alsacia, pretendía que tanto Francia como el Imperio mantuvieran su presencia en la región para que «prevalezca la voluntad más fuerte». Debido a esta decisión, esa desventurada provincia se convirtió en un campo de batalla cada vez que chocaron los Habsburgo y los Borbones.[58]

Aún así, lo cierto es que Alsacia tuvo al menos un breve respiro para recuperarse de la Guerra de los Treinta Años. No tuvo Lorena tanta fortuna. Aunque se ratificó el control de Francia sobre los «tres obispados», la situación del resto del ducado, conquistado por Luis XIII en 1632-1633, quedó intencionadamente sin resolver hasta que Francia y España hubieran firmado la paz. La consecución de un acuerdo entre esas dos potencias católicas había sido uno de los deseos más ardientes de Fernando III, pero, como ya hemos señalado, el emperador se había visto obligado a abandonar a su aliado: España y Francia continuaron luchando hasta la paz de los Pirineos (noviembre de 1659). Incluso después de esa fecha, las hostilidades generadas por la Guerra de los Treinta Años continuaron en el Báltico, donde Rusia, Dinamarca, Polonia y Brandemburgo seguían viendo con malos ojos los beneficios obtenidos por Suecia —en gran parte a sus expensas— en 1648. Sólo la muerte en 1660 del temible Carlos X (el antiguo príncipe Carlos Gustavo, que sucedió a la reina Cristina en 1654) permitió la firma de los tratados de Oliva (1660, con Polonia), Copenhague (1661, con Dinamarca) y Kardis (1661, con Rusia), que llevaron finalmente la paz al norte de Europa.

Pero incluso estos acuerdos fueron efímeros. Europa no comenzó a vivir una era de paz a finales del siglo XVII porque tanto Suecia como Francia —los vencedores incuestionables de la Guerra de los Treinta Años— continuaron luchando contra sus vecinos durante sesenta años. Pero la lucha contra el imperialismo sueco y francés que se desarrolló a partir de 1648 difería, al menos en un aspecto fundamental, de las guerras de principios del siglo XVII: no existía ahora un vínculo religioso fuerte entre los diferentes aliados. Ciertamente, la religión continuó siendo importante desde el punto de vista político (por ejemplo, permitió a Guillermo III destronar al católico Jacobo II

58. Cita y análisis tomados de Livet, *L'intendance d'Alsace*, pp. 123 ss.

en 1688 con muy poco esfuerzo; e igualmente el temor a la política antiprotestante de Luis XIV a partir de 1685 contribuyó a unir a sus enemigos del norte). Pero la religión no dominaba ya las relaciones internacionales, como había ocurrido en el pasado. El aliado más importante del calvinista Guillermo en las guerras contra Luis XIV fue el príncipe católico Eugenio de Saboya, quien estaba al servicio de los no menos católicos Habsburgo austriacos; y, por otra parte, en las guerras del Báltico la Suecia luterana fue finalmente derrotada por una coalición de la luterana Dinamarca, la calvinista Brandemburgo, la católica Polonia y la Rusia ortodoxa.

No es fácil determinar con exactitud el momento en que termina la política confesional. Cuando un agudo observador afirmó inmediatamente después de la paz de Westfalia que «la razón de Estado es una bestia maravillosa, pues hace que se olviden todos los razonamientos», no hacía sino rendir homenaje a la secularización que se había impuesto recientemente en la política europea.[59] Pero, ¿cuándo comenzó ese proceso? Tal vez, la «intervención extranjera» en el conflicto constituye una pista, pues sin duda los príncipes alemanes que tomaron las armas a favor y en contra del emperador estaban fuertemente influidos por consideraciones confesionales. La sinceridad religiosa de Federico V y de Anhalt, de Julius Echter y de Maximiliano, de Jorge de Baden-Durlach e incluso de Cristián de Brunswick, están más allá de toda duda. Mientras fueron estos hombres y sus aliados alemanes quienes ocuparon el primer plano, la religión fue también preponderante. Pero no consiguieron imponer una solución duradera. Cuando la tarea de defender la causa protestante recayó en los luteranos, menos militantes y menos intransigentes que los calvinistas, y cuando se incrementó la participación de potencias no alemanas, comenzaron a imponerse las «razones de Estado». Naturalmente, el interés religioso no quedó totalmente obliterado: Maximiliano de Baviera siguió inexorablemente decidido a asegurar una paz católica y aunque Federico del Palatinado murió, deprimido, en 1632, su primo Carlos Gustavo de Pfalz-Zweibrücken tuvo la satisfacción de encabezar en 1648 el saqueo del palacio imperial en Praga llevado a cabo por los ejércitos suecos. Sin embargo, pese a esa continuidad, lo cierto es que las cuestiones religiosas fueron perdiendo importancia de forma inexorable.

59. Schmid, «Konfessionspolitik», pp. 222-223: von Thumshirn, en representación de Sajonia-Altemburgo, el 28 de noviembre de 1648.

las razones en factores sociales y económicos a largo plazo, como la dislocación económica provocada por la sobreproducción y superpoblación en los primeros decenios de la centuria, o el empeoramiento del clima, o la destrucción o despoblación generalizadas provocadas por la propia guerra. Ciertamente, son muchos los datos que abonan estas afirmaciones. Prácticamente toda Europa se vio afectada por lo que se ha llamado la «crisis general del siglo XVII», una combinación de cambios económicos, sociales, políticos, climáticos e intelectuales que hicieron mucho más plausible la posibilidad de enfrentamientos entre los gobiernos y entre los gobiernos y sus súbditos.[62] Pero ninguno de estos elementos podía hacer, por sí mismo, que una guerra durara treinta años. Y, en cualquier caso, muchos de esos datos pierden fuerza cuando se analizan atentamente. Como han puesto en evidencia Gerhard Benecke y Christopher Friedrichs, ni siquiera los indicadores de posguerra que registran la destrucción material —aparentemente inequívocos— son totalmente confiables: los cálculos detallados de los daños producidos guardan un extraño silencio sobre los muertos y heridos producidos por la guerra y toda la atención se centra, en cambio, en elaborar un minucioso catálogo de cada mueble, cada ladrillo y cada vestido destruido o perdido. En algunos casos, los daños estimados superaban con mucho la riqueza total de la comunidad en cualquier momento de la centuria. Al igual que la «Madre Coraje» de Brecht, las autoridades de Alemania en la posguerra estaban dispuestas a vender a sus hijos por obtener un beneficio.[63] Incluso en la actualidad, el visitante de los territorios del antiguo Sacro Imperio Romano encuentra muchos edificios que datan de los años de la guerra o del período inmediatamente posterior, cuando Alemania es-

62. Véase G. Parker y L. M. Smith, eds., *The General Crisis of the Seventeenth Century*, Londres, 1978, caps. 1, 2 y 8. Véase una detallada información sobre el clima en Alemania durante los años de la guerra, en W. Lenke, *Klimadaten von 1621-1650 nach Beobachtungen des Landgrafen Hermann von Hessen*, Offenbach, 1960: *Berichte des deutschen Wetterdienstes*, nr. LXIII, vol. 9. El landgrave, aunque no tenía barómetro ni termómetro, realizó continuas observaciones que dejó registradas, en Kassel y (a partir de 1640) en Fulda, cuatro veces al día desde 1635 hasta 1650 (excepto durante el año 1645). Esos datos demuestran claramente que el clima, especialmente en el decenio de 1640, era más fresco y húmedo. En 1648 hubo 157 días de lluvia, nieve u otras precipitaciones; en 1649, 147 días, y en 1650, 179.

63. Véase G. Benecke, *Society and Politics in Germany 1500-1750*, Londres, 1974, pp. 234-239, y pp. 301-308, *supra*.

taba supuestamente postrada: las iglesias y el palacio de Neoburgo, en el Danubio, comenzados en 1640; los extraordinarios edificios y fortificaciones construidos durante la guerra en Augsburgo, Münster, Ulm y Nördlingen, etc. De no haber sido por los bombardeos de 1939-1945, podríamos citar muchos otros ejemplos. Los diarios de los viajeros a Alemania después de 1648 —como los ingleses Edward Brown y Philip Skippon, que recorrieron el Imperio en los primeros años del decenio de 1660— contienen numerosas referencias a edificios construidos durante los años de la guerra, pero raras veces mencionan huellas de destrucción o desastre. Ciertamente, si sus relatos fueran la única fuente, nunca sabríamos que había habido una gran guerra. Hasta el momento en que se produjeron las depredaciones de los ejércitos de Luis XIV, Alemania protagonizó una sorprendente recuperación económica (pese a la continuación de la «crisis general» en los demás países).[64]

Otras explicaciones de la larga duración de la Guerra de los Treinta Años se han centrado menos en la incompetencia de los ejércitos, para dedicar más atención a la ineficacia de los gobiernos que los reclutaban. Una vez creados los ejércitos, se dice, no había dinero para pagarlos y tampoco se controlaban y organizaban para conseguir victorias rápidas y decisivas, por lo cual la guerra se eternizaba. También hay muchos datos que apoyan esta hipótesis. En su excelente estudio de la relación entre la economía y la política en los reinados de los primeros Borbones franceses, Richard Bonney afirma que de tanto en tanto el gobierno francés se veía obligado a variar o abandonar sus objetivos debido a la ausencia de medios económicos. Fue fundamentalmente la falta de dinero para protagonizar una participación más completa la que inspiró la «guerra de diversión» de 1629 a 1635, y en 1647-1648 el desarrollo de las conversaciones de paz en Westfalia se vio seriamente afectado por la situación del tesoro francés.[65] Como ya hemos señalado en capítulos anteriores, el ritmo de la intervención española, danesa e inglesa se vio también muy influido por considera-

64. P. Skippon, «An account of a journey through the Low Countries, Germany, Italy and France», en A. Churchill, ed., *A collection of voyages and travels*, VI, Londres, 1732, pp. 418-484. Véase también Friedrichs, *Nördlingen*, caps. 2, 4 y 5. Es cierto que en la mayor parte de las zonas no se alcanzó el mismo nivel de vida de antes de la guerra hasta después de 1700, pero esto se debió en gran medida a Luis XIV.

65. Bonney, *The King's Debts*, pp. 126-127, 200, 202-205.

ciones económicas. Es indudable que todos estos estados se implicaron en una guerra que estaba por encima de sus posibilidades; ésa es la razón por la cual llegaron a la paralización. Sin embargo, y no deja de ser sorprendente, no fue ésa una experiencia universal. Suecia, el emperador, Baviera y Hesse-Kassel consiguieron mantener grandes ejércitos en el campo de batalla hasta el fin de la guerra sin provocar el colapso interno. Es cierto que la posición financiera de Fernando II a comienzos de 1630 era precaria, pero, aparte de ese breve episodio de penuria, lo cierto es que desde 1625 hasta 1648 (y naturalmente después) la corte imperial dirigió constantemente las operaciones de hasta 50.000 hombres en armas. Inevitablemente, la carga fiscal que recaía sobre los súbditos de los Habsburgo se elevó: impuestos sobre las propiedades; impuestos sobre los productos (en especial el vino); impuestos sobre los productos de lujo e impuestos sobre la nobleza y riqueza, pero después de la revuelta de 1635 en Austria no hubo una resistencia organizada similar a la de Normandía frente a Richelieu o la de Cataluña o Nápoles frente a Olivares. De igual forma, Suecia, entre 1630 y 1650 mantuvo a un ejército aún mayor, aunque su soldada se satisfacía en parte con subsidios extranjeros y el abastecimiento procedía de los territorios ocupados. Tal vez la fuerza más notable era el ejército de Hesse, que en 1648 tenía guarniciones en 43 fortalezas —casi tantas como los franceses— y sin embargo no contaba prácticamente con una base central, pues Hesse-Kassel había sido ocupado en el decenio de 1630 por fuerzas enemigas, siendo luego terriblemente devastado.[66] Ciertamente, los soldados de Hesse fueron pocas veces protagonistas en el drama, pero demostraron mejor que nadie hasta qué punto podía llevarse a la práctica la máxima *bellum se ipse alet*. Si un gobernante sin tierras como Amalia de Hesse podía mantener 10.000 hombres o más en armas a pesar de los 25 años de hostigamiento constante por parte del emperador del Sacro Imperio Romano, la guerra en Alemania podía durar eternamente.

Pero si Hesse podía mantener enhiesto su estandarte, no tenía fuerza suficiente para ganar la guerra. Tampoco el ejército sueco, a

66. Véase Beck, *Der hessische Bruderzwist*, donde se encontrará un breve y sucinto estudio de las últimas fases de la guerra desde el punto de vista de Hesse. En cuanto a los territorios de los Habsburgo, la guerra tuvo también efectos catastróficos, pero fueron menos graves de lo que se podía esperar. Véase, para una zona, R. Sandgruber, «Zur Wirtschaftsentwicklung Niederösterreichs im 16. und 17. Jahrhundert», *Unsere Heimat*, XLV (1974), pp. 210-221.

pesar de sus grandes victorias, consiguió imponer una rendición incondicional al emperador: ni la batalla de Breitenfeld, ni la de Wittstock, ni la de Jankov produjeron el hundimiento total de las tropas imperiales. Tampoco la campaña de 1648, en la que el ejército sueco estuvo a punto de tomar Praga, habría resultado probablemente decisiva desde el punto de vista militar. En efecto, Praga había sido ocupada dos veces anteriormente (en 1618 y 1631), pero en ambas ocasiones se había recuperado. De igual forma, en 1645-1646 Viena parecía también condenada pero sobrevivió intacta. Hacía falta algo más que la ocupación de una ciudad o dos para poner fin a la Guerra de los Treinta Años.

Reinaba, al parecer, una situación de parálisis militar y política. Fue éste un hecho de la mayor importancia, pues dado que ningún grupo de potencias tenía la capacidad militar para alcanzar la victoria total y que la situación política y religiosa estaba totalmente equilibrada, los designios quijotescos y los temperamentos belicosos, incluso de personajes de escasa entidad, comenzaron a ejercer una influencia desproporcionada en el curso de los acontecimientos. La prosopografía de los príncipes y prelados de comienzos del siglo XVII puede no ser edificante ni atractiva, pero es fundamental para la comprensión del carácter de la guerra. Su libertad de acción era temible y se refleja en el *status* casi divino que les atribuían sus súbditos. Citemos a título de ejemplo las palabras pronunciadas en honor del landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt durante su funeral en 1661:

> Así como el sol en los cielos es hecho y modelado por Dios y es una obra realmente maravillosa del Todopoderoso, también los reyes, los príncipes y los señores son situados y ordenados por Dios en el estado secular. Por esa razón también pueden ser llamados dioses.[67]

El landgrave Jorge, el último en morir de los grandes actores de la guerra, parece haber sido también uno de los menos atractivos. Cobarde y vengativo hacia su primo Mauricio, personalidad más abierta y cultivada, sin embargo su fuerza de voluntad desempeñó un papel

67. Citado por L. W. Forster, *The Temper of Seventeenth-Century German Literature*, Londres, 1952, p. 9. Véanse elogios similares de teóricos políticos y predicadores en Inglaterra, citados por J. N. Figgis, *The Theory of the Divine Right of Kings*, Londres, 1894, caps. 7, 8 y 9.

de primera magnitud en la guerra. Más que ningún otro factor fue su incansable diplomacia entre 1630 y 1635 la que consiguió finalmente convencer a su suegro, Juan Jorge de Sajonia, para que firmara la paz con el emperador, abriendo así una brecha insuperable entre los defensores de la causa protestante. No había hecho sino pisar suelo alemán el rey Gustavo Adolfo cuando el landgrave Jorge presentó los «Hessische Punkten» a la asamblea de Ratisbona; al no encontrar apoyo a su iniciativa, intentó —a pesar de Breitenfeld— entablar negociaciones directas con el emperador. Casi inmediatamente, el avance irresistible de los suecos hacia el Rin le obligó a alinearse en el bando de Gustavo Adolfo, pero Jorge buscó una y otra vez el acuerdo con los imperiales: primero en Colonia en 1632, luego en Leitmeritz en 1633, en Pirna en 1634 y finalmente (con éxito) en Praga en 1635. ¿Qué perseguía el landgrave con esta constante ofensiva de paz? Sin duda, pretendía restablecer la paz en el Imperio creando un frente unido de príncipes alemanes contra sus enemigos extranjeros. Esas consideraciones políticas se veían reforzadas por una ansiedad confesional: tenía la profunda convicción de que había que detener la irrupción del calvinismo, que recientemente había reclamado Hesse-Kassel y Brandemburgo. Pero tan elevadas motivaciones públicas no excluían la ambición territorial privada: Jorge pretendía también salvaguardar los beneficios conseguidos de manos de sus enemigos domésticos en el decenio de 1620 y, sobre todo, asegurarse de que Hesse-Kassel (el más antiguo aliado de Suecia en Alemania) no recuperara nunca su posición preeminente. Dada la situación territorial de Darmstadt —rodeada por vecinos católicos y calvinistas y con sólo un 25 por 100 de Hesse (frente al 50 por 100 para Kassel)—, la lealtad absoluta al emperador y la inquebrantable alianza con la Sajonia electoral parecían la única garantía del landgrave para el futuro.[68]

Ese oportunismo persistente y concienzudo fue característico de la élite política alemana durante la Guerra de los Treinta Años. Tal vez se ha prestado demasiada atención a la supuesta irracionalidad del liderazgo del Palatinado a partir de 1618, con Federico V aceptando el destino que le ofrecían el Parlamento bohemio y Cristián de Anhalt. Resaltar los elementos mesiánicos en la política del elector resulta atractivo superficialmente, pues tradicionalmente los mesías no llevan

68. La política de paz de Jorge ha sido agudamente analizada por Frohnweiler, «Die Friedenspolitik Landgraf Georgs II.», especialmente pp. 163-170.

consigo la paz, sino una espada. Sin embargo, Federico no recibía únicamente el consejo de Anhalt, sino también de los experimentados Camerarius, Dohna y Rusdorf. El promedio de edad de sus consejeros principales en 1619 era de cincuenta y siete años. No puede decirse, pues, que fueran muchachos impetuosos. Estaba a favor de la intervención de Bohemia como medida preventiva: se trataba de impedir que los Habsburgo incrementaran su fuerza y pudieran utilizarla algún día contra el Palatinado. El nada excitable John Donne visitó Heidelberg inmediatamente antes de que Federico partiera hacia su nuevo reino y pronunció un sermón de despedida sobre el texto «ahora nuestra salvación está más cerca que cuando creíamos», con un fuerte (y prolongado) énfasis en la palabra «ahora».[69]

Pero hacía falta algo más que un sermón para mover a unos príncipes protestantes. La vida disoluta de Cristián IV de Dinamarca le dejaba muchas veces arruinado y en ocasiones en posición difícil. Jugaba con frecuencia (en el año 1625, primer año de su intervención en Alemania, ganó 1.007 táleros y perdió 1.510); era promiscuo y muchas veces estaba borracho durante dos o tres días seguidos (según los diarios de sus cortesanos, durante el decenio de 1600 pasaba dos o tres semanas intoxicado cada año; véase lámina 24). La edad no debilitó su capacidad. «Ésta es la vida del rey —se quejaba un embajador inglés en Copenhague en 1632—: beber todo el día y yacer con una prostituta cada noche.»[70] Por su parte, Juan Jorge de Sajonia encontraba solaz en la bebida y en la caza cuando le abrumaban los grandes problemas políticos y religiosos de la época. Este Nimrod teutónico afirmaba haber matado personalmente más de 150.000 animales y, tal vez afortunadamente, sus hazañas en la bebida no están cuantificadas. Sin embargo, lo cierto es que Juan Jorge se veía sometido a

69. G. R. Potter y E. Simpson, eds., *Sermons of John Donne*, II, Berkeley y Los Ángeles, 1955, pp. 250-268. El Dr. Donne comenzaba: «No hay una palabra más global, que pueda abarcarlo todo mejor, en toda la religión, que la primera palabra de este texto: AHORA». La preocupación por el tiempo y, en especial, por lo inmediato, era compartida por la mayor parte de los escritores de la época. Esto se refleja en la popularidad de que gozaban la poesía lírica, sonetos y epigramas (que intentan atrapar una emoción, pensamiento o acción momentáneas del fluir del tiempo) y en los epitalamios escritos para destacar la singularidad de cualquier acontecimiento, por trivial que pueda parecer.

70. Véase más información en E. L. Petersen, «Conspicuous consumption: the Danish nobility of the seventeenth century», *Kwartalnik historij Kultury materialnej*, I, 1982, pp. 64-65.

duras presiones. Por una parte, durante todo el decenio de 1620, el emperador jugó deliberadamente con la obligación de los luteranos de apoyar el poder establecido y con la aversión de Juan Jorge al calvinismo. Por otra parte, el miedo y la incertidumbre de Sajonia sobre el futuro del luteranismo, si los católicos derrotaban a todos sus enemigos, fue explotado por Gustavo Adolfo y por la corte en el exilio del Palatinado. No es extraño que el elector se diera a la bebida y que en 1651 decidiera dividir sus tierras entre sus cuatro hijos, asegurándose de que ninguno de ellos tuviera que afrontar las terribles decisiones que a él le habían abrumado.

De hecho, no era posible buscar de forma inmediata una solución duradera para todos los grandes conflictos a los que tuvieron que hacer frente Juan Jorge y sus contemporáneos. Aunque tal vez se habrían podido esperar más resultados de un conflicto general que se prolongó durante tanto tiempo, lo cierto es que casi todos los problemas de la época que tenían solución fueron resueltos, quedando tan sólo los que estaban más allá de la capacidad de hombres mejores que el borrachín elector de Sajonia. La dificultad a la hora de estimar los logros de los príncipes alemanes es consecuencia, en parte, de la tentación inevitable de comparar su actuación con la de los dirigentes extranjeros. Obviamente, no había vestigio alguno de indecisión en Zúñiga y en Olivares, en Richelieu y Mazarino, en Oxenstierna y en Gustavo Adolfo. Pero la razón de ese contraste es evidente: la guerra alemana no se desarrollaba ante las puertas de su casa. «Ganemos o perdamos —como observó Oxenstierna en una ocasión— no es nuestra guerra.» Oxenstierna podía tener una visión más fría de los acontecimientos, simplemente porque no estaba directamente amenazado por ellos. A excepción, tal vez, del período 1628-1629, Suecia no estuvo nunca en peligro de invasión por parte de Alemania; tampoco lo estuvo Francia, a excepción del año 1636, y, mucho menos todavía, España. En consecuencia, los políticos extranjeros podían tratar de conseguir sus objetivos utilizando todos los medios a su alcance. Oxenstierna pudo trabajar durante trece años para socavar la paz de Praga; Richelieu y Mazarino podían seguir luchando, al menos en teoría, hasta que sus enemigos —o incluso toda Alemania— se derrumbaran por agotamiento. Pero todo eso no estaba al alcance de los príncipes del Imperio, que se veían inmersos en los fragores de la guerra y que carecían del poder de esos gobernantes extranjeros.

En consecuencia, debido a la parálisis de los mecanismos políticos

normales, la determinación personal o los prejuicios de los enemigos ejercieron una influencia decisiva en el curso de la Guerra de los Treinta Años. No todos habían nacido para gobernar: la posición de Lorenzo de Brindisi respecto a los problemas de Donauwörth condujo finalmente a la formación de la Unión y luego de la Liga; Oñate y Zúñiga ayudaron a convertir la revuelta de Bohemia en una guerra a gran escala y Lamormaini hizo peligrar constantemente la victoria de los Habsburgo con su insistencia en el Edicto de Restitución. En último extremo, fueron estos personajes decididos, y un puñado de hombres como ellos, quienes hicieron que la Guerra de los Treinta Años fuera lo que de hecho fue.

CONVENCIONES

Moneda. Siempre que ha sido posible, todas las cantidades de dinero se dan en táleros imperiales (*Reichsthaler*). Las conversiones de otras monedas se han realizado de acuerdo con el siguiente esquema:

4,8 táleros 4,5 escudos 12 libras tornesas 10 florines holandeses 6 florines del Rin	igual a 1 libra esterlina

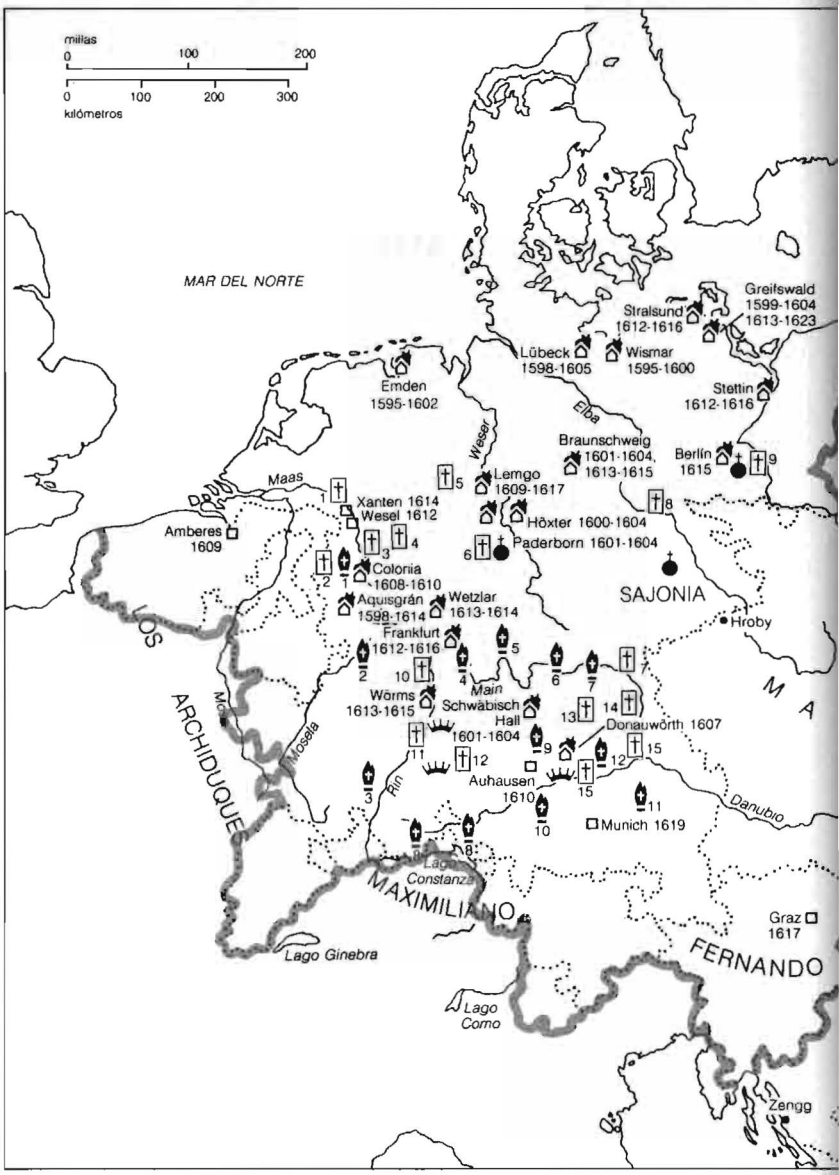
Fechas. Corresponden todas ellas al calendario gregoriano, a menos que se especifique otra cosa.

Lugares y nombres de personas. Cuando existe una versión española aceptada la hemos utilizado (por ejemplo, Viena, La Haya y Colonia; Jacobo I, Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo); en los demás casos, hemos utilizado la forma preferida en general por el lugar o la persona concretas (así, Bratislava en lugar de Pressburg o Posnonia y Mazarino en lugar de Mazzarini).

ABREVIATURAS

AGRB	Archives Générales du Royaume, Bruselas, Bélgica
AGS	Archivo General, Simancas, España
AMAE	Archives du Ministère des Affaires Étrangères, París, Francia
ARA	Algemene Rijksarchief, La Haya, Holanda
BGSA	Bayerisches Geheimes Staatsarchiv, Munich, República Federal de Alemania
BL	British Library, Londres, Inglaterra
BNM	Biblioteca Nacional, Madrid, España
KrA	Krigsarkivet, Estocolmo, Suecia
NLS	National Library of Scotland, Edimburgo, Escocia
PRO, S. P.	Public Record Office, Londres, Inglaterra; State Papers Collection
RAC	Rigsarkivet, Copenhague, Dinamarca
ZSM	Zentrales Staatsarchiv, Merseburg, República Democrática Alemana

MAPAS

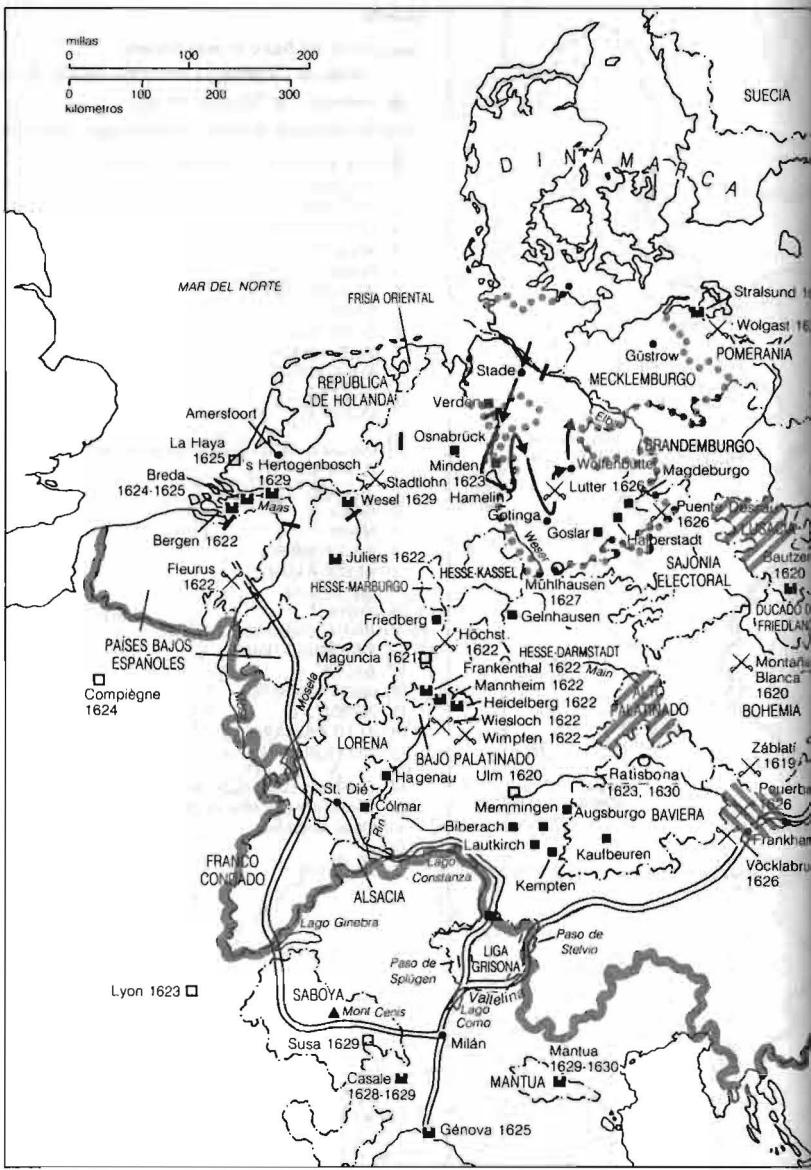

millas
0 100 200
0 100 200 300
kilómetros
MAR DEL NORTE
Emden 1595-1602
Lübeck 1598-1605
Stralsund 1612-1616
Wismar 1595-1600
Greifswald 1599-1604 1613-1623
Stettin 1612-1616
Braunschweig 1601-1604, 1613-1615
Berlín 1615
Lemgo 1609-1617
Höxter 1600-1604
Paderborn 1601-1604
Weser
Elba
Maas
Xanten 1614
Wesel 1612
Amberes 1609
Coloniia 1608-1610
Aquisgrán 1598-1614
Wetzlar 1613-1614
Frankfurt 1612-1616
SAJONIA
Hroby
LOS PAÍSES BAJOS
ARCHIDUQUE
Mosela
Rin
Main
Wörms 1613-1615
Schwäbisch Hall 1601-1604
Donauwörth 1607
Auhausen 1610
Munich 1619
Danubio
Lago Constanza
MAXIMILIANO
Lago Ginebra
Lago Como
FERNANDO
Graz 1617
Zengg

CLAVE

- Límite del Sacro Imperio Romano
- Límites de los territorios de los Habsburgo, en 1616
- Miembros del Erbverein en 1609
- Miembros de la Alianza de Neoburgo, 1605-1608
- Miembros de la Liga católica en 1612
  1. COLONIA
  2. TRÉVERIS
  3. ESTRASBURGO
  4. MAGUNCIA
  5. FULDA
  6. WURZBURGO
  7. BAMBERG
  8. CONSTANZA
  9. ELLWANGEN
  10. AUGSBURGO
  11. BAVIERA
  12. EICHSTÄTT
- Miembros de la Unión protestante en 1612
  1. CLEVES
  2. JULIERS
  3. BERG
  4. MARK
  5. RAVENSBURG
  6. HESSE-KASSEL
  7. BAYREUTH
  8. ANHALT
  9. BRANDEMBURGO
  10. BAJO PALATINADO
  11. BADEN
  12. WÜRTTEMBERG
  13. ANSBACH
  14. ALTO PALATINADO
  15. NEOBURGO
- Conflictos urbanos en Alemania, 1600-1618
- Localidades donde se firmaron tratados
- Otras ciudades

MAPA 1

Antes de la guerra

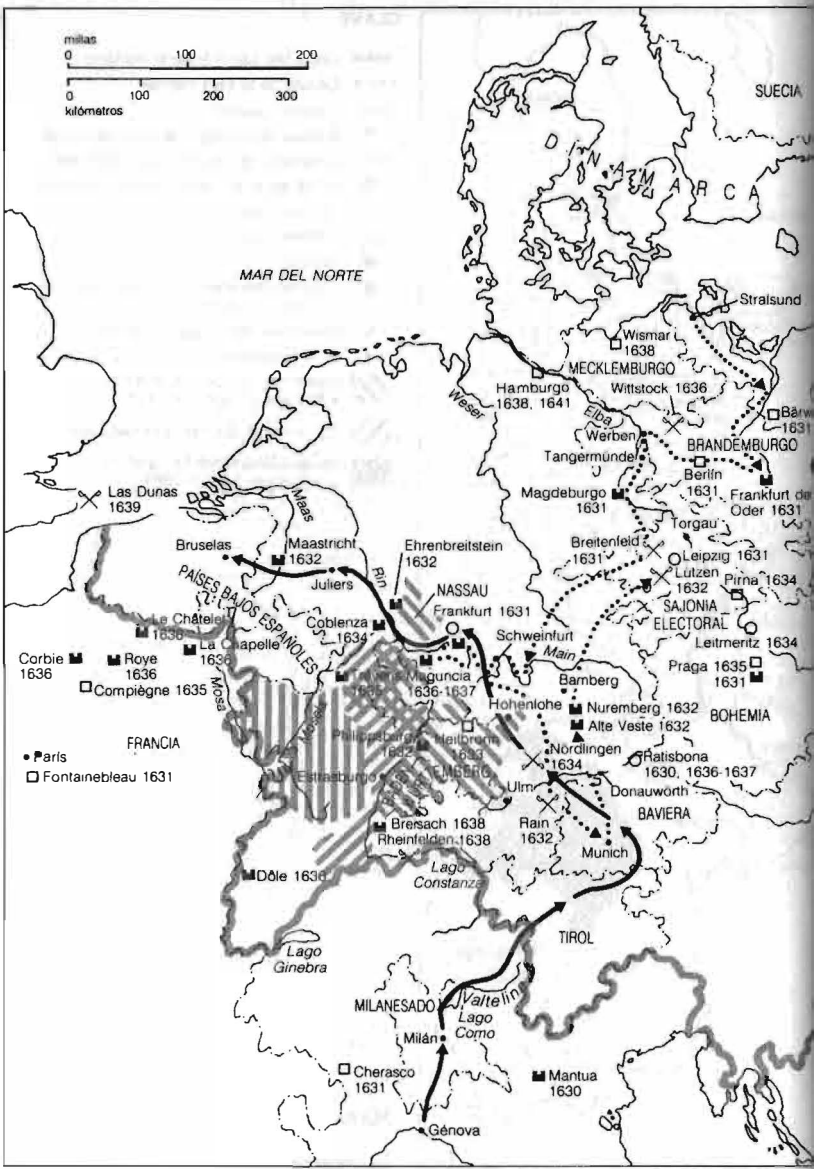

millas
0 100 200
0 100 200 300
kilometros
SUECIA
DINAMARCA
MAR DEL NORTE
FRISIA ORIENTAL
Stralsund
Wolgast
Güstrow
POMERANIA
Stade
MECKLEMBURGO
REPUBLICA DE HOLANDA
Verden
Amersfoort
La Haya 1625
Osnabrück
Minden
BRANDEMBURGO
Breda 1624-1625
s Hertogenbosch 1629
Stadtlohn 1623
Wolfenbüttel
Magdeburgo
Wesel 1629
Hamelin
Lutter 1626
Maas
Puente
1626
Götinga
Goslar
Halberstadt
Bergen 1622
Juliers 1622
Weser
Fleurus 1622
HESSE-KASSEL
SAJONIA ELECTORAL
Bautzen 1620
HESSE-MARBURGO
Mühlhausen 1627
Friedberg
Gelnhausen
DUCADO DE FRIEDLAND
Höchst 1622
HESSE-DARMSTADT
PAISES BAJOS ESPAÑOLES
Maguncia 1621
Frankenthal 1622
Main
Montaña Blanca 1620
Compiègne 1624
Mosela
Mannheim 1622
PALATINADO
Heidelberg 1622
BOHEMIA
Wiesloch 1622
Wimpfen 1622
LORENA
BAJO PALATINADO
Zablati 1619
Hagenau
Ulm 1620
Ratisbona 1623, 1630
St. Dié
Colmar
Memmingen
Augsburgo
BAVIERA
Biberach
Lautkirch
Kaufbeuren
FRANCO CONDADO
Lago Constanza
Kempten
ALSACIA
Lago Ginebra
Paso de Stelvio
LIGA GRISONA
Paso de Splügen
Lyon 1623
SABOYA
Mont Cenis
Valtelina
Lago Como
Susa 1629
Milán
Mantua 1629-1630
Casale 1628-1629
MANTUA
Génova 1625

CLAVE

- Límite del Sacro Imperio Romano
- Círculo de la Baja Sajonia
- Camino español
- Bloqueo económico de la República de Holanda
- Campaña de Cristián IV en 1625-1626
- Localidades donde se firmaron tratados
- Victorias católicas
- Derrotas católicas
- Asedios
- Lugares más importantes afectados por el Edicto de Restitución
- Reuniones del Colegio Electoral
- Otras ciudades
- Zonas cedidas por Fernando II a Baviera y Sajonia en 1621
- Zonas afectadas por la revuelta austriaca de 1626
- Zonas cedidas por Fernando II a Transilvania, 1621-1629

MAPA 2

La guerra, 1618-1629


millas
0 100 200
0 100 200 300
kilómetros
SUECIA
DINAMARCA
MAR DEL NORTE
Stralsund
Wismar 1638
MECKLEMBURGO
Hamburgo 1638, 1641
Wittstock 1636
Weser
Elba
Werben
BRANDEMBURGO
Tangermünde
Berlín 1631
Frankfurt de Oder 1631
Magdeburgo 1631
Torgau
Breitenfeld 1631
Leipzig 1631
Lützen 1632
Pirna 1634
SAJONIA ELECTORAL
Leitmeritz 1634
Praga 1635 1631
Las Dunas 1639
Maas
Bruselas
Maastricht 1632
Ehrenbreitstein 1632
Rin
Juliers
PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES
NASSAU
Frankfurt 1631
Le Châtelet 1636
La Chapelle 1636
Coblenza 1634
Schweinfurt
Main
Corbie 1636
Roye 1636
Compiègne 1635
Mosa
Maguncia 1636-1637
Bamberg
Hohenlohe
Nuremberg 1632
Alte Veste 1632
BOHEMIA
FRANCIA
París
Fontainebleau 1631
Philippsburg 1632
Heilbronn 1633
Nördlingen 1634
Ratisbona 1630, 1636-1637
Estrasburgo
EMBERG
Ulm
Donauwörth
BAVIERA
Breisach 1638
Rheinfelden 1638
Rain 1632
Munich
Dôle 1636
Lago Constanza
TIROL
Lago Ginebra
MILANESADO
Valtelina
Lago Como
Milán
Cherasco 1631
Mantua 1630
Génova

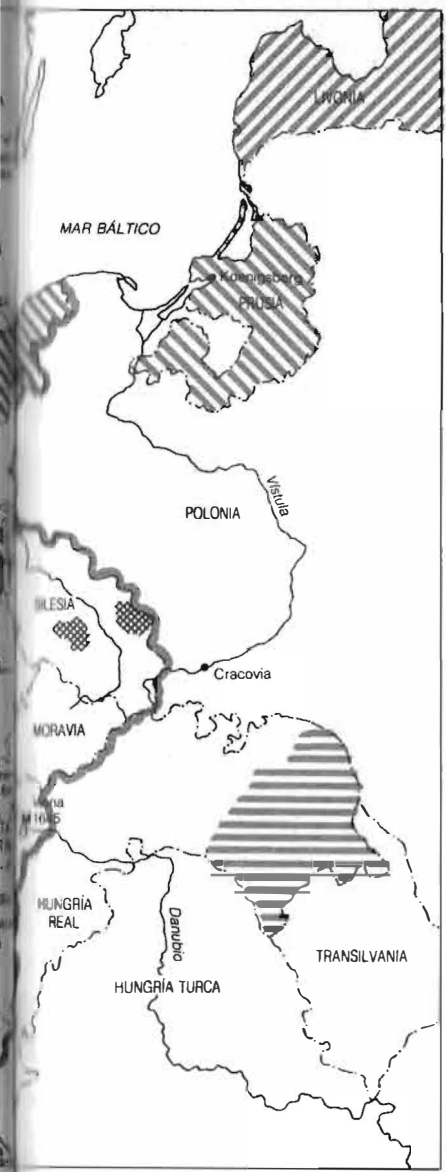
CLAVE

- Límite del Sacro Imperio Romano
- Campañas de Gustavo Adolfo en 1631-1632
- Campaña del Cardenal-infante en 1634
- Reuniones imperiales
- Victorias imperiales o aliadas
- Derrotas imperiales o aliadas
- Asedios
- Localidades donde se firmaron tratados
- Otras ciudades
- Liga Heilbronn
- Zona bajo protección francesa, 1632-1633
- Zona bajo protección francesa, 1633-1638

MAPA 3

La guerra en el decenio de 1630

millas
0 100 200
0 100 200 300
kilómetros
DINAMARCA
MAR DEL NORTE
POMERANIA OCCIDENTAL
MECKLEMBURGO
BREMEN
VERDEN
Elba
WESTFALIA
REPÚBLICA DE HOLANDA
La Haya
Osnabrück 1643-1648
Münster 1643-1648
MAGDEBURGO
HALBERSTADT
BRANDEMBURGO
Maas
CLEVES
Goslar 1642
Breitenfeld 1642
Leipzig 1642
Kolin 1645
Bruselas
MARK
Weser
PAÍSES BAJOS ESPAÑOLES
Lens 1648
BERG
JULIERS
SAJONIA DUCAL
Dresde
SAJONIA ELECTORAL
COLONIA
PFALZ ZWEIBRÜCKEN
Frankfurt 1643-1645
Rocroi 1643
LUXEMBURGO
Main
Praga 1648
Jankov 1645
Nuremberg 1640, 1648-1651
ALTO PALATINADO
BAJO PALATINADO
Mosa
Mergentheim 1645
FRANCIA
METZ
VERDÚN
Rin
BOHEMIA
Allerheim 1645
TOUL
Mosela
Friburgo 1644
Zusmarshausen 1648
Ratisbona 1640-1641
PFALZ-NEUBURG
Linz
Tuttlingen 1643
Munich
BAVIERA
BAJA AUSTRIA
Lago Constanza
FRANCO CONDADO
ALSACIA
Einsiedeln 1640
Bregenz 1646
SALZBURGO
Lago Ginebra
CONFEDERACIÓN SUIZA
LIGA GRISONA
TIROL
CARINTIA
Valtelina
Lago Como
SABOYA
MILANESADO
REPÚBLICA DE VENECIA
CARNIOLA
MONFERRATO
Venecia
MANTUA
PARMA
Génova
MÓDENA
ESTADOS PONTIFICIOS



MAPA 4

La guerra en el decenio de 1640

CRONOLOGÍA

† = muerte
* = victoria de los Habsburgo o sus aliados
** = derrota de los Habsburgo o sus aliados

Todas las fechas corresponden al calendario gregoriano.
Los acontecimientos importantes figuran en VERSALITAS.

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
1606		*Jun.* Paz de Viena, pone fin a la revuelta de Hungría *Nov.* Paz de Zsitva Torok, pone fin a la «larga» guerra turca	
1607			*Mar.* Alto el fuego las guerras de Holar (hasta 1609) *Nov.* Bancarrota española
	17 dic. «INCIDENTE DE DONAUWÖRTH»		
1608	*Ene.* Dieta Imperial en Ratisbona (hasta 3 mayo) *12 may.* SE CONSTITUYE LA UNIÓN PROTESTANTE	*Feb.* Tratado de Bratislava	
		Jun. Matías se convierte en archiduque reinante y rey de Hungría	
1609	*Mar.* Primera crisis de Cleves-Juliers (hasta oct. 1610)	*Mar.* Concesiones de Matías a los protestantes	
			Abr. TREGUA DE LOS DOCE AÑOS (hasta 1621)
	10 jul. SE CONSTITUYE LA LIGA CATÓLICA	*9 jul.* Carta de Majestad: nombramiento de los «defensores»	
1610			
	Oct. † Federico IV del Palatinado; le		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
		Jun. Paz de Viena
		Nov. Paz de Zsitva Torok
	Sep. Polonia invade Rusia (hasta 1618)	
14 may. † Enrique IV de Francia; minoría de edad de Luis XIII (hasta 1617)		

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	sucede Federico V		
1611		*Mar.* Las tropas de Passau atacan Praga	*Mar.* Tratado matrimonial franco-español
		May. Matías coronado rey de Bohemia	
	Jul. Juan Jorge I elector de Sajonia (hasta 1656)		
1612	*20 ene.* † Rodolfo II; Matías elegido emperador (hasta 1619)		
1613			
	Feb. Matrimonio de Federico V e Isabel Estuardo		
	Abr. El elector de Brandemburgo se convierte al calvinismo *May.* Tratado entre la Unión y Holanda *Jul.* Wolfgang Guillermo de Neoburgo se convierte al catolicismo *Ag.* Dieta Imperial		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
Mar. Tratado matrimonial franco-español		
	Abr. Dinamarca invade Suecia (guerra hasta 1613)	
	Oct. Gustavo Adolfo, rey de Suecia (hasta 1632)	
Abr. Tratado de Wesel entre Inglaterra y la Unión		
Dic. † Francisco, duque de Mantua		
	Ene. Paz de Knäred (Dinamarca y Suecia)	
	Mar. Miguel Romanov elegido zar (hasta 1645)	Bethlen Gabor príncipe de Transilvania (hasta 1629)
Abr. Primera guerra de sucesión de Mantua (hasta junio 1615)		

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	en Ratisbona (hasta oct.)		
1614			
	May. Segunda crisis de Cleves-Juliers (hasta sept.)		
	Ag. Aquisgrán recatolizada; revuelta Fettmilch en Frankfurt	*Ag.* Dieta General en Linz	
	Nov. Tratado de Xanten		*Nov.* Tratado de Xanten
1615	Revuelta luterana en Brandemburgo		La armada holandesa ataca la costa del Pacífico de la Américe española
		Dic. Guerra de los uscoques (hasta feb. 1618)	
1616			
1617	Año del Jubileo luterano; apertura «Academia Militar» en Siegen		
		20 mar. TRATADO DE OÑATE	*20 mar.* TRATADO DE OÑATE
	Abr. Se renueva la Unión evangélica		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
Jun. Guerra civil francesa (hasta mayo)		
Oct. Estados Generales en Francia		
Jun. El tratado de Asti pone fin a la primera guerra de Mantua *Ag.* Guerra civil en Francia (hasta mayo 1616) *Dic.* Guerra de los uscoques (hasta 1618)		
Sep. Segunda guerra de sucesión de Mantua (hasta 1617) *Feb.* Guerra civil en Francia (hasta abr.)		
	Mar. Paz de Stolbova (Suecia y Rusia)	
24 abr. Gobierno personal de Luis XIII (hasta 1643)		

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	(hasta 1621); disolución de la Liga católica		
		Jul.-dic. Fernando de Estiria reconocido como rey designado de Bohemia y Hungría	
			Ag. Oldenbarnevelt recluta tropas waardgelder
1618	Brandemburgo se anexiona Prusia	*Feb.* Paz de Wiener-Neustadt (archiduque y Venecia)	
			Mar. Don Baltasar de Zúñiga se convier en el principal ministro español (hasta 1622)
		23 may. DEFENESTRACIÓN DE PRAGA	
		Jun. Saboya otorga subsidios a Bohemia (hasta abr. 1619)	
			Ag. Caída de Oldenbarnevelt
		Sep. Mansfeld captura Pilsen	
1619	*Ene.* Se constituye de nuevo la Liga católica		
	20 mar. † Matías	*20 mar.* † Matías; le	

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
	Jun. Suecia invade Livonia	
Oct. La paz de Pavía pone fin a la segunda guerra de Mantua *Feb.* Paz de Wiener-Neustadt	Tregua de Suecia con Polonia (hasta 1621)	
	Ene. Paz de Deulino (Polonia y Rusia)	
Feb. Guerra civil en Francia (hasta abril)		

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
		sucede Fernando de Estiria	
		May. Primer asedio de Viena	*May.* Los archiduque envían ayuda a Fernando; ejecución de Oldenbarnevelt
		10 jun. * Záblatí. Moravia se une a la confederación	
	28 ag. Fernando elegido emperador	*22-26 ag.* DERROCAMIENTO DE FERNANDO; ELECCIÓN DE FEDERICO	
	8 oct. Tratado de Munich (España-Baviera-emperador)		
		Nov. Segundo asedio de Viena	
1620			
	20 mar. GARANTÍA DE MÜHLHAUSEN		
	3 jul. TRATADO DE ULM	*Jul.* Los bávaros ocupan la Alta Austria (hasta 1628)	
	Ag. Spínola invade el Palatinado		*Ag.* Spínola invade Palatinado
		Oct. Confiscaciones. Creación de un	

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
		Ag. Bethlen Gabor conquista Hungría (hasta oct.)
	Oct. Polonia ataca a los turcos	
		Nov. Polonia invade Transilvania *20 ene.* Bethlen Gabor concluye una tregua de nueve meses con los Habsburgo
Abr. Rebelión de María de Médicis (hasta agosto) *Jul.* Masacre de la Valtelina		
Ag. Terminan las guerras civiles francesas; Luis XIII invade el Bearn; los Habsburgo ocupan la Valtelina		*Ag.* Bethlen Gabor invade Hungría de nuevo
	20 sep. ** Cecora (polacos contra turcos)	*20 sep.* ** Cecora (polacos contra turcos)

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
		tribunal (hasta 1623) *3 nov.* * MONTAÑA BLANCA	
1621	*21 ene.* Federico es proscrito	*Ene.* Creación del Consorcio de Acuñación: período de «Kipper- und Wipper» (hasta 1623)	
	Feb. Conferencia de Segeberg		
			31 mar. † Felipe I Felipe IV rey de España (hasta 166
	Abr. Alto el fuego en el Palatinado (hasta jul.) *27 abr.* Federico se alía con la República de Holanda *14 may.* Disolución de la Unión		*Abr.* GUERRA EN L PAÍSES BAJOS (hast 1648); Federico V llega a República de Hol
			15 jul. † archiduqu Alberto
	Oct. Los bávaros ocupan el Alto Palatinado; Kipper- und Wipperzeit (hasta 1623)		
1622		*Ene.* Primera paz de Nikolsburg	
			Feb. Spínola conqu Juliers
	Mar. Publicación de		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
Feb. Guerra de los hugonotes franceses (hasta [illegible] 1622)	*Feb.* Conferencia de Segeberg	
Sep. Los Habsburgo ocupan los territorios de las Ligas grisonas	*Sep.* Suecia captura Riga	
	Oct. Tregua entre Polonia y Turquía	*Oct.* Tregua entre polacos y turcos
Dic. El papa funda la Congregación para la Propagación de la Fe		*Dic.* Primera paz de Nikolsburg (emperador y Transilvania)

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	Cancelleria Hispanica *Abr.* ** Wiesloch *6 may.* * WIMPFEN (Jorge de Baden derrotado) *Jun.* Conferencia de Bruselas (hasta nov.) *20 jun.* * HÖCHST (Cristián de Brunswick derrotado) *13 jul.* Federico prescinde de Mansfeld y Brunswick *26 ag.* ** Fleurus		*Jun.* Conferencia de Bruselas (hasta nov. *4 oct.* Spínola levant el sitio de Bergen *Oct.* † Zúñiga; OLIVARES VALIDO (hasta 1643)
1623	*25 feb.* El electorado palatino transferido a Maximiliano *Mar.* Rendición de Frankenthal *6 ag.* * STADTLOHN		
1624	*Ene.* Mansfeld disuelve su ejército		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
Feb. Se forma la Liga de Lyon; España accede a abandonar la Valtelina		Bethlen Gabor invade Hungría; guerra de los turcos con Persia (hasta 1639)
Abr. Buckingham y el príncipe Carlos van a Madrid en busca de un acuerdo matrimonial *Ag.* Urbano VIII elegido papa (hasta 1644)		
Abr. Richelieu entra a formar parte del Consejo de Luis XIII		
		May. Segunda paz de Nikolsburg; los persas toman Bagdad

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
			Jun. Tratado de Compiègne (Francia la República de Holanda) *Jul.* Las tropas españolas sitian Breda (hasta jun. 1625)
			Oct. Creación del *Almirantazgo del Norte* *Dic.* El ejército de Mansfeld embarca hacia Holanda
1625			
	Abr. Cristián IV elegido Kreisoberst de la Baja Sajonia		*Mar.* España en guer con Inglaterra (hasta 1630) *Abr.* † Mauricio de Nassau; Federico Enrique, capitán general de la Repúbli de Holanda (hasta 1647) *Jun.* Los españoles ocupan Breda (hasta 1637); bloqueo fluvi de España en Westfalia (hasta 162
	Jul. Wallenstein crea un nuevo ejército imperial; bloqueo fluvial de España en		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
Jun. Tratado de Compiègne (Francia y la República de Holanda)		
Ag. RICHELIEU PRIMER MINISTRO DE FRANCIA (hasta 1642); los franceses ocupan la Valtelina		
Ene. Nueva revuelta hugonote en Francia (hasta 1629) *Mar.* Guerra con España (hasta 1630); Saboya invade Génova *Abr.* † Jacobo VI y I; Carlos I, rey de Inglaterra (hasta 1649)	*Abr.* Cristián IV elegido Kreisoberst de la Baja Sajonia *Jun.* Suecia invade Prusia	

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	Westfalia (hasta 1629)		
		Oct. Reformations-kommission en la Alta Austria	
			Nov. Ataque anglo-holandés contra Cádiz
	9 dic. ALIANZA DE LA HAYA		*9 dic.* ALIANZA DE LA HAYA
1626			
			5 mar. Tratado de Monzón (ratificado en mayo)
	Abr. * del puente Dessau		
		May. Revuelta de la Alta Austria (hasta sep.)	
			Jul. Se publica el esquema de la Unión de Armas
	26 ag. * LUTTER. Avance tropas imperiales hacia el norte		
1627	*Feb.* Entrega de Mecklemburgo a Wallenstein como garantía; las tropas imperiales conquistan Mecklemburgo, Pomerania y Holstein *Mar.* La partición de Hesse favorece a Darmstadt; abdica Mauricio de Hesse-		*Feb.* España decreta la bancarrota

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
[illegible]. Ataque anglo-[illegible]ndés contra Cádiz		
[illegible] *dic.* ALIANZA DE LA [illegible]AYA	*9 dic.* ALIANZA DE LA HAYA	
	Ene. ** Wallhof (los suecos derrotan a los polacos)	Bethlen Gabor invade Moravia; los turcos no consiguen reconquistar Bagdad
[illegible] *mar.* Tratado de Monzón [illegible]tificado en mayo)		
	May. Campañas de Gustavo Adolfo en Prusia (hasta 1629)	
	26 ag. * LUTTER	
		Dic. Paz de Bratislava
[illegible]. Alianza franco-[illegible]ñola contra Inglaterra		

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	Kassel *May.* Tratado de Königsberg (emperador-Brandemburgo)		
		Sep. Nueva constitución para Bohemia y Moravia	
	Oct. Reunión electoral de Mühlhausen (hasta nov.) *10 nov.* Capitulación de Fransburg (Pomerania)		
1628	*Ene.* Wallenstein se convierte en duque de Mecklemburgo; las tropas imperiales ocupan Jutlandia *May.* Baviera se anexiona el Alto Palatinado *May.* ASEDIO SIN ÉXITO DE STRALSUND (hasta jul.)	*May.* La Alta Austria de nuevo bajo control de los Habsburgo	
	Sep. * Wolgast (Wallenstein derrota a los daneses)		*Sep.* Los holandeses capturan la flota española que transporta plata
1629	*6/28 mar.* EDICTO DE RESTITUCIÓN		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
Jun. Guerra entre Francia e Inglaterra (hasta 1629)		
Dic. Tercera guerra de Mantua (hasta jun. 1631)		
	Jun. Suecia libera Stralsund *Sep.* * Wolgast (Wallenstein derrota a los daneses)	
1 oct. RENDICIÓN DE LA ROCHELLE *Mar.* Las tropas francesas, al mando de Luis XIII,	*14 mar.* Encuentro de Ulfsbäck (Cristián y	

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
			Abr. Los holandeses asedian 's Hertogenbosch (hasta sep.)
	7 jul. PAZ DE LÜBECK; los imperiales envían ayuda a Polonia		
			Ag. Los españoles ocupan Amersfoort; los holandeses toman Wesel *14 sep.* Los holandeses ocupan s' Hertogenbosch
1630			*Feb.* Los holandeses toman Pernambuco (Brasil) (hasta 1654)
	Abr. Reunión de Annaburg (Sajonia y Brandemburgo)		
			17 jun. Tratado franco-holandés para la concesión de un subsidio
	6 jul. Gustavo Adolfo invade Alemania *Jul.* REUNIÓN ELECTORAL DE RATISBONA (hasta nov.)		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
[illegible]aden Italia	Gustavo Adolfo)	
Abr. Paz de Susa entre [illegible]ancia e Inglaterra		
May. El ejército imperial [illegible]vade Italia		
[illegible] jun. «Gracia de Alais», [illegible]ue pone fin a la revuelta [illegible]gonote	*17 jun.* * Honigfelde (Stuhm)	
	7 jul. Paz de Lübeck	
	26 sep. Tregua polaco-sueca de Altmark (hasta 1635)	
		Nov. † Bethlen Gabor; le sucede Jorge Rákóczi (hasta 1648)
[illegible]s franceses ocupan [illegible]aboya; la peste asola [illegible]talia (hasta 1631)		
[illegible] jun. Tratado de [illegible]ubsidio franco-holandés		
Jul. Las tropas imperiales [illegible]oman Mantua	*Jul.* Gustavo Adolfo invade Alemania	

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	Ag. Magdeburgo desafía al emperador (hasta mayo 1631) *13 ag.* Wallenstein destituido *Sep.* Conferencia de Zabeltitz (Sajonia y Brandemburgo) *13 oct.* PAZ DE RATISBONA		
			15 nov. Paz de Mad (Inglaterra y España
1631			
	Feb. Asamblea de Leipzig (hasta abr.) *12 abr.* Manifiesto de Leipzig *20 may.* Saqueo de Magdeburgo		
	22 jun. Alianza Brandemburgo-Suecia *4 ag.* Convención de Frankfurt (hasta oct.) *Sep.* Sajonia, Bremen y Hesse-Kassel aliados con Suecia *17 sep.* ** BREITENFELD		*Sep.* Revuelta en el País Vasco (hasta 1634)
	Nov. Suecia conquista Maguncia (hasta 1636)	*15 nov.* Los sajones toman Praga (hasta 1632)	
	Dic. Wallenstein llamado de nuevo		
1632	*Abr.* ** RAIN; los suecos ocupan		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
13 oct. PAZ DE RATISBONA		
11 nov. Journée de Dupes (París)		
13 nov. Paz de Madrid (Inglaterra y España)		
13 ene. Tratado de Bärwalde	*Ene.* Tratado de Bärwalde	
	13 abr. Suecia ocupa Frankfurt del Oder	
4 may. Tratado de Fontainebleau (Francia y Baviera)		
19 jun. Paz de Cherasco	*Jun.* Alianza entre Suecia y Brandemburgo	
	Sep. Alianza entre Suecia y Sajonia	
	17 sep. ** BREITENFELD	
	Abr. † Segismundo III; accede al trono	

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	Baviera *13 abr.* Acuerdo de Göllersdorf: Wallenstein de nuevo jefe supremo		
			Jun. Los holandeses toman Venlo y Roermond; abortada la rebelión de los Países Bajos del Sur
	Jul. Asedio del Alte Veste (hasta 18 sep.)		
			23 ag. Los holandeses conquistan Maastricht
	1 nov. Wallenstein conquista Leipzig *17 nov.* ** LÜTZEN		
1633			
	23 abr. Liga Heilbronn (hasta 1635)		
		Jun.-jul. Tregua en Silesia	
	Jul. ** Hessisch-Oldendorf; motines en el ejército sueco		
		Ag.-oct. Tregua en Silesia *Oct.* * Steinau; Wallenstein reconquista Silesia	
1634	*25 feb.* † Wallenstein *22 abr.* Brandemburgo exige la evacuación sueca de Pomerania		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
	Ladislao IV (hasta 1648)	
	Nov. ** LÜTZEN; † Gustavo Adolfo; le sucede Cristina (hasta 1654)	
	Dic. Guerra de Smolensko (hasta jun. 1634)	
19 abr. Se renueva el tratado franco-sueco	*19 abr.* Renovación del tratado franco-sueco	
	23 abr. Liga Heilbronn; motines en el ejército sueco	Los turcos atacan Polonia
Jun. Francia invade Lorena		
Abr. Francia incrementa el subsidio a Holanda		

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
		Jul. Los sajones invaden Bohemia (hasta sep.)	
	6 sep. * NÖRDLINGEN		
			Oct. El cardenal-infante gobierna Flandes (hasta 1641)
	1 nov. Alianza de Francia con la Liga Heilbronn *24 nov.* Preliminares de Pirna		
1635			*8 feb.* Tratado franc holandés renovado
	Mar. España ocupa Tréveris; el elector encarcelado (hasta 1645)		*26 mar.* España ocu Tréveris
	30 may. PAZ DE PRAGA: el emperador y Sajonia *Ag.* Motines en el ejército sueco *6 sep.* Brandemburgo acepta la paz de Praga	Revuelta campesina en Estiria	*19 may.* FRANCIA DECLARA LA GUERRA A ESPAÑA
1636	*Ene.* Suecia rinde Maguncia *Mar.* El emperador declara la guerra a Francia		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
	Jun. Paz entre Rusia y Polonia	Los turcos atacan Persia
Nov. Francia ocupa [illegible]iones suecos en [illegible]acia; la Liga [illegible]ilbronn se alía con [illegible]ancia *Feb.* Renovado el [illegible]ado franco-holandés *Mar.* Francia ocupa la [illegible]altelina (hasta 1637)		
28 abr. Tratado de [illegible]ompiègne (Francia y [illegible]ecia) *19 may.* FRANCIA DECLARA LA GUERRA A ESPAÑA	*28 abr.* Tratado de Compiègne	
	Ag. Motines en el ejército sueco *Sep.* Paz sueco-polaca de Stuhmsdorf (hasta 1655)	
27 oct. Francia toma a su [illegible]ervicio a Bernardo de [illegible]jonia-Weimar		
Mar. El emperador [illegible]eclara la guerra a [illegible]rancia *30 mar.* Tratado de	*30 mar.* Tratado de	

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
			Jul. El ejército de Flandes invade Fran
			15 ag. El ejército d Flandes en Corbie
	4 sep. Reunión electoral de Ratisbona (hasta enero 1637)		
	Oct. Congreso de Colonia		
	4 oct. ** WITTSTOCK		
	22 dic. Fernando III elegido rey de romanos		
1637	*Ene.* El ejército sueco se retira a Torgau		Juan Mauricio de Nassau gobierna el Brasil holandés (hast 1644)
	15 feb. † FERNANDO II; le sucede FERNANDO III	*15 feb.* † FERNANDO II; le sucede FERNANDO III	
	Mar. † Boguslav XIV de Pomerania		
	Jun. El ejército sueco se retira a Pomerania (hasta oct. 1638)		
			Ag. Conflictos en Évora
			Sep. Los franceses toman Leucate (Cataluña)
			Oct. Los holandeses conquistan Breda
1638	*Mar.* ** Rheinfelden		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
Wismar (Suecia y Francia)	Wismar (Francia y Suecia) *Jun.* Oxenstierna regresa a Suecia	
Jul. El ejército de Flandes invade Francia *11 ag.* El ejército de Flandes en Corbie *Sep.* Las tropas imperiales invaden Borgoña; revuelta Croquant en Francia		
Mar. Revuelta de la Valtelina; reocupación española		
	Jun. El ejército sueco se retira a Pomerania	
Sep. Las tropas francesas toman Leucate (Cataluña)		
13 mar. Tratado de	*15 mar.* Tratado de	

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	Dic. Bernardo de Sajonia-Weimar toma Breisach		*Dic.* Bernardo toma Breisach
1639	*Abr.* ** Chemnitz		
		May. Suecia invade Bohemia (hasta 1640)	
	Jul. † Bernardo de Sajonia-Weimar; Francia hereda todas sus conquistas		*Jul.* Los franceses capturan Salces
			21 oct. ** Los Dow la flota holandesa destruye la armada española
1640	*Ene.* Conversaciones bávaro-francesas en Einsiedeln *Feb.* Reunión electoral de Nuremberg		
			May. Revuelta de Cataluña (hasta 16
	Sep. DIETA DE RATISBONA (hasta oct. 1641) *Dic.* † Jorge Guillermo; le sucede Federico Guillermo		*Dic.* Revuelta de Portugal (hasta 166
1641			*Ene.* Cataluña acep la protección franc
	May. † Baner; motines en el ejército sueco		
			Jun. Alianza entre Holanda y Portug

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
Hamburgo (Francia y Suecia)	Hamburgo (Francia y Suecia)	
Abr. Tratado anglo-danés de Hamburgo	*Abr.* Tratado anglo-danés de Hamburgo	
Jul. Los franceses ocupan Calces; revuelta de los Nu-pieds en Normandía (hasta nov.)		
Ene. Conversaciones franco-bávaras en Einsiedeln		
30 jun. Tratado de Hamburgo (alianza franco-sueca hasta el fin de la guerra)	*30 jun.* Tratado de Hamburgo (alianza franco-sueca hasta el fin de la guerra)	

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	24 jul. Paz entre Brandemburgo y Suecia		
			Ag. Los holandeses toman Angola (hasta 1648)
	Nov. Torstensson en el ejército sueco		
1642	*Ene.* Paz de Goslar (el emperador y Brunswick) Suecia ocupa Sajonia e invade Moravia		
	2 nov. ** Breitenfeld (2.ª)		
1643			*17 ene.* Caída de Olivares
	Feb. «Deputationstag» de Frankfurt (hasta 1645) *May.* Suecia invade Dinamarca (hasta 1645)		
			19 may. ** ROCROI
	Ag. COMIENZAN LAS NEGOCIACIONES EN WESTFALIA (hasta 1648) *Nov.* * Tuttlingen		
1644			

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
[illegible] Conspiración de [illegible]ons		
[illegible] Guerra civil inglesa [illegible]a 1649); [illegible]spiración de Cinq-Mars		
[illegible] *dic.* † RICHELIEU; [illegible]AZARINO SE CONVIERTE [illegible] PRIMER MINISTRO [illegible]NCÉS (hasta 1661)		
[illegible] *may.* † Luis XIII; [illegible]s XIV, rey de Francia [illegible]sta 1715) [illegible] *may.* ** ROCROI	*May.* Guerra sueco-danesa (hasta 1645)	
[illegible]. * Tuttlingen		*Nov.* Alianza entre Suecia y Transilvania (hasta 1645) *Feb.* Rákóczi invade

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
	Ag. ** Friburgo; los franceses ocupan Alsacia		
1645	*5 mar.* ** JANKOV		Los franceses toman diez ciudades en los Países Bajos
	May. * Mergentheim		
	3 ag. ** ALLERHEIM; primera sesión plenaria conferencia de paz de Westfalia *6 sep.* Tregua de Kötzschenbroda (Sajonia y Suecia)	Asedio de Viena por los suecos	
	Nov. Trauttmannsdorf llega a Westfalia (hasta jun. 1647)		
1646			*Ene.* Llegan a Münster los negociadores de la República de Holanda
	Abr. Paz de Eilenburg (Suecia y Sajonia) *Sep.* Paz preliminar franco-imperial		
			Oct. Los franceses toman Dunkerque
1647			*Ene.* Tregua hispano

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
		Hungría (hasta agos. 1645)
Jul. ** Marston Moor; [I]NOCENCIO X sucede a [URB]ANO VIII como papa		
	Nov. Acuerdo de alto el fuego en la guerra suecodanesa	
Jun. ** Naseby		*Jun.* Los turcos sitian Creta (hasta 1668)
	Jul. † Miguel Romanov *Ag.* Paz de Brömsebro	*Ag.* Rákóczi reclamado
		Dic. Paz de Viena
Sep. Paz preliminar franco-imperial *Oct.* Los franceses toman Dunkerque		

Año	*Alemania*	*Los territorios de los Habsburgo*	*España y los Países Bajos*
			holandesa (hasta 1
	14 mar. Tregua franco-bávara (hasta sep.)		
			May. † Federico Enrique; revuelta Sicilia
			Jul. Revuelta de Nápoles
			Oct. Bancarrota de España
1648			*30 ene.* PAZ DE MÜNSTER
	17 may. ** Zusmarshausen		
	6 ag. Paz preliminar sueco-imperial		*20 ag.* ** Lens
		Oct. Los suecos sitian Praga	
	24 oct. PAZ DE WESTFALIA	*24 oct.* PAZ DE WESTFALIA	
1649	*Ene.* Baviera evacuada		
	Abr. Las ciudades imperiales admiten la igualdad religiosa		
1650	*26 jun.* ACUERDO DE NUREMBERG SOBRE LA DESMOVILIZACIÓN		

Francia, Inglaterra e Italia	*Escandinavia, Polonia y Rusia*	*Transilvania y los turcos*
14 mar. Tregua franco-sabaya		
May. Revuelta de Sicilia		
Jul. Revuelta de Masaniello en Nápoles (hasta 1648)		
	Feb. † Cristián IV	
May. Comienza la Fronda (hasta 1654) *20 ag.* ** Lens		
24 oct. PAZ DE WESTFALIA	*24 oct.* PAZ DE WESTFALIA Revuelta de Chmielnicki en Ucrania (hasta 1654)	
	26 jun. ACUERDO DE NUREMBERG	
	Oct. Coronación de la reina Cristina	

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

A. Obras generales

Son millares los libros y artículos que se han escrito sobre el tema de la Guerra de los Treinta Años, en su mayor parte con el mismo título que esta obra. Los mejores títulos son los siguientes, por orden alfabético: H. Langer, *The Thirty Years' War*, Leipzig, 1978 (ed. ingl., Poole, 1980); G. Livet, *La guerre de Trente ans*, París, 1963; G. Pagès, *The Thirty Years' War*, París, 1939 (ed. ingl., Londres, 1970); J. V. Polichenski, *The Thirty Years' War*, Londres, 1971, y C. V. Wedgwood, *The Thirty Years' War*, Londres, 1938 (con frecuentes reediciones). Hay también estudios con un título ligeramente distinto, como G. Benecke, *Germany in the Thirty Years' War*, Londres, 1978; S. H. Steinberg, *The «Thirty Years' War» and the Conflict for European Hegemony, 1600-1660*, Londres, 1967; D. Maland, *Europe at War, 1600-1650*, Londres, 1980, y T. K. Rabb, ed., *The Thirty Years' War. Problems of motive, extent and effect*, Lexington, 1964. Véase también un nuevo título en p. 401, *infra*.

Todas estas obras tienen aspectos positivos, pero, como indicamos en el Prólogo, ninguna de ellas resulta totalmente adecuada. El excelente libro de Langer es, en realidad, una historia cultural de Alemania durante la guerra; Pagès, Polichenski y Wedgwood estudian un aspecto del conflicto, olvidando los demás. Benecke ofrece la traducción al inglés —de incalculable valor— de muchos documentos fundamentales, pero no una historia general de la guerra; la interpretación de Steinberg está plagada de errores factuales; Maland se basa exclusivamente en obras secundarias; Rabb presenta, bastante apresuradamente, las opiniones de 21 autores distintos en menos de 100 páginas. El mejor estudio breve es, incuestionablemente, el de Livet, pero es limitado lo que se puede decir en 125 páginas. Así pues, ninguna de estas obras recientes está a la altura del soberbio estudio (ya antiguo) de Moriz Ritter, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Gegenreformation und des dreissigjährigen Krieges, 1555-1648*, 3 vols., Stuttgart, 1889; reeditado en Darmstadt, 1974. El volu-

men I abarca el período 1555-1586; el volumen II los años 1586-1618 en dos partes, separadas por el incidente de Donauwörth de 1607 y por el conflicto entre Rodolfo II y su hermano; el volumen III comprende los años 1618-1635 de forma bastante exhaustiva. Ninguna otra obra estudia de forma tan lúcida y completa las repercusiones internacionales de cada acontecimiento individual en el Imperio. El libro de Ritter sigue siendo fundamental e indispensable para la historia de la guerra hasta 1635 y para los acontecimientos que desembocaron en el estallido del conflicto.

No es posible recomendar otra obra general con la misma confianza. Incluso los sólidos capítulos que dedica a este tema la *Cambridge Modern History*, volumen IV, publicados en 1906, son desiguales. Aunque algunos (como el dedicado a la cuestión de la Valtelina) son todavía brillantes, otros están claramente superados. Pero, ¿qué podemos ofrecer a cambio? Depende, naturalmente, del tiempo de que disponga el lector. En consecuencia, el *apparatus criticus* que ofrecemos a continuación pretende cubrir un doble objetivo: indicar y evaluar todas las fuentes en las que se basa el texto de este libro y llamar la atención del lector sobre las obras más útiles (que se indican con *). En el índice alfabético aparecen los autores cuyas obras se citan ya sea en este Ensayo bibliográfico o en las notas.

B. Los antecedentes

Según afirma un destacado historiador alemán en una obra publicada en los años 1950, había desaparecido casi por completo el interés por la historia de Alemania en el período 1555-1618. Esto es cierto todavía. Los lectores ingleses que no puedan leer los dos primeros volúmenes de la *Deutsche Geschichte* (citada *supra*), sólo tienen a su alcance tres breves bosquejos: uno a cargo de G. D. Ramsay en la *New Cambridge Modern History* (en dos partes, vol. III, cap. 10, y vol. IV, cap. 10); el segundo, de *C. P. Clasen, en H. Trevor-Roper, ed., *The Age of Expansion. Europe and the world 1559-1660*, Londres, 1968, cap. 4; el tercero, algo más detallado, de Hajo Holborn, *A History of Modern Germany: the Reformation*, Londres, 1965, caps. 10 y 11.

Una de las lagunas más importantes en la mayor parte de las obras sobre la guerra —incluida la de Ritter— es el análisis de los acontecimientos en los territorios austriacos. En consecuencia, los especialistas han de sentirse especialmente satisfechos por el importante estudio, de reciente aparición, de *R. J. W. Evans, *The Making of the Habsburg Monarchy 1550-1700: an interpretation*, Oxford, 1979, con una completa bibliografía en varios idiomas. Hay que tener en cuenta, también, los siguientes estudios: H. Sturmberger, «Die Anfänge des Bruderzwistes in Habsburg»,

Mitteilungen des Oberösterreichischen Landesarchivs, V (1957), pp. 143-188, que hace un excelente análisis de las relaciones de Rodolfo con sus hermanos; una obra anterior del Dr. Evans, *Rudolf II and His World. A study in intellectual history 1576-1612*, Oxford, 1973, y el nuevo volumen de ensayos *Rudolf II and His Court*, Leids Kunsthistorisch Jaarboek, I, Delft, 1982. Sería interesante poseer estudios similares sobre Fernando II, pero no existe ninguno. El análisis más completo de su política sigue siendo la crónica contemporánea de uno de sus consejeros privados, publicada en los años 1640 y que en los años 1720 recibió forma definitiva en doce impresionantes volúmenes tamaño folio a cargo del impresor del elector de Sajonia: *Frantz Christoph Khevenhillers Annales Ferdinandeorum*. Una obra del mismo autor, *Conterfet Kupfferstich*, 2 vols., Leipzig, 1721-1722, ofrece anécdotas biográficas ilustradas. La obra de F. Hurter, *Geschichte Kaiser Ferdinands II. und seiner Eltern*, 11 vols., Schaffhausen, 1850-1867, es tendenciosa pero sigue siendo fundamental. A menor escala, se puede consultar: J. Franzl, *Ferdinand II. Kaiser im Zwiespalt der Zeit*, Graz, 1978; H. Sturmberger, *Kaiser Ferdinand II und das Problem des Absolutismus*, Munich, 1957, y G. Franz, «Glaube und Recht im politischen Denken Kaiser Ferdinands II.», *Archiv für Reformationsgeschichte*, XLIX (1958), pp. 258-269. Véase también F. Stieve, en *Allgemeine deutsche Biographie*, VI, 1877, pp. 644-664. Sobre la hábil manipulación de la opinión pública, en especial en la Alemania luterana, por parte del emperador, véase K. Nolden, *Die Reichspolitik Kaiser Ferdinands II. in der Publizistik bis zum Lübecker Frieden 1629*, Colonia, 1958. Hay también importante información respecto a la toma de decisiones en la corte del emperador en el importante y reciente estudio de *R. Bireley, *Religion and Politics in the Age of the Counter-Reformation. Emperor Ferdinand II, William Lamormaini, S.J., and the formation of Imperial policy*, Chapel Hill, N.C., 1981. Sobre la región de procedencia de Fernando hay una excelente colección de ensayos, A. Novotny y B. Sutter, eds., *Innerösterreich 1564-1619*, Graz, 1967, y una excelente monografía de Schulze, *Landesdefension und Staatsbildung: Studien zum Kriegswesen des innerösterreichischen Territorialstaates (1564-1619)*, Viena, 1973.

Los únicos problemas de entre los que afectaban al Imperio en esos años que han merecido estudios extensos, que abarcan todo el período, son la religión, la economía y (tal vez sorprendentemente) las instituciones representativas. Sobre la situación general del protestantismo en esa época en Alemania, véase J. B. Neveux, *Vie spirituelle et vie sociale entre Rhin et Baltique au XVIIe siècle*, París, 1967; H. Schilling, *Konfessionskonflikt und Staatsbildung. Eine Fallstudie über das Verhältnis von religiösem und sozialem Wandel in der Frühneuzeit am Beispiel der Grafschaft Lippe*, Gütersloh, 1981: Quellen und Forschungen zur Reformationsgeschich-

te, XLVIII; B. Vogler, «La politique scolaire entre Rhin et Moselle, l'exemple du duché de Deux-Ponts 1555-1619», *Francia*, III, 1975, pp. 236-320, y IV, 1976, pp. 287-364; e *idem*, *Le monde germanique et helvétique à l'époque des Réformes, 1517-1618*, II, París, 1981. Sobre la Fórmula de Concordia, véanse los artículos del cuatricentenario editados por L. W. Spitz en *Sixteenth-century Journal*, VIII, n.º 4 (1977). Los mejores estudios de la economía son los de H. Kellenbenz, en H. Aubin y W. Zorn, eds., *Handbuch der deutschen Wirtschafts- und Sozialgeschichte*, I, Stuttgart, 1971, pp. 389-494, y, desde un punto de vista socialista, el de J. Kuczynski, *Geschichte des Alltags des deutschen Volkes. I: 1600-50*, Berlín Este, 1981. Véase también I. Bog, «Wachstumsprobleme der oberdeutschen Wirtschaft 1540-1618», en F. Lütge, ed., *Wirtschaftliche und soziale Probleme der gewerblichen Entwicklung im 15.-16. und 19. Jahrhundert*, Stuttgart, 1968, pp. 44-89, y R. Endres, «Zur wirtschaftlichen und sozialen Lage in Franken vor dem dreissigjährigen Krieg», *Jahrbuch für fränkische Landesforschung*, XXVIII (1968), pp. 5-52.

Entre los estudios de las asambleas representativas, el que goza de mayor aceptación (cuando menos entre los lectores ingleses) es el de F. L. Carsten, *Princes and Parliaments in Germany from the Fifteenth to the Eighteenth Century*, Oxford, 1959. No obstante, aunque contiene una cantidad ingente de datos de gran interés y gran número de generalizaciones de gran claridad, la obra de Carsten ha sido objeto de críticas por parte de determinados historiadores alemanes, que la consideran demasiado anglocéntrica. Esas críticas afirman que el autor exagera las similitudes entre las asambleas alemanas y el Parlamento inglés. Véase, por ejemplo, P. Herde, «Deutsche Landstände und englisches Parliament», *Historisches Jahrbuch*, LXXX (1966), pp. 286-297. P. Blickle ofrece una visión muy diferente de las asambleas representativas del sur de Alemania, resaltando su estructura auténticamente democrática (tan diferente del modelo inglés), en *Landschaften im alten Reich. Die staatlichen Funktionen des gemeinen Mannes in Oberdeutschland*, Munich, 1973. Para otras referencias sobre la Dieta Imperial y los Círculos, véanse las notas 26 y 28 de las pp. 36-37 y 39, *supra*. Sobre las asambleas de los territorios austriacos, hay dos largos artículos de importancia vital: sobre sus orígenes, véase M. Mitterauer, «Ständegliederung und Ländertypen», en E. Bruckmüller *et al.*, eds., *Herrschaftsstruktur und Ständebildung II. Beiträge zur Typologie der Österreichischen Länder aus ihren mittelalterlichen Grundlagen*, Munich, 1973, pp. 115-203; sobre las escuelas protestantes, fundadas por las asambleas y símbolo de su independencia, véase G. Heiss, «Konfession, Politik und Erziehung, Die Landschaftsschulen in der nieder- und innerösterreichischen Ländern vor dem dreissigjährigen Krieg», en G. Klingenstein *et al.*, eds., *Bildung, Politik und Gesellschaft*, Viena, 1978, pp. 13-63.

También los grupos políticos al margen de los territorios de los Habs-

burgo que tuvieron algo que ver en los acontecimientos de Bohemia con anterioridad a 1618 han sido objeto de la atención de los especialistas. Los archivos de la Unión y de la Liga se hallan en la actualidad en las diferentes secciones del Bayerisches Hauptstaatsarchiv en Munich, donde se conservan los archivos del período de preguerra del Palatinado renano, así como los del ducado de Baviera. Por lo que hace al período 1599-1613, la mayor parte del contenido de esos archivos, junto con mucha otra documentación procedente de otras fuentes, se publicó en la serie *Briefe und Akten zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges*, editada por Moriz Ritter *et al.*, vols. I-XII, Munich, 1870-1978.

El mejor estudio en lengua inglesa sobre la política del Palatinado es el breve esbozo de C. P. Clasen, *The Palatinate in European History 1559-1660*, Londres, 1963. Hay muchos otros estudios en alemán, en especial, V. Press, *Calvinismus und Territorialstaat: Regierung und Zentralbehörden der Kurpfalz 1559-1619*, Stuttgart, 1970: Kieler historische Studien, VII; *idem*, «Die Grundlagen der kurpfälzischen Herrschaft in der Oberpfalz 1499-1621», *Verhandlungen des historischen Vereins für Oberpfalz und Regensburg*, CXVII, 1977, pp. 31-67, y F. H. Schubert, *Ludwig Camerarius, 1573-1651: Eine Biographie*, Kallmünz, 1955: Münchener historische Studien: Abteilung Neuere Geschichte, I. No existe una biografía moderna de Anhalt, pero sus contactos con los protestantes de la Europa central han sido brevemente analizados por A. A. van Schelven en «Der Generalstab des politischen Calvinismus in Zentraleuropa zu Beginn des dreissigjährigen Krieges», *Archiv für Reformationsgeschichte*, XXXVI (1939), pp. 117-141. No existe un estudio reciente sobre la Unión, pero varios de sus miembros han sido objeto de excelentes monografías. Véase, especialmente, H. G. Herold, *Markgraf Joachim-Ernst von Brandenburg-Ansbach als Reichsfürst*, Schriftenreihe der Historischen Kommission bei der bayerischen Akademie der Wissenschaften, X, Gotinga, 1973; E. Kossol, *Die Reichspolitik des Pfalzgrafen Philipp Ludwig von Neuburg (1547-1614)*, Schriftenreihe der Historischen Kommission bei der bayerischen Akademie der Wissenschaften, XIV, Gotinga, 1976, y E. L. Sticht, *Markgraf Christian von Brandenburg-Kulmbach und das Oberland der Markgrafschaft im dreissigjährigen Krieg (1618-1635)*, Neuhaus-an-der-Eger, 1964.

Hay dos estudios excelentes de Baviera y la Liga: F. Neuer-Landfried, *Die Katholische Liga: Gründung, Neugründung und Organisation eines Sonderbundes, 1608-1620*, Münchener historische Studien, Abteilung bayerische Geschichte, IX, Kallmünz, 1968, y H. Altmann, *Die Reichspolitik Maximilians von Bayern, 1613-1618*, Briefe und Akten zur Geschichte des dreissigjährigen Krieges, neue Folge, XII, Munich, 1978. Otros volúmenes de esta serie llevan el título general *Die Politik Maximilians I. von Bayern und seiner Verbündeten 1618-1651*. El volumen I (en dos

partes, publicado en Munich, 1966-1970) abarca el período 1618-1622. El volumen II abarca los años 1623-1635 en 10 partes, no todas las cuales pueden consultarse todavía: partes 1-3 (publicadas en Leipzig, 1907, 1918 y 1942) y 4-5 (publicadas en Munich, 1948 y 1964) llegan hasta 1630. La parte 8 (1632-1633) apareció en 1981 y la parte 9 (para 1634-1635) en 1986. El volumen III, que abarca el período 1635-1648, probablemente no llegará a publicarse, ya que todo el material pertinente ha de aparecer en la subsección bávara del *Acta Pacis Westphalicae* (véase p. 396, *infra*).

Paradójicamente, no existe una biografía bien conseguida del director de la Liga, aunque la documentación al respecto es muy voluminosa, siendo A. Kraus el que mejor estudia esa documentación en «Kurfürst Maximilian I von Bayern. Das neue Bild eines grossen Fürsten», *Historisches Jahrbuch*, XCVII/XCVIII (1978), pp. 505-526, donde se revisa toda la bibliografía aparecida desde 1963. Sobre la figura de Maximiliano antes de la guerra, véase el completo estudio de H. Dollinger: *Studien zur Finanzreform Maximilians I. von Bayern in den Jahren 1598-1618. Ein Beitrag zur Geschichte des Frühabsolutismus*, Schriftenreihe der historischen Kommission bei der bayerischen Akademie der Wissenschaften, VIII, Gotinga, 1968. Es recomendable también la lectura de H. Dotterweich, *Der junge Maximilian. Jugend und Erziehung des bayerischen Herzogs und späteren Kurfürsten Maximilian I. von 1573 bis 1593*, Munich, 1962: un estudio muy atractivo basado en los documentos de la casa ducal y en los libros de ejercicios del joven duque, y K. Pfister, *Kurfürst Maximilian von Bayern und sein Jahrhundert*, Munich, 1948: insuficientemente riguroso pero lleno de interesantes anécdotas. Tal vez el mejor retrato, y desde luego el más actualizado, es el que aparece en un catálogo de una gran exposición organizada en 1980 en la Munich *Residenz*: H. Glaser, ed., *Wittelsbach und Bayern. II. Um Glauben und Reich: Kurfürst Maximilian I. 1. Beiträge zur bayerischen Geschichte und Kunst 1573-1657* y 2. *Katalog der Ausstellung*, Munich y Zurich, 1980. Otros estudios sobre el tema de Maximiliano y las artes aparecieron en H. Glaser, ed., *Quellen und Studien zur Kunstpolitik der Wittelsbacher vom 16. bis zum 18. Jahrhundert*, Munich y Zurich, 1980.

Por lo que respecta a la reacción de otras potencias europeas ante los acontecimientos en el Imperio, véase, en el caso de Inglaterra, S. L. Adams, «The Protestant Cause: Relations with the west European Calvinist communities as a political issue in England, 1585-1630», Oxford University, tesis doctoral, 1973, y J. V. Polichenski, *Anglie a Bílá Hora*, Praga, 1949; en el caso de Francia: R. Mousnier, *The Assassination of Henry IV* (ed. inglesa, Londres, 1973) y J. M. Hayden, «Continuity in the France of Henry IV and Louis XIII. French foreign policy, 1598-1615», *Journal of Modern History*, XLV (1973), pp. 1-23; en el caso de las Provincias Unidas: J. den Tex, *Oldenbarnevelt* (ed. ingl., 2 vols., Cambridge, 1973),

y A. Th. van Dursen, *Honni Soit qui Mal y Pense? De Republiek tussen de Mogendheden (1610-1612)*, Mededelingen der Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen, Afdeling Letterkunde, N. S., XXVIII/i, Amsterdam, 1965. En el caso de España, véase: P. Brightwell, «Spain and Bohemia: the decision to intervene, 1619», *European Studies Review*, XII (1982), pp. 117-141; *idem*, «Spain, Bohemia and Europe 1619-21», *loc. cit.*, pp. 371-399; y la monografía de Straub que citamos en esta misma página.

C. El decenio de 1620

Hay un estudio breve de la revuelta de Bohemia de H. Sturmberger, *Aufstand in Böhmen. Der Beginn des dreissigjährigen Krieges*, Munich y Viena, 1959; pero la obra de A. Gindely, *Geschichte des dreissigjährigen Krieges*, 4 vols., Praga, 1869-1880, sigue siendo indispensable para la «fase bohemia» de la guerra. Sobre la reacción de Fernando ante la crisis, aparte de las obras de Franzl y Bireley (*supra*), se encontrará mucha más información en P. Broucek, «Feldmarschall Bucquoy als Armeekommandant, 1618 bis 1620», en *Der dreissigjährige Krieg: Beiträge zu seiner Geschichte*, Schriften des Heeresgeschichtlichen Museums, VII, Viena, 1976, pp. 25-57, y H. Kretschmer *Sturmpetition und Blockade Wiens im Jahre 1619*, Militärhistorische Schriftenreihe, XXXVIII, Viena, 1978. A Dieter Albrecht se debe un extraordinario estudio de la política papal y bávara frente a la revuelta. Véanse sus tres estudios: «Zur Finanzierung des dreissigjährigen Krieges», *Zeitschrift für bayerischen Landesgeschichte*, XIX (1956), pp. 534-567; *Die deutsche Politik Papst Gregors XV*, Schriftenreihe zur bayerischen Landesgeschichte, LIII, Munich, 1956, y **Die auswärtige Politik Maximilians von Bayern, 1618-1635*, Schriftenreihe der historischen Kommission bei der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, VI, Gotinga, 1962.

Sobre la posición de España, véase P. Brightwell, «The Spanish origins of the Thirty Years' war», *European Studies Review*, IX (1979), pp. 409-431 (y otros dos artículos citados *supra*) y el importante estudio de E. Straub, *Pax et imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635*, Rechts- und staatswissenschaftliche Veröffentlichungen der Görres-Gesellschaft, Neue Folge, XXXI, Paderborn, 1980. Hay que decir, sin embargo, que hay algunas curiosas lagunas en la lista de autoridades de Straub y que se han dirigido críticas a su interpretación por olvidar el papel de Baviera y de Austria (véase el comentario crítico de H. Altmann, en *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, XLV, 1982, pp. 723-72). Una de las obras que no cita Straub es el estudio de Alcalá Zamora y Queipo de Llano, *España, Flandes y el*

Mar del Norte (1618-1639). La última ofensiva europea de los Austrias madrileños, Barcelona, 1975, que coincide en gran parte con los capítulos pertinentes de B. Chudoba, *Spain and the Empire 1519-1643*, Chicago, 1952, y con secciones importantes de R. Ródenas Vilar, *La política europea de España durante la Guerra de los Treinta Años, 1624-1630*, Madrid, 1967. No obstante, tanto Alcalá Zamora como el autor del presente libro y muchos otros especialistas en el tema, han sido objeto de las críticas de J. I. Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World 1606-1661*, Oxford, 1982, por no prestar la atención suficiente a la guerra en los Países Bajos. Por su parte, Israel no integra los acontecimientos de los Países Bajos con los acontecimientos de Alemania. Sin duda, no hay nadie perfecto.

Sobre el «designio Báltico» tiene gran valor la obra de A. E. Sokol, *Das habsburgische Admiralitätswerk des 16. und 17. Jahrhunderts*, Biblos-Schriften, LXXXIX, Viena, 1976: H. Günter, *Die Habsburger-Liga 1625-1635. Briefe und Akten aus dem General-Archiv zu Simancas*, Berlín, 1908, reimpresión de 1965, nos ofrece una útil colección de documentos españoles, junto con una larga introducción, sobre la negociación de las dos ramas de la Casa de Austria durante este período. El análisis más reciente de toda esta cuestión se encuentra en el equilibrado y extraordinariamente documentado artículo de M. E. H. N. Mout, «"Holendische propositiones". Een Habsburgs plan tot vernietigung van handel, visserij en scheepvaart der Republiek (ca 1625)», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, XCV (1982), pp. 345-362. Sobre la corte de España, donde se tomaron tantas decisiones cruciales, véase Jonathan Brown y J. H. Elliott, *A Palace for a King. The Buen Retiro and the Court of Philip IV*, Londres y New Haven, 1980. En la actualidad, Elliott acaba de publicar dos estudios importantes: *Richelieu and Olivares*, Cambridge, 1984, y *The Count Duke of Olivares. The Statesman in an age of decline*, New Haven, 1986. La política alemana del gobierno en Bruselas, que no siempre coincidía con la de Madrid, ha sido estudiada por J. Kessel, *Spanien und die geistlichen Kurstaaten am Rhein während der Regierungszeit der Infantin Isabella (1621-1633)*, Frankfurt del Main, 1979.

No existe un buen estudio del principal oponente de Fernando, el elector palatino Federico V, aunque puede obtenerse bastante información en Schubert, *Camerarius*, y Press, *Calvinismus und Territorialstaat* (véase p. 380, *supra*). Véase también J. G. Weiss, «Die Vorgeschichte des böhmischen Abenteuers Friedrichs V. von der Pfalz», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, N.F. LIII (1940), pp. 383-492, y F. H. Schubert, «Die pfälzische Exilregierung im dreissigjährigen Krieg: ein Beitrag zur Geschichte des politischen Protestantismus», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, CII (1954), pp. 575-680.

El mejor estudio de las campañas de 1621 y 1622 en el oeste es el de

H. Wertheim, *Der Tolle Halberstädter: Herzog Christian von Braunschweig im Pfälzischen Krieg, 1621-1622*, Berlín, 1929. Sobre la campaña de 1623, véase W. Brünick, *Der Graf von Mansfeld in Ostfriesland (1623-1624)*, Abhandlungen und Vorträge zur Geschichte Ostfrieslands, XXIV, Aurich, 1957, que aporta también el retrato más convincente de Mansfeld. Sobre la ocupación del Palatinado renano, véase A. Egler, *Die Spanier in der Linkrheinischen Pfalz, 1620-32. Invasion, Verwaltung, Rekatholisierung*, Quellen und Abhandlungen zur mittelrheinischen Kirchengeschichte, XIII, Maguncia, 1971, y W. Dautermann, *Alzey im dreissigjährigen Krieg. Eine Studie über die Wirkung des dreissigjährigen Krieges in einer pfälzischen Stadt*, Historische Studien, CCCXVIII, Berlín, 1937. Finalmente, sobre el Alto Palatinado, véase K.-O. Ambronn y A. Fuchs, eds., *Die Oberpfalz wird bayerisch: die Jahre 1621 bis 1628 im Amberg und der Oberpfalz*, Ausstellungskatalog, Amberg, 1978, y J. Staber, «Die Eroberung der Oberpfalz im Jahre 1621. Nach dem Tagebuch des Johann Christoph von Preysing», *Verhandlungen des historischen Vereins für Oberpfalz und Regensburg*, CIV (1964), pp. 165-221.

Por lo que respecta a la intervención danesa, H. Gamrath y E. Ladewig Petersen, *Gyldendal's danmarkshistorie, II*, 2: *1559-1648*, Copenhague, 1980, aportan un relato de los acontecimientos y una completa bibliografía crítica, que incluye todas las obras en danés, a la que se remite a los lectores. El preludio a esa intervención —y su relación con el contexto sueco-danés— ha sido analizado muy recientemente por L. Tandrup, *Mod triumf eller tragedie. En politisk-diplomatisk studie i forloebet af den dansk-svenske magtkamp fra Kalmarkrigen til Kejserkrigen*, 2 vols., Aarhus, 1979. Véanse los comentarios críticos de S. Heiberg y K. J. V. Jespersen en *Fortid og Nutid*, XXVIII (1980), pp. 636-643, y *Historisk tidsskrift* [Dansk], LXXXI (1981), pp. 242-253, respectivamente. La obra de Tandrup coincide en gran medida con la de T. Christiansen, *Die Stellung König Christians IV. von Dänemark zu den Kriegsereignissen im deutschen Reich und zu den Plänen einer evangelischen Allianz 1618-1625*, Kiel, 1937. El estudio aún no superado (en la tradición de Ranke) de la política exterior de Cristián IV hasta 1645 es el de J. A. Fridericia, *Danmarks ydre politische Historie fra Freden i Lübeck til Freden i Kjoebenhavn*, 2 vols., Copenhague, 1876-1881; reimpreso en 1972. Sobre las finanzas públicas, véase E. Ladewig Petersen, «From Domain state to Tax state», *Scandinavian Economic History Review*, XXIII (1975), pp. 116-148, y *«Defence, war and finance: Christian IV and the Council of the Realm 1596-1629», *Scandinavian Journal of History*, VII (1982), pp. 277-313.

A menudo, se olvida el papel de Transilvania y, tras ella, de los turcos en las primeras fases de la Guerra de los Treinta Años; sin embargo, no falta material de estudio. Véase D. Angyal, «Gabriel Bethlen», *Revue*

Historique, LIII (1928), pp. 19-80; J. V. Polichenski, «Bohemia, the Turk and the Christian Commonwealth, 1462-1620», *Byzantinoslavica*, XIV (1953), pp. 82-108; R. R. Heinisch, «Habsburg, die Pforte und der Böhmische Aufstand (1618-1620)», *Südostforschungen*, XXXIII (1974), páginas 125-165, y XXXIV (1975), pp. 79-124; y H. Valentinitsch, «Die Steiermark, Ungarn und die Osmanen, 1606-1662», *Zeitschrift des Historischen Vereines für Steiermark*, LXV (1974), pp. 93-128.

Para la política exterior de Inglaterra en el decenio de 1620, véase S. L. Adams, «The Protestant cause» (p. 381, *supra*) y sus artículos: «Foreign Policy and the Parliaments of 1621 and 1624», en K. Sharpe, ed., *Faction and Parliament: Essays on Early Stuart History*, Oxford, 1978, pp. 139-171, y «Spain or the Netherlands? The dilemmas of early Stuart foreign policy», en H. Tomlinson, ed., *Before the Civil War*, Londres, 1984, pp. 79-101. Véase también E. Weiss, *Die Unterstützung Friedrichs V. von der Pfalz durch Jakob I, und Karl I von England im dreissigjährigen Krieg (1618-32)*, Veröffentlichungen der Kommission für geschichtliche Landeskunde in Baden-Württenberg, serie B, XXXVII, Stuttgart, 1966, y R. Zaller, «"Interest of state": James I and the Palatinate», *Albion*, VI (1974), pp. 144-175. Los intentos de Jacobo I de mediar en el Palatinado han sido objeto de un análisis detallado por parte de A. W. White, «Suspension of Arms: Anglo-Spanish Mediation in the Thirty Years' War, 1621-1625», Tulane University, tesis doctoral, 1978. No existe un estudio moderno de la política exterior holandesa en la Guerra de los Treinta Años, pero pueden encontrarse algunos detalles de la ayuda militar a los protestantes alemanes en F. J. G. ten Raa y F. de Bas, *Het Staatsche Leger, 1573-1795. III (1609-1625)*, Breda, 1915; J. V. Polichenski, *Nizozemská politika a Bílá Hora*, Praga, 1958; J. H. Hora Siccama, *Schets van de diplomatieke betrekkingen tusschen Nederland en Brandenburg 1596-1678*, Utrecht, 1867, caps. 1 y 2, y J. G. Smit y J. Roelevink, eds., *Resolutiën der Staten-Generaal*, nieuwe reeks IV-V, La Haya, 1981-1983.

En cuanto a los otros estados intervencionistas, es la actuación de Francia la que ha sido mejor estudiada. Véase V. L. Tapié, *La politique de la France et le début de la guerre de trente ans*, París, 1934; R. Pithon, «Les débuts difficiles du Ministère de Richelieu et la crise de la Valtelline (1621-1627)», *Revue d'Histoire Diplomatique*, LXXIV (1960), pp. 298-322, y «La Suisse, théâtre de la Guerre Froide entre la France et l'Espagne pendant la crise de la Valtelline (1621-1626)», *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, XIII (1963), pp. 33-53. No parece que exista un estudio totalmente satisfactorio sobre la política exterior de Richelieu. El mejor estudio de este personaje en inglés —W. F. Church, *Richelieu and Reason of State*, Princeton, 1972— es poco lo que tiene que decir sobre política exterior a partir de 1627. Tal vez la introducción más es-

clarecedora es la parte II de J. Wollenberg, *Richelieu: Staatsräson und Kircheninteresse. Zur Legitimation der Politik des Kardinalpremier*, Bielefeld, 1977. El lector encontrará muchas ideas brillantes acerca de la política exterior francesa durante todos los años de la guerra en *R. J. Bonney, *The King's Debts. Politics and Finance in France 1589-1661*, Oxford, 1981. Para algunas otras potencias interesadas en la lucha durante el decenio de 1620, véase R. Kleinman, «Charles Emanuel I of Savoy and the Bohemian election of 1619», *European Studies Review*, V, 1975, pp. 3-29; J. Krebs, *Die Politik der evangelischen Union im Jahre 1618*, Breslau, 1890-1891, y M. Roberts, *Gustavus Adolphus. A History of Sweden 1611-32*, I, Londres, 1953, caps. 4-5.

Sin embargo, lo cierto es que el principal vencedor del decenio de 1620 no fue un príncipe extranjero sino el emperador, gracias a las aplastantes derrotas militares que los generales católicos infligieron a todos sus enemigos uno tras otro. Aunque es ciertamente extraño, no existe una biografía moderna de Tilly, si bien la notable sección (ilustrada) que le dedica Glaser, ed., en *Wittelsbach und Bayern* II/1, pp. 377-379, colma de alguna forma esa laguna. El estudioso serio se ve obligado a basarse en la obra del gran apologeta de Tilly, O. Klopp, *Tilly im dreissigjährigen Krieg*, 2 vols., Stuttgart, 1861; ed. revisada, Paderborn, 1891-1896. El otro gran personaje, Albrecht von Waldstein, o Wallenstein, no ha sufrido el mismo olvido: existen tal vez unas 4.000 obras referentes a este personaje en diferentes idiomas. Para los lectores ingleses, la mejor biografía que se puede consultar es la de Golo Mann, *Wallenstein, His Life Narrated*, Londres, 1976 (la edición alemana original —Frankfurt, 1971— incluye notas y una detallada bibliografía). También es útil la obra de H. Diwald, *Wallenstein: eine Biographie*, Munich, 1969, aunque su punto de vista es más germánico y no ha suscitado la misma controversia (véanse, por ejemplo, los artículos críticos favorables y opuestos a la biografía de Mann en las publicaciones *Merkur*, XXVI [1972], pp. 282-296, y *Neue Rundschau*, LXXXIII [1972], pp. 343-349). No obstante, la mayor parte de los historiadores no alemanes parecen estar de acuerdo en que ninguna de estas obras difiere gran cosa de las interpretaciones anteriores. De hecho, en muchos casos dan menos información que obras clásicas como la de Gindely, *Waldstein während seines ersten Generalats*, 2 vols., Praga, 1886, o la más reciente de A. Ernstberger, *Wallenstein als Volkswirt im Herzogtum Friedland*, Reichenberg, 1929, e *idem*, *Hans de Witte, Finanzmann Wallensteins*, Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, Beiheft, XXXVIII, Wiesbaden, 1954. El estudioso de Wallenstein que quiera ser diligente, no podrá dejar de consultar las ingentes colecciones documentales mencionadas en la p. 391, *infra*. No hay ninguna obra adecuada sobre Eggenberg, pero puede encontrarse alguna información en H. von Zwiedineck-Südenhorst, *Hans Ulrich Fürst von*

Eggenberg, Viena, 1880, y W. E. Heydendorff, *Die Fürsten und Freiherren zu Eggenberg und ihre Vorfahren*, Graz, 1965.

Se ha publicado gran cantidad de material sobre la historia interna de la monarquía Habsburgo después de la Montaña Blanca. Por supuesto, hay que citar el valiosísimo estudio de Evans, *The Habsburg Monarchy* (p. 377, *supra*), tras la cual tal vez el mejor punto de partida sea A. Coreth, *Pietas Austriaca. Ursprung und Entwicklung barocker Frömmigkeit in Osterreich*, Munich, 1959. Para las instituciones fundamentales de la monarquía, véase: T. Fellner y H. Kretschmayr, *Die österreichische Zentralverwaltung*, I, 2 vols., Viena, 1907; L. Gross, *Die Geschichte der deutschen Reichshofkanzlei von 1559 bis 1806*, Viena, 1933, y H. F. Schwarz, *The Imperial Privy Council in the Seventeenth Century*, Cambridge, Mass., 1943. A los acontecimientos políticos y militares de los territorios Habsburgo separados hay que aproximarse en gran medida a través de obras narrativas anticuadas. Por lo que respecta a Bohemia, T. B. Bílek, *Dehjiny konfiskací v Chechách po r. 1618*, 2 vols., Praga, 1882-1883, da todo lujo de detalles sobre las transferencias de propiedad, pero sus cifras han sido revisadas por F. L. Snider, «The restructuring of the Bohemian nobility in the seventeenth century», Universidad de California en Berkeley, tesis doctoral, 1972. La obra de A. Gindely, *Geschichte der Gegenreformation in Böhmen*, ed. T. Tupetz, Leipzig, 1894, es sólida pero incompleta. En cuanto a E. Denis, *La Bohême depuis la Montagne Blanche*, París, 1903, cuya traducción al checo realizada por J. Vanchura contiene numerosos añadidos y correcciones, es el clásico liberal rencoroso. Tal vez el mejor texto moderno es el de K. Bosl, ed., *Handbuch der Geschichte der böhmischen Länder*, II, Stuttgart, 1974. La nueva constitución se hallará en H. Jirechek, ed., *Constitutiones regni Bohemiae anno 1627 reformatae*, Praga, etc., 1888. I. Kollmann, ed., *Acta Sacrae Congregationis de Propaganda Fide res gestas Bohemicas illustrantia*, 2 vols., Praga, 1923-1954, estudia los primeros momentos de la Contrarreforma planeada; J. V. Polichenski, M. Toegel *et al.*, eds., *Documenta Bohemica Bellum Tricennale illustrantia*, 7 vols., Praga, 1971-1977, contiene un importante material desconocido hasta ahora. Para Hungría, son fundamentales los escritos de Pázmány. Se hizo una edición completa en 13 volúmenes, Budapest, 1894-1905, editándose después su correspondencia, ed. J. Hanuy, 2 vols., Budapest, 1910-1911. El último estudio del cardenal primado es el de F. Bitskey, *Humanista erudíció és barokk világkép, Pázmány Péter prédikációi*. Budapest, 1979. László Nagy registra acontecimientos militares en *Bethlen Gábor a Független Magyarországért*, Budapest, 1969, y *Magyar hadsereg és hadmüvészet a harmincéves háborúban*, Budapest, 1972. A no tardar, aparecerá una síntesis en Zs. P. Pach, ed., *Magyarország története*, III (1526-1686). No existe ningún estudio satisfactorio de Esterházy. En cuanto a Austria, J. Loserth, ed., *Akten und Korrespondenzen sur Ge-*

schichte der Gegenreformation in Innerösterreich unter Karl II und Ferdinand II, 2 vols. en 3, Viena, 1898-1907, documenta el destino de los protestantes estirios. El de sus correligionarios en las restantes zonas del Imperio ha sido estudiado, desde el punto de vista católico, por B. Duhr, *Geschichte der Jesuiten in den Ländern deutscher Zunge*: vols. II.1 y II.2, Friburgo, 1913, abarcan la primera mitad del siglo XVII.

Sobre el desarrollo del absolutismo de los Habsburgo en la Alta Austria, véase sobre todo H. Sturmberger, *Adam Graf Herberstorff. Herrschaft und Freiheit im Konfessionellen Zeitalter*, Munich, 1976. Hay, asimismo, dos volúmenes en conmemoración del 350 aniversario de la revuelta de 1626, cuya temática es más amplia de la que indican sus títulos: *Der oberösterreichische Bauernkrieg 1626: Ausstellung des Landes Oberösterreich im Linzer Schloss und im Schloss zu Scharnstein*, Linz, 1976, y G. Heilingsetzer, *Der oberösterreichische Bauernkrieg 1626*, Militärhistorische Schriftenreihe, vol. XXXII, Viena, 1976. El impacto del absolutismo de los Habsburgo en la sociedad campesina de la Alta Austria ha sido estudiado por H. Rebel, *Peasant Classes. The bureaucratization of property and family relations under early Habsburg absolutism, 1511-1636*, Princeton, 1983, cap. 8. Sobre la revuelta y sumisión de la Baja Austria, véase el excelente trabajo de R. D. Chesler, «Crown, lords and God: the establishment of secular authority and the pacification of Lower Austria, 1618-48», Princeton University Press, tesis doctoral, 1979.

Finalmente, Fernando III es la Cenicienta de la investigación. Se puede consultar M. Koch, *Geschichte des deutschen Reiches unter der Regierung Ferdinands III*, 2 vols., Viena, 1865-1866, para su política alemana, y F. Stieve, en *Allgemeine deutsche Biographie*, VI, 1877, pp. 664-671, donde se encontrará una breve interpretación.

D. 1630-1635

Sobre la desastrosa guerra de Mantua, que sería el hito decisivo en el cambio de fortuna de los Habsburgo, el estudio clásico sigue siendo el de R. Quazza, *La guerra per la successione di Mantova e del Monferrato*, 2 vols., Mantua, 1926. Hay también un útil conjunto de documentos españoles en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, LIV, y en M. Fernández Álvarez, *Don Gonzalo Fernández de Córdoba y la guerra de sucesión de Mantua y del Monferrato 1627-9*, Madrid, 1955, con una larga introducción. La actitud del papa en el conflicto de Mantua ha sido examinada (independientemente) por Q. Aldea, «La neutralidad de Urbano VIII en los años decisivos de la Guerra de treinta años (1628-32)», *Hispania Sacra*, XXI (1968), pp. 155-178, y por G. Lutz, *Kardinal Giovanni Francesco Guidi di Bagno. Politik und Religion im*

Zeitalter Richelieus und Urbans VIII, Bibliothek des deutschen historischen Instituts im Rom, XXXIV, Tubinga, 1971. Véase un análisis de las consecuencias económicas de la guerra en D. Sella, *Crisis and Continuity. The economy of Spanish Lombardy in the seventeenth century*, Cambridge, Mass., 1979.

Para los acontecimientos de Ratisbona del verano de 1630 hay que consultar las obras escritas o editadas por Dieter Albrecht: *Die auswärtige Politik Maximilians* (p. 382, *supra*); *Briefe und Akten zur Geschichte des dreissigjährigen Krieges, neue Folge: die Politik Maximilians I von Bayern und seiner Verbündeten 1618-51*, II, parte 5, Munich, 1964, documento 170 (315 páginas de documentos referentes a la Reunión electoral); *Richelieu, Gustav Adolf und das Reich*, Munich y Viena, 1959, y «Der Regensburger Kurfürstentag 1630 und die Entlassung Wallensteins», en D. Albrecht, ed., *Regensburg. Stadt der Reichstage*, Ratisbona, 1980, pp. 51-71. Véase también el estudio antiguo de O. Heyne, *Der Kurfürstentag zu Regensburg von 1630*, Berlín, 1866. Se encontrará un punto de vista más moderno en R. Bireley, S.J., *Maximilian von Bayern, Adam Contzen SJ., und die Gegenreformation in Deutschland 1624-35*, Schriftenreihe der Historischen Kommission bei der bayerischen Akademie der Wissenschaften, XIII, Gotinga, 1975, e *idem*, *Religion and Politics in the Age of the Counter-Revolution*, cap. 6. Sobre la política de los electores protestantes después de Ratisbona, véase B. Nischan, «Reformed Irenicism and the Leipzig colloquy of 1631», *Central European History*, IX (1976), pp. 3-26, y «Brandenburg's Reformed Räte and the Leipzig Manifesto of 1631», *Journal of Religious History*, X (1979), pp. 365-380.

Los trabajos de Michael Roberts constituyen el punto de partida indispensable —y, para muchos lectores ingleses, muchas veces el punto de llegada— para el estudio de la intervención sueca en la guerra. Ante todo hay que citar su importante biografía del monarca sueco, cuyo segundo volumen estudia la guerra de Alemania: *M. Roberts, *Gustavus Adolphus: a history of Sweden 1611-1632*, 2 vols., Londres, 1953-1958; edición abreviada en un solo volumen, *Gustavus Adolphus and the Rise of Sweden*, Londres, 1973. Otros temas se desarrollan en M. Roberts, *Essays in Swedish History*, Londres, 1967, especialmente en el capítulo 6 («The political objectives of Gustavus Adolphus in Germany, 1630-32») y muchos documentos traducidos están recogidos en la obra del mismo autor, *Sweden as a Great Power 1611-1697: government, society, foreign policy*, Londres, 1968. En el último trabajo de Roberts, **The Swedish Imperial Experience 1560-1718*, Cambridge, 1979, se reestudian muchos temas y se analizan algunos puntos nuevos.

Muy poco más es lo que se ha publicado sobre este tema en inglés, pero naturalmente, los lectores que conocen la lengua sueca tienen mucho más donde elegir. Respecto al tema de la guerra propiamente, ha de ocu-

par un lugar de honor el estudio definitivo realizado por el Estado Mayor del ejército sueco: *Sveriges Krig 1611-1632*, 8 vols., Estocolmo, 1936-1939 (los vols. 3-6 estudian la guerra en Alemania en el período 1629-1632). Es difícil que esta obra, con sus mapas, cuadros y diagramas, y con un texto basado en documentos consultados en los archivos de toda Europa, sea alguna vez superada. Un útil estudio ilustrado de las fortificaciones de Suecia es el de L. W. Munthe, *Kongliga Fortifikationens Historia I*, Estocolmo, 1902 (que abarca hasta 1641), y II, Estocolmo, 1904 (que cubre el período 1641-1676). En los últimos años, la atención de los historiadores militares suecos se ha centrado en la economía del Imperio durante la guerra. Véase por ejemplo: H. Landberg, L. Ekholm, R. Nordlund y S. A. Nilsson, *Det konintentala krigets ekonomi. Studier i krigsfinansiering under Svensk Stormaktstid*, Estocolmo, 1971; S. A. Lundkvist, «Svensk Krigsfinansiering 1630-5», *Historisk Tidskrift* [*Svensk*], LXXXVI (1966), pp. 377-421; L. Ekholm, *Svensk krigsfinansiering*, Studia historia Upsaliensia, LVI, Upsala, 1974; R. Nordlund, «Kontribution eller satisfaktion. Pommern och de Svenska krigsfinanserna, 1633», *Historisk Tidsskrift* [*Svensk*], XCIV (1974), pp. 321-402, e *idem, Krig paa avveckling. Sverige och tyska kriget 1633*, Upsala, 1974.

Para la política de Suecia en el Imperio, siguen siendo fundamentales dos estudios ya antiguos de Johannes Kretzschmar: «Die Allianz-Verhandlungen Gustav Adolfs mit Kurbrandenburg in Mai und Juni 1631», *Forschungen zur brandenburgischen und preussischen Geschichte*, XVII (1904), pp. 341-382, y *Gustav Adolfs Pläne und Ziele in Deutschland und die Herzöge zu Braunschweig und Lüneburg*, Hannover y Leipzig, 1904. Sobre las relaciones de Suecia con Hesse, véase W. Keim, «Landgraf Wilhelm V von Hessen-Kassel vom Regierungsantritt 1627 bis zum Abschluss des Bündnisses mit Gustav Adolf 1631», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XII (1962), pp. 130-210, y XIII (1963), pp. 141-222. No existe ningún estudio similar del matrimonio forzoso impuesto por Suecia a la Sajonia electoral, aunque las razones que se utilizaron para convencer a Juan Jorge de que invadiera Bohemia en 1631 se analizan en M. Toegel, «Prríchiny saského vpádu do Chech v roce 1631», *Cheskoslovencki chasopis historicki*, XXI (1973), pp. 553-581 (con un sumario en alemán). Una nueva biografía del monarca publicada en Alemania presta cierta atención a estas cuestiones: G. Barudio, *Gustav Adolf der Grosse. Eine politische Biographie*, Frankfurt, 1982. La política sueca en Alemania después de la muerte del rey ha sido espléndidamente analizada por M. Roberts, *«Oxenstierna in Germany, 1633-1636», *Scandia*, XLVIII (1982), pp. 61-105. Por su parte, *S. Goetze, *Die Politik des schwedischen Reichskanzlers Axel Oxenstierna gegenüber Kaiser und Reich*, Kiel, 1971, realiza un avance importante respecto al punto de vista tradicional representado por J. Kretzschmar, *Der Heilbronner Bund 1632-5*, 3 vols., Lübeck, 1922,

y A. Kuesel, *Der Heilbronner Convent. Ein Beitrag zur Geschichte des dreissigjährigen Krieges*, Halle, 1878, aunque lo cierto es que estas dos obras más antiguas contienen un material que no es posible encontrar en ninguna otra parte. Finalmente, para la administración sueca de sus conquistas, véase C. Deinert, *Die schwedische Epoche in Franken von 1631-5*, Wurzburgo, 1966, y H. D. Müller, *Der schwedische Staat in Mainz 1631-1636. Einnahmen, Verwaltung, Absichten, Restitution*, Beiträge zur Geschichte der Stadt Mainz, XXIV, Maguncia, 1979. Véanse también las fuentes indicadas en las pp. 393-394, *infra*.

Lo que omiten todas estas obras admirables y detalladas es el carisma de los principales protagonistas: ni Gustavo Adolfo ni Oxenstierna aparecen en las páginas publicadas como la figura sobrehumana que veían en ellos los contemporáneos. Cuando menos por lo que respecta al rey, este atractivo popular es visible en los relatos elogiosos de sus acciones que aparecen en todos los panfletos y periódicos protestantes del período 1630-1632 y, más aún, en los «Gustaviana», los innumerables utensilios fabricados con la efigie del rey. Estatuillas, vasos ceremoniales, medallones, retratos e incluso vidrieras se utilizaban como propaganda. Hay muestras de ellos en la mayor parte de los museos y galerías de la Europa protestante.

Mucho menos satisfactoria es la situación por lo que hace al principal enemigo de Suecia en esos años, Wallenstein. Las biografías recientes de Mann y Diwald (p. 386, *supra*) no cubren de forma satisfactoria los años de su segundo mandato como general. Desde luego, no pueden sustituir las masivas colecciones documentales y estudios realizados hace dos o tres generaciones. Las más importantes, por orden alfabético, son las siguientes: A. Gaedeke, *Wallensteins Verhandlungen mit den Schweden und Sachsen 1631-4. Mit Akten und Urkunden aus dem Königlich Sächsischen Hauptstaatsarchiv zu Dresden*, Frankfurt, 1885; H. Hallwich: *Wallensteins Ende, Ungedruckte Briefe und Akten*, 2 vols., Leipzig, 1879; *idem*, *Fünf Bücher Geschichte Wallensteins*, 3 vols., Leipzig, 1910, e *idem*, *Briefe und Akten zur Geschichte Wallensteins 1630-34*, 4 vols., Fontes Rerum Austriacarum, sección II, vols. LXIII-LXVI, Viena, 1912; K. G. Helbig, *Der Kaiser Ferdinand und der Herzog von Friedland während des Winters 1633-4*, Dresde, 1852; G. Irmer, *Die Verhandlungen Schwedens und seiner Verbündeten mit Wallenstein und dem Kaiser 1631-4*, 3 vols., Leipzig, 1888-1889; J. Pekarr, *Wallenstein 1630-1634. Tragödie einer Verschwörung*, 2 vols., Berlín, 1937; ed. original en checo, 1895 [sobre la obra de Pekarr, véase la recensión informativa de W. Goetz, «Wallenstein und Kurfürst Maximilian von Bayern», *Zeitschrift für bayerische Landesgeschichte*, XI, 1938, pp. 106-120], y Heinrich Ritter von Srbik, *Wallensteins Ende*, Salzburgo, 1952[2]. Estas ingentes compilaciones de documentos y comentarios ilustran, mejor que cualquier obra posterior, las

negociaciones extraordinariamente complejas en las que estaba embarcado el general. En consecuencia, explican en gran parte el «misterio» de Wallenstein y el «problema Wallenstein». Debemos recomendar también otros tres trabajos de H. Hallwich —*Heinrich Matthias Thurn als Zeuge im Prozess Wallensteins*, Leipzig, 1883; *Gestalten am Wallensteins Lager. I. Johann Merode* y II. *Johann Aldringer*, Leipzig, 1884-1885— y una colección de cartas importantes de los archivos de Moravia: P. von Chlumecky, ed., *Die Regesten der Archive im Markgrafthume Mähren. I... Briefen Kaiser Ferdinands des Zweiten, Albrechts von Waldstein, und Romboalds Grafen Collalto* (dos partes, con paginación separada, encuadernadas en un solo volumen), Brünn, 1856.

La única aportación importante de los últimos años ha sido la del investigador finlandés *P. Suvanto: *Wallenstein und seine Anhänger am Wiener Hof zur Zeit des Zweiten Generalats 1631-4*, Helsinki, 1963, y **Die deutsche Politik Oxenstiernas und Wallensteins*, Studia historica, IX, Helsinki, 1979. Algunas de las afirmaciones más polémicas del primer estudio fueron corroboradas (aunque no sin críticas), basándose en otras fuentes documentales, por G. Lutz, «Wallenstein, Ferdinand II. und der Wiener Hof. Bemerkungen zu einem erneuten Beitrag zur alten Wallensteinfrage», *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, XLVIII (1968), pp. 207-243. No obstante, se mencionan otras fuentes en la nota 19 de las pp. 146-147, *supra*.

Otras dos potencias se vieron íntimamente implicadas en esta fase de la guerra: España y Hesse-Kassel. Sobre la primera, véase A. van der Essen, *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l'Espagne, 1609-1641*, I, Lovaina, 1944; *idem*, «Le rôle du Cardinal-Infant dans la politique espagnole du XVIIe siècle», *Revista de la Universidad de Madrid*, III (1954), pp. 357-383, y R. A. Stradling, *Europe and the Decline of Spain. A study of the Spanish system 1580-1720*, Londres, 1981, caps. 2 y 3. La guerra en Hesse ha sido estudiada por R. Altmann, *Landgraf Wilhelm V von Hessen-Kassel im Kampf gegen Kaiser und Katholizismus*, Marburgo, 1938, y L. van Tongerloo, «Beziehungen zwischen Hessen-Kassel und den Vereinigten Niederlanden während des dreissigjährigen Krieges», *Hessisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XIV (1964), pp. 199-270.

El papel fundamental de Hesse-Darmstadt en la firma de la paz de Praga entre el emperador y la mayor parte de sus súbditos luteranos ha sido objeto de un agudo análisis de K. H. Frohnweiler, «Die Friedenspolitik Landgraf Georgs I. von Hessen-Darmstadt in den Jahren 1630-5», *Archiv für hessische Geschichte und Altertumskunde*, nueva serie, XXIX (1964), pp. 1-185. Sobre las negociaciones que desembocaron en la paz de Praga, véase Bireley, *Religion and Politics*, cap. 11, y *K. Repgen, *Die römische Kurie und der westfälische Friede. I.i Papst, Kaiser und Reich 1521-1644*, Tubinga, 1962, pp. 329-388, y los primeros capítulos de *F.

Dickmann, *Der Westfälische Frieden*, Münster, 1977[4]. El texto de la paz ha sido estudiado en profundidad por K. Bierther, «Zur Edition von Quellen zum Prager Frieden vom 30. Mai 1635», en K. Repgen, ed., *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges*, Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XII, Münster, 1981, pp. 1-31. Sus consecuencias militares han sido bien estudiadas por H. Haan, «Kaiser Ferdinad II. und das Problem des Reichabsolutismus. Die Prager Heeresreform von 1635», en H. U. Rudolf, ed., *Der Dreissigjährige Krieg. Perspektiven und Strukturen*, Darmstadt, 1977, pp. 208-264.

E. 1635-1641

Las dos grandes convenciones reunidas en Alemania durante este período para solucionar las divisiones en Alemania han sido objeto de un meticuloso estudio: H. Haan, *Der Regensburger Kurfürstentag von 1636/1637*, Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, III, Münster, 1967, y K. Bierther, *Der Regensburger Reichstag von 1640/1641*, Kallmünz, 1971. En relación con la Reunión electoral de 1636 hay un buen estudio de la embajada inglesa encabezada por Thomas, conde de Arundel, que reproduce «True Relation» de William Crowne y muchos de los grabados de Wenceslas Hollar: F. Springell, *Connoisseur and Diplomat: the earl of Arundel's embassy to Germany in 1636*, Londres, 1963.

La correspondencia de Oxenstierna es la fuente más importante para el estudio de este período y, desde 1888, gran parte de ella ha sido publicada en dos series por la Real Academia Sueca de las Letras, la Historia y Antigüedades: *Axel Oxenstiernas skrifter och brevvexling*, 1.ª serie (que contiene la correspondencia escrita por el canciller hasta 1636), 15 vols.; y 2.ª serie (que contiene la correspondencia que recibió el canciller ordenada por autores y no cronológicamente), 12 vols. Ambas series están aún en curso de publicación. La actitud de los regentes y del Consejo de Estado ante la guerra está documentada en *Svenska riksraadets protokoll* (*Handlingar rörande Skandinaviens Historia*), 3.ª serie, III- VIII, Estocolmo, 1885-1888, que reproduce las actas del Consejo, y en *Handlingar rörande Skandinaviens Historia*, 1.ª serie, XXIV-XXX y XXXII-XXXVIII, Estocolmo, 1842-1857, que reproduce las cartas e instrucciones de los regentes y del Consejo a Oxenstierna. Los tratados de Suecia con las potencias extranjeras, así como destacados documentos relacionados con ellos, han sido editados en Carl Hallendorff, ed., *Sverges Traktater med främmande magter jemte andra hit hörande handlingar, V. 2 (1632-1645)*, Estocolmo, 1909. Sobre las relaciones franco-suecas, véase Erik

Falk, *Sverige och Frankrite 1632-4*, Estocolmo, 1911; Sverker Arnoldsson, *Svensk-fransk krigs- och fredspolitik i Tyskland 1634-6*, Göteborg, 1937; Sune Lundgren, *Johan Adler Salvius. Problem kring freden, krigsekonomien och maktkampen*, Lund, 1945; L. Tingsten, *Huvuddragen av Sveriges Politik och Krigföring i Tyskland efter Gustav II Adolfs död till och med sommaren 1635*, Estocolmo, 1930; *idem*, *Fäldmarskalkarna Johan Baner och Lennart Torstensson saasom härförare*, Estocolmo, 1932, y B. Steckzén, *Johan Baner*, Estocolmo, 1939.

El estudio general de Pagès, *The Thirty Years' War*, es especialmente sólido en los temas de Francia y algunos aspectos importantes han sido tratados más extensamente por el mismo autor en «Autour du "grand orage". Richelieu et Marillac. Deux Politiques», *Revue Historique*, CLXXIX (1937), pp. 63-97. Este estudio, aunque es fundamentalmente una revisión de las relaciones de Richelieu con sus críticos en el interior de Francia, incluye observaciones de enorme interés sobre la importancia de la obtención del Pinerolo. Véanse también las dos obras generales sobre este período, de R. J. Bonney: *Political Change in France under Richelieu and Mazarin 1624-1661*, Oxford, 1978, y *The King's Debts* (p. 386, *supra*). El estudio de [illegible]. P. O'Connell, «A cause célèbre in the history of treaty making. The refusal to ratify the peace treaty of Regensburg in 1630», *British Yearbook of International Law*, XLII (1967), pp. 71-90, es un importante análisis de un incidente crucial en el enfrentamiento de Francia con el emperador, que hay que completar con los comentarios de Pagès sobre la situación doméstica. Respecto a la política francesa en Alsacia, el lector debe consultar ante todo la obra de G. Livet, *L'intendance d'Alsace sous Louis XIV, 1648-1715*, Estrasburgo y París,1956: obra difícil de leer y que se centra en un período distinto del que estamos estudiando. No obstante, en el libro I hay un excelente análisis de las contradicciones de la «protección» francesa. No ha quedado totalmente superado por dos estudios más recientes: W. H. Stein, *Protection royale. Eine Untersuchung zu den Protektionsverhältnissen im Elsass zur Zeit Richelieus. 1622-1643*, Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, IX, Münster, 1978, y R. Oberlé, *La République du Mulhouse pendant la guerre de trente ans*, París, 1965. El interés de Suiza en la zona ha sido estudiado por R. Stritmatter, *Die Stadt Basel während des dreissigjährigen Krieges. Politik, Wirtschaft, Finanzen*, Berna, Frankfurt y Las Vegas, 1977. Sobre la política de los Habsburgo en Alsacia, véase el completo estudio de W. E. Heydendorff, «Vorderösterreich im dreissigjährigen Krieg. Der Verlust der Vorlande am Rhein und die Versuche zu deren Rückgewinnung», *Mitteilungen des österreichischen Staatsarchivs*, XII (1959), pp. 74-142, y XIII (1960), pp. 107-194.

La política de Francia en el curso inferior del Rin también ha sido

ampliamente estudiada. Véase, sobre todo, H. Weber, *Frankreich, Kurtrier, der Rhein und das Reich, 1623-35*, Bonn, 1969, obra que ha sido resumida por el mismo autor en su artículo *«Richelieu et le Rhin», *Revue Historique*, CCXXXIX (1968), pp. 265-280. El interesante artículo de R. Pillorget, «Louis XIV and the electorate of Trier, 1652-76», en R. M. Hatton, ed., *Louis XIV and Europe*, Londres, 1976, pp. 115-132, contiene también comentarios sobre los años 1640. Sobre la devastación producida por la guerra en Borgoña a partir de 1635, véase el estudio clásico de G. Roupnel, *La ville et la campagne au 17e siècle. Étude sur les populations du pays dijonnais*, París, 1955²; para la devastación de Lorena, véase S. Gaber, *La Lorraine meurtrie: les malheurs de la Guerre de Trente Ans*, Nancy, 1979.

F. 1642-1650

La obra más sobresaliente sobre la paz que puso fin al conflicto es la de Dickmann, *Der Westfälische Frieden*. A M. Heckel se debe un útil estudio de este libro, en el que, al tiempo que reconoce su carácter de obra definitiva, hace algunas observaciones críticas: «Zur Historiographie des Westfälischen Friedens. Die Bedeutung des Werkes von Fritz Dickmann für die deutsche Verfassungs- und Kirchenrechtsgeschichte», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Kanonistische Abteilung*, LVII (1971), pp. 322-335. Las negociaciones simultáneas en Münster sobre la paz entre España y la República de Holanda han sido bien estudiadas por J. J. Poelhekke, *De vrede van Munster*, La Haya, 1948, e Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic World*, cap. 6.

Los estudios de Konrad Repgen de Bonn, y de sus discípulos, nos permiten comprender cada vez mejor la laberíntica actividad diplomática que se desarrolló durante los últimos cinco años de la guerra. Hay que hacer mención especial del estudio de Repgen sobre la política papal para la consecución de un acuerdo (aunque termina en 1644) —véase pp. 392-393, *supra*— y su artículo «Uber den Zusammenhang von Verhandlungstechnik und Vertragsbegriffen. Die kaiserlichen Elsass-Angebote vom 28. März und 14. April 1646 an Frankreich», en A. Besch, ed., *Die Stadt in der europäischen Geschichte, Festschrift Edith Ennen*, Bonn, 1972, pp. 638-666. También son de destacar los estudios de los discípulos de Repgen, publicados en la serie *Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte*. Hay que mencionar especialmente el trabajo de *F. Wolff, *Corpus Evangelicorum und Corpus Catholicorum auf dem Westfälischen Friedenskongress. Die Einfügung der konfessionellen Ständeverbindungen in die Reichsverfassung*, Münster, 1966 (vol. II de la serie); W. Becker, *Der Kurfürstenrat. Grundzüge seiner Entwicklung in der*

Reichsverfassung und seiner Stellung auf dem Westfälischen Friedenskongress, Münster, 1973 (vol. V); R. Philippe, *Württemberg und der Westfälische Friede*, Münster, 1976 (vol. VIII) y *K. Ruppert, *Die kaiserliche Politik auf dem Westfälischen Friedenskongress (1643-8)*, Münster, 1979 (vol. X). Repgen es también el editor general de la serie *Acta Pacis Westphalicae*, en proceso de publicación. Hay tres series: «Instrucciones» (1 vol. publicado, teniendo que aparecer otros dos); «Correspondencia» (6 vols. publicados y 18 más previstos) y «Protocolos, negociaciones, diarios y varios» (4 vols. publicados y 14 o más en preparación o anunciados).

Algunos pensarán que los trabajos que hemos citado sobre el tema son suficientes. Ahora bien, la conferencia que duró cinco años, y a la que asistieron representantes de 194 estados diferentes, ha dejado más huellas documentales que prácticamente ningún otro fenómeno comparable. En consecuencia, los historiadores se han sentido atraídos por este tema como las moscas. Sobre Polonia y la paz, véase J. Leszozynski, *Wladislaw IV a Slask w latach 1644-8*, Wroclaw, 1969; sobre Brandemburgo, véase E. Opgenoorth, *Friedrich Wilhelm: der grosse Kurfürst von Brandenburg. Eine politische Biographie*, I, Gotinga, 1971, caps. 3-4, y sobre la solución de la cuestión religiosa en Westfalia, M. Heckel, «Itio in partes. Zur Religionsverfassung des Heiligen Römischen Reiches deutscher Nation», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte. Kanonistische Abteilung*, LXIV (1978), pp. 180-308. Hay una versión resumida en inglés, muy útil, de las cláusulas de la paz en G. Symcox, ed., *War, Diplomacy and Imperialism, 1618-1763*, Londres, 1974, pp. 39-62.

Muy pocos son los trabajos que se han publicado sobre las campañas finales de la guerra. Se han descrito algunas acciones, algunos generales han sido objeto de una biografía, pero no existe un estudio general de la lucha mejor que el ya citado de Ruppert. Sólo el esfuerzo de guerra sueco ha sido objeto de un análisis adecuado, aunque únicamente desde el punto de vista económico. Véase K. R. Böhme, «Geld für die schwedische Armee nach 1640», *Scandia*, XXXIII (1967), pp. 54-95, y G. Lorenz, «Schweden und die französischen Hilfsgelder von 1638 bis 1649», en K. Repgen, ed., *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges*, Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XII, Münster, 1981, pp. 98-148. Sobre la desmovilización del ejército imperial, véase el admirable trabajo (en su mayor parte sin publicar) de P. Hoyos, *Ernst von Traun, Generalkriegskommissär, und die Abdankung der kaiserlichen Armee nach dem 30-jährigen Krieg*, Viena, 1970. La parte III, sobre la desmovilización en sí, ha sido publicada en *Der dreissigjährige Krieg* (p. 399, *infra*), pp. 169-232.

G. Los ejércitos y la destrucción

Quien esté interesado en el estudio de la historia militar encontrará un material de utilidad en el arte del período, particularmente en la obra de pintores como Wranckx y Snaeyers, y de grabadores como Callot, Richter y Franck. Una excelente selección de estas obras ha sido reproducida en Langer, *The Thirty Years' War*. Existen también «juegos de guerra» de la mayor parte de las grandes batallas, producidos por la Avalon-Hill Company de Maryland y la SPI de Nueva York. La película titulada *The Last Valley*, con guión de John Prebble, relata vívidamente la vida cotidiana de los ejércitos que lucharon en la guerra, y un curioso libro de ilustraciones —E. Wagner, *European Weapons and Warfare 1618-1648*, Londres, 1979— reconstruye escenas militares.

Todos estos medios visuales nos ayudan a comprender mejor el período porque comunican una inmediatez que le falta a la mera palabra. No obstante, hay algunas obras impresas excelentes sobre la vida cotidiana durante la guerra, comenzando por la propia literatura del período. En Alemania, grandes escritores como Opitz, Moscherosch y Grimmelshausen narraron la vida durante la guerra en poemas y en prosa. Pero, ¿hasta qué punto podemos dar crédito a cuanto se dice en estas obras literarias? Hans (o Johann) Jacob Christoph von Grimmelshausen, por ejemplo, nació hacia 1621 y antes de ser hecho prisionero, había recibido varios años de educación luterana en la escuela local. Pasó los cinco años siguientes con el ejército imperial, el ejército de Hesse y, una vez más, el ejército imperial. En 1640 se convirtió en funcionario militar y después de la guerra permaneció como secretario de su coronel hasta 1660, año en que se estableció como tabernero. Desde entonces hasta su muerte en 1676 completaba sus ingresos escribiendo libros sobre sus experiencias de guerra. El primero de ellos, titulado *Las aventuras de Simplicissimus el alemán*, estaba ya en la quinta edición en 1672. En 1700 había ya otros treinta títulos publicados basados en él o en uno de sus personajes. Dos de esos libros habían sido escritos también por Grimmelshausen: *Vagabunda Coraje* y *Springinsfeld* (ambos publicados en 1670). Los libros de Grimmelshausen han influido decisivamente en el estudio histórico de los soldados que lucharon en la guerra y de su mundo.

Esto nos parece lamentable, porque se ha demostrado que a Grimmelshausen le interesaba más el efectismo literario que el realismo. Así, el relato de la batalla de Wittstock, en 1636, que aparece en *Simplicissimus* y que el autor afirma haber contemplado personalmente, es un plagio —en algunas partes palabra por palabra— de la edición alemana de 1629 de la *Arcadia* de sir Philip Sidney. En las primeras páginas de *Vagabunda Coraje*, que describe los acontecimientos de 1620-1621, Grimmelshausen repite exactamente el erróneo relato de los acontecimientos que aparece

en otra obra popular contemporánea, *Teutscher Florus*, de Wassenberg. No se puede, pues, dar credibilidad a estos relatos. Tal vez no debemos sorprendernos por ello. Después de todo, Grimmelshausen era novelista y no historiador. Pero las consecuencias para la exactitud histórica son importantes. Con frecuencia, al escritor creativo le interesan más, necesariamente, los elementos dinámicos que los elementos estáticos de una guerra. Su interés se centra en las batallas, las marchas y las matanzas y puede permitirse la indiferencia ante las estructuras financieras, logísticas y de mando que hay tras esas operaciones. Pero en el caso de Grimmelshausen no hay indiferencia sino más bien hostilidad: los generales son considerados como el enemigo real. Incluso la promiscua Coraje no se trata con nadie de rango superior a capitán y sus principales enemigos son el comandante y el coronel. Así pues, los personajes de Grimmelshausen tienen el olor del fuego de campamento y no del cuartel, pues el autor los presenta chillando, jugando o zurciendo sus calcetines mientras esperan a que comience la acción y aunque los episodios de la guerra que se describen en *Simplicissimus* puedan ser imaginarios, no lo son los personajes. No encontramos en la historia de la literatura una descripción parecida a la que hace Grimmelshausen de la vida del soldado hasta los diarios escritos por los soldados ingleses de la Guerra Peninsular. Véase C. Hohoff, ed., *Johann Jacob Christoph von Grimmelshausen in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Reinbeck-bei-Hamburg, 1978, y H. Geulen, «"Arkadische" Simpliciana. Zu einer Quelle Grimmelshausens und ihrer strukturellen Bedeutung für seinen Roman», *Euphorion: Zeitschrift für Literaturgeschichte*, LXIII (1969), pp. 426-437.

También en Inglaterra varios contemporáneos —en su mayor parte hombres que lucharon en la guerra— escribieron sus experiencias. Cuatro relatos son de especial importancia: Sydnam Poyntz, «Relation [1624-1636]», ed. A. T. S. Goodrick en *Camden Society Publications*, 3.ª serie, XIV (1908); Sir James Turner, *Pallas Armata. Military essayes of the ancient Graecian, Roman and modern art of war*, Londres, 1683, pp. 157-372; *idem*, *Memoirs of his own life and times*, Edimburgo, 1829, y R. Monro, *Monro his expedition with the worthy Scots regiment call'd Mackays*, Londres, 1637. Muy poco es lo que sabemos sobre estos tres autores (aunque Monro volvió a aparecer, apenas disfrazado, en *Memoirs of a Cavalier* de Daniel Defoe y como «Dugald Dalgetty» de sir Walter Scott). La carrera de Poyntz se describe en la edición que hizo Goodrick de su obra y las últimas hazañas militares de Turner y Monro se analizan y describen en el libro de D. Stevenson, *Scottish Covenanters and Irish Confederates. Scottish-Irish relations in the mid-seventeenth century*, Belfast, 1981, pp. 80-83 y 312-313. Entre las obras más recientes sobre los soldados que lucharon en la guerra, el estudio de Langer, *The Thirty Years' War*, pp. 61-102, constituye un excelente punto de partida. Puede

completarse con el importante y más detallado estudio de *F. Redlich, *The German Military Enterpriser and His Workforce, 13th to 17th Centuries*, 2 vols., Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, Beihefte XLVII-XLVIII, Wiesbaden, 1964-1965.

Respecto al desarrollo de la guerra durante este período, probablemente las obras de J. R. Hale, *War and society in Renaissance Europe 1450-1620*, Londres, 1985, y M. Anderson (1618-1770) aún sin publicar en la colección de Fontana War and Society, serán los estudios más útiles. Pero hasta que hayan aparecido, el lector ha de basarse exclusivamente en H. W. Koch, *The Rise of Modern Warfare 1618-1815*, Londres, 1981, y en otras obras generales, así como en tres artículos que sitúan los cambios militares del período en una perspectiva más amplia: M. Roberts, «The Military Revolution 1560-1660», en Roberts, ed., *Essays in Swedish History*, Londres, 1967, pp. 195-225; G. Parker, «The Military Revolution 1560-1660 —a myth?», en Parker, *Spain and the Netherlands 1559-1659: ten studies*, Londres, 1979, pp. 86-103, y H. Eichberg, «Geometrie als barocke Verhaltensnorm. Fortifikation und Exerzitien», *Zeitschrift für historische Forschung*, IV (1977), pp. 17-50. Ninguno de estos trabajos sustituye al estudio general más antiguo de E. von Frauenholz, *Das Heerwesen in der Zeit des Dreissigjährigen Krieges*, 2 vols., Munich, 1938-1939, vol. III, partes 1-2 de *Entwicklungsgeschichte des deutschen Heerwesens*, del mismo autor.

Finalmente, hay abundantes estudios de las tropas que luchaban por un señor particular. Respecto al bando imperial, véase: J. C. Allmayer-Beck y E. Lessing, *Die Kaiserliche Kriegsvölker von Maximilian I bis Prinz Eugen 1479-1718*, Munich, 1978, con hermosas ilustraciones; O. Elster, *Die Piccolomini-Regimenter während des dreissigjährigen Krieges, besonders das Kürassier-Regiment Alt-Piccolomini*, Viena, 1903; *Der Dreissigjährige Krieg. Beiträge zu seiner Geschichte*, Schriften des Heeresgeschichtlichen Museums in Wien, VII, Viena, 1976; T. M. Barker, *The Military Intellectual and Battle: Raimondo Montecuccoli and the Thirty Years' War*, Albany, Nueva York, 1975, y los cuatro primeros estudios de *idem*, *Army, Aristocracy, Monarchy: essays on war, society and government in Austria 1618-1780*, Nueva York, 1982. No existe ningún estudio moderno adecuado sobre el ejército bávaro durante la guerra, pero véase R. Baumann, *Das Söldnerwesen im 16. Jahrhundert im bayerischen und süddeutschen Beispiel. Eine gessellschaftsgeschichtliche Untersuchung*, Munich, 1978. Sobre los ejércitos del bando anti-imperial, véase: J. W. Wijn, *Het Krijgswezen in den tijd van Prins Maurits*, Utrecht, 1934; J. A. Fallon, «Scottish mercenaries in the service of Denmark and Sweden, 1626-32», University of Glasgow, tesis doctoral, 1972; P. Dukes, «The Leslie family in the Swedish period (1630-5) of the Thirty Years' War», *European Studies Review*, XII (1982), pp. 401-424; L. André, *Michel le Tellier*

et l'organisation de l'armée monarchique, París, 1906; B. Kroener, *Les Routes et les Étapes. Die Versorgung der französischen Armeen in Nordostfrankreich (1635-61). Ein Beitrag zur Verwaltungsgeschichte des Ancien Régime*, 2 vols., Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XI, Münster, 1980; *idem*, «Die Entwicklung der Truppenstärken in den französischen Armeen zwischen 1635 und 1661», en K. Repgen, ed., *Forschungen und Quellen zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges*, Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XII, Münster, 1981, pp. 149-220 y [Estado Mayor del ejército sueco, ed.] *Sveriges Krig, 1611-1632* (p. 390, *supra*).

Acerca de la destrucción causada por las tropas, hay un resumen excelente del material, voluminoso pero a veces contradictorio, publicado antes de 1960 en T. K. Rabb, «The effects of the Thirty Years' War on the German economy», *Journal of Modern History*, XXXIV (1962), pp. 40-51. A F. Lütge debemos un importante estudio de las condiciones en los momentos anteriores a la guerra: «Die wirtschaftliche Lage Deutschlands vor Ausbruch des dreissigjährigen Krieges», *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, CLXX (1958), pp. 43-99. Entre los estudios más recientes, el lector interesado puede consultar con provecho los siguientes: G. Benecke, «The problem of death and destruction during the Thirty Years' War: new evidence from the Middle Wesser Front», *European Studies Review*, II (1972), pp. 239-253; *G. Franz, *Der Dreissigjährige Krieg und das deutsche Volk*, Stuttgart, 1979[4]; C. R. Friedrichs, *Urban Society in an Age of War: Nördlingen, 1580-1720*, Princeton, N. J., 1979; H. Haan, «Prosperität und Dreissigjähriger Krieg», *Geschichte und Gesellschaft*, VII (1981), pp. 81-118, y H. Kamen, «The economic an social consequences of the Thirty Years' War», *Past and Present*, XXXIX (1968), pp. 44-61.

Hay una serie inagotable de estudios locales sobre la destrucción causada por la guerra, algunos de los cuales son muy buenos y otros son aterradores. En el volumen de Franz citado antes, pueden encontrarse extensas referencias. Una fuente inusualmente rica de datos para una zona alemana es proporcionada por H. Schmidt, «Der dreissigjährige Krieg: wie er sich auf das Rothenburger Land und seine Leute auswirkte», *Fränkischer Feierabend*, vols. I-IX, publicado como suplementos semanales en *Fränkischer Anzeiger*, Rothenburg ob der Tauber, 1953-1961. Para otras fuentes sobre la destrucción a partir de 1635, véanse las notas 12-22 del capítulo V.

ADDENDA

Mientras este libro estaba en prensa, aparecieron una serie de obras sobre la guerra. En primer lugar, Peter Limm, *The Thirty Years' War*,

Londres, 1984, un volumen en la colección «Seminar Studies in History», que es un estudio breve y útil, con una selección de documentos fundamentales (traducidos al inglés). Por otra parte, las pp. 253-351 de la excelente publicación *Zeitschrift für historische Forschung*, X (1983), están dedicadas al estudio de los acontecimientos políticos de Alemania entre 1555 y 1618, con el título «Möglichkeiten der Reichspolitik zwischen Augsburger Religionsfrieden und Ausbruch des dreissigjährigen Kriegs». Son especialmente interesantes los artículos de K. Vocelka (sobre los emperadores Matías y Rodolfo, 1606-1612) y de K. Schlaich (sobre el principio de mayoría en la Dieta entre 1495 y 1613).

Para el decenio de 1620, un artículo nuevo analiza la intervención de Inglaterra en una coyuntura crucial: T. Cogswell, «Foreign Policy and Parliament: the Case of La Rochelle, 1625-6», *English Historical Review*, XCIX (1984), pp. 241-267. El frío encuentro de los reyes de Dinamarca y Suecia en Ulfsbäck en 1629 (véase p. 123, *supra*) es el tema de K. J. V. Jespersen, «Kongemoedet i Ulfsbäck praestegard februar 1629», *Historie*, nueva serie, XIV (1982), pp. 420-439. Por su parte, E. Ladewig Petersen ha situado la intervención de Cristián IV en un contexto más amplio: «War, Finance and the Growth of Absolutism: some Aspects of the European Integration of seventeenth-century Denmark», en G. Rystad, ed., *Europe and Scandinavia. Aspects of the Process of Integration in the seventeenth century*, Lund, 1983, pp. 33-49. J. I. Israel, «Central European Jewry during the Thirty Years' War», *Central European History*, XVI (1983), pp. 3-30, ha puesto en evidencia que las comunidades judías prosperaron con los franceses, los suecos y los imperiales. M. E. Mallett y J. R. Hale, *The Military Organization of a Renaissance State. Venice c. 1400 to 1617*, Cambridge, 1984, han realizado un estudio espléndido sobre la guerra contra los uscoques (pp. 242-247, 327-329 y 482-484).

Obras publicadas desde 1984

Durante los dos últimos años han aparecido una serie de trabajos nuevos de gran interés. Lugar preeminente hay que conceder a dos obras generales sobre la guerra, ambas en alemán pero de carácter diferente. G. Schormann, *Der dreissigjährige Krieg*, Gotinga, 1985, presenta un útil y conciso resumen de los acontecimientos en sólo 150 páginas. Por su parte, G. Barudio, *Der teutsche Krieg 1618-1648*, Frankfurt, 1985, en cambio, desarrolla el tema a lo largo de 700 páginas. Ambas obras constituyen, fundamentalmente, una narración de la guerra y ambas tienden a concentrarse en los acontecimientos de Alemania (aunque Barudio ha trabajado intensamente las fuentes escandinavas).

Hay una serie de estudios sobre Alemania durante y después de la

guerra, entre los que cabe citar la excelente monografía de James A. Vann, *The making of a state: Württemberg 1593-1793*, Ithaca y Londres, 1984; R. P. Hsia, *Society and religion in Münster 1535-1618*, New Haven y Londres, 1984; J. Whaley, *Religious toleration and social change in Hamburg 1529-1819*, Cambridge, 1985; D. W. Sabean, *Power in the blood. Popular culture and village discourse in early modern Germany*, Cambridge, 1984, cap. 2, y R. J. W. Evans, «Culture and anarchy in the Empire, 1540-1680», *Central European History*, XVIII (1985), pp. 14-30. Sobre Francia, véase J. Bergin, *Cardinal Richelieu. Power and the pursuit of wealth*, New Haven y Londres, 1985. Sobre Inglaterra, T. Cogswell, «Prelude to Ré: the Anglo-French struggle over La Rochelle, 1624-7», *History*, LXXI (1986), pp. 1-27. Sobre España, R. A. Stradling, «Olivares and the origins of the Franco-Spanish war, 1627-1635», *English Historical Review*, CI (1986), pp. 68-94. Este último trabajo pone de relieve que España estaba preparada para declarar la guerra a Francia en cualquier momento a partir de septiembre de 1634 y que a partir de enero de 1635 consideraba la guerra inevitable. En último extremo, fue Francia la que declaró la guerra, pero las investigaciones más recientes ponen de manifiesto que también el gobierno francés, presionado por sus aliados holandeses, consideraba ya en junio de 1634 que el enfrentamiento era inevitable. En ambos casos, era el monarca el que encabezaba el grupo de «halcones» que se mostraban partidarios de una pronta ruptura de las hostilidades, mientras que los dos primeros ministros predicaban la moderación. Ahora bien, la convicción en ambas cortes de que la guerra estaba a la vuelta de la esquina hizo más probable la declaración. Más datos sobre la guerra se encontrarán en las actas de una conferencia sobre la Guerra de los Treinta Años celebrada en Munich en agosto de 1984, editadas por Konrad Repgen y que serán publicadas por Oldenbourg Verlag de Munich con el título *Krieg und Politik 1618-1648: europäische Studien und Perspektiven.*

También el aspecto militar de la guerra ha suscitado un interés nuevo. El ejército y los objetivos de guerra de Richelieu en los tres primeros años tras el comienzo de las hostilidades con España han sido estudiados de forma exhaustiva por D. W. Parrot, «The administration of the French army during the ministry of Cardinal Richelieu», Oxford University Press, tesis doctoral, 1985. El comportamiento general de las tropas en esta época ha sido agudamente analizado por B. Kroener, «Soldat oder Soldateska? Programmatischer Aufriss einer Sozialgeschichte militärischen Unterschichten in der ersten Hälfte des 17. Jahrhunderts», en M. Messerschmidt *et al.*, eds., *Militärgeschichte. Probleme, Thesen, Wege*, Frankfurt, 1982, pp. 100-123. Sin embargo, por lo que respecta a las últimas fases de la guerra, no existe aún ninguna obra que pueda sustituir a dos estudios editados por el Estado Mayor del ejército sueco y que no hemos

citado en la Bibliografía: Förvarsstabens krigshistoriska avdelning, *Slaget vid Jankow 1645-1945*, Estocolmo, 1948, e *idem*, *Fraan Femern och Jankow till Westfaliska Freden. En minnesskrift aar 1948*, Estocolmo, 1948.

ÍNDICE ALFABÉTICO

absolutismo confesional, 131-133, 313-315; *véase también* religión

absolutismo en los inicios de la Edad Moderna en Europa, 130-133, 314-315

Acta Pacis Westphalicae, 396

Acton, lord; historiador del siglo XIX: puntos de vista de, 14 y n.

Adami von Murrhart, Adam, n. 1610, en Renania; educado por los jesuitas; ingresa en la orden benedictina en 1628; prior de Murrhart (Württemberg) desde 1639; representante de las abadías secularizadas de Suabia en la conferencia de paz de Westfalia; m. en 1663: opiniones de, 258; y la conferencia de paz de Westfalia, 260

Adams, S. L.: «Foreign Policy», 385; «Protestant Cause», 381; «Spain or Netherlands», 385

Adler, Salvius, *véase* Salvius

Agren, N., 109n.

«Alais, Gracia de» (28 de junio de 1629) decretada por Luis XIII de Francia para poner fin a las revueltas de los hugonotes, 170

Alberto de Austria; n. en 1559, hijo del emperador Maximiliano II; archiduque; cardenal en 1577; primer virrey de Portugal en nombre de Felipe II, 1583-1593; principal consejero de Felipe II en 1593-1596; nombrado gobernador de los Países Bajos por Felipe II en 1596-1598; gobernante soberano, con Isabel, de los Países Bajos del Sur en 1598-1621; pretensiones de ocupar el trono de emperador, 63; muerte de (15 de julio de 1621), 102; gobierno de los Países Bajos por, 18; *véase también* archiduques

Albrecht, D.: *Auswärtige Politik*, 389; «Finanzierung», 382; *Gregor XV*, 382; «Konfessionelle Zeitalter», 43n.; *Regensburg*, 389; *Richelieu*, 389

Alcalá Zamora, J., 382-383

Aldea Vaquero, Q., 388

Aldringen, Johan von; n. en 1588 en Thionville (Luxemburgo); se integra en los ejércitos imperiales (1618) y bávaro (desde 1623); lucha en Mantua (1630-1631); comandante del ejército bávaro tras la muerte de Tilly, 1632-1634: conduce el ejército bávaro, 267; resulta muerto en el campo de batalla en 1634, 268

Alemania: antes de la guerra, 17-18, 31-69; cultura en, 79; economía de, 39-40, 237, 238n., 240, 301-308, 316-317; gobierno de, 35-41; bibliografía, *véase* Ensayo bibliográfico, 376; población de, *véase* demografía; religión en, *véase* equilibrio religioso, Contrarreforma y protestantismo; *véase también* Sacro Imperio Romano

Alexander, D., 166n.

alimentos, provisión de: en la Alema-

nia de pre-guerra, 34; durante la guerra, *véase* aprovisionamiento
Almirantazgo (creado en España para controlar el comercio, 1625), 144-145
Alsacia (territorio alemán, parte de la Austria Exterior): bibliografía sobre, 394; defensa de, 33; gobierno de, 132, 265; guerra en, 103, 223, 243, 253, 268; y España, 71-75, 196; y Francia, 215, 222, 246, 265, 311, 312
Altdorf, universidad de (cerca de Nuremberg): y la revuelta de Bohemia, 79
Alte Veste (fortaleza situada en las proximidades de Nuremberg): Wallenstein la fortifica y resiste el asedio sueco (1623), 194, 294
Altmann, H.: *Reichpolitik*, 380
Altmann, R., 392
Altmark (ciudad de Prusia): tregua sueco-polaca firmada en (1629), 154, 182
Allerheim (o Alerheim, aldea de Suabia): las fuerzas bávaras e imperiales expulsadas de, en el curso de una batalla por los ejércitos de Francia y Hesse (3 de agosto de 1645), 253, 255
Allgemeine deutsche Biographie, 378
Allmayer-Beck, J. C., 399
Amalia de Solms; n. en 1602 en Hanau; casada con Guillermo V de Hesse-Kassel en 1619; regente a su muerte, 1637-1650; m. en 1651: conexiones familiares, 90; durante la Guerra de los Treinta Años, 242, 243, 318; ejércitos de, *véase* ejército de Hesse-Kessel; en la conferencia de paz de Westfalia, 250, 261
Amberg (capital del Alto Palatinado): católicos en, 137; cultura en, 79-80
Ambronn, K.-O., 384
América, colonias europeas en, 76, 247, 268
Amersfoort (ciudad holandesa): tomada por los ejércitos españoles (1629), 155
amotinamiento de los ejércitos durante la Guerra de los Treinta Años: en el ejército francés (1638), 288-289, (1648), 271; en el ejército imperial, 153; en el ejército sueco (1633), 201, (1635), 229, (1641), 232, 289; en 1648-1649, 270-271
Amsterdam (ciudad holandesa): poder económico de, 183
Ana de Austria, n. en 1601, hermana de Felipe IV de España; casada con Luis III de Francia en 1615; regente a la muerte de éste, 1643-1651; excluida del gobierno en 1661; m. en 1666; regencia de, 248
Ana Magdalena de Baviera, n. en 1587, hija más joven de Maximiliano I de Baviera; casada con Wolfgang Guillermo de Neoburgo en 1613; m. en 1628: boda de, 62, lámina 3
Anderson, M., 399
André, L., 399
Andreä, Johann Valentin; n. en 1586; escritor utópico y pastor luterano; desde 1620 superintendente en Calw; predicador de la corte del duque de Württemberg desde 1639; m. en 1654: durante la Guerra de los Treinta Años, 239-240
Angulema, Charles de Valois, duque de; n. en 1573, hijo ilegítimo de Carlos IX de Francia; jefe militar en la última guerra religiosa de Francia y conspirador en tiempos de Enrique IV; conducido a prisión, donde permanece entre 1604 y 1616; jefe militar y diplomático de Luis XIII; m. en 1650; misión diplomática en Alemania (1620-1621), 97-98
Angyal, D., 384
Anhalt, Cristián de, *véase* Cristián, príncipe de Anhalt-Bernburg
Annaburg (ciudad sajona): los electores de Sajonia y Brandemburgo se reúnen en (1630), 172
Ansbach, margrave de, *véase* Joaquín Ernesto de Hohenzollern
Antoinette, hija de Carlos III, duque

de Lorena; nombrada regente de Cleves-Juliers en 1609, 53, 56-57.
Antony, P., 240n.
aprovisionamiento militar durante la Guerra de los Treinta Años, 190
archiduques (título de los gobernantes de los Países Bajos entre 1598 y 1621): ejército de los, *véase* ejército de Flandes; gobierno de, 18-20; política exterior de, 85, 92, 95, 101-102; *véase también* Alberto; Isabel
Argel (estado del Norte de África): planes de ataque de España contra (1618), 84-85; política exterior de, 19
aristocracia europea: de Alemania, 36; de los territorios de los Habsburgo, 20, 24-25, 78, 132-133, 136; de Polonia, 181
Arnim, Hans Georg von; n. en 1581 en Brandemburgo; estudia teología; oficial en el ejército sueco en 1613, lleva a cabo misiones diplomáticas; ingresa en el ejército imperial en 1625 (coronel en 1627, mariscal de campo en 1628); se integra en el ejército de Sajonia en 1631 como protesta contra el saqueo de Magdeburgo; abandona el ejército a raíz de la paz de Praga para convertirse en un ciudadano privado; capturado y encarcelado por los suecos en 1637-1638, logra escapar; m. en 1641: comandante sajón, 203, 207-208, 281; a las órdenes de Wallenstein, 153, 281
Arnoldsson, Sverker A.: *Krigspropagand*, 109n.; *Tyskand*, 394
Arras (capital de Artois en los Países Bajos del Sur); ocupada por Francia (1640), 247
arte de la guerra en Europa, en el siglo XVII: bibliografía sobre, 399; técnicas de asedio, 110-111, 151, 185-186, 294-295, 297-299; técnicas de las batallas campales, 121, 187-188, 190, 194-195, 207-209, 235-236, 252-254, 258, 292-294, 317-319
artillería en el arte militar del siglo XVII, 190, 297-299
Artois (provincia de los Países Bajos del Sur): ocupada en su mayor parte por Francia (1640), 247
Arundel, Thomas Howard, conde de; n. en 1585; consejero privado de Jacobo I en 1616; realiza numerosos viajes para coleccionar obras de arte y al servicio diplomático del gobierno; marcha al exilio en 1642; m. en 1646: conduce la embajada inglesa a Alemania (1636), 236, 240
asambleas representativas: bibliografía sobre, 379; en Alemania, 40-41, 47; en los territorios de los Habsburgo, 22-30, 68
Atlántico, control marítimo del, *véase* flotas
Aubin, H., 379
Augsburgo (ciudad imperial libre): tamaño de, 270n.; y el Edicto de Restitución, 150n.; y la paz, 260, 270, 317
Augsburgo, Confesión de (Confesión de Fe luterana, 1530), 175
Augsburgo, obispado alemán de: se une a la Liga católica (1609), 59
Augsburgo, obispo de, *véase* Knöringen
Augsburgo, paz religiosa de (1555), que pone fin temporalmente a los conflictos religiosos en Alemania, 42-44, 48, 64, 149
Auhausen (cerca de Nördlingen, monasterio secularizado perteneciente a los margraves de Ansbach): formación de la Unión Protestante en, 51; *véase también* Unión Protestante
Austria, Alta, ducado de: bibliografía sobre el, 388; gobierno de, 20, 317; ocupación bávara de, 139-142; oposición a Rodolfo II, 29-30; población de, 20; religión en el, 22-26, 128, 140-141, 264; revuelta del (1626), 120-121, 129, 140-142; y la revuelta bohemia, 86-88, 98-99, 139-140
Austria, Baja, ducado de: bibliografía

sobre el, 388; durante la Guerra de los Treinta Años, 254, 265-266; economía del, 318n.; gobierno del, 20, 318; población del, 20; religión en el, 22-26, 70-71, 264-265; y la revuelta bohemia, 86-88
Austria Exterior, ducado de: bibliografía sobre el, 394; en la Guerra de los Treinta Años, 266; gobierno de, 19-20, 23, 132; *véase también* Alsacia; Tirol
Austria Interior, ducado de: bibliografía sobre el, 378; gobierno del, 20, 318; población del, 20; religión en el, 22-26, 70-71, 129-131, 264-265
«autonomía» (doctrina según la cual los príncipes eclesiásticos católicos podían imponer la uniformidad religiosa a sus súbditos), 42-44, 148-150
Avaux, Claude de Mesmes, conde de, n. en 1595; abogado en las cortes reales desde 1617; se le confían misiones diplomáticas desde 1627 (embajador extraordinario en Alemania en 1637-1642 y plenipotenciario en la conferencia de paz de Westfalia, 1643-1648); m. en 1650: en Westfalia, 259
Avenel, D. L. M., 112n.
Axel Oxenstiernas Skrifter och Brevvexling, 393

Baden-Durlach, margrave de: defensa de, 297; y Suecia, 200; *véase también* Jorge Federico de Baden-Durlach
Bagdad, puesto avanzado del Imperio otomano en Mesopotamia: sitiado por los turcos (1625-1626), 122; tomado por los persas (1624-1638), 122
Bagno, Francesco Guidi di; n. en 1578; es ordenado y entra al servicio del papa como administrador (1603-1621); nuncio papal en Bruselas 1621-1627) y París (1627-1631); cardenal en 1629; m. en 1641: actividad diplomática de, 178n.
Bahía, capital del Brasil portugués: tomada por los holandeses (1624-1625), 156
Baillie, Robert; n. en 1599, en Escocia; ordenado en 1622, profesor (1626) en Glasgow; enviado de la iglesia escocesa a Inglaterra en 1643-1646 y en el decenio de 1650; m. en 1662: opinión de la Guerra de los Treinta Años, 262
Báltico, mar: comercio en el, 182; control sobre el, 113-115, 123, 158, 180, 198, 228, 232, 241n., 251, 263; flotas en el, 32, 123
Ballesteros y Beretta, A., 68n.
Bamberg, principado eclesiástico de: durante la Guerra de los Treinta Años, 191, 201; en la conferencia de paz de Westfalia, 11; entra a formar parte de la Liga católica (1609), 59; religión en, 44; se integra en la Liga bávara (1614), 65
Baner, Johan; n. en 1596, en Suecia; se enrola en el ejército sueco en 1615; coronel en 1622; comandante de Riga, 1625-1626; consejero de Estado y general de infantería en 1630; mariscal de campo desde 1634 y gobernador general de Pomerania desde 1638; m. en 1641: conduce el ejército sueco, 208, 229, 231-232, 235, 243, 245, 246, 293
Barberini, Maffeo, *véase* Urbano VIII
Barker, T. M.,: *Army*, 399; *Military Intellectual*, 399
Barudio, G., 390
Bärwale (ciudad de Pomerania): tratado firmado en (1631), 178, 184, 190-191
Basilea (ciudad suiza): durante la Guerra de los Treinta Años, 188n., 238n.
Baumann, R., 399
Bautzen (capital de Lusacia): ocupada por los sajones (1620), 98, lám. 4
Baviera, ducado y (desde 1623) electorado de: defensas de, 33, 190-192,

265-266; finanzas de, 33-34, 39-41, 139n.; invadida (1645-1648), 252-253, 265-266; ocupada por los suecos (1632-1635), 190-192, 194-195, 288, 293; parlamentos de, 41; población de, 37; relaciones con los emperadores, 38, 105-106, 137-142, 144, 168-169, 176-177; religión en, 42; y la Transferencia Electoral, 106, 107n., 165, 176-177, 210; *véase también* Guillermo V; Maximiliano I

Béarn, principado de (unido a la corona francesa mediante unión personal desde 1589): campaña de recatolización en (1620-1622), 105

Beck, K.: *Hessiche Bruderzwist*, 146n.; «Neutralitätspolitik», 263n.

Becker, W., 398

Behaim, Lucas; n. en Nuremberg en 1587; consejero de la ciudad desde 1622; m. en 1648: puntos de vista de, 194

Beller, E. A.: *Caricatures*, 160n.; «Expedition of Morgan», 291n.; «Mision of Roe», 232n., *Propaganda*, 166n.

Benda, K., 27n.

Benecke, Gerhard (historiador inglés): teorías de, 316; *Death and Destruction*, 400; *Germany*, 376; «Labour Relations», 284n.; *Society and Politics*, 316n.

Benfeld (ciudad en Alsacia): fortificación de, 33

Bergen-op-Zoom (ciudad en Brabante): asedio de (1622), 107

Bergh, Enrique, conde van den; n. en 1573 en Brema; sobrino de Guillermo de Orange; comandante del ejército de Flandes en Alemania (1624-1628) y los Países Bajos (1629); encabeza una rebelión contra el gobierno español en los Países Bajos (1632); m. en 1638: 192

Bergius, Juan Pedro; n. en 1587 en Pomerania; profesor de Teología en Frankfurt del Oder (1614-1624) y predicador de la corte de los electores de Brandemburgo (desde 1628); m. en 1658: en el Coloquio de Leipzig, 174-175; puntos de vista de, 174 y n.-175; *Abdruck*, 175n.; *Eynträchtigkeit*, 175n.

Berlín (capital de Brandemburgo): población de, 239; revueltas en (1614), 47

Berna (cantón suizo): defensa de, 297

Bernardinos (tropas reclutadas anteriormente por Bernardo de Sajonia-Weimar): campañas de los, 223, 232, 243, 253, 282, 297

Bernardo, duque de Sajonia-Weimar; n. en 1604 en Weimar; sirve en los ejércitos protestantes en Alemania (1621-1623 y 1625-1627) y en el ejército holandés (1623-1625 y 1627-1630); al servicio de los suecos entre 1630 y 1635 como jefe conjunto a partir de 1632; entra con su ejército al servicio de Francia en 1635; m. en 1639: al servicio de Francia, 216, 218, 221-223, 235, 281-282; al servicio de Suecia, 183, 188, 201, 208, 232; finanzas de, 281-282; muerte de, 223; y la «causa protestante», 100, 143

Besançon (ciudad imperial libre del Franco Condado): cedida a España (1654), 271

Besch, A., 395

Bethlen Gabor de Iktár; n. en 1580 en Hungría; desde su oscuro origen como miembro de la pequeña nobleza calvinista se eleva hasta convertirse en príncipe de Transilvania en 1613, gracias al apoyo de los turcos; lucha contra los Habsburgo en 1619-1621, 1623-1624 y 1626; m. el 5 de nov. de 1629: administración de, 14; conexiones familiares de, 91; elegido príncipe de Hungría (15 de en. de 1620), 95; muerte de, 125; política exterior de, 86-89, 103, 108; y la guerra danesa, 120-122; y la Guerra del Palatinado, 102-103, 108n.; y la revuelta bohemia, 86-89,

95; y los Habsburgo, 27, 86-89, 102-103, 120-122, 133
Beyerle, K., 395
Beza, Teodoro; n. en 1519; ministro y teólogo calvinista; presidente del presbiterio de Ginebra desde 1564; m. en 1605: 79
«biblioteca Pirckheimer» (Nuremberg): vendida al conde de Arundel (1636), 236
Bierther, K.: «Prager Frieden», 393; *Regensburger Reichstag*, 393
Bílek, T. B., 387
Bircher, M., 80n.
Bireley, R.: *Maximilian und Contzen*, 389; «Pacis Compositio», 150n.; *Religion and Politics*, 148n., 378
Bitskey, F., 387
Blaschke, K., 38n.
Blickle, P., 379
Bliss, W., 99n.
Bocskay, Esteban; n. en 1557 en Kluj; líder de los calvinistas de Transilvania en la rebelión antihabsburguesa de 1604-1605; elegido príncipe de Transilvania en 1605; m. en 1606: 27-28
Boelcke, W. A., 14n.
Boersma, F., 35n.
Bog, I.: *Bäuerliche Wirtschaft*, 284n.; «Wachstumsprobleme», 379
Bohatcová, M., 166n.
Bohemia, reino de: aristocracia de, 77-78, 136; bibliografía sobre, 382, 387; conquistado de nuevo por los protestantes (1631-1632), 188-189, 194; economía de, 78, 135-136 y n.; elige como rey a Federico V (1619), 86-88; elige como rey a Fernando II, 73-74, 77; gobierno de, 20-31, 86-92, 128; propiedad de la tierra en, 77-78, 135, 267n.; relaciones exteriores de, 77-80, 86-92; religión en, 22, 252-254, 267-269; reorganizado por Fernando II (1620-1628), 128-129; y Suecia, 203, 252-254, 267-269; y Wallenstein, 203, 206 y n.
Bohemia, revueltas de: (1418), 83; (1547), 22; (1609), 30; (1611), 30; (1618-1621), 12, 82-98, 166n.
Böhme, K. R.: «amt Memel», 182n.; *Besetzung*, 185n.; «Geld», 396; *Staatsfinanzen*, 282n.
Bombín Pérez, A.: «La Política», 73n.; *Monferrato*, 73n.
Bonaparte, Napoleón; n. en 1769 en Córcega; general (1795-1815), primer cónsul (1799-1804) y emperador (1804-1815) de Francia; m. en 1821; lee libros sobre la Guerra de los Treinta Años, 294
Bonney, Richard J. (historiador inglés): opiniones de, 317; *King's Debts*, 386; *Political Change*, 394
Börst, H., 238n.
Bosbach, F., 256n.
Bosl, K.: *Handbuch*, 387; *Repräsentation in Bayern*, 41n.
Böttcher, D., 181n.
Bouillon, Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turena y duque de; n. en 1555; general francés calvinista que obtuvo mediante matrimonio el ducado soberano de Bouillon en 1591; conspira contra Enrique IV (1602) y huye; regresa en 1610 y es un líder hugonote hasta su muerte, 55, 61, 68n.
Bracamonte, don Gaspar de, *véase* Peñaranda, conde de
Brahe, Per; n. en 1602 en Suecia; soldado y abogado; consejero sueco desde 1626; gobernador general de Prusia (1634-1637) y Finlandia (1637-1641 y 1648-1651); comandante militar contra Dinamarca en 1643-1644 y 1657-1659; m. en 1680: visión derrotista de, 231
Brandemburgo, electorado de: ascenso de (como gran potencia), 263-264; defensa de, 243, 297; devastación en, 238-239, 243-244; finanzas de, 40; población de, 37, 238; política exterior de, 19, 53-54, 56-58, 65-66, 100, 116, 171-176, 185-186; relaciones con el emperador, 38, 150, 171-172, 186,

188, 202-203, 243; situación religiosa en, 47, 150, 171-172; y la transferencia electoral bávara, 107; y Cleves-Juliers, 53-55, 57-58, 65-67, 263-264, 311; y Pomerania, 201-202, 207, 228, 234, 253-264, 311; y Sajonia, 171-176, 202-203, 235; y Suecia, 171-176, 185, 201-202, 243-244

Brandemburgo, electores de, *véase* Federico Guillermo; Jorge Guillermo; Juan Segismundo

Brandemburgo-Kulmback, margraviato de: durante la Guerra de los Treinta Años, 189; *véase también* Cristián, margrave de Brandemburgo-Kulmbach

Brandenstein, Christoph von; n. en 1593 en Sajonia; oficial del ejército sajón desde 1626; transferido a la Liga Heilbronn como coronel en 1633; encarcelado en Sajonia en 1637; m. en 1640: introduce el sistema de «contribuciones» en la Alemania central (1633-1635), 201, 211

Brasil (colonia portuguesa): los holandeses en, 156, 247, 268

Bratislava (ciudad húngara): capturada por los rebeldes (1619), 89; Dieta húngara en (1617), 74; Dieta húngara en (1620), 95; reunión en (1608), 29; tratado firmado en (1627), 122

Braunau (ciudad bohemia), *véase* Broumov

Breda (ciudad en Brabante): asedio español en (1624-1625), 111, 144; reconquistada por los holandeses (1637), 247

Bregenz (ciudad en el Austria Exterior): ocupada por los suecos (1647-1648), 266

Breisach (ciudad fortificada de Alsacia): fortificación de, 33 y n.; liberación (1633), 196; ocupación de por los franceses (1639), 223, 235

Breitenfeld (aldea de Sajonia): los suecos y los sajones derrotan a las tropas imperiales en la primera batalla de (17 de sept. de 1631), 187, 232, 277, 285, 287, 298, 319; los suecos derrotan a los imperiales en la segunda batalla de (2 de nov. de 1642), 245, 251

Breitling, R., 50n.

Bremen (ciudad imperial libre): durante la Guerra de los Treinta Años, 304

Bremen, estado eclesiástico de; archivos de, 13; control danés de, 115, 211; control sueco de, 251, 264; y el Edicto de Restitución (1629), 151

Breslow, M. A., 196n.

Briefe und Akten zur Geschichte des Dreissigjährigen Krieges, 380-381

Brightwell, P.: «Origins», 382; «Spain and Bohemia», 382; «Spain, Bohemia and Europe», 382; «Spanish System», 94n.

Brindisi, Lorenzo de; n. en 1559 en Brindisi; se convierte en capuchino en 1599-1602 y 1606-1613; m. en 1619; canonizado: y los incidentes de Donauwörth, 48-49, 323

Brömsebro (ciudad danesa): conversaciones de paz (1645), 252

Broucek, P.: «Bucquoy», 382; *Eroberung Bregenz*, 258n.; *Feldzug 1645*, 254n.

Broumov (ciudad bohemia): conflictos religiosos en (1617-1618), 77

Brown, E., 20n.

Brown, J., 383

Bruckmüller, E., 379

Brünick, W., 384

Brunner, O., 165n.

Brunswick (ducados del noroeste de Alemania): defensa de, 275, 297; duques de, *véase* Cristián, Jorge; y Dinamarca, 116; y el Edicto de Restitución, 150, 243; y la paz, 244, 249; y los Habsburgo, 150, 242, 244; y Suecia, 183, 244

Bruselas (capital de los Países Bajos del Sur): conferencia de paz en (1622), 104

Buckingham, George Villiers, conde

(1617), marqués (1618) y duque (1623) de; n. en 1592; favorito de Jacobo I y Carlos I (desde 1616); Master of the Horse (1616), Consejero Privado (1617) y Lord Almirante (1619) de Inglaterra; asesinado en 1628: política exterior de, 109, 119, 120, 315
Bucquoy, Charles Bonaventura de Longueval, conde de; n. en 1571 en Arras; sirve como oficial en el Ejército de Flandes desde 1596, llegando a ser general de artillería (1602); promovido a comandante imperial contra Bohemia en 1618; muerto en campaña en 1621: 87-98
Buchda, G., 39n.
Buchstab, G., 271n.
Bula de Oro de Hungría (1222), 26
Bullion, Claude, señor de Bonnelles; n. en 1571 en París; abogado en París desde 1595; colabora con el gobierno francés en los comités de fianzas, en el ejército y en misiones diplomáticas; ministro conjunto de finanzas en 1632-1640; m. en 1640: 222
Bygdeaa (parroquia sueca): impacto de la Guerra de los Treinta Años sobre, 277

caballeros imperiales (*Reichsritter*): apoyo a Suecia (1631-1633), 189, 199; poderes de, 36
caballos, utilización militar de, 285-286
Cádiz (ciudad española): ataque anglo-holandés contra (1625), 119-120
calvinismo: en Alemania, 36, 44-48, 52-53, 137-139, 149, 171-174, 259, 261-262, 313, 322; en los territorios austríacos, 22-30, 137
Calw (ciudad de Suabia): durante la Guerra de los Treinta Años, 239-240
Cambridge Modern History, 12n.
Camerarius, Ludwig; n. en 1573 en Nuremberg; ingresa en el Consejo Palatino en 1598 y desde 1603 dirige su política exterior; sigue a Federico V al exilio en 1620; al servicio de la diplomacia sueca, 1626-1641; m. en 1651: misión en Suecia (1623), 109, 110, 112, 116; publica *Cancellería Hispánica* (1622), 106 y n.; y la política palatina, 52, 68, 88, 321
«camino español» (corredor militar que unía Lombardía con los Países Bajos), 73n., 76, 104, 159-160, 193n., 196, 248, mapa 2
Campan, C. A., 286n.
Cancellería Hispánica (tratado político de 1622), 106 y n.
cantones suizos, *véase* Suiza
capuchina, orden: actividades diplomáticas de, 106; miembros de, *véase* Brindisi, Lorenzo de; Casale, Jacinto de; José, padre
Cardenal-infante, *véase* Fernando de Austria, cardenal-infante
Carintia (provincia del Austria Interior): religión en, 24; *véase también* Austria Interior
Carleton, Dudley; n. en 1573; carrera diplomática desde 1598; embajador inglés en Venecia (1611-1615) y La Haya (1616-1628); nombrado vizconde de Dorchester en 1628; primer secretario de Estado en 1628-1632; m. en 1632: opiniones de, 88-89
Carlos I, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda; n. 1600; sucede a su padre (Jacobo VI y I) en 1625; ejecutado en 1649: como príncipe de Gales, 102, 108-109; conexiones familiares de, 91; oposición a, 249; y Dinamarca, 119, 125, 240, 241n., 290n.-291n.; y España, 102, 108-109, 119; y Francia, 111, 119, 162; y la «transferencia electoral», 106, 177; y Suecia, 182, 241n.
Carlos IV, duque de Lorena; n. en 1604; obtiene la sucesión del ducado en 1624 pero marcha al exilio en 1633; jefe militar de los Habsburgo en 1633-1654; restituido en Lorena,

1661-1670 pero exiliado de nuevo; m. en 1675: y Francia, 214-215, 234; y los Habsburgo, 214-215
Carlos V; n. en 1500; rey de los Países Bajos (1506-1555), de España y de la Italia española (1516-1556) y emperador (1519-1558); m. en 1558, 39, 79n., 99-100, 127
Carlos IX, duque de Södermanland; n. en 1550; regente (desde 1599) y rey de Suecia (desde 1604); m. en 1611: conexiones familiares de, 90; reinado de, 110
Carlos X de Suecia, *véase* Carlos Gustavo
Carlos de Austria; n. en 1540, hijo más joven del emperador Fernando I; archiduque del Austria Interior desde 1564; m. en 1590: conexiones familiares de, 21; gobierno de, 23-24
Carlos Gustavo, duque de Pfalz-Zweibrücken-Kleeburg; n. en 1622; en el ejército sueco desde 1642; comandante en jefe desde 1648; posteriormente Carlos X de Suecia (1654-1660); m. en 1660: como rey, 312; conduce al ejército sueco, 313; conexiones familiares de, 90; en las conversaciones de Nuremberg (1648-1650), 271 y láms. 20 y 21
Carlos Luis, elector palatino; n. en 1617 en Heidelberg, hijo de Federico V; en el exilio (la mayor parte del tiempo en La Haya) desde 1621; restituido en el Palatinado renano en 1648; m. en 1680: y la paz de Westfalia, 261
Carlos Manuel I; n. en 1562; duque de Saboya en 1580-1630; m. en 1630: pone sitio a Génova (1625), 112, 118, 119; primeros años de, 73 n.; relaciones con la Unión Protestante, 68-69, 86 y n.-87; y España, 156; y Francia, 67, 105, 112, 119, 219; y la revuelta bohemia, 86-87; y la sucesión de Mantua, 73, 214
Carniola (provincia del Austria Interior): religión en, 24; *véase también* Austria Interior.
Carsten, F., 379
Carta de Majestad (1609), 30-31, 77, 78, 82-83, 131
Casale (ciudad en Montferrato): asedio de (1628-1629), 160-162, 163
Casale, Jacinto de; n. en 1575 en una familia italiana aristocrática; estudia derecho; ingresa en la orden capuchina en 1600; en el Imperio en 1607-1608, 1613; nuncio extraordinario en Alemania en 1621-1624; m. en 1627: actividades diplomáticas de, 106, 142
Castilla, *véase* España
Catalina la Grande; n. en 1729, como princesa de Anhalt; casa con el zar en 1744; emperatriz de Rusia (1762-1796); m. en 1796: valoración de la paz de Westfalia, 309
Cataluña (provincia española): revuelta de (1640-1652), 223, 247, 268
catolicismo, *véase* Contrarreforma; papado
catolización, *véase* Contrarreforma
Cecil, Robert; n. 1563, hijo de William Cecil, Lord Burghley; secretario de Estado inglés desde 1596 y también Lord Tesorero desde 1608; conde de Salisbury (desde 1605); m. en 1612: política alemana de, 61
Cinq-Mars, Henri d'Effiat, marqués de; n. en 1620; favorito de Luis XIII; ejecutado en 1642: se opone a Richelieu (1642), 248
Cipolla, C. M., 193n.
Círculos (*Kreise*: unidades administrativas del imperio): debilidades de antes de la guerra, 35-36
ciudades alemanas: en la Dieta Imperial, 38; impacto de la guerra sobre, 304-305; tumultos durante el período de preguerra, 48, lám. 1 y mapa 1
ciudades imperiales libres (*Reichsfreistädte*), número de, 36; religión en, 42, 43n., 149, 169n., 269-270

Clarendon State Papers, 99n.
Clark, P., 40n.
Clasen, C. P.: *Age of Expansion*, 377; *Palatinate*, 401
clero católico: en Alemania, 45 y n.; en los territorios Habsburgo, 22-26, 140-141
Cleves, ducado renano de: durante la Guerra de los Treinta Años, 241n., 243, 264; sucesión de, *véase* Cleves-Juliers, guerra de
Cleves - Juliers, guerra de: primera (1609-1610), 52-58; segunda (1614), 65-66; conflictos subsiguientes, 264, 311
Cogswell, T., 401
Cohn, H. J., 43n.
Colección de documentos inéditos para la historia de España, 388
Coloma, don Carlos; n. en 1566; sirve en el Ejército de Flandes desde 1588 (coronel en 1597); enviado a Londres en 1622-1625 y 1629-1630; en el Consejo de Estado español, 1634-1637; m. en 1637: opinión de, 77
Colonia (ciudad imperial libre): conferencia de paz en (1636), 240
Colonia, elector de, *véase* Fernando de Baviera
Colonia, electorado de: antes de la guerra, 43-45; y España, 145 y n.; y la Liga católica, 53, 59, 92
Colonia, guerra de (1583-1588), 43-44
Collegium Germanicum (fundado en Roma en 1552), 45
Colli, Hippolytus von; n. en 1561 en Zurich; canciller de Cristián de Anhalt (1591); presidente del Tribunal Supremo del Palatinado (1593); m. en 1612: 52
comercio europeo, durante el siglo XVII, 183
Compañía de las Indias Orientales, compañía holandesa (Vereenigde Oostindische Compagnie), fundada en 1602, 76, 268
Compiègne (ciudad francesa): tratado franco-holandés para enviar subsidios (1624) firmado en, 111; tratado franco-sueco (1635) firmado en, 218
Comunes, Casa de los (Inglaterra): reunión de 1621, 101-102, 103; reunión de 1624, 109; reunión de 1625, 120
Condé el Joven, Luis de Borbón, príncipe de; n. en 1621, hijo de Condé el Viejo; conduce a los ejércitos franceses a la victoria en Rocroi, Friburgo y Lens; principal enemigo de Mazarino durante la Fronda; al servicio de España en 1653-1658; se reconcilia en 1659; m. en 1686: 223
Condé el Viejo, Enrique de Borbón, príncipe de; n. en 1588; conspira contra el gobierno francés en 1615; encarcelado en 1616-1619; comandante militar desde 1620; m. en 1646: conduce los ejércitos franceses, 222, 223n.
condes imperiales (*Reichsgrafen*): poderes de, 36; en la Unión Protestante, 60n.
Confessio Bohemica (1575), 26
Congregación para la Propagación de la Fe (fundada en Roma en 1622), 140-141
Congregatio Germanica (fundada en Roma en 1568), 45
Constanza, estado eclesiástico de: liberación de (1633), 196; y la Liga católica, 59
Contrarreforma: en Alemania, 25, 37, 42-53, 125, 127, 128-132, 135-138, 142-151, 160, 173, 212, 250-251, 259-261, 262, 269-270; en Francia, 105, 160; en Hungría, 26-28; en los territorios austríacos, 23-31, 70, 125, 129-132, 135-142, 265, 267n.
contribuciones en la Guerra de los Treinta Años, 283, 294
Contzen, Adam, SJ; n. en 1571 en Juliers; escritor polemista y (desde 1624) confesor de Maximiliano de Baviera; m. en 1630: 70n., 178
Conway, Sir Edward; n. h. 1570; servicio militar en los Países Bajos en-

tre 1590 y 1623; enviado a Praga en 1623-1625; secretario de Estado inglés, 1625-1631; m. en 1631: 99
Copenhague (capital de Dinamarca): defensa de, 113; Dinamarca y Suecia firman el tratado de (1661), 312
Corbie (ciudad francesa fortificada): tomada por los españoles en (1636), 217, 222
Córdoba, Gonzalo Fernández de, *véase* Fernández de Córdoba
Coreth, A., 387
Corpus Catholicorum, en la conferencia de paz de Westfalia, 260-262
Corpus Evangelicorum, en la conferencia de paz de Westfalia, 260-261
corsarios, *véase* piratería
Coryat, Thomas; n. en 1577 en Somerset; servidor de Enrique, príncipe de Gales (m. en 1612); viaja a pie por Europa (1608) y Asia (1612-1617); m. en Surat en 1617: viajes de, 34 y n.-35n.
Cottington, tratado de: entre Inglaterra y España (12 en. 1631), 177n.
Coupe, W. A., 166n.
Creta (isla del Mediterráneo): ataque de los turcos (1645-1669), 254, 311
«crisis general del siglo XVII»: pruebas al respecto, 316 y n.-317
Cristián I, elector de Sajonia; n. en 1560 en Dresde; sucede a su padre (Augusto) como elector en 1586; m. en 1591: política religiosa de, 47
Cristián II, elector de Sajonia; n. en 1583 en Dresde; sucede a su padre (Cristián I) como elector en 1591; gobierno personal desde 1601; m. en 1611: conexiones familiares de, 91; y la sucesión de Cleves-Juliers, 63; y la Unión Protestante, 55, 57
Cristián IV, rey de Dinamarca y Noruega; n. en 1577 en Frederiksborg; sucede a su padre (Federico II) en 1588; gobierno personal desde 1596; m. en 1648: bibliografía sobre, 384-385; conexiones familiares de, 115; gobierno de, 113-114, 321; gustos personales de, 321 y lám. 24; interviene en la Guerra de los Treinta Años, 113-124, 141, 143, 151, 181; primeros años del reinado de, 113; recursos de, 62n., 113-115, 123-124 y lám., 2; y el control de los mares, 113-115, 241n.; y la revuelta campesina de Austria (1626), 121-122, 141; y los protestantes alemanes, 48, 61-62 y n., 101, 113-124, 141, 143, 146, 151; y Stralsund (1629), 151; y Suecia, 110, 117, 122-123, 251-252
Cristián, príncipe de Anhalt-Bernburg; n. en 1568, en Bernburg; niño prodigio luterano que se convirtió al calvinismo en 1592; al servicio de Sajonia, 1586-1592 (encabezando la ayuda protestante a Enrique IV en 1591); en 1595 se convierte en gobernador del Alto Palatinado bajo Federico IV y V; derrotado en la Montaña Blanca (1620) y conducido al exilio; perdonado (1624), regresa para gobernar sus tierras; m. en 1630: relaciones exteriores de, 54-63, 67, 69, 79-80, 86-88, 100, 313, 320-321; y el gobierno del Palatinado, 52, 88; y la revuelta bohemia, 87, 88, 98; y las sociedades literarias, 79-80
Cristián, margrave de Brandemburgo-Kulmbach; n. en 1581, hermano del elector Joaquín Federico de Brandemburgo; margrave desde 1603; jefe militar del Círculo de Franconia desde 1606; neutral en 1618-1631; lucha con Suecia en 1631-1635; m. en 1655: y Dinamarca, 189; y el emperador, 189; y la Unión Protestante, 51, 55, 63; y Suecia, 189-190
Cristián, duque de Brunswick-Wolfenbüttel; n. en 1599; administrador protestante de la diócesis de Halberstadt desde 1616; al servicio militar de la República de Holanda (1620 y 1622) y Federico V (1621-1622 y 1623-1625); al servicio de Dinamarca desde 1625; m. en 1626:

conexiones familiares de, 91; en la Guerra de los Treinta Años, 100, 104, 107-108, 146, 313
Cristián Guillermo de Brandemburgo; n. en 1587, hermano menor del elector Juan Segismundo; sucede a su padre como administrador protestante del arzobispado de Magdeburgo en 1608; depuesto en 1618 y hecho prisionero en 1631; se convierte al catolicismo y abandona la vida pública; m. en 1665: relaciones familiares de, 91, 186; *véase también* Magdeburgo
Cristina, reina de Suecia; n. en 1626; sucede a su padre (Gustavo Adolfo) en 1632; gobierno personal desde 1644; abdica en 1654 en favor de su primo Carlos Gustavo; m. en 1689: gobierno de, 197, 225-233
Croacia (parte de la Hungría Habsburga): religión en, 27
Crowne, William: describe la misión diplomática de Arundel en Ratisbona (1636), 236, 393
Cuius regio, eius religio (principio consagrado en la paz religiosa de Augsburgo, 1555), 42, 48, 262

Chaboche, R., 279n.
Chadwick, O., 46n.
Chambers, D., 73n.
Charnacé, Hercule de; n. en 1588; servicio militar en 1615-1622; al servicio de la diplomática francesa en 1629-1632; enviado a La Haya, 1633-1635; servicio militar de nuevo en 1635-1637; es muerto en 1637: en Baviera (1629), 177; en Dinamarca (1629), 182; en Suecia (1630-1631), 182
Charpentrat, P., 33n.
checa, lengua, en el siglo XVII, 128
Chemnitz (ciudad de Sajonia): los suecos derrotan a los sajones en la batalla de (14 de abril de 1639), 243
Cherasco (ciudad italiana): España, el emperador y Francia firman la paz de (1631), 163, 186, 214
Chéruel, A., 267n.
Chesler, R. D., 388
Chrisman, M. U., 48n.
Christiansen, T., 384
Christmann, H., 240n.
Chudoba, B., 383
Church, W. F., 385
Churchill, A., 317n.

Dalgaard, S., 241n.
Danzig (ciudad polaca): comercio de, 182
Darmstadt, *véase* Hesse-Darmstadt
Dautermann, W., 384
De autonomia (tratado de 1580), 44
De Bas, F., 385
De Carmignano, A., 49n.-50n.
Declaratio Ferdinandei (aspecto de la paz religiosa de Augsburgo de 1555), 44, 149, 262
Defenestración de Praga (23 de mayo de 1618), 83
Defensores (custodios de la Constitución de Bohemia, 1609-1618), 30, 82-83
Defoe, Daniel, 398
De Gheyn, Jacques, 296n.
Deinert, C., 391
Deloffre, F., 18n.
demografía europea durante la Guerra de los Treinta Años, 236-238, 277-279, 300-304, 308, 316-318
Denis, E., 387
Den Tex, J., 381
Deputationstag, véase Frankfurt del Main; Ratisbona
Derecho Público en el imperio, 165 y n.-166 y n.
Descartes, Renè; n. en 1596; filósofo y científico educado por los jesuitas; sirve en el ejército holandés; vive en Holanda (1628-1649) y Suecia (1649-1650); m. en 1650: invade la Alta Austria (1620), 98
Dessau, puente de (puente sobre el

Elba entre Rosslau y Dessau): Wallenstein derrota a Mansfeld en la batalla de (25 abr. 1626), 121
destrucción durante la Guerra de los Treinta Años, *véase* Guerra de los Treinta Años, costes de
dévôts de la Francia de los Borbones, 82, 112, 171
Dickmann, F., 392-393
Dieta Imperial (*Reichstag*): composición de, 38, 311-312; reuniones de: (1608), 38-39, 50-51; (1613), 38, 64; (1640-1641), 239n., 242, 246, 250
Dietrichstein, Franz von; n. en 1570 en Madrid, hijo de un diplomático austríaco; ordenado en 1591; cardenal obispo de Olomouc (Moravia) desde 1599; gobernador de Moravia desde 1624; director del Consejo Privado Imperial desde 1634; m. en 1636: 78
Dillon, K. J., 22n.
Dinamarca, reino de: bibliografía sobre, 384-385; durante la Guerra de los Treinta Años, 112-126, 251-252; economía de, 123-124; finanzas públicas de, 62, 113-115, 124-125; gobierno de, 112-115, 124-125; política exterior de, 112-115, 241n.; relaciones con Suecia, 112-115, 123, 124-125, 251-252, 263-264
diplomacia europea durante el siglo XVII, 52-53, 74-75, 80, 81-82 y n., 101-103, 106-107, 110-111, 178n., 224, 255-270 y n., 273, 312-316
Diwald, H., 386
Dohna, Achatius, burggraf von; n. en 1581; servidor y agente de Cristián de Anhalt; funcionario de la corte de Federico del Palatinado, 1606-1610; enviado de Federico a Inglaterra, 1619-1621; m. en 1647: 52
Dohna, Christoph, burggraf von; n. en 1583; servidor y agente de Cristián de Anhalt; enviado de Federico V a Inglaterra en 1618; gobernador del principado de Orange desde 1629 hasta su muerte en 1637: 52, 68, 321
Dôle (capital del Franco Condado español): asedio por el ejército francés (1636) de, 222
Dollinger, H.: «Maximilian I», 41n.; *Studien*, 381; *Weltpolitik*, 11n.
Dominium maris Baltici, *véase* Báltico, mar
Donauwörth (ciudad imperial libre): ocupada por Baviera (1607), 48-51, 52; reconquistada por las tropas imperiales (1634), 208; situación religiosa en, 49-51, 323.
Donne, John; n. en 1572; poeta y funcionario público inglés; ordenado en 1615, se convierte en un famoso predicador de la corte; m. en 1631: y la causa protestante, 321 y n.
Dorpat (capital de Livonia): capturada por los suecos (1625), 181
Dotterweich, H., 381
Downs, los (rada de Deal, Inglaterra): la flota holandesa destruye a los españoles en la batalla de (21 octubre 1639), 247
Dreitzel, H., 142n.
Dresde (capital de la Sajonia electoral): arsenal en, 32 y n.; defensa de, 32; población de, 239
Duhr, B., 388
Dukes, P.: «Leslie family», 399; Porshnev, resumen de los libros de, 15n.
Dunas, las, *véase* Downs, los
Dunkerque (puerto de los Países Bajos del Sur): capturado por los franceses (1646), 248
Dupes, Journée de, *véase* «Journée de Dupes»
Du Plessis, A. J., *véase* Richelieu
Düsseldorf, «guerra de las vacas» (1651), entre Brandemburgo y Neoburgo, 311

Echter von Mespelbrunn, Julius; n. en Mespelbrunn; ingresa en la Iglesia

en 1569 (pero no es ordenado hasta 1575); príncipe obispo de Wurzburgo desde 1573; m. en 1617: gobierno de, 45; y la Guerra de los Treinta Años, 313; e iglesia católica, 45 y n.; y la Liga católica, 59, 65
Edicto de Restitución, *véase* Restitución, Edicto de
educación militar en Alemania, 32, 296 y n.
Eggenberg, Johan Ulrich, príncipe de; n. en 1568 en Graz; educado como luterano pero lucha en el ejército de Flandes (h. 1597) y visita España; gobernador de Carintia en 1602; convertido al catolicismo en 1605; gobernador del Austria Interior desde 1615; director del Consejo Privado Imperial desde 1619; m. en 1635: bibliografía sobre, 386-387; posición política de, 163 y n.; primeros años de su carrera, 25, 130
Egler, A., 384
Ehrenbreitstein (fortaleza renana): fortificada, 33; ocupación francesa de, 223, 236; situación de, 33n.
Eichberg, H.: «Geometrie», 399; *Militär*, 251n.-252n.
Eichstätt, principado eclesiástico de: religión en, 44; y la Liga católica, 64, 65
Eilenburg (ciudad sajona): tregua entre Sajonia y Suecia firmada en (abr. 1646), 255n.
Einsiedeln: conversaciones de paz entre Francia y Baviera celebradas en (en. 1640), 245
ejército bávaro: composición del, 276, 293-294; desmovilización del, 271; en el ejército imperial (1635-1647), 211, 232; frente a Francia, 252-253, 266; frente a Suecia, 176, 189-190, 207-209, 266; y la guerra danesa, 117-123, 139n., 144; y la Guerra del Palatinado, 137-138; y la revuelta de Bohemia, 98-99, 137
ejército de Brandemburgo, 211, 243
ejército danés, 117, 120n., 122, 151, 199, 290n.
ejército español: en Italia, 159-163; invade Alemania desde Italia (1633), 196-197, (1634), 208, 288n.; rasgos distintivos que llevaba el, 277; *véase también* ejército de Flandes
ejército de Flandes: contra Francia, 217, 247-248, 269; en Alemania (1599), 35, (1614), 65-66, (1619-1621), 85, 92, 94, 98, 102, 107-108, (1621-1629), 138, 144-145, 155, (1632), 192, (desde 1632), 246-247; en los Países Bajos, 76-77, 107, 111, 155, 157, 193n., 221, 246-248, 268, 286, 294
ejército francés: campañas del, 219, 221-223, 243, 247-248, 252, 266, 269; desmovilización del, 271; dirección del, 217-221; fuerza del, 216-217, 224-225 y n., 317-318; pérdidas del, 291; reclutamiento en el, 279; vestimenta y aprovisionamiento del, 275-276, 284
ejército de Hesse-Kassel: campañas del, 243, 253, 265-266, 318-319; tamaño del, 225 y n.
ejército holandés: operaciones del, 155, 192, 294-299; reclutamiento para el, 108
ejército imperial: bibliografía sobre el, 397, 399; desmovilización del, 271; en Italia (1629-1631), 163; en la guerra danesa, 118-123, 144, 151-154, 164n.; en la guerra de Bohemia, 87, 98-99; en los Países Bajos (1629), 153-154 (1632), 192; en Polonia (1629), 153, 180, 181; equipamiento del, 32, 276 y n.; financiación del, *véase* finanzas militares; frente a Suecia (1631-1635), 185-196, 202-206, 207-209, 235, 243-246, 253-254, 292, 298, 318-320; pérdidas del, 289-292; reclutamiento del, 274n., 278-279; reorganización tras la paz de Praga (1635-1645), 211; servicios auxiliares, 285n., 293; ta-

maño del, 152n., 318; últimas campañas del, 253-254, 266-267
ejército de Sajonia: al servicio de Suecia (1631-1635), 176, 188, 194, 207-208; al servicio del emperador (1635-1645), 210, 255n.; equipamiento del, 32
ejército sueco: campañas del, 109-111, 180-182, 187-188, 190-191, 194-196, 199-202, 208-209, 230-233, 235, 243-246, 253-254, 266-267, 300, 318-319; equipamientos del, 276; entrenamiento y técnicas del, 110, 296-299; pago de las soldadas del, 263, 269, 270 y n.-271 y n.; pérdidas del, 291-294; rasgos distintivos que lleva el, 275, 276; reclutamiento en el, 277-278, 294; retiradas de Alemania, 271, 300; servicios auxiliares en el, 293-294; tamaño del, 244-245 y n.
ejércitos durante la Guerra de los Treinta Años: análisis general de, 274-299; bibliografía sobre, 397-400; destrucción provocada por, *véase* Guerra de los Treinta Años; equipamientos militares, 31-33, 275- 277, 284-287; financiación de, *véase* finanzas militares; motines de, 289-292, *véase también* amotinamiento; servicios auxiliares en, 293-294; sistema de rescates, 293; *véase* arte de la guerra; *véase también las entradas de los ejércitos individuales*
Ekholm, L.: «Rysk spannmal», 183n.; *Studier ikrigsfinansiering*, 390; *Svensk krigsfinansiering*, 390
Elba, río: guerra en el, 120, 235; peajes en el, 38, 123
Elbing (ciudad prusiana): comercio de, 182
Electorado Palatino, *véase* electoral, transferencia
electoral, transferencia, del Palatinado a Baviera (1623), 105-107 y n.; 165, 176-179, 210, 246, 259
electorales, reuniones: Frankfurt (1619), 92 y n.; Mühlhausen (1627), 148, 153; Nuremberg (1640), 242, 245; Ratisbona (1630), 154, 167-169, 172; Ratisbona (1636), 234-235, 239n.
electores imperiales: poderes de, 38, 167-168, 234-235
electores del Palatinado: *véase* Carlos Luis; Federico III; Federico IV; Federico V; Palatinado, Bajo
Eliano; escritor griego de temas militares del siglo II: *Tactica*, 295
Elsinore (fortaleza danesa), 113
Elster, O., 399
Elliott, J. H.: *Palace Richelieu*, 383
Ellwangen, priorato de (estado eclesiástico de Suabia): y la Liga católica, 59, 65
empresarios militares durante la Guerra de los Treinta Años, 281-283
Ems, río: bloqueo del (1625-1629), 144
Endres, R.: «Franken», 379; «Fränkische Reichskreise», 37n.
Engelsing, R., 236n.
Enrique IV de Francia; n. en 1554, hijo de Antonio, rey de Navarra; líder del partido hugonote en Francia desde 1569; presunto heredero al trono de Francia en 1584; accede al trono en 1589; es muerto en 1620: relaciones con Alemania, 47, 54, 56, 58-59, 60-61; y la crisis de Cleves-Juliers (1609-1610), 58
Enriqueta María de Francia; n. en 1609, hija de Enrique IV; casa con Carlos I de Inglaterra en 1625; m. en 1669: matrimonio de, 111
equilibrio de poder, concepto de (en la Europa del siglo XVII), 197-199, 228, 263-264, 310
equilibrio religioso en el imperio: en h. 1630, 210-212; cambios en el decenio de 1620, 135-155; cambios en el decenio de 1630, 210-212; cambios en el decenio de 1640, 260-262
Erbländer, *véase* Austria (Alta, Baja, Interior)
Erbvrerin (alianza entre Sajonia y Hesse), 54; fin de la (1609), 57
Ergang, R., 302n.
Erlach, Hans Ludwig von; n. en 1595

en Berna; al servicio de Cristián de Anhalt; sirve en los ejércitos de Federico V (1618-1623) y Suecia (1623-1627); director militar de Berna (1627-1637); entra al servicio de Bernardo de Sajonia-Weimar en 1637 y es jefe de los Bernardinos desde 1639 hasta su muerte, en 1650: y los Bernardinos, 223, 271; y Berna, 297

Ernesto, conde de Mansfeld; n. en 1580 en Luxemburgo; en los ejércitos de los Habsburgo (1594-1610), la Unión Protestante (1610-1617), Saboya (1617-1618) y Federico V (1618-1622); empresario militar para la causa protestante, 1622-1626; m. en 1626: bibliografía sobre, 384; métodos militares de, 281; y la guerra danesa, 109, 117, 118-121, 143; y la Guerra del Palatinado, 103, 104, 106-108; y la revuelta bohemia, 86-87, 98; y la Unión Protestante, 69, 86; y Saboya, 69, 73-74, 86

Ernstberger, A.: *Hans de Witte*, 386; «Plünderung», 232n.; *Universität*, 79n.; *Wallenstein*, 386

Erskine (o Erskein) Alexander; n. en 1598 en Greifswald; al servicio de Suecia en labores militares y diplomáticas desde 1628; representa al ejército en las conversaciones de Westfalia y Nuremberg de 1647-1650; m. en 1656: y la cuestión de las soldadas del ejército sueco, 263

Erstenberger, A., 44n.

Escocia: y la Guerra de los Treinta Años, 151, 241n., 279-280, 287, 289-292, 398, 399; *véase también* Carlos I; Jacobo VI y I

España, reinos de: bibliografía sobre, 382, 392; economía de, 156-158, 161-162, 268; e Inglaterra, 102, 108-109, 119-120, 177; e Italia, 73, 105, 156-164, 193; gobierno de, 161, 268; y Francia, 119, 158-159, 161-164, 196, 212-216, 221, 222-223, 246-247, 268-269, 312; y la guerra alemana, 98, 103, 106-107, 139, 143, 144-145 y n., 155, 157n., 159n., 167, 204; y la Valtelina, 75-76, 104-105, 108, 112, 118, 119; y los Habsburgo austríacos, 71-75, 83-85, 92-94, 95, 156-164, 192, 204, 216, 246-247, 268-269, 272; y los Países Bajos, 18-19, 69, 76-77, 155, 156-159, 160-161, 192-193, 246-248, 268-269; y la revuelta bohemia, 83-84, 92-94, 95

estados eclesiásticos en Alemania, 43-45, 59, 64-65; *véase también reservatum ecclesiasticum*

estandartes militares durante la Guerra de los Treinta Años, 187n., 275 y n.

Esterházy, Nicolás; n. en 1582; palatino de Hungría y principal consejero húngaro de Fernando II; m. en 1645: 133

Estiria (provincia del Austria Interior): religión en, 23-24; *véase también* Austria Interior

Evans, R. J. W.: *Court*, 378; *Habsburg Monarchy*, 377; «Learned Societies», 80n.; *Rudolf II*, 378; «White Mountain», 267n.

Faden, E., 47n.

Fadinger, Stephen; campesino y funcionario local del gobierno en St. Agata (Alta Austria); encabeza la revuelta campesina austríaca; m. en 1626: 141

Falk, Erik, 393-394

Fallon, J. A., 399

Federico II, rey de Dinamarca y Noruega; n. en 1534; sucede a su padre como rey en 1559; m. en 1588: 113

Federico III, rey de Dinamarca y Noruega; n. en 1609, hijo menor de Cristián IV; príncipe de los obispados secularizados de Bremen (desde 1621), Verden (desde 1622) y Halberstadt (1624) (todos estos territorios son ocupados por Suecia en 1644); sucede a su padre en 1648;

m. en 1670: primeros años de la carrera de, 115
Federico III, elector palatino; n. en 1515 en Simmern; procedente de la rama menor de la familia, se convierte en elector en 1559; m. en 1576: conversión al calvinismo, 46, 52
Federico IV, elector palatino; n. en 1574, nieto de Federico III; ocupa el cargo de elector en 1583; gobierno personal desde 1592; director de la Unión Protestante desde 1608; m. en 1610: gobierno de, 38n., 52, 53; sucesión de, 54n., 62
Federico V, elector palatino; n. en 1596, hijo de Federico IV; le sucede en 1610 (gobierno personal desde 1614); casa con Isabel Estuardo en 1613; director de la Unión Protestante; acepta su elección como rey de Bohemia en 1619; marcha al exilio en 1621; encabeza la oposición a los Habsburgo hasta que muere en 1632: bibliografía sobre, 383; boda de, 61; conexiones familiares de, 90-91; exilio en los Países Bajos, 101, 107-108; muerte de, 195; primeros años de la carrera de, 55, 56; privado de sus tierras y títulos (1623), 106, 108; relaciones exteriores de, 66, 67-68 y n., 82, 99-112, 313; y Bohemia, 80, 86-92, 96-104, 188, 320-321; y la guerra danesa, 115-116, 126; y la Guerra del Palatinado, 106-109; y Suecia, 188, 191, 195
Federico Enrique de Nassau; n. en 1583, hijo menor de Guillermo de Orange; sucede a su hermano Mauricio como príncipe de Orange y capitán general de la República de Holanda desde 1625; m. en 1647: éxitos militares de, 155, 191; y la paz de Münster, 255
Federico Guillermo de Hohenzollern, «gran elector» de Brandemburgo; n. en 1620; en la República de Holanda, 1634-1638; sucede a su padre (Jorge Guillermo) como elector en 1640; m. en 1688: conexiones familiares de, 90-91; primeros años de, 202, 241n.; y Francia, 263-264; y la paz, 243-244, 249, 250, 261, 263-264, 311; y Pomerania, 202, 263; y Suecia, 243-244, 264
Fedorowicz, J. K., 182n.
Felipe II, rey de España (1556-1598), señor de los Países Bajos y de los territorios españoles en Italia (1554-1555-1598): 18, 19, 21, 53, 127
Felipe III, rey de España (1598-1621); n. en 1578; sucede a su padre (Felipe II) en 1598; m. en 1621: conexiones familiares, 21; gobierno de, 18-19; muerte de (31 marzo 1621), 102; y Alemania, 60; 64, 71, 76, 84-85, 92-94, 95-96; y los Países Bajos, 18, 76, 102
Felipe IV de España; n. en 1605, hijo de Felipe III; accede al trono en 1621; m. en 1665: conexiones familiares, de, 19n., 21; política exterior de, 155, 156-164, 192-193, 216, 246-247, 268; y la guerra de Mantua, 160; y las revueltas del decenio de 1640, 247-248, 268
Felipe Luis, duque de Neoburgo; n. en 1547; accede al título de duque en 1570; m. en 1614: política y opiniones de, 50; y la sucesión de Cleves-Juliers, 53 y n., 62-63; y otros estados protestantes, 53, 54n., 55-58
Fellner, T., 387
Femmern (Dinamarca): la flota sueca derrota a los daneses en la batalla naval de (1644), 252
Feria, Gómez Suárez, duque de; virrey de Cataluña en 1629-1630; gobernador de Lombardía de 1630-1633: m. en 1634: jefe de la fuerza expedicionaria española a Alemania (1633), 197
Fernández Álvarez, M., 388
Fernández de Córdoba, don Gonzalo; n. en 1585; sirve en el ejército de

Flandes; comandante español en el Palatinado en 1621-1623; en los Países Bajos, 1623-1626; comandante español en la guerra de Muntua, 1626-1630; cae en desgracia; m. en 1635: en Alemania, 103, 107; en Italia, 160-162

Fernando I de Austria; n. en 1503 en Alcalá de Henares, hermano del emperador Carlos V; gobernador de Austria desde 1521; rey de Bohemia y Hungría desde 1526; emperador desde 1558; m. en 1564: gobierno de, 22-24

Fernando II de Austria; n. en 1578 en Graz; archiduque del Austria Interior en 1590 (gobierno personal desde 1595); rey de Bohemia y de Hungría desde 1617; gobernante de Austria y emperador desde 1619; m. en 1637:
carrera de:
bibliografía sobre, 378n., 387-388; familia de, 129-130, 163; gobierno de, 24-31, 128-134, 135, 142, 165, 234; muerte de, 235; opiniones políticas de, 12, 70-71, 79, 127-133, 143-144, 148, 151-153; primeros años de, 70-71; sentimientos religiosos de, 70 y n.-71, 129-130, 206, 211; y la sucesión imperial, 67, 70-71, 73-74, 77, 85-86, 92, 167-168, 234
relaciones con el imperio:
con Baviera, 67-68, 106, 139-141, 175-177; con Bohemia, 86-98, 99; con Brandemburgo, 167, 171-176, 188, 203; con el catolicismo alemán, 50-51, 85-76, 142, 143, 148-154; con Sajonia, 92, 97-98, 143, 173, 174, 176, 186-189, 202, 207-208, 209-211; con Wallenstein, 118, 122-123, 167-168
relaciones con las potencias extranjeras:
con Dinamarca, 122-124, 181-182; con España, 73-74, 92-94, 123, 127, 157-164, 168; con Francia, 97-98, 169-171; con Italia, 73-75, 164n., 169-171; con los Países Bajos, 157-158; con los turcos otomanos, 89, 95; con el papado, 24-25, 45, 95, 131-132, 153-155; con Polonia, 151-152, 154; con Suecia, 171, 180-187, 191-195

Fernando III de Austria; n. en 1608 en Graz; rey de Hungría desde 1625 y de Bohemia desde 1627; conduce el ejército imperial en 1634-1635; elegido rey de romanos (1636) y emperador (1637); m. en 1657: bibliografía sobre, 388n.; como emperador, 242, 246, 250-255; familia de, 157; primeros años de su carrera, 134, 208; y España, 246-247, 267-269 y n., 272, 312; y las conversaciones de paz, 250-255, 257, 266-269; y la sucesión imperial, 167, 234-235; y Polonia, 271; y Transilvania, 252, 254

Fernando de Austria, cardenal-infante de España; n. en 1609, hijo de Felipe III; elegido para gobernar los Países Bajos en 1632; conduce el ejército a través de Italia y Alemania hasta Bruselas en 1633-1634; muere allí en 1641: conexiones familiares, de, 21; expedición a los Países Bajos (1634), 204, 208; invade Francia (1636), 222; jefe del ejército de Flandes, 247

Fernando de Austria; n. en 1529, hijo de Fernando I; archiduque del Austria Exterior desde 1563; m. en 1595: 22

Fernando de Baviera; n. 1577, hermano de Maximiliano; coadjutor de la diócesis de Colonia (1595), Lieja (1601), Hildesheim (1611) y Münster (1612); accede a todas ellas en 1612 y añade Paderborn en 1618; elector de Colonia entre 1612 y 1650; m. en 1650: ejército de, 270; opiniones de,

145; y España, 145 y n., 192; y las conversaciones de paz, 246, 260, 266; y la recatolización, 244
Fernando Gonzaga; n. en 1587, hijo de Vicente I, duque de Mantua; sucede como duque a su hermano mayor Francisco en 1612; m. en 1626: conexiones familiares de, 21; y los Habsburgo, 73
Feuquières, Manasses de Pas, marqués de; n. en 1590 en Saumur; al servicio del ejército francés, 1603-1632; embajador ante los protestantes de Alemania (sugerida por el padre José, su primo), 1633-1634; conduce la embajada francesa en Alemania en 1635-1640; es muerto en 1640: diplomacia en Alemania de, 217
Fitchtner, P. S., 19n.-20n.
Figgis, J. N., 319n.
Finale Liguria (feudo imperial en Italia): cedido a España (1619), 74
finanzas militares durante la Guerra de los Treinta Años: de las fuerzas antihabsburguesas, 95, 108, 123-124, 182 y n.-186, 199-201, 217-217, 267, 281-284, 318; de los Habsburgo y sus aliados, 85, 96, 139n., 152n., 153, 168, 239n., 280-284, 318
finanzas públicas, *véase* finanzas militares; impuestos; subsidios
Finlandia (provincia del Imperio sueco): tropas procedentes de, 277, 278, 300, 308
Flandes, ejército de, *véase* ejército de Flandes
Fleurus (ciudad de Flandes): Mansfeld y Brunswick derrotan a los españoles en la batalla de (26 ag. 1622), 107
Flinn, M., 136n.
Florange, J., 197n.
flotas en el siglo XVII: en el Atlántico, 119-120, 159, 247; en el Báltico, 32, 123, 158; en el mar del Norte, 248; en el Mediterráneo, 72-73, 158
Foerster, J. F., 266n.
Fontainebleau (palacio real francés): tratado franco-bávaro firmado en (1631), 179
«fórmula de concordia» entre los luteranos (1580), 46
Forster, L. W., 319n.
fortificación a comienzos del siglo XVII en Europa: en Alemania, 32-34; en Dinamarca, 113
Francastel, P., 33n.
Francia, reino de: bibliografía sobre, 381, 385-386; e Inglaterra, 111, 158, 240, 249; e Italia, 74, 105, 112, 154-155, 170-171, 219, 221; finanzas de, 213, 220, 221-222, 317; política exterior de, 19, 73, 111-112, 118-119, 169-171, 224, 248, 252-253, 256, 264, 315; problemas internos de, 104, 119, 170-171, 248, 266-267, 314; y Alemania, 31, 47, 54-58, 61, 68, 97-98, 104, 112, 118-119, 154, 177-179, 182-186, 209, 210-211, 215-223, 240, 245-246, 252-253, 257, 265; y España, 119-120, 158-159, 161-164, 197, 212-216, 221-223, 268-269; y la paz, 264-268; y Lorena, 169, 214-215, 234; y los Países Bajos, 111, 118-119, 192, 221-223, 257; y Suecia, 178, 181-186, 199, 200, 211, 213, 217-218, 229-233, 240, 263-264; y Transilvania, 120; y Valtelina, 104-105, 112, 118, 119, 169, 221; *véase también* Luis XIII; Luis XIV; Mazarino; Richelieu
Francisco Gonzaga; n. en 1586, hijo de Vicente I, duque de Mantua; sucede a su padre en 1612 pero muere ese mismo año: 73
Franco Condado (posesión española hasta 1678): la Guerra de los Treinta Años en, 222, 243
Franconia (Círculo imperial): durante la Guerra de los Treinta Años, 285, 299, 306; progreso sueco en (1631-1634), 188-189, 190, 299; y la Liga Heilbronn (1633-1634), 200
Frankenfeld (ciudad de la Alta Austria): conflictos en (1626), 141
Frankenthal (ciudad fortificada en el

Palatinado): defensa de, 33, 103; ocupación española de (hasta 1653), 271; se rinde a los católicos (marzo 1623), 104
Frankfurt del Main (ciudad libre imperial): conflictos en (1614), lám. 1; *deputationstag* en (1643-1645), 250-251; elección imperial en (1619), 92; los príncipes protestantes se reúnen en (1634), 207, 228; reunión imperial en (1631), 173, 188
Frankfurt del Oder (ciudad en Brandemburgo): tomada por los suecos (1631), 185, 194, 292
Fransburg (ciudad en Pomerania): tratado imperial-ducal firmado en (10 noviembre 1627), 151
Franz, G.: «Glaube und Recht», 378; *Dreissigjährige Krieg*, 400
Franz Albrecht, duque de Sajonia-Lauemburgo; n. en 1598; sirve en el ejército de Federico V hasta que es capturado (1620); en el ejército imperial, 1620-1632; permanece brevemente al servicio de los suecos y sajones antes de unirse a Wallenstein (1634); apresado por el emperador, 1634-1635; comandante imperial de nuevo, 1641-1642; es muerto en 1642; y Wallenstein, 153, 206n.
Franzl, J., 378
Freytag, Gustav; n. en 1816; historiador y político alemán; m. en 1895: colección de panfletos de, 166; escritos históricos de, 302
Friburgo (ciudad de Alsacia): los ejércitos francés y bávaro en la batalla de (3-5 ag. 1644), 253 y n., 293
Fridericia, J. A., 384
Friedlandsche Armada, véase ejército imperial
Friedrichs, Cristopher R. (historiador americano): opiniones de, 316; «Revolts», 48n.; «Subjects», 48n.; *Urban Society*, 400
Frisia Oriental (territorio alemán): la Guerra de los Treinta Años, en, 108, 158, 163
Frohnweiler, K. H., 392
Fronda, revuelta en Francia (1648-1653), 267
fronteras en Alemania, 37-38 y n.
Fruchtbringende Gesellschaft (sociedad literaria alemana fundada en 1617), 80
Fuchs, A., 384
Fuentes, don Pedro Enríquez de Acevedo, conde de; n. h. 1540; sirve en el ejército español en Italia y Portugal; gobierna los Países Bajos españoles entre 1592 y 1596; gobernador de Lombardía desde 1600; m. en 1610: 75 y n.
«fuerte Fuentes» (en Montecchio, junto al lago Como), 75
Fulda, principado eclesiástico de: conquistado por los protestantes en 1633, 197; religión en, 44

Gaber, S., 395
Gabor, Bethlen, *véase* Bethlen Gabor
Gaedeke, A., 391
Gallas, Matthias, conde; n. en 1584 en Trent; sirve en los ejércitos español y bávaro hasta 1629; ingresa en el ejército imperial como general; comandante conjunto desde 1634; m. en 1645: conduce al ejército imperial, 207, 222, 252, 293; equipa al ejército, 276
Gamrath, H., 384
Gardiner, S. R.: *Letters and Documents I*, 68n.; *Letters and Documents II*, 96n.
Gastón, duque de Orleáns («Monsieur»); n. en 1608, hermano de Luis XIII y (hasta 1638) presunto heredero del trono francés; casa con Margarita de Lorena; conspirador constante contra el gobierno; m. en 1660: se enfrenta a Luis XIII, 213, 214
Gebauer, J. H., 148n.
Gegenfurtner, W., 138n.
Génova, República de: asedio de

(1625), 112, 119, 156; y la Guerra de los Treinta Años, 95; y Saboya, 105, 112
Gepeckh, Adam Veit von; n. en 1584; educado por los jesuitas; elegido obispo de Freising en 1618; m. en 1651: bibliografía sobre, 13n.; durante la Guerra de los Treinta Años, 13
Gerbier, Balthazar; n. en 1591 en Middelburgo; artista y diplomático; se traslada a Inglaterra en 1616 y entra al servicio de la casa de Buckingham; agente de Carlos I en Bruselas, 1631-1641; m. en 1667: actividad de, 192n.
Gericke, Wolfgang, 175n.
Geulen, H., 398
Geyl, P., 72n.
Gheyn, Jacob de; n. en 1565 en Amberes; diseñador y grabador holandés: texto militar de, 296
Giessen (ciudad en Hesse): academia y universidad en, 46
Gigante, S., 72n.
Gilbert, F., 47n.
Gindely, Anton: *Antwort*, 147n.; *Beurtheilung*, 147n., *Gegenreformation*, 387; *Geschichte*, 382; *Waldstein*, 386
Giussani, A., 75n.
Glaser, H.: *Quellen*, 381; *Wittelsbach*, 381
Glas-Hochstettler, T. J., 37n.
Glückstadt (ciudad fortificada en Dinamarca): construcción de (1616), 115; defensa de, 287
gnesio-luteranos: y el dislocamiento del credo luterano, 46-47
Goetz, W.: «Pater Hyazinth», 142n.; «Wallenstein», 391
Goetze, S., 390
Göllersdorf, acuerdo de, entre Fernando II y Wallenstein (abr. de 1632), 204
Gondomar, don Diego Sarmiento de Acuña, conde de; n. en 1567; embajador español en Inglaterra, 1613-1618 y 1620-1622; m. en 1626: diplomacia de, 65-66, 68n., 315
Gonzaga, duques de Mantua, *véase* Francisco; Fernando; Vicente II
Goodrick, A. T. S., 398
Goslar (ciudad de la Baja Sajonia): paz entre el emperador y Brunswick firmada en (16 en. de 1642), 244
Gradisca (ciudad en el Austria Interior): asedio de (1615-1617), 72-74
Graubünden, véase ligas grisonas
Gravelinas (puerto de Flandes): capturado por los franceses (1644), 248
Graz (capital del Austria Interior): arsenal de, 276; gobierno de, 20; situación religiosa en, 24
Gregorio XV (Alessandro Ludovisi); n. en 1554; los papas le encomiendan misiones diplomáticas desde 1590; cardenal en 1616; elegido Papa en mayo de 1621; m. en 1623: y el Sacro Imperio Romano, 140
Grimble, I., 280n.
Grimmelshausen, Hans Jakob Christoph n. en 1621; autor, soldado y publicano; m. en 1676: visión de la Guerra de los Treinta Años, 273, 397-398; obras citadas de, 33n., 272, 302; *Coraje*, 397; *Simplicissimus*, 397; *Springinsfeld*, 397
Grisar, J., 193n.
Grocio, Hugo; n. en 1583 en Holanda; estudia derecho; encarcelado, 1619-1621; posteriormente pasa la mayor parte de su tiempo en Francia, desde 1635 como enviado sueco; m. en 1645: 218
Gross, H., 46n.-47n.
Gross, L., 387
Grundler, O., 48n.
guerra civil inglesa (1642-1649), 241n., 249
«guerra de Castro» (entre Urbano VIII y el duque de Parma), 246n.
Guerra de los Treinta Años, consecuencias de la, 309-323
Guerra de los Treinta Años, costes de la, 123-125, 184-185, 193, 220, 235-

240, 267, 270 y n., 278, 299-308, 317n., 399-400 y lám. 23
Guerra de los Treinta Años, curso de la: antecedentes (1608-1618), 17-80; «fase bohemia» (1618-1620), 82-99, 135-140; «fase holandesa» (1621-1624), 99-112; «fase danesa» (1624-1629), 112-126, 140-164; «fase sueca» (1629-1635), 167-212; «fase francesa» (1635-1648), 212-272; intentos de ponerle término, *véase* paz
Guerra de los Treinta Años, otros aspectos: archivos de, 13-15; duración de, 313-323; motivos para luchar, 81-82, 165-167, 278-281; participación en, 226; periodización de, 11-13, 224-225
guerra naval, *véase* flotas
guerras turcas (1593-1606): coste de, 39; curso de, 26-28; en el decenio de 1660, 307, 311; fin de, 28-29
Guillermo V, duque de Baviera; n. en 1548; sucede a su padre (Alberto V) como duque en 1579; abdica en 1597; m. en 1626: conexiones familiares de, 21; relaciones con Maximiliano, 41; y la guerra de Colonia, 43
Guillermo V, landgrave de Hesse-Kassel; n. en 1602; sucede a su padre como landgrave en 1627; aliado con Suecia desde 1631; m. en 1637: apoyo a Suecia (desde 1631), 183, 190, 197, 230, 235; cambia esa adhesión por la de Francia (1634), 209; conexiones familiares de, 90; exiliado (1635), 211; y los Habsburgo, 210, 211
Günter, H.: *Habsburger-Liga*, 383; *Restitutionsedikt*, 148n.
Gustavo Adolfo; n. en 1594, hijo de Carlos IX de Suecia; accede al trono en 1611 (gobierno personal desde 1614); campañas en el continente desde 1621; es muerto en 1632:
  v Alemania: en la «fase danesa» de la guerra, 110, 116, 123; en la «fase palatina», 109-111; invasión de Alemania (1630-1632), 171-176, 180-196, 199-200; motivos para invadir Alemania, 180-182, 187-188, 228, 263n.;
  y Europa (con exclusión de Alemania): guerra con Polonia (1617-1629), 109-110, 153, 154, 180-183; política exterior de, 109-111, 180-182, 322; y Francia, 178, 182-185, 190; y Rusia, 183;
  y Suecia: bibliografía sobre, 389-391; conexiones familiares de, 90-91; gobierno de, 109-110, 183, 199-200; métodos militares de, 297-299; muerte de, 195, 286; opiniones de, citadas, 150
Gustavsburg (fortaleza sueca en el Main), 199, 211
Güstrow (ciudad en Mecklemburgo): Wallenstein en, 146 y n.

Haan, Heiner (historiador alemán moderno): teorías de, 307; «Ferdinand II», 393; «Prosperität», 400; *Regensburger Kurfürstentag*, 393
Habsburgo austríacos: administración de, 14; bibliografía sobre, 377-378, 387-388; después de la guerra, 164n., 310-311; dinastía, 19n., 21, 70, 150, 269n.; finanzas públicas de, 39, 85, 95; poderes de los, 38, 131-134, 318; territorios de, 18-31; y la Guerra de los Treinta Años, *véase* Fernando II; Fernando III
Habsburgo españoles: dinastía, 19n., 21, 157-159; *véase* España
Hagenau (ciudad en Alsacia): fortificación de, 32
Hahlweg, W.: *Heeresreform*, 295n.; *Kriegsbuch*, 295-n.-296n.
Halberstatd (estado eclesiástico secularizado): asignado a Brandemburgo, 264; *véase también* Cristián de Brunswick-Wolfenbüttel

Hale, J. R.: *Venice*, 401; *Ward and Society*, 399
Hallendorff, Carl, 393
Hallwich, H.: Aldringer, 392; *Briefe und Akten*, 391; *Fünf Bücher*, 391; *Merode*, 392; *Thurn*, 392; *Wallenstein Ende*, 391
Hamburgo (ciudad imperial libre): conversaciones de paz en (1637-1639), 240 (1641) 241n., 246; durante la Guerra de los Treinta Años, 304; fortificación de, 33; y Dinamarca, 115, 251
Hamilton, James, marqués y (desde 1643) duque de; n. en 1606; consejero privado escocés desde 1628; comandante militar en Alemania (1630-1633) y durante las guerras de Carlos I (1638 y 1648); ejecutado en 1649: campañas en Alemania, 280, 281, 290
Hanau (ciudad en Renania): defensa de, 33, 211; situación de, 33n.
Hanau, condado de: fronteras de, 37
Handlingar rörande Skandinaviens Historia, 393
hanseática, Liga, de las ciudades del norte de Alemania: y los Habsburgo, 123, 145; y Suecia, 123, 151
Hanshofer, H., 14n.
Hanuy, J.: correspondencia de Pázmány, 387; escritos de Pázmány, 387
Hardegg, Julius, conde de; coronel de la guardia de corps de Wallenstein: tropas de, 274n., 289, 291
Harvey, Dr. William; n. en 1578; médico; m. en 1657: sobre la embajada de Arundel a Alemania (1636), 240
Hatton, R. M., 395
Hatzfeld, Franz von; n. en 1595; elegido obispo de Würzburgo (1631) y Bamberg (1633); m. en 1642: bibliografía sobre, 136n.; huye de los suecos, 188; y la Liga católica, 139n.
Hausmann, F., 275n.
Hayden, J. M., 381
Heckel, M.: *Autonomia*, 44n.; «Historiographie», 395; «Itio in partes», 396
Heiberg, S.: «De ti toender guld», 125n.; criticado por Tandrup, 384
Heidelberg (capital del Palatinado): cae ante los católicos (1622), 104; defensa de, 33, 103; lucha por (1633-1634), 210; pérdida ante los protestantes (1633), 204
Heilbronn (ciudad imperial libre): reunión protestante en (1633), 200
Heilbronn, Liga (1633-1635): creación de, 200; hundimiento de la, 209-210, 216, 228; problemas de la, 200n., 201, 207-209; y Francia, 209, 218
Heilingsetzer, G., 388
Heinisch, R. R.: «Habsburg», 385; *Salzburg*, 85n.
Heiss, G., 379
Helbig, K. G., 391
Henningsen, N., 186n.
Hepburn, A. C., 43n.
Herberstorff, Adam von, conde; n. en 1585, luterano; entra al servicio de los duques de Neoburgo; se convierte al catolicismo y es nombrado gobernador de Neoburgo en 1616; sirve en el ejército bávaro, 1619-1623; gobernador de la Alta Austria nombrado por Baviera y emperador 1623-1629; m. en 1629: y la Alta Austria, 140-141
Herde, P., 379
Herold, H. G., 380
Herrmann, F., 238n.
Hesse-Darmstadt, landgraviato de: conquista Hesse-Marburgo, 146; en la Guerra de los Treinta Años, 238, 292, 320; y Sajonia, 54; *véase también* Jorge II
Hesse-Kassel, landgraviato de: bibliografía sobre, 392; defensa de, 32, 185, 211, 297; ejército de, *véase* ejército de Hasse-Kassel; organización política de, 32, 320; pierde Hesse-Marburgo, 145; población de, 37; política exterior de, 100, 242,

318; religión en, 46, 175; se anexiona Hesse-Marburgo, 32, 46; *véase también* Amalia; Mauricio; Guillermo V de Hesse-Kassel
Hesse-Marburgo, landgraviato de: anexionado por sus vecinos (1604), 32, 46, 145
Hessische-Oldendorf: los suecos derrotan a los imperiales en la batalla de (8 de julio de 1633), 197 y n.
Heydendorff, W. E.: *Eggenberg*, 387; «Vorderösterreich», 394
Heyne, O., 389
Hiegel, H., 38n.
Hildesheim, obispado de: y el Edicto de Restitución, 151, 244
Hintze, O., 47n.
Historical Manuscripts Commission, 61n.
Höchst, Tilly derrota a las fuerzas de Federico V en la batalla de (20 de junio de 1622), 104
Hoë von Hoënegg, Matthias; n. en 1580 en Viena; se traslada a Sajonia como predicador de la corte en 1602; principal predicador de la corte desde 1612 hasta su muerte en 1645: en el Coloquio de Leipzig, 174-175; escritos de, 47-48; opiniones de, 47, 174 y n.-175
Hoffman, C. G., 262n.
Hohenemser, P., 166n.
Hohoff, C., 398
Holanda, República de: e Inglaterra, 120; economía de, 144-145, 268; gobierno de, 96; política exterior de, 19, 255, 268; problemas internos de, 96; y Dinamarca, 114, 120, 123; y España, 18-19, 73, 76-77, 111, 120, 144-145, 155, 160-161, 246-248, 268-269; y Francia, 111-112, 119, 213, 247, 268; y la Guerra de los Treinta Años, 52-54, 62, 65-66, 89, 96, 101-102, 107-108, 111, 144, 145n., 192, 199-200, 241-242, 247-248, 255, 268; y Saboya, 76; y Venecia, 72-73, 76n.
holandesa, revuelta: desarrollo de (hasta 1609), 19, 69-70; fin de la, 268; influencia de la, 24; *véase también* Tregua de los Doce Años
Holborn, H., 377
Holck (o Holk), Henrik; n. en 1599 en Dinamarca; comandante en el ejército danés hasta 1629; se pasa al ejército imperial tras la paz de Lübeck y sirve con Wallenstein hasta su muerte en 1633: fortuna de, 282
Holstein, ducado de: defensa de, 297; poder danés en, 115, 251
Holstein, K., 299n.
Hollaender, A., 205n.
Hollar, Wenceslao; n. en 1607 en Bohemia; artista y grabador; m. en 1677: registra la embajada de Arundel a Ratisbona (1636), 236
Honigfelde (o Stuhm; aldea de Prusia): el ejército polaco-imperial derrota a los suecos en la batalla de (27 de junio de 1629), 182
Hora Siccama, J. H., 385
Hörger, H., 192n.
Horn, Gustav; n. en 1592 en Suecia; en el ejército sueco, 1612-1614 y después de 1621; consejero privado en 1625; comandante del ejército desde 1628; capturado en Nördlingen y hecho prisionero en 1634-1642; retorna a puestos administrativos de importancia; m. en 1657: campañas de, 201, 207-208, 300; rechazado el rescate de, 293
Howard, Thomas, conde de Arundel, *véase* Arundel
Hoyos, J., 396
Hroby (ciudad en Bohemia): conflictos religiosos en (1617-1618), 77
hugonotes (protestantes franceses): apoyo a Federico V (1621), 103; apoyo a Saboya y Venecia (1615-1617), 75; rebeliones de, 105, 119, 156, 159, 162, 170
Hulst (ciudad de Flandes): conquistada por los holandeses (1645), 248
Humbert, F., 378
Hungría, reino de: bibliografía sobre,

387; defensa de, 272; gobierno de, 20-28, 133-134; pre-elige a Fernando II como rey, 74, 133; religión en, 26-27, 133, 311; y la revuelta bohemia, 86-87
Hurter, F., 378
husitas (grupo religioso bohemio), 20-22, 26

Imperio Sacro Romano, *véase* Sacro Imperio Romano; Alemania
impuestos durante el siglo XVII: en Dinamarca, 123-125; en el imperio, 23n., 38-39, 239n., 304-306, 318-319; en Francia, 248; *véase también* finanzas militares
Indelningsverk (sistema de conscripción sueco y finlandés), 277
infanta, *véase* Isabel; María
Inglaterra, reino de: bibliografía sobre, 385; y Dinamarca, 119-120, 123, 240-241, 290n.; y España, 102, 104, 109, 119-120, 156, 162, 177n.; y Francia, 111, 119, 158, 162; y la Guerra de los Treinta Años, 54-69, 96-97, 101-104, 109-110, 116-117, 119-120, 123-124, 167, 195-196, 236, 240-241, 280, 281n., 284, 287, 290n., 314-317, 398
Ingolstadt (ciudad universitaria bávara): fortificación de, 33
Irmer, G., 391
Isabel de Austria; n. en 1566, hija de Felipe II de España; casa con el archiduque Alberto en 1599; co-gobernadora de los Países Bajos con su marido hasta 1621; gobernadora general de los Países Bajos, 1621-1633; m. en 1633: asume el gobierno de los Países Bajos (1621), 102; matrimonio de, 18, 21; y Alemania, 104; y Holanda, 161
Isabel Estuardo; n. en 1596 en Falkland, hija de Jacobo VI de Escocia y de Ana de Dinamarca; electora palatina desde 1613; reina de Bohemia desde 1619; en el exilio desde 1621; m. en 1622: matrimonio de, 56, 61; y la causa protestante, 280
Isabel del Palatinado, electora de Brandemburgo: matrimonio de (1616), 63
Israel, J. I.: *Dutch Republic*, 383; «Jewry», 401
Italia durante la Guerra de los Treinta Años: guerras de Mantua, *véase* Mantua, guerras de; y Austria, 140-142; y los Habsburgo, *véase* papado
«Itio in Partes» (principio consagrado en la conferencia de paz de Westfalia), 262 y n., 311

Jacobo VI y I; n. en 1566; rey de Escocia (desde 1577), Inglaterra e Irlanda (desde 1603); m. en 1625: bibliografía sobre, 385; conexiones familiares de, 91; muerte de (7 abril 1625), 117; relaciones con Alemania, 54, 56, 58, 60-61, 65-66, 67-68, 96, 102, 103, 104, 108-109, 116, 119; relaciones con Dinamarca, 116, 117, 119; relaciones con España, 102, 103, 108-109; y Federico V, 60-61, 68n., 91, 96, 102, 103-104, 108-109, 116, 314
Jäger, H., 14n.
Jäjerndorf, Juan Jorge, margrave de, *véase* Juan Jorge de Jägerndorf
Jankov (ciudad en Bohemia): los ejércitos de Suecia y Hesse vencen a las tropas imperiales en la batalla de (6 de marzo de 1645), 254 y n.-255, 293, 319 y lám. 19
Janssens, P., 192n.
Jena (ciudad en Sajonia-Weimar), universidad de: y la revuelta bohemia, 79
Jespersen, K. J. V.: «Lutter», 121n.; «Ulfsbäck», 401; criticado por Tandrup, 384
Jessen, H., 279n.
jesuitas (Sociedad de Jesús): en Alemania, 25, 137, 143, 239n.; en Austria, 25, 29n., 70, 130-131; y Fernando II, 70 y n., 206; y Maximi-

liano de Baviera, 70n., 178; *véase también* Contzen; Lamormaini; Laymann
Jirecek, H., 387
Joaquín Ernesto de Hohenzollern, margrave de Ansbach-Bayreuth; n. en 1583, hijo del elector Juan Jorge de Brandemburgo y hermano de Cristián de Brandemburgo-Kulmbach; se integra en la Unión Protestante en 1608 y comanda su ejército, 1609-1621; m. en 1625: 55, 56, 58, 63, 67, 69, 97, 100
Jones, R., 303n.
Jorge II, landgrave de Hesse-Darmstadt; n. en 1605; sucede a su padre (Luis V) en 1626; en el exilio, 1634-1635; m. en 1661: apoya la paz con los Habsburgo, 173, 202, 207, 209-210, 319-320; bibliografía sobre, 392; carrera de, 319-320; consigue Hesse-Marburgo (1627), 146; y Hesse-Kassel, 146, 211, 320; y Sajonia, 202, 207, 209-210, 319-320; y Suecia, 189
Jorge, duque de Brunswick-Lunenburgo; n. en 1583; lucha en las guerras de los Países Bajos, 1604-1609; en los ejércitos danés (1614-1626) e imperial (1626-1630); lucha en el ejército sueco, 1630-1635 y 1639-1641; m. en 1641: muerte de, 244; y la paz, 242, 244; y Suecia, 183, 197, 235
Jorge Federico, margrave de Baden-Durlach; n. en 1573; sucede como margrave a su hermano mayor en 1604; abdica en 1622 durante la Guerra del Palatinado; se enrola en los ejércitos danés y sueco entre 1627 y 1634; se retira de la vida pública tras Nördlingen; m. en 1638: y la Guerra de los Treinta Años, 100, 103, 313; y la Unión Protestante, 55-56, 67, 96
Jorge Guillermo de Hohenzollen; n. en 1595, hijo de Juan Segismundo, elector de Brandemburgo; gobierna territorios en Renania entre 1614 y 1617; accede al cargo de elector en 1620; m. en 1640: conexiones familiares de, 90-91; consejeros de, 171, 172, 201; matrimonio de (1616), 63; muerte de, 243; y la revuelta bohemia, 97, 100; y los Habsburgo, 167, 171-176, 188, 202-203, 211; y Pomerania, 201, 207, 228, 234; y Sajonia, 171-175, 202; y Suecia, 171-175, 186, 202, 207, 234, 243
Jorge Rákóczi; n. en 1593; aristócrata húngaro; sucede a Bethlen Gabor como príncipe de Transilvania en 1630; lucha con los Habsburgo, 1643-1645; m. en 1648: durante la Guerra de los Treinta Años, 252, 254; y los Habsburgo, 133
José, padre (François Leclerc du Tremblay); n. en 1577; ingresa en la orden capuchina en 1599; mentor del cardenal Richelieu y luego estrecho colaborador suyo, realizando numerosas misiones confidenciales ante gobernadores extranjeros; m. en 1638: en Ratisbona (1630), 169-170, 177
Journée de Dupes (11 —o tal vez 10— de junio de 1630), 171, 213
Juan II, duque de Pfalz-Zweibrücken; sucede a su padre como duque en 1604; marcha al exilio en 1621 y m. en Metz en 1635: conexiones familiares de, 90; y el Palatinado, 60
Juan VI, conde de Nassau-Dillenburg; n. en 1536, hermano menor de Guillermo de Orange; recibe el título de conde en 1559; m. en 1606: conversión al calvinismo, 46; relaciones con el Palatinado, 53
Juan VII, conde de Nassau; n. en 1561, hijo de Juan VI; sucede a su padre en Siegen a la división de Nassau en 1606: funda la academia militar de Siegen, 296 y n.; y las reformas militares, 296-297
Juan Alberto, conde de Solms-Brauenfels desde 1592; funcionario princi-

pal de la corte palatina desde 1602; huye a los Países Bajos en 1623 y muere allí: y el Palatinado, 53
Juan Casimiro del Palatinado; n. en 1543, hijo menor del elector Federico III; administrador del Palatinado durante la minoría de Federico IV desde 1583 hasta su muerte en 1592: política exterior de, 52
Juan Casimiro, duque de Pfalz-Zweibrücken-Kleeburg, hermano de Juan II de Zweibrücken; reside la mayor parte del tiempo en Suecia; m. en 1652: conexiones familiares de, 90; y la política exterior sueca, 109
Juan Ernesto, conde de Nassau-Siegen, hijo menor de Juan VI de Nassau: en la guerra de los uscoques (1615-1617), 73
Juan Ernesto, duque de Sajonia-Weimar; n. en 1594; jefe militar en el ejército de Federico V (1620-1625) y de Cristián IV (desde 1625); m. en 1626: en la Guerra de los Treinta Años, 100, 143, 147, 183, 188
Juan Guillermo de Cleves; n. en 1562; segundo hijo de Guillermo, duque de Cleves-Juliers y Berg, conde de Ravensburg y Mark, al que sucede en 1592; m. en 1609: muerte de, 53; sucesión a, 55-56
Juan Jorge, elector de Sajonia; n. en 1585, hijo menor del elector Cristián I; sucede a su hermano Cristián II como elector en 1611; m. en 1656: gustos personales de, 32n., 153n., 321; se anexiona Lusacia, 97, 100; y Bohemia, 78, 86, 87-88, 97, 187-188; y Brandemburgo, 171-176, 202; y Federico, 100, 143; y Francia, 228; y la causa protestante, 63, 97, 143; y las conversaciones de paz, 255, 261, 320 y n.; y los Habsburgo, 74, 92, 97-98, 142-143 y n., 167, 171-176, 186-188, 202-203, 207, 209-211, 320; y Suecia, 171-176, 186-188, 202-203, 207, 209, 229-230
Juan Jorge, margrave de Jäjerndorf; n. en 1577, hijo del elector Joaquín Federico de Brandemburgo; administrador de la diócesis de Estrasburgo en 1592; nombrado margrave en 1607; comandante militar de la dieta bohemia en 1618; se une a Bethlen Gabor en 1621: conexiones familiares de, 91; ejército de, 103
Juan Segismundo de Hohenzollern, elector de Brandemburgo; n. en 1572; regente en Prusia (1594-1608); sucede a su padre (Joaquín Federico) como elector en 1608; m. en 1619: conexiones familiares, 91; política religiosa de, 47; y Bohemia, 78, 97; y la crisis de Cleves-Juliers, 55, 56-57, 58, 60, 62-63, 66, 67; y la Unión Protestante, 53, 55, 60, 67, 97
Jubileo luterano (1617), 48
Juliers (ciudad en Renania): asedio de (1609-1610), 56-57; conquistada por Spínola (1621), 103; crisis en (1614), 65
Juliers, ducado de: durante la Guerra de los Treinta Años, 241; religión en, 53; sucesión de, *véase* Guerra de Cleves-Juliers
Junkelmann, M. S., 102n.
Jutlandia (núcleo del reino danés): ocupada por las tropas imperiales (1627-1629), 122-125; ocupada por los suecos (1644-1645), 251

Kamen, H., 400
Kardis: tratado ruso-sueco firmado en (1661), 312
Karling, S., 197n.
Keim, W., 390
Kellenbenz, H.: «Economic History», 40n.; *Forschungen*, 137n.; *Handbuch*, 379
Kempten, abadía de (Baviera): el abad entra en la Liga católica (1609), 59
Kepler, Johannes; n. en 1571; matemático y astrónomo; profesor en Graz en 1593-1598; astrónomo en

Praga (1600-1612) y Linz (1612-1626), m. en 1630: 24
Kessel, J., 383
Khevenhüller, Franz Christoph, conde; n. en 1588; diplomático austríaco (especialmente activo en España) desde 1616 y consejero de Fernando II; biógrafo del emperador; m. en 1650: 131; *Annales*, 378; *Conterfet*, 378
Khlesl, Melchior; n. en 1533; prelado católico; funcionario del obispo de Passau en 1581; obispo de Viena en 1602; cardenal en 1615; m. en 1630: primeros años de su carrera, 25, 70; trayectoria posterior de, 132; y la Liga católica, 63-65; y Matías, 70
Kipper- und Wipperzeit («moneda larga») en el Sacro Imperio Romano (1621-1623), 135-137 y n., 141
Kist, E., 296n.
Klein, E., 40n.
Klein, T.: *Kampf*, 47n.; «Minorites», 43n.
Kleinman, R., 386
Klima, A., 136n.
Klingenstein, G., 379
Klopp, O.: «Restitutions-Edikt», 143; *Tilly*, 386
Klostergrab (ciudad en Bohemia), *véase* Hroby
Knight, W., 75n.
Knöringen, Heinrich von; n. en 1570; obispo de Augsburgo desde 1599; m. en 1646: y el Edicto de Restitución, 150n.
Knox, R. B., 46n.
Koch, H. W., 399
Koch, M., 388
Koenigsberger, H. G., 16n.
Köhler J.: «Dietrichstein», 71n.; *Ringen*, 45n.
Kollmann, I., 387
Kollmann, J., 147n.
Königsberg (capital de Prusia): capital electora (1636-1644), 235, 242; comercio en, 182; tratado firmado en (1627), 172
Königsmarck, Hans Christoff, conde de; n. en 1605 en Brandemburgo; sirve en el ejército imperial en 1620-1630; comandante del ejército sueco desde 1631; gobernador de Brema-Veden, 1645-1653; m. en 1663: conduce al ejército sueco, 251; fortuna personal de, 282
Kossol, E., 380
Kötzschenbroda (ciudad en Sajonia): tratado sueco-sajón de alto el fuego firmado en (1645), 255 y n.
Kraus, A., 381
Krebs, J., 386
Kreise, *véase* Círculos
Krems (ciudad en la Alta Austria): durante la Guerra de los Treinta Años, 254, 265
Kretschmayer, H., 387
Kretschmer, H., 382
Kretzschmar, J.: «Allianz-Verhandlungen», 390; *Gustav Adolfs Pläne*, 390; *Heilbronner Bund*, 390
Krieger, K. F., 107n.
Kroener, B.: «Entwicklung», 400; *Routes*, 400
Kronach (ciudad en Franconia): asedio de (1632), 285
Kronberg, Johan Schweikart von; n. en 1553; clérigo en Maguncia desde 1576; elector de Maguncia (1604-1626); subvencionado por Francia desde 1590 y por España desde 1611; m. en 1626: y la Contrarreforma, 139; y la Liga católica, 59, 64
Kuczynski, J., 379
Kuesel, A., 391
Kulmbach, *véase* Brandemburgo-Kulmbach; Cristián, margrave de Brandemburgo-Kulmbach
Kurfürstentage, *véase* electorales, reuniones

Ladislao IV Vasa; n. en 1595; sucede a su padre Segismundo III como rey de Polonia en 1632; m. en 1648: y la sucesión imperial (1636), 234
La Force, Jacques Nompar, duque de;

n. en 1558; noble hugonote (escapó a la matanza de San Bartolomé) y compañero de Enrique IV; al frente de los hugonotes rebeldes contra Luis XIII, 1619-1621; perdonado, manda ejércitos franceses en Italia y Alemania, 1630-1638; m. en 1652: 216
La Haya (capital administrativa de la República de Holanda): convención en (9 dic. 1625), 117, 120, 240
Lahne, W., 186n.
Laimbauer, Martin; cabecilla de la revuelta campesina austríaca (1635-1636); ejecutado en 1636: 236 y n.-237n.
Lammert, G., 239n.
Lamormaini, Guillermo, SJ; n. en 1570 en Luxemburgo; ingresa en la orden jesuita en 1590; profesor y (desde 1614) rector de la Universidad de Graz (1600-1621); rector de la Universidad de Viena (desde 1623); confesor de Fernando II (1624-1637); m. en 1648: opiniones de, citadas, 25, 168-169; primeros años de, 130; y Fernando II, 70n., 130, 142, 163, 206, 211, 212, 323
Landberg, H., 390
Langer, Herbert (historiador moderno de la Alemania Oriental): tesis de, 16; *Stralsund*, 151n.; *Thirty Years' War*, 376
Languedoc (provincia francesa), invasión española de (1637), 222
La Rochelle (puerto francés): asedio de (1627-1628), 119, 128, 159, 162
Laud, William; n. en 1573; prelado inglés; obispo de Londres (1628-1633); arzobispo de Canterbury (1633-1645); canciller de la Universidad de Oxford desde 1629; m. en 1645: y la Bodleian Library, 238
Laursen, L., 120n.
La Valette, Louis de Nogaret, cardenal de; n. en 1593, hijo del duque de Espernon; cardenal (1621); abandona la iglesia para mandar el ejército francés en 1628; oficial de alto rango desde 1635; m. en 1639: en Alemania, 216
Lavater, Hans Conrad: escritor de temas militares de Zurich, 275, 276n.
La Vieuville, Charles, marqués y duque de; capitán de la guardia de corps francesa desde 1616; ministro francés de finanzas, 1623-1624; apresado y exiliado durante el mandato de Richelieu; ministro de finanzas de nuevo, 1651-1653; m. en 1653: primer período como ministro, 111
Laymann, Paul, SJ; n. en 1574; entra en la orden jesuita en 1594; profesor en la Universidad de Dillingen, 1625-1632; autor de *Pacis Compositio* (1629); m. en 1635: 150
Lee, M., 89
Leffers, R., 241n.
Le Gates, M. J., 37n.
Leipzig (ciudad en Sajonia): durante la Guerra de los Treinta Años, 187, 194, 235, 237, 245, 303
Leipzig, Coloquio de (1631), 173-176, 185, 189 y lám. 8
Leipzig, Manifiesto de (12 abr. 1631), 176
Leipziger Bund (Unión de Leipzig) de 1631, 176, 187
Leitmeritz (ciudad en Bohemia): los sajones y los imperiales celebran negociaciones en (1634), 207, 209
Leman, A.: «Congrès de Cologne», 241n.; *Urbain VIII*, 212n.
lengua y literatura alemanas en el siglo XVII, 15-16, 128, 80n., 279n.-280n., 321n.
Lenke, W., 316n.
Lens (ciudad en Flandes): batalla de (20 ag. 1648), 269
Leopoldo de Austria, n. en 1586, hermano menor de Fernando II; obispo de Passau (1605) y Estrasburgo (1607); archiduque del Austria Exterior desde 1619; liberado de los votos eclesiásticos en 1626: primeros años de, 30, 131; y el Austria

Exterior, 132; y la sucesión de Cleves-Juliers, 56-60
Leopoldo Guillermo de Austria; n. en 1614, hijo menor de Fernando II; obispo de Passau y Estrasburgo desde 1626; arzobispo de Magdeburgo en 1629-1635; comandante en jefe del ejército imperial en 1639-1642; capitán general de los Países Bajos del Sur en 1647-1656; m. en 1662: 143n., 245, 269
Lerma, don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de; n. en 1553; valido de Felipe III de España, 1598-1618; nombrado cardenal en 1618, año en el que cayó en desgracia; m. en 1625: gobierno de, 84-85; política exterior de, 85
Leslie, familia (escoceses de Aberdeenshire): en la Guerra de los Treinta Años, 280
Lessing, E., 399
Leszczynski, J., 396
Le Tellier, Michel; n. en 1603; ministro francés de la Guerra en 1643-1677; canciller de Francia; m. en 1685: cita de las opiniones de, 276, 284
Leuchselring, Johann, magistrado y representante de Augsburgo en la conferencia de paz de Westfalia, 260, 270
ley y orden: en la Alemania de antes de la guerra, 34; estudio de, 79-80, 165-166; *véase también* Derecho público
liderazgo político durante la guerra, 319-323
Liechtenstein, Karl, príncipe de; n. en 1569 en Austria; al servicio en el ejército y la corte del emperador Matías; gobernador de Bohemia, 1621-1627; m. en 1627: gobierna Bohemia, 135; se convierte al catolicismo, 25
Liga católica: archivos de, 380; bibliografía sobre, 380-381; contra Suecia, 190-192; desarrollo de, 59-60; ejército de, *véase* ejército bávaro; reuniones de, 153; y la guerra danesa, 144, 152-154; y la Guerra del Palatinado, 103, 137-140; y la revuelta bohemia, 92-93, 98, 136-142
Ligas grisonas (gobernantes del sudeste de Suiza): territorios de, 75-76, 104-105, 112
Limm, P., 400
Lindau (ciudad imperial libre): y el Edicto de Restitución (1629), 150
Lindegren, J., 278n.
Linden (aldea de Franconia): durante la Guerra de los Treinta Años, 299-301
Linz (capital de la Alta Austria): durante la Guerra de los Treinta Años, 141, 236; los archiduques se encuentran en (1605), 27; Matías en, 70
Lippe, río: bloqueo en el (1625-1629), 144
Livet, G.: *Guerre*, 376; *L'intendance d'Alsace*, 394
Livonia (región del Báltico): conquistada por Suecia a Polonia, 181
Lobkovic, Polyxena; heredera de la familia Pernstein y esposa del canciller bohemio: cita de, 77
Lobkovic, Zdenek Votjtech; n. en 1568; funcionario de Rodolfo II; canciller de Bohemia desde 1599; m. en 1628: 77-78
Lockyer, R., 109n.
Lodron, Paris, conde de; n. en 1586; canónigo en Salzburgo desde 1606 y arzobispo desde 1619; m. en 1653: y la Liga católica, 64
Loefenius, Miguel; n. en 1564 en Tréveris; consejero del Palatinado, 1576-1612; m. en 1620: 57
Lombardía, estado español de: devastación en, 193; y la segunda guerra de Mantua (1616-1617), 74; y la tercera guerra de Mantua (1628-1631), 159-164
Loose, H.-D., 115n.
Lorena, ducado de: fronteras de, 37, 38n.; y Francia, 169, 197, 214-215,

234, 265; *véase también* Carlos IV
Lorentzen, T., 272n.
Lorenz, G., 396
Loserth, J., 387
Lossen, M., 43n.
Lübeck (ciudad hanseática): tratado firmado en (1629), 123, 125
Lublinskaya, A. D., 31n.
Luçon, obispo de, *véase* Richelieu, cardenal
Luis XIII, rey de Francia; n. en 1601, hijo de Enrique IV; sucede en el trono a su padre en 1610; gobierno personal desde 1617; m. en 1643: e Inglaterra, 240; e Italia, 73, 104-105, 162-164, 169-171, 214, 221-222; gobierno de, 17, 111-112, 171, 248; problemas internos de, 105, 119, 171, 248; relaciones con Richelieu, 171, 212; y Alemania, 68, 97-98, 104-105, 111-112, 170-171, 177-179, 184, 209, 211, 215-223, 315 y lám. 16; y Baviera, 177-179, 245; y España, 159, 162-164, 170-171, 212-216 y lám. 6; y la Valtelina, 104-105, 169; y Lorena, 169, 214, 234; y los Países Bajos, 111, 119, 192, 221-223; y Suecia, 177-179, 181-186, 199, 201, 212, 213, 217-218, 229-232, 240
Luis XIV, rey de Francia; n. en 1638, hijo de Luis XIII; sucede a su padre en 1643; gobierno personal desde 1661; m. en 1715: gobierno durante la minoría de edad, 248, 267; guerras de, 307, 313, 317 y n.
Luisa Juliana de Nassau, hija de Guillermo de Orange, electora del Palatinado: se casa con Federico IV (1593), 53
Lundgren, Sune, 394
Lundkvist, S. A., 390
Lundrop, M. C., 173n.
Lusacia (ducados Habsburgo de): conseguida por Sajonia, 98, 210; gobierno de, 20, 30; y la revuelta bohemia, 86, 98
luteranismo: divisiones en, 46, 52; en Alemania, 41-51, 137n., 142, 171-176, 183-184, 190, 211, 250, 261-262, 280, 313, 322; en Austria, 22n., 23n.-24n., 25-26, 29-30, 254
Lütge, F.: *Problema*, 379; «Wirtschaftliche Lage», 400
Lutter-am-Barenberg (aldea de Brunswick): las tropas imperiales derrotan a los daneses en la batalla de (26 ag. 1626), 121-122
Lutz, G.: *Guidi di Bagno*, 388; «Wallenstein», 392
Lützen (ciudad de Sajonia): las tropas imperiales derrotadas por los suecos en la batalla de (17 nov. 1632), 194, 197, 285, 293
Lyon (segunda ciudad de Francia): Francia, Saboya y Venecia firman una Liga en (7 febr. 1623), 105, 108

Maastricht (ciudad en los Países Bajos): asedio de (1632), 192
Mackay, regimiento en la Guerra de los Treinta Años (1627-1632), 280, 289
Maczak, A., 35n.
Madrid (capital de España): paz anglo-española firmada en (15 nov. 1630), 162-163, 177n.
Magdeburgo (territorio eclesiástico alemán): lucha por (1626-1630), 143n., 147-148, 152n., 168; saqueo de (1631), 186 y n., 292, 303; sitiada (1630-1631), 183, 185-186; y Brandemburgo, 264; y Sajonia, 210
Magen, F.: *Politik*, 60n.; «Reichskreise», 37n.
Mager, F., 239n.
Magna Carta de Inglaterra (1215), 31
Magno, Valeriano, fraile capuchino: actividad diplomática de, 106
Maguncia, electorado de: alto el fuego negociado en (1621), 102-103; bibliografía sobre, 391; biblioteca de, 238; devastación de, 236-238; «estado sueco» en (1632-1636), 199, 237-238; ocupada por los suecos, 188
Maguncia, electores de: como archi-

canciller imperial, 132; *véase también* Kronberg, Johan Schweikart; Wambold, Anselmo Casimiro von
Majestätsbrief, *véase* Carta de Majestad
Maland, D., 376
Malmoe (ciudad de Suecia): defensa de, 113
Mallet, M., 401
Mann, Golo, 386
Mannheim («ciudad nueva» fortificada en el Palatinado renano): conquistada por los católicos, 104; defensa de, 33, 103
Mansfeld, Ernesto, conde de, *véase* Ernesto, conde de Mansfeld
Mantua, duque de: y los Habsburgo, 73-74, 160-164; *véase también* Fernando; Francisco; Vicente; Nevers
Mantua, guerras de: bibliografía sobre, 388; primera (1613-1615), 73; segunda (1616-1617), 74; tercera (1628-1631), 160-164 y n., 169-171, 184, 187, 213
mapas, uso de, en los comienzos de la Edad Moderna europea, 156, 188 y n.
Marburgo, *véase* Hesse-Marburgo
María de Austria; n. en 1607, hija de Felipe III de España; m. en 1646: casa con Fernando III (1631), 157; pretendida por Carlos Estuardo (1621-1623), 102
María de Médicis; n. en 1573, hija del gran duque Francisco de Toscana; casa con Enrique IV de Francia en 1600; regente de Francia, 1610-1617; se opone a su hijo Luis XIII, 1619-1622, 1630-1631; en el exilio desde 1631; m. en 1642; rebelión de (1620), 105; y Alemania, 66
Martineau, J., 73n.
Matías de Austria; n. en 1557, hijo menor del emperador Maximiliano II; archiduque; gobernador de la Alta Austria desde 1593; rey de Hungría (desde 1608) y Bohemia (desde 1611); emperador (1612-1619); m. en marzo de 1619: conexiones familiares de, 21; finanzas públicas de, 40; gobierno de, 63, 65, 67; primeros años de, 70; se opone a Rodolfo II, 27-30; 63; sucesión a, 63, 74; y la Liga católica, 65; y la revuelta bohemia (1618-1619), 83-87
Mauricio, landgrave de Hesse-Kassel; n. en 1572; sucede a su padre como landgrave en 1592; se anexiona Hesse-Marburgo, 1604-1623; abdica en 1627; m. en 1632: conexiones familiares de, 90; cultura en los territorios de, 32, 146n.; invade Hesse-Marburgo, 32, 46, 145; milicia de, 31; opiniones de, 32; pierde Hesse-Marburgo y abdica, 145-156 y n.; se convierte al calvinismo, 46; y Federico V, 100; y la crisis de Cleves-Juliers, 57, 58, 60
Mauricio, conde de Nassau; n. en 1567, hijo menor de Guillermo de Orange; capitán general de la República de Holanda desde 1588; príncipe de Orange desde 1618; m. en 1625: apoya a Federico V, 100-101, 102; muerte de (23 abr. 1625), 117; reformas militares de, 295-298; y la Unión Protestante, 53, 96
Maximiliano de Austria; n. en 1558, hijo menor del emperador Maximiliano II; archiduque del Tirol desde 1602; Gran Maestre de la Orden Alemana; m. en 1618: conexiones familiares de, 21; y la Liga católica, 64
Maximiliano I, duque, y luego elector de Baviera; n. en 1573, hijo del duque Guillermo V; sucede a su padre como duque en 1597; nombrado elector en 1623; m. en 1651:
política alemana: ocupa Donauwörth (1607), 49; ocupa el Alto Palatinado, 102, 139-141; y el Edicto de Restitución (1629), 148, 168-169; y la Liga católica, 60, 64-65, 85, 92-93; y la transferencia del título de elector, 105-106, 176-179, 245-246,

259; y las conversaciones de paz, 245-246, 261, 266-267;
política exterior: e Inglaterra, 177 y n.; y España, 85, 92-93, 158; y Francia, 112, 176-179, 216, 234, 245-246, 266-267; y la guerra danesa, 117, 144; y la revuelta bohemia, 92-93, 98; y Suecia, 190-191, 194-195, 266-267;
política interna: bibliografía sobre, 380-381; colecciones artísticas, 191, 293; conexiones familiares de, 21; finanzas de, 40-42, 114, 139 y n.-140; medidas defensivas, 33, 49-50
Maximiliano II de Austria; n. en 1527, hijo primogénito del emperador Fernando I; regente de España, 1548-1551; rey de Bohemia (desde 1548) y Hungría (desde 1563); emperador desde 1564; m. en 1576: política religiosa de, 22-23; territorios de, 22
Mazarino, Jules; n. en 1602 (Giulio Mazzarini); cardenal desde 1642; nuncio en la corte francesa, 1634-1636 y desde entonces consejero y (desde 1642) primer ministro de la corona francesa; exiliado durante la Fronda; m. en 1661: gobierno interno de, 266-268; política exterior de, 224, 248, 264 y n., 266-269, 312, 322; primeros años de su carrera, 248
McCusker, J. J., 219n.
McEvedy, C., 303n.
McKay, D., 264n.
Mecenseffy, G., 22n.
Mecklemburgo, ducado de: apoyo a Suecia (desde 1630), 183, 199; concedido a Wallenstein (1627-1628), 122, 146, 154, 165, 181; devastación en, 238, 303; ocupación sueca de, 231
Mediterráneo, guerras en el, *véase* flotas
Meier, J., 45n.
melanchtonianos (seguidores luteranos de las enseñanzas de Felipe Melanchton, 1497-1560): y la división luterana en el s. XVI, 46
Memel (ciudad de Prusia): defensa de, 32; devastación de (1630-1631), 185
Menk, F., 139n.
Mercy, Franz von; n. en 1590 en Longwy; ingresa en el ejército bávaro en los años 1620; jefe desde 1640; m. en 1645: manda el ejército bávaro, 253
Mergentheim (ciudad de Suabia): la Liga católica se reúne en (1629), 154; los bávaros derrotan a los franceses en la batalla de (conocida también como Herbsthause, 15 mayo 1645), 253
Merzbacher, F., 45n.
Mespelbrunn, *véase* Echter von Mespelbrunn, Julius
Michaud, J. F., 217n.
Milán, estado de, *véase* Lombardía
Mitterauer, M., 379
moneda, fluctuaciones en el siglo XVII de la, 135-137 y n., 141, 161
Monro, Robert, n. *c.* 1590; sirve en las tropas escocesas en Alemania 1627-1633; jefe de las fuerzas del Covenant en Escocia (1637-1640), el Ulster (1641-1644) y de nuevo Escocia (1644-1647); m. en 1680: bibliografía sobre, 398; historia militar de, 280, 288, 289, 292-293
Montaña Blanca (en las afueras de Praga): el ejército imperial derrota a los bohemios en la batalla de la (8 nov. 1620), 98-100
Montecuccoli, Raimondo; n. en 1609 en Módena; lucha en el ejército imperial desde 1625; prisionero de los suecos, 1639-1642; en el servicio diplomático imperial, 1648-1657; jefe del ejército imperial desde 1657; m. en 1680: 272
Montferrato, marquesado de: guerras a propósito de, 73, 159-164; y Saboya, 73, 105
Montglat, Baron, 217n.

Montmorency, Charlotte-Marguerite de; n. en 1594; casa con Enrique II, príncipe de Condé (1609), y huye a Bruselas para escapar de Enrique IV; m. en 1651: 58
Monzón (pueblo de Aragón): paz franco-española firmada en (5 de mayo de 1625), 119, 169
Moravia, margraviato de: durante la Guerra de los Treinta Años, 128, 245; gobierno de, 20, 128; invasión de (1605), 27; relaciones exteriores de, 79; y la revuelta bohemia, 86, 99, 128
Morgan, sir Charles, coronel de las fuerzas expedicionarias inglesas en Alemania (1627-1629), 287, 291n.
Morhard, J., 308n.
Morrison, Fynes; n. en 1566; viaja por Europa y el Próximo Oriente, 1591-1598; m. en 1629: viajes de, 34, 35n.
Moscherosch, Hans Michael; n. en 1601; autor alemán; miembro de *Fruchtbringende Gesellschaft* desde 1645; m. en 1669: visión de la guerra de, 273, 276, 280n.
Mousnier, R., 381
Mout, M. E. H. N., 383
Moyenvic (fortaleza en Lorena): ocupada por las tropas imperiales (1630), 214
Mühlberg (ciudad de Sajonia): Carlos V derrota a los protestantes alemanes en la batalla de (24 abr. 1547), 100
Mühlhausen (ciudad imperial libre en Turingia): reunión electoral en (1627), 148, 153 y n.
Mühlhausen, Garantía de, dada por el emperador a los príncipes luteranos alemanes (20 marzo 1620), 97
Mulder, L., 295n.
Müller, H. D., 391
Müller, J., 67n.
Munich (capital de Baviera): devastada por los suecos, 194; fortificación de, 33
Munich, tratado bávaro-imperial de (8 octubre 1619), 92-93
Münster (ciudad imperial libre): conversaciones de paz en (1643-1648), 250, 255-257, 259, 267-268, 269; durante la Guerra de los Treinta Años, 285n., 317
Munthe, L. W., 390
Murrhart, *véase* Adami von Murrhart

Nagy, László, 387
Nancy (capital de Lorena): ocupada por los franceses (1633), 197
Nápoles (reino español en Italia): revueltas contra Felipe IV (1647-1648), 268; y la guerra de los uscoques, 73
Nassau, condado de: durante la Guerra de los Treinta Años, 238; gobierno de, 36; religión en, 139; *véase también* Juan VI; Juan VII; Juan Ernesto; Mauricio (condes de Nassau)
Naumann, R., 32n.
Neoburgo (Pfalz-Neoburgo), ducado de: defensa de, 275; durante la Guerra de los Treinta Años, 317; extensión de, 37; *véase también* Felipe Luis; Wolfgang Guillermo
Neuer-Landfried, F., 380
neutralidad en Alemania durante la Guerra de los Treinta Años: en el decenio de 1620, 100; en el decenio de 1630, 183, 189, 190-191, 192n., 241 y n.-242 n.; *véase también* paz
Nevers, Carlos de Gonzaga, duque de; n. en 1580; educado por los jesuitas; sucede con el título de duque en 1595; manda ejércitos en Francia (1595-1600), Hungría (1602) y Alemania (1621-1622); realiza diversas misiones diplomáticas para Francia; organiza una cruzada a Tierra Santa cuando la herencia Mantua queda vacante (1627); funda una nueva línea ducal en Mantua; m. en 1637: reclama Mantua, 159-160, 214; reco-

nocidas sus pretensiones (1631), 163, 169-170
Neveaux, J. B., 378
New Cambridge Modern History, 377
Nikolsburg (ciudad de Hungría): paz entre Austria y Transilvania (en. 1622), 103
Nilsson, S. A., 390
Nischan, Bodo: «Bergius», 174n.; «Calvinism», 174n.; «Irenicism», 389; «Reformed Räte», 389
Nolden, K., 378
Norberg, A., 110n.
Nördlingen (ciudad imperial libre): economía de, 136, 303, 317; sitiada (1634), 208-209; suecos y protestantes derrotados por los Habsburgo en la batalla de (6 sept. 1634), 208 y n.-209, 211, 212, 215-216, 228, 229, 237, 246
Nordlund, R.: «Kontribution», 390; *Krig*, 390; *Studier i krigsfinansiering*, 390
Norte, canal del mar del (proyectado, 1627-1629), 123
Norte, mar del, flotas en, *véase* flotas
Notestein, W., 102n.
Novotny, A., 378
Nuremberg (ciudad imperial libre): desmovilización acordada en (1648-1650), 271 y láms. 20 y 21; durante la Guerra de los Treinta Años, 194, 200, 237, 275, 305; reunión electoral de (1640), 242, 245; y la Unión Protestante, 62n.; y la revuelta bohemia, 79

Oberlé, R., 394
Oberösterreichische Bauernkrieg 1626, Der, 388
O'Connell, D. P., 394
Oder, río: guerra en, 292
Odhner, C. T., 255n., 269n.
Odlozilik, O., 267n.
Oestreich, G., 32n.
Oettingen (Suabia), condes de: se integran en la Unión Protestante (1608), 56, 62
Ogle, O., 99n.
Oldenbarnevelt, Johan van; n. en 1547; defensor del parlamento de Holanda y como tal virtual líder de los Estados Generales; encarcelado en 1618; ejecutado en 1619: 17, 96, 114
Oliva (monasterio próximo a Danzig): paz sueco-polaca firmada en (3 de mayo de 1660), 312
Olivares, don Gaspar de Guzmán, conde de y (desde 1625) duque de Sanlúcar; n. en 1585; comienza a trabajar para Felipe IV en 1614; desde 1622 primer ministro de España (hasta 1643); m. en 1645: caída de, 247; oposición a, 161, 247; política alemana de, 105, 155, 157n., 158, 159n., 163-164, 212, 247, 322; política en los Países Bajos, de, 158, 247; política francesa de, 158-159, 162-164, 247; política interna de, 161-162; política italiana de, 155-156, 159-164; se convierte en primer ministro, 105
Olomouc (Olmütz: capital de Moravia): durante la Guerra de los Treinta Años, 245
Oñate, don Iñigo Vélez de Guevara, conde de; embajador español en Viena (1617-1625); consejero de Felipe IV (hasta el decenio de 1640): consejos de, 247 y n.; y la Liga católica, 92-93; y la revuelta bohemia, 83-84, 92-93, 323; y la sucesión de Fernando II, 74
Oñate, tratado, entre España y el archiduque Fernando (marzo 1617), 74-75, 92, 107
Opgenoorth, E., 396
Orange, príncipes de, *véase* Federico Enrique; Mauricio de Nassau
Ordre de la Palme d'Or (sociedad literaria alemana fundada en 1617), 80
Orléans, Gastón de, *véase* Gastón de Orléans
Osmán II, sultán otomano (1618-1622): y la revuelta bohemia, 89

Osnabrück (ciudad de Westfalia): control danés sobre, 115; conversaciones de paz en (1643-1648), 250, 251, 256-257, 259, 260, 267; y el Edicto de Restitución (1629), 150
otomano, imperio: guerras del, 26-27, 95, 122, 209, 254, 307, 311; política exterior, 19, 89, 95, 122; y los protestantes, 22-23 y n.
Oxenstierna, Axel; n. en 1583; canciller de Suecia desde 1612; director de la Liga Heilbronn, 1633-1636; m. en 1654: gobierna los territorios alemanes ocupados por Suecia (1632-1636), 198-212, 227-232, 289; opiniones de, 181n., 182, 208-209, 225, 227, 229, 232, 233n., 255, 259, 265, 322; política exterior (1632-1648), 218, 224, 225-233, 244-245, 249, 263, 322; política exterior en el reinado de Gustavo Adolfo, 109, 181; y el gobierno sueco, 109n., 198-200, 208-209; y Francia, 218, 229, 240, 265; y los príncipes alemanes, 201-203, 235, 245
Oxenstierna, Gustav Gustafson; hijo menor de Axel; consejero de Estado en Suecia: cita de sus opiniones pesimistas, 229, 249
Oxenstierna, Johan; hijo de Axel; plenipotenciario sueco en Westfalia, 259
Oxford, Universidad de: adquiere la biblioteca del elector de Maguncia, 238; honra a los dirigentes suecos (1632), 196

Pach, Zs. P., 387
pacificación durante la Guerra de los Treinta Años, *véase* neutralidad; paz
Pacis Compositio (tratado de 1629), 150 y n.
Paderborn, territorio eclesiástico de: ocupado por los protestantes (1633), 197
Pagès, G. (historiador francés): opiniones de, 14; «Autor», 394; *Thirty Years' War*, 376
Países Bajos del Norte, *véase* Holanda, República de
Países Bajos del Sur: a punto de estallar una revuelta en 1629, 161-162; gobierno de, 18-19, 161; revuelta de, *véase* revuelta de Holanda; revuelta de 1632, 192 y n.; relaciones con Alemania, 35, 85, 92, 94, 104, 143, 144-145 y n., 155; y Francia, 192, 217, 218, 221
Palatinado, Alto: asolado por las fuerzas católicas (1621), 102, 137; bibliografía sobre, 384; disputado en Westfalia, 261; gobierno del, 37, 137-138, 139-140; impuestos, 37, 139; religión en el, 37, 137-138; y Baviera, 105-106, 107n., 142
Palatinado, Bajo o renano: bibliografía sobre, 380; defensa del, 33, 102-103, 104, 109; finanzas públicas, 40; fronteras del, 38 y n.; gobierno del, 37, 320-321; ocupado por las fuerzas católicas, 103, 138-139, 192, 246; población del, 37; política exterior, 19, 46-47, 51-63, 65-69, 82, 99-112, 115, 117, 125, 320-321; religión en el, 37, 52, 138; y la paz, 242
Palatinado, *véase también* Neoburgo; Zweibrücken
panfletos durante la Guerra de los Treinta Años, 48, 49
papado: finanzas del, 95, 193 y n., 246n.; y el imperio, 44-45, 95, 132, 140-142, 178, 193 y n., 210, 240, 242, 265; y Francia, 159, 178 y n., 210, 214; y la Valtelina, 105, 112
Pappenheim, Gottfried Heinrich, conde; n. en 1594; luterano convertido al catolicismo; lucha en los ejércitos polaco, bávaro e imperial; m. en 1632: en la campaña de 1632, 190, 192 y n., 195
Parker, A., 208n.
Parker, G.: *Crisis*, 94n.; *General Crisis*, 316n.; *Soldiers*, 208n.; *Sources*, 40n.; *Spain*, 399; *Spanish Road*, 278n.

Parlamento inglés, *véase* Comunes, Casa de los
«pasteles sajones» (1631), 187 y lám. 12
Pavía, tratado de (1329), 107n.
paz, tentativas de, durante la Guerra de los Treinta Años: (1623-1625), 103; (1628-1629), 123, 125, 154, 162; (1633-1635), 202, 209-213, 229; (1634-1641), 229, 230-233, 234-235, 241; (1641-1644), 244-246, 248-252; (1644-1646), 251-255
Pázmány, Peter; n. en 1570; jesuita en 1587; profesor de la Universidad de Graz, 1597-1607; arzobispo de Esztergom en 1616; cardenal desde 1629; m. en 1637: bibliografía sobre, 387; opiniones de, 133, 210
peajes: en Alemania, 37-38; en el Báltico, 113, 182; en los Países Bajos, 268
Pekar, J., 391
pensamiento político en el siglo XVII, 79-80, 165-167, 319-320
Peñaranda, don Gaspar de Bracamonte, conde de; principal plenipotenciario español en la conferencia de paz de Westfalia, 1643-1648; m. en 1676: 268
Pernambuco (noreste de Brasil): los holandeses en, 247
Perpiñán (ciudad de España): tomada por los franceses (1642), 247
Persia durante la Guerra de los Treinta Años, 122
peste en los albores del siglo XVII, 193 y n., 197, 239n., 268, 292, 303-304
Petersen, E. Ladewig: «Consumption», 321n.; «Defence», 384; «Domain state», 384; *Gyldendal's Historie*, 384; *Pengeudlaan*, 116n.; *Rangssamfund*, 125n.; «War», 401
Petersohn, J., 32n.
Petzoldt, R., 153n.
Peyton, sir Edward, 262n.-263n.
Pfaffengasse (zona de Alemania Rin-Main), 44
Pfalz-Neoburgo, ducado de, *véase* Neoburgo
Pfalz-Zweibrücken, ducado de, *véase* Zweibrücken
Pfister, K., 381
Philippe, R.: *Augsburg*, 270n.; *Württemberg*, 396
Philippsburg (fortaleza en el Rin): fortificada (1615-1623), 33 y n.; lucha por (1634-1635), 215, 223
Piccolomini, Ottavio; n. en 1599 en Pisa; a Alemania con la fuerza expedicionaria toscana en 1618; sirve en los ejércitos español e imperial desde 1629; comandante en jefe del ejército imperial desde 1649; m. en 1656: manda el ejército imperial, 207, 272; regimientos de, 274n.; y la caída de Wallenstein, 203n.
Pilsen (ciudad de Bohemia): capturada por los rebeldes (1619), 87
Pillau (puerto de Prusia): defensa de, 32
Pillorget, R., 395
Pinerolo (fortaleza italiana ocupada por Francia desde 1631), 214
Piombino (feudo imperial en Italia): cedido a España (1619), 74
piratería: contra Venecia, 72-75; de Argel, 89
Pirineos, Francia y España firman la paz de (nov. 1659), 312
Pirna (ciudad de Sajonia): negociaciones en (1634), 209-210
Pithan, Frederick; oficial alemán al servicio de Holanda; sargento y teniente coronel en el regimiento de Ernesto Casimiro van Nassau, 1601-1626; gobernador de Juliers hasta su capitulación en 1622: 65
Pithon, R.: «La Suisse», 385; «Richelieu», 385
Plassenburg (fortaleza de Kulmbach), 189
Plathner, L., 296n.
Plessen, Vollrad von; n. en 1560 en Mecklemburgo; consejero del Palatinado desde 1592: 52
Poelhekke, J. J., 256n.
Polisenski, J. V. (historiador checo):

teorías de, 15; *Anglie*, 381; «Bohemia», 384; *Documenta Bohemica*, 387; *Nizozemská Politika*, 385; *Thirty Year's War*, 376; «Universität Jena», 79n.; *War and Society*, 78n.
Politik Maximilians I. von Bayern und seiner Verbündeten 1618-1651, 15n.
Polonia-Lituania, reino de: defensa de, 181-182; guerra con los turcos (1633), 209; guerra con Rusia (1632-1634), 198-209; relaciones con los Habsburgo, 95, 151, 272; relaciones con Suecia, 109-110, 119, 151, 154, 180, 181-183, 227-229; y la paz de Westfalia, 272; *véase también* Ladislao IV; Segismundo III
Pomerania: devastación de, 152n., 303; ocupada por las tropas imperiales, 151, 152n., 181; participación de, 263-264, 311; y Brandemburgo, 201-202, 207, 228, 234, 263-264; y Suecia, 171, 198, 199, 202, 217, 229, 230, 231, 233 y n., 243, 263
Porshnev, B. F. (historiador ruso): teorías de, 15 y n.; *France*, 15n.; «Les Rapports», 198n.; *Thirty Years' War*, 15n.
Portugal, reino de: revueltas contra Felipe IV (1640), 247, 253, 268
Posch, A., 23n.
Potter, G. R., 321n.
Poujoulat, J. J. F., 213n.
Poyntz, Sydnam; capitán inglés al servicio del emperador: memorias de, 195, 280, 398
Praga (capital de Bohemia): asedio de (1648), 269, 319; cae ante los protestantes (1631-1632), 188; capital de Rodolfo II, 27-30, 32, 48-49; culto religioso en, 77, 78, 82-83; defenestración de (1618), 82-83; Fernando II en (1617), 74; revuelta en, *véase* Bohemia, revueltas de
Praga, paz de (30 mayo 1635): bibliografía sobre, 392; términos y significado de, 211-212, 229-231, 239n., 259, 322
Preliminares de Pirna (1634), 209-210, 258
Press, V.: *Calvinismus*, 380; «Grundlagen», 380
propaganda durante la Guerra de los Treinta Años: durante la fase bohemia, 49, 165-166; durante la fase danesa, 121, lám. 5 y 8; durante la fase francesa, lám. 16-23; durante la fase palatina, 106; durante la fase sueca, 165-166, 186, lám. 9-15
proscritos en la Alemania de antes de la guerra, 34, 35n.
protestante, causa, en la Europa del siglo XVII: 51-52, 61-62, 101-102, 118, 125-126, 172-176, 209, 211, 224, 250-251, 260-262, 313-315, 320-322
protestantismo: bibliografía sobre, 378; en Alemania, 42-69, 100-101, 128-132, 135-138, 142-151, 174-176, 250, 260-262, 269-271; en Francia, *véase* hugonotes; en Hungría, 26-31; en los territorios austríacos, 22 y n.-26, 77-79, 128-132, 135-142, 264, 267-268; en Transilvania, 26-31; y los turcos, *véase* otomano, imperio
Prusia: atacada por los suecos, 181, 182, 198; defensa de, 32
Pufendorf, Samuel; n. en 1632; jurista e historiador; m. en 1694: 11
Pusch, M., 285n.

Quazza, R., 388

Rabb, T. K.: «Effects», 400; *Thirty Years' War*, 376
Rain (aldea bávara): batalla de (15 abr. 1632), 191
Rákóczi, Jorge, *véase* Jorge Rákóczi
Ramsay, G. D., 377
Rassow, P., 166n.
Ratisbona (ciudad imperial libre): bombardeada (1641), 243; *Deputationstag* en (1623), 107; la Dieta imperial se reúne en (1608, 1613, 1640), 50, 242, 243, 246; reconquistada (1634),

208; tomada por los protestantes, 204
Ratisbona, obispos de: y la Liga católica, 59
Ratisbona, paz de (entre el emperador y los protestantes de España, Francia y Mantua, 13 oct. 1630), 163, 169-171, 257n.
Ratisbona, reunión electoral de (julio-nov. 1630): bibliografía sobre, 389; debates de, 167-169, 172
Ratisbona, reunión electoral de (sept. 1636-en. 1637): bibliografía sobre, 393; debates de, 234-236, 239n.
Reade, H. G. R., 34n.
Rebel, H., 388
recatolización, *véase* Contrarreforma
Redlich, F.: *Enterpriser*, 399; «Inflation», 137n.
Reforma, *véase* luteranismo; protestantismo
Reichsfreistädte, *véase* ciudades imperiales libres
Reichskammergericht, *véase* Tribunal Supremo Imperial
Reichsritter, *véase* caballeros imperiales
Reichstag, *véase* Dieta Imperial
Reimann, M., 245n.
Reingrabner, G.: *Adel und Reformation*, 22n.; *Protestantismus*, 22n.
religión, como causa de las guerras europeas, 51-53, 88-89, 125, 211-212, 224, 259-262, 312-316
Renania: economía en la etapa anterior a la guerra, 33-34; la Guerra de los Treinta Años en, 144-145 y n., 155, 187, 200, 241, 252-253, 265; religión en, 44
Repgen, K.: *Acta*, 395; *Forschungen*, 393; «Noch einmal», 12n.; *Römische Kurie*, 392; «Seit wann gibt», 11n.; *Theologische Realenzykopädie*, 210n.; «Zusammenhang», 395
reservatum ecclesiasticum (cláusula de la paz de Augsburgo), 43, 64, 262
Restitución, Edicto de (1629): derogación (1644), 242, 269-270; puesta en práctica y reacciones, 149, 167-169 y n., 172, 174, 190, 323, mapa 2; preparación y promulgación, 132, 148-151, lám. 6-7; suspensión (1635), 210-211, 243n.
revueltas campesinas a comienzos del siglo XVII: en Brandemburgo-Kulmbach (1632), 189; en Estiria (1635), 318; en Francia (1636-1643), 248; en la Alta Austria (1626), 12, 120-121, 141, (1632), 194; en la Baja Austria, 25, 236 y n.-237n.
Rheinfelden (ciudad de Suabia): los protestantes alemanes y los ejércitos franceses derrotan a las tropas imperiales en las batallas de (feb./marzo 1638), 235; reconquistada por los Habsburgo (1633), 196
Richelieu, Armand Jean du Plessis, cardenal duque de; n. en 1585; obispo de Luçon, 1607; secretario francés de estado, 1616-1617; primer ministro de Francia desde 1624; m. en 1642: bibliografía sobre, 385, 394; comienza el segundo ministerio (1624), 111; muerte de, 248; oposición a, 171, 213, 248, 315, 318; política exterior de, 111-112, 118-119, 158-159, 162-163, 171, 177-179, 182-185, 212-223, 224, 229-233, 247, 318, 322; política interna, 118-119, 162, 171, 213-214, 248; primer ministerio de (1616-1617), 73
Riezler, S., 191n.
Riga (ciudad de Livonia): conquistada por Suecia (1621), 110
Rin, río: bloqueo del (1625-1629), 144; guerra en el, 236; viajes por el, 33-34
Rist, Johan; pastor y escritor luterano de Hamburgo, 249
Ritter, Moriz: *Briefe und Akten*, 380; *Deutsche Geschichte*, 376; «Kontributionssystem», 147n.
Roberts, M.: *Essays*, 389; *Great Power*, 389; *Gustavus Adolphus*, 386; *Imperial Experience*, 389; «Oxenstierna», 390; *Rise of Sweden*, 389
Rocroi (ciudad de Francia): los france-

ses derrotan a las tropas españolas en la batalla de (19 mayo 1643), 247
Ródenas Vilar, R., 383
Rodolfo II de Austria; n. en 1552, hijo primogénito del emperador Maximiliano II; rey de Hungría (1572-1608) y Bohemia (1575-1611); emperador, 1576-1612; m. en 1612: bibliografía sobre, 377-378; cultura en el reinado de, 32; derrocamiento de, 30, 69; finanzas de, 39; muerte de, 63, 69; política religiosa de, 24-30, 48-50; y Austria, 24; y la sucesión de Cleves-Juliers, 56
Roe, sir Thomas; n. en 1581; explora el Amazonas, 1610-1613; enviado como embajador inglés a la India (1614-1619), Turquía (1621-1628) y ante las potencias protestantes (1629-1630 y 1638); m. en 1644: 182
Roelevink, J., 385
Roermond (ciudad de los Países Bajos): tomada por los holandeses (1632), 192
Rohan, Henry, duque de; n. en 1579; jefe militar francés de los hugonotes en 1621-1629; retirado a Venecia en 1629-1635; jefe militar de Luis XIII desde 1635; m. en 1638: dirige los ejércitos franceses, 221
Römermonate, *véase* impuestos
Rothenburg ob der Tauber (ciudad imperial libre de Franconia): durante la Guerra de los Treinta Años, 299-301
Rotondà, A., 75n.
Roupnel, G., 395
Rousseau, Jean-Jacques; n. en 1712; autor, filósofo y teórico político suizo-francés; m. en 1778: valoración de la paz de Westfalia, 309-310 y n.
Rubinstein, H. L., 280n.
Rudolf, H. U., 393
Ruppert, K., 396
Rusia, zares de: apoyo a Suecia (1630-1632), 15n., 183 y n.; guerra con Polonia (1632-1634), 15n., 198, 209; guerras con Suecia (1612-1617), 110
Rystad, G.: *Europe and Scandinavia*, 401; *Kriegsnachrichten*, 208n.

Saboya, ducado de: y la Guerra de los Treinta Años, 66-67, 73, 86-87, 105, 112, 118-119, 156, 214; *véase también* Carlos Manuel; Víctor Amadeo
Sacro Imperio Romano: finanzas públicas en, 39-40, 168; gobierno del, 35-42, 168-169, 200; población del, 37; religión en, 42-69; *véase también* Alemania
Sadova, V., 136n.
Sajonia, Baja: durante la Guerra de los Treinta Años, 118-121, 149, 207, 241n.
Sajonia, electoral: archivos de, 13; defensa de, 32, 194-195, 243, 245, 297; economía de, 137; ejército de, *véase* ejército sajón; finanzas de, 40, 41, 97, 137; población de, 37, 239, 303; relaciones con el emperador, 38, 78-79, 97, 98, 142-143, 150, 171-176, 186-189, 202, 207, 209-210, 255n.; religión en, 47, 149-150; y Bohemia, 78-79, 86, 88, 97, 188; y la transferencia electoral a Baviera, 107; y Hesse, 54, 57, 190; y Suecia, 171-176, 186-189, 202-203, 207-209, 230, 235, 243, 245, 255n.
Sajonia, electores de, *véase* Cristián I; Cristián II; Juan Jorge
Sajonia-Lauemburgo, duque de, *véase* Franz Albrecht
Sajonia-Weimar, ducado de: y la causa protestante, 143, 147, 183; y la paz, 261; y la revuelta bohemia, 79, 97, 100; y los Habsburgo, 79n.; *véase también* Bernard; Juan Ernesto
Salces (fortaleza en España): tomada por los franceses (1642), 247
Salisbury, conde de, *véase* Cecil, Robert
Salvius, Johan Adler, conde; plenipotenciario sueco en la conferencia de paz de Westfalia: 250, 264
Salzburgo, arzobispo de: y Baviera,

85n., 266, 270; y la paz, 271n.; y los Habsburgo, 85
Sandgruber, R., 318n.
Sawyer, E., 61n.
Scioppius (o Schoppe), Caspar; n. en 1576 en el Alto Palatinado; se convierte del luteranismo al catolicismo en 1596; polemista anti protestante, 1607-1635: y los católicos alemanes, 59
Scott, H. M., 264n.
Scott, sir Walter, 398
Schaufler, H. H., 253n.
Scheldt, río: se confirma el cierre a todo tipo de navegación (1648), 268
Schertl, P., 138n.
Schilling, H.: «Aachen», 43n.; «Crisis», 40n.; *Konfessionkonflikt*, 378
Schlaich, K., 401
Schleif, K. H., 14n.
Schmid, G., 259n., 261n.
Schmidt, H., 400
Schötel, Justus, consejero de Brunswick y escritor, 249
Schottewein (ciudad de Austria): los archiduques se reúnen en (1600), 27n.
Schreiber, R., 78n.
Schröer, F., 239n.
Schubert, E., 45n.
Schubert, F. H.,: *Camerarius*, 380; «Exilregierung», 383; «Wallenstein», 147n.
Schulz, Hans, 147n., 152n.
Schulze, W.: «Erträge», 39n.; *Landesdefension*, 378; «Reichstage», 39n.
Schütz, Heinrich; n. en 1585; compositor alemán; m. en 1672; composiciones de, 74n.; 153n.; primeros años de su carrera, 32
Schwäbisch Hall (ciudad imperial libre de Suabia): durante la Guerra de los Treinta Años, 305, 308; la Unión Protestante se reúne en (1610), 58
Schwarz, H. F., 387
Schwarzenberg, Adam, conde de; n. en 1583; consejero en Juliers, 1609-1610; consejero privado de Brandemburgo desde 1610; líder del Consejo, 1620-1640; m. en 1641: política de, 172, 201, 244
Schweinesbein, K., 246n.
Schwemmer, W., 305n.
Seaton, M. E., 196n.
Seco Serrano, C., 160n.
secularización de los territorios eclesiásticos alemanes, 42-45
Segeberg (ciudad de Dinamarca): el Círculo de la Baja Sajonia se reúne en (febr. 1621), 101, 116
Segismundo III Vasa; n. en 1565; rey de Suecia (1587-1599) y Polonia (1587-1632); m. en 1632: como rey de Polonia, 110, 151, 154, 180, 182; como rey de Suecia, 110; conexiones familiares de, 21
Segna (puerto del Adriático), *véase* Zengg
Selden, John; n. en 1584; abogado y miembro de los Comunes de Inglaterra (1623-1628 y 1640-1649); m. en 1654: influencia de, 241n.
Sella, D., 389
servicio postal en Europa, 242, 257
Servien, Abel; n. en 1593; ministro francés de la guerra (1630-1636); plenipotenciario francés en Westfalia, 1643-1648; m. en 1659: 222
Sharpe, K., 385
Shaw, W. A., 137n.
's Hertogenbosch (ciudad de Brabante): tomada por los holandeses (1629), 155, 268
Sicilia, reino de: revuelta contra Felipe IV (1648), 268
Sidney, sir Philip, 397
Siegen (ciudad de Nassau), academia militar de, 296 y n.
Silesia (ducado de los Habsburgo): Guerra de los Treinta Años en, 203, 211, 245; gobierno de, 20, 30; la paz de Westfalia, 267, 271; religión en, 267; y la revuelta de Bohemia, 86, 99
Simpson, E., 321n.
Sittard (ciudad de los Países Bajos):

ocupación por parte de los holandeses (1632), 192
Skippon, P., 317n.
Skovgaard, J., 62n.
Slavata, Vilém; n. en 1572; en el Tribunal Imperial desde 1600; jefe del consejo de regencia de Bohemia, 1617-1618; defenestrado; canciller de Bohemia desde 1628; m. en 1652: primeros años de su carrera, 25; y la revuelta de Bohemia, 78, 83
Smit, J. G., 385
Smith, L. M., 316n.
Smolensko, guerra de (1632-1634), 15n., 198, lám. 10
Snider, F. L.: «Bohemian Nobility», 387; *Warand Society*, 78n.
Sociedad de Jesús, *véase* jesuitas
sociedades literarias en la Alemania del siglo XVII, 80
socinianos (grupo religioso antitrinitario): en Hungría, 26
Sofía de Mecklemburgo; n. en 1557; casa con Federico de Dinamarca en 1572; reina y (desde 1588) reina viuda de Dinamarca; m. en 1631: 113
Soissons, Luis de Borbón, conde de; n. en 1612; conspirador contra Richelieu; m. en 1641: 248
Sokol, A. E., 383
Solms, condes de: *véase* Amalia de Solms; Juan Alberto de Solms-Brauenfels
Sötern, Felipe Cristóbal von; n. en 1567; obispo de Speyer (desde 1610) y elector de Tréveris (desde 1623); encarcelado, 1635-1645; m. en 1652: catolización bajo su mandato, 138; y Francia, 215, 246; preparaciones defensivas, 33 y n.; y la Liga Católica, 138; y las conversaciones de paz, 246; y los Habsburgo, 212, 234
Soubise, Benjamin de Rohan, duque de; n. en 1583, hermano del duque de Rohan; jefe militar hugonote, 1621-1628; desde entonces exiliado en Londres; m. en 1642: 119
Sparmann, E., 239n.
Spens, sir James; coronel de un regimiento de escoceses en Alemania (1627-1630), 278, 290
Speyer (estado eclesiástico de): saqueado por las fuerzas del Palatinado (1620-1621), 138; tomado por los españoles (1632), 192; *véase también* Sötern, Felipe Cristóbal von
Spindler, M., 43n.
Spínola, Ambrosio, marqués de Los Balbases; n. en 1567 en Génova; jefe del ejército de Flandes y principal ministro de los archiduques, 1605-1628; a España, 1628-1629; a la guerra de Mantua, 1630; m. en 1630: conquista el Palatinado (1620-1621), 98; regresa (1621), 101-102; y Alemania, 67, 94, 96, 98, 103; y la guerra de los Países Bajos, 103, 107-108, 161
Spitz, L. W., 379
Springell, F. C., 393
Staber, J., 384
Stadtlohn (aldea de Westfalia): Tilly derrota a los protestantes en la batalla de (6 ag. 1623), 108
Steckzén, B., 394
Stein, L., 249n.
Stein, W. H., 394
Steinau (ciudad de Silesia): Wallenstein derrota a los suecos en la batalla de (oct. 1633), 203
Steinberg, S. H., 376
Stevenson, D., 398
Sticht, E. L.: *Brandemburg-Kulmbach*, 189n.; *Christian*, 380
Stieve, F.: «Contobuch», 139n.; «Ferdinand II», 378; «Ferdinand III», 378; *Ursprung*, 50n.
Stradling, R. A., 50n.
Straelen (ciudad en los Países Bajos): conquistada por los holandeses (1632), 192
Stralsund (ciudad hanseática): asedio de, 128, 151, 159, 181, 285, 289, 292; historia de, 151; y Suecia, 183, 263

Stránský, Pavel, escritor político bohemio del siglo XVII, 136
Straub, E., 382
Strauss, W. L., 166n.
«Streiff» (caballo de Gustavo Adolfo), 286 y n.
Stritmatter, R., 394
Stuhm (Prusia), *véase* Honigfelde
Stuhmsdorf (ciudad de Prusia): tregua sueco-polaca firmada en (20 sept. 1635), 229
Sturmberger, H.; «Anfänger», 377; *Aufstand*, 382; *Bauernkrieg*, 388; *Herberstorff*, 388; *Kaiser*, 378; *Tschernembl*, 29n.
Suabia (*Kreis* del sur de Alemania): durante la Guerra de los Treinta Años, 238-239, 307-308; organización del Círculo en, 36; y Suecia, 200-201
Sublet de Noyers, François; n. en 1588; secretario real en 1613; ministro francés de la guerra (1636-1643); m. en 1645: 222
subsidios durante la Guerra de los Treinta Años: a los aliados de los Habsburgo, 95, 193, 317; a los enemigos de los Habsburgo, 100, 108, 111, 116, 119, 123-124, 183n., 184-185, 200, 213, 218, 221, 318; a los Habsburgo, 85, 95, 246, 317-318; bibliografía sobre, 396
Suecia, reino de: bibliografía sobre, 389-391, 393-394, 396; ejército de, *véase* ejército sueco; gobierno de, 109 y n., 183, 227-233, 249; intervención después de 1630, 179-202, 207-213, 225-233, 244, 249, 253-255, 261-266; intervención en la Guerra de los Treinta Años antes de 1630, 109-111, 116, 150, 171-175, 185-213; motivos para invadir Alemania, 180-181 y n., 183, 187, 262; recursos de, 182, 184-185, 199-201, 213, 249, 277-278, 318; y Dinamarca, 113-115, 123, 124-125, 211, 227, 251-252; y el acuerdo de paz, 230-233, 240, 250-252, 261-265, 267-268, 271; y Francia, 178, 182-185, 199, 201, 211, 213, 217, 229, 240, 264; y Polonia, 109-110, 119-120, 154, 181-183, 227-229; y Pomerania, 171, 198, 199, 201, 228, 230, 231, 243, 263, 311; y Rusia, 110, 183 y n.; y Sajonia, 172-176, 186-188, 202-203, 207-208, 230, 235, 243-244, 255n.
Suiza (Federación de cantones suizos): defensa de, 297; y Alsacia, 215; y la Guerra de los Treinta Años, 103-104
Sund, peaje danés en el, 114
Sutter, B.: *Innerösterreich*, 378; *Kepler*, 72n.
Suvanto, P.: *Deutsche Politik*, 392; *Wallenstein*, 392
Svenska riksraadets protokoll, 393
Sveriges Krig 1611-1632, 390
Swedish Intelligencer, The, 298n.
Smycox, G., 180n.

Tandrup, L., 384
Tangermünde (ciudad de Brandemburgo): durante la Guerra de los Treinta Años, 292 y n.
Tapié, V. L., 385
Taylor, John; poeta y viajero inglés; m. en 1653: viajes de, 33-34 y n.; 35n.
Tenenti, A., 72n.
ten Raa, F. J. G., 385
Teply, K., 28n.
Thies, G., 32 n.
Thurn, Heinrich Matthias, conde; n. en 1567 en Bohemia; sirve en el ejército imperial con Rodolfo II; al frente de los enemigos de los Habsburgo en Bohemia desde 1609; en el exilio desde 1621; jefe del ejército sueco, 1633; m. en 1640: primeros años de su carrera, 28; y la Guerra del Palatinado, 108; y la guerra de Suecia, 203; y la revuelta de Bohemia, 87-89, 98
Tilly, Jean 'tSerclaes, conde de; n. en 1559 en Brabante; lucha en el ejército de Flandes (1585-1600) y en el

ejército de los Habsburgo austríacos 1600-1608); jefe del ejército de la Liga católica desde 1610; m. en 1632: aplasta la revuelta de Bohemia (1620), 98; bibliografía sobre, 386; campaña victoriosa de 1622, 103-104; contra Suecia, 176, 185-188, 190-191, 298; en la guerra danesa, 118-122, 139, 143-144, 150, 155, 181; muerte y funeral de, 191 y n.; ocupa la Alta Austria (1620), 98; ocupa el Alto Palatinado (1621), 103
Tingsten, L.: *Baner*, 394; *Sveriges Politik*, 394
Tirol (provincia Habsburga); gobierno de, 20, 132; y España, 71, 77
Toegel, M.: *Documenta Bohemica*, 387; «Princiny saského», 390
Tomlinson, H., 385
Torgau (ciudad de Sajonia): el ejército sueco en (1637-1638), 231, 235, 243, 293
Torstensson, Lennart; n. en 1603 en Suecia; oficial de artillería en el ejército sueco: comandante en jefe, 1641-1646; m. en 1651: conduce el ejército sueco, 232, 245, 251, 253; rescatado después de haber sido apresado (1632-1633), 293
Toscana, gran ducado de: y la Guerra de los Treinta Años, 95, 167
Transilvania: administración de, 14; beneficios derivados de la Guerra de los Treinta Años, 95, 254; bibliografía sobre, 384; religión en, 26-27; y los Habsburgo, 86-89, 94-95, 103, 108, 120-122, 133, 252-254; y los turcos, 27, 94-95, 122, 133, 254; *véase también* Bethlen Gabor; Bocskay; Jorge Rákóczi
Traum, Ernest von; n. en 1608; supervisor general del ejército imperial desde 1647; m. en 1668: y la desmovilización, 271
Trauttmannsdorf, Maximiliano, conde von; n. en 1584 en Graz; entra al servicio del emperador en 1612; se le encomiendan numerosas misiones diplomáticas en el decenio de 1620; director del Consejo Privado Imperial desde 1637; principal plenipotenciario imperial en la conferencia de paz de Westfalia, 1643-1645; m. en 1650: actividad diplomática de, 141; en el gobierno, 212; primeros años de su carrera, 25; principal negociador imperial en Westfalia, 255, 257-259, 264
Tregua de los Doce Años (1609-1621): expiración de (1618-1621), 69, 76-77, 93-95, 100-101, 114; preparación de la (1607-1609), 19-20
Tréveris, elector de, *véase* Sötern, Felipe Cristóbal von
Tréveris, electorado de: bajo la protección francesa, 215; defensa de, 33, 212, 215; población de, 37
Trevor-Roper, H. R., 377
Tribunal de la Cámara Imperial, *véase* Tribunal Supremo Imperial
Tribunal de Confiscación (en Bohemia a partir de 1620), 135-137
Tribunal Supremo Imperial (*Reichskammergericht*): actividad y poderes de, 38-39, 50, 146, 168
Tschernembl, Jorge Erasmo; n. en 1567; miembro del parlamento de la Alta Austria desde 1598 (líder desde 1608); en el exilio desde 1621; m. en 1626: 29 y n.-30, 78
Tüchle, H.: *Acta*, 142n.; «Augsburg», 43n.
Tupetz, T., 148n.
turcos, *véase* otomano, imperio
Turena, Henri de la Tour d'Auvergne, vizconde de; n. en 1611 en Sedan, hijo del conde de Bouillon; en los ejércitos holandés (1625-1629) y francés (desde 1630); jefe del ejército desde 1643; m. en 1675: manda los ejércitos franceses en Alemania, 216, 223, 253, 265, 293
Turín (capital de Saboya): liberación de (1639), 221
Turner, sir James; n. en 1614 en Es-

cocia; sirve en el ejército sueco en Alemania, 1632-1639; lucha con el ejército escocés en Inglaterra e Irlanda, 1640-1648; pasa en prisión o en el exilio la mayor parte del decenio de 1650; m. en 1686: bibliografía sobre, 398; opiniones sobre el arte de la guerra, 279-281, 298; *Memoirs*, 398; *Pallas Armata*, 398
Tuttlingen (ciudad de Suabia): el ejército bávaro derrota a los franceses en la batalla de (24-25 nov. 1643), 253, 293

Ubachs, P. J. H., 192n.
Udenheim (ciudad de Renania), *véase* Philippsburg
Ulfeld, Jacob; n. en 1567; consejero desde 1607 y canciller de Dinamarca desde 1609; m. en 1630: en la convención de La Haya (1625), 120
Ulm (ciudad imperial libre): durante la Guerra de los Treinta Años, 308, 317; el alto el fuego firmado en (1647), 266; reunión protestante en (1633), 200; tratado firmado en (3 julio 1620), 97-98
uniformes militares durante la Guerra de los Treinta Años, 274-277
Unión Protestante (alemana): archivos de, 380; bibliografía sobre, 380; disolución de (mayo 1621), 103; e Italia, 74-75; organización de, 55-56, 60 y n., 62n., 65-67, 96-97; política exterior de, 51-69, 74; y la revuelta de Bohemia, 86-89, 92n., 96-98, 100
universidades en la Europa del siglo XVII, 79, 165-166
Urban, H., 149n.
Urban, P., 72n.
Urbano VIII (Maffeo Barberini); n. en 1567 en Florencia; elegido papa en 1623; m. en 1644: finanzas de, 193n., 246n.; gobierno de, 154, 193 y n.; política alemana de, 132, 140-141, 154, 156, 160, 178 y n., 193, 240, 242, 265; política italiana de, 154, 246n.; tentativas de paz de, 240; y Francia, 159, 170, 178 y n., y la guerra de Mantua, 160
uscoques, guerra de los (1615-1617), 72-74, 76n.

Valentinitsch, H.: «Ferdinand II», 72n.; «Steiermark», 385
Valtelina (valle alpino): corredor militar en, 196-197; lucha por, 75-76, 104-105, 108, 112, 118, 119, 169, 221; situación religiosa de, 75-76
Van Crevelt, M., 285n.
Vanchura, J., 387
Van den Boogaart, E., 32n.
Van der Essen, A.; «Alliance», 89n.; *Cardinal-Infant*, 392; «Rôle du Cardinal-Infant», 392
Van Deursen, A. Th.: *Honni*, 382; *Wezel*, 65n.
Van Ingen, F., 80n.
Vann, J. A., 36n.
Van Schelven, A. A., 384
Van Tongerloo, L., 392
Vasa, dinastía (de Suecia y Polonia); 90, 110, 182; *véase también* Carlos IX; Gustavo Adolfo; Ladislao IV; Segismundo III
Venecia, República de: economía de, 72; y Fernando II, 72-75, 167; y Francia, 104-105; y la guerra de los uscoques, 72-74, 76n.; y los turcos, 254, 311
Venlo (ciudad de los Países Bajos): conquistada por los holandeses (1632), 192
Verden, obispado de: control danés de, 115, 211; ocupación sueca de, 251, 264; y el Edicto de Restitución, 151
Vesubio, monte: erupción del (1631-1632), 193 y n.
viajeros en la Alemania del siglo XVII, 34 y n.-35 y n., 38, 316-317
Vic (fortaleza de Lorena): ocupada por las tropas imperiales (1630), 214
Vicens Vives, J., 314n.
Vicente II Gonzaga; n. en 1594, hijo

de Vicente I, duque de Mantua; cardenal; sucede como duque a su hermano mayor en 1626; último de su dinastía; m. en 1627: conexiones familiares de, 21; muerte de, 159
Víctor Amadeo I; n. en 1586; sucede a su padre Carlos Manuel como duque de Saboya en 1630; m. en 1637: y Francia, 214
Viena, ciudad de: primer asedio (1619), 87; protestantes de, 24-25; segundo asedio (1619), 89, 94-95; tercer asedio (1645), 254
Viena, paz de, entre los Habsburgo y Transilvania, 28, 254
Vieuville, marqués de La, *véase* La Vieuville
visión católica de la guerra, 12-13, 128, 158, 160, 178-179
visión protestante de la guerra, 11-12, 127-128
Vístula, río: campañas en, 182
Vocelka, K.: «Bruderzwist», 401; *Propaganda*, 27n.
Vogel, Johan; poeta de Nuremberg de mediados del siglo XVII: citado, 272
Vogler, B.: «Clergé Protestant», 46n.; *Monde Germanique*, 379; «Politique Scolaire», 379
Volmar, Dr. Isaac; n. en 1583 en Suabia; luterano convertido al catolicismo en 1606; canciller de Alsacia desde 1620; principal negociador imperial en el congreso de paz de Westfalia, 1647-1648: 264, 265, 312
Voltaire (F. M. Arouet); n. en 1694; filósofo y autor francés; m. en 1778: escritos y opiniones de, 18 y n.
Von Aretin, K. O. Freiher: «Lehensordnungen», 164n.; *Römische Reich*, 39n.
Von Chemnitz, B. P., 252n.
Von Chlumecky, P., 392
Von Frauenholz, E., 399
Von Greyerz, K., 43n.
Von Hippel, W., 35n.
Von Kietzell, R., 251n.
Von Lojewski, G., 43n.
Von Meiern, J. G., 255n.
Von Platen, M., 197n.
Von Srbik, Heinrich, Ritter, 391
Von Zwiedineck-Sudenhorst, H., 386
Voralberg (Austria Exterior): invadida por los suecos (1645-1646), 266

Waddington, A., 192n.
Wagner, E., 397
Wake, sir Isaac; n. en 1580; enviado inglés a la corte de Saboya (1615-1630) y Francia (1630-1632); m. en 1632: opiniones de, 34
Walker, F., 296n.
Walker, M., 309n.
Wallenstein, Albert de, duque de Friedland (1625) y Mecklemburgo (1628); comandante del ejército imperial, 1625-1630 y 1632-1634; asesinado en 1634: asesinato de (1634), 203-207, 281n.; bibliografía sobre, 386, 391-392; destituido (1630), 167; métodos militares de, 152 y n.-153; personalidad de, 204-206, 288; primer mandato como general (1625-1630), 118-124, 144, 146-147, 151-155, 163, 167-168, 176-177, 180, 181; primeros años de la carrera de, 25, 28, 118; segundo mandato como general (1632-1634), 194-195, 202-207, 277, 279, 288, 289, 294; tierras y títulos de, 122, 136n., 144, 146 y n., 154, 181, 206n., 283n.; y Bohemia, 203 y n.; y España, 158-159, 163; y la «cuestión Wallenstein», 147n., 206n.
Wallhausen, Johan Jacobo von; autor de temas militares y director (1617-1623) de la academia militar de Siegen, 296
Wambold, Anselmo Casimiro von, elector de Maguncia, 1629-1647; m. en 1647: enviado al exilio (1631-1636), 188, 234; se opone a Wallenstein (1629-1630), 154; y el Edicto de Restitución, 148
Wang, A., 186n.

Wartenburg, Frank Wilhem von; n. en 1593; obispo de Osnabrück (desde 1625), Verden (desde 1630), Minden (desde 1631) y Ratisbona (desde 1649); cardenal, 1661; m. en 1661: y la conferencia de paz de Westfalia, 260; y Magdeburgo (1629-1630), 145
Wassenberg, Eberhard; historiador alemán del siglo XVII: teorías de, 12-13; trabajo de, 397-398
Weber, H., «Empereur», 39n.; *Frankreich*, 395; *Ordnungen*, 164n.; «Richelieu», 395
Weber, L., 13n.
Weber, R., 139n.
Wedgwood, C. V. (historiador británico): teorías de, 14, 310 376
Weimar (ciudad de Sajonia): cultura en, 80
Weiss, E., 385
Weiss, J. G., 383
Wendt, E., 182n.
Werben (ciudad de Brandemburgo): durante la Guerra de los Treinta Años, 238
Werdenberg, Johan Baptista Verda von; n. en 1582 en Gorizia; canciller de la corte austriaca, 1619-1637; consejero privado, 1620-1627; m. en 1648: primeros años de la carrera de, 130
Werth, Johann; n. en 1594; sirve en el ejército de Flandes, 1622-1630; transferido al ejército bávaro, 1630; comandante en el Alto Palatinado, 1633; jefe supremo del ejército bávaro; apresado por los suecos, 1638-1642; m. en 1652: 253n.
Wertheim, H., 383
Wesel (ciudad de Renania): reconquistada por los holandeses (1629), 155; tomada por los españoles (1614), 66; tratado firmado en (1612), 61-62
Weser, río: guerra en el, 188, 190, 243
Westfalia (Círculo imperial): invadida (1599), 34-35; la Guerra de los Treinta Años en, 155
Westfalia, conferencia de paz de: bibliografía sobre, 395, lám. 17, 18; coste de, 270 y n.; deliberaciones de, 255-270; documentos de, 13; orígenes de, 250-251
Westfalia, paz de: interpretaciones posteriores de, 262n., 309-311; términos de, 248-257, 262n., 310-312
Wetterau: durante la guerra de los Treinta Años, 153; Liga de los Condes en, 36, 60n.
White, A. W., 385
Wijn, J. W., 399
Wilflingseder, F., 232n.
Wilson, C. H., 40n.
Wimpfen (ciudad de Suabia): las tropas imperiales derrotan a las de Federico V en la batalla de (6 mayo 1622), 104
Winwood, Ralph; n. en 1563(?); agente/embajador inglés en La Haya, 1603-1613; Secretario de Estado desde 1613; m. en 1617: 58, 61 y n.
Wismar (ciudad de Pomerania): tratado franco-sueco firmado en (30 marzo 1636), 217-218, 230, 231, 257n.; y Suecia, 263
Witte, Hans de; n. 1583; banquero de Amberes y financiero de Wallenstein, 1622-1630; se suicida en 1630: 118, 168
Wittelsbach, familia, 107n.; *véase también* Federico V; Maximiliano de Baviera
Wittenberg (Sajonia): universidad de, 79
Wittstock (ciudad de Brandemburgo): los suecos derrotan a las fuerzas imperiales en la batalla de (4 octubre 1636), 222, 231, 235, 319, 397
Wolf, K., 33n.
Wolfenbüttel (ciudad de Brunswick): durante la Guerra de los Treinta Años, 121
Wolff, F., 395
Wolfgang Guillermo, duque de Neoburgo; n. en 1578; luterano convertido al catolicismo en 1613; consi-

gue Juliers y Berg en 1614 y sucede a su padre (Felipe Luis) en Neoburgo; m. en 1653: y la sucesión de Cleves-Juliers, 53n., 62, 65, 66, 311; y las conversaciones de paz, 241, 261
Wolgast, batalla de (sept. 1628), 181
Woltering, H., 300n., 301n.
Wollenberg, J., 386
Wormald, J., 314n.
Worms, obispos de, 59
Wotton, Henry; n. en 1568; embajador inglés en Venecia, 1604-1612, 1616-1619, 1621-1624; director del Eton College desde 1625 hasta su muerte en 1639: 61n.
Wrangel, Karl Gustav; n. en 1613 en Suecia; manda el ejército sueco contra Dinamarca (1643-1645 y 1657-1658), el emperador (1645-1648) y Polonia (1655-1660); m. en 1676: en Alemania, 265-266; riqueza de, 283
Wunder, G., 306n.
Württemberg, ducado de: defensa de, 297; durante la Guerra de los Treinta Años, 238, 303; economía de, 238n.; extensión de, 36, 37; y el Edicto de Restitución, 150, 269; y la paz, 257, 271; y la Unión Protestante, 55-56, 58, 67
Würzburgo, obispo de, *véase* Echter von Mespelbrunn, Julius; Hatzfeld, Franz von
Würzburgo, principado eclesiástico de: archivos de, 13; defensa de, 59, 65, 188; durante la Guerra de los Treinta Años, 139n., 188, 201, 237; gobierno de, 45; religión en, 45 y n.
Zabeltitz (fortaleza sajona): los electores de Brandemburgo y Sajonia se reúnen en (1630), 172
Záblatí (Bohemia): el ejército imperial derrota a los bohemios en la batalla de (10 jun. 1619), 87
Zahn, W., 239n.
Zaller, R., 385
Zeman, J. K., 79n.
Zengg (puerto del Adriático), 72-74
Zillardt, G., 308n.
Zorn, W., 379
Zsitva Torok (Hungría): paz entre los Habsburgo y los turcos en (1606), 28
Zúñiga, don Baltasar de; n. en 1561; servicio militar en el decenio de 1580; embajador español en Bruselas (1599-1603), París (1607-1608) y Viena (1608-1617); consejero y primer ministro de España (desde 1618); m. en 1622: muerte de, 105-107; política exterior de (1618-1622), 84-86, 93-94, 107, 322-323; primeros años de su carrera, 84
Zusmarshausen (aldea de Suabia): el ejército francés derrota a las fuerzas imperiales en la batalla de (17 mayo 1648), 266, 269
Zweibrücken (Pfalz-Zweibrücken): ducado de, 37; *véase también* Carlos Gustavo; Juan II; Juan Casimiro

ÍNDICE DE MAPAS

1. Antes de la guerra 328
2. La guerra, 1618-1629 330
3. La guerra en el decenio de 1630 332
4. La guerra en el decenio de 1640 334

ÍNDICE DE CUADROS

1. La dinastía Habsburgo 20
2.1. Federico V del Palatinado y sus familiares, I . . 90
2.2. Federico V del Palatinado y sus familiares, II . . 91
5. Estados implicados en la Guerra de los Treinta Años 226

ÍNDICE DE LÁMINAS
(entre pp. 208-209)

1. La revuelta Fettmilch en Frankfurt (1612-1616)
2. Las finanzas de Cristián de Dinamarca (1618)
3. La boda de Neoburgo (12 de noviembre de 1614)
4. La rendición de Bautzen a Juan Jorge de Sajonia (1620)
5. El general Tilly visita a los jesuitas en la tejeduría (1632)

6. El Edicto de Restitución (1629)
7. El Edicto: «raíz de todos los males»
8. El Coloquio de Leipzig (1631): un complot protestante
9. El avance de los suecos (1630-1632)
10. El asedio de Smolensko (1632)
11. El Hércules sueco (1631)
12. «Los pasteles sajones» (1631)
13. El avance sueco continúa
14. Gustav Adolphiana
15. Gustavus redivivus (1633)
16 *a* y *b*. Luis XIII se prepara para la guerra (1634)
17. Amore Pacis (1648)
18. El ballet de la gran guerra europea (1647-1648)
19. La batalla de Jankov (1645)
20 y 21. Nuremberg: el fin de la guerra (1650)
22 *a* y *b*. Esquemas contemporáneos de la batalla de Lützen (1632)
23 *a*, *b* y *c*. Las lamentaciones de Alemania
24 *a* y *b*. En la corte de Cristián IV

ÍNDICE

Reconocimientos 9
Prólogo 11

Capítulo I. — *Europa entre la guerra y la paz, 1617-1618* 17
I. Los Habsburgo y Europa 18
II. Alemania antes del estallido de la guerra . . . 31
III. La Unión, la Liga y la política europea (Simon Adams) 51
IV. La tormenta se avecina... 69

Capítulo II. — *La guerra indecisa, 1618-1629* . . . 81
I. La guerra de Bohemia 82
II. Europa y la guerra del Palatinado (con Simon Adams) 99
III. El *intermezzo* danés (E. Ladewig Petersen) . . . 112

Capítulo III. — *Los Habsburgo, victoriosos* 127
I. La visión imperial (R. J. W. Evans) 128
II. La práctica del absolutismo, I: 1621-1626 . . . 135
III. La práctica del absolutismo, II: 1626-1629 (Gerhard Benecke) 142
IV. España y la guerra (John H. Elliott) 156

Capítulo IV. — *La guerra total* 165
I. Al borde del abismo (Bodo Nischan) 167
II. 1630-1632: la intervención de Suecia 179
III. 1633-1635: Oxenstierna frente a Wallenstein . . 196
IV. La «guerra de diversión» de Francia (R. J. Bonney) 212

Capítulo V. — *El camino hacia la paz* 224
I. El dilema sueco (Michael Roberts) 225
II. 1635-1642: la superación del *impasse* 234
III. 1643-1647: la derrota de los Habsburgo . . . 246
IV. 1647-1650: la firma de la paz 258

Capítulo VI. — *La guerra en el mito, la leyenda y la historia* 273
I. El soldado universal 274
II. La guerra y la sociedad alemana (C. R. Friedrichs) 299
III. La guerra y la política 309

Convenciones 324
Abreviaturas 325
Mapas 327
Cronología 337
Ensayo bibliográfico 376
Índice alfabético 404
Índice de mapas 452
Índice de cuadros 452
Índice de láminas 452

Esta es la primera síntesis global que se publica en España sobre la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), acontecimiento fundamental de la historia moderna y núcleo de la crisis general del siglo XVII. Enfrentado a la gigantesca tarea de sistematizar la bibliografía existente y de trabajar las inmensas fuentes documentales de Copenhague, Estocolmo, Simancas, Roma, París, Praga y las de las dos Alemanias, el profesor Geoffrey Parker ha contado con la colaboración de importantes especialistas (John Elliott para España) para componer un libro que, por primera vez, presenta un análisis estructurado de la llamada «guerra civil europea» en todos sus aspectos políticos, económicos, sociales, diplomáticos y militares. Esta obra, que no podrá ser superada en muchos años, es según Jonathan Israel «lúcida, amena, brillante y, sobre todo, extraordinariamente útil para los especialistas, los estudiantes y el público en general».

ISBN: 84-7423-338-0